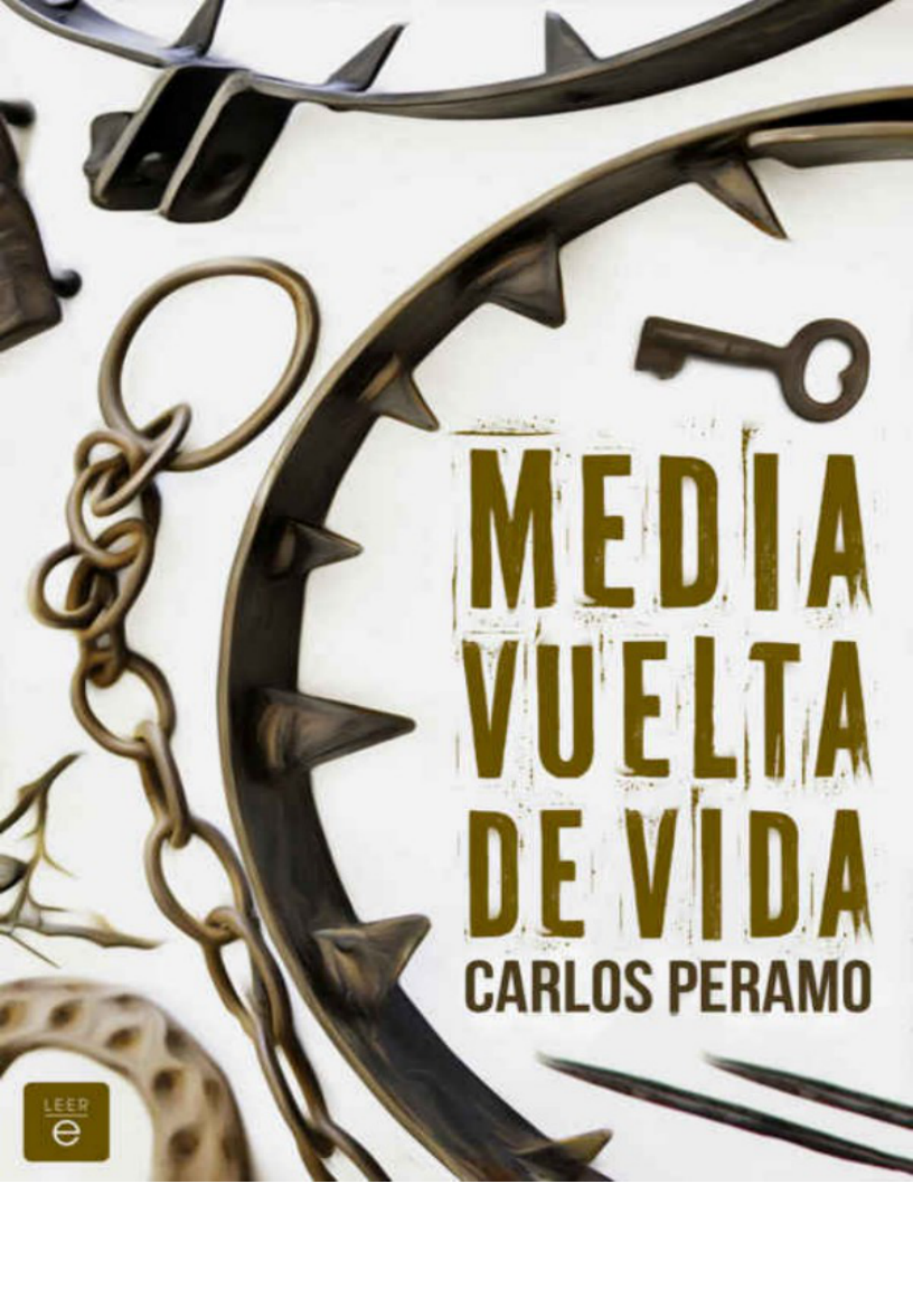

MEDIA
VUELTA
DE VIDA
CARLOS PERAMO
LEER
e

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa
Diseño portada: Leer-e

www.leer-e.es

ISBN: 978-84-90715-81-9

Distribuye: *Leer-e 2006 S.L.*
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Carlos Peramo

Media vuelta de vida

A Mercè Company,
con quien di media vuelta a mi vida
Moltes gràcies per tot

La
ignorancia
es la
más
dura
y
lóbrega
de las
esclavitudes.

JUAN LUIS VIVES
(1492-1540)

Con los años me acostumbré a no hablar nunca con nadie de lo que me sucedió con Tanco Linares la primavera de mil novecientos ochenta y seis, sí lo hice con algunas de las personas que en su momento se vieron involucradas y con otras que sólo supieron horrorizarse de que algo así hubiese podido ocurrir tan cerca de sus casas, pero no con las que fui conociendo en adelante, a las que no conté absolutamente nada porque entonces debería haber contado las muchas cosas que me sucedieron con él y también lo que él me contó más tarde de su propia vida cuando supo que yo sabía. Durante años Tanco Linares había logrado parecer otra persona de la que realmente era, había reconstruido su pasado y lo había hecho creíble no sólo para los primeros que cruzaron una palabra con él a su llegada a Sant Feliu de Llobregat en mil novecientos sesenta, sino sobre todo para los sucesivos compañeros de trabajo que fue teniendo en el ladrillar y que lo trataron a diario, incluido mi padre. Aquel largo mes de junio de mil novecientos ochenta y seis en el que sucedió todo yo estaba a punto de cumplir veintidós años, hacía nueve meses que trabajaba en el ladrillar y tres que salía con Belén, y si logré averiguar quién era en realidad Tanco Linares y de qué huía fue porque durante dos semanas no tuvo más remedio que dejarme entrar cada tarde en su casa, algo que en un principio no debió de agradarle demasiado, pues desde que llegó a Sant Feliu y se hizo construir aquella casa detrás del barracón de la oficina del ladrillar, nadie había puesto los pies en ella. Todos los que lo conocían solían preguntarse tarde o temprano por qué razón, en treinta años, Linares no había invitado nunca a nadie ni tampoco había aceptado ninguna invitación que le supusiera tener que salir del ladrillar. Mi padre solía decir de él que vivía como una monja de clausura, y desde luego era cierto. Se dedicaba al mantenimiento del ladrillar y al terminar la jornada se encerraba en su casa o deambulaba por su patio trasero hasta el día siguiente; no iba al cine ni a restaurantes ni tenía parientes a quien visitar, no se marchaba de vacaciones; un empleado del Supermercado Mirsa le subía la compra una vez al mes y Antonio Sangabriel, el contable, le traía cada mañana una barra de medio de pan recién horneado y de vez en cuando un par de cartones de Bisontes; no necesitaba ir al

banco porque don Ramiro Pardo pagaba en metálico y Linares era de la opinión de que el dinero debía guardarse a conciencia y tenerlo siempre a mano por si las cosas se torcían, *asín bien amarraos*, le había oído decir yo alguna vez cuando los compañeros lo provocaban, *que los cuartos tienen la mala costumbre de irse con cualquiera a poco que uno se descuide*; tampoco precisó nunca de un médico, o yo no lo vi, ya que se resolvía todos los malestares con aspirinas, y para cortarse el pelo hacía subir cada dos meses al barbero Benito García, paisano suyo del sur que tenía la barbería cerca del ambulatorio de la seguridad social. Yo, cuando era niño y algunos sábados acompañaba a mi padre al ladrillar a lavar el coche, no tenía ni idea de lo que Tanco Linares llegaría a despertarme con los años ni tampoco de qué modo; no lo hubiese imaginado nunca. Para mí era sólo un hombre raro del que todos se reían, una especie de chiflado solitario a quien gastarle bromas porque no solía quejarse. Hasta que llegó el último sábado de julio de mil novecientos setenta y siete. Yo estaba a punto de cumplir doce años y, como tantos otros sábados, había acompañado a mi padre al ladrillar a lavar el Renault 8; por aquel entonces los túneles de lavado no eran tan comunes como ahora y solía decirse que eran muy caros, que los cepillos arañaban la chapa, que se mojaban las piezas del motor; no creo que mi padre llevara nunca a un túnel de lavado ninguno de los coches que tuvo, *esas máquinas nunca se sabe*, solía decir, *en cambio, aquí le das al grifo y el agua obedece*. Estacionamos el coche junto a la manguera, fuimos en busca de los cubos de agua, las esponjas y el jabón y nos pusimos manos a la obra; a mí me gustaba cubrir de espuma el coche entero, aplicarle luego la manguera y observar cómo el jabón se llevaba la suciedad, era como haberse comprado un coche nuevo. Cuando terminamos nos sentamos en dos pilas de ladrillos que mi padre dispuso en el suelo en un santiamén y observamos cómo el Renault 8 empezaba a secarse al sol. Entonces vimos venir a Tanco Linares a través de la zona de carga. Al llegar junto a nosotros nos saludó con una escueta inclinación de cabeza, *ya ma parío la* Rafaela, dijo, se dirigía a mi padre, pero me miraba a mí; su cara era como uno de esos pedruscos que se cocían al sol junto a la trituradora del ladrillar, una piel áspera, pegada al hueso, que parecía llevar años dándose de bruces contra la vida, sus ojos no parecían vivos, sino enterrados allí. Aparté la mirada y vi que tenía restos de sangre en las manos, a lo lejos oí los ladridos de *Rafaela*, la nueva perra pastor alemán que alguien había abandonado cerca del ladrillar hacía unos meses y que Linares había adoptado, como tenía por costumbre hacer con algunos perros extraviados. *Me vas a echar una mano, ¿no verdá, Daldo?*, añadió mirando ya a mi padre. Mi padre se puso en pie y se

sacudió las manos en la parte trasera de los téjanos, *espérame aquí*, me dijo, y se fue con Linares al almacén de herramientas; yo me quedé mirando fijamente la puerta mientras los dos desaparecían bajo la persiana metálica. *Rafaela* había callado y se oía el trinar de algunos gorriones que los fines de semana, sabiéndose a salvo del estruendo de las máquinas y los camiones, venían a picotear las migas de pan que habían caído al suelo durante los desayunos de cada día. De repente *Rafaela* empezó a ladrar de nuevo. Di un respingo y me envolvió el rápido aleteo de los gorriones que echaban a volar asustados, la perra ladraba con furia, no como cuando jugabas con ella a perseguirla o te pedía que le arrojaras un palo para irse a por él. *¡Calla, mujer!*, me alcanzó la voz de Linares, había salido del almacén de herramientas y llevaba a *Rafaela* sujeta con una cuerda, tiraba de ella con fuerza porque la perra se resistía y no dejaba de ladrar; finalmente, de un último y violento tirón, consiguió atarla a una argolla claveteada en la pared junto al barracón de la oficina; la perra se levantó sobre los cuartos traseros y continuó ladrando; Linares le hizo unas rápidas caricias en el lomo y en la cabeza, y regresó al almacén de herramientas. Segundos más tarde apareció nuevamente empujando una carretilla, detrás de él iba mi padre, ambos se dirigían al edificio de los hornos; *Rafaela* arremetió contra la argolla que la sujetaba y ladró con más agresividad, dio vueltas sobre sí misma clavando las garras en la tierra, y en cuanto Linares y mi padre atravesaron el portón de los hornos se calló bruscamente y se quedó contra la pared con un penoso temblor de patas; poco después volvió la cabeza hacia mí, me reconoció y me ladró. Se me ocurrió que podría acercarme a consolarla o quizá a liberarla, pero temí que Linares se enojara conmigo; además, mi padre me había ordenado que lo esperara junto al coche, *¡qué tontería!*, dije de pronto, *¿por qué no puedo ir con ellos?, ¡si casi tengo doce años!* Eché a andar y atravesé el patio. Los hornos estaban dentro de un gran edificio levantado toscamente con ladrillos y cubierto con techo de uralita; aquel lugar había sido siempre para mí como el castillo del terror y me gustaba colarme de vez en cuando a echar un vistazo, no se le terminaban nunca los rincones ni los tubos ni los cables que colgaban por todas partes como gruesas telarañas ni el aire de planeta lejano que le conferían las capas de polvo rojo acumuladas a lo largo de los años sobre la maquinaria y los cuadros de mandos. Crucé el portón y me oculté tras una gruesa columna, olía a arcilla cocida y a polvo. Mi padre y Linares estaban de espaldas a mí, a seis o siete metros de distancia, frente a una de las bocas de los hornos; Linares había encendido uno de ellos y unas fuertes lenguas de fuego lanzaban destellos amarillos y naranjas sobre él a través de los respiraderos, incluso a

aquella distancia me llegaban las bocanadas de calor a la cara. *Deberías pensar en una perrera*, dijo mi padre. Linares gruñó y entonces oí por primera vez los quejidos, agudos y muy cortos. Me puse de puntillas y vi unos cuantos bultos acurrucados en el interior de la carretilla. En ese instante una de las manos de Linares cayó sobre ellos y se oyó un gritito; cuando la mano se alzó de nuevo llevaba engarfiado entre sus gruesos dedos un cachorro tan pequeño que apenas se le distinguían las patas y la cabeza, *abre la escotilla, Daldo*, ordenó Linares. Mi padre cogió un bichero de hierro, lo enganchó a la escotilla y tiró de ella, el fuego dio un violento lengüetazo y noté otra vez las vibraciones del calor. Linares balanceó un poco el brazo y el cachorro chilló con la misma desesperación con que volvían a arreciar los aullidos de *Rafaela* en el exterior, *creo en Dios Padre Todopoderoso*, murmuró Tanco Linares, y arrojó el cachorro al fuego, que desapareció entre las llamas, y luego arrojó el segundo, *creador del cielo y de la tierra*, y luego el tercero, *creo en Jesucristo, su único Hijo*, y el cuarto, mientras mi padre, bichero en mano, miraba fijamente el fuego como hipnotizado. Conté hasta siete cachorros, siete veces en las que Linares no dejó de rezar mientras se iba deshaciendo de cada uno de ellos. Cerré los ojos, en la oscuridad de los párpados vi de nuevo a los cachorros cayendo entre las llamas, quemándose y muriendo sin que su madre, atada afuera, pudiese hacer nada por salvarlos, *se acabó, Daldo*, oí que decía Linares, *éstos ya están ultimaos, los pobreticos*. Permanecí con los ojos cerrados hasta que una mano se posó sobre mi hombro, casi salté al notarla y abrí los ojos porque era de ese modo como Linares había agarrado los cachorros para arrojarlos al fuego, *¿no te ha dicho tu padre que esperaras afuera*?, era él, se le marcaban los huesos de la mandíbula, *que a un padre hay que respetarlo, chaval, ¿no me comprendes?*, añadió, *que hay cosas que ya tendrás tú tiempo de verlas cuando seas mayorcico*. Mi padre me hizo dar media vuelta, *venga, vámonos*, dijo. La luz del sol me pareció maravillosa al salir. Mientras nos dirigíamos al coche vi cómo Linares liberaba a *Rafaela*, la acariciaba y los dos se alejaban por detrás del barracón de la oficina. Cuando llegamos al Renault 8 mi padre abrió las cuatro portezuelas, se puso a sacudir la suciedad de las alfombrillas y no pronunció una sola palabra hasta que llegaron Pepe Escudé y Lobo Castilla con las barras de pan y embutidos y los tres se sentaron a desayunar. Mi padre me preparó un bocadillo de salchichón y me lo dio exigiéndome que no dejara ni una migaja. Lo cogí y me alejé corriendo; solía jugar por el ladrillar mientras ellos desayunaban y disputaban sus partidas de dominó o de remigio hasta casi el mediodía, merodeaba por los hornos o me acercaba a la trituradora

o iba a la parte trasera del patio de almacenaje, donde se acumulaban los trastos viejos y los desechos del ladrillar, e imaginaba que me hallaba perdido y solo en un planeta inhóspito y peligroso, pero aquel día corrí hasta el patio de almacenaje, me senté entre dos palés de ladrillos y me comí el bocadillo sin poder dejar de contar los siete perritos que habían muerto consumidos por el fuego. Dos horas después, cuando montamos en el coche para regresar a casa, le pregunté a mi padre por qué Linares, a quien le gustaban tanto los perros, había hecho aquello tan cruel con los cachorros, *no es la primera vez*, me respondió, *lo ha hecho siempre*, y me enumeró las tres razones que esgrimía Linares cuando alguna vez se le había preguntado por ello: una, no podía alimentar a tantos perros; dos, no conocía a nadie a quien regalárselos, y tres, no podía pagar lo que costaba sacrificarlos en el veterinario; *¿y por qué no los lleva a una perrera?*, pregunté, mi padre colocó su cinta de Paco de Lucía en el radiocasete y contestó *porque dice que en las perreras los matan igual después de tenerlos encerrados durante meses, dice que si mueren así, de pequeños, se ahorran ese sufrimiento*. Linares tenía unas ideas muy particulares sobre la muerte; hasta años más tarde no supe por qué. Mi padre se puso a tararear los acordes de *Entre dos aguas* y ya no pregunté nada más. A partir de entonces estuve muy pendiente de si *Rafaela* volvía a quedar preñada y, sobre todo, de si paría en sábado y Linares le pedía otra vez a mi padre que le echara una mano. Yo no deseaba realmente que los perritos muriesen, pero deseaba volver a ver cómo morían. Sé que *Rafaela* quedó preñada en dos o tres ocasiones más y que Linares llevó a cabo los sacrificios habituales, pero nunca llegó a suceder en sábado, así que me quedé forzosamente al margen y con el correr de los años lo fui olvidando, hasta que llegó la primavera de mil novecientos ochenta y seis, casi una década después, en la que yo era ya un trabajador del ladrillar y el parto de *Rafaela* nos pilló a todos el último jueves de mayo en el almacén de herramientas jugando al dominó y soportando la obstinada lluvia que llevaba cayendo desde que el lunes las nubes se habían cerrado repentinamente sobre Sant Feliu. Por entonces aún había bastantes calles sin asfaltar en la ciudad, y los días de lluvia intensa, dado que la ciudad había nacido al nivel del río Llobregat y durante los últimos cuarenta años había ido creciendo cuesta arriba hacia las primeras estribaciones de la sierra de Collserola, los que vivíamos en los barrios de construcción más reciente no teníamos forma de ir a ninguna parte, ni a pie ni en coche, sin vernos alcanzados por las riadas que bajaban por las pendientes de las calles. Aquella semana hubo pequeñas inundaciones y cortes de tráfico, y el ladrillar se convirtió ya en un barrizal intransitable el miércoles por la tarde;

don Ramiro Pardo decidió interrumpir el paso de camiones cuando el desvencijado Barreiros Azor de Pepe Escudé se quedó varado en la zona de carga y descarga y mi padre y yo tuvimos que tirar de él con los toros; sin camiones y lloviendo había poco que hacer en el ladrillar, sobre todo para quienes trabajábamos a la intemperie, de modo que Lobo Castilla, el encargado, nos encomendó diversas tareas a resguardo de la lluvia para que nadie se quedara holgazaneando, era el procedimiento habitual: ayudar en los hornos, dedicarse a labores de limpieza, hacer inventario… Sin embargo, como el aguacero se prolongó más de lo previsto y el paso de camiones no pudo restablecerse, el jueves por la tarde no sólo no quedaba ya nada por limpiar ni inventariar, sino que también hubo que detener la cadena de producción porque no cabía más material en el patio de almacenaje; la docena de trabajadores del ladrillar, entonces, a la espera de que escampara, nos metimos en el almacén de herramientas a maldecir el cielo y matar el tiempo, otro procedimiento habitual: levantar pequeños asientos en el suelo con ladrillos y sentarnos a jugar unas partidas de dominó a veinticinco pesetas la mano. Yo formé grupo con Lobo Castilla, Antonio Sangabriel y mi padre; mi padre era buen jugador, sabía calcular a toda velocidad qué fichas se habían jugado y cuáles quedaban por aparecer, clavaba siempre sobre la mesa la ficha apropiada; a mí, en cambio, me daba pereza tanta estrategia y lo confiaba todo a la suerte, de modo que casi nunca ganaba nada; aquella tarde mi padre ganó las tres primeras partidas y Lobo Castilla, la cuarta.

—¡Vengan esos condenados cinco duros! —rio Lobo Castilla.

Las monedas repiquetearon sobre la mesa camino de su mano. Lobo Castilla tenía casi cincuenta años, llevaba más de veinte en el ladrillar y era además el entrenador del equipo de fútbol de la ciudad; lo de *Lobo* le venía de sus años de jugador, había conseguido jugar en dos o tres equipos de tercera división, y, según me había contado mi padre, había sido un defensa libero que poseía el don de la omnipresencia; un periodista del *Dicen* escribió una vez que Castilla era un lobo que convertía a los delanteros en caperucitas, y se le quedó el apodo para siempre. Cuando yo era niño, Lobo Castilla solía traer algunos sábados su balón reglamentario Mikasa y me enseñaba algunos regates y fintas, y aunque no sirvió para que me convirtiese en futbolista, era divertido verle correr por el ladrillar, fintando palés y regateando columnas con el balón pegado a los pies, la habilidad sí la conservaba, riendo y gritando que él habría podido llegar a primera división si su santa señora no lo hubiese obligado a comprar el piso y casarse.

—Espabila, Ángel, que te van a cerrar el cielo —oí que me decía

mi padre.

Tomé fichas a desgana, le gustaba decirme aquello cuando me encontraba embobado o dubitativo, de niño lo utilizaba para azuzarme si corría menos que él o perdía al parchís, a mí siempre me había parecido divertido, pero últimamente empezaba a parecerme una de esas gilipolleces que se le sueltan a los críos, sobre todo cuando se empeñaba en soltármelo en el ladrillar. Lobo Castilla abrió con el tres doble y juró que ganaría otra condenada partida aunque le costase un riñón. La lluvia golpeaba el techo de uralita y en el almacén se colaba un penetrante olor a tierra mojada que habría resultado agradable si no anduviésemos todos hartos de tanta agua. Coloqué una ficha en la mesa, el dominó me aburría, como también los juegos de cartas, me parecían un modo idiota de perder el tiempo, pero ¿qué otra cosa podía hacerse con el tiempo sino perderlo? Contemplé la lluvia que caía más allá de la puerta; con los hornos y la trituradora sin funcionar, sin el rugido del medio centenar de camiones que llegaba y partía cada día del ladrillar, casi parecía uno de aquellos sábados en que yo era sólo un niño y eran los adultos quienes disputaban sus partidas de dominó o cartas mientras yo me iba a recorrer los rincones del ladrillar y me diseñaba todo tipo de situaciones límite en el espacio exterior de las que por norma general salía vencedor con muchas heridas y muy condecorado a mi regreso a la Tierra. Sin embargo, a pesar de esa ciencia ficción improvisada de la que tanto disfrutaba, lo que de verdad me impresionaba eran las historias que allí se contaban, como lo que hacía Linares con los cachorros o lo que le hizo uno de sus perros a un vagabundo que saltó una noche la verja del ladrillar; se trataba de cosas que se contaban una y otra vez y a veces era yo quien pedía que se me contaran, en especial a mi padre, cosas fascinantes y a la vez terribles que yo estaba convencido no ocurrían en ninguna otra parte, como lo de Feliciano Campos, que en mil novecientos sesenta y cuatro, cuando mi padre aún no trabajaba en el ladrillar y Linares llevaba tan sólo cuatro años, resbaló fatalmente en la trituradora de piedras, cayó dentro de ella y los bomberos lo arrancaron de los rodillos de trituración en cinco o seis pedazos, una amarga historia, mi preferida, que yo había oído contar en infinidad de ocasiones no sólo ya en el ladrillar, sino también a mucha gente de la ciudad, y cada vez que acompañaba a mi padre a lavar el coche no podía evitar la tentación de acercarme a la trituradora a echarle un vistazo, tan sólo mirarla me aceleraba el corazón, una máquina enorme, fantasmal y sucia, envuelta en complejos mecanismos, letal y rebuscada como un aparato de tortura; al tocarla sentía como si respirara bajo mi mano y me lanzaba a desafiarla trepando a ella por la escalera de hierro

soldada a su estructura, llegaba a los controles, me demoraba en los avisos de peligro de muerte con la calavera y las tibias cruzadas y luego continuaba subiendo hasta alcanzar la cinta transportadora, el punto más encumbrado, el lugar donde estaba terminantemente prohibido subir si la máquina se encontraba en funcionamiento y no te llamabas Lobo Castilla, que era quien la manejaba a diario, o no tenías su permiso, y una vez en lo más alto ya tan sólo quedaba lo más aterrador, las ruedas dentadas dentro de aquella especie de gran embudo, que yo observaba tratando de imaginar a Feliciano Campos cayendo por él hasta ser descuartizado por aquellas poderosas ruedas que trituraban grandes piedras con la facilidad con que un martillo parte la cáscara de una almendra, pero resultaba difícil hacerse una idea de cómo sería morir de aquel modo, qué clase de dolor habría que soportar, porque yo no había sufrido ningún percance que se le acercara ni remotamente, como mucho me había cortado con el cuchillo del pan o al mondar una naranja, tres puntos de sutura en la barbilla cuando caí a plomo sobre el canto de la mesa del comedor y un esguince cuando fui a chutar el balón en el patio del colegio y chuté el suelo, nada.

De repente, en medio de la partida, Linares apareció en el umbral del almacén con la cabeza hundida entre los hombros, venía empapado, encogido dentro de una camisa blanca abotonada hasta el cuello y la raída bata gris que en tiempos fue el uniforme del ladrillar y que ya nadie llevaba; rastreó con los ojos el interior del almacén, llevaba un cigarrillo mojado entre los labios.

—Me vas a echar una mano, ¿no verdá, Daldo? —preguntó.

Mi padre le dio una calada al Rex y estudió detenidamente las fichas que se llevaban jugadas.

—Ahora no, Linares —respondió—, estoy a punto de ganar otros cinco duros.

Linares no se movió. Mi padre hizo restallar su antepenúltima ficha sobre la mesa y Antonio Sangabriel soltó una maldición porque ya veía la partida perdida. Oí aullar a *Rafaela* y los ojos se me fueron de manera instintiva a las manos de Linares, colgaban a los costados mojadas por la lluvia, recias y compactas, esas manos que cuando venían a tocarte daba la sensación de que sólo podían hacerte daño, había manchas oscuras entre los dedos, supe que era sangre y también de quién; recordé la multitud de noches que, en la oscuridad de mi cuarto, había rezado para que *Rafaela* quedara preñada y pariese un viernes por la noche o un sábado por la mañana, ¡dios mío!, ¡cómo lo había deseado! Miré a mi padre, seguía concentrado en el juego, con el Rex en los labios, no parecía muy por la labor de ayudar a Linares.

—¿Cuándo vas a dejar esa mierda, Linares? —se entremetió

Lobo Castilla sin levantar los ojos de las fichas—, un día vendrán los de la protectora de animales y te meterán los hornos por el culo.

—La perra es mía —su voz sonó justo detrás de mí—, y lo que es de uno pues es de uno y no se hable más.

Me volví a medias, Linares había entrado en el almacén y se había quedado allí de pie, recortado contra la luz mojada que venía flotando del exterior, casi me rozaba la espalda con sus rodillas; traté de concentrarme de nuevo en la partida y su mano cayó sobre mi hombro.

—Pues échame una mano tú, chaval —dijo, me alcanzó el olor de su vieja ropa empapada—, y deja que tu padre les siga sacando los cuartos a éstos.

Dio media vuelta y no me esperó, como si diera por sentado que lo ayudaría; mi padre me tocó el brazo y me indicó que fuera. Me levanté y seguí a Linares a través de la lluvia y el barro, lo vi subir la pequeña cuesta que llevaba a su casa; como sabía que no le gustaba que nadie se acercara a ella demasiado, lo esperé junto al barracón de la oficina. Llegó a los dos minutos con la carretilla, conté cinco cachorros. Ya frente a los hornos me pidió que agarrara el bichero y abriera una de las escotillas. Cuando oí *creo en Dios Padre Todopoderoso* y el primer cachorro pasó volando frente a mis ojos, me dio por pensar que Linares disfrutaba con aquello, que lo de las perreras y lo de no poder alimentar a todos los perros que le nacían era un pretexto y que la verdad pura y simple era que llevaba haciéndolo toda la vida porque le gustaba, y en el momento en que iba a ser arrojado el quinto cachorro clavé los ojos en la escotilla porque la verdad pura y simple era que a mí también me gustaba y no quería perderme detalle de la última muerte; sin embargo, segundos después, el quinto cachorro no llegaba y Linares había dejado de rezar. Me volví y me encontré con sus ojos oscuros.

—Échalo tú, Daldo.

Sonó como si realmente quisiera compartirlo conmigo, como si hubiese interpretado que yo deseaba hacerlo y ardiera en deseos de complacerme; eché un vistazo a la carretilla, el último cachorro temblaba, completamente negro y brillante como si acabaran de sacarlo de un barreño de agua, lo más probable era que *Rafaela* aún hubiese tenido tiempo de lamerlo un poco para darle calor y limpiarlo, *no voy a hacerlo*, quise convencerme, *es una salvajada*.

—Venga, Daldo, que ya no eres ningún chaval.

Estuve a punto de mirar por encima del hombro para comprobar si me veía a mí mismo con diez años menos oculto tras la columna, con la manaza de Linares posada en mi hombro de niño, *que hay cosas que ya tendrás tú tiempo de verlas cuando seas mayorcico*, no lo hice porque me quemaban los lengüetazos que arrojaba el fuego a

través de la escotilla y porque ya sólo quería marcharme, regresar a la partida de dominó, ¿cómo había podido rezar alguna vez para que sucediese aquello?, ¡y con sólo once años!, ¡qué puto crío retorcido!, *márchate*, me dije, pero en ese momento el cachorro levantó torpemente la cabeza hacia mí, ni siquiera había aprendido a abrir los ojos, era vulnerable, podría hacer con él cualquier cosa que se me antojara y ni siquiera podría defenderse; alargué el brazo y lo cogí como había visto hacer a Linares, estaba caliente, apenas un puñado de algodón mojado relleno de huesecillos, *no lo mates*, me ordené, los ojos de Linares tiraban de mí, *sólo es un cachorro*, pero el peso de aquel cuerpecillo en mi mano me resultó de pronto insoportable, una carga, casi se me escurre entre los dedos, y me lo saqué de encima sin contemplaciones. El cachorro atravesó la escotilla y cayó al fuego con un chisporroteo.

A la mañana siguiente me despertaron los chillidos de mil cachorros que iban a ser sacrificados, los números rojos del despertador me saltaron a los ojos, les di un manotazo y los chillidos terminaron; había pasado la noche agarrando cachorros, recogiendo pellejos carbonizados del interior de los hornos, las manos me ardían, ¿por qué coño había matado a aquel cachorro?

Me vestí sin poder quitármelo de la cabeza y le di mecánicamente los buenos días a mi padre cuando nos encontramos en el comedor antes de salir. Bajamos a la calle, montamos en su Seat Ritmo y avanzamos en silencio a través del tráfico que cruzaba la ciudad, la lluvia lo empeoraba todo, yo detestaba coincidir con tantos madrugadores, detestaba mirar sus caras adormiladas, sus bostezos en los semáforos, se movían como si se los llevaran al matadero. En la calle Josep Ricart con Doctor Brugarolas un tipo se tiró casi dos minutos para aparcar su irrisorio Seat 850 en un hueco donde habría podido atracar un transatlántico y tuvimos que esperar a que terminara; al rebasarlo vi su expresión bobalicona a través del cristal mojado de la ventanilla. Enfilamos Rambla Marquesa de Castellbell a treinta kilómetros por hora, mi padre al volante era prudente por naturaleza, no solía desobedecer las señales de tráfico ni rebasar jamás los límites de velocidad, un conductor modelo, así que resultaba insoportable cuando se ponía prudente expresamente, daban ganas de pisarle el pie del acelerador o echarlo fuera del coche; los limpiaparabrisas iban crujiendo de un lado a otro, una de las gomas se había desprendido de un extremo e iba deslizándose por el cristal como una pequeña culebra negra, la culebra a la derecha, la culebra a la izquierda, ¿cómo ardería una culebra?, alguien soltó un bocinazo detrás de nosotros.

—¡Si tienes prisa levántate antes, no te jode! —exclamó mi padre.

Llegamos a la Carretera Sanson y mi padre estacionó medio coche encima de la acera frente al bar El Maño; antes de dirigirnos al ladrillar nos deteníamos cada mañana a tomarnos lo que Lobo Castilla llamaba *el primer lingotazo del día*. Al entrar en el bar lo vimos acodado en la barra junto a Pepe Escudé; mi padre y yo solíamos tomar un cortado, aquella mañana pedí un carajillo de

brandy.

—¡Coño, con el niño! —rio Escudé.

—¿Qué pasa, chaval? —se apuntó Lobo Castilla—, ¿se te atragantó lo de los perros o qué?

Me encogí de hombros y me puse a hojear *El Mundo Deportivo* que había sobre la barra; Lobo Castilla era un buen tipo, pero a veces daban ganas de meterle un trapo en la boca.

—Hablando de perros —dijo el Maño, que estaba de espaldas a nosotros manejando la cafetera, un hombre que nos trataba con confianza porque lo conocíamos de toda la vida, su bar llevaba al menos tres décadas en pie; abrió un cajón y me lanzó un par de terrones de azúcar—, el desayuno de tu amiga.

Me los guardé en el bolsillo y continué hojeando el periódico, Lobo Castilla me rozó el codo.

—Hoy la *Rafaela* te va a decir que te metas el azúcar por el culo.

Ni siquiera me tomé la molestia de responderle, porque al Lobo le dabas carnaza y se te venía encima y ya no te soltaba, sí me hubiera gustado preguntarle si él, que era tan bocazas, habría tenido suficientes huevos para arrojar el cachorro al fuego, pero mantuve la boca cerrada por si a mi padre le daba por hacerme preguntas. Me tomé el carajillo hirviendo y salí afuera a esperarlos. Salieron al cabo de cinco minutos. Mi padre y yo montamos en el coche y nos incorporamos a la carretera 340, ¿matar un cachorro era una cuestión de huevos o una crueldad contra un animal indefenso?, sonaron los primeros acordes de *Entre dos aguas*, mi padre había colocado a Paco de Lucía en el radiocasete. A veces me preguntaba cómo podían seguir funcionando aquellas casetes, cómo podía el reproductor seguir leyéndolas a través del polvo que habían ido acumulando a lo largo de los años mientras mi padre las escuchaba una vez tras otra; tenía al menos una docena de ellas, la mayoría se las había comprado en los expositores de las gasolineras y restaurantes en los que nos deteníamos cuando, siendo yo niño, montábamos en el coche los tres y nos íbamos a pasar el domingo a la playa o a sitios como el monasterio de Montserrat o el parque de atracciones de Montjuïc, la época en que *espabila, Ángel, que te van a cerrar el cielo* nos hacía reír a todos.

De pronto me di cuenta de que la goma rota del limpiaparabrisas ya no daba latigazos de un lado a otro. Había dejado por fin de llover. Dos kilómetros después de haber tomado la carretera 340, a medio camino de Molins de Rei, mi padre puso el intermitente de la derecha en cuanto divisó a lo lejos el desvío del ladrillar y recorrimos al menos doscientos metros con el dichoso chasquido del intermitente; por fortuna para los demás conductores la carretera era de cuatro carriles y podían adelantarnos, nos rebasó

incluso un viejo ciclomotor que echaba agónicas bocanadas de humo por el tubo de escape; finalmente, mi padre giró a la derecha como si circuláramos sobre hielo y el Seat Ritmo encaró el camino de apenas cuatro metros de anchura y sembrado de socavones que desembocaba en el ladrillar medio kilómetro más adelante. Los del ayuntamiento llevaban años diciendo que lo iban a asfaltar y a ensanchar para facilitar el paso de los camiones, pero allí no se acercaba nadie a asfaltar ni a ensanchar nada; los trabajadores nos habíamos habituado a soportar el barro cuando llovía y el polvo que levantaban los camiones cuando llevaba mucho tiempo sin llover, sobre todo en verano, cuando el ladrillar permanecía semanas enteras cubierto por una fina capa de polvo rojo que se te metía en los ojos y por la nariz y que te llevabas sin remedio a casa por mucho que te sacudieras la ropa o te lavaras las manos o golpearas el suelo para sacudírtelo de las suelas de las botas o las zapatillas deportivas.

—A ver si lo asfaltan este año —comentó mi padre circulando a veinte por hora para evitar que los neumáticos nos arrojaran barro encima.

Era algo que solía decirse a menudo en el ladrillar después de mucha lluvia o de mucho calor, *a ver si lo asfaltan este año*, una plegaria común, nadie lo decía de otro modo, como el *creo en Dios Padre Todopoderoso* de Linares antes de arrojar cada cachorro, ¿por qué rezaría el credo, esa oración pomposa que me habían hecho aprender de memoria los curas del colegio? Las ruedas del Seat Ritmo iban hundiéndose en los charcos de agua sucia y resbalando de vez en cuando sobre los grumos más espesos de barro. En aquella tierra de nadie entre Sant Feliu de Llobregat y Molins de Rei había tan sólo unas pocas huertas, cultivadas en sus ratos libres por hombres que conocían la tierra y con ello se ahorraban la compra de alimentos básicos como las patatas, las lechugas o los tomates, pero la mayoría estaban ya abandonadas, con sus cercados de madera y alambre ya vencidos y las barracas semiderruidas entre laberintos de zarzales y malas hierbas, porque esos hombres envejecían o morían y sus hijos no querían saber nada de deslomarse al sol para obtener lo que el supermercado les ofrecía metido ya en bolsas; poco antes del ladrillar las huertas terminaban y se levantaban robles, almezos y algarrobos que enmarañaban la vista y se convertían en una sola masa verde que se prolongaba hasta los primeros esbozos de la sierra de Collserola, mucho más allá del ladrillar, donde se fundía con enormes pinos que iban como trepando por la escarpada montaña hacia el cielo.

En cuanto mi padre detuvo el coche en el aparcamiento del ladrillar, nos dirigimos los dos al patio de almacenaje y pusimos en

marcha los toros; el mío era un viejo Caterpillar de color amarillo, picado ya por la herrumbre, con los neumáticos mordidos por los miles de piedras sobre las que había maniobrado, los mandos descoyuntados de tanto manejarlos y con el volante forrado con cinta aislante negra porque mi padre decía que de ese modo no te resbalaban las manos. Yo era el novato del ladrillar, y ser novato significaba, entre otras cosas, conducir el toro viejo para que alguien más veterano que tú se hiciese cargo del nuevo, no cambiaba nada que el veterano fuese tu padre, eras el novato y punto, funcionaba igual en todas partes. Yo lo sabía porque llevaba cinco años yendo de un empleo a otro, desde que a la escuela de Formación Profesional Gabriel Torrents Camprubí se le terminó la subvención del Estado, o eso nos dijeron, y nos quedamos en la calle en mitad del segundo grado. Durante esos cinco años, aparte de librarme del servicio militar por excedente de cupo, había sido camarero, empleado en un almacén de recambios de automóvil, tornero en un taller metalúrgico y, lo último antes del ladrillar, peón albañil; en cada uno de esos empleos había sido el novato, el último mono, y como me había marchado de todos ellos a las pocas semanas de empezar nunca tuve tiempo de aprender lo suficiente para dejar de serlo y así ganarme el respeto de los demás. *Si sigues así serás un novato toda la vida*, me avisó mi padre desde el sofá la tarde que le comuniqué que me marchaba de la constructora porque estaba harto de ser albañil, *es una mierda de trabajo*, le repliqué, *y los otros también*; mi padre pareció hundirse entre los cojines del sofá, *pues te dan de comer*, añadió, y yo me encogí de hombros, *¿y qué?, a mí no me gustan*; soltó una risotada, *¿y desde cuándo tiene que gustarte tu trabajo?*, no supe qué responderle y él me buscó con la mirada, *¿crees que yo me pregunto si me gusta mi trabajo?*, inquirió, indignado, *los hombres no se preguntan esas cosas, Ángel, los hombres madrugan, cumplen con su obligación y mantienen una familia en pie, eso es lo que hacen los hombres como dios manda, y no preguntarse tonterías como si les gusta su trabajo*; temí que empezara a hablarme de su padre, que había trabajado toda su vida picando piedra de sol a sol en la cantera de la Carretera Sanson sin una sola queja, atado a las mordeduras de la roca con arneses y los pies colgando en el vacío, *tu abuelo Vicente sí fue un hombre como dios manda*, solía decirme cuando venía al caso. El trabajo era sagrado para mi padre, en su opinión un hombre podía fallar en muchas cosas, pero en el trabajo debía ser intachable, entero, sacrificado, mis vagabundeos de un empleo a otro no eran para él más que una muestra evidente de mi falta de carácter; probablemente no me lo había echado en cara tantas veces como habría querido, pero yo se lo notaba en los ojos cada vez que le anunciaba que dejaba un empleo para

buscarme otro. Por esa razón, cuando se hubo jubilado el anterior torero del ladrillar, mi padre se había ido enseguida a ver a don Ramiro y le había solicitado el trabajo para mí; don Ramiro buscaba a alguien con experiencia en carga y descarga de camiones, pero ante la insistencia de mi padre terminó cediendo y se avino a contratarme; mi padre, sus motivos tendría, debió de suponer que allí me sentiría más a gusto que en cualquiera de mis otros trabajos, más bien tratado o más tenido en cuenta, y para mi sorpresa supuso bien, ya que me aclimaté enseguida a conducir el toro sin esa sensación de provisionalidad que había sentido otras veces; después de todo yo me conocía desde niño los rincones del ladrillar, había oído ya todos sus sonidos y olido todos sus olores, había visto y tocado todas las máquinas, abierto y cerrado todas las puertas, trepado a centenares de palés y entrado en el almacén de herramientas y en la oficina y en los hornos, había husmeado en su chatarra y en sus desechos, o sea que era lógico que me adaptase tan rápidamente, como también ayudó no sólo que los propios trabajadores me fuesen ya tan familiares, como amigos casi, y que yo lo fuera para ellos, el niño que habían visto crecer de sábado en sábado, sino que además conducir el toro no resultaba una tarea demasiado complicada una vez aprendías las precauciones básicas para no volcar, malograr la carga o echársela encima a alguien o a ti mismo, y tenía la ventaja de que estabas en continuo movimiento y si te apetecía charlabas con los camioneros, las horas no se hacían así tan largas, y el sueldo, ciento cinco mil pesetas mensuales, era el mejor que me habían pagado hasta entonces.

Mi padre y yo nos fuimos con los toros a la zona de carga y descarga, junto a la entrada del ladrillar, y allí esperamos la llegada de los camiones; como cada mañana, el primero en aparecer fue el Barreiros Azor *Volquete* de Escudé, inconfundible con sus cintas de colores atadas a los grandes retrovisores y la visera azul externa del parabrisas con los nombres de sus hijos rotulados en blanco, MATEO Y ROSA, a quienes yo conocía de haberlos visto alguna vez en el ladrillar o de haber ido a comer alguna vez a su casa; con Mateo, que era más o menos de mi edad, incluso había coincidido el año anterior en la academia de idiomas Oxford de la calle Rectoría, en la que me matriculé con la intención de que el inglés formase parte de mi currículum y que sirvió tan sólo para poner en evidencia que estaba negado para los idiomas. Escudé detuvo el camión en la zona de carga y mi padre y yo nos dirigimos hacia él.

—Ya me encargo yo —se ofreció mi padre.

Solía protegerme del excesivo trabajo, supongo que a su modo trataba de evitar que yo terminara hartándome también del ladrillar y entrara una tarde en casa anunciándole que lo dejaba; para

tranquilizarlo le había hecho saber en un par de ocasiones que trabajar con el toro me gustaba, pero aun así no había conseguido el hombre tenerlas todas consigo, ni siquiera a pesar de los casi nueve meses que yo llevaba allí sin haber sentido todavía la necesidad de echar a correr. Y es que había llegado a la conclusión de que mi padre tenía razón: en el fondo todo era cuestión de acostumbrarse; si te acostumbrabas conseguías conocer a fondo tu trabajo, si conocías a fondo tu trabajo sabías cuándo hacer una cosa y cuándo no, cuándo podías descansar y dónde, en quién podías confiar y en quién no; nueve meses en el ladrillar me habían bastado para saber todo eso, había dejado de ser el eterno novato.

Giré el volante y regresé al patio de almacenaje, disponía de unos minutos hasta el siguiente camión y decidí limpiar el toro, la lluvia de los últimos días había salpicado de barro el asiento y los mandos y no había modo de tocar nada sin ensuciarse. Oí un ladrido lejano y levanté la cabeza. *Rafaela* apareció por detrás del barracón de la oficina, atravesó el patio a toda velocidad y se detuvo delante del toro, ladrándome y meneando el rabo, su forma de darme los buenos días cada mañana, aunque ese día sentí que venía a recriminarme la muerte de sus crías. La invité mecánicamente con un gesto y ella, de un brinco, trepó al toro y se tumbó en la parte trasera, justo detrás del asiento; me llevé la mano al bolsillo, desenvolví los dos terrones de azúcar que me había dado el Maño y se los acerqué al hocico, ella los atrapó con dos rápidas dentelladas y los masticó; me froté la mano contra los pantalones y ni siquiera me atreví a acariciarle la cabeza, acababa de darle los azucarillos de cada mañana con la misma mano que había matado a su cachorro.

—Lo siento, *Rafaela* —susurré.

Me lamió la mano y ladró con aire juguetón; que no me guardara rencor me hizo sentir aún peor, la hubiese preferido hostil, vengativa, que me arrancara dos dedos de cuajo al llevarse los azucarillos, ¡joder, cómo se me había ocurrido matar a una de sus crías!, ¡si la conocía desde niño!, había jugado con ella infinidad de veces, la había perseguido por todo el ladrillar, le había arrojado palos y ella me los había traído de vuelta, había sido mi fiel protectora cuando los dos vagábamos por esos planetas lejanos y nos atacaban hordas de alienígenas con rasgos de ladrillo medio cocido, ¿cómo podía haberle hecho semejante barbaridad?

—Con dios, Daldo.

Aparté la mirada de *Rafaela*, Linares estaba apoyado en una de las astas del toro, venía con la ropa sucia de toda la semana, sin afeitar, el pelo corto recién peinado hacia atrás con su peine de bolsillo y dominado con agua del grifo, como tenía por costumbre;

no solía hablar con nadie por lo menos hasta la hora del desayuno, y aun así a duras penas, pero no me extrañó que ese día rompiese sus hábitos conmigo, supuse que venía a comentarme algo de los cachorros o a llevarse a *Rafaela*.

—Me dijo tu padre que andaste unas semanas de peón en la construcción.

Había urgencia en sus ojos, y en su postura.

—Me sa venío abajo una viga de la casa —añadió—, la condená ma hecho un abujero asín en el techo… —separó las manazas más de un metro la una de la otra para ilustrármelo—, o sea que si quieres ganarte unos cuartos…, como tú tienes conocimientos.

—Sólo trabajé unos meses —traté de escabullirme.

—Ven a echarle un ojo na más.

Echó a andar invitándome a seguirlo, ¿no era él el de mantenimiento?, ¿por qué acudía a mí?, suspiré y salté del toro. *Rafaela* se vino detrás de mí. Linares caminaba arrastrando sus zapatos negros de punta estrecha con cordones, se le hundían los tacones en el barro y, de tanto en tanto, las punteras hacían saltar pedazos de tierra mojada. Mientras atravesábamos la zona de carga camino de su casa, mi padre me echó una mirada desde el toro, me encogí de hombros, y él y Escudé me observaron en silencio, incluso alcancé a distinguir a Antonio y a don Ramiro mirándome a través de los cristales de la oficina; los cuatro estaban preguntándose si yo iba realmente a donde parecía que iba, y no había para menos. Después de tantos años alguien iba a entrar en casa de Tanco Linares.

La casa se hallaba a unos cuarenta metros del barracón de la oficina y se llegaba a ella subiendo una ligera cuesta, una vivienda rectangular, poco vistosa y funcional de dos habitaciones, comedor, cocina, baño y patio trasero, tan elemental su trazo que parecía extraída del cuaderno de dibujo de un niño; se levantaba del suelo mediante paredes de ladrillo, rebozadas y pintadas de blanco, la pintura acusaba ya el paso del tiempo y, en algunos recovecos, la picadura del rebozado dejaba entrever el astillado de algunos ladrillos; resultaba curioso que alguien como Linares, que mantenía en perfectas condiciones el ladrillar y toda la maquinaria, que no toleraba que una simple bombilla permaneciese fundida más de cinco minutos, tuviera en cambio tan poco esmero con su propia casa. Al llegar empujó la puerta y dejó entrar primero a *Rafaela*, luego entró él y se fue directamente al centro de lo que parecía el comedor.

—Mira la condená —señaló el techo.

Entré y la puerta se cerró tras de mí, me alcanzó el olor a

humedad, como si la lluvia de los últimos días hubiese caído toda allí dentro, también olía ligeramente a algo dulzón, algo que remitía a fruta amontonada y a puertas cerradas. Al situarme en el centro del comedor miré hacia donde me indicaba Linares, el techo lo sostenían ocho o diez vigas de madera, una de ellas se había partido por la mitad y una parte del techo había cedido. Alcancé a ver un pequeño trozo de cielo a través del agujero que se había abierto entre las tejas; Linares no había exagerado en su tamaño, era lo bastante grande como para convertir el comedor en una piscina si volvía a llover.

—Hay que cambiar la viga —dije—, seguro que se hizo una gotera en el techo y acabó pudriéndola. Ocurre mucho con estas vigas, son de chopo y con la humedad pasa lo que pasa.

—¿Y eso me va a valer muchos cuartos?

Por la forma de decirlo comprendí que daba por hecho que yo iba a encargarme del asunto, me fastidiaba que la gente diese las cosas por hechas; no es que yo no supiera cómo reponer la viga dañada, ya lo había hecho otras veces y conocía el procedimiento, es sólo que no me apetecía.

—Te pagaré sesenta duros la hora —dijo.

No se me daban bien las conversiones de duros a pesetas, pero aquélla me resultó sencilla: si me quedaba dos horas cada tarde después del trabajo, cambiar la viga podía llevarme unos quince días, o sea, treinta o cuarenta horas, doce mil pesetas. En otras circunstancias le hubiera dicho que no a Linares valiéndome de cualquier excusa, no habría vuelto a poner los pies en su casa y de ese modo no hubiese sucedido nada de lo que sucedió después, pero la semana anterior me había encaprichado de un Ford Fiesta de segunda mano que había visto en Automóviles Aparicio y pensé que cualquier ayuda económica, por pequeña que fuese, me vendría bien.

—Bueno —accedí—, hoy pondremos una plancha de metal en el agujero del tejado por si llueve el fin de semana, y el lunes comenzaré.

Linares hizo un leve gesto de asentimiento. Detrás de él, contra la pared del fondo, que supuse daba a los dormitorios y al baño, Linares había amontonado, para evitar que se le mojaran, una mesa, cuatro sillas y un viejo aparador; probablemente al arrinconarlo todo con prisa había desequilibrado sin querer un cuadro de Cristo crucificado que colgaba de esa pared. Siempre que veía una de esas imágenes tan truculentas me venían a la cabeza las muchas veces que de niño le había besado suavemente los pies al Cristo de la parroquia Sant Llorenç de la plaza de la Vila, ya fuese porque me obligaban los curas que nos acompañaban a veces o cuando mis

abuelos maternos me llevaban a misa los domingos, *cerca del clavo*, me conminaba la abuela Joaquina, *que asilo alivias*; cuando me hice mayor, aquello de besar el clavo, o más bien esos dedos o esas uñas besadas ya por miles de personas antes, tanta saliva, me pareció una guarrería y me juré que no volvería a hacerlo nunca. Una tarde de finales de curso, en octavo, un cura vino a darnos la charla sobre la importancia de la bondad y la piedad y de evitar las tentaciones del demonio ahora que estábamos a punto de terminar nuestra primera etapa como estudiantes, y un compañero le dijo que a él la imagen de Jesucristo palmándola en la cruz siempre lo había jiñado más que la peña ardiendo en las calderas del infierno; al cura se le vio enseguida que buscaba algo rápido y amable que responder, algo edificante, y yo, en memoria de haber besado tanto clavo y tanta pantomima, aproveché la carcajada general para participar de la feliz intervención de mi compañero y añadí que, en lugar de las películas de terror y los cigarrillos, lo que debería prohibirse a los menores era la figura de Cristo sangrando y agonizando, mucho más macabra su muerte que las de *Viernes 13* o *La matanza de Texas*, pongamos por caso, que al menos sucedían de repente y la víctima ni se enteraba; nos echaron de clase. Los ojos de Linares se materializaron frente a mí, estaba diciéndome algo relacionado con el cuadro y su padre.

—... un hombre de misa —concluyó volviendo la mirada hacia el cuadro.

—Voy al almacén a por la plancha de metal.

Supuse que el *hombre de misa* era su padre y que quizá aquel cuadro lo había heredado de él. Crucé el comedor sin entretenerme, no quería que me soltara ningún rollo sobre su familia ni sobre la novia que se le murió de una pulmonía ni sobre lo mucho que le costó, recién llegado de Almería, aclimatarse a la vida de Sant Feliu, cosas de las que todos estábamos de sobra al corriente porque de tarde en tarde se obstinaba en repetírnoslas sin añadir nada nuevo. Cuando estaba agarrando ya el picaporte de la puerta alcancé a ver a mi derecha una vitrina y un televisor y, frente al televisor, una mesilla con dos botellas de Veterano y una silla de madera con anchos reposabrazos y cojines. La mano de Linares cayó sobre mi hombro, me había seguido sin hacer ruido.

—Tuviste coraje, Daldo.

La pálida luz que iluminaba su cara venía del sol filtrado a través de las cortinas corridas y le daba un aspecto borroso, levantó la comisura derecha de la boca y la sonrisa se convirtió en una mueca; me solté de su mano de un tirón.

—No vuelva a pedirme que lo ayude con eso, Linares. No vuelva a pedírmelo nunca.

Abrí la puerta con brusquedad y me fui al almacén a por la plancha de metal. En el ladrillar todos trataban a Linares como a un niño y le consentían sus majaderías y su actitud huraña porque les parecía alguien desvalido y sin demasiadas luces, se relacionaban con él como si fuese retrasado, pero a mí me traía sin cuidado lo que le pareciese a los demás, yo no estaba dispuesto a participar de sus gilipolleces.

Cené temprano y me fui andando al Instituto de Bachillerato Olorda a buscar a Belén. Belén estudiaba tercero de BUP nocturno porque, de nueve de la mañana a dos de la tarde, trabajaba como secretaria y telefonista en el taller de planchistería de su padre; tres años antes, según me había contado recientemente, se había dado cuenta de que no quería ser una simple secretaria toda su vida y había decidido prepararse para ir a la universidad a estudiar Empresariales, se definía a sí misma como una chica con ambiciones. Cuando me hablaba de sus proyectos de futuro la veía como una niña soñadora y pegada a las nubes, demasiado ingenua para advertir que, como a mí, se le había pasado ya la edad de intentar ser otra cosa de la que era; de todos modos a mí sus aspiraciones me traían sin cuidado, yo sólo quería tirármela, llevaba tres meses con ella y lo más cerca que había estado de hacerlo era cuando la arrinconaba y la manoseaba en la penumbra de los reservados de Casino o contra los buzones de su edificio cuando la acompañaba a casa.

El instituto estaba a cinco minutos de mi casa, subías la terrible cuesta de Daoíz y Velarde, cien metros hacia arriba, llegabas a Caries Buigas sin resuello, girabas a la izquierda y al poco te encontrabas con él, un edificio sencillo, práctico e insulso, de construcción reciente, que delimitaba la ciudad por su norte; más allá de la verja donde los estudiantes de BUP y COU se apoyaban para comer sus bocadillos o para besarse no había más que maleza, algunos campos de cultivo aislados y unos cuantos senderos entre algarrobos por los que la gente salía a caminar las tardes de verano o los fines de semana. A pesar de tenerlo tan cerca de casa yo no había pisado el instituto jamás, era lógico, si suspendías EGB el instituto se convertía en un edificio prescindible, te era ajeno por completo, un lugar lleno de niñatos engreídos que te miraban como si ellos mearan colonia y tú fueras la escoria que se pudría en los barracones del Gabriel Torrents Camprubí. Algunos de mis amigos, como Sadurní o Félix Duarte, sí lograron buenas calificaciones en octavo y se matricularon en el instituto con docenas de estudiantes tan calificados como ellos, todos dispuestos a continuar con sus

años de formación entre esos compañeros más o menos engreídos pero, en cualquier caso, moderados y con la cabeza sobre los hombros, mientras que yo tuve que compartir pupitre con lo peor de Sant Feliu, tipos en su mayoría inadaptados que, como yo, venían rebotados de la EGB con el estigma de saberse no aptos, y allí nos veíamos todos atrapados en la paradoja de tener que labrarnos ese futuro que aún no veíamos pero que ya sabíamos que no dependería nunca de nuestros deseos ni de lo que alguna vez habíamos soñado, ya no seríamos futbolistas profesionales ni astronautas ni periodistas ni arquitectos, sino electricistas, mecánicos, carpinteros…, ¿qué importaba entonces tu comportamiento?, ¿qué más daba los exámenes que dejabas en blanco si igualmente acabarías siendo lo que eran tus padres o lo que iban a ser también tus compañeros de clase?; los más radicales exteriorizaban su odio contra esa fatalidad de forma violenta y contundente, provocando en más de una ocasión que la policía local tuviese que acudir a la escuela a solucionar algún altercado, como el día en que un alumno de segundo grado de Automoción agarró un fluorescente y lo partió en la cabeza del conserje gritando que era el puto Luke Skywalker del Gabriel Torrents Camprubí. Yo intenté pasar desapercibido los dos años y medio que permanecí allí, no le creé problemas a nadie y nadie me los creó a mí, pero salí convencido de que estudiar no tenía ningún sentido, yo únicamente quería trabajar, ganar dinero y que me dejaran en paz de tanta monserga, y empecé a compadecer a Sadurní y a Félix Duarte cuando calculaban los años que aún les quedaban para licenciarse en la universidad, suponiendo que lo consiguieran. Sin embargo, cuando ellos cursaban tercero de BUP y yo llevaba ya unas semanas tras la barra del Frankfurt Olímpic, mi primer empleo, solía pasarme el día pensando en ellos, que seguían estudiando y preparando exámenes y adornando sus carpetas con jugadores de la liga de fútbol y flirteando con las chicas de clase mientras yo servía cafés y jarras de cerveza y bocadillos de lomo con queso de ocho de la mañana a cinco de la tardé; entonces tenía que reprimir las ganas de saltar por encima de la barra, echar a correr hacia el instituto y gritarles a todos que yo no era idiota simplemente porque la tutora de octavo de EGB había escrito en mi libro de escolaridad que el alumno Ángel Daldo sólo podía optar a los cursos de Formación Profesional. Los fines de semana, afortunadamente, aquel malestar remitía, porque a las tres de la tarde del sábado me despedía del Frankfurt Olímpic hasta el lunes, dormía una siesta de dos horas y por la noche me encontraba con Sadurní y Félix Duarte para corrernos la juerga. Antes de entrar en Casino nos tomábamos unas cervezas o unos cubatas en La Crema o en el Boca's porque allí las

consumiciones eran más baratas que en el interior de la discoteca y nos poníamos al corriente de lo que nos había sucedido durante la semana que quedaba atrás y de las esperanzas que teníamos puestas en el fin de semana que quedaba por delante; yo solía reírme hasta las lágrimas con algunas de las anécdotas que Sadurní y Félix Duarte contaban del instituto, en especial cuando las contaba Sadurní, y luego ellos se reían de mis chascarrillos de camarero, de los chistes que me habían regalado algunos clientes, y en esos momentos lograba sentirme orgulloso de mi trabajo y sentía que vivía donde tenía que vivir y que mis amigos eran los que tenían que ser. Pero tarde o temprano ocurría, normalmente tras el segundo o tercer vodka con limón: notaba llegar de nuevo ese malestar por la comisura de los labios, un bloque de barro cocido, rígido, y cuando quería darme cuenta mi sonrisa era ya tan forzada que no me sentía capaz de hacer nada útil con ella, si acaso beber para esconderla* y bebía, pero se volvía a materializar en mis labios en cuanto dejaba el vaso sobre la mesa; entonces detestaba las anécdotas de Sadurní y Félix, sus inevitables conversaciones y discusiones sobre asuntos del instituto, y detestaba a quienes los escuchaban como si ellos dos fuesen los puñeteros dioses creadores del universo, ¿qué tenía de maravilloso ser todavía estudiante si luego llegabas al fin de semana con un miserable billete de quinientas pesetas mendigado a tus padres o a algún pariente a base de hacerle una visita de compromiso?, la mayoría habíamos cumplido ya los dieciocho o estábamos a punto y ansiábamos ser adultos, autosuficientes, libres, pero ¿cómo iban a ser libres Sadurní y Félix si no tenían ni una peseta en el bolsillo?, ¿de qué coño les servían, pues, tantas anécdotas y tantas chicas y tantas risas? A veces, cuando nos marchábamos de los bares, yo pagaba sin avisar todas las rondas, y al hacerlo dejaba la billetera un instante sobre la barra para que todos viesen el fajo de billetes que yo ganaba con el sudor de mi frente mientras ellos se sentaban cómodamente en las aulas a empollar como críos; al verse invitados me daban las gracias pasándome un brazo por los hombros y me llamaban *colega de puta madre*, lo decían con franqueza, estaban necesitados de verdad y me agradecían el gesto, y eso me hacía sentir bien, me hacía sentir un hombre como dios manda. Hasta que llegaba otra vez el lunes, servía el primer café en el Frankfurt Olímpic y entonces volvían a darme ganas de patear el Olorda y gritar lo del libro de escolaridad. Comprendí que aquélla era la vida de la que tanto nos habían advertido los adultos, lo que vendría un día tras otro, lo que mi padre soportaba día tras día y también lo que había soportado el padre de mi padre sin una queja: sacrificio, tregua, sacrificio, tregua, sacrificio, tregua.

Cuando llegué al instituto faltaban cuatro minutos para las diez, así que esperé a Belén apoyado en el capó de un coche. La lluvia había hecho descender inusualmente la temperatura y allí arriba, en el punto más alto de la ciudad, la fría brisa procedente de la sierra de Collserola parecía más propia de finales de otoño que de finales de mayo; en cualquier caso estábamos en primavera y a mí me costaba acusar el frío, de modo que me había vestido tan sólo con una camisa de manga larga y unos Levi's, al contrario que Belén, que en cuanto el primer grupo de estudiantes salió del instituto a las diez y dos minutos la reconocí enseguida porque era la única que llevaba puesto un grueso abrigo de lana; levanté una mano y ella me sonrió, se despidió de sus compañeros, cruzó la calle con la carpeta apretada contra el pecho, como si aún no le bastara el abrigo, y me besó en los labios; intenté retenerla.

—Tengo frío —dijo apartándose en dirección a la acera—, y ganas de llegar a casa.

La alcancé y la cogí por la cintura, se apretó contra mí. Cuando descendíamos por Daoíz y Velarde, convertida al recorrerla a la inversa en una pendiente que casi te obligaba a andar inclinado hacia atrás, le comenté que a Linares las lluvias de la semana le habían echado abajo una viga.

—Ese chiflado —sonrió; como muchos en Sant Feliu ella también tenía su forma particular de referirse a Linares—. Pues ahora sí que alguien va a tener que entrar en su casa.

—Me lo ha pedido a mí.

Belén se detuvo y se volvió a mirarme.

—¿Me llevarás una tarde contigo?

—¿A casa de Linares? —no podía hablar en serio—. Estás loca.

—Por favor.

Acercó los labios a mi oreja y me susurró *por favor* una y otra vez; al cabo de unos segundos parecía que me estaba pidiendo por favor otra cosa, o me lo pareció a mí, o ella hizo que lo pareciese; intenté colar mi mano por debajo de su abrigo, ella la apartó de un manotazo y continuó andando con fingido gesto de ofendida.

—Si me llevas a casa de ese chiflado me acostaré contigo.

Me quedé inmóvil mientras ella se alejaba echándome una breve mirada y una sonrisa por encima del hombro. Empezaba a no gustarme esa forma suya tan antojadiza y frívola de chantajearme con tonterías; la semana anterior había hecho lo mismo soltándome que se acostaría conmigo si íbamos al ladrillar una noche y la dejaba conducir el toro. Si ahora en lugar de contarle lo de la viga le hubiese contado, pongamos por caso, que Lobo Castilla se había comprado unos zapatos nuevos, habría sido capaz de decirme que

se dejaría follar si me metía en cualquier zapatería y le robaba unos para ella; no le interesaba lo más mínimo ir a casa de Linares, para qué habría de interesarle, era pura diversión, ganas de enredar, y así traté de tomármelo. Apuré el paso para alcanzarla de nuevo, me había aventajado unos metros, y me puse a su lado, aunque ya no volví a agarrarla por la cintura ni tampoco hice el gesto de cogerle la mano, me sentía como si me hubiese noqueado de un puñetazo y me llevé las manos a los bolsillos de los Levi's porque no sabía qué hacer con ellas; imaginé la cara de incredulidad que se le quedaría a Linares si yo apareciese una tarde en su casa con Belén, sería capaz de echarnos a patadas.

—No creo que sea una buena idea —dije.

—¿Acostarse conmigo?

—Lo de Linares. Ya sabes que no deja entrar a nadie en su casa.

—Sería por una buena causa.

Volvió a sonreírme y a mirarme de reojo y yo ya no podía soportar el peso de mi cuerpo sobre las rodillas en aquella endemoniada pendiente, ¡a la mierda Linares!, ¿qué importaba que se enojara conmigo si después podía tirarme a Belén? En la calle Josep Ricart doblamos a la derecha, ella vivía en el número cincuenta y dos, en la esquina con Girona; al llegar introdujo inmediatamente la llave en la puerta de su edificio, no parecía tener intención de quedarse a charlar un rato conmigo como hacíamos a veces.

—De acuerdo —me apresuré—, te llevaré.

—¿El lunes? —sonrió.

—Joder, el lunes es el primer día.

Se inclinó hacia mí y me atrapó con suavidad el labio inferior entre sus dientes, lo mordió, lo soltó, me besó el superior con suma delicadeza y terminó buscándome la lengua de manera brusca, como si fuese a entregarse allí mismo.

—Hagámoslo ahora —jadeé mientras la besaba y trataba de empujarla hacia el interior del portal—, hagámoslo ahora y te juro que el lunes te llevo.

Me puso una mano en el pecho y, con un mohín de niña traviesa, me empujó lentamente fuera del umbral mientras comenzaba a cerrar la puerta le brillaban los ojos.

—Primero llévame a casa de ese chiflado —murmuró.

Oí el chasquido de la puerta y comprendí que me había quedado fuera con una erección insoportable; Belén me dijo adiós con la mano a través del cristal y desapareció escaleras arriba.

Al llegar a casa me metí en el baño y me masturbé ferozmente, empujé a Belén contra los buzones de su portal y me la follé allí mismo, de pie, metiéndosela una y otra vez no como si fuese su novio, sino un puñetero criminal que la había acechado en la oscuridad del portal para violarla. Cuando terminé me mojé la cara y me quedé unos minutos sentado sobre el retrete. A las tías que se comportaban tan cabronamente las llamábamos calienta braguetas, algunas no lo eran, por supuesto, lo que sucedía era que nosotros íbamos bastante salidos y no tolerábamos la más mínima espera ni aún menos una negativa, pero empezaba a tener mis dudas respecto de Belén, ¿qué era lo de ir a casa de Linares si no un pretexto para ponerme caliente y a continuación darme con la puerta en las narices?; Sadurní se habría partido de risa y me habría acusado de no saber tratar a las chicas, de ser un pardillo, y quizá lo fuera. Tan sólo había habido una chica antes de Belén, una holandesa que conocí el verano de mil novecientos ochenta y cuatro mientras Sadurní, Félix y yo veraneábamos en el cámping Lloret de Lloret de Mar, ella era virgen y yo también, fue el típico rollo de verano y los dos hicimos por primera vez esas cosas que a veces la gente cuenta como si hubiesen ocurrido dentro de una película; nosotros, simplemente, hicimos lo que pudimos para hacer lo que hicimos, nos fue bastante bien y yo fui el tío más feliz del mundo cuando por fin pude contarles a mis amigos que *lo había hecho* y que la tía era una fuerza de la naturaleza que me había volteado los huesos de un modo que yo ignoraba que pudiesen voltearse; no sé de dónde saqué esas palabras ni qué quería decir con eso de voltear los huesos, pero lo conté tal cual, como si hubiese ocurrido dentro de una película, ¡qué coño!, había dejado de ser virgen y eso merecía todos los adornos necesarios; la chica se llamaba Brigit y después de la primera vez echamos una docena de polvos más antes de que ella se marchase de vuelta a Rotterdam y ahí concluyese todo entre nosotros y también entre las chicas y yo en general, hasta que conocí a Belén y me colé por ella y decidí que quería hacerle todo lo que le había hecho a Brigit y que ella me hiciese todo lo que Brigit me había hecho a mí, estaba convencido de que ambos sabríamos hacerlo mucho mejor, sobre todo ella, que según me había contado se había acostado ya con cinco, el primero a los dieciséis años y el último cuando acababa de cumplir los veintiuno, apenas dos semanas antes de conocerme.

Salí del baño lamentando que fuese viernes, no podría llevar a Belén a casa de Linares hasta el lunes, lo que significaba que me esperaba otro fin de semana en blanco. Fui al comedor y me senté en el sofá junto a mi padre, que se había quedado adormilado viendo un documental en el segundo canal, mi madre ya se había

acostado, solía retirarse temprano; el documental iba del día de las fuerzas armadas, decían que su alteza real el príncipe Felipe había desfilado con la escuadra de Gastadores de la Academia General Militar y que el momento más emotivo se había producido cuando volvió la vista a la derecha al pasar frente a la tribuna desde la que su padre presidía el desfile; agarré el mando a distancia y cambié de canal, mi padre se despertó en el acto y me miró con reproche, se enderezó y se frotó la cara con las manos.

—Estaba viendo al príncipe —dijo.

Se inclinó hacia la mesilla, cogió el paquete de Rex y se encendió un cigarrillo, colocó el cenicero en el brazo del sofá y se recostó de nuevo; puse otra vez el documental, eran las diez y media, nunca había tardado tan poco tiempo en ir a recoger a Belén al instituto y acompañarla a casa.

—¿Qué tal con Linares? —preguntó mi padre sin apartar los ojos del televisor.

—Bien.

—¿Cuánto te pagará?

—Trescientas pesetas la hora.

—Ándate con ojo cuando te pague —me advirtió sacudiendo la ceniza del Rex en el cenicero—, que ése mira mucho los cuartos.

En el documental seguían a vueltas con el desfile del príncipe y con la imagen en la que se volvía hacia su padre al pasar frente a la tribuna de autoridades, hablaron de lo orgulloso que debió de sentirse donjuán Carlos en ese momento, *como cualquier padre*, matizaron; me sonó a gilipollez, *aquí me gustaría ver a mí al príncipe*, se me ocurrió, *aquí habiendo matado a un cachorro y preguntándose qué opinaría su padre de él si llegara a enterarse*; un tipo con traje y con corbata decía algo de que los hijos suelen valorarse a veces a sí mismos a través de la opinión que sus padres tienen de ellos. Eché una ojeada a mi padre, seguía con la mirada clavada en el televisor, ¿qué opinión tendría de mí? En el documental enfocaron a la familia real al completo: los reyes, el príncipe y las dos infantas.

—Ésos sí que viven como reyes —dijo mi padre aplastando la colilla en el cenicero y riéndose de su propio chiste—, la madre que los parió.

Se levantó pesadamente y fue a echar la llave a la puerta, luego entró en la cocina, le oí beber agua del grifo, quizá debería contarle lo del cachorro; cuando regresó al comedor me dio las buenas noches y se marchó por el pasillo. Al cabo de un minuto apagué el televisor y me quedé escuchando el silencio del piso, se oía discutir a los vecinos del segundo primera, solían hacerlo, *tuviste coraje, Daldo*, las palabras de Linares seguían dentro de mi cabeza, quizá el

viejo fuese un hijo de puta por haberme obligado a arrojar el cachorro al fuego y felicitarme después con aquella grandilocuencia, pero yo ya no podía seguir engañándome: lamentaba lo del cachorro, pero me sentía orgulloso de haberlo hecho, porque realmente había que tener huevos para echar un perrito tan pequeño al fuego, y yo los había tenido.

El sábado por la mañana fui a Automóviles Aparicio a dar una paga y señal para que me reservaran el Ford Fiesta, mi primer coche. Hasta entonces había tenido que arreglármelas con el Seat Ritmo de mi padre, que solía dejármelo cada vez que se lo pedía, aunque yo sabía que no le hacía mucha gracia que metiese en él a mis amigos los sábados por la noche y fuésemos todos allí apiñados de bar en bar; el hombre tenía plena confianza en mí, pero no era tan tonto como para creer que yo no conducía jamás bebido ni rebasaba los límites de velocidad, supongo que sufría lo suyo imaginándoselo, y yo a veces sufría imaginando que se lo imaginaba, sobre todo cuando arriesgaba el Seat Ritmo haciendo esas cosas que se hacían por los amigos, que había que hacerlas, como aquella vez que se lo presté a Sadurní para que pudiera tirarse inmediatamente a una chica llamada Susana que acababa de conocer. Les dejé las llaves y esperé dos horas en la barra de Casino a que regresaran, bebiendo un vodka con limón tras otro, rezando para que me devolviesen el coche de una pieza, *lo siento, tío*, se disculpó Sadurní al volver, ya sin la chica, *es que no había forma de que la guarra parara de moverse*, llevaba la camisa por fuera y ni siquiera se había peinado, *pues si llega a aguantar un poco más*, le dije mostrándole el quinto vodka con limón, *me tienes que llevar al puto hospital*, nos echamos a reír y Sadurní dijo que me invitaba a otra ronda; al cabo de unos minutos sonó *Future Brain*, y, aunque el guaperas de Den Harrow nos caía como una patada en el estómago y bailar era algo que hacíamos en contadas ocasiones, Sadurní me agarró de la camisa y me gritó *venga, macho, vamos a la pista a ver si pillamos, que la canción del marica este la bailan todas las colegas*, su pelo revuelto y su camisa desbaratada era cuanto quedaba de la tal Susana, acababa de tirársela y ya parecía que llevara meses sin una chica; al regresar a casa me aseguré de que no hubiesen manchado el asiento trasero ni olvidado el condón sobre las alfombrillas, Sadurní era capaz de cometer cualquier gilipollez con una chica desnuda delante. Comprar el Ford Fiesta me supondría independencia y dejar de padecer por lo que pudiera sucederle al coche de mi padre, y también sería algo que ofrecerle a Belén; con dieciocho años y el permiso de conducir recién estrenado era

normal que dependieras del coche de tu padre, pero a punto de cumplir los veintidós suponía un bochorno decirle a tu novia que no podrías llevarla a ninguna parte porque tu padre se iba a cenar a casa de unos parientes y necesitaba el coche, se trataba de una cuestión de orgullo. En Automóviles Aparicio me informaron de que, si todo iba bien, me entregarían el coche en dos o tres días, dependía del papeleo del banco, mierda de bancos.

Por la tarde recogí a Belén en el portal de su casa, sonrió al verme y me besó, olía a Farala y se había maquillado discretamente, me gustaba la forma en que se maquillaba, sin ostentación; había chicas que llevaban tanto maquillaje encima que lo que veías era tan sólo una parodia de su auténtica cara. Sadurní decía a veces que el problema de pasar la noche con determinadas chicas era que por la mañana parecían otras, 05 *lo juro*, le gustaba bromear, *ayer me acosté con una y esta mañana me he levantado con otra*, y cuando nosotros nos echábamos a reír añadía *y lo que más me jode es que al despertarme sólo he encontrado un condón usado, ¿por qué coño no me lo habré hecho con las dos?*

Belén me cogió la mano y en Virgen de Montserrat doblamos a la izquierda en dirección al centro; el sol brillaba con fuerza y las lluvias de los últimos días habían dejado en Sant Feliu una corriente de aire limpio, una transparencia que te permitía ver los objetos lejanos como si pudieras alcanzarlos con la mano, de tanta agua ya sólo quedaban algunos charcos junto a los bordillos, en uno de ellos vi a una abeja agitándose en el agua sucia; detuve a Belén y me puse en cuclillas, la abeja apenas tenía ya fuerzas para mantener a flote su cuerpo empapado y sus alas mojadas pesaban demasiado para levantar el vuelo.

—Nosotros somos como esa abeja —le dije a Belén, que no me había soltado la mano—, quiero decir la gente, todo el puto día ahí luchando por sobrevivir.

—Qué tétrico.

A mí no me parecía tétrico, me parecía normal; los movimientos de la abeja se habían reducido a débiles espasmos, sus pequeños pulmones estarían encharcados ya de agua y no quedaría en ellos ni un gramo de oxígeno.

—¿Y sabes cómo imagino a dios? —dije sin apartar la mirada de la agonía de la abeja—. Exactamente como estoy yo ahora, en cuclillas, *observándonos sin hacer* nada, sin decirnos que a un palmo de distancia se termina el puto charco.

La abeja dejó de moverse *y* se quedó inerte en aquel rincón de agua sucia, un soplo de aire se la llevó varios centímetros a la

deriva, logré distinguir sus patas bajo la superficie, sus antenas flotando como hilillos, su cabeza medio hundida.

—Pobre bicho —dijo Belén, había una mueca de repugnancia en su rostro; tiró de mí y añadió—: venga, vámonos.

Sonreí y continuamos andando. Las chicas me parecían a menudo algo tontas y blandas, con sus gestos melodramáticos y sus grititos, capaces de confesar sin rubor que habían llorado con *El lago azul* o que al salir a las cinco de la madrugada de Casino les daba miedo regresar solas a casa, *son cursis*, las definía Sadurní de un solo trazo, *pero qué le vamos a hacer, si no fueran cursis serían hombres, y entonces a ver quién tendría narices de tirárselas*; Belén no me parecía excesivamente cursi, no en el sentido que lo decía Sadurní, pero y qué si lo fuera, en el fondo me había gustado que le repugnara lo de la abeja, la hacía vulnerable y me daba la oportunidad de cuidar de ella. Le solté la mano y le pasé un brazo por los hombros, ella deslizó el suyo alrededor de mi cintura, sentí la tentación de contarle lo del cachorro de Linares.

—Ya tengo reservado el coche —dije.

—¿Cuándo te lo dan?

—El martes o el miércoles.

Entramos en el parque Nadal y nos sentamos en un banco junto al pequeño lago, había algunos niños echándoles migas de pan a los peces; pasamos un rato allí besuqueándonos. Después a Belén le apeteció acercarse a la Churrería Castellá a por unas golosinas; se compró nubes, fresones y coca-colas de goma azucarada y empezó a comérselo todo con una radiante expresión de felicidad, como si tuviese doce años en lugar de veintiuno, *no me mires que me da vergüenza*, dijo, imitando la voz y el mohín de una niña tímida; me eché a reír y se ruborizó, volvió a parecerme una niña, como cuando decía de sí misma que era una chica con ambiciones y te detallaba sus planes de futuro, y en ese momento la encontré bonita, no guapa ni más buena que el pan ni está para comérsela entera, como acostumbrábamos a decir de las chicas, sino bonita; aún ruborizada me ofreció la bolsa de golosinas, pero rehusé diciéndole que no me gustaban, era mentira, simplemente no quería parecer un crío delante de ella. La tarde se nos fue sentados en los bancos de la plaza de la Vila y caminando luego por las tiendas de la carretera Laurea Miró hasta que en el cambio de rasante donde estaba el viejo edificio de la Hispano-Suiza desembocamos en la quietud de Los Pinos y allí, en el silencio y las sombras, nos abrazamos y nos besamos, *aquí fue donde mataron al hijo pequeño de Antonio*, le dije a Belén, y ella me pidió que cambiara de tema. A las ocho decidimos irnos a cenar un bocadillo y descartamos el Olímpic porque habíamos ido ya varias veces últimamente, elegimos el

Frankfurt Nico y cruzamos de nuevo la ciudad en sentido ascendente; realmente, necesitábamos un coche.

El Frankfurt Nico era pequeño y bullicioso y parecía esconderse casi hasta de sí mismo en la esquina de Doctor Brugarolas con Josep Ricart, un rincón apartado de las consideradas zonas de paso y, por lo tanto, un bar que solía cogerte siempre a trasmano, lejos de todas partes, pero preparaban unos bocadillos con embutidos y carnes de calidad por los que merecía la pena vencer cualquier pereza y recorrer cualquier distancia, así que en horas punta casi nunca había una mesa o un taburete libres donde sentarse. Belén y yo no tuvimos problemas para encontrar mesa porque todavía era temprano; ella pidió Cola-Cola y bratsburt y yo una jarra de cerveza y dos hamburguesas con cebolla. Mientras cenábamos le pregunté si ya le había hablado a sus padres de mí, respondió que no y me dijo que sus padres estaban divorciados, me pilló por sorpresa; hasta entonces, siempre que Belén había comentado algo de paso sobre ellos lo había hecho en plural, como si viviesen juntos. Masticando su bratsburt me contó que su padre se había marchado de malas maneras de casa a principios de mil novecientos ochenta y uno y que él y su madre mantenían una relación *es-pan-to-sa*, masticó cada sílaba, y añadió que ambos eran incapaces de mantener una conversación mínimamente civilizada, en especial cuando no tenían más remedio que verse para tomar una decisión sobre ella o sobre Javier, su hermano pequeño; en esos encuentros no hacían más que recriminarse rencores del pasado, que si eres una amargada, que si me dejaste por otra, que si estás loca, que si vete a la mierda, y al final, hartos los dos, solventaban en el mismo tono y en apenas un minuto las cuestiones por las que se suponía se habían reunido. No me pareció que Belén tomara partido por ninguno de los dos y viese a su padre como un cerdo, pongamos por caso, y a su madre como una pobre víctima, que es como sí los vi yo de primeras, sino que más bien les encontraba virtudes y defectos por igual a ambos; sin embargo, en lo que sí puso énfasis fue en lo mal que lo había pasado su madre tras la separación, sobre todo en cuanto al dinero, ya que su padre se había cubierto las espaldas con un buen abogado y les pasaba una pensión mensual de risa, y concluyó asegurando que ella jamás se dejaría hacer eso por un hombre, *mi madre ha sido una tonta*, dijo, *pero yo no lo soy, antes de que un hombre me haga daño a mí se lo hago yo a él*, su voz había cambiado, se encendió un cigarrillo y sus ojos se perdieron más allá del cristal que daba a la calle Josep Ricart, había dejado medio bratsburt sin comer; me pregunté dónde estaba la niña que tres horas antes se había ruborizado al comer golosinas.

Al cabo de poco salimos de nuevo a la calle con prisa; habíamos

quedado en La Crema con Sadurní y con Félix Duarte a las nueve y media y faltaban apenas cinco minutos. Hacía por lo menos seis meses que no nos veíamos porque Sadurní salía con una chica de Hospitalet y Félix con una compañera de la facultad, y los dos habían comenzado a frecuentar los ambientes más afines a ellas; sabía de oídas que la llegada de las primeras novias ponía fin a los grupos de amigos, pero siempre creí que nosotros permaneceríamos juntos a pesar de todo, era obvio que no lo estábamos consiguiendo. Quedar los tres aquella noche y entrar en Casino como llevábamos haciendo toda la vida había sido idea mía.

Cuando llegamos a La Crema ya estaban todos allí, sentados a una mesa y bebiendo, estreché las manos de Sadurní y Félix y ellos nos presentaron a Marta y Raquel. Raquel era la chica de Sadurní y lo primero que pensé al verla fue *tiene pinta de guarra*. Entre nosotros *pinta de guana* significaba que tenía pinta de hacérselo con cualquiera en cualquier momento, ropa ajustada, maquillaje a lo puta, chicle en la boca, lo que la convertía en la chica perfecta para pasar el rato con ella pero en ningún caso para que fuese tu novia; Marta, en cambio, era mona, entre nosotros *mona* significaba que estaba buena pero que debía de costar una vida convencerla de que se dejara meter mano, ninguno la habríamos querido como novia, pero Félix sí. Félix era lo que nosotros denominábamos *un tío serio*, estudiaba mucho, pensaba en su futuro y decía cosas como *no pienso tirar mi vida por la borda* o *eres un maníaco sexual, Sadurní, si sigues así ni las ratas querrán irse a la cama contigo*; su padre, Alfonso Duarte, tenía un bufete de abogados en Barcelona y yo estaba convencido de que era idea suya que Félix terminara trabajando de lo mismo que él, y es que bastaba mirar dos segundos a Félix para darse cuenta de que se parecía tanto a un abogado como yo a un ministro; cuando le preguntabas por qué había elegido ese oficio no hacía más que repetir que él siempre se había sentido atraído por los juicios y los tribunales, por el prestigio de los buenos abogados, te lo adornaba como si estuviese hablando de estrellas de cine de Hollywood, como si Sadurní y yo no hubiésemos estado nunca en su piso de ochenta metros cuadrados del paseo Conde de Vilardaga y tampoco conociésemos a su padre, que conducía un Citroen GS Club y solía ir al trabajo en tren, como cualquier hijo de vecino, porque el bufete se hallaba en el caos circulatorio de Ronda Universidad; era obvio que el padre de Félix ganaba más dinero que el de Sadurní y el mío y podía costearse cosas como una segunda residencia en Castelldefels, en primera línea de playa, y viajes ocasionales a sitios que yo sólo había visto en los mapas, pero yo no veía que eso del prestigio sirviese para mucho, si acaso para ir con traje y corbata al trabajo y tener un aspecto distinto; quizá Félix lo

adornaba para no tener que admitir que su padre había elegido por él.

—¿Aún sigues con tu idea de ser abogado? —sonreí.

—Por supuesto —asintió.

—Te pareces más a un cura —añadí mientras Belén y *yo* nos sentábamos—, lo digo por la barba.

La barba de Félix era uno de los dos cambios estéticos que me habían sorprendido al entrar en La Crema el otro era el pelo ligeramente largo de Sadurní, que siempre lo había llevado corto. Belén pidió una Cola-Cola *y yo* vodka con limón, era un automatismo: si tenías intención de entrar en Casino, mejor que fuese un poco entonado; yo podía costearme los precios de la barra de la discoteca, pero Sadurní y Félix seguían en la universidad y sus billeteras seguían tan delgadas como una hoja de papel de fumar, a mí me resultaba natural ser solidario con su situación, si ellos se colocaban en La Crema, yo también. Sadurní se inclinó hacia Belén y le preguntó:

—¿Ya te ha contado el coñazo ese del bicho que agoniza en el charco?

Belén me miró y sonrió, Sadurní y Félix estallaron en una carcajada y supe en el acto lo que diría Sadurní a continuación, no intenté detenerlo.

—Ángel es así —le confió a Belén, inclinándose hacia ella como solía inclinarse cuando se lanzaba a por una chica—, si hubiese nacido en los bajos fondos y su padre hubiera sido un borracho agresivo, Ángel sería ahora un asesino en serie, ¿verdad, Ángel?

Asentí y moví con el dedo los cubitos de hielo del vaso, no era la primera vez que Sadurní decía aquello, nos habíamos reído siempre mucho con esa gilipollez, formaba parte de nuestro repertorio de chorradas; él se quedó esperando a que yo le replicara *y tú serías mi primera víctima*, como teníamos por costumbre, pero entonces me vino a la cabeza el cachorro de *Rafaela* y no fui capaz de decir una sola palabra, únicamente me pregunté si matar un perro te convertía en asesino.

—¿Has estado en su habitación? —preguntó Sadurní a Belén.

—No —respondió ella, se llevó una mano al bolso, extrajo el paquete de Marlboro y se encendió un cigarrillo.

—Entonces no puedes entenderlo —dijo Sadurní con su sonrisa especial de amigo especial—. ¡Coño, si lo llamamos Angelito de la muerte!

Me dio una palmada en la espalda, me pasó el brazo por los hombros y me sacudió cariñosamente, llevaba colonia Yachtman hasta en la suela de los zapatos y seguía vistiendo como Don

Johnson en *Corrupción en Miami*, en eso no había cambiado, aunque había que reconocer que sabía llevar la ropa como si la hubiesen diseñado a propósito para él, y con las chicas le funcionaba, la propia Raquel lo miraba como si fuese Don Johnson de verdad. Pedimos otra ronda y nos pusimos al corriente de las novedades.

A las once y media salimos de la cafetería y entramos en Casino. La sesión nocturna llevaba ya media hora en marcha, era el momento propicio para hacer estallar la música y las luces y comenzar sin reservas la noche, el *disc-jockey* lo sabía y no se demoró un solo segundo, la gente ya lo esperaba, *¡buenas noches!*, saludó por el micrófono, *¡bienvenidos a Casino!*, y arrancó con *Bolero*, una de las canciones preferidas de Belén, que empezó a moverse como una loca y corrió con Raquel y Marta a la pista; Sadurní y yo nos fuimos tras ellas por una cuestión de territorialidad, había muchos moscones, pero Félix se alejó hacia la barra, no le preocuparía tanto Marta o no lo suficiente como para seguirla a la pista, a él bailar le gustaba aún menos que a nosotros. Al cabo de un rato pincharon a los Modern Talking y las chicas se pusieron a chillar como si el dúo hubiese entrado por la puerta con sus caras impolutas y sus cabellos al viento; Sadurní y yo hicimos una mueca y nos fuimos a hacerle compañía a Félix, que se hallaba de pie en la barra bebiendo JB con hielo. Pedí vodka con limón y Sadurní un *gin-tonic*, y nos quedamos bebiendo y saludando a un montón de conocidos, allí éramos siempre las mismas caras. Sonaba *Dolce vita* cuando Marta apareció junto a nosotros, agarró a Félix del brazo, le murmuró algo al oído y se lo llevó casi a rastras a la pista; Sadurní y yo les seguimos con la mirada y después busqué a Belén entre las docenas de cabezas que se agitaban bajo el cruce de luces, no la encontré. De repente se levantó un brazo en medio de la pista que saludaba en nuestra dirección: Raquel. Sadurní le devolvió el saludo y le envió un beso, se terminó el *gin-tonic y me* preguntó:

—¿Me invitas a otro?, esto de ser estudiante a los veintiuno es una mierda.

Pedimos otro *gin-tonic y* otro vodka con limón.

—Raquel tiene pinta de guarra, ¿verdad? —me soltó; no hablaba en broma, o al menos no lo parecía, y tampoco estaba aún borracho —. Venga —insistió—, sé que lo has pensado, cabrón. La colega reúne las condiciones, ¿no?

—Sí —admití—, pero ¿desde cuándo te importa a ti eso?

Le temblaba un poco la mano con la que sujetaba el *gin-tonic*, el vaso parecía un pequeño salvavidas y él un náufrago, sacudió la cabeza como si no supiera qué responder; Raquel volvió a saludarlo desde la pista y él le dedicó un gesto cariñoso.

—En cuanto me la tire un par de veces la mando a la mierda —

dijo, y soltó una carcajada que sonó como la de una marioneta manejada por un lunático; me dio la impresión de que reírse era lo último que deseaba en aquel momento, yo me conocía sus carcajadas cuando eran francas, y no sonaban de ese modo—. ¿Y tú qué tal con Belén?, ¿ya te la has tirado o qué?

—Sólo llevamos tres meses.

—Ya veo que sigues tan lento como siempre. ¿Cuántas pajas te has hecho desde que te follaste a aquella holandesa en Lloret de Mar?

—Miles —reí, no me hizo mucha gracia.

—Pues espabila, macho —había cambiado de expresión y señalaba con el vaso hacia el pasillo que conducía a los servicios—, o alguien se tirará a Belén por ti.

Divisé a Belén hablando con un tipo, lo reconocí enseguida, lo había visto algunas veces salir del instituto a la misma hora que ella, quizá iban a la misma clase, era lo que nosotros llamábamos de forma despectiva *un pijo,* iba vestido con un polo Lacoste blanco y téjanos, se le veía la manchita del cocodrilo en el pecho desde allí, y llevaba un jersey de punto cuidadosamente anudado en la cintura; no lograba verle los pies, pero seguro que calzaba Nautic azul marino y llevaba bien visibles las llaves del coche en la mano para dejarnos claro que él conducía un Volkswagen Golf Cabriolet o tal vez un GTI con radiocasete extraíble y ruedas con llantas de aluminio.

—¡Coño! —exclamó entonces Sadurní—, ¿sabes quién es ese tío?, ¡es Rubén Plana! Su padre tiene una empresa en el polígono, Maderas Plana, ¿sabes cuál te digo? Están forrados de pasta.

—Va al instituto con Belén.

—Seguro que a ella le encantaría saber que es rico.

Le di un codazo y sugerí regresar a la pista; de camino a ella me acerqué a Belén para que se viniese conmigo, no me preocupaba en exceso el pijo, no veía a Belén capaz de pegármela con él, pero quería que él supiera que era yo quien salía con ella. Al verme, Belén me besó y nos presentó, se llamaba efectivamente Rubén Plana, iba afeitadísimo, repeinado con la raya al lado y olía a litros de colonia, me estrechó la mano sin fuerza ni interés, a mí aún me interesaba menos; al mirar sus dedos fláccidos en torno a los míos alcancé a ver que calzaba los inevitables Nautic azul marino. Belén me informó de que Rubén y ella iban a la misma clase y que él tenía la intención de estudiar Dirección y Administración de Empresas, ¿para qué narices querría estudiar eso si de todos modos terminaría enchufado en la empresa de su padre?, *¡a mí estudiar no me va!*, me gritó al oído, *¡pero al final mi padre me ha obligado!*, ya eran ganas

de perder el tiempo, *¡yo estoy en el ladrillar de Ramiro Pardo!*, le grité, *¡superviso el tráfico de carga y descarga!*, los vodka con limón me habían subido inesperadamente del estómago a la cabeza y la música *spaguetti* atronaba a mi alrededor como si el *disc-jockey* pretendiese echar abajo Casino, *¡o sea que conduzco un puto toro!*, añadí con una carcajada, él puso cara de querer largarse pero lo sujeté por el brazo, le dije algo más y él me contestó, volví a reírme solo y de repente no supe exactamente qué coño le estaba diciendo a aquel pijo, quizá le había contado que el jueves arrojé el cachorro recién nacido al fuego o quizá sólo le había preguntado dónde guardaba la llave de su asqueroso Volkswagen, o quizá no le había dicho nada. Belén me tiró de la manga, nos apartamos y le gritó *adiós* a Rubén mientras me arrastraba en dirección a la pista; iba a preguntarle a qué venía tanta prisa, si acaso había dicho alguna gilipollez, pero entonces me di cuenta de que habían pinchado *This is my life*, que ella consideraba sagrada desde que yo le había dicho, al tercer día de salir juntos, que era la canción que sonaba justo en el instante en que ella había accedido por fin a salir conmigo y me regalaba ese *vale, de acuerdo* que me supo a gloria, ¡qué ocurrencia mentirle en eso!, ¡cómo narices iba a saber yo qué canción sonaba en aquel momento!, sólo lo había hecho porque se suponía que a las chicas les gustaban ese tipo de cosas románticas y me figuré que a Belén le gustaría tener una canción que nos perteneciese, como la tenían tantos; si elegí *This is my life* es porque fue la primera que me vino a la cabeza.

Al salir de Casino nos sentamos en los escalones de piedra de la entrada para que nos diera un poco el aire, eran casi las cuatro de la madrugada. Coincidimos todos en que había sido divertido, *tenemos que repetirlo, macho*, dijo Sadurní, *ha sido la hostia*; Raquel lo besó ruidosamente en la boca como si fuese a comérselo, *sí*, asintió al separarse de él, *ha molado cantidad*, se puso en pie con aire cansado y sus ojos se encontraron con los míos, se le había fundido el maquillaje y su cara parecía uno de esos ladrillos que quedaban a medio cocer en los hornos del ladrillar, el chicle que masticaba desde que habíamos salido de La Crema debía de saber ya más a Margaret Astor que a fresa; se echó el pelo hacia atrás y, mientras se lo recogía con una goma o una pinza, se pasó la lengua por los labios sin dejar de mirarme, sus pupilas parecían dedos que se hubiesen puesto a manosearme; respiré hondo tratando de achicar vodka con limón de mi cerebro porque probablemente había sufrido una alucinación, con Raquel sería imposible pasarse tres meses en blanco, quizá lo que yo necesitaba era una chica como ella. Belén me tiró del brazo, *tenemos que irnos*, dijo, nos despedimos de todos y prometimos repetir pronto.

Me costó trabajo llegar hasta la calle Josep Ricart, los cinco o seis vodka con limón que me había bebido parecían haberse bajado todos a entorpecerme las piernas; Belén iba bien porque no había bebido, sólo tenía sueño. Me apoyé en la pared, junto a los timbres del edificio de Belén, y no advertí que ella se acercaba hasta que sentí sus labios sobre los míos, tenía la boca pequeña y una lengua muy suave, inquieta, noté la erección contra los téjanos.

—Tendrías que haber bebido conmigo —dije.

—Ya sabes que no me gusta.

El portal zozobraba un poco, pero aún podía controlarlo, había estado peor en otras ocasiones; me lancé sobre Belén y ella me esquivó con tal rapidez que me fui de bruces contra el cristal de la puerta, nos pusimos a reír.

—¿Es verdad que te llaman Angelito de la muerte?

—Sí.

—¿Por qué?

—Qué más da.

Intenté agarrarla por la cintura para besarla de nuevo, pero su cuerpo era escurridizo como la arcilla mojada.

—Pues yo quiero saber por qué —insistió, y me entraron ganas de estamparle la cara contra el cristal de la puerta y gritarle que dejara de decir tonterías y se pusiera de una puta vez a follar conmigo—, y quiero que me enseñes tu habitación.

—¡Y eso a qué coño viene!

—Sadurní dijo que entonces lo entendería todo.

—Sadurní es un gilipollas.

Cuando quise darme cuenta ya se había metido dentro del edificio y había cerrado la puerta, me mandó un beso desde el fondo del portal, desapareció escaleras arriba y yo me quedé allí, con la nariz pegada al cristal, como hacía a veces *Rafaela* contra la ventanilla del Seat Ritmo de mi padre cuando nos marchábamos del ladrillar.

El domingo por la tarde Belén y yo nos fuimos a tomar algo al Estel, un pub del paseo Conde de Vilardaga que se hallaba entre el paso a nivel y el edificio donde vivía Félix. El local tenía una especie de túnel oscuro al fondo, con dos filas de mesas y asientos acolchados donde te sentabas con tu novia a meterle mano; el camarero aparecía para servir las bebidas y retirarlas, pero a nadie le importaba su presencia, quienes se sentaban en el *túnel del puto vicio*, como lo llamaba Sadurní, no eran precisamente pudorosos, de vez en cuando incluso veías a una chica con la falda levantada hasta

la cintura, sentada a horcajadas sobre un tipo que hacía lo que podía para sacarla a través de la bragueta abierta, los dos follando en silencio, mordiéndose los hombros y el cuello para no gritar. Sadurní se había follado así una tarde a Susana mientras yo estaba en la mesa de al lado con una amiga que ella había intentado encasquetarme, una pelirroja bajita y pecosa que no me gustaba lo más mínimo y con la que sólo fui capaz de beber y sonreír mientras Sadurní y Susana jadeaban a nuestro lado.

Belén y yo, al entrar en el pub, nos fuimos directamente al túnel, había un par de parejas; nos sentamos, empezamos a besarnos y me hundí en el aroma de Farala que flotaba alrededor de su cuello, le acaricié los pechos por debajo del sujetador, los tenía grandes y duros, me volvían loco, quería desnudarla, meterme dentro de ella; me bajé la cremallera de los Levi's y ella deslizó su mano dentro, comenzó a moverla lentamente de arriba abajo, ahogué un gemido, iba a follármela allí mismo, ella había decidido por fin hacerlo *y yo*, a toda prisa, retiré la mano de sus pechos e intenté llegar al bolsillo trasero de mis téjanos para sacar el condón, pero entonces los dedos de Belén me agarraron de la muñeca, *llévame a casa del viejo chiflado*, me susurró al oído, *y tendrás algo más que mi mano*, noté su voz rebotándome en la boca del estómago, ¿lo había dicho en serio?, *vámonos*, añadió acto seguido, *no me apetece estar aquí*. Me entraron ganas de marcharme a casa *y* dejarla plantada, demostrarle que no estaba dispuesto a tolerar por más tiempo sus descaradas poses de calienta braguetas, pero una vez fuera del pub sólo fui capaz de continuar un minuto tras otro a su lado durante el resto de la tarde, hablando con ella y tragándome la mala leche para que no me notara que lo del Estel me había fastidiado, no quería darle esa satisfacción.

Al llegar a casa y entrar en mi cuarto me planteé la posibilidad de cortar con ella, se estaba riendo de mí, quién diría que se había ido a la cama con cinco tíos, ¡si parecía una estrecha, coño!, a lo mejor lo era y lo de sus experiencias sexuales sólo era una mentira para intimidarme o darme celos, quizá fuera incluso virgen, aunque no se comportaba como tal. Demasiadas dudas, demasiado complicado. Con Brigit había sido todo más sencillo, más natural y al grano. Mejor poner tierra de por medio y buscarme otra chica, como hacía Sadurní. Pero entonces, al desabrocharme los botones de la camisa, mis dedos diseminaron en el aire los últimos restos de Farala que me habían quedado de Belén y me encontré de pronto sentado en el borde de la cama, con los ojos clavados en el lateral del mueble que se levantaba junto a la mesilla de noche y leyendo las veintiséis veces que yo había estampado su nombre allí, *Belén, Belén, Belén*, ¿cómo podía ser tan diabólica con ese nombre tan

celestial?, veintiséis *belenes* que estaban en aquel mueble desde el día en que cumplimos dos semanas y yo me acerqué a la papelería Ossó a comprar letras adhesivas de distintos tamaños y colores y las pegué allí para leerlas cada noche antes de apagar la luz, *Belén, Belén, Belén*. Me levanté, puse a la Electric Light Orchestra en el estéreo, me senté de nuevo y estuve releyendo las veintiséis *belenes* hasta que terminó el disco, ¡joder, yo sólo quería estar con ella!, había aguantado toda la tarde a su lado porque había sido incapaz de marcharme solo, ¡qué mierda importaba mi cabreo en el Estel si podía seguir cogiéndola de la mano!, la palabra enamorado rechinó en mis oídos, y también la voz de Sadurní llamándome blando y pardillo, *pardillo de mierda,* añadí yo de mi cosecha. Hasta que logré dormirme estuve tratando de digerir la sensación de haber vivido un domingo amargo, mucho más amargo de lo que ya eran por sí mismos.

El lunes dos de junio por la tarde, después del trabajo, me acerqué al almacén a improvisar una caja con las herramientas que necesitaría para cambiar la viga de Linares; mientras lo hacía, mi padre se asomó un momento antes de marcharse y me dijo que me dejaba el Seat Ritmo en el aparcamiento, que a él ya lo acompañaba Escudé a casa con el camión, *y ándate con ojo con el Linares*, no pudo evitar prevenirme una vez más, *que ése se las sabe todas*, a veces mi padre seguía tratándome como si yo tuviese quince años y se sintiese obligado a protegerme de las amenazas del mundo; le dije que se marchara tranquilo, terminé de agrupar las herramientas y salí del almacén. Crucé el ladrillar y pasé junto al barracón de la oficina, saludé a don Ramiro a través de los cristales, solía quedarse algunas tardes después de que los demás nos hubiésemos marchado; distinguí también a su lado, inclinado sobre su mesa y tecleando la calculadora eléctrica, a Antonio, eso ya no era tan normal. En cuanto dejé atrás la oficina enfilé los cuarenta metros de terreno irregular que subían hasta casa de Linares, costaba creer que nadie hubiese pasado por allí en treinta años, se me hacía extraño que un hombre pudiese vivir tan solo; divisé enseguida a Linares sentado en el exterior, a un costado de la casa, en su vieja mecedora de madera y nudos de mimbre, tomando el aire y el sol o sólo rumiando sus pensamientos, con *Rafaela* tumbada a sus pies, una imagen que yo había visto ya muchas veces, en especial por las tardes cuando nos marchábamos a casa tras el trabajo: volvías un instante la cabeza antes de salir del ladrillar y allí a lo lejos distinguías a Linares imperturbable en su mecedora, colocada siempre en el mismo costado de la casa y orientada hacia el ladrillar; decían que lo hacía para vernos partir y así saber con seguridad en qué momento se quedaba solo, entonces se levantaba e iniciaba su última ronda de inspección acercándose al almacén de herramientas para comprobar si le habíamos dejado alguna nota en lo que él llamaba *el cepo*, una tablilla de madera con una pinza metálica donde anotábamos los desperfectos que se producían durante la jornada; si consideraba que podía repararlo en unos pocos minutos, agarraba las herramientas y se ponía manos a la obra, si no, lo anotaba para el día siguiente; en Linares se veía con

claridad la rutina que también nos mataba a los demás. Al verme llegar alzó una mano desde la mecedora y le devolví el saludo con la cabeza, me extrañó que *Rafaela* no me ladrase ni viniese en busca de mis caricias.

—Tendría que ayudarme a traer lo que falta —dije.

—Arreando, pues.

Se levantó como si llevara años allí sentado, dejó en el suelo una copa vacía que supe había estado llena de Veterano, acarició a *Rafaela* y le murmuró al oído que aguardara allí *quietecica*, la perra apenas se movió. Nos fuimos al almacén y nos trajimos de vuelta a la casa puntales, tablones y dos sacos de cemento, Linares se movía con rudeza, un tanto primitivamente; en el primer viaje llevó un tablón bajo cada brazo *y* sus zapatos se hundían en la tierra roja como si ya no fuesen a alzarse, pero se alzaban, y sus codos y manos resistían como si fuesen articulaciones hidráulicas; allí en la ladrillar todos los hombres eran tipos duros, *hombres como dios manda*, habituados a bregar contra los elementos diez horas al día, cinco días a la semana, casi cincuenta semanas al año, pero Linares desprendía algo más, determinación en lo que hacía, la calma de quien conoce perfectamente cuanto le rodea y sabe sobrellevarlo mejor que los demás, con más discreción y menos alboroto, como si de joven ya hubiese trabajado lo suyo y en circunstancias peores y ahora viviese con la seguridad de estar mejor que nunca a pesar de que su vida era para nosotros una calamidad, un desperdicio, y si lo observabas con atención te dabas cuenta de que, pese a su físico en apariencia poco dotado y a los cincuenta y seis años que según mi padre tenía, seguía conservando ese vigor físico que debió de forjarse a los veintitantos años y que le seguía aflorando en las tareas más simples, al prender un cigarrillo o al consultar *el cepo* en el almacén, al amarrar a *Rafaela* o al coger sus copas de brandy. Cuando terminamos de acarrear todo el material eché un vistazo al comedor y comprobé que Linares había dedicado el fin de semana a acondicionarlo según mis instrucciones, había arrastrado más hacia el rincón el aparador, la mesa y las sillas que estaban amontonadas allí desde el viernes, y había cubierto el apolillado sofá y el televisor con retales del plástico que utilizábamos para embalar el material antes de cargarlo en los camiones; me fijé en que no había nada en las paredes que pudiera romperse, ni fotografías, ni relojes ni ningún recuerdo de ninguna parte, sólo el cuadro del Cristo crucificado, el cuadro que fue tal vez de su padre, *un hombre de misa. Rafaela* apareció en el comedor en cámara lenta, se tumbó bajo la ventana que daba al patio trasero y me miró con tristeza.

—Si algo te molesta pues lo podemos llevar al patio de atrás —dijo Linares—, que tengo ahí un toldo que me dio hace mucho el

Escudé y que va de perlas.

—Los muebles —aconsejé—, por si acaso.

Arrastramos el aparador, la mesa y las sillas fuera. El patio trasero tenía la misma anchura que la casa y unos quince metros de longitud, suelo de adobe y cercado de estacas y alambre, y en uno de los rincones, aprovechando unos ganchos claveteados al costado de la casa, Linares había improvisado un cobertizo con el ajado toldo de camión en el que todavía se podían leer las descoloridas letras de Transportes Escudé. Allí debajo entreví neumáticos viejos, troncos para su estufa de leña, líneas de botellas de Veterano vacías, cajas de madera o de cartón y algunas piezas de chatarra amontonadas en las sombras; nadie había estado nunca tan cerca de sus pertenencias, y mientras lo ayudaba a poner sus muebles a cubierto recordé la infinidad de veces que los compañeros del ladrillar habían chismorreado sobre lo que Linares debía de esconder allí tan celosamente; Lobo Castilla incluso había llegado a sugerir que aquella novia que tuvo Linares en Almería a finales de los cincuenta no había muerto de una pulmonía, como el propio Linares había confesado alguna vez, sino que la había matado él y la tenía enterrada en su patio trasero o escondida en sus viejos baúles, por no hablar del dinero que todos suponían que atesoraba en alguna parte y que según los cálculos tenía que ser bastante en un hombre que no gastaba apenas, que no se permitía lujos.

—Hay un montón de trastos, ¿no verdá, Daldo? —comentó.

Acabábamos de traer las dos últimas sillas del comedor y me vinieron ganas de sentarme en una de ellas a descansar un poco. Linares extrajo su pequeño peine del bolsillo de la camisa, lo mojó bajo el grifo que tenía allí en el patio y se atusó el pelo con esa combinación de gestos que yo le había visto alguna vez a mi padre y también a mi abuelo: pasar primero el peine y enseguida la mano izquierda, el peine y enseguida la mano, perfectamente sincronizados ambos movimientos, bien alisado el pelo. Al terminar se colocó detrás de mí y me agarró del brazo.

—Acércate un momentico.

Me llevó hacia las profundidades del entoldado, más allá de los neumáticos viejos y los muebles que habíamos depositado allí, olía a polvo y humedad, aún era de día, pero el sol había iniciado su lento descenso y resultaba difícil identificar el tipo de cachivaches que se amontonaban en las sombras; lo único que se percibía claramente era que imperaba el orden, que no parecía haber nada fuera de sitio. Al llegar al fondo Linares me hizo poner en cuclillas, se acuclilló a mi lado y oí crujir los huesos de *sus* rodillas, tampoco había estado nunca nadie tan cerca de él, no de aquel modo.

—Ves eso de ahí —dijo extendiendo el brazo y señalando dos

bultos recios—, ¿los ves?

—¿Los baúles?

—A Escudé le partí la nariz de una guantá.

—Ya lo sé.

—No me gustó hacerlo, pero los baúles son los baúles, ¿no me comprendes? Si les pones la mano encima te parto la nariz a ti también.

—Yo no voy a tocar nada.

—Ya lo sé —sonrió poniéndose en pie, sus rodillas volvieron a crujir—, es na más por aclarar las cosas.

Dio media vuelta y regresó a la luz del patio, ¡él y sus baúles podían irse a la mierda!, yo no iba a arriesgar mi nariz por echar una ojeada al cadáver de su ex novia o a un montón de dinero o a lo que fuese que guardase en ellos, porque Linares cumpliría sus amenazas, era un maníaco, lo de la nariz de Escudé había sucedido casi diez años atrás y él acababa de mencionarlo como si tan sólo hubiesen transcurrido un par de meses; yo me conocía la historia porque mi padre y otros del ladrillar solían contarla de vez en cuando. El último viernes antes de Navidad de mil novecientos setenta y ocho o setenta y nueve, al terminar el trabajo, don Ramiro, a modo de aguinaldo, obsequió a los trabajadores con lo que él llamó un piscolabis; hizo improvisar una mesa en el edificio de los hornos, al resguardo del frío exterior, y la llenó de bocadillos, Xibecas frías, refrescos y media docena de botellas de Freixenet, regalo que fue recibido con entusiasmo, y trece hombres, incluido mi padre, se congregaron alrededor de la mesa para desquitarse de la semana de trabajo con unas cuantas carcajadas; con el champán se desearon felices fiestas unos a otros y alrededor de las ocho don Ramiro estrechó la mano de todos y se marchó. Lobo Castilla sugirió prolongar la celebración y se ofreció para acercarse al bar El Maño a comprar más cerveza, todos se mostraron de acuerdo, así que montó en el coche y regresó veinte minutos después con unas cuantas medianas San Miguel; para entonces, Escudé, Linares y algunos más iban ya ligeramente bebidos, aunque Linares, habituado a sus copas diarias de Veterano y de Anís del Mono, era quien lo llevaba mejor y permanecía sentado junto a la mesa como si ninguna borrachera pudiese tumbarlo nunca. Fue entonces, al repartir las nuevas botellas de cerveza y seguir bebiendo, cuando Lobo Castilla se lamentó de que iba a malgastar los días de Navidad haciendo la mudanza de su hermano, que se marchaba a vivir a Cornellá, dijo que su hermano tenía la manía de guardarlo todo, lo suyo y lo de los parientes que iban muriendo, y que ahora tocaba mover trastos tan inútiles como una máquina de coser que había pertenecido a su madre, una vajilla antigua de los bisabuelos

maternos o paternos o una colección de periódicos antiguos de un pariente que fue periodista y que, en opinión de Lobo Castilla, podría haberse limpiado el culo con tanto papel en lugar de haberlo dejado en herencia; alguien le advirtió de que todo eso podía tener mucho valor y que había coleccionistas que a veces pagaban lo que fuera, pero Lobo Castilla se desentendió del asunto con desdén, *que haga lo que le salga de los cojones*, concluyó, y Antonio Sangabriel confesó que en el garaje de su casa guardaba toda la ropa de sus padres ya fallecidos porque no se veía capaz de desprenderse de ella, *son recuerdos, hombre*, dijo para sí mismo, y se originó un debate sobre la conveniencia o no de acumular los legados familiares, *lo importante es tener alguien a quien dejarle los cuartos*, intervino inesperadamente Linares, *o sea, un hijo a quien dejarle lo que se ha ganao uno con el sudor de su frente*, y ahí fue donde a Escudé le dio por preguntarle si era eso lo que guardaba en los baúles, un montón de dinero, *ahí na más que guardo cosas de familia*, le respondió Linares sin mirarlo, pero Escudé no se dio por satisfecho, *¿qué cosas?*, y Linares repitió *cosas de familia*, no era la primera vez que lo atosigaban con preguntas, por curiosidad o por divertirse un rato, así que supo mantenerse impasible, incluso cuando Escudé alzó el tono de voz, *pero ¿qué cosas?;* a los demás les hizo gracia el intercambio de réplicas y, como era habitual, se pusieron a pinchar a Linares, *¿qué guardas, Linares?*, se unió Lobo Castilla, *venga, que no se lo vamos a contar a nadie*, y Linares se replegó sobre sí mismo y no respondió; Escudé, embravecido por la reacción de los demás, se puso en pie, llevaba una cerveza San Miguel en la mano y un cigarrillo en la otra, *sí, ¿qué coño guardas?*, exigió acercándose a Linares, *ya estoy hasta los mismísimos de tanto misterio*, Linares continuaba cabizbajo, *¿qué son esos embustes de que tu novia murió de una pulmonía?*, le gritó Escudé al oído, *¿te crees que somos un hatajo de idiotas?*, Linares hizo un gesto muy leve de levantar la cabeza, *¿sabes qué creo?*, Escudé iba lanzado, *que la mataste tú y que guardas sus trocitos en esa birria de baúles*. Mi padre, que apenas bebía cerveza y la que bebía la mezclaba con gaseosa, se encontraba lo bastante sereno para darse cuenta de que Escudé no debería haber dicho aquello ni los demás echarse a reír como si fuese el chiste más gracioso del mundo, se había cruzado un límite. *¿Sabes qué vamos a hacer?*, prosiguió Escudé, tan bebido que derramó un poco de cerveza al intentar beber, *iremos todos ahora mismo a abrir tus baúles, ¿qué te parece?*, Linares negó con la cabeza, una oscilación lenta, grave, *¡venga, tíos!*, animó Escudé a los demás, *¡vayamos a echar un vistazo a esos condenados baúles!*, hizo ademán de echar a andar hacia la puerta de salida y entonces, sin previo aviso, como una roca que se hubiese puesto de repente en

movimiento, Linares se levantó y, sin mediar palabra, lanzó su puño contra la cara de Escudé, un impacto seco y terrible que le hundió la nariz con un crujido y que lo hizo caer al suelo como un fardo; cuando pudo hablar, al cabo de unos segundos, lo primero que dijo fue *era una condenada broma, joder*, se sujetaba la nariz con las manos y un hilillo de sangre se le colaba entre los dedos. Nadie dijo nada, sólo se quedaron mirando cómo Linares salía del edificio, asustados por la forma en que había reaccionado, y no se volvió a bromear sobre los baúles en su presencia, nadie quería que le rompiesen la nariz. Y yo tampoco. Por esa razón le había dicho con tanta convicción que no iba a tocar nada de lo que almacenaba en el entoldado de su patio trasero, quería que le quedase bien claro que yo estaba allí únicamente para cambiar la viga del techo, cobrar y volver de nuevo a mirar su casa desde lejos, como llevaban haciendo ya tantos trabajadores durante tantos años.

Salí de la ducha y me dejé caer sobre la cama, eran casi las nueve y cuarto; la jornada en el ladrillar, llevar el material a casa de Linares y sacar sus muebles al patio me había dejado exhausto, y celebré no haber quedado con Belén en que iría a buscarla al instituto, no me apetecía verla después de lo que había ocurrido el día anterior en el Estel. A las diez mi madre entró en la habitación.

—La cena está lista —dijo; sin soltar el picaporte de la puerta echó una mirada a la ropa sucia tirada sobre la silla del escritorio y se acercó a recogerla—. Y date prisa, que la merluza fría no sabe a nada.

Salió de la habitación y cerró la puerta, ¡pues la maldita merluza de los lunes tendría que enfriarse!, porque la Electric Light Orchestra tocaba *Evil woman* y yo no soportaba interrumpir las canciones cuando estaban a medias; cuando alguien lo hacía me sacaba de quicio, no se daban cuenta de que a la música cortada de raíz le sobrevenía un silencio durísimo, difícil de volver a llenar.

—¡Espabila, Ángel!

La voz de mi padre venía desde la cocina, apenas un tono por debajo de *Evil woman*, temí que llegara también el consabido *que te van a cerrar el cielo*, pero no llegó. La canción terminó y oí a la histérica del primero tercera gritarle a sus hijos que se sentaran de una puñetera vez a cenar, me jodía eso, todos como borregos haciendo lo mismo a las mismas horas; me puse en pie y levanté la aguja del tocadiscos antes de que empezara a sonar la siguiente canción.

Entré en la cocina y me desplomé sobre el taburete, mis padres ya habían comenzado a cenar, inclinados ambos sobre la merluza y

los guisantes salteados que mi madre solía ponerle al pescado como guarnición. Saber a diario lo que ibas a comer era para mí como escuchar cada día a la misma hora los gritos de la del primero tercera ordenándoles a sus hijos que se sentaran a la mesa a comer o las discusiones furibundas de los del segundo primera, el vecindario entero encasillado en sus rutinas; en alguna ocasión me había preguntado si mi madre mantenía por necesidad o por falta de imaginación ese control tan exhaustivo de lo que cocinaba, ese orden nunca alterado. De pronto se me ocurrió que quizá la repetición no se limitaba a eso tan sólo, sino que mi madre llevaba tantos años disciplinada en verificar pesos y medidas de cuanto compraba en el Mirsa para que luego le cuadrara la semana en la cocina, que incluso el número de guisantes que guarnecían la merluza era probablemente el mismo un lunes tras otro en cada uno de los platos. Me puse a contar los míos mientras agarraba con desgana el tenedor; yo llevaba haciéndole ascos a la verdura y al pescado desde niño, no podía evitarlo, y mi madre, cuando me oía protestar, tampoco podía evitar seguir informándome, como si no lo hubiera hecho nunca, de que tanto una cosa como la otra eran indispensables para una buena alimentación, y mi padre, también como si no me lo hubiese dicho jamás, me soltaba el rollo de que sus padres, durante la guerra, se habían comido hasta las piedras. Terminé de contar los guisantes: ciento veintitrés. Me llevé los diez primeros a la boca.

Exceptuando los domingos, teníamos la costumbre de comer y cenar cada día en la cocina porque mi madre decía que así conservábamos limpio el comedor. La cocina medía apenas siete metros cuadrados, tenía azulejos en la pared con dibujos abstractos que se repetían sin cesar, fluorescente en el techo y fogones de gas butano, y una vez te sentabas en el taburete no podías volver a levantarte a menos que movieras de nuevo la mesa y con ello obligaras a los demás a levantarse y a volver a sentarse. Mi sitio era delante de la nevera, un engorro, ya que si mi madre, una vez sentados los tres, había olvidado sacar de la nevera, pongamos por caso, la gaseosa y la cerveza de mi padre, yo tenía que apretarme entonces contra la mesa para que la puerta de la nevera se abriese unos centímetros y mi madre pudiese introducir la mano y extraer las botellas. Nunca la oí a ella ni a mi padre preguntarse si valía o no la pena tanto contorsionismo diario sólo para que el comedor no se ensuciara, simplemente se limitaban los dos a ir perfeccionando día tras día el modo de levantar un brazo o volver la cabeza o estirar una pierna ocupando el menor espacio posible, sin que tampoco pareciera importarles lo más mínimo que la atmósfera de la cocina, dado que nos sentábamos a comer pocos minutos después

de que mi madre hubiese terminado de cocinar, estuviera siempre recalentada y saturada de vapores, como mucho abríamos la pequeña puerta que daba al lavadero para que corriera el aire, pero no servía apenas, ya que por el patio de luces subían los propios olores de las cocinas de los demás vecinos y eso lo empeoraba todo; a veces mi madre decía *hoy Sole ha hecho judías verdes*, o también *ya es la segunda vez esta semana que Emilia fríe sardinas*, lo decía para sí misma, como si tuviese la necesidad de desafiarse con adivinanzas, *y yo* estaba convencido de que también las otras mujeres del edificio se componían sus propias adivinanzas respecto a lo que cocinaba mi madre.

—Hoy me ha dicho Linares que no me acerque a sus baúles —comenté sin levantar la mirada del plato—, que si lo hago me romperá la nariz como a Escudé.

—La madre que lo parió —dijo mi padre sacudiendo la cabeza, pero no me dio la sensación de que lo dijera como una recriminación, sino más bien como si estuviésemos hablando de la travesura de un crío—. ¡Si eso ocurrió hace al menos diez años!

—Pues se acuerda perfectamente —dije—, a ver si al final va a ser verdad que dentro de los baúles tiene a su novia muerta.

—Eso son cosas del Castilla, hombre —opinó mi padre.

—Pues a mí no me parecería tan raro —intervino mi madre—, y si no mira lo que hace con esos pobres cachorritos.

—Un cachorro no es lo mismo que una novia —repliqué enseguida, y me imaginé a mí mismo arrojando a Belén al fuego.

—De todas formas —dijo mi padre rebuscando con el tenedor en el plato para recoger los últimos guisantes—, lo que haga Linares con sus baúles es cosa suya. ¡A ti como si tiene a toda su familia descuartizada allí dentro! Tú a lo tuyo y no te metas en problemas.

Aquella noche tardé mucho en dormirme.

A mediodía encontré a Linares en la zona de carga y le dije que aquella tarde no podría quedarme, *me he comprado un coche y tengo que ir a recogerlo*, le expliqué; inclinó la cabeza y torció la boca, *tus cuartos te habrá costao la cosa*, dijo con indiferencia, sus ojos estaban allá al fondo, en alguna parte; seguramente lo del Ford Fiesta, comparado con la urgencia de su viga rota, le parecía una trivialidad, quizá sí era una desconsideración largarse, después de todo se trataba de una reparación urgente y él me pagaba por ello, mi obligación era quedarme, pero ¡joder, yo no iba a renunciar a estrenar mi coche! Aproveché para preguntarle por *Rafaela* y así cambiar de tema, la perra no se había acercado al toro en toda la mañana ni para reclamarme los terrones de azúcar habituales; *me se está haciendo vieja> la pobretica*, me respondió apartando por fin sus ojos de mí y dirigiéndolos hacia su casa; junto a la mecedora de mimbre, con la cabeza entre las patas delanteras y apretada contra la pared, languidecía *Rafaela, ¿está enferma?*, pregunté, *¡pues no va a estarlo!*, exclamó él, *si tiene más años que el hambre*, dio media vuelta y se alejó hacia su casa, no andaba con la resignación de quien va a sentarse una vez más en su mecedora para ver transcurrir el día, sino como rumiando algo; al llegar junto a la mecedora se inclinó hacia *Rafaela*, le dedicó unas caricias y la perra lo siguió a la parte de atrás. Yo llevaba desde niño viendo a Linares en sus quehaceres cotidianos y era como si no hubiese cambiado nada, como si al hombre lo estuvieran rebobinando una y otra vez, su brazo al acariciar a *Rafaela* había realizado la misma lenta oscilación de siempre, la misma con que ya debió de acariciarla el día que la perra apareció extraviada en el ladrillar y él decidió quedársela, seguro que Linares llevaba toda la vida dando la misma cantidad de pasos para ir de la mecedora al patio trasero y del patio trasero al interior de la casa; en Linares se veían nítidamente los efectos de la rutina, observándolo podías entender adonde te llevaba la vida, podías verte a ti mismo dentro de treinta años, quizá el ladrillar no fuese tan buen trabajo, después de todo, quizá era como todos mis anteriores trabajos.

Sonó un bocinazo junto a mí, me volví y vi a mi padre sonriendo al volante del coche, *¡venga!*, me gritó, *¡que se nos van a enfriar los*

macarrones! Monté en el Seat Ritmo recalentado por el sol, ¿por qué don Ramiro no hacía construir un techo sobre el aparcamiento?, sonaba *Entre dos aguas* en el radiocasete. Mi padre adoraba la guitarra de Paco de Lucía y, en general, las canciones que tenían cierto aire flamenco, decía que eran arte puro, solía escuchar también a Manolo Sanlúcar y a Manzanita, y le divertían las rumbas de Peret; en su opinión, Jeff Lynne, de la Electric Light Orchestra, no tenía ni idea de lo que significaba cantar. Se me ocurrió que nunca había oído música en casa de Linares, jamás nos había llegado a través de las ventanas el más mínimo rastro de una radio encendida y mucho menos de un tocadiscos, sólo de tanto en tanto voces y melodías sueltas desde el televisor a primera hora de la tarde, *Linares está aquí desde mil novecientos sesenta, ¿no?*, pregunté a mi padre, y él asintió golpeando el volante al ritmo de *Entre dos aguas*. Como todos los demás, yo sabía sobre la vida de Linares los detalles sueltos que había ido oyendo a lo largo de los años; en realidad nadie sabía demasiado, pero todos hablaban de él como si supieran mucho, y cualquier novedad o excentricidad que se le ocurriese a cualquiera sobre el pasado de Linares se aceptaba en el ladrillar como una certeza y con interés, se había convertido casi en un pasatiempo, sobre todo a la hora del desayuno o cuando matábamos las horas en el almacén durante los días de lluvia, pero ¿qué sabíamos realmente de él?, algunas evidencias y multitud de suposiciones. La evidencia principal era que vivía en el ladrillar desde que, con treinta años, había llegado procedente de Almería enrolado en una de las muchas partidas de andaluces que llevaban recalando en Sant Feliu y otros pueblos y ciudades del Bajo Llobregat desde mediados de los cuarenta en busca de trabajo y prosperidad, eso resultaba irrefutable, como también que en el autocar se vinieron con él algunos paisanos suyos, vecinos de pueblos cercanos a Almería capital como Laujar de Andarax o Fondón, aunque él viajaba esencialmente solo, sin ningún pariente ni tampoco amigos, y si le preguntabas por su familia se limitaba a sacudir la cabeza y a responder con monosílabos, y ahí comenzaban las suposiciones; una vez vi a Lobo Castilla acribillarlo a preguntas sobre asuntos como en qué había trabajado antes de hacerlo en el ladrillar o a qué se dedicaba su padre o si nunca había conocido a ninguna mujer con la que casarse y formar una familia, y Linares, para sacárselo de encima, contó algunas vaguedades sobre que su padre había sido cerrajero y también sobre una novia llamada Rafaela que había tenido a los veintitantos años y que había muerto de una pulmonía, nada más, y tampoco servía de mucho preguntarle por qué había decidido dejar a los suyos y venirse a Cataluña, porque siempre respondía de la misma forma, *por los*

cuartos, hombre, que había allá abajo mucha miseria, a nadie le gustaban sus respuestas, era como hablar con un cerrojo. Tres días después de haberse bajado del autocar en la plaza de la Estación conoció por casualidad en el bar El Maño a Feliciano Campos, y éste le dijo que en el ladrillar donde trabajaba buscaban a alguien que se encargase del mantenimiento; Linares se presentó aquella misma tarde y don Ramiro, que entonces contaba también poco más de treinta años de edad y acababa de poner en marcha el ladrillar, le dio el empleo porque le pareció un hombre honrado y cumplidor, y como tal se comportó desde el primer día. Feliciano Campos le echó una mano para que se adaptara a la ciudad y se convirtió en lo más parecido a un amigo que Linares tuvo nunca, lo ayudó no sólo a conseguir que don Ramiro le permitiera construirse una casa más allá del barracón de la oficina, sino a tramitar los permisos para edificarla y a buscarle dos albañiles de confianza que realizaran el trabajo por poco dinero y en horas libres; esos albañiles tardaron poco más de un año en construirla, y una vez salieron por la puerta ya nadie más volvió a entrar en aquella casa. Antonio Sangabriel, que llevaba en el ladrillar más o menos el mismo tiempo que Linares, sospechaba que Feliciano Campos sí había pasado algunos ratos en casa de Linares antes del accidente, él los había visto algunas tardes al terminar la jornada sentados al fresco junto a la fachada de la casa, tomándose una copa de brandy, pero los demás tuvieron siempre tendencia a restarle importancia argumentando que sentados en el exterior de la casa no era lo mismo que sentados dentro de la casa, no contaba, y Antonio terminaba admitiendo que no, que dentro de la casa no los había visto nunca. Y eso era la vida de Linares: un puñado de piezas sueltas. Y yo oía ya los chasquidos que hacían al venirse tras de mí, como si fuesen los restos de chatarra y cachivaches que Linares guardaba celosamente bajo el viejo toldo de Transportes Escudé, tornillos, neumáticos y botellas vacías golpeándome los tobillos.

Alguien me sacudió por el brazo y volví la cabeza a la derecha, una sombra a contraluz inclinada contra el coche, creí que se trataba de Linares surgiendo de toda aquella quincallería, *espabila, Ángel*, dijo mi padre, *que te van a cerrar el cielo*, soltó una carcajada y abrió la portezuela, habíamos llegado y habíamos aparcado, *sube la ventanilla*, me dijo, lo hice, me pregunté si todos aquellos cacharros estarían al acecho bajo el coche, esperando a que pusiera los pies en el suelo.

Por la tarde, en cuanto regresé del ladrillar, me duché y afeité a toda prisa y a las siete menos cinco ya estaba frente al Instituto

Olorda; a las siete Belén salió por la puerta a paso rápido, había decidido hacer novillos para poder acompañarme a buscar el coche. Automóviles Aparicio se hallaba en la calle Sant Lloren?, así que apenas tardamos diez minutos en llegar, era un pequeño local acristalado con tres o cuatro coches expuestos tras los cristales y una pequeña oficina al fondo donde firmabas los papeles y Aparicio en persona te entregaba la documentación pertinente y las llaves. El Ford Fiesta ya estaba aparcado frente a la puerta del local cuando llegamos y me detuve unos segundos a echarle una ojeada, el color rojo relucía como si fuera nuevo, *lo hemos vuelto a pintar*, informó una voz, di media vuelta y vi a Aparicio asomándose a la calle desde la puerta del local, *ha quedado perfecto*, dije, y enseguida nos hizo pasar a la oficina para que estampara mi firma en varios papeles, *¿ya está instalado el radiocasete?*, le pregunté, *sí, sí*, asintió Aparicio, que al reservar el coche días atrás me había asegurado que el precio incluiría un Pionner de regalo con cuatro altavoces, *un Pionner*, pronunció lentamente la marca para que me quedara bien claro que él había cumplido. Me entregó las llaves y salimos de nuevo a la calle.

Belén y yo montamos en el Ford Fiesta y agarré el volante con suavidad, lo palpé, no fue como agarrar el del Seat Ritmo de mi padre, este volante era *mi* volante; me llevé la mano al bolsillo de la camisa y extraje la casete que había grabado exclusivamente para tenerla en el coche, *mi* música, la inserté en el radiocasete, empezó a sonar *I'm alive*, no sonaba con tanta potencia como hubiese deseado, Aparicio habría escogido entre los más baratos, pero era la primera vez que la Electric Light Orchestra sonaba en *mi* coche y eso ya compensaba, más adelante compraría otro radiocasete más potente y otros altavoces. Aparicio golpeó el cristal de la ventanilla de Belén y levantó el pulgar de la mano derecha, respondí con el mismo gesto y puse el motor en marcha, tenía ganas de acelerar, de llevar a Belén al fin del mundo.

—¿Adonde quieres ir? —le pregunté.

Estaba retocándose las pestañas en el pequeño espejo que llevaba siempre en el bolso, terminó sin responderme, guardó el cepillito en el estuche, el estuche en el bolso, corrió la cremallera del bolso y se recostó en el asiento.

—Si te lo digo tendrás que llevarme —dijo sin mirarme.

—Te llevaré.

—Prométemelo —exigió volviéndose hacia mí.

—Te lo prometo.

—Quiero ir a tu habitación.

—¿Qué?

—Me lo has prometido.

—Joder, Belén, me refería a un sitio…, no sé, que esté un poco lejos.

—No quiero ir a ningún sitio que esté un poco lejos —aclaró mirando de nuevo al frente—, quiero ir a tu habitación para saber por qué te llaman Angelito de la muerte.

Maldije en silencio al bocazas de Sadurní y decidí llevar a Belén a casa porque no quería pasarme la tarde oyéndola decir una y otra vez *quiero ir a tu habitación, quiero ir a tu habitación, quiero ir a tu habitación*, Belén podía ser muy pesada si se lo proponía, como la tarde que me pidió doscientas treinta y cuatro veces que fuésemos por favor a patinar sobre hielo, las conté porque me parecía increíble que pudiese decirlo tantas veces; yo detestaba la idea de patinar sobre hielo, me parecía una gilipollez y una pérdida de tiempo, mucho más que el dominó o las cartas, pero aquel día me calcé los puñeteros patines porque al final me vi incapaz de contar un solo *por favor vamos a patinar sobre hielo* más. No quería que volviera a suceder lo mismo con su deseo de ver mi habitación, así que me tragué las ganas de echarle unos kilómetros al Ford Fiesta y me consolé con la remota posibilidad de que mis padres hubiesen salido y Belén quisiera agradecerme el detalle de haberle mostrado por fin mi casa.

Cuando aparqué, la Electric Light Orchestra llevaba dos minutos tocando *Sweet talking woman*, quedaba todavía un minuto y medio para que la canción finalizara. Belén salió del coche, subió a la acera y me miró interrogativamente a través del cristal bajado de la ventanilla.

—Tengo que esperar a que termine —expliqué.

—¿De qué hablas?

—De la canción. No soporto quitar una canción cuando está a medias.

—¿Por qué?

—Por el silencio que viene detrás. Lo destroza todo.

Se cruzó de brazos con una sonrisa y fue a apoyarse junto a los interfonos de mi portal, doce pasos más abajo; desde el coche la vi observar la curiosa mezcla de edificios y casas que nos rodeaban. La calle Sant Gabriel, ligeramente escorada y de unos cien metros de longitud, tenía esa particularidad: en una acera se apiñaban los edificios, ninguno de ellos de más de tres pisos de altura ni más de cuatro puertas por rellano, y en la otra, las casas, todas distintas entre sí y sencillas, pegadas una a continuación de la otra sin espacios intermedios, desde luego sin piscinas ni jardines, tan sólo garajes y alguna que otra terraza envidiable en las azoteas. Yo no

había pisado jamás una sola de aquellas casas, los niños con los que solía jugar de pequeño pertenecían a mi acera, no nos mezclábamos mucho, mi universo se hallaba en los edificios, en el segundo cuarta del número ocho, y en cierto modo, aunque tanto los vecinos de una acera se saludaban o hablaban sin ningún problema con los de la otra, se apreciaba la diferencia de vivir a un lado o a otro de la calle, no era algo que lo causara el dinero, ya que no se trataba de vecinos adinerados, o no demasiado, sino de algo sutil, flotaba en el aire. Observé a Belén, se había encendido un cigarrillo, parecía distinta allí sola, casi triste, con música yo veía las cosas distintas, como si formaran parte de un videoclip.

Terminó *Sweet talking woman* y apagué el radiocasete, si sonaba una sola nota de la siguiente canción Belén tendría que seguir esperando, y yo no quería que perdiese la paciencia. Mientras subíamos las escaleras hasta el segundo piso me preparé para la posibilidad de que mis padres se encontraran en casa; si era así tendría que presentarles a Belén, dejar que intercambiaran algunas palabras con ella, o sea, que al día siguiente toda mi familia y algunas vecinas sabrían que Ángel Daldo había conseguido por fin una novia. Al abrir la puerta no la encontré cerrada con las dos vueltas de llave que solíamos dar al salir o por las noches: mis padres estaban en casa. Invité a Belén a avanzar por el recibidor delante de mí, quiso negarse y la empujé suavemente, y así llegamos al comedor, donde mi madre pespunteaba el dobladillo de un pantalón sentada en su butaca junto al sofá, cabizbaja y con sus gafas de cerca, pasaba horas allí cosiendo botones a las camisas o zurciendo calcetines; mi padre estaba en el baño, se oía el zumbido de la maquinilla de afeitar.

—Hola, mamá —dije, ella alzó la mirada—, ésta es Belén.

—Hola, hija —dejó a un lado la costura y las gafas y se acercó a Belén a darle un par de besos, luego se volvió hacia mí—. Podrías haberme avisado —me reprochó esponjándose los rizos del pelo con una sonrisa—, que estoy hecha un desastre.

—No pasa nada, señora —sonrió Belén, se había ruborizado.

—De señora nada. Me llamo María.

Se sonrieron, cogí a Belén de la mano y me la llevé por el pasillo camino de mi habitación, en aquel momento mi padre salía del baño.

—Hola, papá —lo saludé mientras nos pegábamos a las paredes para no tropezar unos con otros—, ésta es Belén.

—Hola —sonrió él dedicándole una mirada fugaz y volviéndose hacia mí enseguida—, ¿qué tal el coche?

—Bien —respondí llevándome a Belén a mi cuarto.

—No pongas la música muy alta —me advirtió mi padre.

Entramos en la habitación y cerré la puerta, me fui directo al estéreo y puse el disco *Brothers in arms*, sabía que Belén toleraría a los Dire Straits, habíamos bailado juntos algunas veces *Your latest trick* en la pista de Casino y me había comentado que le gustaba; mientras dejaba caer suavemente la aguja en el disco capté de reojo cómo Belén se detenía a mirar los treinta y ocho paquetes de cigarrillos que yo tenía clavados con chinchetas en la pared.

—Que no fumes ya es raro —dijo—, pero que además colecciones paquetes de cigarrillos ya es la pera.

—No es exactamente una colección, es sólo que me gustan.

Le señalé mis preferidos: Galuoises, John Player Special, Pall Mall; tocó con delicadeza el paquete de Pall Malí, sonrió y se le fueron los ojos hacia las pequeñas carátulas de películas que coronaban la cabecera de mi cama, *El nombre de la rosa, Fuga de Alcatraz, Fiebre del sábado noche*, me dijo que no había visto ninguna, pero que le parecía que John Travolta estaba más guapo en *Grease*, una de sus películas favoritas; le dije que *Grease* era una cursilada para chicas y que *Fiebre del sábado noche* hablaba de cosas de verdad, *¿qué cosas?*, me preguntó inclinándose hacia la carátula como si pretendiese encontrarlas *allí, pues cosas*, respondí, y no supe concretar más, por suerte ella ya no me prestaba atención, le interesaba más seguir curioseando; al alzar la vista desde la mesilla de noche se encontró de frente con su nombre estampado veintiséis veces, se me aceleró el corazón y supe que me estaba ruborizando.

—¿Y esto? —sonrió señalando las letras.

—Ya ves —dije sentándome en el borde de la cama.

Se inclinó hacia mí, me besó en la mejilla atrapándome en su fresco aroma a Farala y continuó su inspección. Repasó los discos y comentó que eran rarísimos, que la mayoría de cantantes y grupos no los conocía; no me sorprendía, lo poco que habíamos hablado de música me había bastado para comprobar que no coincidíamos, a ella le gustaban Mecano, Duncan Dhu y Los Pecos, no existía modo alguno de combinarlos con la Electric Light Orchestra, tampoco con Supertramp, Roxy Music o Mike Oldfield, por citar algunos de los que Belén mencionó con cara de estar nombrando galaxias lejanas, mi música era tan incomprensible para ella como la suya para mí. Dedicó después unos segundos a observar el clásico cuadro de nudos marineros que yo había tenido que hacer en EGB y a continuación se detuvo frente a las fotografías pegadas a la pared sobre el escritorio: yo con doce años sentado al volante del camión de Escudé en el patio del ladrillar; Sadurní, Félix y yo con catorce o quince años disfrazados de boxeadores y en otra los tres en el cámping de Lloret de Mar, el verano de Brigit; y, para terminar, la

última foto que le hicimos a la abuela Joaquina, la madre de mi madre, los brazos en cruz y rodeada de palomas en la plaza de Catalunya, riéndose como una loca. Belén pasó de largo el doble póster que mostraba el júbilo de los jugadores del Real Madrid tras ganar la copa de la UEFA de aquel año y la del año anterior, no le decía nada el fútbol, y apenas dedicó un instante de atención a la mítica foto del Che Guevara, a una irresistible postura de Kim Basinger y a un salto imposible de Bruce Lee; y finalmente se rio de algunos recuerdos y menudencias que yo había colgado debajo de las fotografías, como la pulsera de cuero que Brigit me dejó de recuerdo la noche que nos vimos por última vez, un toro de trapo con cara de salido y un letrero en las pezuñas que decía *donde esté una buena corrida que se quite el fútbol…, y los toros*, un colgante horrible de supuestas pequeñas piedras de mar que a mí me dio por llevar arrapado al cuello a los quince años, una pequeña máscara africana que compré en Barcelona, en una tienda oscura del barrio de Gracia… Tener a Belén en mi cuarto, observando mis cosas y rozándolas con la punta de los dedos, me provocaba un cosquilleo agradable en el estómago, era la primera chica que entraba allí, y tampoco habían entrado muchos chicos, Sadurní, Félix y, siendo niño, algún compañero de clase, pero poco más, en el fondo no solía invitar casi nunca a nadie, y cada vez menos, un poco como Linares.

De repente, al verlo todo a través de los ojos de Belén, fui consciente de la cantidad de tonterías que había ido acumulando con los años, quizá sí fuese la habitación de un chiflado, *seguro que Jack el Destripador tenía una habitación así*, solía bromear Sadurní, que en las paredes de su cuarto tan sólo podías encontrar un cuadrito con la etimología de su nombre y un póster del Barça de mil novecientos setenta y cuatro en el que los jugadores posaban con la copa de campeones de liga, un póster que nunca quiso cambiar porque el portero se llamaba Sadurní como él, de modo que tú veías en *Estudio Estadio* a Artola y un tiempo después a Urruticoechea y en la pared de Sadurní seguías viendo a Sadurní, una pared atrapada en el tiempo; el dormitorio de Félix, en cambio, era una especie de museo de los méritos, sus padres le colgaban allí todo tipo de diplomas y documentos acreditativos: *Primer curso de natación organizado por el Ayuntamiento de Sant Feliu, Campeón infantil de fútbol del Virgen de la Salud, Graduado en equitación en los campamentos de verano La Nirvana…*; yo suponía que su habitación debía de parecerse mucho al despacho que su padre tenía en casa, en el que yo había entrevisto también alguna vez desde el pasillo diplomas en las paredes, un despacho siempre en penumbra o con la puerta cerrada en el que teníamos prohibida la entrada. Comparada con esas habitaciones la mía parecía un mercadillo. Me

vinieron a la cabeza los trastos que Linares amontonaba bajo el viejo toldo de camión, los baúles.

—¿Por qué tienes tantas cruces? —preguntó Belén.

Se refería a los nueve crucifijos de varios tamaños que yo tenía colgados por las paredes del dormitorio.

—No lo sé —respondí encogiéndome de hombros—, me gustan.

Los fue mirando de uno en uno, moviéndose como un péndulo de un crucifijo a otro, vestía Levi's ajustados y una blusa blanca ligeramente transparente tras la que se adivinaba un sujetador blanco; me entraron ganas de agarrarla por la cintura y tirarla sobre la cama. Señaló uno de los crucifijos y comentó que era el más bonito, se trataba también de mi favorito, medía veintidós centímetros y estaba hecho de bronce con incrustaciones de pedrería, lo había robado de una residencia de ancianos una tarde que fuimos a visitar a la abuela de Sadurní; mi segundo favorito lo había encontrado bajo una bolsa de basura frente al Frankfurt Olímpic y el tercero me lo había traído Félix de la Semana Santa de Sevilla.

—Yo no creo en dios —dijo Belén volviéndose hacia mí.

—El de la cruz no es dios —maticé—, es Jesucristo.

—Da igual, yo no creo en ninguno de los dos.

Tanto Belén como yo habíamos estudiado en colegios religiosos, yo en el Virgen de la Salud y ella en las Mercedarias, así que conocíamos la represión, los discursos sobre dios y el demonio, el padrenuestro antes de las clases de Religión, los diez mandamientos…, *el credo*, me dije frotándome la mano derecha contra el pantalón.

—Yo sí creo en dios —dije—, pero no en el que nos pintan los curas, que nos quieren hacer creer que dios es misericordioso y bueno y todas esas gilipolleces. Si dios fuera así el mundo no estaría tan hecho mierda ni nosotros tan jodidos. Siempre me ha hecho gracia eso que dicen los curas de que dios nos pone a prueba para que nos ganemos el cielo, ¿y si no hay cielo qué? —eché una ojeada a la fotografía de la abuela Joaquina—. ¿Sabes lo que dijo el cura en el entierro de mi abuela?, *dios ha querido tener a Joaquina a su lado* —recité con aire fúnebre y sentencioso—, *y nosotros debemos ser fuertes y mantener la fe*, ¡tócate los huevos! —exclamé—, ¿qué pasa?, ¿qué dios no tiene abuela y se la tiene que ir birlando a los demás o qué?

Belén rio y se sentó junto a mí en el borde de la cama.

—Pues entonces no sé por qué coleccionas tantas cruces —dijo.

Solté una carcajada, quizá llevaba razón, ¿qué pintaban allí tantas cruces? Alargué el brazo y entrelacé mis dedos con los suyos,

me alegré de estar allí con ella, el Ford Fiesta podía esperar, sonaron los primeros acordes de *Your latest trick* y di por hecho que Belén reconocería la canción y me agradecería el gesto, se me volvieron a ocurrir un par de formas con las que podría agradecérmelo; desde luego, no había mucho que hacer con mis padres en el comedor, pero tampoco es que no pudiera hacerse nada si conocías los ruidos y las distancias de la casa y sabías interpretarlos. Yo había aprendido desde niño a hacer determinadas cosas sin que nadie se diese cuenta: llevarme el monedero de mi madre a mi cuarto y conseguir unas cuantas monedas para que me sobrara algo al salir del cine o para comprarme algunas fichas más en los autos de choque, echar un vistazo al *Lib* o al *Interviú* que Sadurní solía conseguir del quiosco de su tío y masturbarnos juntos, compartir cigarrillos echando el humo por la ventana…; bastaba con permanecer atento a los ruidos y medir el tiempo: de dieciocho a veinte segundos era lo que se tardaba en llegar a mi habitación desde la puerta de casa, entre seis y siete desde el comedor; si escuchabas el ir y venir de las puertas y contabas los segundos siempre estabas presentable cuando la cara de tu padre o de tu madre aparecía en el umbral. Para meterle mano a Belén en aquel momento sólo debía tener en cuenta la puerta del pasillo, seis o siete segundos de margen para separarse y recomponernos la ropa, suficiente.

—Es *Your latest trick* —dije acariciándole la mano.

Puso cara de no saber de qué le estaba hablando.

—Esa lenta que te gusta —expliqué—, la que ponen en Casino.

—Ah, sí —sonrió, pero no mostró demasiado entusiasmo, ni siquiera quiso saber quién la cantaba; suspiró, se encogió de hombros y añadió—: me esperaba una habitación más tétrica, la verdad, supongo que lo de Angelito de la muerte te lo dirán por otra cosa.

Belén tenía olfato, los tres meses que llevaba con ella me habían bastado para darme cuenta; por supuesto que lo de Angelito de la muerte me lo decían por otra cosa, pero yo no había hablado con nadie de aquello, tan sólo con Sadurní y con Félix, y, aunque quería contárselo a Belén, me daba miedo lo que pudiese pensar de mí, tampoco sabía cómo empezar a contárselo, ni siquiera sabía si quería saber cómo empezar; había ocurrido tres años atrás y casi parecía ya una idiotez propia de alguien con el cerebro del revés. Tragué saliva y evité mirar la fotografía de mi abuela, busqué algo que decir, el silencio lo estaba destrozando todo y los Dire Straits no bastaban para remediarlo, los Dire Straits no eran la Electric Light Orchestra, *cambia el disco*, me dije, pero no quería soltar la mano de Belén, se me notaría el nerviosismo y entonces ella se percataría de

que había algo que yo no quería confiarle, esa falta de confianza la molestaría. Sadurní decía que las chicas no soportaban las mentiras, *miéntele a una chica*, sentenciaba, *y si te pilla sentirás el infierno abriéndose bajo tus pies*, aseguraba que estaban capacitadas para detectar las mentiras antes de que tú abrieras la boca para soltárselas. *Cuéntale la verdad*, me dije soltando finalmente a Belén porque empezaba a sudarme la palma de la mano, *cuéntale por qué empezó lo de Angelito de la muerte*, busqué el modo de hacerlo mientras me acercaba a la estantería de los discos, encontré unas primeras palabras.

—Por cierto —se me adelantó—, mañana no vengas a buscarme al instituto, hemos montado una fiesta para celebrar el final del curso.

—¿Y qué vais a hacer? —pregunté buscando en la hilera de discos.

—Lo típico —respondió—, bocadillos, bebida, música…, ya sabes.

—¿El pijo también va?

—El pijo se llama Rubén. Y sí, también va.

Al cabo de un rato me dijo que tenía que marcharse para llegar a la clase de las nueve, *es la de historia y no puedo faltar*, me aseguró. La acompañé en el Ford Fiesta, tenía ganas de conducirlo y era la excusa perfecta para hacerlo. No tardamos ni dos minutos en llegar al instituto, y antes de que me diese tiempo a parar el motor, o precisamente para que no lo hiciera, Belén me besó fugazmente en la mejilla y se apartó con prisa; en lugares públicos, sobre todo en su barrio, tenía tendencia a mostrarse comedida, a veces incluso me soltaba la mano antes de llegar a la esquina de su casa, no quería que ningún vecino le fuera con el chismorreo a su padre, que vivía bastante cerca, en un ático de la plaza Pere Dot, *a él no le importa si salgo con alguien ni con quién*, me había dicho una vez, y me había parecido nuevamente una niña.

En cuanto se metió en el instituto crucé la ciudad por la avenida Marquesa de Castellbell y me fui en busca de la carretera 340, conduje hasta Molins de Rei y tomé la autopista A-2 en dirección a Barcelona. Siempre había creído que mi primer coche lo estrenaría con Sadurní y con Félix en una noche de excesos, algo especial, o en todo caso con una chica que iría sentada a mi lado, feliz de compartir conmigo un momento tan importante y quizá tarareando mi música, pero nunca se me había pasado por la cabeza que pudiera suceder de aquel modo, tan completamente solo por la autopista y preguntándome por qué no estaba tirándome a Belén en el asiento de atrás, por qué no le había contado el origen de Angelito de la muerte y por qué me había sentado como una patada

en los huevos la fiesta en el instituto con el pijo. Quizá era así como te ibas quedando solo: callando lo que no deseabas callarte. Y quizá era así como le había sucedido a Linares, de tanto callar se había quedado reducido a nada, porque ¿qué mierda de vida se podía vivir si al final te cabía todo en un par de baúles?

Tardé algo más de una hora en montar el andamio a base de caballetes y tablones y apuntalar después las paredes laterales y el entorno de la viga rota. Al terminar, para darme un respiro, me senté en uno de los tablones y balanceé los pies en el vacío, tenía el suelo del comedor a un metro y medio; eché un vistazo al patio trasero a través de la ventana, Linares llevaba allí desde mi llegada, sentado junto al toldo en la tosca silla de madera que yo había visto alguna vez en el comedor, gruesas patas, anchos reposabrazos, respaldo recto y cojines para que resultara más cómoda; ni él ni *Rafaela*, que dormitaba a sus pies, tenían buen aspecto, a la perra se le veía subir y bajar penosamente el vientre y Linares, con la mirada perdida, no había hecho más que servirse una copa tras otra de Veterano sin que se le viesen intenciones de levantarse y realizar su ronda vespertina por el ladrillar, quizá no quería dejar sola a *Rafaela*, o quizá no quería dejarme solo a mí.

De repente volvió la cabeza y sus ojos turbios se clavaron en los míos a través del cristal sucio de la ventana, no tuve tiempo de apartar la mirada y lo saludé con un gesto para fingir naturalidad, él ni siquiera parpadeó y miró de nuevo al frente; sentado en aquella vieja silla mostraba el aire lúgubre de un antepasado fotografiado en contra de su voluntad, se le percibía en blanco y negro y encapsulado en el tiempo, como a mis abuelos en las fotografías antiguas de la familia. Me incorporé de nuevo sobre el tablón con la intención de apresurarme, no me gustaba estar allí, era obvio que Linares me vigilaba, que se las ingeniaba para tenerme localizado en todo momento, en su campo de visión, ni demasiado lejos ni demasiado cerca. Agarré la escarpa y el martillo y calibré el punto exacto de la pared por donde empezar a golpear para poder liberar uno de los extremos de la viga rota, afiancé la punta de la escarpa y descargué el primer martillazo, el entrechoque de hierros me resonó en los oídos y saltaron las primeras esquirlas de ladrillo y cemento; entrecerré los ojos y descargué el segundo golpe, me pregunté cuánto tiempo llevaría aquel comedor sin oír tanto ruido, sin tanta vida, y golpeé por tercera vez como si quisiera astillar el silencio de esos años, el maldito silencio. Cuando dejaba de golpear imaginaba a Linares

levantándose de la silla, acercándose a la ventana y clavándome los ojos en la espalda, y no podía evitar lanzar una mirada por encima del hombro, convencido de que tarde o temprano lo descubriría acechándome.

Al cabo de cuarenta minutos cayó estrepitosamente contra las losetas del suelo el primero de los dos trozos de la viga y una ligera capa de polvo envolvió el comedor; bajé del andamio y abrí las ventanas, Linares y *Rafaela* seguían en el patio, inmóviles. Regresé enseguida a los tablones, me dirigí a la pared opuesta y me dispuse a soltar el otro fragmento de viga, aquél estaba menos dañado y calculé que tardaría unos minutos más que con el primero. Tardé casi una hora. Al terminar me sacudí la ropa, salté al suelo, saqué fuera los dos maderos de chopo y los dejé caer junto a la puerta; barrí el comedor, metí los escombros en un saco de plástico y salí al patio trasero a lavarme las manos en el grifo que Linares tenía más allá del entoldado, eran casi las ocho *y* cuarto.

—La viga ya está fuera —le dije frotándome las manos bajo el chorro de agua.

Esperaba algo de él, una palabra, una despedida, pero no dijo nada. Me volví a mirarlo, tenía la cabeza caída sobre el pecho, parecía dormido, y la copa vacía de Veterano se le balanceaba en la punta de los dedos conforme respiraba, no aguantaría mucho; *Rafaela* seguía enroscada a sus pies, sus jadeos se habían convertido en gemidos lastimeros, no hacía falta ser ningún experto para darse cuenta de que eran gemidos de dolor, se me hacía extraño verla tan quieta.

—Hay que ultimar a *Rafaela*.

La voz de Linares sonó contra su pecho, no entendí muy bien a qué se refería, pero cuando levantó la cabeza lo comprendí de golpe, ¿se estaba refiriendo a lo que yo creía que se estaba refiriendo? Me sequé las manos en la parte trasera de los téjanos y me aparté del grifo, tenía a Linares a unos tres metros.

—Si quiere puedo llevarla al veterinario —me ofrecí.

Lo descartó con desdén e hizo ademán de apurar la copa de brandy, pero se dio cuenta de que estaba vacía y la dejó en el suelo junto a la botella; se levantó y oí crujir la madera de la silla.

—Me sa hecho vieja, la pobretica —dijo—, na más es eso.

—A lo mejor el veterinario…

—Tú aún no sabes na de la vida, Daldo —me interrumpió paternalmente—, y entodavía menos de la muerte.

Se acuclilló junto a *Rafaela y* le acarició el lomo, la perra gimió, levantó la cabeza y la dejó caer de nuevo con un quejido, apenas pudo mantener los ojos abiertos un instante, tenía la mirada

extraviada, como encerrada en cristal, no cabía duda de que estaba enferma, y, desde luego, parecía grave. Linares le murmuró unas palabras, sólo alcancé a oír *no será nada*, Rafaela, *no será nada*, después silencio, tenía que marcharme, aquello no me concernía. Linares se puso en pie, desapareció bajo el entoldado y lo oí trastear en las sombras, un tintineo de llaves, un cerrojo, cuando regresó a la luz llevaba una cuerda en las manos, la tensó y destensó unas cuantas veces, era gruesa como uno de sus dedos y quizá igual de antigua; se arrodilló al lado de *Rafaela*, juntó con mucho cuidado sus cuatro patas y empezó a atarlas entre sí. Aquello no podía ser real, forzosamente tenía que estar ocurriendo otra cosa. Las manos de Linares terminaron el nudo con delicadeza, un ballestrinque, lo reconocí porque en séptimo u octavo de EGB el padre Julio nos hizo montar en clase de Pretecnología aquel cuadro de nudos que le hacían montar a todo bicho viviente y el jodido ballestrinque fue mi bestia negra, tuve que hacerlo tantas veces que ya no se me olvidó nunca; nada de lo que *Rafaela* pudiese hacer a partir de ese momento le serviría para soltarse, el ballestrinque no era un nudo cualquiera, cuanto más tirabas de él más te apresaba, no cedería. La perra no daba muestras de estar angustiada, sólo intentaba mantener la mirada fija en la de Linares y lo lograba a duras penas, le pesaban los párpados.

—Bueno —dije—, yo me tengo que ir.

Los ojos de Linares me detuvieron, fue algo físico, como si mis Adidas se hubiesen hundido diez centímetros en el barro.

—Aguarda un momentico, hombre —buscó el extremo de la cuerda y me lo lanzó a los pies—. Pásala por la argolla na más.

La argolla a la que se refería estaba en el suelo sobre una pequeña plancha de hierro con dos bisagras, se trataba de una especie de trampilla no mayor que un ladrillo, si lo supieran los del ladrillar se pondrían enseguida a especular sobre qué podía ocultar Linares en semejante agujero. Pasé la cuerda por la argolla, *¿por qué narices lo hago?*, y se la devolví a Linares como si quemara, mi mano temblaba; él se enroscó la cuerda a la muñeca con dos o tres vueltas, luego se la pasó por el cuello a *Rafaela*, que gimió como si el simple gesto de levantar la cabeza le hubiese provocado un dolor insoportable, le susurró algo al oído y la calmó. Descarté que las varias copas de brandy con que se había amenizado la tarde fuesen las responsables de aquella decisión, Linares sabía perfectamente lo que hacía y estaba resuelto a hacerlo, no iba a echarse atrás, y yo quería que lo hiciera, lo anhelaba, y él quería que yo quisiera, *échalo tú, Daldo*, lo del cachorro no había sido más que el principio. Linares rodeó el cuello de *Rafaela* con el brazo izquierdo para tenerla bien sujeta y tensó un poco el derecho, la cuerda se clavaba

ya visiblemente en su muñeca y sus nudillos y también se le hundía a la perra entre el pelo y los pliegues de la piel, *va a estrangularla*, me dije, necesitaba creérmelo, prepararme, disfrutarlo, padecerlo. Tuve la fuerte impresión de que *Rafaela* entornaba los ojos para mirarme, ¡cuántas veces la había abrazado yo tal y como la tenía inmovilizada Linares!, ¡cuántas veces había fingido derribarla con una llave de judo y ella me había clavado los colmillos en el brazo y había fingido morderme! Ni *Rafaela* ni yo fingíamos ya, y mucho menos yo al haber pasado la cuerda por la argolla e implicarme, *vamos a estrangularla*, asumí, *seré también culpable*, me llevé una mano al pecho, el corazón me golpeaba furiosamente.

—Creo en Dios Padre Todopoderoso —murmuró Linares—, creador del cielo y de la tierra, creo en Jesucristo, su único Hijo…

Su mano derecha ejecutó entonces un rápido balanceo y tiró con fuerza de la cuerda. La perra se retorció bruscamente con un jadeo ahogado y profundo, un gesto terrible de supervivencia, pero los brazos de Linares no cedieron ni un milímetro, sus codos resistieron como engranajes de acero las embestidas de *Rafaela*, que buscaba aire a base de tirones inútiles y hacía rechinar la cuerda en la argolla. Quise tragar saliva y no tragué nada. Linares, con los ojos fuertemente cerrados, sujetaba a la perra casi echado encima de ella, aunque ya no parecía un ademán violento, sino un último abrazo, su modo de decirle adiós. Tal vez transcurrieron dos minutos, o quizá fueron cinco, pero igualmente podrían haber transcurrido treinta, qué lenta vi llegar la muerte, o qué rápida, a *Rafaela* se le iba ya la vida en pequeños espasmos. Cuando dejó de moverse, Linares relajó los brazos y la despidió con unas caricias.

—Ya está, *Rafaela*, ya está —le murmuró.

Y la acunó suavemente besándole entre las orejas caídas.

Cuando llegué a casa encontré una nota de mi madre encima de la mesa del comedor: *Hemos ido a ver a la tía Leonor, vendremos a la hora de cenar*, lo había escrito con su caligrafía grande e imprecisa en el reverso en blanco de un folleto de publicidad, una oferta *irresistible* en toallas de playa. Leí los precios sin verlos y arrugué el papel, que crujió con estridencia, el silencio del piso parecía algo vivo, ¿por qué no habían elegido otro día para ir a visitar a la tía Leonor?, me hubiese venido bien el televisor encendido, mi madre en la cocina preparando la cena, mi padre sentado en el sofá, esas rutinas, y tampoco podía acudir a Belén porque ella celebraba su dichosa fiesta en el instituto y sin duda lo estaría pasando en grande, ¡qué noche de mierda! Eché un vistazo al reloj que teníamos en el mueble, nunca empezábamos a cenar más tarde de

las nueve y media, de modo que *volveremos a la hora de cenar* significaba que mis padres estarían de vuelta en casa en apenas treinta minutos.

Entré en mi habitación, me senté en el borde de la cama y hundí la cara entre las manos; la muerte de *Rafaela* se había venido conmigo, las imágenes daban vueltas en mi interior como si me hubiesen metido el cerebro en una batidora, y allí giraban también los cachorros envueltos en llamas, la nariz rota de Escudé, los baúles de Linares, Belén sin mí en la fiesta, los tres meses que llevaba saliendo con ella sin habérmela tirado…, *si me llevas a casa de ese chiflado me acostaré contigo*, tendría que llevarla, contentarla con su capricho o su chantaje, ¡qué más daba!, al menos así podría hacérmelo con ella. Levanté la cabeza, algo desagradable flotaba en la habitación, un extraño ruido hurgándome en los oídos: otra vez el silencio. Me puse de pie, me acerqué a los vinilos, tiré de uno de ellos, lo coloqué en el tocadiscos y dejé caer la aguja sobre la segunda canción; sonaron los primeros acordes de *Confusion*, la voz de Jeff Lynne bastaría por el momento.

Me dejé caer de nuevo en el borde de la cama y mis ojos se encontraron con el cuadro de nudos, ¿qué sentido tenía que te obligaran a hacer una horterada semejante en clase de Pretecnología?, qué pérdida de tiempo, veintidós nudos clavados mediante alfileres y puntos de pegamento Imedio a una base de terciopelo rojo, cada uno de ellos con su nombre correspondiente escrito en una tira Dymo adhesiva, «As de guía», «Margarita», «Cote de guardamarinas», el padre Julio nos lo había hecho enmarcar y acristalar como si fuésemos a presentarlo a algún concurso, «Empalme de escota», «Pescador», «Ballestrinque», mis ojos se quedaron clavados, yendo y viniendo por las trece letras, «Ballestrinque», conocía los movimientos que se requerían para armarlo, y Linares también, nos unía eso, nos ataba; me miré las manos, tan culpables, *ojalá no fuesen mías*, me sorprendí, y sentí como si lo hubiese dicho en voz alta, ¡pobre *Rafaela*, echándome aquella última mirada de esperanza y súplica!, ella confiaba en mí, ¡éramos amigos, coño!, debió de creer que saldría en su ayuda, que la libraría de aquella muerte espantosa.

—Soy un hijo de puta —murmuré.

Me sobrevino una pena inmensa, una necesidad visceral de convertir aquel dolor en lágrimas, porque no había sido la falta de valor el motivo por el que yo no había intentado frenar con más ahínco a Linares, sino mi anhelo de que sucediese, quería que Linares lo hiciera, quería ver aquella cuerda estrangulando a *Rafaela*, ¡y, dios mío, cómo me había gustado estar allí!, haber congelado para siempre en la retina el instante en el que la cuerda

iniciaba la presión, esa centésima de segundo en la que *Rafaela* aún estaba viva y en la que una centésima después estaría privada mortalmente de oxígeno, ¡a tomar por el culo si tenía que sentirme mal por eso!

Me aparté de la cama, descolgué el cuadro de nudos de la pared y lo arrojé con todas mis fuerzas contra el respaldo de la silla del escritorio, el cristal reventó con estrépito y saltó en pedazos por toda la habitación, la voz de Jeff Lynne era como un grito de guerra dentro de mi cabeza. Me incliné, arranqué violentamente el ballestrinque de su alfiler y empecé a deshacerlo a manotazos, las patas de *Rafaela* no estaban allí, no liberaba nada, un puñado de aire, no debería haber hecho jamás aquel nudo en clase, debería haberme dado por vencido y claudicar ante el padre Julio, ¿qué mierda significaba un suspenso en Pretecnología comparado con la muerte de *Rafaela*?; no me detuve hasta que el ballestrinque hubo desaparecido por completo y el trocito de cuerda se quedó colgando entre mis dedos un tanto deshilachado y con ligeras manchas encarnadas, ¿qué coño…?, me examiné la mano: me había pinchado con el alfiler.

Cuando el Maño me puso los terrones de azúcar sobre la barra le dije que ya no volvería a necesitarlos. Mi padre sabía lo de *Rafaela* porque yo lo había contado en casa la noche anterior, pero Lobo Castilla y Escudé quisieron saber enseguida qué había sucedido. La muerte de la perra no les sorprendió en exceso, después de todo era vieja y la pobre llevaba ya unos días que no levantaba cabeza, pero sí se ensañaron con Linares y su decisión de ser él mismo quien pusiera fin a su vida, sobre todo Lobo Castilla, que repitió una vez más que se apostaría un riñón a que Linares había hecho lo mismo con su novia y la tenía descuartizada en los baúles. Yo llevaba desde niño oyendo aquello y, teniendo en cuenta la forma de comportarse de Linares, siempre me había parecido un crimen posible, algo exagerado quizá, pero posible al fin y al cabo, pero aquella mañana me pareció ya una solemne tontería, no veía a Linares capaz de matar a una persona, era lógico que los demás sí, para ellos la muerte de *Rafaela* resultaba una auténtica salvajada que confirmaba la maldad que le suponían a Linares, pero yo había visto los gestos desprovistos de maldad de Linares, en absoluto violentos, su mirada al despedir a *Rafaela, ya está,* Rafaela, *ya está, y* me había pasado la noche pensando en que Linares amaba a los perros, formaban parte de su vida, se llevaba con ellos mucho mejor que con los seres humanos y además eran los únicos que a lo largo de los años habían entrado con naturalidad en su casa; desde que trabajaba en el ladrillar había acogido a siete u ocho perros extraviados y los había tratado a todos con infinita bondad, llamando *hijos de mala madre sin corazón ninguno* a quienes eran capaces de abandonar a esos pobres animales indefensos, que en la mayoría de los casos morían de hambre o atropellados en la carretera 340 sin entender por qué se habían quedado repentinamente solos; *Rafaela* había sido una de las afortunadas, y, según contaba Linares de vez en cuando, su preferida entre todos los perros que había tenido, ¿cómo podía entonces desearle ningún mal? Me vi incapaz de contar todo aquello y que Lobo Castilla, Escudé y mi padre lo entendiesen, ellos sólo seguirían viendo a Linares estrangulando a *Rafaela*.

—Cualquier día se le irá la mano y tendremos un disgusto —dijo

Lobo Castilla sacudiendo la cabeza, se volvió a medias en el taburete y me señaló con la brasa de su Fortuna—. Y tú ándate con ojo, no vaya a pillarte a ti por medio cuando se harte de los perros.

—Joder, Castilla —intervino mi padre, se le había ensombrecido la cara—, no seas cenizo, hombre, que me asustas al chaval.

Me dieron ganas de tranquilizarlo, yo había escuchado el rechinar de la cuerda en el hierro de la argolla, el ahogo de *Rafaela*, había visto sus espasmos y sus ojos desorbitados y soportado su mirada acusadora, su mirada que guardaba también memoria de tantos cachorros, en especial de uno. Lobo Castilla no podría añadir ni una pizca de miedo más a todo eso, lo suyo eran sólo palabras, no sonaban a nada, se las llevaba el viento. Me bebí el cortado, hojeé *El Mundo Deportivo* para consultar los últimos resultados del campeonato del mundo de fútbol y ellos tres comenzaron a discutir sobre si sacrificar un perro de forma tan espeluznante podía considerarse delito y si acaso estábamos moralmente obligados a avisar a la policía; Bélgica había perdido contra el anfitrión México por dos goles a uno y Portugal le había ganado por uno a cero a Inglaterra. Pensé que sería una buena idea llamar a Sadurní y a Félix y tratar de quedar los tres para ver el partido que España jugaba el sábado contra Irlanda del Norte, antes lo hacíamos y me pregunté por qué habíamos perdido la costumbre, no podía deberse tan sólo a que los tres teníamos novia; me llegó una frase suelta de Escudé, *seguro que trató a su novia Rafaela como a una perra y a la perra* Rafaela *como a una novia*, risas, un artículo analizaba en profundidad la derrota que España había sufrido frente a Brasil el pasado día uno en su debut en el campeonato, *a quién se le ocurre ponerle a la perra el nombre de su novia*, alcancé a oír de Lobo Castilla, y luego más carcajadas de los tres. Salí a la calle a esperarlos. Cuando mi padre y yo montamos en el coche, me dijo:

—A lo mejor deberías pensar en no seguir con lo de Linares.

No había puesto a Paco de Lucía y se oía el traqueteo del motor.

—No pasa nada, papá —dije.

—Pero podría pasar.

—Castilla es un exagerado.

—Y matar una perra de esa manera también.

—Que haya matado a una perra no significa que vaya a matarme a mí.

—Ya lo sé, hombre.

—Conozco a Linares mejor que vosotros.

Mi padre chasqueó la lengua con desdén, introdujo la cinta de Paco de Lucía en el radiocasete y se incorporó a la carretera 340. Me sentía extrañamente privilegiado de poder decir que había

estado más cerca que nadie de Linares, en el interior de su casa, en su patio trasero, me invadía una especie de orgullo.

—Como eso de que tiene a su novia descuartizada en los baúles —añadí alzando la voz por encima de *Entre dos aguas*—, qué exageración.

—Qué sabrás tú.

—Lo sé porque los he visto.

Mi padre se volvió.

—No se te habrá ocurrido tocarlos, ¿verdad?

—Me los enseñó él —respondí—, sólo están llenos de trastos.

Quizá había sido una mentira innecesaria, pero quería tranquilizarlo y también que dejaran en paz a Linares, me jodía que se pasaran el día diciendo gilipolleces sobre él sin saber de la misa la mitad. Cuando mi padre estacionó el Seat Ritmo en el ladrillar me pregunté hasta qué punto era normal defender a Linares como yo lo estaba defendiendo, ¿para qué?, ¿qué necesidad tenía de hacerlo?, ¡si yo había ido tan sólo a repararle la viga!, ¡qué más me daba si decidía sacrificar con sus propias manos a *Rafaela* antes que llevarla al veterinario?, allá cada cual con sus cosas, yo ya tenía bastantes problemas. Mientras me dirigía con el toro a la zona de carga y descarga observé la esquina del barracón de la oficina por donde solía aparecer *Rafaela* cada mañana en busca de sus azucarillos y me entraron ganas de llorar, ¡pobre *Rafaelal*, tal vez Lobo Castilla llevaba razón y lo de Linares no tenía ninguna justificación. Durante toda la mañana me mantuve alejado de su casa y permanecí atento a su presencia por si resultaba necesario evitarla, pero fue una vigilancia inútil, no se lo vio por el ladrillar llevando a cabo sus tareas de mantenimiento ni tampoco sentado en su mecedora, tan sólo un par de veces vi su sombra pasando tras alguna ventana, yendo de una punta a otra de la casa y regresando de nuevo, eso fue todo.

Por la tarde encontré a Linares en el patio trasero, sentado en la misma silla del día anterior y en el mismo lugar, con la botella de Veterano algo más vacía a sus pies y una copa en la mano, sólo faltaba *Rafaela;* lo saludé brevemente y me dispuse a entrar en la casa para ponerme manos a la obra lo antes posible, había quedado con Belén a las diez en la puerta del instituto y no quería retrasarme.

—¿Qué te parece?

Su voz me atrapó cuando ya había dado dos pasos hacia la casa, me volví, no supe a qué se refería, había alargado el brazo y con la copa de brandy me señalaba un punto indeterminado en el fondo

del patio, allí donde terminaba el suelo de adobe y empezaba lo que en otro tiempo fue el pequeño huerto donde Linares había cultivado tomates y lechugas y que únicamente servía ya para que se fueran amontonando viejos travesaños de madera, tiestos de barro vacíos, cestos de mimbre, una carretilla desvencijada, un viejo asiento de coche y otros cachivaches que ya no me dio tiempo a mirar porque entonces vi la cruz clavada sobre un pequeño montículo de tierra.

—Ahí estará bien la pobretica, ¿no verdá? —comentó Linares.

La cruz estaba armada con dos simples listones de palé cruzados, supuse que unidos con clavos, desde allí podía leer el nombre de *Rafaela* escrito en el listón horizontal con mayúsculas torcidas y desiguales, y había un puñado de geranios rojos y ramitas de ginesta en el suelo.

—Siéntate un momentico aquí, Daldo —dijo Linares, y al volverme vi que me alargaba una copa vacía—, na más un momentico, por *Rafaela*, digo, y endeseguía te vas.

Se me vinieron a la cabeza los consejos de Lobo Castilla y el miedo de mi padre a que me pasara tantas horas en aquella casa, pero Linares mostraba un aire alicaído, no era el hombre que había sacrificado a su perra con aplomo y sin vacilar, sino un viejo inofensivo, me bastaría con empujarlo y echar a correr en caso de verme amenazado. Tomé asiento en un taburete bajo y acepté la copa, él la llenó hasta la mitad, a lo lejos se oían los últimos coches marchándose del ladrillar, en unos minutos nos habríamos quedado solos.

—Tuve que hacerlo —dijo.

Sus pupilas emergieron de allí donde estaban enterradas, apuró la copa de un trago brusco y la dejó en el ancho reposabrazos, luego extrajo del bolsillo de su camisa un paquete arrugado de Bisontes, me ofreció uno, lo rechacé, él se llevó uno a los labios y lo prendió con una cerilla. Observé su mano derecha, parecía realmente concebida para hacer daño, en ese instante podría tocarme con sólo alargar el brazo; di un sorbo al brandy, lo sentí arder garganta abajo, me gustaba mezclado con café, no solía beberlo solo; quise levantarme, pero la mirada de Linares me retenía y me sentí obligado a quedarme unos minutos por respeto a *Rafaela*, era lo menos que podía hacer por ella. Durante un rato contemplamos la tumba en silencio. Se me ocurrió que podía preguntarle a Linares si le importaba que una tarde se viniese Belén conmigo, pero no encontré una explicación convincente que justificara ese deseo, sonaban todas a gilipollez desde cualquier punto de vista, y tampoco me atrevía a decirle que era para poder tirármela porque entonces el gilipollas sería yo; además, teniendo en cuenta lo que había sucedido con *Rafaela*, daría la impresión de que lo único que

deseaba Belén era ver de cerca al *monstruo* del ladrillar, y yo no estaba dispuesto a que Linares me tomara por otro chismoso más y creyese que me pasaba el día difundiendo patrañas en torno a su vida como hacían los demás.

—¿Qué tal la viga? —me preguntó.

Di otro trago de Veterano.

—Bien —respondí.

—Me dio un buen susto, la condená —medio sonrió—. Se te da bien esto, Daldo, no tendrías que haberlo dejao, lo de peón de albañil, digo.

—No me gustaba mucho.

Acarició con los dedos el borde de la copa, se dio cuenta de que la tenía casi vacía y la llenó de nuevo, en la botella quedaban apenas cuatro dedos de brandy; sorbió lentamente y lo saboreó, después trazó círculos en el aire con la copa y se quedó ensimismado con el vaivén del líquido; no tuve la impresión de que fuese un ritual para disfrutar mejor de la bebida, sino que más bien lo hacía como podría haber hecho cualquier otra cosa en espera de que transcurriera el tiempo, se comportaba casi como si yo no estuviese allí.

—Mi padre también fue albañil en su juventú —dijo, y me vino a la memoria el cuadro de Cristo del comedor, *un hombre de misa*—, pero lo que fue mayormente mi padre fue cerrajero, pero un cerrajero como dios manda, eh, no te vayas a pensar, no como algunos de ahora, que se dicen cerrajeros porque apañan una cerradura o hacen una reja, o sea que a mi padre venían a buscarlo de otros pueblos, ¿no me comprendes?, que el hombre pues agarraba un hierro y te hacía cualquier cosa, y eso lo sabía to quisque, barandillas, lámparas, rejas asín torneás pa hacer bonito, o sea que mi padre, con el hierro, pues un artista.

Quise decir algo, pero no supe qué, era probablemente la primera vez que Linares hablaba por propia iniciativa de su padre, y por su forma de referirse a él en pasado supuse que ya habría muerto.

—Aguarda un poco —añadió poniéndose en pie.

Echó a andar y se metió bajo el entoldado, lo escuché murmurar y trastear, lo imaginé asomándose con la larga cuerda con la que había estrangulado a *Rafaela* y miré de reojo su tumba y su nombre garrapateado con torpes mayúsculas, no se me borraba de la cabeza el instante en que la cuerda la privó abruptamente de seguir respirando. De repente oí un golpe a mi lado y volví la cabeza, Linares había arrastrado hasta allí uno de los baúles y acababa de dejarlo junto a su silla; introdujo una pequeña llave en las

cerraduras, soltó los broches y levantó la tapa. Alcancé a ver en el interior montones de papeles a un lado y, al otro, lo que parecían oscuros trozos de ropa, fundas o más bien guantes, no parecía haber otra cosa, la cuerda debía de estar en el otro baúl, Lobo Castilla se llevaría una decepción si pudiera ver esto. Linares revolvió dentro hasta que encontró una raída caja gris, se irguió con satisfacción y se sentó otra vez en la silla; la caja tenía la tapa sujeta con unas tiras de tela, las desanudó con facilidad y me vino el ballestrinque a la cabeza, mi cuadro de nudos estallando contra la silla de mi habitación, había tenido que decirle a mis padres que se me había roto al intentar cambiarlo de sitio.

—Aquí está.

Linares me mostró una fotografía y me hizo gestos para que la cogiera, lo hice, se trataba de un antiguo retrato en sepia, como los que mis padres conservaban de algunos antepasados suyos. Se veía a un hombre de pie en medio de un patio de tierra, un hombre robusto y no muy alto, vestido con un abrigo abotonado hasta el cuello y una especie de caja de herramientas en la mano, su cara permanecía oculta en la penumbra de la mala calidad de la fotografía, pero, como sucedía con Linares, sentí la agudeza de aquellos ojos sin necesidad de verlos; detrás de él, a unos metros de distancia, se levantaba la fachada de lo que parecía una fábrica.

—Tancredo Linares —anunció Linares con gravedad, como si en realidad se lo estuviese diciendo a sí mismo y no a mí, quizá necesitaba pronunciarlo en voz alta porque hacía mucho tiempo que no lo hacía; volvió a apurar de un solo trago el brandy que le quedaba en la copa—. Mi madre empezó a llamarme Tanco de niño —explicó—, estaba la pobretica bien harta de que contestásemos mi padre y yo a la vez cuando nos llamaba a uno o a otro, ella habría querío que yo me llamase Gregorio, pero mi padre dijo que había que seguir con la estirpe de Tancredos, ¿no me comprendes?, o sea que su padre y el padre de su padre se habían llamao también asín, Tancredo Linares.

Se santiguó y me arrebató la fotografía de las manos, la miró en silencio durante unos segundos y, con delicadeza, volvió a guardarla en la caja; me pregunté si no tendría también una de su madre, me había parecido distinguir más fotografías. Se puso de pie, introdujo la caja dentro del baúl, bajó la tapa y cerró los broches con una vuelta de llave en cada uno, agarró una de las asas y arrastró de nuevo el baúl bajo el toldo. Al regresar se dejó caer en su silla, se sirvió otra copa y me ofreció la botella de Veterano, la rechacé mostrándole mi copa todavía medio llena; él dio varios sorbos seguidos, muy cortos y ruidosos, y se quedó inmóvil como si alguien lo hubiese desconectado. Me levanté, le di las gracias por el

brandy y le dije que tenía que empezar a trabajar porque se estaba haciendo tarde, no dijo nada ni volvió a moverse, tenía los ojos clavados en la cruz de *Rafaela*.

Me fui al interior de la casa y antes de trepar al andamio observé a Linares a través de la ventana, seguía en la misma posición, la espalda ligeramente vencida como si llevara sobre ella el dolor por la muerte de *Rafaela*, habría sido muy duro cavar el agujero y enterrarla. Al darme la vuelta me encontré con el cuadro de Cristo, continuaba torcido, me acerqué y lo enderecé, el marco estaba cubierto por una fina capa de polvo y la huella de mi dedo se quedó dibujada allí, ¿cuántas veces habría tocado aquel cuadro Tancredo Linares?, ¿cuántas veces le habría rezado o rogado milagros? En la muerte de aquel Cristo vi la muerte de *Rafaela*, en aquella crucifixión, el estrangulamiento; en los clavos, la cuerda.

—Esto no es como ultimar cachorricos, ¿eh, Daldo?

Me volví bruscamente, Linares se hallaba a un metro de mí con una expresión distinta en la cara, quizá debida ya a tanto brandy; tenía los ojos fijos en el cuadro, no exactamente como si lo estuviese mirando, sino como si el cuadro tirase de él; observé de nuevo la pintura preguntándome si Linares veía en él algo que yo no podía ver.

—No es tampoco como ultimar a *Rafaela* —añadió.

Tuve la fuerte impresión de que intentaba compartir algo conmigo, algo que surgía de los hornos donde ardían los cachorros, del sacrificio de *Rafaela*, de las fotografías y los papelajos de sus baúles, había una progresión en todo ello, un agravamiento, clavar un hombre a una cruz era desde luego ir mucho más allá. Aunque sentía la feroz necesidad de volver la cabeza y mirar de nuevo a Linares, no lo hice, tenía suficiente con notarlo detrás de mí, contra mi espalda, a punto de agarrarme por el cuello o de ceñírmelo con una cuerda, hay que ultimar a Daldo.

—Se me ha hecho tarde —dije, apartándome de él y sin mirarlo —, será mejor que hoy ya no haga nada.

—Tas echao novia, ¿no verdá?

Me sentí ridículo, ¿de qué coño estaba huyendo?

—Una novia que te se inrrita si le llegas tarde, eh.

—Más o menos.

Crucé el comedor dudando si quedarme o no, tampoco me convenía que la reparación se prolongara demasiado; sin embargo, ya me había hecho a la idea de marcharme, me ahogaba allí dentro y se me hacía una montaña subir al andamio y que Linares se quedara conmigo a hablarme de la muerte o de ultimar. Al llegar a la puerta lo miré por encima del hombro para despedirme y vi que

estaba recolocando el cuadro, lo inclinó a la derecha, luego a la izquierda, dio un paso atrás, lo observó con perspectiva y finalmente se dio por satisfecho, lo había dejado otra vez torcido; reprimí el impulso de acercarme a enderezarlo y me marché. Recorrí los cuarenta metros que me separaban del barracón de la oficina con la sensación de que Linares me estaba acechando desde la ventana, notaba el roce de sus ojos en la nuca, una cuerda, respiré hondo, aquello se llamaba paranoia. Cuando estaba cruzando por delante de la oficina, Antonio salió del interior con la cara desencajada y se asustó al verme.

—Ah, hola, Ángel —jadeó, llevaba su maletín de mano apretado contra el pecho—, ¿cómo va lo de la viga?

—Bien —respondí.

Cerró la puerta de la oficina con llave y caminamos juntos hacia el aparcamiento.

—Mucho trabajo, ¿no? —le pregunté.

—¡Bah! —agitó la mano en el aire—, líos de números y de don Ramiro, estoy hasta las narices.

Andaba pesadamente, como si en lugar del maletín y el manojo de llaves llevara encima un centenar de ladrillos; pensé en su hijo muerto, en su hijo que se llamaba Tiny, al que mataron con once años de una paliza, *no lo mataron*, me dije, *lo ultimaron*. Antonio se metió en su Renault 9 y partió saludándome con un gesto. Me dirigí al Ford Fiesta y al introducir la llave en la cerradura me detuve a echar un vistazo por encima del hombro, estaba completamente solo en el ladrillar, la luz del atardecer, aún bastante brillante, le daba un barniz metálico a las cosas y olía a aire fresco, un aire liberado del trajín de las máquinas y de las nubes de gasoil que brotaban cada día de los camiones; supuse que Linares estaría a punto de realizar su ronda vespertina, así que monté en el coche y me marché.

Me fui camino abajo con la Electric Light Orchestra tocando *Livin' thing* y me concentré en esquivar los socavones más profundos para no castigar la suspensión del Ford Fiesta. Después de fuertes lluvias el terreno quedaba reblandecido y el peso de los camiones lo dejaba maltrecho, lo que obligaba a don Ramiro a contratar una excavadora que le echara tierra encima y lo allanara nuevamente; en aquella ocasión no parecía que fuese a venir nadie. Manejé el volante a derecha e izquierda, moviendo los ojos de un lado a otro como si mi habilidad al volante tuviese alguna trascendencia, y me puse a cantar *Livin' thing* para que la música alejara a Linares.

De repente vi algo inmóvil en medio del camino y di un volantazo, el coche se escoró a la derecha y lo enderecé justo a tiempo para no empotrarme contra un poste de la luz, conseguí

frenar unos metros después y lancé una ojeada al retrovisor, había un perro en medio del camino, ¡el muy cabrón había estado a punto de hacer que me estrellase! Bajé la ventanilla de la portezuela y agité el brazo.

—¡Te van a atropellar, imbécil! —le grité.

El perro, recio y sólido, de color marrón sucio, husmeó el suelo, se acercó al poste de la luz contra el que había estado a punto de estamparme y orinó.

A las diez recogí a Belén en el instituto. Al montar en el coche me pidió que no la llevará todavía a casa, *he tenido una bronca con mi madre*, dijo, al parecer su madre la había sermoneado por haber vuelto muy tarde de la fiesta del instituto, de madrugada casi, *si se cree que todavía soy una niña va lista*, refunfuñó encendiéndose un cigarrillo, y añadió que no tenía ninguna intención de ir a cenar a casa. Fuimos a La Crema y encontramos libre nuestra mesa favorita junto a la ventana; ella pidió una Cola-Cola y bratsburt y yo una cerveza sola, yo sí había cenado en casa. Cuando nos sirvieron ya se le había pasado el mal humor, era voluble en eso, y comenzó a relatarme los pormenores de la fiesta del miércoles por la noche en el instituto, lo mucho que habían reído, bailado y bebido, me confesó que se había emborrachado tanto que incluso había vomitado en los lavabos, algo que a ella no le había sucedido nunca. Me molestó la especie de euforia con la que lo recordaba, daba la sensación de que con sus *maravillosos* compañeros de BUP había descubierto la esencia de la noche en apenas unas horas, cuando conmigo, en nuestras salidas nocturnas, jamás se aventuraba más allá de una simple Cola-Cola; seguro que el pijo Rubén Plana había tenido algo que ver con su borrachera.

Al cabo de treinta minutos tuve la impresión de que Belén llevaba horas hablándome de la condenada fiesta, su boca masticaba el bratsburt y soltaba palabras sin cesar, su risa era ensordecedora, empecé a darme cuenta de lo trivial que era todo lo que me contaba, apenas podía resistir ya la tentación de levantarme y gritarle que se callara; si hubiese visto morir a *Rafaela* no tendría tantas ganas de hablar, si hubiese tenido a Linares pegado a su espalda, murmurándole *esto no es como ultimar cachorricos*, no le parecerían tan importantes aquellas gilipolleces de estudiantes ni la riña con su madre. De pronto su boca dejó de moverse, había tomado el vaso de Cola-Cola y estaba bebiendo, era mi oportunidad de cortar su monólogo sobre la fiesta.

—He estado pensando en llevarte a casa de Linares —dije.

Dejó el vaso sobre la mesa y observó su reloj.

—Si son casi las once —objetó.

—No digo ahora. Me refiero a que lo he estado pensando.

Cruzó los brazos sobre la mesa y se quedó mirándome sin mostrar emoción alguna, si acaso una indiferencia que confirmaba mi sospecha de que, en el fondo, no le importaba lo más mínimo ir a casa de Linares; quizá había llegado el momento de echarle en cara sus chantajes, su tendencia a negarme su cuerpo si antes no le concedía determinados antojos, como si yo tuviese que ganarme el derecho a acostarme con ella del mismo modo que los concursantes del *Un, dos, tres* se ganaban el coche o el apartamento en Torrevieja tras superar pruebas estrafalarias, *venga, díselo*, me forcé, *no dejes que te domine*.

—Lo que pasa es que ha ocurrido algo —dije, ¿por qué mierda me echaba atrás?—, y por ahora prefiero que no vayas allí.

Había tomado la decisión de no contarle lo de *Rafaela*, pero no pude evitarlo, así que en lugar de reprocharle sus chantajes o pedirle explicaciones, me encontré de sopetón hablándole de la perra, le hablé de la tristeza y del dolor con los que Linares la había sacrificado, él, que tanto amaba a sus perros, de la forma en que le había besado entre las orejas para despedirla y del lugar en el que la había enterrado para seguir teniéndola cerca. Quería que Belén entendiese a Linares, que se pusiera en su lugar y no reaccionara como lo habían hecho Lobo Castilla, Escudé y mi padre en el bar El Maño.

—Qué fuerte —dijo y, sacudiendo la cabeza, añadió—: realmente, está como una cabra.

Me noté una explosión de calor en el pecho y enseguida la sentí subir cuello arriba hasta arderme en la cara.

—¿Por qué decís todos lo mismo? —le solté, me llevé la jarra de cerveza a los labios y bebí con rabia.

—Caray, Ángel, es que alguien que quiere a sus perros no los ahorca, los lleva al veterinario.

No supe cómo decirle que yo lo había intentado, comprendí que todas las palabras que se me ocurriesen no bastarían para convencer a Belén, no había funcionado con los trabajadores del ladrillar a lo largo de los años *y* tampoco iba a funcionar con ella; me dolió que no pudiésemos compartirlo, había esperado un poco de comprensión.

—Yo también tengo que decirte algo —añadió.

¿Cómo podía ser tan egoísta?, ¡había invertido más de media hora en una tontería como la fiesta del instituto y ahora se ventilaba lo de Linares con un simplón *realmente está como una cabra!*, ¡no estaba dispuesto a tolerárselo!, pero entonces me fijé en

su mirada, en sus ojos que no parecían los suyos, y de pronto imaginé lo peor: iba a contarme que lo había hecho con Rubén Plana, el pijo, que habría asistido a la fiesta con jersey Lacoste y Nautic azul marino recién estrenados y que habría aparcado su Golf GTI delante del instituto para que a todo el mundo le quedara bien claro qué clase de tipo era.

—Quiero hacerlo contigo —dijo.

Sonó tan bien que desconfié de lo que había oído, no iba a caer en la ingenuidad de hacerme otra vez ilusiones para que ella volviese a darme con la puerta en las narices.

—Pero dijiste que…

—Me da igual la casa de ese hombre —replicó, se acabó la Cola-Cola y sonrió ampliamente—. Quiero hacerlo contigo y ya está.

Linares, *Rafaela* y Rubén Plana se volatizaron en el aire cargado de La Crema, la cafetería estaba bastante llena, había entrado mucha gente desde nuestra llegada, hablaban y reían a través del humo de los cigarrillos, pero no creí que ninguna de aquellas personas fuese en aquel momento tan afortunada como yo; sonreí a Belén y entrelazamos nuestras manos sobre la mesa, ella lo había dicho en serio, se le notaba.

Montamos en el Ford Fiesta y conduje a toda velocidad hasta el polígono industrial Riera, en Sant Just Desvern. Belén empezó a masturbarme antes de que yo tuviese tiempo de buscar un lugar lo bastante oscuro para aparcar; le supliqué que se detuviera porque íbamos a tener un accidente, pero enseguida le supliqué que no se detuviera, que me importaba un pimiento matarme allí mismo; ella rio y empezó a quitarse la ropa, y yo ya no me vi capaz de seguir mirando hacia delante mientras las naves industriales se sucedían una a continuación de otra sin ofrecer espacios; cuando vi caer el sujetador encima del volante supe que íbamos a estrellarnos, porque los pechos de Belén oscilaban arriba y abajo con su risa, incontenibles y maravillosos, y yo tenía que tocarlos como fuese; alargué la mano y ella los retiró lo justo para que mis dedos sólo pudieran rozarlos, *hasta que no aparques no*, sonrió, *soy demasiado joven para morir*, se quitó los pantalones y los arrojó al asiento de atrás, luego hizo oscilar sus bragas delante de mis ojos y el corazón me dio un vuelco, lo notaba en la punta de los dedos, contra el volante, necesitaba un maldito sitio donde aparcar, ¡a la mierda si estaba o no oscuro!, ¡iba a echarme encima de Belén ya!; ella se inclinó hacia mí y empezó a morderme la oreja, su aliento era cálido, omnipresente, se acercó a mis labios y me vinieron los labios de Brigit a la memoria, pero entonces la mano de Belén se metió de nuevo dentro de mi bragueta, Brigit tenía las manos más grandes y también más torpes; entreví un hueco a la izquierda de la calle y

arrojé el coche en él, ni siquiera llegué a parar el motor, se caló cuando ya no pude seguir sentado por más tiempo y levanté el pie del embrague. Seguí a Belén al asiento trasero y choqué contra su cuerpo quitándome ya la ropa, ella me ayudó con los téjanos, me pidió que se la metiera y yo busqué el condón convencido de que me correría antes de haber hecho nada, *métemela ya, Ángel, métemela ya*, su voz tiraba de mí con tanta fuerza que mis dedos se iban una y otra vez en busca de su entrepierna, de sus pezones, no sabía cómo librarme del envoltorio del condón de una puñetera vez, hacía un calor horrible; empecé a ponerme nervioso y noté que se me iba la erección, la funda del Durex se resistía y me invadió el terrible convencimiento de que estaba a punto de padecer un gatillazo. Yo sabía que lo peor de eso era pensar que estaba sucediendo, porque entonces sucedía de verdad, pero no podía evitarlo, y cuando logré rasgar el envoltorio del condón ya era demasiado tarde: no tenía dónde colocarlo. Intenté recuperarme, pero la erección se me iba sin remedio, de nada sirvió buscarle los pechos a Belén con la lengua y encontrarlos, de nada besarlos, tan carnosos, tan erectos, de nada su mano en mis testículos ni después masturbándome, una batalla perdida. Entonces noté que Belén se volcaba hacia delante, me agarraba la polla, se la metía en la boca y empezaba a succionar lentamente, a acariciármela con la lengua, y una descarga eléctrica me sacudió de arriba abajo; grité como si quisiera reventar los cristales del coche, no podía más, aparté a Belén, me coloqué el condón y me metí dentro de ella, quería atravesarla, no sabía dónde tocarla ni dónde besarla porque anhelaba tocarla y besarla por todas partes, quería explotar y que ella explotara conmigo. Nos fuimos los dos en un suspiro y nos desplomamos sobre el asiento, abrí los ojos y me encontré con los suyos.

—Te quiero —le dije.

Ella sonrió, me acarició la mejilla y me abrazó. Los cristales del Ford Fiesta se habían empañado y me sentí protegido, no podía imaginar un sitio más acogedor que los brazos de Belén y su cuerpo desnudo apretado contra el mío, ¡aquello era mi vida, joder!, no Linares y sus locuras, no el sacrificio de perros, sino Belén, mi trabajo en el ladrillar, salir de vez en cuando con Sadurní y Félix. Si me dejaba influir un minuto más por las chifladuras de Linares, si le permitía añadir una sola palabra más a cuanto me había dicho, acabaría como él.

Una hora después estacioné el coche frente al edificio de Belén y ella, para prolongar unos minutos la despedida, extrajo un Marlboro

y lo prendió con su encendedor recargable de corazoncitos rojos sobre fondo blanco; me gustó que no quisiera marcharse de inmediato a pesar de ser medianoche, como sí había sucedido otras veces aun siendo más temprano. Mientras daba la primera calada no apartó los ojos de mí, soltó el humo y dijo:

—¿Te das cuenta de que eres el Angelito de la muerte frente al portal de Belén?

—¡Joder, qué sacrilegio!

Nos reímos y pensé en todos los curas que se llevarían las manos a la cabeza si hubiesen oído semejante blasfemia. Le prometí a Belén que en Navidad me fotografiaría vestido de negro con unas alas negras pegadas a la espalda y colocaría la foto sobre el pesebre del belén para hacerle la competencia al arcángel San Miguel, que ante mi presencia tan siniestra no tendría más remedio que echarse a un lado y resignarse a mi poder.

—Tú no eres nada siniestro —dijo Belén—, eso de Angelito de la muerte no te pega nada.

Desvié la mirada, la tenue luz de las farolas rozaba las aceras y los coches estacionados junto a los bordillos sumiendo la calle Josep Ricart en la penumbra, no se veía a nadie, oí el lejano rumor de un televisor y alcé la cabeza, una ventana de los entresuelos del edificio de Belén estaba abierta, quizá venía de allí, una película con gritos de guerra y música de orquesta.

—¿Te acuerdas de la foto esa que tengo en mi cuarto? —le pregunté a Belén volviéndome hacia ella—, la que te dije que era de la abuela Joaquina.

—¿La que está dando de comer a las palomas?

Asentí y aparté nuevamente la mirada hacia algún lugar donde todo aquello no doliese, el Ford Fiesta era demasiado pequeño.

—Murió hace casi tres años.

—Pobrecita.

Durante una centésima de segundo creí haber oído *pobretica*.

—Salía de comprar de la tienda de ultramarinos que había junto a su casa y una furgoneta se la llevó por delante.

—Qué fuerte.

Me recosté en el respaldo del asiento y aspiré una bocanada de aire cargado de humo, quizá un cigarrillo me sentaría bien, no fumaba desde que Sadurní y yo, con catorce o quince años, pasamos una temporada fumando a escondidas los restos de cigarrillos que su padre, hombre extremadamente maniático, dejaba siempre a medias en el cenicero. Belén tenía la mirada fija en el parabrisas.

—El cabrón que la conducía iba al doble de la velocidad permitida —dije.

Recordé la infinidad de veces que había oído aquello en casa, sobre todo en boca de mi madre, que se encontraba esperando fuera de la tienda y vio cómo la furgoneta arrancaba a mi abuela de su lado y la arrojaba veinte metros más allá, provocándole politraumatismos que acabarían con su vida unas horas más tarde en el hospital, un drama familiar que nos sumió a todos en la oscuridad. Yo tenía dieciocho años y no supe qué hacer ni qué pensar, me pareció una injusticia que alguien como la abuela Joaquina tuviese que morir de aquel modo, le eché la culpa a dios, al destino, a la mala suerte, y me entregué a algunas borracheras suicidas que Sadurní y Félix compartieron solidariamente conmigo hasta que un viernes de madrugada, al salir de la discoteca Chic de Molins de Rei, en lugar de marcharme a dormir una vez los hube acompañado a sus casas, me dejé llevar por los ocho o nueve vodkas con limón que me había bebido y por la música que aún resonaba en mis oídos, y lancé el Seat Ritmo de mi padre a una carrera endiablada con destino a la Lavandería Pons. Llegué en menos de tres minutos, las calles estaban aún desiertas, detuve el coche sobre la acera y clavé los ojos en la puerta de la vivienda de los Pons, una de las familias más antiguas de la ciudad. El que había atropellado a mi abuela era Joan Pons, bisnieto del Pons que había puesto en marcha el negocio familiar en el año mil ochocientos noventa y seis, según informaba una pequeña placa conmemorativa que había junto a la entrada de la lavandería, yo lo conocía porque alguna vez mi madre o mi abuela me habían enviado de niño a su lavandería a llevarle piezas de ropa delicadas o con manchas que la lavadora de casa no podía eliminar, y siempre me había parecido un tipo simpático, solía hacerme bromas sobre el Real Madrid porque él era socio del Barça, y cuando fui creciendo me preguntaba si ya me había echado novia. Aquella madrugada, sin embargo, perseguido por el ruido y la fatiga de la noche en el Chic, vencido por el modo en que mi madre penaba por casa yendo de un recuerdo a otro desde la muerte de la abuela, Joan Pons era simplemente el hijo de la gran puta que nos había desgraciado la vida, y yo había venido a atropellarlo para desgraciarle a él la suya y de paso desgraciársela a toda su familia, nada más, esperaría a que saliera por la mañana de su casa y cuando se dispusiera a levantar la persiana de la lavandería le pasaría el puto coche por encima, a ver qué coño hacían entonces su esposa y sus hijos para seguir adelante, a ver si serían tan comprensivos como lo fueron mis padres cuando él vino a pedirles perdón. Afortunadamente, había bebido y bailado demasiado y me quedé dormido esperando, y ya se había hecho por completo de día cuando me despertó un agente de la policía local con unos golpecitos en el cristal para advertirme de

que estaba obstruyendo el paso de los peatones. En los días sucesivos intenté olvidar y apaciguar la rabia apelando al sentido común, yo no era ningún asesino y debía comportarme como el ser humano civilizado que era, lo intenté con ahínco y durante el día me sumergía en el torno del taller para no pensar, ¿no decía el padrenuestro algo de que teníamos que perdonar?, pero finalmente hube de aceptar que me estaba engañando: ni había logrado olvidar ni tampoco apaciguar la rabia, ¡que perdonasen los curas si les daba la gana!, yo no podía. Quince días después de que el policía local tamborileara con los dedos en la ventanilla del Seat Ritmo les conté a Sadurní y a Félix lo que había estado a punto de hacer y les confesé que en mis entrañas seguía palpitando el impulso de hacer justicia; se lo tomaron a broma y me dijeron que me había vuelto loco de remate, *lo voy a hacer aunque no me entendáis*, los advertí, entonces guardaron silencio y se miraron. Al cabo de unos segundos Sadurní me dio una palmada en la espalda y me dijo que contara con él para lo que fuese, pero que a lo mejor bastaría con asustarlo con una paliza, por ejemplo, o destrozándole la lavandería, *no quiero asustarlo*, zanjé, *quiero matarlo*; Félix intentó disuadirme con argumentos que probablemente me habría ofrecido también su padre, opinaba que resultaría un crimen demasiado obvio y que la policía no tardaría ni un minuto en relacionar el atropello de Joan Pons con el de mi abuela, *ya he pensado en la cárcel, Félix*, le dije, *lo que necesito son ideas*, sacudió la cabeza como si no diera crédito y se negó a participar en lo que él consideraba una estupidez de estúpidos. Al día siguiente Sadurní vino a mi casa y me ofreció las ideas. En su opinión el mejor momento para llevar a cabo el plan sería cuando cerraban la lavandería a las ocho de la tarde, estábamos a finales de noviembre y a esa hora ya habría oscurecido; me advirtió además de que lo más recomendable tras el atropello sería llevar inmediatamente el coche a un túnel de lavado, por si quedaban restos de sangre o ropa en los bajos o en los neumáticos, y después aparcarlo lo antes posible en mi calle y marcharme a tomar unas copas fuera de la ciudad, por ejemplo al pub que un primo suyo tenía en Hospitalet, *es un tío legal*, me aseguró, *y si yo se lo pido jurará que estuviste allí toda la tarde y toda la noche*, la determinación de Sadurní me arrastraba, él lo tenía muy claro, como siempre, incluso me había diseñado una coartada, parecía tan sencillo; le dije que me lo tenía que pensar. Esa misma noche, sumido en la oscuridad de mi cuarto, tomé la decisión, *voy a hacerlo*, susurré a las sombras, *voy a matar a ese hijo de puta*. Durante una semana me aposté cada atardecer junto a la puerta trasera de la lavandería de Joan Pons, que era donde se hallaba la vivienda familiar, aguardando el instante en que él pisara confiado

la calle y se encontrara igual de indefenso que mi abuela al salir de la tienda de ultramarinos con los trescientos cincuenta gramos de garbanzos que había pensado preparar aquel día para comer. De las siete tardes que permanecí allí, en las seis primeras sucedió exactamente lo mismo: Joan Pons salía de su casa sobre las diez de la noche, cruzaba por delante del Seat Ritmo para depositar las bolsas de basura al otro lado de la calle, echaba una mirada fugaz al cielo como si se le hubiese perdido algo allá arriba y regresaba a casa pasando de nuevo por delante de mí; las seis veces lo seguí fijamente con la mirada, con el coche ya en marcha y las luces apagadas, deseando que se percatara de mi presencia y entendiera que iba a morir y que era yo quien lo mataba, el nieto de Joaquina Sanz, pero en ningún momento fijó la vista en mí ni yo me atreví a arrollarlo, seis noches llevándome la frustración a casa. La séptima, mientras Joan Pons depositaba las bolsas de basura en el suelo, puse primera y me preparé en serio para levantar el pie del embrague; cuando lo tuve una vez más a cuatro metros del parachoques, a mi disposición, fui incapaz de levantar el pie del todo y lanzarme a por él, tan sólo solté una maldición y golpeé el volante con furia, le había fallado a la abuela, *cobarde de mierda*, mascullé, y decidí abandonar. Una vez en casa, sentado con mis padres en la apretada cocina, imaginé la cara que pondrían si les contara que había estado a punto de matar a Joan Pons a sangre fría, sin duda habrían puesto el grito en el cielo, sobre todo mi madre, aunque en el fondo quizá ella ardía en deseos de hacer lo mismo, y también mi padre, el ojo por ojo, una venganza familiar llevada a cabo entre los tres, ¿por qué no?, bastaría con ponerse de acuerdo y cubrirnos los unos a los otros, pero entonces me alcanzó el agradable olor de la *escudella* que mi madre acababa de servirnos y al rozar su mano mientras me alargaba una rebanada de pan vi con toda claridad lo estúpido que habría sido matar a Joan Pons, ¿cómo se me había podido ocurrir semejante idea?, ¿en qué coño estaría pensando? Antes de meterme en la cama me detuve ante la fotografía de la abuela Joaquina y al mirarla supe en el acto que ella no habría aprobado aquella estúpida venganza, cómo iba a aprobarla, su nieto en la cárcel por asesino, pensar en ello me hizo sentir mejor. Sin embargo, a las tres de la madrugada, desperté bruscamente y me engulló la oscuridad de la habitación, quise encender la lámpara de la mesilla y la volqué, me temblaba todo el cuerpo, conseguí enderezarla, accioné el interruptor y se me fueron otra vez los ojos hacia la fotografía, *he estado a punto de matar a una persona*, me resonó en la cabeza, la luz me pinchaba las retinas, *he estado a punto de*…, pero no se trataba de eso, de lo cerca que había estado de matar a Joan Pons, sino de la fuerte necesidad que había sentido de hacerlo, del deseo de

hacerlo. Al contárselo a Belén caí en la cuenta de que se trataba del mismo sentimiento que me había empujado a arrojar el cachorro al fuego o a asistir al sacrificio de *Rafaela* con esa velada sensación de no querer evitarlo; me sorprendió que el asunto de mi abuela me llevara también a Linares, al callejón sin salida de su patio trasero y a cuanto ocurría en el ladrillar, ¿acaso los dos compartíamos la misma necesidad de ver el mal, de tocarlo, de provocarlo?

—Es una historia horrible —musitó Belén mirando por el parabrisas.

Asentí lentamente.

—Semanas después —añadí—, Sadurní me dijo que yo había sido como el puto ángel de la muerte de Pons, una especie de ángel de la guarda pero con más mala leche. íbamos borrachos y nos partimos de risa con eso —sonreí al recordarlo y noté la mano de Belén apretándome cariñosamente la pierna, como si ella hubiese captado que no había nada de que reírse aunque yo lo estuviera haciendo; la miré y concluí—: por eso me llaman Angelito de la muerte.

Nos quedamos en silencio, era la primera vez que contaba lo de Joan Pons a alguien que no fuese Sadurní o Félix y me gustó la forma en que Belén me había escuchado hasta el final. Podría haberle contado también lo del cachorro y de lo que había sentido al ver morir a *Rafaela*, pero yo no quería añadir ya más trascendencia a lo de Angelito de la muerte ahora que ella no me veía como tal, *tú no eres nada siniestro*, me había dicho, y eso para mí contaba y me era imprescindible para conservarla a mi lado, ninguna chica querría salir con alguien tan macabro, y yo no cometería el error de perder la mía por algo tan transitorio en mi vida como esos episodios con Linares, que terminarían en cuanto colocara la viga nueva y me alejara de su casa.

Linares me echó una mano al subir la viga nueva al andamio y la sostuvo con ciertas dificultades mientras yo la acomodaba en los huecos correspondientes, lo percibí inseguro sobre los tablones, no dejaba de mover los pies; una vez tuve la viga anclada y ya sólo quedaba fijarla con cemento rápido, le dije que ya podía apañarme solo; se sacudió las manos, descendió por la estructura del andamio y al llegar al suelo suspiró, *padezco de unos vértigos*, se disculpó, y salió fuera sin decir nada más; al cabo de unos segundos, a través de la ventana, lo vi aparecer en el patio trasero y acercarse a recomponer los geranios y la genista de la tumba de *Rafaela*, un hombre solo cuidando de sus cosas, parecía simplemente eso, alguien dejando pasar la vida día tras día sin disponer de nadie con quien compartirla, ¿qué clase de hombre era verdaderamente Linares si las mismas manos que cuidaban de aquellas flores habían sido capaces de estrangular sin la más mínima vacilación?, el bien y el mal diluidos, mezclados, una misma cosa, dios y el diablo juntos en el mismo cielo o en el mismo infierno; en las clases de religión el asunto quedaba bastante claro y también más adelante en la vida: o se es bueno o se es malo, pero ¿en verdad resultaba tan sencillo?, ¿yo qué era?, ¿una buena persona por querer atropellar a Joan Pons y así vengar a la abuela Joaquina de tanto como la quería o una mala persona por querer atropellar a Joan Pons y así vengar a la abuela Joaquina de tanto como la quería?

Preparé la mezcla de cemento rápido en el cuezo y empecé a rellenar los huecos de la pared para que los extremos de la viga quedaran fijados, eran casi las siete y cuarto y comenzaba a acusar el cansancio de haber pasado la noche anterior envuelto en sueños enrevesados, un encadenado de imágenes imposibles donde Linares no era necesariamente Linares ni Belén necesariamente Belén aunque ambos lo fuesen, donde Linares esperaba a Joan Pons para matarlo y yo era el policía que lo despertaba dando unos golpecitos en la ventanilla, que no era ya la ventanilla, sino el volante donde Belén había arrojado el sujetador al desnudarse, la mano, mi mano que se iba en busca de sus pechos y al ir a tocarlos los hallaba otra vez ocultos bajo el sujetador mientras ella negaba lentamente con la cabeza, y de repente me había encontrado con los números digitales

del despertador y con las veintiséis *belenes* que los números iluminaban tenuemente en el lateral del mueble, y cuando quise darme cuenta de que estaba despierto ya se había apoderado de mí la convicción de que había decepcionado a Belén con el gatillazo. Esa convicción me había perseguido durante todo el día en el ladrillar y seguía persiguiéndome, adherida a mi espalda, mientras aseguraba la viga de Linares, sólo que subido al andamio tuve ya que admitir que lo que más me jodía no era haber decepcionado a Belén, sino haber hecho el ridículo, quedar como un pardillo inexperto ante ella, que se había acostado con otros antes que conmigo y debía de estar acostumbrada a que los hombres no le fallaran; a mí la experiencia con Brigit no me había servido de nada para estar a la altura de las circunstancias, *follas poco y mal*, me habría sentenciado Sadurní, y habría añadido algunos chistes sobre gatillazos, y además estaba lo de Joan Pons, ¿cómo coño se me había ocurrido contárselo a Belén después de haber hecho el amor con ella?, seguro que pensó que era un tarado mental. Hasta entonces siempre había creído o querido creer que en mi ansia de vengar la muerte de la abuela anidaba una especie de heroicidad, un gesto digno, pero tras contárselo a Belén ya no me cupo ninguna duda de que se trataba de una gilipollez, *una estupidez de estúpidos*, como la había definido Félix con razón, como razón tendría también Lobo Castilla, que si llegara a enterarse me acusaría en el acto de asesino potencial, y quién sabe qué opinión guardaba Belén de mí en realidad, aunque me hubiese dicho que yo no era nada siniestro y al terminar la historia de la abuela Joaquina hubiera comentado, algo compungida, que se trataba de una historia horrible. Tal vez había querido decir que lo horrible de aquella historia radicaba en mi comportamiento, lo horrible palpitaba en mí, y lo normal era que ella, en adelante, no pudiese resistir la tentación de contarle a alguna de sus amigas o a los compañeros del instituto, a Rubén Plana, que salía con un desequilibrado que no sólo dormía rodeado de cruces y de arranques obsesivos como estampar veintiséis veces el nombre de su chica en un mueble o esperar fanáticamente a que terminara una canción, sino que además se trataba de alguien que se jactaba de sus instintos asesinos; lo exageraría un poco Belén al contarlo y los demás, los que me conocieran, añadirían de su cosecha algo que yo pudiese haber hecho alguna vez, algún recuerdo que guardara relación con mi agresividad y la confirmara: matar una mosca, pegar a alguien en una pelea escolar, escupirle a un profesor…, cualquier cosa, y los que no me conocieran asentirían y se compadecerían de mí, un caso perdido más, y entre todos harían de mí otro Ángel Daldo, me verían a partir de entonces como ellos habían decidido verme, sin

importarles cómo era realmente, me reinventarían como nosotros habíamos reinventado a Linares.

Me sobresaltó el bocinazo de un coche y a continuación una voz que gritaba *¡señor Linares, la compra!*, bajé del andamio por curiosidad y simulé estar atareado con las herramientas, la puerta de la casa estaba abierta, vi salir a Linares y busqué un buen ángulo de visión a través de una de las ventanas para saber adonde se dirigía; a medio camino entre su casa y el barracón de la oficina se había detenido una furgoneta DKV con las letras Supermercado Mirsa estampadas en el lateral, un chico permanecía de pie junto a las portezuelas traseras. Linares llegó junto a él, recogió cinco o seis bolsas que le entregó el chico y regresó a la casa, las dejó en la cocina y luego, pasando junto a mí, se dirigió a lo que supuse era su dormitorio. Eché un vistazo fuera, el chico había sacado unas cuantas bolsas más de la furgoneta, las había depositado en el suelo y esperaba en el mismo lugar en el que había entregado las otras bolsas a Linares, sin duda conocía las normas: nada de acercarse. Trepé nuevamente al andamio y aguardé de reojo a Linares, supuse que había entrado en su dormitorio a por dinero, ¿guardaría allí los millones de pesetas que decían que tenía? Salió medio minuto después contando unos cuantos billetes y se fue al encuentro del chico, vi cómo le pagaba, el chico le devolvió el cambio, unas monedas, se metió casi a la carrera en la furgoneta y desapareció pendiente abajo; Linares se inclinó para recoger el resto de bolsas y yo volví al cuezo y al cemento rápido antes de que regresara.

—A saber qué les cuentan a esos chavales pa que vengan aquí con esos tembleques —comentó al entrar en casa.

—Les dicen que está usted loco.

No tenía previsto decir aquello, supe que lo estaba diciendo yo conforme me iba oyendo, así que fijé la vista en la pared y le hice algunos retoques al cemento rápido deseando que Linares no me hubiese oído, algo del todo imposible, pues lo había dicho cuando ni siquiera había entrado aún en la cocina a dejar las bolsas; traté de averiguar dónde se encontraba por el ruido que hacía, armarios abriéndose y cerrándose, entrechoque de potes y paquetes, crepitar de bolsas, seguía en la cocina. Apuré los últimos restos de cemento rápido del cuezo y los apliqué a la pared con la intención de pulir aristas y grumos y dar así por terminado aquel extremo de la viga, quizá después habría que darle una mano de pintura a la pared, o mejor a todo el comedor. De pronto noté la presencia de Linares allí cerca, simulé no haberme enterado y me pareció que se quedaba quieto junto al andamio, imaginé su mano agarrándome del tobillo, di unos golpecitos absurdos a la viga y con los dedos fingí comprobar que la madera resistiría el paso de los años venideros.

Transcurrió casi un minuto. Linares permanecía silencioso allá abajo, ¿por qué narices me comportaba así?, ¿tanto miedo le tenía?, *mírale, coño,* me dije, *que no te va a comer,* tomé aire y bajé la vista hacia él, no había nadie. Entonces, por el rabillo del ojo y a través de la ventana, lo vi en el patio agarrando su silla, me sentí ridículo y cobarde, más aún cuando Linares regresó a la casa arrastrando su silla hasta una esquina del comedor y se sentó con su botella de Veterano a verme trabajar, como si fuera uno de esos jubilados que se apostan junto a las zanjas y las vallas de protección de las obras a recordar lo que era el trabajo, sólo que lo que yo capté de él en aquel momento no fue nostalgia ni curiosidad, sino acecho, y no logré ignorar el peso de sus ojos sobre mi espalda hasta que oí el gorgoteo del brandy cayendo dentro de su copa y aproveché esos instantes para observarlo, sabía que tendría la mirada concentrada en no derramar ninguna gota y, por lo tanto, no estaría observándome él a mí, o vigilándome, y lo vi muy solo, no a la manera en que todos ya sabíamos que estaba solo, sino solo de verdad, sin nadie a quien dirigirse y con toda seguridad olvidado por quienes lo conocieron algún día y se quedaron allá en el sur cuando él decidió emigrar. Sentí con tanta fuerza que tenía el deber de sentarme con él para que dispusiera de alguien con quien hablar, que bajé del andamio para marcharme inmediatamente a casa.

—Entodavía no te marches, Daldo. Tómate un coñá, hombre.

Sin apenas reaccionar, como si hubiese recibido la tajante orden de un superior, me senté frente a él en el taburete bajo que solía ofrecerme y tomé de sus manos la copa que ya me había llenado, me rozaron sus dedos ásperos, cantos de roca, parecía inconcebible que el cristal de la copa no se quebrara entre ellos, sus manos dejaban claro que Linares habría pisado el pedal del acelerador si hubiese planeado atropellar a Joan Pons, lo habría hecho la primera noche, no tenía aspecto de ser de los que se echaban atrás; probablemente llevaban razón mi padre y los demás, y en los claroscuros de Linares se agazapaba el asesino que me había engatusado y convertido ya en su víctima perfecta, porque estábamos solos allí, nadie vendría en mi ayuda, y además yo me comportaba como un crío asustadizo, se lo había servido en bandeja. Di un sorbo al brandy y traté de calmarme, sonaba ridículo que alguien de veintiún años le tuviese miedo a un viejo de casi sesenta, me bastaría con empujarlo o darle una patada o echar mano de la caja de herramientas en busca de un arma improvisada, yo no era un perro moribundo atado con un ballestrinque.

—Ya me sé yo la mandanga esa de que estoy loco.

—Yo no creo que esté usted loco.

Sorbió ruidosamente de su copa y me sonrió sin luminosidad.

—Te está quedando muy apañá —dijo señalando la viga—, tú vales pa esto, Daldo. Tu padre estará orgulloso de ti, ¿no verdá?

Nadie me lo había preguntado nunca y jamás se me había pasado por la cabeza que tuviese la más mínima importancia, era obvio que los padres siempre tenían que estar orgullosos de sus hijos, ¿no?, por algo eran sus padres. Supuse que el brandy había puesto melancólico a Linares y por ese motivo volvía una vez más al recuerdo de su padre, ese hombre rudo de la fotografía; me vinieron a la memoria algunas imágenes del documental que había visto el otro día sobre el príncipe Felipe desfilando ante su padre.

—No lo sé —respondí.

Meneó la cabeza como si lamentara mi ignorancia, se encogió de hombros y apuró la copa de un trago; yo apenas podía ir bebiendo a pequeños sorbos para que no me ardiese la garganta, seguía sin saber cómo decirle a Linares que a mí el brandy solo no me gustaba.

Belén lo soltó de repente, no intentó preparar el terreno, tampoco creo que hubiese servido de nada, yo simplemente oí llegar las cinco palabras y ya fue demasiado tarde para intentar encajarlas con dignidad o fríamente, *lo he hecho con Rubén*, me lo dijo mirándome a los ojos, me pareció que reprimiendo una sonrisa; habíamos ido a desayunar a La Crema como acostumbrábamos a hacer algunos sábados y olía intensamente a chocolate caliente porque en la mesa de al lado se habían sentado cuatro adolescentes a devorarse un tazón cada uno, me hubiese gustado en aquel momento ser cualquiera de ellos y no verme obligado a pensar en lo que acababa de soltarme Belén; sonaba *The way it is*, me había comprado no hacía mucho el disco de Bruce Hornsby por esa canción, ojalá hubiese podido canturrearla sin tener nada que decir de nada.

—No fue a propósito —añadió—, es que habíamos bebido bastante, ¿sabes?, y él insistió mucho. De todas formas quiero que sepas que para mí no ha tenido ninguna importancia.

Supuse automáticamente que lo que habíamos hecho nosotros el jueves en el coche tampoco tenía ninguna importancia para ella, ¡dios mío, cómo había podido ser tan ingenuo!, me sentí aprisionado entre la mesa y la silla y me eché un poco hacia atrás, las voces de la gente habían subido una octava, se había multiplicado el entrechocar de cucharillas, platos y vasos, una percusión de locos, ¿por qué coño no se iban a sus putas casas a meter ruido?, noté el impulso ciego de levantarme y barrer La Crema a patadas.

—¿Y por qué sonríes? —le pregunté.

—Porque me da vergüenza.

Se le encarnaron las mejillas y desvió la vista hacia su café con leche mientras se le ensanchaba la sonrisa en los labios. Me puse en pie y salí fuera a que me diese el aire, me agarré a uno de los árboles de la acera y tragué saliva, el sol me golpeó en la cara, advertí que estaba llorando porque, de improviso, me había costado respirar, ¡qué hija de puta!, ¡estaba una sola noche de fiesta con el pijo y se lo follaba!, ¡a mí me había costado tres meses convencerla!; me aparté de la entrada de la cafetería, no quería que Belén me viese allí llorando, vencido contra el árbol, *no voy a dejarla*, me dije, sonaba espantosamente mal, se suponía que me había traicionado, que yo no le importaba una mierda, pero era cuanto me sentía capaz de pensar en aquel momento, *no voy a dejarla*. Siempre había supuesto que jamás viviría algo tan doloroso como la muerte de la abuela Joaquina, pero habían bastado cinco palabras de Belén para volverme nuevamente del revés y confirmarme que el dolor te encontraba tarde o temprano, te escondieras o no, la vida era ya sin ninguna duda un puto charco de agua sucia y nosotros las abejas agonizando en él. Al cabo de unos minutos me enjugué las lágrimas y regresé al interior de La Crema; Belén seguía sentada, repasando con la yema del dedo índice el borde de la taza de café con leche, tenía una expresión seria en el rostro, al verme no sonrió.

—Me voy a casa —dije sin tomar asiento.

—Siéntate un momento, Ángel, por favor.

Su mirada apagada parecía sincera, algo se había roto entre nosotros y a ella se le notaba por fin.

—Fue una tontería, en serio —dijo; yo no veía de qué forma podía ser una tontería follarse a alguien—. ¡Caray, Ángel, es que no sé qué decir!, siéntate, por favor.

Capté por el rabillo del ojo que los adolescentes de la mesa de al lado me echaban una mirada, en el rincón más alejado de la cafetería vi a un antiguo compañero de clase y lo saludé con un breve gesto; me senté para que las miradas pasaran de largo.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando me pediste para salir? —preguntó Belén, y no esperó respuesta—. Te dije que no lo veía claro, que si querías podíamos tener un rollo, pero salir…, ¿te acuerdas?

—Joder, Belén —mascullé, deseaba llamarla puta a gritos.

—Es que te lo dije, Ángel, ¿te lo dije o no?

Me veía incapaz de seguir allí, las ganas de llorar se habían convertido en una rabia feroz, en una impotencia casi insoportable, las palabras de Belén rechinaban como los muñones de esos

ladrillos contrahechos que a veces atascaban las máquinas, tan mal nacidos que de vez en cuando hacían saltar tuercas o rompían piezas que luego Linares debía reparar. Me puse de nuevo en pie, saqué tres monedas de cien pesetas, las dejé sobre la mesa y me marché sin despedirme, ella tampoco se movió de la silla.

Estuve dando vueltas con el Ford Fiesta por Sant Feliu con la música a todo volumen, que reventasen los putos altavoces, que se partiesen por la mitad y se partiera también la carrocería y se fuese todo a la mierda. Al cabo de un buen rato tomé la autopista y entré en Barcelona por la avenida Diagonal, di unas vueltas por la zona universitaria y recordé las noches que Sadurní, Félix y yo veníamos a echarles una ojeada a las prostitutas, esas diosas, ¡nos las habríamos follado a todas!, quizá debería venir esa misma noche a hacérmelo con alguna y que se jodiera Belén. Detuve el coche cerca del estadio del Barga y eché el asiento hacia atrás, dejé que el sol me diese de lleno en la cara, era demasiado incisivo y molestaba, pero no me aparté ni bajé el cristal de la ventanilla, ¡que le diesen por el culo al sol! Unos minutos después pensé en el zumo de piña frío que había dejado a medias en La Crema, me lo hubiese bebido de un trago, ¡que le diesen por el culo también al zumo!

Cuando llegué a casa mis padres acababan de sentarse a la mesa a comer; al detenerme en el umbral de la cocina a saludarles me alcanzó el olor de las patatas fritas y las salchichas de cerdo de Cal Marc, uno de mis platos favoritos, y lo que tan sólo un día antes me habría despertado un hambre inmediata, en ese instante sólo me provocó aversión y rechazo, rechazo a la cocina en sí, la cocina con sus estrecheces y con mis padres y con el pijo Rubén Plana apresado también allí con nosotros, una encerrona en la que me ahogaría, ¿cómo iba a decirles a mis padres que Belén me la había pegado con otro?, ¿y cómo iba a permanecer junto a ellos sin decírselo y fingiendo que no pasaba nada?

—No me encuentro bien —me dejé caer contra el marco de la puerta—, creo que me voy a la cama.

—Come al menos un poco —dijo mi madre—, es tu plato favorito.

—Lo siento, mamá, de verdad que no puedo.

Mi padre soltó una breve carcajada.

—¡Estos jóvenes de hoy no valéis un duro! —dijo, se llevó un puñado de patatas a la boca y achacó mi desfallecimiento a la doble jornada de trabajo que me veía obligado a cumplir desde que le reparaba la viga a Linares—. ¡Si hubieras empezado a trabajar a los doce años como yo…!

Me encerré en mi cuarto, me acerqué a la estantería de los discos, tiré del vinilo de Bruce Hornsby y lo puse en el tocadiscos

por su cara B, los primeros compases de piano de *The way it is* me devolvieron repentinamente a La Crema y a la sonrisa de Belén, ¡cómo había podido hacerme aquello!; me quedé de pie mirando girar el disco, la aguja recorriendo el surco, *some things will never change, that's just the way it is*, y soporté un minuto tras otro los casi cinco que duraba la canción, notándola en las tripas, más esencial que nunca la idea de dejarla sonar hasta el final aunque sólo desease lanzarla por la ventana; cuando terminó levanté la aguja, cogí el disco, lo pisoteé y de una patada lo arrojé bajo la cama, ¡cómo había podido hacerme aquello, la muy hija de puta! Me senté en la silla del escritorio, apoyé el brazo en el respaldo, allí donde había reventado el cuadro de nudos, y me mantuve alejado de las veintiséis *belenes* para no arrancarlas de cuajo y enterrarlas en el cubo de la basura, *no voy a dejarla*, me dije una vez más, no tendría sentido, bastaría con perdonarla y seguir adelante juntos, me había costado tanto conseguirla, convencerla de que saliese conmigo. La había conocido una tarde en Casino en mitad de una de esas presentaciones múltiples de las que segundos más tarde no recordabas los nombres de nadie, besos en la mejilla, saludos de cortesía y poco más en la mayoría de los casos. Belén era amiga de una amiga de la hermana de Sadurní y estaba allí por casualidad, al parecer a alguna de aquellas chicas se le había estropeado el coche y se les había ido al traste su plan de ir a Barcelona al Up and Down. Belén y yo apenas nos hablamos en un primer momento, no más que con cualquiera de los demás, éramos diez o doce, y terminamos los dos yéndonos cada uno por nuestro lado, una cara más para el olvido, pero cuando el *disc-jockey* dio paso a las lentas Belén apareció súbitamente a mi lado con una sonrisa y me preguntó si quería bailar una canción con ella; acepté sin dar crédito y bailamos *The power of love*, de Jennifer Rush, y ésa sí podría haber sido nuestra canción verdadera, de habérseme ocurrido cuando elegí la de Eartha Kitt o si Belén y yo hubiésemos empezado a salir esa misma tarde, pero yo aún tardé cuatro meses en pedirle que saliera conmigo, ciento veinte días seguidos pensando en ella, cada hora y cada minuto. La hermana de Sadurní me detalló los sitios por los que Belén solía moverse y el horario que hacía en el instituto por si quería hacerme el encontradizo, me consiguió su teléfono, se ofreció a montar una salida nocturna juntos, pero yo me fui negando, me agobiaba tanta prisa, y lo retrasé tanto que Sadurní lo convirtió en materia de sus chistes: que si me haría viejo y ya no se me levantaría cuando fuese a por ella, que si sufriría un infarto de tanto matarme a pajas, que al final me haría cura y me tocaría casarla con cualquier gilipollas… Finalmente lo hice porque no podía soportar la idea de que otro se

me adelantara y ella decidiese pasar el resto de su vida con él, *intenta que venga este sábado a Casino*, le pedí a la hermana de Sadurní. Era cierto que Belén me advirtió al menos una docena de veces de que todavía era joven y no quería atarse a nadie, también era cierto que me insinuó que podíamos echar un polvo, pasarlo bien y si te he visto no me acuerdo, pero a salir conmigo se negó desde el principio, no se veía aún adquiriendo obligaciones, *quiero ser libre*, dijo. A mí me parecía una intrascendencia tirármela y no volver a verla, no estaba dispuesto, y me costó casi dos horas convencerla, dos horas persiguiéndola por Casino, compartiéndola con todo aquel que se acercaba a decirle cualquier chorrada; debería haberme dado cuenta de que no funcionaría, de que no se podía obligar a nadie a inventarse un sentimiento, pero la fui acorralando, apartando casi a empujones a sus amigas para que no la distrajeran o se la llevasen a la pista de baile e insistiendo en que yo no quería un simple rollo con ella, sino que me gustaba en serio y que nunca había sentido nada semejante por ninguna chica; sus últimos intentos por zafarse los dedicó a argumentar que se conocía su debilidad por los chicos y que no quería hacerme daño, incluso me confesó que había sido infiel a todos los chicos con los que había salido anteriormente, *no lo hago por fastidiar ni nada de eso*, me sonrió, *es sólo para pasármelo bien*, y en mi ingenuidad creí que exageraba y que tan sólo estaba marcando el territorio, poniéndome sobre aviso de lo que podía sucederme si era a mí a quien se le ocurría serle infiel a ella; no había, pues, nada que temer, porque yo no tenía la intención de liarme con nadie, y si ella, después de todo, era efectivamente como aseguraba que era, yo estaba seguro de que mi forma de ser la haría cambiar de tal modo que si en el futuro se le presentaba una oportunidad, en armonía conmigo la rechazaría.

Sentado en la silla del escritorio vi con claridad meridiana que yo era lo que llamábamos simple y llanamente *un pardillo de mierda*, y que Belén había tenido en todo momento la intención de ir a la suya, no se había tratado de un farol; se notaba ahí que yo contaba tan sólo con Brigit, algo con apariencia sólida pero que se había disuelto como azúcar en el agua en cuanto Belén lanzó su sujetador sobre el volante del Ford Fiesta, y en cambio ella contaba con relaciones más recientes y más numerosas, más adultas, yo venía de hacer tiro al blanco en una barraca de feria y ella de unas maniobras militares con munición de verdad. Me estaba entrando dolor de cabeza, necesitaba a la Electric Light Orchestra, puse uno de sus elepés en el tocadiscos, me quedé en calzoncilios y camiseta y me tumbé sobre la cama. Mi madre entró al poco, asomándose con prudencia.

—¿Cómo estás?

—Algo mejor —respondí—. He desayunado café con leche y me ha sentado mal.

—¿Y por qué tomas leche si sabes que no te sienta bien?

Se acercó y se ofreció a calentarme un tazón de *escudella* o una manzanilla, le dije que no, que sólo necesitaba dormir un rato y ya se me pasaría, receló un poco; en casa, sobre todo por parte de mi padre, representaba poco menos que un sacrilegio saltarse una comida, se argumentaba que no era sano, que el cuerpo necesitaba esas calorías; en aquella ocasión, afortunadamente, mi madre no insistió demasiado. Antes de marcharse no pudo reprimir el impulso de bajar el volumen de la música y tomar mi mano entre las suyas; que mi madre me cogiera de la mano me hacía sentir tan crío como el *espabila, Ángel, que te van a cerrar el cielo* de mi padre.

—Estás helado —me recriminó, como si fuese culpa mía—, échate algo por encima o te vas a enfriar.

—Estoy bien, mamá.

Aún me observó un poco más, como hacía a veces Linares, me puso una mano en la frente para cerciorarse de que no tenía fiebre, lanzó un gruñido que venía a decir *no tienes fiebre pero no me gusta lo pálido que estás* y, recordándome que no volviera a poner muy alta la música, salió de la habitación. El sonido de la puerta al cerrarse me sonó a condena, a que yo me quedaba allí encerrado mientras afuera el mundo seguía girando sin mí, media hora antes había sido Belén quien se había quedado sola en La Crema, yo jamás había plantado a nadie de aquella forma y me pregunté en qué medida se habría ofendido y estaría enojada conmigo, ¡qué gilipollez!, ¡era ella quien tenía que preguntarse en qué medida estaría enojado yo!, ¡era ella quien me había traicionado a mí!, *te avisó*, me dije a mí mismo, y fue como si me sellaran la boca con esparadrapo; el puto concepto de que me avisó empezaba ya a escocer como alcohol en una herida, quizá porque, en el fondo, era irrefutable, podía acusar a Belén de frívola, de puta, de calienta braguetas, pero no de mentirosa ni tampoco echarle en cara que me había traicionado, ¿por qué coño no habría aceptado yo su propuesta de tener un rollo con ella y después cada uno por su lado?

El bar Los Tres Arcos estaba lleno a reventar, muchos habían suspendido sus sobremesas familiares o sus salidas del sábado por la tarde con la mujer o los niños para estar allí y vivir en directo el segundo partido de España en el campeonato del mundo que se celebraba en México; media hora antes del encuentro contra Irlanda del Norte no quedaba libre ni una sola de las sillas que habían

colocado delante del televisor ni ninguno de los taburetes que había junto a la barra, y Sadurní, Félix y yo nos vimos obligados a sentarnos sobre la mesa de billar americano que había al fondo. Pedimos cerveza y unas bolsas de patatas fritas Matutano para picar y utilizamos los bordes del billar como mesa improvisada; con tanta gente habría sido más cómodo verlo en casa, pero el ambiente del bar merecía la pena, yo solía acercarme a ver algunos partidos del Real Madrid porque el local era también la sede de la Peña Madridista de Sant Feliu, y me conocía el alboroto y la pasión que el fútbol nos arrancaba del corazón a todos, saltábamos de la silla, discutíamos como energúmenos y le gritábamos al televisor como si nos fuera la vida en ello, estrépito que los días de partido se oía desde la calle y que yo esa tarde necesitaba para mantener alejada a Belén. Antes de que empezara el partido Sadurní adoptó una postura solemne y nos dijo:

—He mandado a Raquel a la mierda.

Sonreía de oreja a oreja, pero se le apreciaba un tirón forzado en los labios, incluso sus dientes parecían demasiado grandes, dio la momentánea sensación de que estábamos frente a una máscara que pendía de un hilo; quizá yo debería haber hecho lo mismo con Belén, habérselo dicho así a la cara: vete a la mierda. Durante las más de tres horas que había permanecido en calzoncillos sobre la cama antes de venir a Los Tres Arcos no había podido apartar de mí las terribles imágenes en las que Rubén Plana besaba a Belén, le manoseaba los pechos y le lamía los pezones y se echaba encima de ella y se la metía hasta el fondo mientras ella le pedía más, más, más, y las imágenes no dejaban de empeorar, de ser cada vez más lacerantes, incluso allí en el bar persistían, se habían venido conmigo, y apenas podía reprimir las ganas de gritar y arrancármelas del cerebro a manotazos.

—¿No vais a decir nada? —preguntó Sadurní aún sonriendo.

Lo miré y me encogí de hombros.

—Tenía pinta de guarra —dije.

La sonrisa forzada de Sadurní se evaporó en el acto, yo pensaba en Belén, que no tenía pinta de guarra pero que probablemente lo había sido más que Raquel. De repente los tres soltamos una carcajada que hizo volverse a algunos de los que estaban sentados en las mesas y en los taburetes de la barra a la espera del partido, a Sadurní se le atragantó la risa y empezó a toser como si fuera a morirse.

El partido dio comienzo y el bar estalló de júbilo cuando Butragueño logró el primer gol en el minuto uno de juego, el asunto se nos ponía de cara y empezamos todos a animar con más ímpetu, a insultar según tocara a los irlandeses o al árbitro, y en el minuto

dieciocho cantamos el gol de Julio Salinas como si estuviésemos en la tribuna del estadio Tres de Marzo, en Zapopan, en lugar de apiñados allí en el bar con la cabeza levantada hacia el televisor, envueltos en humo y bebiendo cerveza. En la segunda parte Irlanda del Norte recortó distancias enseguida y nos temimos lo peor, el dos a cero nos había parecido suficiente y definitivo y de pronto no era nada, otro gol y nos empataban; gritamos e insultamos más todavía y con menos criterio y, afortunadamente, logramos llevar en vilo el dos a uno hasta el final del partido, ya teníamos un pie en octavos. Muchos se marcharon en cuanto acabó el partido, pero nosotros decidimos quedarnos a cenar unos bocadillos y nos sentamos en una de las mesas que habían quedado libres; Sadurní y Félix pidieron lomo con queso y yo una hamburguesa con cebolla, y mientras nos los preparaban comentamos el partido, aquel año había buenas vibraciones con la selección, teníamos la esperanza de llegar lejos y romper de una vez por todas con esa mala costumbre española de fallar siempre en la fase final de los mundiales, aquel año todos creíamos que podíamos ser campeones, todos excepto Sadurní.

—Al final pasará lo de siempre —dijo—, que nos follarán en cuartos.

—Lo dices porque eres del Barça y este año no os habéis comido una rosca —repliqué; el Barça había perdido el mes anterior la final de la copa de Europa frente al Steaua de Bucarest y el Madrid no sólo había ganado la liga, sino que por segundo año consecutivo se había llevado la copa de la UEFA, demasiado para que Sadurní pudiese digerirlo y mostrarse optimista—. Los del Barça sois los putos pesimistas del fútbol —añadí, me gustaba atosigarle con eso —, ganáis la liga y lo primero que decís es: sí, vale, pero el año que viene seguro que no la vamos a ganar.

Nos trajeron los bocadillos, yo llevaba prácticamente todo el día sin comer nada y tenía un hambre atroz, pedimos más cerveza. Félix nos comentó que su padre acababa de comprarse un Renault 21 y que esa misma mañana lo habían puesto a ciento cincuenta kilómetros por hora por la autopista A-2; me dio un poco de envidia, porque con el Ford Fiesta rebasabas los ciento diez y el motor se ponía a chirriar como si fuese a partirse por la mitad, ¡qué poca cosa era verdaderamente el Ford Fiesta!, quizá yo nunca podría comprarme un coche como el Renault 21 si seguía trabajando en sitios como el ladrillar. Me pregunté si conformarse toda la vida con esos empleos y con coches como un Ford Fiesta de segunda mano significaba que también debería conformarme con envejecer junto a una mujer como Belén, tal vez fuesen asuntos distintos y resignarse a un coche o a un trabajo no implicaba necesariamente tener que resignarse a convivir con una persona; yo

mismo me veía capaz de renunciar a comprarme un coche más potente si se hallaba fuera de mi alcance, pero en el caso de Belén estaba resuelto a seguir junto a ella a pesar de todo, y no me importaba si eso era a lo máximo que podía aspirar alguien como yo, sólo necesitaba encontrar la forma de olvidar a Rubén Plana.

—¿Ya te has tirado a Belén o qué, macho?

Levanté la mirada del plato, Sadurní y Félix masticaban y me miraban, la pregunta venía de la sonrisa de Sadurní.

—Sí —respondí, y mordí la hamburguesa con cebolla.

—¡Aleluya! —gritó Sadurní dándome una palmada en la espalda.

Él y Félix levantaron en el acto las jarras de cerveza y me hicieron levantar la mía para celebrar la buena noticia, al entrechocar las copas ya tenía claro que no iba a contarles lo de Rubén Plana ni tampoco lo del gatillazo, no quería que Sadurní soltara sus descalificaciones habituales y aumentara con ellas mi condición *de pardillo de mierda*; me pidieron detalles y se los di sesgados, reorientados: Belén y yo habíamos disfrutado del polvo de nuestra vida, punto. Luego Félix nos dijo que él y Marta habían comenzado a pensar en la posibilidad de compaginar sus carreras con algún trabajo de pocas horas o de fin de semana e irse a vivir juntos, les gustaría alquilar un piso pequeño en Barcelona, en el barrio de Gracia, porque Félix no quería quedarse en Sant Feliu, lo encontraba provinciano, opinaba que la gente vivía sus vidas pequeñas sin darse cuenta de que el mundo era enorme y lleno de posibilidades.

—Pues yo estoy hasta los huevos de eso —gruñó Sadurní, agarró la jarra de cerveza y mientras bebía vi temblar un poco su mano, como le tembló aquella noche en Casino—, todos comiéndote la cabeza con el coñazo ese de *usted tiene muchas posibilidades, Sadurní, aprovéchelas*.

—Lo dicen por tu bien, hombre —le recriminó Félix.

—Voy a dejar la universidad —sentenció él sin escuchar, dejando la jarra sobre la mesa como si le pesara una tonelada—. Empresariales es un coñazo. Buscaré curro y por lo menos ganaré pasta.

—Si haces eso cometerás un error —insistió Félix.

—¿Quién dice que es un error?, todos queremos ganar pasta, incluido tú, y cuanta más mejor.

—El dinero no te dará la felicidad.

—Pero podré comprarla, no te jode.

Rio otra vez forzadamente y se le desorbitaron los ojos, esa máscara, se recostó en la silla, fingió prestar atención a las noticias

que nos llegaban desde el televisor y después se ensimismó en unas gotas de cerveza derramadas sobre la mesa, no volvió a mencionar el tema ni casi a hablar. Sobre las diez y media me hice cargo de la cuenta y salimos del bar, nos quedamos un momento en la puerta y el aire reactivó de golpe a Sadurní, que nos propuso ir a tomar una copa. Fuimos al Pub Chema y más tarde al Pub MS. Me cansé pronto, sobre la una y media, y Félix tampoco parecía muy por la labor de soportar la música y mezclarse con la gente; Sadurní, al vernos tan alicaídos, trató de animarnos y sugirió que, para variar, podríamos prescindir de Casino y terminar la noche en algún sitio distinto, le habían hablado muy bien de una discoteca de Mataró; rechacé la idea alegando cansancio, una semana dura e interminable en el ladrillar, y Félix se mostró también perezoso, así que le aguamos la fiesta a Sadurní, que enseguida nos acusó de calzonazos y de haber cambiado nuestro espíritu juerguista por un espíritu de novio formal aborregado, *pronto no podréis ni mear si no os la cogen ellas*, concluyó sin poder ocultar su fastidio. Me ofrecí a llevarlos en coche a casa, pero Sadurní dijo que se quedaba un rato más, su hermana acababa de entrar en el MS rodeada de amigas y quería celebrar su soltería reciente intentando tirarse a alguna; Félix y yo le deseamos buena suerte y nos marchamos. El Ford Fiesta estaba estacionado en la esquina de Joan Maragall con Torres i Bages, a doscientos metros del MS, allí fuera parecía más sencillo hablar, contar algo, pero apenas nos dio tiempo a bromear sobre la incorregible ansia sexual de Sadurní. Montamos en el coche y en apenas cinco minutos, en silencio y escuchando la música de la Electric Light Orchestra, llegamos al paseo Conde de Vilardaga, me trajo malos recuerdos pasar por delante del Estel. Detuve el coche frente al portal de Félix, sonaba *Getting to the point* y bajé un poco el volumen, al hacerlo rocé el codo de Félix y sentí como si fuese el codo de otra persona. Mi relación con él siempre había sido menos intensa que con Sadurní, no teníamos tantas cosas en común, y el tiempo que llevábamos distanciados desde que él estudiaba en la universidad y salía con Marta no había hecho más que alejarnos un poco más; Félix formaba parte de mi vida desde niño, habíamos crecido juntos, pero de repente lo sentía como un completo desconocido, ¿qué sabía realmente de él?, ¿que quería ser abogado?, ¿que salía con Marta?, ¿que era *un tío serio?*, minucias, como cuando todos decían que Linares era un viejo solitario y creían que abarcarlo con dos palabras bastaba para conocerlo.

—Me ha gustado eso que has dicho de que la gente vive sus vidas pequeñas —comenté.

—Es lo que creo —respondió.

Miré por la ventanilla abierta, el escaparate a oscuras de la

zapatería Marimer, había entrado allí algunas veces.

—Yo creo que tengo una vida pequeña —dije.

Jamás le habría dicho nada semejante a Sadurní, o no se lo habría dicho de aquel modo, me di cuenta enseguida, no habría soportado sus repetitivos comentarios del tipo *lo que tienes es una polla pequeña, macho*; capté de reojo cómo Félix, que estaba a punto de abrir la portezuela para bajarse, soltaba el tirador, volvía a acomodarse en el asiento y me miraba.

—Belén me la ha pegado con otro —añadí con la vista al frente; de pronto tenía ganas de contarlo todo, echarlo fuera y compartirlo con alguien, y supe sin saber cómo que Félix me escucharía.

—Con el pijo ese —dije—, con Rubén Plana.

—Qué putada.

Eché en falta una reacción más airada, Sadurní ya habría soltado alguna arenga de las suyas en las que pondría en duda la reputación de las mujeres, su afán de jodernos la vida, y por supuesto me habría conminado a partirle la cara a *ese pijo hijoputa*.

—No sé qué hacer —dije.

—Habla con ella.

Unos destellos de luz inundaron el interior del coche y eché un vistazo por el retrovisor, el camión de la basura reclamaba paso. Me despedí de Félix, me repitió que hablara con Belén y bajó del Ford Fiesta; la soledad repentina me abrumó, y fue como si ya no quedase absolutamente nadie a mi alrededor, no sólo los noctámbulos que caminaban por las aceras o conducían sus coches mientras iban de un local a otro o las personas que se adivinaban tras algunas ventanas iluminadas de los edificios, sino tampoco mis padres ni Belén ni Sadurní, como si ya no fuese a verlos más o formasen parte de un pasado remoto, sólo Félix mantenía una apariencia real y permanecía allí conmigo, y también notaba a Linares, agarrado a mí, esa sensación de chatarra suelta alrededor de los tobillos que no me soltaba. Antes de entrar en el portal Félix se volvió y se despidió con un gesto, me pregunté si aún tendría su habitación llena de diplomas y certificados.

En el ladrillar disponíamos de una hora y media para comer, de modo que mi padre y yo montábamos en el coche, nos íbamos a casa y, como mi madre ya nos tenía el plato preparado encima de la mesa cuando llegábamos, nos daba incluso tiempo a echar una cabezadita en el sofá antes de volver al trabajo. A pesar de que yo contaba ya con el Ford Fiesta, mi padre se había ofrecido la semana anterior a seguir con la costumbre de utilizar su coche para ir a comer, *así ahorras en gasolina*, me dijo; el hombre no podía evitar esa tendencia protectora, después a veces no me entendía o no se fijaba en lo que para mí era importante, pero, a su manera, siempre estaba allí para echarme una mano. Aquel lunes, en cuanto llegamos a nuestra calle y doblamos la esquina, vi a Belén apoyada en mi portal, se me aceleró el corazón, ¿qué hacía allí?, no solíamos vernos a esas horas, ella no salía del trabajo hasta las dos; mi padre estacionó el Seat Ritmo a unos veinte metros de casa y Belén vino hacia nosotros, medio seria, medio sonriendo. Bajé del coche y me mantuve serio y distante mientras ella y mi padre se saludaban, se caían bien; cuando mi padre se marchó le dije que subiría enseguida. Belén y yo nos alejamos calle arriba, ella extrajo del bolso su paquete de cigarrillos y se llevó uno a los labios; cuando lo prendió con su encendedor de corazoncitos observé de reojo sus manos, había esperado que al menos le temblaran, que la delataran, pero se mostraban serenas y firmes, las imaginé tocando a Rubén Plana.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Mal.

Félix me había aconsejado que hablara con ella, y tal vez fuese el mejor modo de sacar adelante lo nuestro, pero a mí sólo me daban ganas de mandarla a la mierda como había hecho Sadurní con Raquel. Me había pasado el domingo entero metido en la habitación, sin saber qué hacer con nada, atormentado por lo de Belén y por haberle dicho a Félix que creía tener una vida pequeña, ¿por qué coño le había dicho aquello?; tan sólo había salido de casa a comprar un pollo *a l'ast* y patatas asadas en el Bar Ventura para comer, la costumbre de los domingos, y lo había hecho dando un rodeo por la rambla Marquesa de Castellbell para no pasar por

delante del edificio de Belén. Belén y yo nos detuvimos en la esquina de la calle, ella se apoyó en la pared y yo en un poste de la luz, estábamos a un metro y medio de distancia el uno del otro, no quería acercarme demasiado.

—No entiendo cómo pudiste hacerme algo así.

—Es que tú lo dramatizas —dijo sacudiendo la ceniza del cigarrillo—, ya te dije que para mí no había tenido ninguna importancia.

—Joder, Belén, no me digas que follarse a alguien no tiene ninguna importancia.

—Para mí no.

—Entonces lo nuestro tampoco tuvo ninguna importancia.

—Lo nuestro es distinto.

—¿Ah, sí?, ¿y por qué es distinto si puede saberse?

—Porque salimos juntos.

Me pareció que estaba a punto de asomar de nuevo a sus labios aquella sonrisa tan suya, fumaba con caladas cortas y frecuentes y el cigarrillo casi se había consumido ya entre sus dedos, se había pintado las uñas de rojo, no acostumbraba, quizá Rubén Plana le había dicho que le gustaban así.

—Mira, Ángel, no sé qué decirte, vemos las cosas de distinta manera.

Me miraba a los ojos y quise creer que sencillamente se trataba de que veíamos las cosas de distinta manera, que no había mala intención por su parte, pero los mismos labios que trataban de convencerme de eso se habían encontrado unos días antes con los del pijo, se habían besado y mordido y no se habrían dado tantas explicaciones.

—No quiero ser pesada, pero ya te avisé, te dije cómo era. Lo mejor será que lo dejemos.

—¡Yo no quiero dejar nada! —me aparté del poste y di cuatro o cinco pasos erráticos, seguía sin querer acercarme a ella pero empezaba a necesitarlo—. Tú sabes lo que me costó pedirte que salieras conmigo, ¿crees que te perseguí toda una tarde por Casino porque sí? Para mí eres importante, Belén, no sólo un rollo. Lo que no sé es qué soy yo para ti.

—El chico que sale conmigo —dijo, dio una última calada al Marlboro, lo arrojó al suelo y lo pisó con la punta de su zapatilla deportiva—, y para mí también eres importante, pero no quiero que eso sea una limitación para ninguno de los dos.

—Para mí no es ninguna limitación.

—Sí lo es.

Me detuve nuevamente junto al poste, ella todavía no se había

movido, entonces lo hizo, se inclinó ligeramente hacia delante, apenas medio paso, y me dijo:

—A mí no me importa si vas con otras chicas.

Me quedé de piedra.

—Pero ¿qué coño dices?

—En serio, me parecería natural, y te iría bien, se aprende mucho.

¿Me estaba llamando principiante?, ¿me estaba insinuando que follar conmigo había sido para ella como enseñar a un niño pequeño a comer con cubiertos?, ¿que le había supuesto un esfuerzo?, ¿que lo había hecho por mi bien?, ¡qué hija de puta!; de repente estalló en mi cabeza la boca de Raquel masticando chicle y pasándose la lengua por los labios en las escaleras de Casino, sus ojos clavados en los míos, ¿me estaba diciendo Belén que le parecería natural que yo me tirara, pongamos por caso, a Raquel?

—Yo no quiero ir con otras chicas —dije—, si quisiera ir con otras no saldría contigo y listos —me dolía seguir mirándola, me irritaba, porque habría querido quedarme junto a ella y abrazarla y que ella me abrazara a mí; me aparté otra vez del poste—. Mira, tengo que irme, se me hace tarde.

Me alejé sin decirle adiós, quería herirla, dejarla plantada como desprecio, pero enseguida supe que no surtiría el más mínimo efecto, yo no era para ella más que el pardillo con quien salía, un pobre infeliz que huía, ¿para qué preocuparse de él?, ya volvería al redil cuando se le pasara el cabreo; me apresuré en alcanzar el portal, parecía hallarse a miles de kilómetros de distancia, no soportaba el sonido de las zapatillas de Belén viniéndose detrás de mí.

—Ángel, por favor.

—No sé qué más decir, Belén, de verdad —repliqué sin detenerme ni dar media vuelta, sacándome las llaves de casa del bolsillo y preparando la del portal—. Todo esto es una puta mierda para mí.

Pero sí sabía qué más decirle, tenía la frase en la cabeza, unas pocas palabras que soltarle con dureza y sin contemplaciones antes de meterme en el edificio, un *vete a la mierda, Belén* que hubiese borrado de un plumazo tanta humillación y burla, *díselo*, me empujé, *escúpeselo a la cara*, inicié el gesto, pero me limité a introducir la llave en la cerradura, empujé la pesada puerta de hierro y cristal y, sin mirar atrás, dejé que se cerrara detrás de mí.

A las seis de la tarde fui al almacén de herramientas del ladrillar, recogí todo el material que tenía previsto utilizar en casa

de Linares, lo puse en una carretilla y me dirigí a su casa con cierta precaución. Durante todo el día se había paseado por el ladrillar mostrándonos a su nuevo perro para que el animal se familiarizara con nosotros, nos dijo su nombre, *Credo, por mi padre, que en paz descanse*, explicó, *y por dios nuestro señor, se entiende*, y nos informó de que era un mastín español, *el mejor perro pa guardar las cosas de uno*; vi que se trataba del mismo perro que había estado a punto de atropellar el jueves en el camino, tenía una apariencia ruda y musculosa, ligeramente agresiva, una mirada obstinada, dudé de que yo pudiese recuperar con él la costumbre de traer dos terrones de azúcar como hacía con *Rafaela*.

Al llegar junto a la casa llamé a Linares, seguía resultándome incómodo entrar sin avisar, y miré a mi alrededor temiendo que el perro apareciese de golpe, me tomara por un ladrón o algo parecido y saltara sobre mí, alcancé a escuchar algunos gorriones y algún coche rezagado saliendo del ladrillar, pero ni un solo sonido procedente del interior de la casa. Solté la carretilla donde llevaba el material, me asomé a una de las ventanas y a través de los cristales sucios distinguí a Linares sentado en su silla, con la cabeza caída sobre el pecho, había una botella de Anís del Mono a sus pies y una copa vacía en uno de los reposabrazos; golpeé el cristal con los nudillos, esperé, Linares no se inmutó, golpeé más fuerte, grité su nombre de nuevo y miré por encima del hombro, con tanto ruido sólo conseguiría alertar al perro, dondequiera que estuviese, o enfurecerlo; me di por vencido, Linares se había quedado profundamente dormido o profundamente borracho y no serviría de nada seguir llamándolo desde allí.

Di unos pasos más y llegué a la puerta, que estaba entornada, dejé la carretilla junto a la pared y entré en la casa pronunciando otra vez el nombre de Linares, el hombre seguía en la misma postura, con la silla orientada hacia los tablones del andamio, como si se hubiese dormido o emborrachado esperándome; cerré la puerta por si el perro merodeaba por fuera, me acerqué a Linares y le toqué el hombro, murmuró algo en sueños, me incliné hacia él y empezó a hilvanar una misma frase, *quise hacerlo, padre, quise hacerlo, padre, quise hacerlo*… Abrió los ojos y su mano me agarró del cuello de la camisa; grité y di tres o cuatro tirones bruscos para zafarme, pero no logré retroceder ni un centímetro, sus dedos se habían engarfiado con tanta fuerza que les bastaría medio minuto para asfixiarme con mi propia camisa.

—¡Soy yo, Linares! —balbuceé como pude—, ¡Daldo!

Su mirada se clavó en la mía, dos ojos desesperados o a lo mejor llenos de odio, ¿quién era yo para entrar en su casa mientras dormía?, me había convertido en un vulgar intruso, había

quebrantado las reglas, sus dedos no me soltarían así como así. Di unos cuantos tirones más, durante el forcejeo la copa vacía resbaló del reposabrazos y el ruido de cristales rotos contra el suelo despertó del todo a Linares, su mano cedió por fin y me vi lanzado de espaldas contra la pared con tanta dureza que los contornos del comedor se emborronaron; parpadeé y recuperé el equilibrio, Linares miraba el estropicio de cristal, aspiré tres o cuatro bocanadas de aire y me recompuse el cuello de la camisa.

—Me quedé dormío, Daldo —trataba de ponerse en pie.

No me dio la impresión de que estuviera disculpándose o justificando su agresión, ni siquiera parecía haberse dado cuenta de lo que había hecho. Me acerqué al andamio, cogí la escoba y el recogedor con que yo solía barrer cada tarde el comedor al terminar el trabajo y me hice cargo de los cristales que habían quedado diseminados por el suelo. Linares pisó algunos al intentar apartarse, crujieron bajo sus zapatos, no parecía del todo borracho, sólo adormecido o entumecido; se agachó, recogió uno de los trocitos astillados de la copa y lo miró de cerca.

—Estas copas eran de mi madre, que en paz descanse, la pobretica —dijo dándole vueltas al cristal y observándolo con pesar—, de su ajuar, ¿no me comprendes?, figúrate tú qué tesoro.

No supe si pedirle perdón porque tampoco sabía si la copa la había volcado yo, después de todo había sido él quien me había agarrado por la camisa a mí, quizá él creía haberla roto sin querer mientras dormía, era fácil que la hubiese golpeado con el brazo; pedirle perdón significaría asumir la culpa y yo no iba a correr el riesgo de reavivar su cólera.

—Tengo que volver al almacén a por la escalera grande —dije devolviendo la escoba y el recogedor a su sitio—. Hoy empezaré con el tejado.

—Ándate, pues —dijo sacudiendo una mano en el aire.

—¿Dónde está el perro?

Linares se llevó las manos a los riñones y me miró.

—Ahí en el patio —hizo una seña con la cabeza.

—Como no me conoce…

—No te apures, hombre, el bicho tiene mal parecer, pero es un cacho pan, el pobretico. Es na más que primero tiene que acostumbrarse.

Eché un vistazo al patio a través de la ventana; al fondo, cerca de la tumba de *Rafaela* y amarrado con un trozo de cuerda a una de las estacas de la cerca, sesteaba *Credo*, echado sobre el vientre, en aquella postura y atado no parecía tan peligroso. Me fui al almacén. Cuando regresé con la escalera Linares volvía a estar sentado en su

silla, pasándose el peine por el pelo, y tenía una nueva copa igual a la anterior en el reposabrazos, ya la había llenado de anís; sin entrar le dije que me iba a la parte de atrás y que no se alarmara si me oía trastear por el tejado; asintió mientras se guardaba el peine en el bolsillo de la camisa y a continuación trataba de extraer un cigarrillo de un paquete magullado de Bisontes. Di la vuelta a la casa y *Credo* levantó la cabeza en cuanto me vio aparecer en el patio, me ladró, lo ignoré y planté la escalera contra la fachada de la casa, muy cerca del entoldado, de los baúles, me vino a la cabeza el instante en el que la cuerda se tensó fatalmente alrededor del cuello de *Rafaela*. Trepé al tejado, retiré las tejas rotas y comprobé el estado de las rasillas, no había serios desperfectos, pero tuve que aplicar cemento rápido a algunas latas que se habían desprendido al retirar la viga rota. Cuando terminé se había hecho un poco tarde, casi las ocho y diez, y decidí dejar para el día siguiente la colocación de las tejas nuevas. Me asomé por el borde del tejado, ubiqué a *Credo* y no bajé por la escalera hasta que me hube asegurado de que seguía tumbado y atado en el mismo rincón; al percatarse de mi presencia levantó de nuevo la cabeza y me ladró, tal vez debería intentar darle los azucarillos por las mañanas para ganarme su confianza; dejé puesta la escalera y arrinconé la carretilla contra la pared porque al día siguiente necesitaría nuevamente el mismo material. Al entrar en la casa para despedirme de Linares lo encontré de nuevo dormido, la botella de Anís del Mono se veía bastante más vacía, lo suficiente para haberse emborrachado, temí que hubiese padecido algún tipo de ataque; me acerqué un par de pasos y lo observé con atención, se había quedado en una postura cómoda y respiraba con normalidad, no había nada que temer, estaba acostumbrado a beber, tenía estómago para eso. Di media vuelta y me dirigí a la puerta.

—¿Por qué no te fuiste? —me alcanzó su voz por la espalda.

Me volví, él tenía la mirada fija en su regazo.

—Cuando ultimé a *Rafaela* —aclaró—, ¿por qué no te fuiste?

—¿Quiere decir… mientras la mató? —no supe decir *ultimó*.

Sus ojos vinieron en mi busca, pero no logré verlos, sólo intuirlos allí al fondo, en alguna parte.

—No vuelvas a decir *mató* —me exigió.

Guardó silencio sin apartar la mirada de mí y esperó, me había hecho una pregunta muy concreta y sin duda quería una respuesta también concreta, pero yo no sabía qué decirle, o no quería saberlo.

—Te quedaste por lo mismo que echaste el cachorro al fuego, ¿no verdá?

Sentí el empuje, la inmolación de abrir compuertas, ¡qué coño

importaba!

—Sí —contesté.

Su cara no cambió de expresión, me dio la sensación de que se conformaba con eso, el *sí* le bastaba, dio un trago y apuró la copa, no iba a decirme nada más ni ganas que yo tenía de que lo hiciera, mejor marcharse antes de escuchar una sola palabra más. Salí de la casa y caminé hasta el coche con la certeza de que aquel *sí* me condenaba, de que Linares y yo seguíamos compartiendo cosas y trabándonos más el uno al otro, apresándonos como sus manos habían apresado el cuello de mi camisa, y yo deseaba apartarme, pero también deseaba ser arrastrado e implicarme, ¿qué podía perder?, quizá incluso me sería beneficioso, quizá yo tenía alma de ermitaño y no había nacido para entenderme con la gente, un hombre a la manera de Linares, alguien que elige voluntariamente estar solo para ahorrarse el dolor que tarde o temprano le causarán quienes lo rodean, una precaución, la forma infalible de evitar conocer a chicas que terminaran yéndose a follar con otros.

En cuanto me senté a la mesa de la cocina a cenar los guisantes salteados y el filete de merluza de los lunes, me di cuenta de que mi padre estaba mucho más cabizbajo de lo que era habitual en él, ni siquiera me preguntó, como solía, por el trabajo en casa de Linares; miré a mi madre, ella se encogió de hombros con una mueca de interrogación, me preguntó por Belén y, sin darme tiempo a responder, me comentó que se le había ocurrido la posibilidad de invitarla a comer el domingo, *si os apetece, claro*, matizó, y le contesté que lo pensaría, pero estaba más que pensado que Belén, de momento, no volvería a poner los pies en casa; subía por el hueco del patio de luces el sonido de un televisor, las voces de algunos vecinos, sobre todo la del primero tercera gritándole a alguien que se estaba haciendo tarde. Mi padre señaló su vaso lleno únicamente de gaseosa y gruñó una especie de protesta, mi madre y yo nos dimos cuenta al mismo tiempo de que ella había olvidado poner en la mesa la botella de cerveza; tuve que apretarme contra la mesa para que ella abriese la puerta de la nevera y extrajera la Xibeca del interior, luego volví a sentarme.

—¿Te han dicho algo hoy en el ladrillar? —me preguntó mi padre en cuanto se hubo servido la cerveza.

—¿Algo de qué?

—Algo.

Mi madre y yo nos miramos con cierta inquietud.

—Hay problemas con los cuartos —añadió mi padre.

Me vinieron a la memoria las veces que yo había visto a Antonio

haciendo horas extras sobre la calculadora eléctrica y empecé a entender el mal humor que llevaba la tarde que coincidimos frente a la puerta de la oficina, *líos de números y de don Ramiro*, me había dicho. Mi madre y yo nos quedamos aguardando que mi padre diese algún tipo de explicación más, se había quedado absorto contemplando la espuma de la cerveza en el vaso.

—Pero ¿qué pasa? —se impacientó mi madre.

—Pues que don Ramiro va a cerrar —respondió él, pinchó un trozo de filete de merluza y se quedó dándole vueltas con el tenedor.

Mi padre tenía tendencia a desorbitar las cosas, así que probablemente se trataba de una exageración, le sucedía sobre todo con las malas noticias, a veces daba la sensación de que se sentía más cómodo en la desdicha que en la felicidad, utilizaba los infortunios para demostrar que la vida no era más que un sitio al que todos habíamos sido enviados a sufrir antes de mandarnos al otro barrio, pero en cambio nunca se servía de los golpes de suerte para pontificar sobre lo contrario, jamás le oí decir que la vida mereciera la pena, quizá para él fuésemos también simples abejas condenadas a ahogarnos sin remedio.

—Mañana tenemos una reunión —me dijo.

Inclinó la cabeza sobre el plato y se puso a comer como si le hubiese entrado un hambre repentina, era su modo de decirnos que no iba a añadir una sola palabra más; mi padre, en la mesa, cuando no tenía nada que decir o algo lo incomodaba, se escondía tras la comida o tras el vaso de gaseosa con cerveza y ya no había modo de sacarlo de ahí. Como resultó evidente que la conversación no iba a continuar, me puse a comer yo también, primero el filete de merluza, no fuera a enfriarse, y cuando estaba ya llevándome los primeros guisantes a la boca me detuve a observarlos, ¿a qué iluminado se le habría ocurrido que aquellas verduras tan poco agraciadas pudieran comerse?, si incluso su forma redonda y minúscula era irrisoria y detestable; empecé a contarlos, ¿estaba realmente contando los guisantes?, ¿estaba realmente esperando que hubiese ciento veintitrés como los había habido el lunes anterior?, seguí contándolos hasta el final a pesar de todo y quizá no debería haberlo hecho: había ciento veintitrés.

Al día siguiente, en el bar El Maño, Lobo Castilla y Escudé se mostraron igual de agoreros que mi padre, aunque Lobo Castilla, como encargado, apostaba por buscar soluciones con las que resistir, *a mi cuñado le pasó algo parecido*, dijo, *y entre todos le pusieron cojones y la empresa no cerró*; me pareció que tenía razón, me negaba a creer que el ladrillar tuviese los días contados, forzosamente debía de existir algún modo de invertir la situación.

Al llegar al ladrillar nos dirigimos a la oficina, algunos compañeros se habían reunido frente a la puerta del barracón y habían formado un corrillo, se miraban las botas y fumaban en silencio, Linares se encontraba también allí, a unos pasos por detrás de ellos, apoyado en el poste que traía la luz eléctrica y la línea telefónica al ladrillar con *Credo* fielmente petrificado junto a sus piernas, estaban todos esperando a don Ramiro; nos saludamos y Lobo Castilla dio unas palmadas en el aire.

—¡Dejad de poner esas caras de atontaos que ponéis, coño! —gritó.

Logró arrancar algunas sonrisas nerviosas y yo saludé a Linares con un gesto, el mastín me gruñó, mierda de perro; Lobo Castilla se metió en medio del corrillo y empezó a golpearnos a todos como si fuésemos jugadores de su equipo de fútbol a punto de bajar los brazos y dar el partido por perdido, a mí me propinó un ligero empujón.

—¡No vamos a cerrar sólo porque a Antonio le hayan salido mal unas cuantas multiplicaciones! —exclamó—, ¿me estáis oyendo, hatajo de blandengues?, ¡aquí ponemos todos un par de cojones y sacamos esto adelante aunque nos cueste un riñón! —algunos asintieron y se mostraron de acuerdo con él—. Si don Ramiro ve vuestras caras de atontaos echará el cierre antes que canta un gallo —añadió—. ¡Lo que tiene que ver son hombres dispuestos a todo, coño!

Hombres como dios manda, me dije, y observé a mi padre, a quien las arengas de Lobo Castilla no parecían causarle el menor efecto. Comenzaron todos a dar su opinión y la apatía general se convirtió casi en euforia, se gritó mucho, se escuchó poco, se

apagaron cigarrillos rabiosamente con la puntera de las botas y se encendieron inmediatamente otros mientras Lobo Castilla se mostraba satisfecho de tanta actividad y se dirigía a nosotros sin abandonar su aire marcial de entrenador aguerrido; Linares permaneció todo ese tiempo en silencio, apoyado en el poste y fumándose también un Bisontes tras otro, no parecía que la cosa fuese con él.

El Citroën Tiburón de don Ramiro apareció en el ladrillar sobre las ocho menos cuarto y todos callaron tan bruscamente que se escuchó con claridad no sólo el ronroneo del motor del coche, sino también la música que sonaba en el interior, una voz potentísima de mujer, a don Ramiro le gustaba la ópera; el sol llevaba casi una hora levantándose por la línea del horizonte y arrancó fugaces destellos a la pintura negra del Citroën Tiburón, como de costumbre recién lustrado, parecía mentira que don Ramiro llevara siempre tan pulcro el coche y los nuestros dieran pena. Lo esperamos envueltos en un espeso silencio, esgrimiendo de nuevo esas caras de apatía con las que habíamos llegado al ladrillar, así que Lobo Castilla dio tres o cuatro empujones más y dedicó velados gestos con los que infundir ánimo disimuladamente, luego se limitó a esperar como los demás.

Don Ramiro nos dio los buenos días, no tenía mala cara, al menos no la que yo había imaginado, incluso había sonreído un poco al saludarnos, y nos hizo pasar al barracón de la oficina. En el interior tuvimos que apretujarnos unos con otros, olía a papel y a los habanos que don Ramiro se fumaba de vez en cuando, había archivadores contra la pared, dos mesas atestadas de carpetas, albaranes y facturas, un calendario de Michelin colgado junto a una de las ventanas y un cuadro religioso de la santa cena que me trajo a la memoria el que guardaba Linares de su padre. Antonio se situó junto a don Ramiro, abrió una carpeta, eligió una hoja del interior y se puso a detallar los números resultantes de los últimos seis meses de actividad en el ladrillar; apenas entendí nada, Linares se había situado detrás de mí y no podía dejar de pensar en él, *¿por qué no te fuiste?*, en sus manos como garfios tirando del cuello de mi camisa, *te quedaste por lo mismo que echaste el cachorro al fuego, ¿no verdá?*

—Aquí nosotros, don Ramiro, estamos dispuestos a hacer lo que sea.

Lo había dicho Lobo Castilla, al parecer había interrumpido a Antonio; don Ramiro levantó una mano y asintió comprensivamente.

—Deje que Antonio termine, Castilla —le pidió.

Antonio continuó y deduje que el problema se reducía a que se había producido un descenso considerable en el número de pedidos

y la cantidad de camiones de aquel semestre había sido bastante inferior a la del semestre anterior, no logré escuchar la cantidad exacta porque en ese instante se me fue el oído al paquete de cigarrillos que Linares estaba sacándose del bolsillo, escuché el raspar de una de sus cerillas, *no vuelvas a decir mató*, aspiré el humo. En cuanto Antonio terminó, don Ramiro confesó sentirse muy apenado por la situación y aseguró que él estaba dispuesto a buscar una salida, pero que sería imposible si no se reducían gastos.

—Si hay que reducir se reduce, don Ramiro —se ofreció Castilla.

Don Ramiro no se anduvo por las ramas y como primera medida propuso que cada uno de nosotros renunciara a la paga de vacaciones y a cobrar las horas extras; sus palabras aniquilaron las soflamas con que Lobo Castilla había logrado contagiarnos su entusiasmo unos minutos antes, en abstracto sonaba muy bien eso de *aquí ponemos todos un par de cojones*, pero renunciar a la paga de vacaciones y a las horas extras no era algo abstracto, sino dinero real, un dinero con el que muchos habrían planeado costearse la parcela del cámping o el apartamento junto al mar para que su mujer y sus hijos disfrutaran del verano; vi en las caras de todos que resultaría muy duro decirle a la familia que ese agosto tendrían que quedarse en casa. Antonio matizó que ese esfuerzo por parte de todos nos permitiría resistir tal vez hasta otoño, temporada en la que don Ramiro tenía puestas sus esperanzas más firmes, ya que estaba convencido de que Barcelona sería designada sede olímpica para las olimpiadas de mil novecientos noventa y dos y a corto plazo se dispararía la necesidad de construir no sólo edificios nuevos, sino también, por cuestiones de imagen, la necesidad de restaurar los viejos, *van a cambiar Barcelona*, dijo don Ramiro, *y van a hacer falta ladrillos*, medio sonrió, pero nadie lo imitó.

—Me hago cargo de lo que supone para vosotros renunciar a ese dinero —añadió—, sé que muchos de vosotros tenéis mujer e hijos, yo también los tengo, y facturas y letras que pagar al banco… —se echó mano al bolsillo interior de la americana, sacó un paquete de Winston y se prendió un cigarrillo con un mechero dorado—, pero es lo único que puedo ofreceros por ahora.

Se dejó caer en una silla y se masajeó las sienes con la misma mano que sujetaba el cigarrillo, parecía abatido; durante unos segundos nadie dijo nada, el estado de ánimo de don Ramiro nos dio la medida de la gravedad de la situación.

—Supongamos que decidimos renunciar a ese dinero —intervino Lobo Castilla rompiendo el silencio del barracón—, ¿hasta cuándo podría aguantar exactamente el ladrillar?

—Octubre, noviembre —dijo Antonio haciendo un gesto con la mano y encogiéndose de hombros—, diciembre, como mucho.

—¿Los sueldos estarían asegurados hasta entonces? —quiso saber Lobo Castilla.

—Sin horas extras, sí.

—¿Y si a pesar de todo tenemos que cerrar?

—Habrá finiquitos, subsidio de paro… —aseguró Antonio—, lo normal.

Parecían llevar el peso de la reunión ellos dos solos y don Ramiro, los demás nos hallábamos allí escuchando y tratando de comprender, haciéndonos a la idea, mi padre seguía las palabras de unos y otros lúgubremente, como si la reunión fuese un velatorio, y me pregunté qué les supondría a él y a mi madre renunciar a la paga, teniendo en cuenta que hacía ya mucho tiempo, desde que yo había rebasado los catorce o quince años, que no íbamos juntos de vacaciones a ninguna parte ni se iban ellos dos solos tampoco; a quien seguramente no le importaría tanto sería a Linares, no tendría en qué gastársela, ni en un triste día de playa, sentía sus ojos en la nuca y empezó a merodearme la tentación de volverme.

—¡Yo renuncio a lo que haga falta! —exclamó de pronto Lobo Castilla—. ¡Aunque me cueste un riñón!

Los demás nos miramos unos a otros, ¿qué otras opciones nos quedaban?

—Yo también —dije.

Mi padre se volvió a mirarme y yo le miré a él, quizá para él era una humillación aceptar aquellas condiciones, pero yo no estaba dispuesto a perder el único trabajo del que, por el momento, no había sentido aún ganas de echar a correr; se encendió un cigarrillo y dio una larga calada sin dejar de mirarme, finalmente me sonrió.

—Qué coño —dijo—, si el ladrillar es como mi segunda casa, hombre, ¿dónde voy a ir si cerramos?

Los demás no tardaron en repetir el mismo gesto, no se rindió nadie. Don Ramiro nos ofreció una trémula sonrisa a todos y se sirvió un trago de una botella de Hennessy que guardaba en un pequeño armario; amablemente, casi sin fuerzas, nos invitó a beber, pero todos rehusamos, éramos muchos y no habríamos dejado ni una gota de aquel caro coñac; a lo mejor Linares sí ardía en deseos de aceptar, él, tan aficionado a su brandy, pero cuando me volví a medias para comprobar si aceptaba descubrí que ya había salido de la oficina y que al hacerlo había dejado la puerta abierta, lo entreví alejándose lentamente hacia su casa, *Credo* iba unos metros por delante de él.

A mediodía, al llegar a casa, mi padre se fue directo a la cocina y se dejó caer en la silla frente al plato de macarrones. Durante toda

la mañana había deambulado por el ladrillar con aire ceniciento, un alma en pena montada sobre el toro, accionando los mandos por pura inercia y cargando palés de ladrillos sin apenas apartar la mirada del suelo.

—Tendrás que llamar a los de Telefónica —le dijo a mi madre en cuanto empezamos a comer.

De repente comprendí a qué se estaba refiriendo.

—¿Vamos a instalarnos el teléfono? —pregunté, sorprendido.

Mi madre asintió con una sonrisa.

—Ya no —sentenció mi padre removiendo los macarrones con el tenedor.

Le conté a mi madre cómo había ido la reunión en el ladrillar y le expuse las medidas que nos había ofrecido don Ramiro para mantenernos a flote unos cuantos meses más, lo hice sin dramatismo para no preocuparla en exceso, quería que le quedase claro que no estaba todo perdido y que el pesimismo de mi padre carecía de fundamento; ella lo captó enseguida y se volvió hacia mi padre.

—Pues entonces no adelantes acontecimientos, Bernabé —le dijo —, que siempre te pones en lo peor.

—Pues ya me dirás en qué me voy a poner.

Mi padre había comenzado a comer y se llevaba el tenedor a la boca con ansia, aunque probablemente no tenía ni pizca de hambre; mi padre comía igual tanto si tenía hambre como si no, nunca lo vi dejarse un plato a medias porque no le apeteciese comer más, comía como si al día siguiente no fuese a haber un plato sobre la mesa y mi madre, cuando quería bromear con él o buscarle las cosquillas, le decía que la posguerra ya había terminado y que para entrar en el Mirsa no se necesitaba la cartilla de racionamiento, pero él la ignoraba y seguía comiendo.

—No tendrías que ser tan pesimista, papá —le dije.

—Tú eres un crío, Ángel —me replicó sin apartar la vista de los macarrones—, no tienes ni idea.

—No soy un crío —me defendí.

—No sabes nada de la vida. El ladrillar se hunde y se acabó. Cuando algo puede ir peor, siempre va peor.

—¿Por qué dices que soy un crío? —insistí.

—No discutáis —se interpuso mi madre.

—Tengo casi veintidós años, mamá, no soy un crío.

—No es un crío, Bernabé, no le digas que es un crío.

Mi padre levantó la cabeza y miró a mi madre.

—Yo a su edad ya me había casado —dijo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó ella.

—¿Que qué tiene que ver? Pues todo.

—Ahora los jóvenes no quieren comprometerse tan pronto, y hacen bien.

—Se pasan el día escuchando música y saliendo por ahí.

—Nosotros también salíamos a divertirnos.

—No compares, María.

Discutían como si yo no estuviese en la cocina con ellos, no lograba entender de qué modo la conversación sobre los problemas del ladrillar había desembocado en que yo era un crío y después en aquel toma y daca entre mis padres, era ridículo que mi padre se cabrease tanto porque los jóvenes de los ochenta se casaran a una edad más tardía que los de su generación o se pasaran el día saliendo por ahí o se fundieran el sueldo en discos; si me ponía en su lugar podía entender que lo del ladrillar lo hubiese descolocado hasta el punto de llevarlo a confundir las cosas, pero no tenía ningún derecho a llamarme crío, yo trabajaba tanto o más que él, si contábamos lo de Linares, y ganaba mi propio dinero, y además tenía que seguir adelante mientras mi novia se follaba a otro…, ¿quién no se estaba comportando en ese momento como un hombre como dios manda?

—No soy un crío, papá —lo busqué con la mirada, él me rehuyó apurando los macarrones del plato—, y voy a hacer lo que sea para que el ladrillar no cierre.

—Bien dicho, hijo —sonrió mi madre dándome una palmada en el brazo.

—Y tú también, papá —añadí sin apartar los ojos de los suyos—, tú también vas a hacer lo que sea.

Me miró, sus ojos brillaban con cierto aire ausente, no parpadeaban, finalmente volvieron a la realidad y dieron la impresión de fijarse por primera vez en los míos.

—Claro que vamos a hacer lo que sea, hombre —asintió surgiendo abruptamente de su mutismo y tomando una naranja del frutero—, es sólo que no quiero que te quedes sin trabajo, hijo, ahora que te va tan bien.

En ese momento recordé a Linares diciéndome *tu padre estará orgulloso de ti, ¿no verdá?* y me pregunté si acaso yo era como mi padre habría imaginado alguna vez que sería su hijo, quizá él había soñado que yo llegaría a ser alguien importante, alguien con estudios y no un simple trabajador cuyo futuro dependía de que viniesen más camiones a un ladrillar perdido en una esquina del Bajo Llobregat, pero ¿qué podía haber hecho yo para que mi vida hubiese sucedido de otro modo?, sí que él y mi madre, siendo yo niño, me habían repetido docenas de veces que me aplicase y fuera

buen estudiante, que estudiar me abriría puertas, pero luego iba a casa de Sadurní o de Félix y oía a sus padres diciéndoles lo mismo a ellos y llegué a la conclusión de que todos los padres le decían lo mismo a sus hijos para que no anduviesen callejeando y perdiendo el tiempo, una orden más de tantas, como portarse bien o no pegar a los demás o lavarse cada día; además, pronto se vio que lo mío no era estudiar y el propio colegio se encargó de encarrilarme en la dirección adecuada mediante esa especie de juicio final que representaba el libro de escolaridad, que yo aún guardaba en el fondo de un cajón de mi cuarto, en el que quedaba absolutamente claro que si no eras capaz de aprobar octavo de EGB significaba que no servías para estudiar, así que debías aprender un oficio y ponerte a trabajar de inmediato, algo que, después de todo, a mí siempre me había parecido lógico si no te entendías con los pupitres, y quizá eso había decepcionado a mi padre, mi forma de ser y en lo que me había convertido. Y mientras me terminaba los macarrones en silencio se me pasó por la cabeza la posibilidad de que Belén me considerara también poca cosa, un obrero inculto sin un lugar decente donde caerse muerto en cuanto le cerraban una puerta; tal vez lo que la había atraído de Rubén Plana era precisamente que él fuese estudiante como ella, alguien con ambiciones y con un futuro digno a la vuelta de la esquina, al contrario que yo, que si cerraban el ladrillar me vería en la obligación de buscarme cualquier cosa en cualquier sitio como llevaba haciendo desde que abandoné los barracones del Gabriel Torrents Camprubí. Después de comer, en lugar de sentarme en el sofá, me encerré en mi habitación, aquella tarde fue muy duro volver al ladrillar.

Al llegar a casa de Linares oí su voz en la parte de atrás, supuse que estaría contándole algo a *Credo* o dándole una orden, pero cuando llegué al patio me encontré a Linares sentado en su silla y a Benito García cortándole el pelo. García me saludó con efusividad al verme, era un viejo conocido de la familia porque mi padre llevaba toda la vida cortándose el pelo en su barbería de la calle Francesc Sáez y de niño me había llevado también a mí; García me sentaba en su sillón acolchado y giratorio, ponía una piruleta delante de mí y me prometía regalármela si permanecía *bien quietecito*, y yo, claro, me convertía en una estatua durante veinte minutos, ni los ojos apartaba del gran espejo, pero no por la piruleta, que siempre me había parecido muy de niñas, sino porque el *clic clic* de las tijeras me paralizaba de terror, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que a García, que tenía la costumbre de hablar sin parar y de hacer aspavientos con el peine y las tijeras, se le fuese la mano y me las clavase en la nuca o me cortara una oreja. Fui a su barbería

hasta que un día, yo debía de tener catorce o quince años, Sadurní me dijo que llevaba un peinado de crío y que mejor sería que dejara de ir a *ese barbero anticuado de abuelos*, él había ido a una peluquería más a la moda y lucía un peinado a lo John Travolta en *Fiebre del sábado noche*; le pregunté dónde se lo habían hecho y me llevó al Seven's, una peluquería de la calle Rectoría con fotos de modelos masculinos en las paredes, secadores eléctricos y música ambiente donde un peluquero vestido de negro me aconsejó peinarme hacia atrás con la raya en medio y me quitó definitivamente el flequillo que García llevaba tantos años recortándome antes de regalarme la piruleta.

—Hay que ver lo que has creció —me dijo García mientras abría y cerraba las tijeras a toda velocidad alrededor de la cabeza de Linares—, ¿cuántos años tienes?

—Casi veintidós.

—¡Madre mía del amor hermoso! —exclamó.

El *clic clic* de las tijeras iba y venía.

—El chaval ha venío a apañarme una viga —dijo Linares justificando mi presencia allí, ya que ni siquiera a García le permitía entrar en la casa y lo obligaba a cortarle el pelo en el patio aunque estuviesen en pleno invierno—. Mayormente eso es lo que está viniendo a hacer el chaval, y lo hace bien, eh, no te vayas a pensar, que se le nota que ando por ahí de peón, ¿no me comprendes?, no como a algunos, que lo que se les nota es lo que se les nota.

—Es lo que digo yo —asintió García—, no hay na como un buen profesional. Que cuando veo toas esas peluquerías de ahora que se llaman unisés, pues qué quieren que les diga, yo creo que si uno es barbero, pues es barbero, y lo de las mujeres es otra cosa, ¿no?, que no es lo mismo dedicarse a unos que a las otras, hombre, que son asuntos distintos, uno tiene que ser profesional de lo que es uno y dejarse de tanta mandanga.

Los años no lo habían cambiado y seguía soltando palabras como si no supiera elegir la última, y seguía asimismo con sus peligrosos aspavientos, el peine y las tijeras subiendo y bajando a escasos centímetros de la cabeza de Linares, a quien no parecía importarle lo más mínimo; se parecían los dos un poco, tenían más o menos la misma edad y habían nacido los dos en tierras andaluzas, aunque García era más achaparrado y recio y había llegado a Sant Feliu a principios de los cuarenta siendo todavía un niño de diez años, cuando sus padres decidieron huir de las dificultades y penurias del sur como haría el propio Linares años más tarde.

Arrimé la escalera a la pared aprovechando un momento en el que García se quedó callado y traté de mantenerme indiferente

cuando habló de nuevo, no quería pasarme el resto de la tarde escuchándolo. Antes de trepar al tejado preparé las tejas con las que cubriría definitivamente el agujero, eran bastantes, de modo que tuve que subir y bajar varias veces hasta acumularlas todas arriba, oía a García mientras lo hacía.

—… que el mundo, Linares, y si no corrígame usté, está a punto de irse a freír espárragos, y si no mire lo que les acaba de pasar a los rusos, en Chermóbil, creo que se llama, dígame usté si eso no es una calamidá, y aquí lo mismo, no se crea, aquí por lo pronto España ya se ha metió en eso del mercao común, digo yo qué necesidá teníamos, que yo, en la barbería, pues ya tengo que empezar a pagar el lío ese del IVA, que por suerte me lo lleva mi cuñao, que entiende de números, ¡si no, de qué! ¡Que uno se gana los cuartos con el sudor de la frente, caramba!, usté ya me entiende, en fin, a ver si esos del PSOE ganan otra vez y ponen los puntos sobre las íes, porque si no…

En cuanto tuve las tejas y las herramientas arriba comencé a preparar el mortero de cal y dejé de entender lo que decía García, su voz se había convertido en un sonido monótono y zumbón; me moví con cuidado por el tejado, pisando las tejas por sus extremos para que no se partieran, me arrodillé junto al agujero, unté con mortero de cal la primera teja y la coloqué sobre las rasillas. Unos minutos después oí claramente la voz de García:

—Andando, Linares, que ya lo he dejao a usté como un pincel, vaya a echarse un ojo al espejo.

Me volví a observarlos, Linares no se había movido de la silla ni parecía tener la intención de ir a mirarse a ningún espejo, simplemente se pasó las manos por el pelo corto, peinado pulcramente hacia atrás, y pagó a García con un billete que se sacó de algún bolsillo. García recogió sus utensilios y alzó la cabeza hacia el tejado.

—¡Adiós, chaval! —me gritó—, ¡dale recuerdos a tu padre! —se volvió hacia Linares, que aún no se había levantado, y se despidió —: Hasta agosto, pues.

Recuperé la posición y coloqué otra teja, en menos de una hora habría terminado; miré de nuevo hacia el patio, García ya había desaparecido, no se le oía tampoco, y Linares estaba arrastrando su silla hacia el interior de la casa, me alcanzó un gruñido familiar, *Credo* me clavaba los ojos desde su lugar habitual al fondo del patio, sujeto aún con la cuerda, el dichoso animal me había cogido manía. Cuando hube colocado casi todas las tejas me senté en la cúspide del tejado porque me dolían las rodillas y la espalda por culpa de aquella posición endiablada; desde allí arriba se veía todo el ladrillar, silencioso, lejano, quieto bajo el sol que pronto

declinaría, mi segunda casa también para mí, en eso coincidía con mi padre, o al menos así lo sentí en aquel momento, ¿qué haría cuando ya no formase parte de mi vida?, mi responsabilidad era velar por él y sostenerlo con mis propias manos, aportar mi grano de arena a la resistencia que exigía Lobo Castilla, le demostraría a mi padre que no era ningún crío y que su pesimismo sólo nos llevaba a callejones sin salida, como cuando yo decía esa gilipollez de la abeja en el charco, ¿de qué servía eso?, ¡yo no era ninguna puñetera abeja en ningún puñetero charco y me importaba una mierda que dios estuviese ahí en cuclillas mirándome sin hacer nada!, ¡yo había estudiado en un colegio de curas y sabía cómo las gastaba dios!, dios no había evitado que atropellasen a la abuela Joaquina ni que Belén se follase a otro ni tampoco movería un dedo por el ladrillar, ¡cómo coño podría hacerlo! Oí el motor de un coche en el aparcamiento y miré hacia allí, el Citroën Tiburón de don Ramiro cruzó la zona de carga y tomó lentamente el camino que llevaba a la carretera 340, lo estuve observando hasta que no quedó de él más que un rastro de polvo en el aire.

Me puse en pie y eché una ojeada a las tejas recién colocadas. En cuanto cubriera el agujero ya no tendría ninguna razón para volver a casa de Linares, la reparación de la viga habría terminado y él y yo volveríamos a ser simples compañeros de trabajo acostumbrados a permanecer alejados el uno del otro; me desagradó la idea de que volviera a considerarme otra vez un trabajador más del ladrillar, que me colocara al mismo nivel de Escudé o Lobo Castilla, pongamos por caso, y que como mucho me saludara con algo más de énfasis que a los demás por la sencilla razón de que un día le había cambiado una viga rota, y me desagradó aún más que él volviese a ser para mí sólo el viejo y loco Linares que iba de aquí para allá durante sus rondas de mantenimiento o que de vez en cuando se acercaba al almacén de herramientas a desayunar con nosotros. De repente comprendí que me gustaba venir a su casa, sentirme cerca de él, ambos teníamos algo en común, o eso quería creer, *¿por qué no te fuiste?*, nos parecíamos, no podíamos terminar así por las buenas y que todo quedase en nada, yo quería saber más de él, así que en lugar de terminar de colocar las últimas tejas, como había sido mi intención, me quedé sentado durante unos minutos más sin hacer nada, simplemente observando cómo las sombras del ladrillar se iban alargando y reptaban por la trituradora, por el edificio de los hornos, por la tierra de los patios… Cada minuto o minuto y medio asestaba varios golpes en alguna teja con la paleta para dar la impresión de que seguía trabajando, y de ese modo cumplí mi repentino deseo: si no terminaba aquella tarde, podría volver un día más.

Finalmente recogí las herramientas y descendí por la escalera; una vez abajo limpié el cuezo y la paleta en el grifo del patio sin perder de vista al mastín, que seguía echado en el rincón y que tampoco me perdía de vista a mí, y después me lavé las manos con una pastilla de jabón que yo guardaba allí en el suelo para no tener que usar cada vez el baño de Linares. Luego me dirigí al interior de la casa para informar a Linares de que me marchaba y lo encontré sentado en la silla, ligeramente inclinado sobre uno de sus baúles, supuse que lo había traído del entoldado en algún momento.

—Ya estoy acabando —le dije, y se irguió con un fajo de papeles en la mano—. Si todo va bien creo que terminaré mañana mismo, y el jueves, si quiere, le puedo ayudar a entrar los muebles.

Los ojos de Linares brillaban en el fondo de su cara, tenía a sus pies la botella casi vacía de Anís del Mono y una copa medio llena en el reposabrazos.

—No te emborraches nunca con anís, Daldo —se llevó la copa a los labios y bebió, me pareció que tragaba con dificultad—, el anís sólo pa mascar las penas o rebuscarse el coraje, na más pa eso…, pa tundas mejor el coñá, ¿no me comprendes?, que no engaña…, que el anís, el condenao, va entrando asín como el que no quiere la cosa y cuando se quiere dar uno cuenta ya se le ha malmetió en el cerebro.

Su voz había surgido trabajosamente, con pausas para no perder el hilo o la pronunciación, y apenas había levantado la cabeza para mirarme, como si tuviese el cuello dolorido o careciese de fuerzas, ni siquiera me había ofrecido una copa como otras veces, era la primera vez que lo veía borracho.

—Nos cierran el ladrillar, ¿no verdá? —preguntó.

—Bueno —dije—, a mí me parece que aún tiene solución.

Sonrió con desgana, la mirada fija en la copa, que movía entre sus dedos.

—Ésta es mi casa, Daldo, o sea que llevo yo aquí veintiséis años, que se dice rápido, y si don Ramiro cierra pues qué le voy a hacer, no puedo hacer na, ¿no me comprendes? Trabajo aquí, tengo aquí mis cosas, yo me apaño, pero si don Ramiro cierra pues me quedo en la calle, carretera y manta, como suele decirse.

Me sorprendieron sus palabras, Linares llevaba un montón de años alejado de la gente, encerrado entre las cuatro paredes de su casa, todos creíamos que era feliz así y que la distancia lo hacía sentir cómodo, pero nada de aquello coincidía con lo que acababa de decirme, ¿estaba realmente temiendo quedarse solo alguien que llevaba toda la vida queriendo estar solo?

—Bah, déjalo —dijo agitando una mano en el aire, la de la copa,

y unas gotas de anís cayeron sobre su pantalón—, siéntate aquí un ratico.

Me senté frente a él en el taburete, que imaginé había puesto allí para mí; me alargó una copa y me sirvió un dedo de anís, me ofreció un Bisontes, me dieron ganas de aceptarlo, pero lo rechacé, él se prendió uno raspando una cerilla de madera y el humo de la primera calada le desdibujó momentáneamente el rostro, cuando fumaba su boca era una línea dura, una grieta.

—¿Y tú cómo andas? —me preguntó—. Con la novia, digo.

—Bien —respondí, atónito, y me refugié en un trago de anís, lo di demasiado largo y lo noté arder garganta abajo, tosí y me ruboricé al comprender que me estaba ruborizando—. Bueno —rectifiqué sin saber por qué rectificaba—, hemos tenido una bronca, pero ya lo hemos arreglado.

—Mi Rafaela era también asín como son toas las mujeres, se le subía un genio que le ponía a uno los pelos de punta, que alguna vez incluso tuve que darle algún bofetón pa frenarla, no te vayas a pensar, pero asín suave, eh, o sea más bien un cachete, que yo a las mujeres pues me gustaba tratarlas bien, ¿no verdá?, y más a la Rafaela, que fue muy buena conmigo, la probretica, una santa —de los papeles que aún sujetaba en la mano eligió uno y me lo alargó —. Precisamente he encontrao esta foto de cuando novios.

La cogí, una fotografía en blanco y negro de una mujer joven, vestida con vestido blanco sujeto a la cintura con un lazo, bolso negro en las manos, que mantenía cruzadas por delante del vientre en una postura recatada o que ella adoptaba por timidez o incomodidad ante el objetivo, iba peinada con un complejo tocado de peluquería, probablemente recién hecho.

—Era muy guapa, Daldo, vaya si lo era, y decente, eh, decente como la que más, me gustaba sacarla de paseo y presumir de lo guapa que era, allá en el pueblo, digo, enseñársela a to quisque —movió la cabeza con pesar—. La pulmonía fue una mala pasá del destino, y es que el destino te agarra por los huevos, Daldo, te agarra y aprieta, ¿no me comprendes?, y no te suelta, ya me dirán a mí qué mal hizo mi Rafaela pa mal morir asín, de una pulmonía, que entonces había mucha miseria, eh, que no es como ahora, que se ven los medicamentos tiraos por la calle, antes una muela infectá te echaba al hoyo, o sea que figúrate tú una pulmonía —apuró la copa y al tirar el cuello hacia atrás se le fue todo el cuerpo contra el respaldo de la silla, la madera crujió; al volver a su posición traía una expresión aturdida en la cara, como si el golpe le hubiese arrebatado algo de lucidez o hubiese estado a punto de dejarlo inconsciente—. Pero no dejes que la foto te enrede, Daldo —prosiguió, como si no hubiese pasado nada, aunque era muy

evidente que había bebido más que en ocasiones anteriores—, las mujeres, ahí adonde las ves tan guapas y tan delicás, pues unos demonios, eh, unos demonios con piel de cordero, no digo yo que toas, eso no, pero se pueden contar con los déos de una mano las que no, una hermana que yo tenía y mi madre unas santas, eso sí, pero de las demás no pondría yo la mano en el fuego, o sea que lo mejor que puede hacer uno con la mujer es amarrarla corto, Daldo, lo que se dice bien amarrá, asín… —realizó un gesto rápido como si realizara un nudo, quizá un ballestrinque, y se salpicó con unas cuantas gotas más de anís—, eso tendría que haber hecho yo con mi Rafaela, atarla corto, digo, y otro gallo habría cantao.

No me encajaba el tono melancólico y dulzón con que había comenzado a recordar a Rafaela y el modo en que su discurso se había ido convirtiendo en un avispero de resentimiento que el anís echaba fuera a bocanadas; tuve la fuerte sensación de que el auténtico Tanco Linares pugnaba por salir al exterior, y era algo casi violento, animal, inesperado, en apenas diez minutos parecía haber soltado más palabras que en todos los años que llevaba en el ladrillar. Di otro trago de anís y sus ojos se cerraron mientras me miraban, mantuvo aquella postura inclinada hacia delante unos segundos, luego fue cayendo lentamente hacia atrás, como desmoronándose, hasta quedar recostado en el respaldo; cogí su copa antes de que le resbalara de la mano y, al rozar sus dedos, me golpeó la certeza de que Rafaela no había muerto de una pulmonía. Permanecí inmóvil durante un minuto, dos, tres, escuchando el silencio y escrutando la respiración de Linares en las oscilaciones de su pecho, *iba a contarme algo y no le ha dado tiempo*, me dije, y apuré mi copa con ansia, me parecía imprescindible tener algo de alcohol en la sangre, sentir ese calor en el estómago, *no te emborraches nunca con anís, Daldo*, esa burbuja en el cerebro, *el anís sólo pa mascar las penas o rebuscarse el coraje*, ¿de qué penas estaría hablando? Me incliné y agarré la botella de Anís del Mono, apenas quedaban un par de dedos, me llené un cuarto de copa y bebí, las penas tenían que ver con Rafaela, seguro, ¿sería eso lo que había estado a punto de contarme?

Un ruido seco me hizo saltar en el taburete y lancé la mirada hacia la puerta abierta de la casa temiendo ver a *Credo* en el umbral, dispuesto a saltar sobre mí o ya saltando, pero no había nadie y solté aire de puro alivio; noté unas gotas de anís en el dorso de la mano, las había derramado en el giro, las limpié con la punta de la lengua y entonces descubrí qué era lo que había provocado aquel ruido: los dedos de la mano izquierda de Linares habían cedido y el fajo de papeles que sujetaban había caído al suelo; entreví en ellos aquella fotografía de su padre y la de una mujer que

probablemente sería su madre, otra de un hombre que también parecía su padre aunque más viejo, facturas o recibos, una carta manuscrita…

El baúl. La idea estalló en mi cabeza. El baúl. Estaba allí, al alcance de la mano, sin cerrojos, completamente abierto, la vida de Linares a menos de medio metro de distancia, sus cosas, aquello que él defendía enconadamente con amenazas y narices rotas, bastaría con curiosear un poco y largarse, nada que pudiera considerarse ofensivo ni que me llevara más de cinco minutos. Me bebí de golpe el anís que quedaba en la copa y me concentré en el baúl, profundo y turbio, claveteado con remaches del color del cobre viejo y forrado por dentro con una tela amarillenta algo deshilachada; era tan sólo cuestión de alargar el brazo, no iba a hacer nada malo, si Linares despertaba de pronto podría decirle que sólo estaba guardando los papeles que le habían caído al suelo, quedaría creíble, no tendría por qué sospechar. Acerqué el taburete tratando de que las patas no hiciesen demasiado ruido y me detuve cuando las punteras de mis Adidas rozaron el baúl, *Credo* ladró a lo lejos, *vete a la mierda, perro de los cojones*, susurré, y eché un vistazo a Linares, que había comenzado a roncar. Me incliné hacia delante y observé el interior del baúl, a un lado vi aquellos trozos de ropa negra que descubrí eran guantes y al otro los consabidos montones de papeles, recortes de periódicos u hojas sueltas de viejas revistas, dos gruesos libros que tenían todo el aspecto de ser dos Biblias o quizá uno de ellos era un misal diario, dos carpetas llenas de documentos o recibos, y la caja gris abierta de la que sin duda Linares habría extraído las fotografías que tenía en la mano cuando yo había entrado en la casa, quedaba alguna más en el interior; alargué el brazo hacia la caja, cogí unas cuantas y les eché una ojeada. Reconocí a Linares de joven, fotografiado junto a un monumento, la típica foto de vacaciones, otra sentado en el banco de un parque, y aún más joven en la terraza de un bar, con una botella de sifón sobre la mesa y dos vasos, supuse que la persona que lo acompañaba sería quien lo estaba retratando, Rafaela, quizá; después más fotografías en sepia de antepasados cuyas miradas y gestos se precipitaban hacia los bordes carcomidos del papel; en uno de ellos reconocí al padre de Linares sentado en una silla frente al portal de una casa, mirando fijamente a la cámara, serio, con un cigarrillo entre los dedos, un hombre a quien la naturaleza parecía haber moldeado a toda prisa, toscamente, allí sentado para amedrentar a quien osara acercarse, alejado de los demás, como el propio Linares, a quien algo le habría quedado de aquel padre, el gesto tal vez, un aire. Volví a la foto del bar, Linares sonreía de un modo que no parecía él, se le veía más ligero, más luminoso, no

habría perdido aún a Rafaela, le di la vuelta a la fotografía, *Agosto de 1954*, si Linares había nacido en mil novecientos treinta allí contaba veinticuatro años, *sólo tres más que yo*, calculé, resultaba extraño pensar que Linares pudiese haber tenido alguna vez mi edad y que esos años se le hubiesen ya ido, que no quedara ni rastro de ellos, apenas un puñado de fotografías, y me entristeció darme cuenta de que mis veintiún años también serían arrinconados algún día por el tiempo y se quedarían en nada, como mucho los conservaría encapsulados en fotografías que en el futuro mostraría a mis hijos y más adelante a mis nietos y que finalmente, a mi muerte, irían a parar a manos de mis bisnietos, para quienes ya no significará nada mi fingida cara de boxeador junto a Sadurní y Félix ni mi expresión de felicidad mientras Escudé me pasea en su camión por el ladrillar, habrán pasado demasiados años para ellos y no sabrán qué hacer con tanto retrato. Devolví las fotografías a la caja con la sensación de que el anís me había metido en un bucle, no debería haberme llenado la segunda copa; en menos de una hora, además, empezaría a oscurecer y tenía que conducir. Sin darme cuenta me encontré con un par de guantes negros en la mano, alcé los ojos, Linares seguía durmiendo y roncando, la cabeza se le había caído sobre el pecho y tenía un hilillo de saliva en la comisura derecha. Me probé los guantes, me iban grandes, los dedos no me alcanzaban; sin quitármelos cogí otros idénticos y luego otros y advertí que todos tenían bordadas con hilo gris las iniciales TL, quizá fuesen del padre de Linares y Linares los conservara como recuerdo, aún quedaban más en el baúl y al cogerlos descubrí debajo de ellos un trozo de cuerda; retorné rápidamente los guantes a su sitio, los que llevaba puestos también, y tiré de la cuerda, la gruesa cuerda con la que Linares había estrangulado a *Rafaela*, *¿había o habíamos*?, la tensé y destensé con unos cuantos tirones bruscos, notaba el peso del anís en el entrecejo; armé un ballestrinque y di dos vueltas alrededor de un cuello imaginario, parecía tan fácil tirar y con ese tirón matar, a Linares le habían bastado unos pocos minutos, *no vuelvas a decir mató*, podría salir al patio trasero, atarle las patas a *Credo* y mandarlo al infierno, y seguro que el pijo de mierda de Rubén Plana se lo pensaría dos veces si me lanzase a su cuello y lo amenazara con asfixiarlo si volvía a ponerle las manos encima a la chica de otro.

Linares rebulló en la silla y del susto casi se me cae la cuerda al suelo, esperé completamente inmóvil, preparé las excusas, pero no ocurrió nada; deshice el ballestrinque, enrollé de nuevo la cuerda, la deposité en el fondo del baúl y coloqué los guantes encima tratando de dejarlos tal cual me los había encontrado, conocía la obsesión que Linares tenía por el orden y no sería yo quien

cometiese el estúpido error de revolvérselo todo y dejárselo después de cualquier manera, incluso opté por no recoger los papeles que le habían caído al suelo porque ello implicaría haberlos tocado y tal vez poner en evidencia que había tocado otras cosas. Me puse en pie, di unos pasos, miré por última vez a Linares, que ya no roncaba pero seguía con la cabeza gacha, y salí de la casa.

Una vez fuera miré hacia el fondo del patio, había aún bastante luz en el cielo, pero *Credo* era ya un bulto oscuro en su rincón. Al notar mi presencia se puso en pie como si brotara de las entrañas de la tierra y comenzó a gruñirme, *perro de mierda*, susurré, se revolvió sobre sí mismo sin dejar de gruñir y al estar atado se quedó atrapado en una postura absurda, *perro imbécil*, sonreí, pero entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo y me entró tanto miedo que pensé que jamás podría salir de allí: el muy cabrón intentaba arrancarse la cuerda a mordiscos.

—Dios mío —se me cayó de la boca.

El animal se retorcía sobre sí mismo y en cada embestida lograba lanzarle una dentellada a la cuerda, se había vuelto loco, lo conseguiría. Eché a correr a toda velocidad, el aparcamiento me parecía remoto, imposible de alcanzar antes de que *Credo* me alcanzara a mí, pasé por delante del barracón de la oficina, estaba a oscuras, no quedaba nadie en el ladrillar, me pareció oír los gruñidos del perro, sus garras clavándose en la tierra para reducir cuanto antes la distancia que lo separaba de mí; dejé atrás la zona de carga y sin dejar de correr eché una ojeada por encima del hombro, nada, llegué al aparcamiento, me metí la mano en el bolsillo del pantalón, saqué la llave, *me morderá ahora*, temí, *justo cuando…*, tiré de la portezuela del Ford Fiesta, salté al interior, puse el motor en marcha y pisé el acelerador.

Al llegar a casa me encontré a Belén en el portal del edificio.

—Hola —dijo.

Dio una calada al cigarrillo y permaneció inmóvil; preparé la llave con la mirada fija en la cerradura de la puerta, el día anterior ya la había dejado allí plantada y sentí el impulso de hacerlo de nuevo; Belén, como *Credo*, era sólo un bulto bajo la luz todavía innecesaria de las farolas, una presencia molesta, unos ojos y unas manos que acorralaban, me hubiese marchado sin dirigirle la palabra, pero necesitaba quedarme junto a ella y abrazarla. Me detuve y un breve fulgor me hizo levantar la cabeza, Belén le estaba dando una calada al cigarrillo y la punta incandescente de su Marlboro era tan roja como la luz que se encendía en el cuadro de control de los hornos cuando el calor alcanzaba la máxima

potencia.

—He venido a pedirte perdón.

Le había temblado la voz, parecía a punto de llorar, noté un vuelco en el pecho y me quedé mirándola sin saber qué decir, tanteé las llaves, repasé sus filos dentados con la punta del índice, sentía aún en los dedos el rastro de los guantes y la cuerda de Linares, e imaginé a Belén dándome la noticia de que alguien había estrangulado a Rubén, *lo ultimé yo*, le diría con orgullo, *no volverás a verlo*; Belén se me vino encima y me abrazó con ímpetu, mis brazos la acogieron primero con sorpresa y después con satisfacción, ¡cómo la había echado de menos!, cerré los ojos y aspiré el aroma a Farala de sus cabellos; ella me besó varias veces en la mejilla, había restos de lágrimas en sus labios, su cuerpo me pareció entonces un refugio en el que merecería la pena quedarse a vivir.

—No vuelvas a hacérmelo —dije.

Podría habérselo exigido o amenazarla con dejarla si se le ocurría volverse a liar con otro, pero simplemente se lo había suplicado, quería inspirarle lástima, mostrarle las dolorosas consecuencias que su frivolidad había causado en mí, hacérselo pagar en lugar de ahorrárselo, que le fuese evidente que me había herido y que yo no iba a superarlo así como así.

—Hueles a ladrillo —me susurró abrazándome con más intensidad.

Reprimí una sonrisa, no quería sonreír.

—¿Y a qué narices huele un ladrillo? —pregunté.

—A ti.

Nos besamos y me reconfortó la sensación de volver a la normalidad, había que enterrar el desafortunado asunto de Rubén Plana y dejar que se pudriera, ignorarlo, perdonar y seguir adelante aunque el dolor no fuese a desvanecerse tan sólo con buenos propósitos, porque Belén podía haberme pedido perdón e incluso arrepentirse en serio, haber llorado y que sus lágrimas fueran sinceras, pero a mí seguía doliéndome igual.

—Hagámoslo —jadeó sobre mis labios—, hagámoslo ahora.

Se apartó ligeramente y me miró a los ojos, había dejado de llorar, me besó otra vez, me agarró por el cuello de la camisa y, sin dejar de besarme, me dio la vuelta y me llevó contra la puerta del edificio. Sin apartar los labios de los suyos introduje la llave en la cerradura, y empujé la puerta y entramos a trompicones en el portal mientras ella me bajaba la cremallera de los téjanos; en mi edificio había una especie de sótano donde estaban los contadores de la luz y el agua, Belén me condujo escaleras abajo tirándome del pene, moviendo su mano arriba y abajo, me hubiese puesto a gritar y

traté de pensar en otra cosa, me correría en el acto si no lo hacía. Al llegar junto a los contadores de Fecsa le levanté la blusa y le arranqué el sujetador, ahogó una exclamación, su mano se había endiablado, *para, por favor, para*, le supliqué, no lo hizo, sólo se rio, le bajé los pantalones y la busqué con el dedo, entré en ella y su mano se quedó paralizada, *no pares, no pares*, le dije, y ella soltó otra risa y su mano me hizo caer de rodillas y ella se puso también de rodillas a mi lado, con las piernas abiertas, nuestras manos endiablándose juntas, ferozmente, hasta el final.

Al terminar nos quedamos el uno contra el otro, escuchando sobre nosotros los ruidos del vecindario, afortunadamente nadie había entrado ni salido del edificio. Al cabo de un minuto, como no nos habíamos movido, empezaron a dolerme las rodillas clavadas al suelo, Belén se quejó también y nos reímos; nos incorporamos, nos recompusimos la ropa y ella me dio un par de *Kleenex* para que limpiara el suelo, después nos sentamos en uno de los escalones, frente a frente, agarrados de la mano.

—Eres un buen tío —dijo.

No supe cómo tomármelo.

—Otro me habría dejado —añadió, con el dedo iba repasándome las venas de la mano—. Me gusta que seas así.

¿Así cómo?, *así de pardillo*, se apuntó la voz de Sadurní, *así de pardillo le gusta que seas*, me obligué a no pensar en él, Sadurní se las daba de conocer a las mujeres y de saber manejarlas a su antojo, yo mismo llevaba años creyéndomelo y otorgándole crédito, pero empezaba a sospechar que lo único que sabía en realidad de ellas era que tenían un agujero por donde metérsela, quizá Félix habría dicho algo más apropiado o más maduro, y sin duda se habría puesto en mi lugar, o tal vez era Linares quien tenía la solución, *lo mejor que puede hacer uno con la mujer es amarrarla corto, Daldo, lo que se dice bien amarra*, explotó en mi cabeza la imagen de las manos de Belén atadas con la cuerda de Linares, un ballestrinque en torno a sus muñecas, quizá así no volvería a causarme ningún disgusto.

—No volveré a hacerlo, Ángel —dijo—, y he hecho una cosa para demostrártelo y para que puedas volver a confiar en mí, pero tienes que prometerme que no te vas a enfadar.

—Te lo prometo.

Se lo prometí sin prometérselo y supe en el acto que, fuese lo que fuese lo que se le hubiera ocurrido para recuperar mi confianza, no me iba a gustar. Me dio un sonoro beso en los labios y empezó a contarme que el día anterior en el instituto les habían entregado las notas finales y que había una noticia buena y una mala: la mala era que había suspendido Historia, y la buena, que el profesor estaba

dispuesto a conceder una segunda oportunidad a los suspendidos; para ello bastaría con realizar un trabajo sobre cualquiera de los temas que habían estudiado durante el curso y entregarlo antes de fin de mes, podía hacerse individualmente, en pareja o en grupo, a él le era indiferente, el único requisito era que tuviese relación con el temario del año.

—Y yo voy a hacerlo con Rubén —remató Belén.

De repente se abrió la puerta del edificio, Belén se llevó el índice a los labios y a mí se me quedó toda la rabia encerrada dentro, ¡será retorcida la hija de puta!, no le grité que me importaba una mierda que nos oyeran porque, en el último instante, se me ocurrió que podía ser mi madre o mi padre quien acababa de entrar en el edificio, o ambos; escuché los pasos y el tintineo de unas llaves, una persona sola, los pasos eran ruidosos, seguramente de tacón de aguja o parecido, de mujer desde luego, no se trataba de mi madre, no solía calzar ese tipo de zapatos. La mujer abrió y cerró su buzón y se fue escaleras arriba. La escuchamos subir hasta que los taconazos desaparecieron, me pareció que se había detenido en el primero.

—Lo he hecho a propósito —continuó Belén sin darme tregua—, quiero demostrarte que él no significa nada para mí, ¿comprendes?

Sus dedos seguían acariciándome el dorso de la mano y me miraba fijamente, muy seria, como dándome a entender que su plan era honesto por completo; me pareció entrever una Belén distinta, una Belén dispuesta a asumir el riesgo de nombrar lo innombrable con tal de no perderme.

—Estoy en clase con él y no siento nada, Ángel, no pienso en él, no me levanto por la mañana y ya tengo ganas de verlo como me pasa contigo. Tienes que creerme porque te lo voy a demostrar.

El clima que habíamos creado junto a los contadores de la luz empezó a resquebrajarse, hice un esfuerzo por creer en sus palabras, intenté valorar su voluntad de buscar soluciones, pero sólo me venían imágenes de Rubén Plana tirándosela encima de un pupitre o de pie en los servicios, apreté las mandíbulas, ¿por qué resultaba todo tan complicado con Belén?

—Me has prometido que no te enfadarías.

—Quién coño está enfadado.

—Es que te veo la cara que pones.

—¡Es mi cara, qué quieres que te diga! —exclamé, apartando la mano de las suyas—, ¡si quieres me compro otra!

—No grites que nos van a oír.

—Me importa una mierda.

Se acercó a mí y se sentó sobre mis rodillas.

—Venga, Ángel, que ahora estábamos muy bien —me susurró acariciándome la cara con las manos—, no lo estropees.

Me entraron ganas de arrojarla contra el escalón y sacármela de encima, gritarle que dejara de tocarme.

—¿Cómo lo hicisteis? —me fui a por ella.

Vi en su expresión que estaba a punto de responderme que sólo hacía un día que el profesor les había propuesto lo del trabajo y que por lo tanto aún no habían tenido tiempo de hacer nada, ni de elegir el tema, pero entonces se le veló la mirada de golpe.

—¿Te lo hizo bien? —la hostigué.

—No empieces otra vez con eso, Ángel —suplicó.

—¿Te metió mano primero? —no podía detenerme, era como haber empuñado la cuerda de Linares, una euforia—, ¿te tocó las tetas?, ¿cómo te lo hizo?

—Cállate, por favor.

—Te la metió bien adentro, ¿verdad?

—Me voy a marchar, Ángel, de verdad —se apartó con aspereza de mí y se dejó caer en el escalón—, si no te callas…

—¿La tenía muy grande?

—… me levanto y me marcho, te lo juro.

—Seguro que gritaste como una puta.

Sentí una explosión en la cara y la mano de Belén retirándose bruscamente, me toqué la mejilla.

—No vuelvas a llamarme puta —le rechinó entre los dientes.

Me miraba con odio, *no vuelvas a decir mató*, su voz había sonado algo masculina y recóndita, jamás antes me había abofeteado, ni siquiera había hecho el gesto, y noté en el brazo el impulso de pegarle yo, una bofetada tan sólo, para no quedar como un gilipollas, *que alguna vez incluso tuve que darle algún bofetón pa frenarla, no te vayas a pensar*, pero no veía la forma de levantar la mano y lanzarla contra Belén, *pero asín suave, eh, o sea más bien un cachete*, ni siquiera eso, bajé la cabeza y tomé aire. Nos quedamos un rato en silencio.

Al sentarnos el miércoles a desayunar en el almacén de herramientas, Lobo Castilla le preguntó socarronamente a Antonio si ese problema de los números no lo habría provocado él al equivocarse con alguna división; Antonio lo mandó a la mierda sin levantar la vista del bocadillo y los demás soltaron una carcajada, los ánimos se habían calmado un poco y cada uno intentaba sobrellevar el asunto a su manera. Me pareció que mi padre era de los que lo toleraba peor, se le notaba más melancólico con los compañeros, menos bromista, para desayunar se había sentado solo en el rincón junto a la puerta y masticaba mirando afuera, ensimismado en el patio de almacenaje. Me levanté, llevé conmigo la silla de tijera que utilizaba cada día y me senté junto a él.

—He estado pensando en eso que dijiste de que ya no podríamos instalar el teléfono en casa —se volvió a medias hacia mí y añadí—: Podría pagarlo yo.

—Tú ya estás pagando el coche.

—Me alcanza para todo. Además, Linares me pagará pronto.

—Eso te lo has ganado tú.

—Y lo que ganas tú también te lo ganas tú, y el teléfono lo utilizaríamos los tres, ¿no?

—Eso es lo que me da más miedo —sonrió.

Se le iluminó la cara y me pareció que volvía a ser el de antes de las malas noticias en el ladrillar, quizá se había alegrado de que yo quisiera echar una mano en casa. Me pregunté si eran ese tipo de cosas las que hacían que un padre se sintiera orgulloso de su hijo, si Linares se refería a eso cuando hablaba de su propio padre y aprovechaba la menor ocasión para traérselo al presente con viejas fotografías o manteniendo en la pared el cuadro de Cristo, en esto parecía Linares un niño, tan pendiente aún de su padre, y me extrañó que siendo una manía tan arraigada en él nadie en el ladrillar lo hubiese mencionado nunca ni se le hubiese inventado nada; me di cuenta de que probablemente yo era el primero en saber algo de Tancredo Linares. Al cabo de unos minutos, cuando me estaba terminando el bocadillo, *Credo* apareció con brusquedad en el umbral del almacén, recio y espeso, afianzado sobre sus cuatro

patas, y nos repasó uno por uno con un leve y prolongado gruñido, a mí me mostró los colmillos.

—¡A gruñirle a tu padre! —le gritó Lobo Castilla arrojándole una rodaja de chorizo.

El perro ignoró la comida y le ladró, se le habían formado espumarajos en las comisuras de la boca y sus ladridos retumbaban dentro del almacén como bocinazos, ¿sería capaz de atacarnos el muy cabrón?; en ese instante llegó Linares, lo agarró por el collar y tiró de él hacia atrás, regañándolo, el mastín calló, pero se quedó retando a Lobo Castilla con una mirada implacable.

—Este perro está chiflado, Linares —dijo Lobo Castilla.

—Es na más hasta que se acostumbre —replicó Linares.

—Y una mierda —receló Lobo Castilla, se llevó a la boca el último pedazo de pan, arrugó la hoja de papel de periódico en el que lo había traído envuelto y, masticando, añadió—: Cualquier día nos muerde a alguno, y te digo una cosa, Linares, si al hijoputa se le ocurre morderme a mí, lo agarro por el pescuezo y lo echo al puto horno.

Me sorprendió que Linares, que tanta estima le tenía a sus perros, no se enfrentara a Lobo Castilla para defender a *Credo*, ese Linares no se parecía demasiado al que yo me encontraba cada tarde en su casa, allí delante de los demás se comportaba como el viejo loco que todos creían que era, les daba lo que esperaban, esa imagen tan parcial hecha tan sólo de pedazos y rumores.

—Hay que reconocer que el perro tiene mala leche —intervino Escudé—, no es como la *Rafaela,* que era un cacho de pan, la pobre.

Linares y yo cruzamos una mirada.

—¿Cómo coño se te ocurrió matarla? —le soltó Lobo Castilla.

Los ojos de Linares se fueron en su busca, *no vuelvas a decir mató,* pero no fue como cuando lo dije yo, a Lobo Castilla no le recriminó el verbo, lo encajó y listos; durante unos segundos nadie dijo nada, el mastín dio tres o cuatro tirones secos pero la manaza de Linares lo retuvo.

—Es cosa mía —respondió, y volvió a mirarme.

—¿Y no se te ocurrió llevarla al veterinario?

—Se habría muerto igual, la pobretica.

—¡Pero no estrangulada, coño!

Lobo Castilla se puso en pie sacudiendo la cabeza, arrojó al cubo de la basura el envoltorio del bocadillo, se encaró desde lejos al perro y fingió arrearle una patada; *Credo*, que se encontraba a tres metros de él, volvió a ladrarle con un ensañamiento que me erizó el vello de los brazos y la nuca; lo único que nos separaba de una carnicería era la mano indoblegable de Linares sujetando la cuerda

que rodeaba el cuello del mastín, dependíamos de ella, de que sus dedos resistieran, *venga, Linares*, pensé, *llévese al perro de aquí*, y por fin llegó la orden tajante con la que Linares fulminó tanta ferocidad, *¡quieto*, Credo/, un golpe áspero de voz que apagó en seco al animal, un simple juguete abatido con un interruptor.

—Tienen razón, Linares —dijo Antonio en tono apaciguador—, deberías andarte con ojo. Creo que hacer eso con los perros va contra la ley, podría traerte problemas.

—Ya me conozco yo la ley —replicó Linares, que había obligado a *Credo* a sentarse—, otra cosa no, pero la ley yo me la conozco.

—¡Pero tú qué vas a conocer, hombre! —se encabritó Lobo Castilla, tan indignado que parecía estar a punto de arrearle un puñetazo a algo—. ¡Si llevas treinta años aquí metido, joder!

—La ley yo me la conozco, otra cosa no digo yo que no, pero la ley sí.

Lobo Castilla soltó una carcajada.

—¡Tendrá cojones el tío! —exclamó, se acercó a la tablilla de madera donde anotábamos los desperfectos y las averías, lo que Linares llamaba *el cepo*, y arrancó el pedazo de papel en el que todos sabíamos había ya una larga lista de reparaciones pendientes —. ¡Venga, hombre de leyes! —añadió alargándole a Linares el papel sin perder de vista a *Credo*—, ¡deja la ley en paz y haz tu trabajo, que para eso te pagan!

—Otra cosa no digo yo que no, pero la ley sí.

—Sí, hombre, sí —concedió Lobo Castilla con desprecio y obligándolo a coger el papel—, venga, espabilando, que tienes un retraso de dos pares de narices, ¿se puede saber qué coño haces todo el día metido en casa?

—Estudiar leyes —se mofó Escudé.

Rieron todos y Linares bajó la cabeza.

—¿Te crees que a mí no me gustaría quedarme todo el día en el sofá de mi casa? —le gritó Lobo Castilla.

—No ha tenido tiempo —solté de improviso—, hemos estado reparando la viga de su casa.

Lobo Castilla se volvió hacia mí.

—¡Coño con el niño! —sonrió; supuse que no daba crédito a que alguien hubiese salido en defensa de Linares—. ¡Ni que la viga esa fuese la Sagrada Familia de los cojones! —miró de nuevo a Linares, que seguía allí sin moverse, los dedos sellados en torno a la cuerda de *Credo*, soportando las pullas de Lobo Castilla como si no fueran con él—. ¡Que no, Angelito, que no, que son las copas de coñac y de anís que se mete entre pecho y espalda lo que no le deja tiempo para ocuparse de sus obligaciones! —dejó de sonreír y su mirada

sobre Linares se intensificó, la del mastín sobre él también—, ¿no verdá, Linares? —lo imitó casi rozándolo—, ¿no verdá que son las copas de Veterano y de Anís del Mono?, ¿no verdá, Linares, no verdá?

—Déjadlo en paz —dije.

—¿Y el mono, Linares? —se unió Escudé, riéndose—, ¿ya te ha salido el mono o qué?

Los demás se echaron a reír otra vez, las cabezas volcadas hacia atrás y las bocas abiertas, el pan a medio masticar entre los dientes, eran un hatajo de imbéciles, y yo más imbécil todavía por haberme reído tantas veces con ellos cuando le tomaban el pelo a Linares con eso del mono, ya una tradición desde que Escudé, como venganza por lo de la nariz, le dijo muy serio a Linares que el anís se llamaba Anís del Mono porque al terminarte la botella veías un mono en el fondo.

—¿Cuántos monos has visto ya, Linares ? —insistió Escudé.

—¡Dejadlo en paz! —repetí alzando la voz.

Se apagaron ligeramente las carcajadas y noté varios pares de ojos encima de mí, también los de mi padre; Linares me dedicó una mirada fugaz y se marchó cabizbajo con *Credo* a hacer la ronda de mantenimiento que le había exigido Lobo Castilla, parecía una rendición.

—Tu hijo te ha salido respondón, ¿eh, Daldo? —le dijo entonces Lobo Castilla a mi padre.

—Vete a la mierda, anda —le espeté sin mirarlo; él estaba de pie, cerca de mí, y yo sentado.

Percibí cómo se acercaba.

—No te enfades, coño —me dijo dándome un suave pescozón.

Me levanté como impulsado por un resorte, Lobo Castilla era unos centímetros más alto que yo, más corpulento, y al encararme con él su envergadura me recibió sin inmutarse, un muro, uno de sus brazos tenía el mismo grosor que una de mis piernas.

—¡De qué vas! —exclamé, me estaba yendo por una pendiente, notaba el vértigo a mi alrededor.

—Tranquilo, chico —me sonrió.

¡Por qué coño todo el mundo tenía que ponerse a sonreír cuando me estaba jodiendo!, *lo he hecho con Rubén,* cerré el puño derecho, *tuviste coraje, Daldo*. De pronto alguien tiró violentamente de mí desde abajo y caí sobre la silla de tijera, la mano de mi padre estaba engarfiada a mi brazo como la de Linares lo había estado a la cuerda, yo otro juguete abatido.

—Termínate el bocadillo —decretó—, y deja de hacer el tonto.

Su mano no me soltó, me estaba haciendo daño, di un tirón y

sus dedos cedieron; me puse otra vez en pie y salí del almacén.

—¿A qué ha venido el numerito de esta mañana con Castilla?

Mi padre había esperado a que nos hubiésemos sentado a comer en la cocina para soltarme la pregunta que supe le quemaba por dentro desde el incidente en el almacén, quizá quería hacer partícipe a mi madre; durante el trayecto del ladrillar hasta casa se había limitado a tararear a Paco de Lucía como si nada lo turbara, pero a mí no se me habían pasado por alto sus manos crispadas en torno al volante y su mirada ausente.

—Es un chulo —contesté, y soplé las lentejas para que se enfriaran.

—¿Qué quieres?, ¿que el tío te dé un guantazo y te mande al hospital?

—Que pruebe.

—¡Que pruebe! —rio forzadamente—. ¿Lo oyes, María?, ¡que pruebe, dice!

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó mi madre.

—Aquí, tu hijo, que va de supermán.

—Estaban metiéndose con Linares —dije—, se pasan el día metiéndose con él.

—Le estábamos gastando unas bromas, como siempre.

—Exacto. Como siempre.

—¿Y a ti qué más te da? Antes te reías como el que más.

—Antes era antes.

Miré a mi padre y él me miró a mí.

—Tengamos la fiesta en paz —terció mi madre—, y comed de una vez, que las lentejas frías no valen nada.

Empezamos a comer. Un par de minutos después, mi padre me señaló con la cuchara, luego señaló a mi madre y, sin dejar de masticar, dijo:

—Anda, cuéntale a tu madre eso que me has dicho del teléfono —sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa—. Escucha, María, escucha, que esto te va a gustar, que este hijo tuyo sale últimamente con unas cosas.

Golpeé la puerta de Linares con los nudillos, el hombre no tenía ni timbre, ¿para qué habría de tenerlo?, ¿para que llamara quién?, golpeé de nuevo con más fuerza, no parecía hallarse en casa; fui al patio trasero, lo llamé tres o cuatro veces, ni rastro de él ni de *Credo*. Durante toda la mañana, tras el percance con Lobo Castilla, a Linares se lo había visto bastante atareado por el ladrillar tratando

de ponerse al día con sus obligaciones sin hablar con nadie, y después de comer no me había cruzado ni una sola vez con él, así que supuse que se habría encerrado en casa a beber o a revolver sus baúles en busca del pasado. Lo llamé una vez más, empecé a acercarme a una de las ventanas que daban al comedor y pisé sin querer la pequeña trampilla del suelo, noté el grosor de la argolla bajo las Adidas, no quise mirarla y me fui directo a pegar la nariz al cristal de la ventana, hice pantalla con las manos para inspeccionar el comedor, la silla estaba allí y también el baúl con la tapa aún levantada, quizá Linares se encontraba en el baño o en el dormitorio; golpeé el cristal con los dedos y grité su nombre de nuevo, el baúl parecía controlarme con sus docenas de remaches cobrizos, ojos diminutos y punzantes, tan antiguos que parecían arrancados de alguna de las fotografías que se amontonaban en el interior; mis manos querían irse otra vez a rebuscar en él, volver a hurgar en el pasado de Linares, era casi una necesidad física, obviar las fotografías y revolver los papelajos que había entrevisto en apretadas carpetas. Di media vuelta y me dirigí nuevamente a la puerta principal, intenté abrirla, estaba cerrada, la hubiese derribado de una patada, pero me aparté y apoyé la espalda en la pared con un suspiro, *mejor así*, me calmé, ¿qué me importaba a mí el baúl?, ¡acabaría consiguiendo que el *Credo* de los cojones me arrancara una mano de cuajo o que Linares cumpliera su amenaza de romperme la nariz!, lo que tenía que hacer era concentrarme en lo que tenía que concentrarme y no perder de vista que yo estaba allí para reparar una viga, nada más. Arrimé la escalera a la pared de la casa y trepé al tejado dispuesto a colocar las últimas tejas. Al llegar arriba eché un vistazo a mi alrededor, el ladrillar parecía realmente tan distinto desde allá arriba, daban ganas de quedarse a vivir para siempre entre las tejas, aislado de los demás y ajeno al ajetreo que imperaba a ras de suelo; de repente, a lo lejos, distinguí a Linares sentado entre los hierros de la trituradora, solo, mirando hacia los primeros remontes de la sierra de Collserola, volutas de humo de un cigarrillo ascendían por encima de su cabeza, ¿qué estaría haciendo?

Me sorprendí bajando la escalera, ¿y qué narices estaba haciendo yo? Dejé atrás la casa y apresuré el paso. La trituradora se levantaba justo detrás del edificio de los hornos, más allá de ella tan sólo quedaban los montones con distintos tipos de gravas y arenas, el silo donde se guardaban las grandes piedras antes de ser trituradas y la gruesa alambrada que cercaba el ladrillar. Linares estaba sentado en la escalerilla de acceso a la máquina con la mirada perdida en la silueta escarpada de la sierra, me oyó llegar porque mis zapatillas de deporte hicieron crujir la gravilla que las

cintas transportadoras solían escupir al suelo.

—De chico te gustaba la máquina esta —dijo.

Llegué junto a él y me quedé de pie, apoyado en una esquina de la trituradora, no vi a *Credo* por ninguna parte.

—Te venías aquí y te pasabas horas.

Me ofreció un Bisontes aun sabiendo que yo no fumaba, quizá porque no tenía otra cosa que ofrecerme, no se había traído su botella de brandy ni tampoco la de anís, *¿cuántos monos has visto ya, Linares?*, se encendió el cigarrillo rascando una cerilla y el humo le fue subiendo por los ángulos rígidos del rostro; detrás de él, a la altura de su hombro derecho, se hallaba la plancha de hierro con uno de los avisos de peligro de muerte, la calavera y las tibias cruzadas.

—Aquí murió Feliciano Campos —dijo, cabizbajo.

—Lo he oído contar muchas veces.

—Yo estaba ahí —dijo señalando la puerta trasera de los hornos, a unos diez metros de distancia—, cuando se cayó, digo, o sea, cuando se resbaló, y lo escuché gritar porque estaba ahí na más, Daldo, no tienes idea de lo que fue eso, escucharlo, digo, y nadie quiso acercarse —dio una calada al cigarrillo y tuve la impresión de que pretendía consumirlo todo de golpe; al quitárselo de la boca le cayó algo de ceniza sobre el pantalón, no se la limpió—, se quedaron tos que les pinchas y no sale sangre, ¿no me comprendes?, blancos como el mármol, el Castilla también, ahí adonde lo ves tan macho, y yo me dije pues tendré que ir a ver qué, ¿no verdá?, a ver qué, y eso fue lo que hice, y al asomarme allá arriba —indicó con un gesto fugaz las ruedas dentadas sobre nosotros—, pues ya vi lo que vi, o sea, que vi a Feliciano que se había caío dentro y…, bueno, tú sabes cómo tritura eso, ¿no verdá?, ahí, los huesos, na, manteca. Pues a Feliciano le había quedao un brazo asín afuera, asín como pidiendo ayuda, ¿no me comprendes?, y me pareció que se movía, a mí me lo pareció y tiré de él pa ver si podía salvarlo, cómo me iba a figurar yo…, eso no me lo podía figurar yo ni en pintura. Si lo hubiese visto caer pues ya me habría percatao de que no había na que hacer, pero como no lo vi, como sólo lo escuché gritar, pues tiré de su mano por si podía sacarlo de ahí —apuró con tres caladas seguidas el cigarrillo hasta quemarse casi los dedos, lo arrojó al suelo y expulsó el humo lentamente—, pero me se vino el brazo solo, Daldo, ¿no me comprendes?, el brazo tronchao por el hombro, asín de cuajo, y no te vayas a pensar que lo solté, eh, lo guardé ahí, a mi vera, pa dárselo endeseguía a la Guardia Civil, no fuera a ser que…, en fin, que la ley yo me la conozco, Daldo, y a quisquillosa no la gana nadie.

—¿Y de qué conoce usted la ley?

Me miró por primera vez y extrajo del bolsillo de su bata de mantenimiento el paquete arrugado de Bisontes, se llevó otro cigarrillo a los labios con una ansia que me pareció desmesurada, después de todo, acababa de fumarse uno, y le prendió fuego volviendo a raspar una cerilla.

—Hay hombres que tienen que hacer esas cosas que nadie quiere hacer, ¿no me comprendes?, como cuando nadie quiso arrimarse a por el Feliciano. A veces tiene uno que hacer lo que tiene uno que hacer. De eso me conozco yo la ley.

Rafaela no murió de una pulmonía, fue como si alguien me lo hubiese susurrado al oído, una advertencia, yo había intentado comprender a Linares, defenderlo de quienes lo hostigaban o se burlaban de él, pero en cuanto habló de nuevo de la ley, con esa amargura, con esa insistencia, supe que había matado a su novia con sus propias manos, probablemente la había maniatado con un ballestrinque y la había estrangulado con la misma cuerda con que años después sacrificaría a la segunda Rafaela de su vida, y si se conocía la ley se debía sin duda a que la ley lo habría condenado por aquel crimen, lo habría encerrado unos cuantos años y la cárcel lo habría convertido en el hombre que era, alguien que al recobrar la libertad no tuvo más remedio que alejarse de su desgracia y buscarse un lugar donde comenzar de nuevo.

—Por ahí dicen que esa novia suya no murió de una pulmonía.

Me arrepentí de haber abierto la boca, pero Linares ni siquiera me miró, se limitó a dar una calada a su cigarrillo y regresó a la postura en la que lo había encontrado al llegar, ensimismado en los colores azulados que el sol de la tarde le arrancaba a la sierra, *si no contesta es que lo hizo*, me dije. *Credo* apareció por el otro extremo de la trituradora y yo hice ademán de refugiarme junto a Linares, *ya*, Credo, *ya*, lo atajó él sin molestarse en mirar al perro, que se detuvo, se echó mansamente al suelo y se quedó observándome con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras.

—El mejor perro pa guardar las cosas de uno —dijo Linares con orgullo, y entonces sí lo miró; no era la primera vez que yo le oía decir aquello, y recordé al mastín revolviéndose sobre sí mismo en el patio trasero para arrancarse la cuerda a mordiscos—. Me levantas ahora una mano, Daldo, me agarras asín del cuello, por ponerte un ejemplo na más, y estás muerto, ¿no me comprendes?, si yo quiero estás muerto.

Credo seguía sin apartar los ojos de mí, tenía una mirada oscura como la de Linares; yo no iba a ceder, no podía, no sabía cómo, no quería saberlo, tan sólo deseaba llegar hasta Linares, hasta sus entrañas.

—¿La mató usted?

Sonó espantosamente mal y vi venir los ojos de Linares con tanta fuerza que retrocedí un paso por instinto. Arrojó la colilla al suelo, se puso en pie, descendió los escalones y se me echó encima, no me dio tiempo a nada, en apenas un segundo ya no podía respirar ni casi moverme, los rasgos de Linares eran los de una piedra agitada en las ruedas dentadas de la trituradora, algo a punto de quebrarse y hacer daño; me llevé las manos al cuello buscando el modo de volver a respirar y me encontré con los dedos y los nudillos de Linares, traté de apartarlos, *Credo* ladraba a lo lejos, o muy cerca, *me van a matar entre los dos*, sucumbí, *me van a ultimar*, y tropecé con algo, quizá con *Credo*, y creí que me iba de espaldas al suelo, pero no había tropezado con nada ni tampoco me caía, era sólo que Linares había comenzado a empujarme y yo retrocedía casi en vilo agarrado a su brazo, el perro aparecía y desaparecía a mi alrededor, ladrando, un borrón de colmillos y garras, y luego el borrón negro de los ojos de Linares, *si yo quiero estás muerto*, quería, estaré muerto; choqué de espaldas contra algo, una pared, y de pronto me sentí bien, *así debe de ser la muerte*, supuse, algo suave en medio del horror, un soplo de aire. Comprendí que sólo estaba respirando de nuevo, tosí, la mano de Linares había cedido, su mirada no.

—Te dije que no volvieras a decir *mató*.

Credo había dejado de ladrar y el silencio me pareció mucho peor.

—Es lo que… dicen —jadeé—, que usted…

—Ya me sé yo lo que dicen —replicó—, andan tos repitiéndose como loros idiotas, to el santo día que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá, no han hecho otra cosa en años.

—Yo no soy… ningún loro —dije llevándome una mano al cuello, me dolía, noté los latidos del corazón en la punta de los dedos—, y no creo todo lo que dicen de usted.

Se apartó un par de pasos y se echó mano al bolsillo de la bata, el paquete de Bisontes crujió cuando lo recompuso para coger otro cigarrillo; antes de llevárselo a la boca lo alisó delicadamente y de nuevo me pareció imposible que sus dedos pudiesen llevar a cabo semejante tarea sin desmenuzar algo tan frágil como unas briznas de tabaco liadas con papel de fumar.

—Tú arrojaste el cachorrico al fuego, Daldo —rascó una cerilla contra el lado rugoso de la cajetilla y prendió el Bisontes—, echaste a aquel pobretico a los hornos, *¿no* me comprendes? Sin en cambio los loros andan to el día repitiéndose sus tontás unos a otros, eso es lo que hacen. —Hizo girar el cigarrillo entre sus dedos y permaneció unos segundos observándolo en silencio, llevaba las uñas mal recortadas y algo sucias, se apreciaba en dos de ellas la nicotina de tantos años, también en los dedos amarillentos—. Qué

vas a ser tú un loro, Daldo, qué ocurrencia —me dio la impresión de que estaba a punto de soltar una carcajada, pero en sus labios no asomó ni la más leve de las sonrisas, sólo su cabeza inició un lento movimiento ascendente—. Lo que tú eres se lleva en la sangre, Daldo, ¿no me comprendes? —sus ojos ya estaban fijos en los míos —. Mi padre, que en paz descanse, el pobretico, lo llevaba, y yo también lo llevo, en la sangre, digo, y tú también, y ahí ya no te engañes más, Daldo, ahí ya no te queda más que echarle coraje.

Sus ojos me sujetaban, no tenían intención de apartarse, *¿por qué no te fuiste?*, durante un instante los nubló el humo del cigarrillo, *te quedaste por lo mismo que echaste el cachorro al fuego, ¿no verdá?*, noté una sacudida en la boca del estómago y *Credo* gruñó sordamente como si presintiese una huida, se había fundido a las piernas de Linares, su prolongación, y sus ojos de perro guardián se clavaban en mis pies, me arrancaría los tobillos si se me ocurría echar a correr.

—Una vez estuve a punto de matar a un hombre —reconocí mi voz en cuanto la oí, yo había dicho aquello, había sido yo, un segundo después tuve la certeza de que no podría haber dicho otra cosa—. Se llamaba Joan Pons, fue el que atropelló a mi abuela.

Asintió porque en el ladrillar estaban todos al corriente del accidente en el que mi abuela había perdido la vida, mi padre lo había contado en su momento y había causado una gran consternación entre los compañeros, que encargaron una corona de flores y acudieron juntos al entierro, incluido don Ramiro y su mujer, sólo faltaron Linares, por razones obvias, y Antonio, que se disculpó con mi padre diciéndole que él desde el funeral de su hijo Tiny, aún reciente, no podía soportar las iglesias y aún menos los entierros.

—Pa hablar de esto necesitamos un poco de coñá —dijo Linares.

Arrojó la colilla al suelo, la aplastó con el zapato y echó a andar, me estaba invitando a ir a su casa, ¿iba yo a meterme en su casa después de lo que me había hecho?, ¡si no tendría ni que dirigirle la palabra! Mis piernas se pusieron en movimiento, necesitaba contarle lo de Joan Pons, necesitaba saber su opinión, compartir con él lo que se suponía que ambos llevábamos en la sangre; mientras caminábamos no podía dejar de escuchar las pisadas de *Credo* detrás de nosotros, repiqueteando en la tierra, y me forcé a no volver la cabeza para comprobar si se hallaba o no muy cerca de mí, no le daría el gusto de entregarle mi miedo, no cedería más ante aquel perro cabrón.

Linares apuró la segunda copa de brandy y con el movimiento se

le desprendieron unas briznas de ceniza del cigarrillo que sujetaba entre los dedos índice y corazón, se ensució de nuevo los pantalones, hizo ademán de limpiárselos pero dejó el gesto a medias; había escuchado mi relato de Joan Pons bebiendo y fumando, sin manifestar ninguna expresión de condena ni de aprobación, me pregunté si se sentiría orgulloso de mí.

—El que la haga que la pague—dijo entonces, se llenó otra vez la copa, fue a llenar la mía y se dio cuenta de que yo apenas había bebido, aun así le añadió unas gotas—. Eso decía mi padre —continuó en cuanto dejó la botella de Veterano en el suelo—, el que la haga que la pague, y de eso sabía él mucho, eh, del ojo por ojo, no te vayas a pensar que no, aunque él, claro, en lo suyo, pues un mandao, si no a santo de qué, con lo de misa que era.

Se levantó, se acercó al pequeño mueble donde guardaba sus botellas y cogió la de Anís del Mono, regresó a la silla y se dejó caer con un suspiro, se bebió de un trago el brandy de la copa y acto seguido la llenó de anís, *el anís sólo pa mascar las penas o rebuscarse el coraje*, me llevé la mano al cuello, me masajeé los puntos de dolor. Linares se inclinó hacia delante, metió la mano en el baúl, rebuscó entre las viejas fotografías y me alargó aquella en la que su padre estaba de pie en medio de un patio de tierra y detrás de él se levantaba la fachada de una fábrica, aquel hombre recio, embutido en su abrigo, con una caja de herramientas en la mano.

—Un día, siendo yo chico —dijo Linares—, asín de buenas a primeras, mi padre me habló de su trabajo, no del de cerrajero, que tuvo de cuando joven y en el que aún echaba unas horas, sino del otro…, del que tuvo más tarde —se llevó la copa de anís a los labios y bebió, fue como si lo hiciera para engrasarse la garganta—. Yo, Daldo, figúrate, un crío era, ¿no verdá?, ¿cómo me iba a figurar yo la cosa?, na más que le escuché hablar y cuando terminó le pregunté lo que más alante supe le preguntaban muchos, o sea, el porqué de haber elegío esa profesión, sólo que yo no se lo pregunté asín con esas palabras, qué iba a saber yo con lo chiquitico que era, doce años o asín tendría, figúrate, sino que se lo pregunté sin miramiento ninguno, ¿no me comprendes?, le pregunté que por qué mataba a la gente, y él se vino pa mí y me echó al suelo de una guantá —movió la cabeza y dio otro trago más largo, más hondo, le habían empezado a brillar los ojos—. Fue la única vez que me puso la mano encima y no creo que me diera el hombre con toas sus fuerzas, pero a mí la cara me se quedó mala pa un mes entero, y también me quedó muy claro que no tenía que volver a decir eso de matar.

Observé nuevamente la fotografía, no sabía qué decir, ni siquiera estaba seguro de haber entendido a Linares, me había

costado seguir el hilo de lo que me contaba de su padre y se me ocurrió que tal vez lo que trataba de decirme era tan importante que casi no sabía cómo decirlo.

—Mi padre no fue sólo cerrajero, Daldo —añadió, tenía la mirada enterrada en el fondo de la copa, en los tintes azulados del anís—, mi padre fue ejecutor de sentencias de la Audiencia de Sevilla.

Me miró, esbozó la sonrisa más horrible que le vi esbozar nunca y trató de borrarla apurando la copa de anís; aguardó mi reacción, o eso me pareció, pero yo ignoraba lo que se suponía que debía decir, desconocía lo que significaba pertenecer a la Audiencia de Sevilla y también qué tipo de trabajo habría podido desempeñar allí Tancredo Linares como ejecutor de sentencias.

—En esa foto se ve to —dijo señalando la fotografía que yo seguía sosteniendo en la mano—, ahí na más que mires un poco se ve —observé nuevamente el viejo retrato, yo seguía viendo lo que ya había visto—. La foto se la hizo un conocío suyo el trece de enero de mil novecientos cincuenta —explicó—, la fecha está atrás, y lo suyo le costó, eh, al conocío, digo, porque mi padre era ver un trasto de esos de retratista y armaba la de Dios es Cristo, que un día, figúrate, vinieron unos señores asín muy elegantes a la casa pa no sé qué de una entrevista o una película y el hombre casi les arroja un tiesto a la cabeza —se inclinó hacia mí y clavó la punta del dedo en la esquina de la fotografía donde se levantaba la especie de fábrica—. Y eso de ahí es la tapia de Carabanchel, de la prisión, digo. Mi padre acababa de hacer allí un servicio, ¿no me comprendes?, y ahí en su mano lleva lo que sería el aparato, o sea, *el cepo*, como él lo llamaba.

Bebí un sorbo de brandy, me cayó garganta abajo como una esquirla de ladrillo caliente, acabaría acostumbrándome a su sabor.

—No sabes de qué te hablo, ¿no verdá?

Negué con la cabeza y volví a beber, *soy un imbécil*, me dije, *no sé una puta mierda*, tenía una remota idea de lo que significaba todo lo que me estaba contando Linares, había logrado relacionar algunos detalles y sospechar a qué remitían, pero no lograba entenderlo del todo.

—Qué poco sabéis la juventú de hoy en día —se lamentó, y aplastó la colilla en el cenicero que tenía sobre el reposabrazos de la silla, luego volcó la botella de Anís del Mono sobre su copa y la llenó hasta arriba—. Las cosas no siempre fueron asín como son ahora, ¿no me comprendes?, con tanto lujo, que aquí en España pues hubo mucha miseria durante una porrá de años y, claro, había que echarse la vida a la espalda y tirar p'alante, si no de qué. Y cuando la guerra, pues figúrate, no había un condenao mendrugo de

pan que llevarse a la boca, y mi padre tiró p'alante, ¿no me comprendes?, porque mi padre, Daldo, que en paz descanse, pues era muy suyo, no digo yo que no, pero a nosotros nunca nos faltó de na, y eso que pasamos mucha calamidá, eh, mucha, como los que más, pero siempre hubo un plato caliente en la mesa y una cama p'acostarse, y si fue asín fue porque mi padre, allá por el cuarentiocho, se presentó a una convocatoria que puso el Ministerio pa cubrir tres plazas de ejecutor de sentencias, y eso que él, al principio, pues no sabía muy bien lo que era aquello, el pobretico, él na más que se había fijao en los cuartos de la paga, en las seis mil pesetas al año, figúrate, hoy no te compras con eso ni una televisión, y endeseguía, ahí tocando ya a la Navidá de ese mismo año, pues ya tuvo su primer trabajo, dos desgraciaos condenaos a muerte por matar a su hija, ¡su hija!, ¿no me comprendes?, figúrate tú la miseria que había.

Se volcó hacia el baúl bruscamente, como si ya no dominara del todo su propio cuerpo, agarró una carpeta y se la colocó en el regazo; entreví documentos en el interior, facturas o recibos, y unos pocos recortes de periódicos o revistas. Tiró de uno de estos recortes y me lo entregó, lo cogí, el trozo de papel crujió entre mis dedos, se había apergaminado, no era demasiado grande, los ojos se me fueron al párrafo que estaba redondeado con el trazo gastado de un lápiz.

> SENTENCIA CUMPLIDA
>
> En Córdoba ha sido cumplida la sentencia de muerte dictada contra Rafael Paz Infantes y Ana Robledo Murillo Gómez por parricidio. La sentencia, dictada por la Audiencia de Córdoba el 23 de enero y ratificada el 27 de septiembre por el Tribunal Supremo, se cumplió con toda puntualidad a las seis de la mañana, sentándose primero en el garrote Ana R. M. G. y diecinueve minutos después su marido Rafael P. I. Los reos comulgaron, rezaron con devoción el rosario y murieron con gran presencia de ánimo, auxiliados por cofrades de la Hermandad de la Paz y la Caridad.

Al pie de la hoja vi que se trataba de un recorte de *El Caso*, yo conocía el periódico porque, de niños, Sadurní y yo solíamos acercarnos a veces al expositor de periódicos de la papelería Arlequín a echarle un vistazo, nos quedábamos embobados ante las noticias que llenaban la primera página, la fotografía atroz que mostraba el último crimen del país, el cadáver ensangrentado tirado en el suelo, los titulares con letras intimidatorias. Traté de

comprender aquel recorte, habían ejecutado a dos asesinos, me vinieron a la cabeza imágenes sueltas vistas en pantallas de cine, la silla eléctrica, la cámara de gas, las hogueras quemando herejes en *El nombre de la rosa*…, y quizá alguna conversación en el Frankfurt Olímpic cuando trabajaba tras la barra, tipos que se quejaban de la dictadura de Franco, de las represalias, esa época me quedaba lejos, pero no ignoraba que la pena de muerte había existido también en España.

—O sea que su padre fue verdugo —dije.

Apenas se movió, pero un instante después noté la presión de su mano en torno a mi muñeca, el recorte de *El Caso* me resbaló de los dedos y cayó sobre la puntera de mi zapatilla de deporte.

—Mejor que hables con propiedá, Daldo —me susurró, y me alcanzaron los efluvios de anís y brandy que emanaban de su interior como si aquel pasado que estaba emergiendo a la luz se le hubiese podrido dentro—. Se dice ejecutor de sentencias.

Asentí, *ejecutor de sentencias*, a mí me sonaba mucho peor de ese modo, pero supuse que se trataba de otra manía de Linares, como la aversión que le tenía al verbo *matar*, así que por mí podía llamarlo como le diera la gana. Me soltó la muñeca cuando yo comenzaba a notar un leve hormigueo en los dedos, recogió el trozo de periódico del suelo y lo guardó de nuevo en la carpeta. Garrote vil. Las dos palabras resonaron de pronto en mi cabeza. Garrote vil. Linares metió la carpeta dentro del baúl, se sacó el manojo de llaves del bolsillo y le dio una vuelta a cada cerradura del baúl con rabia, como si acabara de encerrar a empujones un puñado de demonios. Di un trago de brandy y advertí que me había bebido ya toda la copa, a mi derecha el andamio no parecía una herramienta de trabajo, sino la broma de un decorador, no tenía la sensación de haberlo montado yo, no se había partido ninguna viga, nadie me había pedido que la reparase, me encontraba allí sentado porque Linares me había invitado a beber y a charlar, era normal entre compañeros de trabajo, y también era normal que entre compañeros de trabajo surgiese a veces una amistad, ¿por qué no podía ser así con Linares? Lo miré, acababa de llenarse otra copa de anís y tenía la mirada perdida en la ventana que daba al patio trasero, qué gilipollez, ¿cómo iba yo a ser amigo de un tío de casi sesenta años que además había estado a punto de estrangularme?

—¿Cuánto te queda p'acabar? —preguntó.

—No mucho. Colocar unas tejas.

—Pues ándate a colocarlas y te marchas a casa.

—También habrá que desmontar el andamio y limpiar.

—Ya si eso te encargas mañana de limpiar —ojeó su reloj de

pulsera—, que ya pronto darán las ocho.

Sus ojos volvieron a la ventana, simplemente quería que me marchara y me estaba echando de su casa, ¡qué buen proyecto de amigo!, el anís lo había descompuesto y hablar de su padre también. Crucé el comedor dispuesto a subir al tejado y terminar de una vez, ¿por qué narices me hablaba tanto de su padre si lo ponía de tan mala leche?, abrí la puerta y me encontré frente a frente con *Credo*, retrocedí un paso, ¿cuánto tiempo llevaría allí fuera esperándome el hijo de puta?; dudé entre salir o regresar al interior, pero el mastín, inesperadamente dócil, se hizo a un lado para franquearme el paso como si compartiese con su amo el repentino deseo de perderme de vista.

—Una cosa, Daldo —me atrapó la voz de Linares, volví la cabeza y fruncí el ceño hacia él, sus ojos me aguardaban, pesaban —. Contaste lo de *Rafaela* —me echó encima—, no cuentes más na.

Llegué al Cul de Sac a las diez y media, el *pub* estaba medio vacío y olía a ambientador de limón, saludé a Xavi Luna, el eterno barman del local, y él se inclinó sobre la barra para estrecharme la mano, le extrañó verme por allí, después de tanto tiempo, e imitando la voz de Jesús Hermida me soltó la típica broma de que las novias nos habían hecho perder las buenas costumbres. Sadurní, Félix y yo habíamos comenzado en aquella barra la juerga de bastantes noches de fin de semana, sobre todo cuando ellos disponían de algo de dinero y podían permitirse *el lujo* de no verse obligados a beber en La Crema o en el Frankfurt Boca's porque resultaba más barato; el local era un punto de encuentro clásico en Sant Feliu y los sábados por la noche se llenaba de tal forma que podías tardar cinco minutos en conseguir que te sirviesen la primera cerveza o el primer vodka con limón. Le dije a Luna que me tomaría una jarra de cerveza y me fui en busca de una mesa arrinconada; elegí la que se encontraba junto al billar americano, ¡cuántas palizas nos había endosado Sadurní allí!, el muy cabrón agarraba el taco, le aplicaba la tiza echándonos miradas de *os voy a destrozar* y realmente nos destrozaba, tenía talento para trazar diagonales imaginarias sobre el tapete y calcular los rebotes que se derivarían de ellas, podía colar todas las bolas en un par de jugadas. Me senté, la luz seguía siendo la misma, velada, tenue, muy inglesa, y también los cuadros en la pared y la puerta batiente estilo *saloon* que llevaba a los servicios, y asimismo la música, que nunca había sido demasiado comercial ni demasiado dependiente de las canciones de moda, en aquel momento sonaba *Crime of passion*, de Mike Oldfield. Luna llegó con la cerveza, la depositó sobre la mesa

y se llevó el puño a la boca simulando que era un micrófono.

—¿Todavía es usté del Reaaal Madriz, don Ángel? —me preguntó con la voz de José María García.

Luna tenía afición a las imitaciones y lo hacía bien, soñaba con ser humorista o locutor de radio y poder dejar *este trabajo de esclavos*, como solía decirnos de vez en cuando; tenía un hermano adolescente que cantaba como Antonio Machín, así que lo de las imitaciones era cosa de familia. Como Luna era culé le respondí alguna gilipollez sobre el Barga y él me replicó alguna gilipollez sobre el Madrid calcando a la perfección la monótona voz de Emilio Butragueño, sonreí, pero me di cuenta de que Luna no conseguiría arrancarme una sola carcajada como sí me las había arrancado antes tantas veces; para mí ya sólo era Xavi Luna haciendo sus tonterías de siempre, el barman del puñetero Cul de Sac conservado en naftalina o en ámbar como un mosquito del jurásico, no me sentía parte de aquello, no me gustaba esa sensación de repetición, como si nos hubiesen metido a todos en un disco rayado y anduviéramos tropezando sin fin con la aguja del tocadiscos, ¡qué vidas más pequeñas!, como había dicho Félix. Luna soltó una risotada, supuse que riéndose de sí mismo o para hacerme reír a mí, y me recomendó, mientras regresaba a la barra, que no bebiese mucho, que sólo estábamos a miércoles; le dije que no se preocupara y bebí un trago de cerveza, el gesto me recordó otro gesto idéntico, la copa más pequeña, pa *esto necesitamos un poco de coñá*, dirigí la mirada hacia la multitud de botellas colocadas tras la barra, en una de ellas me pareció reconocer la etiqueta de Veterano con el toro, pero no podía asegurarlo, estaba demasiado lejos, la de Anís del Mono sí la reconocí por la peculiar forma de su botella y por los pequeños destellos de luz que rebotaban en sus prismas. En ese instante se abrió la puerta y entró Félix, se inclinó sobre la barra, saludó a Luna y se quedó unos segundos hablando con él, alcancé a oír a Julio Iglesias exclamando *¡hola, España!, ¡hey!, ¡viva Félix Duarte, que es de mi amada tierra española!, ¡hey!*, tampoco Félix soltó ninguna carcajada, apenas lo que desde allí me pareció una sonrisa de compromiso mientras Luna le llenaba una jarra de cerveza y se aventuraba a cantar como Raphael; Félix logró escabullirse y se vino hacia mí haciendo muecas.

—Joder, con el Luna —suspiró tomando asiento frente a mí.

Asentí y nos reímos. Me pregunté si no habría sido un error prescindir de Sadurní, él no soportaba quedar al margen y si se enteraba de que nos habíamos tomado una cerveza sin él nos acusaría de separatistas o de hacerle el vacío, ¿y acaso no tendría razón?, yo, al menos, sí lo había descartado intencionadamente, sí había decidido en el tejado de Linares que no contaría con él y en

cambio sí con Félix, con quien necesitaba hablar sin interferencias ni sandeces ni chistes, y desde luego también había descartado a Belén, a la que no me apetecía en lo más mínimo ir a recoger al instituto y verla salir con su amigo pijo ni tampoco que me pormenorizara los detalles del trabajo de historia que iban a realizar tan juntitos, *ojalá suspendan*, me dije, *ojalá se les vaya BUP a la mierda*. Félix se encendió un cigarrillo con su mechero Zipo metalizado, dejó el paquete de Fortuna sobre la mesa y jugueteó con él, no me acostumbraba a verlo con barba.

—Con la barba pareces más viejo —comenté.

—Es para cuando tenga que intimidar en los juzgados —sonrió, y dio una calada al cigarrillo.

—Oye, Félix, ¿tú qué sabes de la pena de muerte?

Había iniciado el gesto de llevarse la jarra de cerveza a los labios y lo terminó sin dejar de mirarme, bebió poco.

—Sé algo, pero no mucho, ¿qué te interesa exactamente?

—No lo sé —dije encogiéndome de hombros, *contaste lo de* Rafaela, *no cuentes más na*—. Es que el otro día, en el ladrillar, se pusieron a hablar de eso y alguien dijo que cuando él era joven se cargaron en su pueblo a un asesino y…, en fin…, tú sabes cómo se hacía eso, ¿no?

—Depende de si era por lo civil o por lo militar.

—Yo conozco lo del garrote vil. Era con eso, ¿no?

—Normalmente sí —asintió Félix—, pero en caso de condena por lo militar también se pasaba al condenado por las armas.

—¿Y eso qué es?

—Fusilar.

Di un sorbo a la cerveza y me costó tragar, *mi padre no fue sólo cerrajero, Daldo*, sentí de nuevo ese conocido impulso de fumarme un cigarrillo y me fijé en el paquete de Fortuna de Félix, lo tenía a medias.

—¿Y el garrote vil qué hacía? —pregunté—, te estrangulaba, ¿no?

—Sí —respondió.

—Y un verdugo… *—mejor que hables con propiedá, Daldo*, traté de ignorar la voz de Linares, *se dice ejecutor de sentencias*—, ¿cómo se hacía uno verdugo?

—Joder, tío —sonrió—, ahora mismo no tengo ni puta idea.

—Pero ¿no estás estudiando para abogado? —me decepcionó su ignorancia.

Dio la última calada al cigarrillo y aplastó la colilla en el cenicero.

—En la universidad se es muy práctico —dijo—, sólo se habla

del sistema penal que tenemos aquí y ahora, y la pena de muerte pertenece al pasado. Ya hace más de diez años que aquí en España no se ejecuta a nadie.

Bebí un trago largo, casi vacié la jarra, después arranqué una servilleta del servilletero y limpié los círculos de humedad que la jarra había dejado sobre la mesa, el corazón me daba golpes, un puño, las costillas resistían como una puerta cerrada, *tengo que abrir*, me dije, y me llevé disimuladamente una mano al pecho.

—¿Y tú no tendrías un libro o algo que hablara sobre el tema? —pregunté, puerta abierta.

—Mi padre tendrá algo —respondió, y adoptó una expresión de incredulidad—, pero oye, ¿tanto te interesa?

—Es que me sentí imbécil, ¿entiendes?, todos allí en el curro hablando del asunto y yo sin saber qué decir.

—¿Y qué ibas a decir?, no viviste esa época, tenías diez u once años cuando ejecutaron aquí a los últimos.

—No es eso, Félix —dije, y aparté la mirada de la suya—, no es eso.

Noté un vuelco en la boca del estómago y supe que esa puerta se había abierto violentamente de par en par, tragué saliva, apuré la cerveza y volví a dejar la jarra sobre la mesa.

—No sé una mierda de casi nada, tío —me arranqué, y lo miré de nuevo—. Tú y Sadurní al menos vais a la universidad y algún día seréis algo, ¿me entiendes?, tú quieres ser abogado y serás abogado, serás algo importante, en cambio yo, ¿qué seré?, ¿un tío que se pasa el día cargando ladrillos con un toro?, ¿quién coño quiere pasarse la vida cargando ladrillos con un puto toro?

—Es un trabajo tan digno como cualquier otro.

—¡Y a mí qué coño me importa! —mascullé—, ¿sabes lo que pone en mi libro de escolaridad, tío?, ¿quieres saberlo? Pues pone que soy un inútil para estudiar y que me vaya a Formación Profesional con los catetos.

—Y qué iban a poner, hombre, si suspendiste octavo.

Fui a beber, pero la jarra estaba vacía.

—Además —añadió Félix—, tú siempre quisiste trabajar, ¿no?, decías que eso de estudiar no te iba, que preferías ganar dinero.

—Pues ya no sé lo que quiero —tomé aire y apreté las mandíbulas—. ¿Recuerdas lo que te dije de que yo tenía una vida pequeña?

—Sí.

—Pues ya no puedo quitármelo de la cabeza.

—Si se trata de estudiar, aún puedes hacerlo. Mira a Belén, sin ir más lejos, ella lo está intentando.

—Belén —dije, y fue como haber escupido su nombre—, a ella eso de estudiar, de momento, sólo le ha servido para follarse a otro.

Cerré la boca, no quería seguir por ahí, Félix me interrogó con la mirada.

—Digamos que hemos hecho las paces —dije.

—No suena muy bien.

—Suena de puta pena —acepté—, tendría que haberla mandado a la mierda por zorra.

—Ahora hablas como Sadurní.

Me sonó a recriminación, de modo que me sorprendió que Félix esbozara una leve sonrisa, hubiese resultado más lógico verlo enojado, dispuesto a echarme un sermón; aquella sonrisa era lo mejor que me había sucedido en días, me reconfortó, me hizo sentir que había alguien allí que me escuchaba de verdad, y quise devolvérsela, pero mis labios se habían quedado rígidos.

—Es que no puedo dejarla, tío —me costó articular las palabras —, estuve a punto de hacerlo, pero me juró que el pijo no había significado nada para ella, ya me contarás, y lo peor es que parecía sincera, ¿quieres otra cerveza?

Asintió, se lo hice saber a Luna con una seña y esperamos las cervezas en silencio, los Jethro Tull tocaban *Slow marching band;* afortunadamente, Luna dejó las jarras sobre la mesa y se fue sin obsequiarnos con ninguna de sus imitaciones.

—A lo mejor era sincera —convino Félix.

—Sadurní diría que soy un pardillo —me llevé la jarra a los labios y bebí—. No puedo dejar de pensar en ese cabrón follándosela.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

Me había quedado abstraído mirando los tenues destellos que las lámparas del local le arrancaban al Zipo de Félix y tardé en advertir que me había hecho una pregunta; cuando levanté la cabeza me encontré con su mirada.

—Tienes que averiguar qué tiene —añadió.

—¿Quién?

—Rubén.

—¿Qué tiene de qué?

—Las mujeres no suelen irse con otro tío porque sí, a veces puede parecerlo, pero siempre hay un motivo. Está claro que el pijo tiene algo que atrajo a Belén. Sólo tienes que averiguar qué fue.

—¿Y eso para qué? —desconfié—, no va a cambiar nada.

—No —admitió—, no va a cambiar nada, pero puedes evitar que se repita. Sea lo que sea lo que tiene ese Rubén está claro que tú no lo tienes, por mucho que te joda reconocerlo.

Me quedé dándole vueltas y casi pude escuchar la voz de Sadurní determinando que debía de tratarse de una cuestión de tamaño, *desengáñate, macho, se te ha quedado pequeña de no utilizarla*, y quizá sí tuviera algo que ver con eso, con que Belén no se lo pasaba bien haciéndolo conmigo y no quedaba satisfecha; ella me había asegurado que lo del gatillazo no le había parecido tan grave, que no le había preocupado en lo más mínimo y que apenas le había prestado atención, *lo justo para volvértela a levantar*, me había sonreído, y agregó *las chicas no lo vemos tan dramático como vosotros*, ¿por qué entonces había sentido la necesidad de tirarse a otro si no era para buscarse un polvo más aguerrido que el mío?, ¿qué otra cosa podía necesitar una tía de un tío así tan de golpe?

Félix y yo nos tomamos más tarde una tercera cerveza y sobre las doce y media nos marchamos. Ambos habíamos aparcado en la calle de atrás y llegamos primero al Citroen GS Club que había sido de su padre, *es lo bueno que tiene que tu padre se compre un coche*, dijo, *que te regala el viejo*, estaba encantado de no depender más del autobús para ir a la universidad y de disponer de un asiento trasero propio donde disfrutar con Marta de un poco de intimidad, *¡hay que progresar!*, exclamó; nos reímos de la época en que él, y sobre todo Sadurní, me mendigaban el coche para poder echar un polvo, y se nos fueron los minutos apoyados en el capó del Citroen GS recordando tonterías, hacía mucho tiempo que no me reía tanto. Finalmente nos despedimos con un apretón de manos, Félix abrió la portezuela y se metió en el coche; me incliné hacia la ventanilla y la golpeé con los nudillos, él bajó a medias el cristal.

—Mírame eso de los libros —dije.

No se lo esperaba, tal vez lo había olvidado o pensó que no iba tan en serio.

—Claro —dijo—, ven el viernes por la tarde a casa y lo miramos.

Encontré a Linares tirado bocabajo en el suelo del comedor, un brazo debajo del cuerpo y el otro extendido en dirección a la puerta, la pierna izquierda le había quedado sobre el baúl en una postura casi imposible, *se ha caído de la silla*, supuse mientras cruzaba el comedor y me arrodillaba junto a él, lo llamé tres o cuatro veces, no respondió, me alcanzó entonces el olor dulzón del anís; aparté la mirada y vi la botella de Anís del Mono caída junto a uno de los caballetes que sostenían el andamio, estaba vacía; le di la vuelta a Linares, lo encontré muy pesado, como si el suelo tirara de él, lo dejé de costado y comprobé que respirara, en aquel medio minuto se había ido apoderando de mí la convicción de que estaba muerto. De pronto emitió un sonido gutural, como si fuese a hablar, tenía los labios resecos. Me puse en pie para ir en busca de un vaso de agua y al darme la vuelta recibí el impacto de los ojos de *Credo*, negros y directos, acusadores, me quedé estático, incapaz de apartar la mirada del perro, que se interponía entre la cocina y yo.

—Necesito un vaso de agua, hijo de puta —murmuré.

Avancé un paso, el perro no se movió, alcé los brazos para alejar las manos de sus colmillos y caminé un par de pasos más, tenía que rodearlo para llegar a la cocina, confié en su instinto, yo también quería el bien de su amo, sólo un perro imbécil no se daría cuenta de eso; alzó la cabeza cuando pasé junto a él, noté su aliento en la pierna. Llegué a la cocina sin perderlo de vista, encontré un vaso vuelto del revés en el escurreplatos, lo cogí, lo llené con agua del grifo y salí; *Credo* no se había movido ni un centímetro, el muy cabrón había permanecido con la mirada clavada en la puerta de la cocina hasta tenerme de vuelta y continuó escrutándome y midiéndome y obligándome a rodearlo de nuevo.

Me arrodillé junto a Linares cuidando de no darle otra vez la espalda a *Credo*, deslicé una mano bajo su cabeza y se la levanté ligeramente para acercarle el vaso a la boca. En cuanto sintió el agua en los labios tosió un poco y trató de apartar el vaso de un manotazo, casi me echa el agua encima; le di otro trago y volvió a toser con más congoja, pero logré que abriera los ojos y me mirara, parecía extraviado, como si no me reconociera, *Credo* empezó a gruñir.

—Soy Daldo.

Trató de apartarme y se lo impedí.

—Ha bebido mucho —expliqué, forcejeando con él.

Por la manera en que se movía daba la sensación de que se estaba defendiendo de mí, *Credo* ladró y lo miré con rencor y miedo, el muy cabrón tenía la mirada fija en Linares, esperando una palabra suya, *si yo quiero estás muerto*, comprendí que el perro podía malinterpretarlo todo y me aparté. Linares lanzó una maldición al intentar retirar la pierna retorcida sobre el baúl y consiguió incorporarse hasta quedar medio sentado en el suelo.

—Échame una mano —jadeó extendiendo un brazo hacia mí.

Miré a *Credo* de reojo.

—El perro no te hará ná, cojones.

Dejé el vaso sobre la silla y lo ayudé a ponerse en pie, se quejó de que le dolía la cabeza y se llevó una mano a la frente, tuve que agarrarlo con fuerza porque sus rodillas cedían, casi tropezó con el baúl, sus ojos no parecían enfocar bien las cosas, ¿qué coño le estaba pasando a ese hombre?; le propuse llamar al médico y se negó con desdén, secamente, y como se negaba también a que yo lo sostuviera lo obligué a que me pasara el brazo por los hombros.

—Si me suelta se caerá —le advertí.

Tiró de mí con cabezonería, trataba de ir a alguna parte, al baño o quizá al dormitorio, lo dejé avanzar sin soltarlo, iba volcado sobre mí como un herido de guerra y me arrastró con él al corto pasillo. Entramos a la vez en su dormitorio dando un traspiés y quedamos atrapados en el marco de la puerta porque era demasiado estrecha para los dos, le pedí que esperara, pero no me hizo caso y, para no soltarlo, tuve que entrar al mismo tiempo que él desollándome la espalda contra la jamba de la puerta; logré sostenerlo de milagro y en el último instante me zafé de su brazo para no desplomarme con él sobre la cama. Al rebotar en el colchón soltó un gemido que me sonó a queja o a fastidio por verse en aquel estado, tan dependiente de mí, buscó una postura cómoda y se quedó hundido en el cubrecama.

—Tendría que tomarse una aspirina —sugerí.

Consideré la posibilidad de obligarlo, pero se había quedado dormido y esperé unos segundos por si volvía a despertarse. El dormitorio parecía el desangelado interior de una caja medio vacía, el rincón de la casa que sólo servía a Linares para cerrar los ojos por la noche y abrirlos por la mañana, ¿y para qué otra cosa iba a servirle?, ninguna mujer se había acostado jamás en aquella cama ni tampoco se acostaría ya, se notaba que ninguna mano femenina lo ponía todo patas arriba ni lo ventilaba ni le pasaba la fregona a

los suelos como hacía mi madre en casa los sábados, las paredes se ofrecían toscas, sucias y mordidas por el correr de los años, no colgaba de ellas ningún cuadro ni tampoco ninguna fotografía, y en la mesilla de noche había tan sólo una pequeña lámpara de pie y un enorme despertador de metal, su *tic tac* enfatizaba el silencio de la casa. Miré por encima del hombro temiendo encontrar a *Credo* en el umbral de la puerta, pero el mastín no nos había seguido, me incliné sobre Linares y le quité los zapatos. Regresé al comedor, el perro había desaparecido, miré por la ventana y lo vi echado donde Linares lo ataba a veces, junto a la tumba de *Rafaela, tendrían que haberte ultimado a ti,* me dio la impresión de haberlo dicho en voz alta. Me subí las mangas de la camisa, di media vuelta y me acerqué a cerrar la puerta de la casa, después trepé al andamio y fui retirando los tablones de uno en uno, me llevó un buen rato y eché en falta la ayuda de Linares. Cuando los tuve apilados en el suelo desmonté los caballetes, recogí las herramientas y lo saqué todo fuera, luego volví a entrar, barrí el comedor y la cocina, y arrojé a la basura la botella de Anís del Mono. Al terminar caí rendido en la silla de Linares, tomé aliento y la mirada se me fue al cuadro del Cristo crucificado, *lo que tú eres se lleva en la sangre, Daldo, ¿no me comprendes?*, ¡qué iba a llevar yo en la sangre si ni siquiera había sido capaz de atropellar a Joan Pons!, ¿por qué coño no lo hice?, ¡qué hubiese importado lo que dijesen de mí los demás!, ¡la cárcel me habría dignificado y tendría algo de lo que sentirme orgulloso!, *y ahí ya no te engañes más, Daldo, ahí ya no te queda más que echarle coraje*, supuse que se refería a que dejara de chapotear en el charco y me fuese a por dios de frente, con todas las consecuencias, solo, porque la soledad se llevaba también en la sangre, yo la llevaba, tiraba de mí. Aquella misma mañana, a la hora del desayuno, había sentido el impulso irreprimible de estar solo, así que me había dirigido al patio de almacenaje y me había sentado entre dos palés de ladrillos a comerme el bocadillo, no quería que Lobo Castilla volviese a hostigarme como ya había hecho a primera hora en el bar El Maño mientras tomábamos el cortado y los carajillos, *¿ya se te ha pasado la rabieta?*, me había preguntado con sorna nada más acodarnos en la barra, como si yo fuese un crío enojado por un caramelo, *no fue una rabieta*, le respondí con aspereza, pero no intenté explicárselo, y él adoptó entonces un aire conciliador: que si lo hacía por mi bien, que si no era bueno que yo me fuese enfrentando a los compañeros por culpa del Linares de los cojones, que si ya me había advertido de que tuviese cuidado con él…, *lo conozco mejor que vosotros*, lo atajé truncando sus consejos de encargado paternalista, apuré el cortado y salí fuera a esperarlos; mi padre, camino del ladrillar, me preguntó qué demonios me

ocurría, que últimamente me comportaba de una manera bastante rara, *más raro es escuchar cada día a Paco de Lucía*, le repliqué y me puse a mirar por la ventanilla, él no añadió nada más, tampoco lo hizo dos horas más tarde cuando regresé de comerme en solitario el bocadillo y trepé al toro sin decir una palabra, su silencio me alivió, no habría sabido qué decirle. Me incorporé de la silla de Linares, salí de la casa y, tras comprobar que *Credo* seguía en el mismo sitio, recogí la escalera de mano, guardé el resto de herramientas en el interior del cuezo y lo dejé todo junto a los tablones y los caballetes. Tardé más o menos una hora en llevarlo al almacén. Cuando terminé entré de nuevo en la casa y me acerqué al dormitorio de Linares, lo encontré sentado en la cama con la espalda apoyada en el cabezal de madera torneada, tenía los ojos fijos en la pared de enfrente.

—Ya he terminado —anuncié.

—El lunes te vienes a por los cuartos —dijo sin mirarme.

Permaneció concentrado en la pared, en sus pupilas titilaba un punto de luz, pero no tenía aspecto de estar mirando lo que se suponía que estaba mirando, o sea, la grieta que corría desde el zócalo hasta una esquina del techo o el pequeño armario de dos puertas que había a la izquierda, antiguo y rebuscado, con molduras de bronce y llaves en las cerraduras, sino que tenía todo el aspecto de estar mirándome a mí, no importaba dónde enfocasen sus ojos, me miraban a mí, y ni siquiera parecía ya demasiado afectado por la borrachera de la que acababa de despertar, si acaso un poco somnoliento, pero no daba la impresión de ser alguien que había bebido anís hasta caerse al suelo.

—¿Qué tiene en el otro baúl? —me lancé.

Linares volvió bruscamente la cabeza hacia mí y el corazón empezó a latirme más deprisa, *y ahí ya no te engañes más, Daldo, ahí ya no te queda más que echarle coraje*.

—Tiene *el cepo*, ¿verdad? —dije—, el aparato ese con el que su padre…, el garrote vil, ¿no?, eso con lo que se… *ultimaba* a los asesinos.

—A los reos —murmuró.

—A los reos —asentí, y di un paso hacia la cama—. Lo tiene en el otro baúl, ¿verdad?

Desvió la mirada, respiraba agitadamente.

—Ven acá —jadeó.

Los muelles crujieron y Linares se me vino encima, retrocedí y alcé los brazos para defenderme, no quería terminar con sus manos engarfiadas otra vez a mi cuello, pero pasó de largo y salió de la habitación con pasos erráticos, aún no se había recuperado del

todo. Me fui tras él y lo seguí a través del comedor, lo sentía tirar de mí como si finalmente me hubiese agarrado del cuello; en un par de ocasiones estuvo a punto de caerse, una de ellas al tropezarse con el baúl, alcanzó la puerta, casi se arrojó contra ella, le dio algunos manotazos al tirador antes de acertar a girarlo y salió.

Cuando llegamos al patio trasero vi que el mastín se había puesto en pie y nos observaba con atención, sonaron unos golpes bajo el entoldado, Linares se había dirigido allí y manejaba algo pesado en las sombras, oí sus jadeos, iba a preguntarle si necesitaba ayuda, pero reapareció enseguida tirando de la argolla del otro baúl, se detuvo en el centro del patio y se arrodilló. Tragué saliva, se iban a hacer pedazos treinta años de rumores en el ladrillar, ¿y si fuese verdad lo de su novia?, se me ocurrió dar media vuelta y marcharme, pero quería quedarme, y sabía que Linares quería que me quedase, los dos estábamos allí porque no podíamos estar en otra parte. Linares eligió una llave del manojo que llevaba siempre en el bolsillo, le dio una vuelta a cada una de las dos cerraduras del baúl y alzó la tapa de un tirón; yo estaba a dos metros de distancia y no me hizo falta acercarme ni tratar de distinguir qué había en el interior porque Linares lo fue depositando todo con cuidado y sin pérdida de tiempo en el suelo: trapos negros doblados sobre sí mismos o utilizados como envoltorio de paquetes indefinidos, cuerdas, aunque más delgadas que la que había matado a *Rafaela*, dos o tres bultos liados con papel de periódico y atados con cordel que crepitaron en las manos de Linares, un ajado maletín con cremallera y, por último, una caja oscura de madera de poco más de medio metro de longitud con la que Linares se incorporó y se vino hacia mí. Noté un vacío en la boca del estómago y quise mirar a Linares, pero no pude apartar la mirada de aquella roída caja de madera, claveteada con recios clavos y amarrada con dos correas de cuero y hebillas, *y ahí en su mano lleva lo que sería el aparato, o sea, el cepo, como él lo llamaba*, retrocedí un paso, se trataba de la misma caja con la que habían fotografiado a Tancredo Linares casi cuarenta años antes. Linares la dejó en el suelo, se arrodilló junto a ella y soltó las correas, sonó un ligero chasquido cuando las hebillas golpearon el suelo, extrajo nuevamente de su bolsillo el manojo de llaves y eligió una muy pequeña, apenas la distinguí entre sus dedos, se inclinó hacia delante, la caja tenía una cerradura y un gancho de seguridad, introdujo la llave y le dio una vuelta, retiró el gancho, se guardó otra vez el manojo de llaves en el bolsillo y no dudó al levantar la tapa; me dolían los ojos de tanto clavarlos allí, vi incluso cómo saltaba una pequeña astilla de la madera y caía junto al zapato de Linares, me adelanté un poco, el interior de la caja estaba dividido en compartimentos más pequeños, como una

caja de herramientas, y en cada uno de ellos había cosas envueltas con más papel de periódico y con trapos deshilachados, acerté a ver una pieza brillante de metal en el centro, casi tan larga como la caja, ensamblada a una especie de tornillo enorme por un extremo y sujeto a una abrazadera por el otro, gruesas tuercas, espirales de alambre…, ¿aquello era lo que Linares llevaba tantos años escondiendo?, ¿un montón de hierros sueltos?, ¿cómo se le podía romper la nariz a alguien por un montón de hierros sueltos?

—Con este aparato ultimó mi padre a unos cuantos —dijo Linares un tanto absorto.

—¿Y cómo funciona?

Agarró la acerada pieza metálica, la extrajo de la caja y señaló su parte hueca.

—Pues la cosa es que se ponía aquí el cuello del reo y se le daba, ¿no me comprendes? —me miró fugazmente y señaló el interior de la caja—, y ahí adentro, pues na, el resto del aparato, que esto no es asín na más, eh, que esto, ahí adonde lo ves, pues había que saberse el tejemaneje —deslizó la punta de los dedos por la abrazadera, le temblaban las manos, ¿tanto pesaba la pieza?—. Este aparato lo construyó mi padre —añadió—, porque lo que tiene el garrote, los antiguos, digo, es que estrangulaban contra el palo, ponías el cuello aquí y ya luego pues estrangulabas contra el palo, y a mi padre aquello le pareció de siempre muy sanguinario, ¿no verdá?, decía que a un reo había que matarlo como dios manda, sin hacerlo padecer, y como ya hubo antes un fulano de Burgos que había perfeccionao el aparato, pues mi padre se puso a trabajar sobre sus ideas y mejoró la cosa, que mi padre, con el hierro, pues un artista.

Cogió un trapo del interior de la caja y lustró la pieza metálica, repasó las muescas del tornillo, pequeños grumos de grasa se quedaron adheridos al trapo.

—O sea —dije—, que había que montarlo.

—Sí, claro, había que montarlo.

No se movió, no apartó la mirada del garrote.

—¿Por qué no lo monta?

Me miró sin sorpresa, sus ojos habían retrocedido a su penumbra habitual, ya no quedaba en ellos ni rastro del anís que los había cristalizado.

—Le juré a mi madre, la pobretica, que nunca volvería a enredarme con esto —se había ensimismado de nuevo en la pieza metálica y su voz había sonado como si la llevara encerrada en el pecho—. Limpiarlo y darle una poca de grasa sí, pa conservarlo, ¿no me comprendes?, pero ya montarlo…, o sea que pa montarlo era mayormente mi padre quien se sabía el tejemaneje.

—Seguro que usted se acuerda de algo.

Sus manos empezaron a moverse lentamente, como ajenas a él, y fueron sacando de la caja lo que supuse serían las otras piezas, ocultas todavía en aquellos trapos y hojas de periódico, y conforme las iba acomodando en el suelo se oían chasquidos metálicos, los secos tañidos del hierro, un entrechocar de tornillería; no parecía que Linares estuviese haciendo nada que no hiciese a diario con los recambios del ladrillar: desmontarlos, repararlos, limpiarlos, volverlos a montar o a instalar…, sin embargo, aquel aparato venía directamente del pasado, Tancredo Linares había matado con él, *no vuelvas a decir mató;* la hoja de periódico del último paquete se rasgó en las manos de Linares y un amasijo de tuercas, clavos y alcayatas se le derramó entre los dedos.

—El garrote es que tiene su tejemaneje —dijo mientras comenzaba a liberar las piezas de sus envoltorios—, no lo puede manejar cualquiera asín de buenas a primeras, no es como apretar un botón como hacen los americanos o soltar una palanca como los franceses, que a lo mejor tú lo ves aquí ahora y dices, bueno, esto ya sabría yo cómo hacerlo, pero la cosa es que esto hay que imaginárselo con el cuello del reo aquí adentro, ¿no me comprendes?, porque con el cuello aquí adentro la cosa cambia mucho, figúrate —de entre las piezas que había dispuesto a sus pies tomó una pequeña barra de hierro de unos veinte centímetros de longitud, adaptó uno de sus extremos a la base del grueso tornillo y la fijó con una tuerca, y en el otro extremo de la barra encajó una manija forrada de madera bien lustrada—. Y ya está —dijo—, ahora ya na más quedaría que sujetarlo al palo.

—¿De verdad que se podía matar a alguien con eso? —a mí sólo me parecía una manivela casera.

—Dame el brazo, hombre —dijo Linares agarrándome de la muñeca y tirando de mí hasta hacerme caer de rodillas; cuando quise darme cuenta ya había deslizado mi antebrazo dentro de la pieza rectangular—. Éste es el cuello del reo, ¿no verdá? —traté de zafarme—. ¡Quédate quieto un momentico, cojones! —protestó—, que no te va a pasar ná —dejé el brazo inmóvil, encajado en el frío del hierro; Linares sujetó el aparato con la mano izquierda y con la derecha cerró el gozne de la abrazadera con un pasador—. Asín ya teníamos el cuello adentro, ¿no me comprendes?, y entonces ya na más quedaba que venirse p'atrás y darle.

Empuñó con la mano derecha la manija de madera de la manivela y le dio una vuelta rápida, sonó un chasquido de metal, el tornillo había girado sobre sí mismo de tal manera que la abrazadera delantera se había deslizado hacia atrás mediante un bastidor y otro bastidor en la parte posterior se había deslizado

hacia delante reduciendo así bastante el hueco donde se hallaba mi brazo; con precaución, Linares le dio un cuarto de vuelta más a la manivela y mi brazo quedó ya fuertemente apresado.

—Si le doy el cuarto de vuelta que falta te troncho los huesos —dijo—, y si tu brazo fuese el cuello del reo pues ya estaría el hombre ahí tieso, ¿no verdá?, ultimao, que esto con una vuelta y media pues ya estaba hecho, que había garrotes que eran dos vueltas y otros que se hacía la cosa con media vuelta, pero este de mi padre era una vuelta y media, o sea que con una vuelta y media el cuello del reo… —juntó el pulgar y el índice de su mano derecha—, una cosa asín se quedaba el cuello, dos centímetros, na.

—Estrangulado.

—No, hombre, no, estrangulao no —gruñó—, ¿es que no has visto tú los bastidores, que uno sa venío p'alante y el otro p'atrás y te han tronchao el brazo?, pues con un cuello igual, hombre, que esto es istantáneo, Daldo, que te troncha las vértebras y arreando, ¿no me comprendes? Los antiguos sí estrangulaban contra el palo, ésos sí, en ésos el reo podía estarse quince o veinte minutos ahí dale que te pego, pero *el cepo* de mi padre no, éste es darle una vuelta y media y ya están las vértebras triturás, es istantáneo —repitió golpeándose la nuca—. Y es que mi padre lo construyó a conciencia, porque decía que el reo habrá hecho lo que habrá hecho, que algunos no digo yo que no mereciesen la pena, eh, que malicia había mucha, pero el reo es ante to como uno, ¿no verdá?, un hombre, digo, con su vida y su familia, y hay que sentarlo ahí y ultimarlo con respeto, ¿no me comprendes?, o sea que no es cosa de hacerle padecer más de la cuenta.

El brazo me palpitaba y sentía un hormigueo en la punta de los dedos, como si me fuese a reventar la mano, sin duda que el cuarto de vuelta que Linares había dejado pendiente habría resultado fatal, qué forma de matar y qué forma de morir, las vértebras rotas y el cuello reducido a dos centímetros de grosor en aquel mecanismo de hierros. La mano derecha de Linares se puso en movimiento y aflojó la manivela; retiré el brazo, me había quedado una marca en la piel. Me di un ligero masaje mientras Linares me contaba que uno de los secretos del garrote consistía en saberlo colocar en el palo a la altura adecuada, de manera que una vez sentado el reo en la silla el cuello le quedase en el lugar apropiado; conforme iba detallándome las medidas ideales del palo y el modo en que se sujetaba *el cepo* en él fue guardando las piezas en la caja con delicadeza, no fueran a romperse, su voz se había vuelto algo monótona y dejé de oírla con claridad, sí oí el chasquido de la cerradura cuando cerró con llave la caja, sí oí el tintineo de las hebillas cuando amarró las correas y el crujido de sus rodillas cuando se puso en pie con la caja en las

manos; le llevó apenas tres pasos llegarse hasta el baúl, pero pareció que se le hacían muy largos y soltó un suspiro cuando se acuclilló para guardar nuevamente la caja, estuvo a punto de perder el equilibrio, una lividez enfermiza había ido tomando el color de sus mejillas, y comenzó a recoger todas las demás cosas que había extraído del baúl.

—¿Qué son esos trapos negros? —le pregunté.

—Pa taparle la cara al reo —contestó—. Se le echaba el trapo asín sobre la cabeza antes de darle.

—¿Y ese cojín?

No me respondió, parecía haberle entrado prisa por guardarlo todo.

—¿Y esos paquetes?

Bajó la tapa del baúl, lo cerró con llave y se irguió con dificultad, una vez en pie respiró profundamente, se llevó las manos a los riñones y se pasó la manga de la camisa por la frente, me pareció entrever que había roto a sudar; sin desfallecer, agarró una de las argollas del baúl y se lo llevó a rastras bajo el toldo, no me dio tiempo o no supe cómo ofrecerle mi ayuda, me había dado la impresión de que quería hacerlo solo. Cuando regresó al patio venía medio volcado hacia delante, con la mano crispada en el estómago, buscando el amparo de la pared de la casa para no caerse; *Credo* ladró un par de veces y le eché una ojeada por encima del hombro, continuaba inmóvil en su rincón; miré de nuevo a Linares.

—¿Se encuentra bien? —pregunté haciendo el gesto de ir hacia él.

—Es na más el anís —jadeó.

Cayó de rodillas, vomitó violentamente, como si estuviese echando fuera el estómago vuelto del revés, y en pocos segundos quedó descompuesto, la boca entreabierta y los ojos cerrados, no parecía capaz de sostenerse por más tiempo, iba a desplomarse sobre su propio vómito. Corrí hacia él, lo agarré por las axilas y logré mantenerlo erguido, el cabrón de *Credo* empezó a ladrar otra vez, muy fuerte, estaba detrás de mí.

—Tiene que levantarse —le dije a Linares.

Tiré de él hacia arriba y consiguió levantarse a duras penas, sus rodillas parecían un tabique a punto de ceder, se vendría todo abajo: el tufo agrio del anís que le salía de las entrañas, el sudor que le había calado la ropa, su aire enfermizo… Paso a paso llegamos hasta la casa y entramos, cerré la puerta de una patada para dejar fuera al perro y llevé una vez más a Linares a su dormitorio. Al entrar encendí la luz del techo, una vieja lámpara de hierro forjado, *mi padre, con el hierro, pues un artista,* y tumbé a Linares sobre la

cama, fue como si me quitaran de encima una tonelada de ladrillos; cerró los ojos y trató de encontrar la forma de quedarse tumbado, los muelles del somier chirriaron.

—Habría que llamar al médico —sugerí.

—Me traes p'acá dos aspirinas y arreando —respondió, clavó el codo en la cama y se incorporó ligeramente—, están ahí en el baño.

Se las traje, las masticó y se las tragó con un poco de agua, luego dejó el vaso sobre la mesilla de noche, se echó hacia delante y trató de soltarse los cordones de los zapatos, pero sus dedos se agitaban a ciegas, no encontraban el nudo; me incliné y lo ayudé, no se negó, enseguida me di cuenta de que no dejaba de mirarme, coloqué los zapatos debajo de la cama, la puntera del derecho estaba manchada de vómito, los ojos de Linares pesaban, me incorporé y me fui en busca de ellos.

—¿Y usted vio alguna vez a su padre…? —callé cuando estaba a punto de decir *matar*—, quiero decir si alguna vez le dejaron ver cómo…

—Sí, claro, en alguna ejecución sí estuve yo.

Se palpó el bolsillo de la camisa, extrajo el peine y se recompuso el pelo mecánicamente, luego cogió el paquete de Bisontes y la caja de cerillas y prendió un cigarrillo, aspiró el humo como si fuese una bocanada de oxígeno puro y lo expulsó por la nariz, imaginé aquel humo en mis pulmones.

—¿Y cómo eran?

—¡Pues cómo iban a ser, hombre! —exclamó agitando la mano del cigarrillo en el aire, una voluta de humo se le enroscó en la muñeca—, pues muy rutinarias, una cosa detrás de otra, primero esto, después lo otro…, que una vez sabía uno de qué iba pues ya se lo tomaba uno de otra manera, pero la primera o la segunda vez, pues un trago, ¿no verdá?

Observó la punta incandescente del cigarrillo y le dio una calada, alargó el brazo y sacudió cuidadosamente la ceniza sobre la mesilla de noche; cuando se recostó de nuevo en el cabezal de la cama me dio la impresión de que estaba incómodo, quizá deseaba levantarse, hacer algo, fumaba deprisa, con ansia.

—La primera vez que estuve yo en una ejecución, o sea, la primera vez que vi yo aquello, fue en Jaén en el año mil novecientos cincuenticinco —hincó el codo en el colchón, encogió un poco las piernas—. Allá en Jaén fue, sí, que me recuerdo que hacía un frío en la prisión aquella, eh, un frío, que el reo, pobretico, cuando llegó el momento, entre una cosa y otra, pues ya se vino pa nosotros temblando —miró otra vez la punta del cigarrillo como si no existiese otra cosa que mirar y sacudió levemente la cabeza—.

Acababa de cumplir yo los veinticinco, acababa de cumplirlos un mes antes o asín, o sea que ya no era yo ningún chaval, pero aquello, por muy hombre que sea uno, pues impresiona, ¿no verdá?, y claro, aquello a mí me impresionó.

Sacudió la ceniza en la mesilla de noche, el despertador continuaba marcando el tiempo a base de chasquidos. Me toqué la parte del brazo que las piezas metálicas del garrote habían aprisionado, *ponías el cuello aquí y ya luego pues estrangulaba contra el palo*, me volví, acerqué la silla que había junto al armario y me senté junto a la cama.

—Es que to vino porque a mi padre, asín de buenas a primeras, se le metió en la cabeza que tenía yo que aprender su oficio, ¿no me comprendes?, y a mi padre cuando se le metía una cosa en la cabeza, pues se le metía bien metía —¿había intentado sonreír o era tan sólo un reflejo nostálgico?—. Una noche, cenando en la casa, me dijo asín de golpe *tú te vas a venir conmigo la próxima vez, y* mi madre, la pobretica, pues puso el grito en el cielo, *¡ay, virgencita mía, mi Tanco no, eso no!*, y mi padre pegó un puñetazo encima de la mesa que casi la parte en dos, y mi madre pues ya no abrió más la boca, porque mi padre es que era asín, ¿no verdá?, muy suyo, *¿es que quieres tú que tu hijo sea un cerrajero que no tenga un mendrugo de pan que echarse al estómago?*, le gritó a mi madre, *¿quieres tú que pase fatigas por este mundo que nos ha dao dios?*, mi padre es que era muy de misa, ¿no me comprendes?, y siempre tenía a dios en la boca, y luego dijo *aquí estaríamos tos muertos de hambre si yo ganara únicamente los dineros del taller*, tenía junto a la servilleta el periódico ese, *La Linterna*, se llamaba, y se ve que allí acababa de leer que algunos ejecutores enseñaban el oficio a sus hijos, por seguir la tradición, ¿no verdá?, y a mi padre pues se le ocurrió lo que se le ocurrió, y asín de golpe empezó a clavar el deo en el periódico y dijo *mi hijo no va a ser menos que nadie*, se lo decía a mi madre, que ya la pobretica lo escuchaba con la cabeza gacha, *mi hijo se ganará sus buenos dineros*, añadió mi padre, y como seguía clavando el deo asín en el periódico —simuló el gesto de su padre golpeando la colcha con el índice—, pues ya entonces me fijé yo, me fijé bien y vi que lo clavaba, el deo, digo, en la foto de un fulano que había matao a golpes a otro, *que España es un país de maleantes*, continuó mi padre sin dejar de clavar el deo en esa foto, *se matan unos a otros como bestias*, y seguía mirando a mi madre, *asín que en esto el trabajo no le va a faltar, ¿no me entiendes?, siempre habrá un fulano que sentar en el cepo* —Linares dio una última calada, lo había apurado tanto que empezaba a quemársele la colilla, el humo lo envolvía, me gustaba el olor de aquel tabaco—. Y asín empezó la cosa de traspasarme el oficio, y más o menos un año después ya fue

cuando mi padre me llevó con él a lo de Jaén.

Apoyó la punta del cigarrillo en la mesilla de noche, la aplastó con el dedo corazón sin inmutarse y dejó la colilla retorcida junto al despertador; al recostarse de nuevo en el cabezal de la cama lo hizo como si le supusiera un gran esfuerzo, pero no se detuvo, no podía, se lo llevaban las palabras.

—Fue recibir la notificación y ya mi padre, na más verla, me dijo *aquí te vienes tú conmigo, Tanco*, y yo pues me quedé alelao, ¿no verdá?, asín de una pieza, eh, porque como ya hacía un año que lo habíamos hablao, pues es que ya no pensaba yo en eso, y mi madre, la pobretica, figúrate, a llorar que se puso otra vez, y una semana después, el día que nos teníamos que ir mi padre y yo p'allá, pa Jaén, pues quise abrazarla, ¿no me comprendes?, pa que se quedara tranquila, y le dije *no se preocupe, madre, que esto no es na,* eso le dije, y ella me dio unos cuantos besos, asín como son las madres, y ya mi padre y yo nos fuimos pa la estación de autobuses y cogimos el Alsina pa Sevilla, porque primero había que ir a la Audiencia de Sevilla, ¿no me comprendes?, a buscar el aparato, y ya luego pues nos fuimos pa Jaén, que ni él ni yo habíamos estado nunca allí, y fue bajarse del mixto, o sea, del tren, que es como habíamos venío desde Sevilla, y ya nos esperaba la Guardia Civil en el andén, dos números asín muy estiraos.

—¿La policía? —me extrañó.

—Era la costumbre, por seguridá, ¿no me comprendes?, que la gente a veces no sabe uno cómo va a reaccionar, que a uno de Barcelona, por el cuarenta o por ahí, lo mataron a tiros los familiares de un fulano al que había ultimao —volvió la cabeza hacia la ventana, que tenía los postigos de madera cerrados, y añadió—: Abre la ventana, Daldo, haz el favor, que entre una poca de luz.

Aparté las cortinas y abrí los postigos de madera, pero pasaban ya unos minutos de las ocho y media y apenas cruzó la habitación un leve resplandor del atardecer, una línea de luz en la que flotaron restos de humo del cigarrillo de Linares.

—Ándate a por coñá, Daldo.

—Es que con las aspirinas…

—¡Que te traigas la botella, cojones!

Fui al comedor y cogí la botella de Veterano y una copa, ya iba a dar media vuelta cuando decidí llevar otra copa para mí. Regresé al dormitorio, me senté en la silla, puse las dos copas sobre la mesilla de noche y las llené; Linares agarró una, la apuró de un trago y la dejó de nuevo sobre la mesilla con un golpe seco, como si estuviese en la barra de un bar; se la volví a llenar y di un sorbo de

la mía.

—Y entonces ya los de la Guardia Civil nos llevaron endeseguía en su coche a la prisión —prosiguió—, que íbamos mi padre y yo sentaos en el asiento d'atrás más chulos que un ocho —en ese momento sí sonrió, con pena o con nostalgia, y los ojos se le fueron hacia la ventana; desde allí se veía una parte del patio, *Credo* estaba tumbado al fondo—, y los dos números pues le dieron una poca de conversación a mi padre, que si el frío, que si se nos había hecho largo el viaje en el mixto…, y asín hasta la prisión, adonde nos recibió el director y ya allí pues le dijeron a mi padre que la ejecución tendría lugar a las seis de la mañana del día siguiente, o sea, como eran mayormente, asín bien temprano, por eso mi padre llegaba el día de antes, ¿no me comprendes?, pa montar el aparato sin prisa y dejarlo to bien arreglao, que el montaje era algo que no se podía dejar pa el final, ¿no verdá?, no fuera a ser que a última hora pues hubiese algún contratiempo y aquello no se pudiese hacer, asín que endeseguía nos llevaron los funcionarios de la prisión al lugar de la ejecución, un cuartucho era, y mi padre pues ya se puso a preparar el palo, la silla, el aparato…, en fin, to el tejemaneje, ¿no me comprendes?, y mientras lo montaba pues me iba indicando, que si esto se pone asín y esto asán, que te recuerdes de esto y de lo otro, y yo, claro, figúrate, allí escuchando, porque mi padre otra cosa, no, pero enseñar, enseñaba de perlas, que yo lo de cerrajero pues me lo sabía porque me lo había enseñao él, ¿no verdá? Y ya con el palo allí metió en el abujero del suelo y el aparato puesto en el palo pues me dice, me dice *esto na más es verlo una vez y arreando, Tanco*, dice, *no tiene secreto ninguno*, y claro, pues yo ya vi que aquello no tenía remedio, ¿no me comprendes?, o sea que allí iba a morir un hombre y que mi padre estaba montando el aparato na más que pa eso, *ya mañana verás tú cómo funciona el cepo*, y cuando lo tuvo to montao le preguntaron si pasaría la noche allí en la prisión y mi padre les contestó *no, no, aquí mi hijo y yo nos vamos a una fonda que ma mirao un conocío mío y ya si eso mañana nos venimos tempranico p'acá*.

—¿Dormir en la prisión? —pregunté.

Linares se llevó la copa de brandy a los labios, dio un sorbo y asintió.

—Se hacía a veces, era de lo más natural, o sea, que en algunas prisiones tenían cuartos con camastros pa los funcionarios y allí, si uno quería, pues le preparaban a uno un cuarto de ésos pa pasar la noche, y mi padre solía hacerlo y dormía allí como un tronco, na más que les decía a los guardias que lo despertaran pa cuando se le hacía la misa al reo, y ya cuando lo despertaban pues se echaba agua a la cara y p'allá que se iba. En cambio, otros del oficio pues

no pegaban ojo, ¿no me comprendes?, se quedaban allí despiertos toa la noche bebiendo café con los guardias o echando unas partías de cartas, de los nervios y eso, ¿no verdá?, pero mi padre no, mi padre se echaba a dormir tan campante, que tenía el hombre un temperamento, eh, un temple, que a mí pues me hubiese gustao tener, ¿no me comprendes, Daldo?, un temple asín como el de mi padre, digo, asín de fuerte…, o sea, que uno se fija siempre en cómo su padre hace las cosas, ¿no verdá?, de niño, digo, de niño se fija uno y lo imita, y luego de mayor pues también, o sea que lo que uno quiere, eh, lo que quiere uno es que su padre pues se sienta orgulloso de uno, que el padre de uno pues piense que…

Se calló y sus ojos se quedaron clavados en los míos, había reducido los labios a una ranura y, de tanto apretar los dientes, se le marcaban una y otra vez los huesos de la mandíbula, *tu padre estará orgulloso de ti, ¿no verdá?*, otra vez aquello, apuró el brandy de un trago y dejó la copa sobre la mesilla de noche; no hice ademán de llenársela ni tampoco me lo pidió.

—O sea —continuó, como si no hubiera sucedido nada—, que cuando lo de Jaén pues nos fuimos mi padre y yo a la fonda porque no quería mi padre que yo durmiese en la prisión, ¿no me comprendes?, que lo hizo por mí, que si por él fuese, pues na, tan campante allí en la prisión, asín que venga los de la Guardia Civil a llevarnos a la fonda, que ésos, una vez que llega uno al sitio, pues ya no le dejan a uno ni a sol ni a sombra, y si tienen que quedarse a dormir allí en la fonda, pues se quedan, se quedan a dormir o a lo que sea, y aquellos dos números pues se quedaron, claro, qué remedio les quedó, si hasta se pusieron a cenar a dos mesas de la nuestra pa no quitarnos la vista de encima. Y es que allí, por un suponer, entra alguien a hacernos algo a mi padre y a mí y se le cae el pelo, ¿no me comprendes?, lo cosen a tiros —se llevó la mano al bolsillo de la camisa, extrajo el paquete de Bisontes y lo recompuso haciendo crujir el papel y el plástico del envoltorio, luego prendió un cigarrillo, sopló la cerilla y la lanzó sobre la mesilla de noche—. Pedimos unas migas pa cenar y vino tinto y entonces me dice mi padre *come, Tanco*, me dice, *que esto va con las dietas*, o sea que a él, además del sueldo, pues le pagaban dietas, ¿no me comprendes?, cincuenta duros al día por aquella época, o sea que comía como un rey y entodavía le sobraban cuartos, y con los viajes igual, eh, que allí cenando me dijo *yo siempre viajo en tren, ¿no me entiendes?, en tercera, y ya luego pues les paso los gastos en primera, que ellos pues pagan siempre en primera*, y to eso comiéndonos las migas y hablando asín en murmuraciones porque mi padre no quería que los de la Guardia Civil se enterasen de sus menesteres, *y si hasta Sevilla nos hemos vento en el Alsina*, continuó, *ha síopa que te montaras tú en*

uno de esos autobuses nuevos, sino de qué, en tren que me vengo yo, y ahí yo me sentí agradeció, ¿no verdá?, por el detalle del Alsina, digo, *y tú no te preocupes de estos pormenores*, me dijo después, *no te preocupes tú de eso ahora, que cuando llegue el momento ya te diré yo el qué*, y entonces, con los cafés, ya fue cuando me dijo mi padre aquello —Linares dio una calada al cigarrillo y sacudió la ceniza sobre el montoncito que se estaba formando en la mesilla de noche, le temblaban ligeramente los dedos, la mano izquierda la tenía atenazada sobre la colcha—. A mi padre la guerra lo pilló en el bando nacional, ¿no me comprendes?, lo mandaron endeseguía pal frente y ahí ando pegando tiros por el monte y luego por Brihuega, que ahí fue donde le hirieron, en Brihuega, en una explosión que hubo, que él pues se salvó de milagro porque le pilló una paré por medio y por eso se salvó, que si no llega a ser por esa paré, pues na, no lo cuenta, asín que na más le cayeron encima un puñao de ladrillos y luego pues una esquirla de plomo que le abujereó el brazo por aquí —se señaló el codo—, por aquí le abujereó, que le tronchó el hueso, eh, no te vayas a pensar, y mi padre pues me lo contó asín tal cual mientras nos bebíamos los cafés, y yo le dije que ya me sabía eso de la explosión, *ya me lo ha contao otras veces, padre*, le dije, pero el hombre estaba con unas ganas de hablar, eh, que no había forma, y me dice, se pone asín muy serio y me *dice pero ahora te lo digo porque ahora es distinto*, y entonces me dijo que el codo ya no le dolía na más con la humedá, o sea, cuando estaba por llover, sino que le dolía cada día, *a veces me duele tanto que no puedo ni levantar el brazo hasta aquí*, me dice, y claro, con el gesto que hizo, pues endeseguía me percaté yo de lo que me estaba diciendo, ¿no verdá?, al hacer asín con el brazo fue cuando ya me percaté —Linares realizó el gesto, el mismo que había llevado a cabo en el patio minutos antes para accionar la manivela del garrote y aprisionarme el brazo—. O sea que era el gesto de darle, ¿no me comprendes?, a la manivela, digo, el gesto ese, y ahí ya entendí yo a santo de qué tanta prisa con eso de instruirme en su oficio, ya ahí me figuré yo de qué iba el asunto, porque, claro, a uno no le puede fallar el brazo si se dedica uno a lo que se dedica, no se le pueden ir con mandangas al reo, figúrate un fallo ahí, en el momento de darle… —negó suavemente con la cabeza, la mirada fija en el suelo, y le dio una calada al cigarrillo como si fuese un bálsamo; bebí un sorbo de brandy, transcurrieron unos segundos—. Lo que no quería mi padre, Daldo —se recuperó—, lo que no quería mi padre de manera ninguna era que el codo lo dejara sin fuerzas cuando estuviera tras del palo, ¿no me comprendes?, ahí en el momento de ultimar, o sea, que estaba pensando el hombre en que yo le tomara el relevo, *en cuanto sepas de qué va esto, pues ya te*

encargas tú, me dijo, y a mí se me voltearon las migas en el vientre, porque dicho asín de golpe, pues la cosa impresiona, ¿no verdá?, *en un año o asín, si dios quiere, ya estás tú preparao pa esto*, me dice, *que ya he hablao yo con quien tenía que hablar pa que te tengan en cuenta*, eso me dijo, o sea, dándolo por hecho, ¿no me comprendes?, *asín que no pongas esa cara de pasmao que pones*, me dice, pero claro, qué cara iba yo a poner, figúrate, y ya luego en la cama de la fonda pues no pegué ojo en toa la noche, ¿no verdá?, que no hacía yo más que pensar en cómo sería aquello, y asín pensando en el aparato y en quien sería el reo, pues me se hizo de día.

Echó un vistazo por la ventana, en el patio se iba consumando la tarde, después, lentamente, alargó el brazo hacia la mesilla de noche y dejó caer unas briznas de ceniza en el montoncito, había algo primitivo en el modo en que Linares manejaba el cigarrillo entre sus dedos, una rudeza.

—Y ya cuando bajamos al día siguiente a desayunar al comedor de la fonda ya estaban allí los de la guardia civil metiéndose entre pecho y espalda un café con leche cada uno y unos bollos, y na más vernos nos dicen *buenos días tengan ustedes*, y mi padre, por darles conversación, pues quiso sentarse en la mesa de ellos, y les dijo *a la paz de dios*, y al sentarnos se pusieron a charlar los tres de asuntos sin importancia, que no entendía yo cómo podían ponerse a charlar tan campantes si entodavía no habían dao ni las cinco, de noche era, y además hacía un frío en la fonda esa, un frío, eh, que parecía que tuviesen las puertas abiertas, yo es que ni abrir la boca podía, eh, na, ni mu, y los ojos, bueno, como si me hubiesen echao arena adentro, *venga, arreando*, dijo mi padre al cabo de un poco de rato, *no vayamos a llegar tarde*, asín que nos montamos en el coche y nos fuimos pa la prisión, y allí en el coche pues ya nadie dijo na, y qué íbamos a decir si íbamos a lo que íbamos, los cuatro allí metíos en el coche por el medio de Jaén, sin nadie por la calle y entodavía de noche, figúrate, maleantes parecíamos mi padre y yo, o sea que casi parecía que nos llevaban presos y que el garrote fuese pa nosotros.

Se puso el cigarrillo en la boca y me pidió con un gesto la botella de Veterano, no se la negué, era su combustible, con el brandy hablaría sin parar hasta el final; llenó las dos copas, aunque la mía no estaba aún vacía, y mientras lo hacía me miró bizqueando a través del humo del Bisontes. Prensó el cigarrillo entre los dedos, cogió la copa y bebió, le costó tragar, dio la sensación de que podía ponerse a vomitar de nuevo, qué manera de beber.

—Cuando llegamos a la prisión eran ya las cinco —prosiguió—, y me recuerdo que mi padre pues ya se fue directo pa la capilla donde estaba el reo, ¿no verdá?, directo p'allá metiéndoles una poca de prisa a todos, porque la misa se hacía siempre una hora o asín

antes de la ejecución, y mi padre pues aprovechaba que el reo estaba allí con lo de rezar y eso, asín como despistao, pa calcularle a ojo las medidas, o sea, si era alto o bajo o qué, por el aparato, ¿no me comprendes?, pa que eso le quedara bien puesto a la altura del cuello, que lo normal pues era fijar el aparato en el palo a un metro diez del suelo o por ahí, eso era más o menos, pero claro, luego había fulanos asín muy altos o lo otro, muy bajos, y no era cosa de andar recolocando el aparato con el reo sentao ya allí, ¿no me comprendes?, asín que nos fuimos pa la capilla y cuando estábamos ya frente a la puerta el director de la prisión nos informó de que el reo ya se encontraba adentro y va el director y le dice a mi padre, le dice *¿va usted a entrar con nosotros a celebrar la misa?*, y mi padre pues le dijo que no, *no tengo yo por costumbre entrar en capilla*, le dijo, *por el reo, ¿no me entiende?*, y a mí eso pues me sorprendió, ¿no verdá?, siendo mi padre como era de misa, y entonces mi padre me dice a mí *tú verás lo que haces cuando ya estés tú en esto, que si quieres, pues entras, y si no, pues no*, y ahí bajó un poco la voz, *que yo lo hago na más que por ahorrarle al reo la cosa de verme, ¿no me entiendes?, y porque me da pena de verlo, ahí rezando*, y entonces el director me mira a mí y le dice a mi padre, *su hijo de usted, don Tancredo, no sé si…*, o sea que después me enteré yo de que mi padre había tenío que ir en persona a la Audiencia de Sevilla a solicitar que pudiese estar yo allí presente, ¿no me comprendes?, porque a aquello, a una ejecución, digo, pues no podía entrar cualquiera, estaba aquello muy restringió, *por mi hijo no se preocupe, usté*, le contestó mi padre al director, *que yo me encargo*, y ya endeseguía entraron tos en la capilla y cuando el sacerdote se puso a celebrar la misa, mi padre, asín con discreción, se colocó tras un funcionario que había allí, miró pal reo, se volvió pa mí y me dijo *venga, vamos, que a éste ya lo he calao yo*, o sea que ya había visto al reo, y ahí yo le pregunté *¿y cómo es?*, y él me contestó *un metro setenta o por ahí*, y ya entonces le pidió a uno de los guardias que se había quedao afuera que hiciera el favor de acompañarnos al lugar donde estaba montao el aparato, y el guardia, que era asín de mi edad, pues nos acompañó, y cuando llegamos al cuartucho nos convidó a tabaco y se quedó allí con nosotros fumando, apoyao asín en la paré, mirando el garrote de una manera, el pobretico, que daba pena de verlo, o sea que mirando yo al guardia pues me percaté del miedo que teníamos los dos, y más aún cuando mi padre puso la mano asín sobre la argolla del aparato, o sea, donde iba el cuello, y me dice *pa lo que es éste de alto, ya lo tenemos esto bien puesto*, se agachó y sacó el cojín ese que llevaba siempre en la caja del aparato, o sea, ese que has visto tú en el patio, y me dice, me dice *y si ya en el momento de sentarlo ves tú que se queda muy abajo,*

pues le pones el cojín y arreando, yo le decía que sí y me iba entrando una nerviosidá muy grande, ¿no verdá?, porque no me veía yo capaz de hacer aquello, y mi padre debió vérmelo en la cara, porque soltó una risa, me dio asín en la espalda y me dijo *fuma tranquilo, hombre*, me dijo, *que ya cuando te toque a ti pues ya tendrás tú más conocimientos*, y se fue detrás del aparato a hacer girar la manivela tres o cuatro veces pa probarla, y aquello pues hacía unos chasquíos que le ponían a uno los pelos de punta, ¿no verdá?, tal cual los has oído tú ahí en el patio, Daldo, una corredera p'alante y otra p'atrás, y ya me percaté yo de que al guardia se le estaba poniendo mal cuerpo, o sea que le temblaban tanto las manos que casi ni podía ponerse el cigarro en la boca, pa mí que también era la primera vez que veía aquello, y asín de buenas a primeras nos dice *se ha pasao la noche llorando, el pobre, contándonos cosas de cuando era niño, recordándose de su madre*, y ahí comprendí yo que estaba hablándonos del reo, *es que solamente tiene veinte años, el pobre*, siguió diciendo el guardia, y entonces mi padre le dijo *mejor te callas ya*, y lo dijo asín cabreado, eh, que me asustó a mí la manera en que lo dijo, *aquí no es menester que sepamos nosotros más na*, le dijo, *no conozco yo al reo ni quiero conocerlo, ¿mas entendió, chaval?*, y el guardia pues dijo que sí, a ver, que se disculpó y to el hombre, o sea que ya no volvió a abrir más la boca.

Linares aplastó la punta del cigarrillo en la mesilla de noche valiéndose una vez más del dedo corazón, quizá debería traerle el cenicero. Me resultaba difícil imaginar que un chico de veinte años pudiera ser ejecutado, ¡veinte años!, ¡más joven que yo!

—¿Y cómo se llamaba? —pregunté.

—¿Quién?

—El chico ese, el reo.

—Pues ahora no me recuerdo del nombre, pero lo llamaban el Picoveleta —agarró la copa y bebió—. Ahí en el baúl está el recorte del diario ese que lo dice, que quise yo guardarlo, ¿no me comprendes?, o sea que me compré el diario y lo guardé.

—¿Y qué hizo?

—Pues fue el que mató a la viuda esa pa robarle trescientos duros, o sea que en el diario ese lo cuentan la mar de bien, que la vieja pues tenía una casa enorme y tierras, ¿no verdá?, y el Picoveleta llevaba allí dos años de jornalero, a lo que salía, trabajos en el campo, remiendos, menesteres asín..., en fin, un poco como yo ahora, o sea, de mantenimiento, y un día pues se ve que el chaval, estando ahí en la cocina apañando un desagüe, encontró bajo el fregadero un tarro asín de lata con tres billetes de quinientas pesetas adentro, ¡figúrate el susto, con la miseria que había!, y aquella misma noche ya se fue pa casa dándole vueltas a la cosa de

tal forma que, al día siguiente, al llegar a casa de la viuda, se fue directo donde las herramientas y agarró un hacha que había allí, o sea que ya lo había decidió, ¿no me comprendes?, y se fue pa la vieja, que estaba tomándose el desayuno, y le arreó asín en la cabeza —reprodujo levemente el gesto de propinar el hachazo—, ocho veces le arreó, Daldo, ocho, hasta que la dejó tiesa, que figúrate tú si el atontao no podía haber cogío los cuartos y ya está, eh, o sea, conformarse con el robo, pero no, tuvo que matar a la viuda a lo bestia, que ahí en el diario pues pone que en el pueblo lo llamaban el Picoveleta porque de chico ya andaba siempre en las nubes rumiando maldades, o sea que era más malo que la sarna, y como al parecer había nació el chaval por ahí por la provincia de Graná, pues lo llamaban así por el Pico Veleta, que es una montaña de allí de la sierra granaína, una montaña asín muy alta, figúrate tú qué ocurrencia.

Miró otra vez hacia la ventana, la expresión de su cara había cambiado, no había en ella esa simpleza que mostraba a los del ladrillar, sus ojos se habían dimensionado, ¿quién coño era aquel hombre que tenía delante?

—Aunque claro —prosiguió, sin mirarme—, cuando lo trajeron esposao al cuartucho no parecía que al chaval le quedara ya mala idea ninguna, ¿no verdá?, que venía el pobretico temblando, con la cabeza gacha, ni en pie se tenía, o sea que lo traían en vilo dos guardias, y como no había querío que le vendaran los ojos, que unos quieren y otros no, pues fue levantar la cabeza y encontrarse de sopetón con el aparato, y fue verlo y el tío se echó asín p'atrás —Linares hizo el gesto levantando un poco la cabeza—, asín como si alguien le hubiese dao una guantá en el pecho, y los guardias pues tuvieron que empujarlo un poco, lo justo pa que diera tres pasos más, y ya entonces me dijo mi padre en voz baja *quédate acá quieto, que esto es cosa ya de un momento*, vi que había cogío una cuerda, una cuerda de esas suyas tan largas, y con ella aguardaba a que los guardias le sentaran al reo en la silla, cosa que hicieron endeseguía, y fue tenerlo en la silla que mi padre le pasó la cuerda asín por el pecho y le dio dos vueltas por detrás del palo, p'amarrarlo bien, ¿no me comprendes ?, y luego le ató los pies a la silla con un ballestrinque, que mi padre pues ataba con un ballestrinque, que ahí cada uno lo hacía a su manera, o sea que había otros que sujetaban con correas, pero mi padre decía que con un ballestrinque pues no había ya forma de moverse de allí, o sea, pa que tú me comprendas, Daldo, que no se ataba a los reos pa que no se fugaran, sino pa que no se moviesen en el momento de darles, ¿no me comprendes?, que eso mi padre lo cuidaba mucho, ¿no verdá?, pa evitarle padecimientos al reo, y ahí en un momento lo tuvo atao, al

Picoveleta, digo, le puso la mano en la frente y, empujándole la cabeza hacia atrás con cuidao, hizo entrar su cuello en la argolla, luego cerró la abrazadera d'alante con el pasador y le hizo un gesto a alguno de los que había allí pa darle a entender que aquello ya estaba preparao, y entonces me percaté yo que el cuartucho se había llenao de gente, ocho o diez personas habríamos allí, y el Picoveleta tenía los ojos que le iban de un lao pa otro, como sueltos, pero que me daba a mí que no veía na, o sea que estaba el pobretico más en el otro mundo que en éste, y entonces, asín de golpe, le dice al cura *padre, por favor, un momento*, y el cura pues se acercó a él y mi padre, que estaba ya pa echarle el trapo sobre la cabeza, se quedó quieto tras el palo mientras esperábamos tos a ver qué quería el chaval, porque a veces los reos pedían cosas, ¿no verdá?, daban recaos pa alguien, se despedían de los guardias, le rogaban a uno que no los lastimara…, y el Picoveleta pues también quiso pedir algo, y fue que le dijo al cura *aquí, padre… en el bolsillo… de la camisa*, que casi ni hablar podía, *aquí en el bolsillo*, y el cura pues le metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó de allí una foto, *es pa decirle adiós*, dijo el chaval temblando, *es pa decirle adiós a mi pobre madre y pa pedirle perdón…*, y el cura le acercó la foto a los labios y el Picoveleta pues ya le dio unos besos a su madre, y aquello dio una poca de pena, ¿no verdá?, porque la besaba como desesperao, figúrate tú.

Se bebió hasta la última gota del brandy que le quedaba en la copa y me miró fijamente, tenía los ojos como los teníamos nosotros al salir algunas noches de Casino, crispados, encendidos, ¿vomitaría otra vez?; fui a beber y me encontré la copa vacía, ¿desde cuándo la tenía vacía?

—Y ahí con lo de la foto de su madre pareció que se quedaba conforme el chaval —continuó Linares—, el cura se la guardó otra vez en el bolsillo de la camisa, le puso el crucifijo en las manos y el Picoveleta lo apretó asín con fuerza —imitó el gesto con la copa—. Mi padre le echó entonces por la cabeza el paño negro, un paño de esos que has visto tú antes en el patio, y le dijo al chaval que estuviese tranquilo, que aquello na más que sería un momento, *ahora nos vamos aponer a rezar tú y yo el credo*, le dijo mi padre al Picoveleta, *aquí na más que tú y yo*, y ya los dos se pusieron a rezar el credo, que mi padre pues lo hacía asín, ¿no me comprendes?, era la costumbre, *creo en Dios Padre Todopoderoso*, empezaron los dos, que al chaval ni se lo escuchaba casi, una vocecica allí debajo del pañuelo era, *creador del cielo y de la tierra*, y ya entonces vi que mi padre agarraba la manivela, *creo en Jesucristo, su único Hijo…*, y ahí, asín de golpe, mi padre le dio, o sea giró la manivela una vuelta, y el Picoveleta tuvo una sacudida, un espasmon tan grande que la

cuerda se tensó con un crujió, que pensé yo que iban a romperse los nudos, y bajo el paño negro se oyó como un ronquido, un ahogo, y endeseguía le dio mi padre media vuelta más a la manivela y ahí ya no se oyó na más que el crujir de la madera del poste, de la presión, ¿no me comprendes?, y la cabeza del Picoveleta cayó asín de lao —Linares reprodujo el movimiento ladeando la cabeza—, que casi se le cae también el pañuelo al suelo, y ahí fue donde yo me fijé en su cuello, Daldo, que se le había quedao en dos centímetros de grueso, o sea en el puro hueso con las cervicales tronchás, y mi padre dijo *esto ya está*, y vi que ponía una mano sobre el hombro del Picoveleta y le daba un par de golpecicos, asín paternalmente, ¿no me comprendes?, como ayudándolo en aquel trance. Y entonces se acercó el médico que había allí, le tomó el pulso al chaval y endeseguía negó con la cabeza, o sea que estaba vivo, asín que esperamos, que había allí un silencio que tiraba p'atrás, eh, o sea, un silencio que no he vuelto a oír en sitio ninguno, y no veía yo que el Picoveleta pudiese estar vivo de manera ninguna, imposible, pero claro, si el médico encontraba pulso, pues encontraba pulso, o sea que pasaron como tres minutos más antes de que el médico se acercara otra vez y le agarrara la muñeca al Picoveleta pa certificar, y otra vez hizo asín que no con la cabeza, y ahí ya se oyeron varios suspiros, de los que estábamos allí, digo, de los nervios, ¿no verdá?, y mi padre pues se apartó del palo, se recostó en la paré y se lio un cigarro, que tenía el hombre un temperamento, eh, un temple, que ya hubiese querío yo pa mí, ¿no me comprendes?, un temple asín…, que yo, aunque hubiese querío, ni moverme podía, que na más que miraba yo el cuello del Picoveleta y el paño negro sobre su cara y pensaba, figúrate, pensaba que un ratico antes el pobretico estaba allí besando la foto de su madre y ahora pues ya estaba muerto, y asín mirándolo me percaté entonces que seguía agarrando con fuerza el crucifijo que le había puesto el cura en las manos, y asín mirándolo, eh, pues vi que el crucifijo empezaba a ladearse, o sea, que empezaba a escapársele de los déos al Picoveleta, y asín de golpe cayó al suelo y to quisque se llevó allí un susto, ¿no verdá?, porque claro, el crucifijo era de hierro, y con tanto silencio pues fue un susto, que hasta yo, que lo estaba viendo, me asusté como el que más, o sea, que sólo mi padre siguió tan campante fumando en el rincón, y ahí sí que el médico certificó la muerte, o sea que habían pasao ocho o diez minutos, ¡eso sí, el Picoveleta ni enterarse, eh!, que el pobre fue darle la vuelta y media y ya estaba muerto, que esto es istantáneo, Daldo, no tiene na que ver con el pulso, y ya cuando el médico se retiró mi padre me agarró asín por los hombros, me llevó afuera del cuartucho y mientras salíamos pues nos cruzamos con los de la funeraria, que venían a hacerse cargo.

Linares dejó la copa de brandy sobre la mesilla de noche, se sacó el paquete de Bisontes del bolsillo y se encendió un cigarrillo, la primera calada fue larga, ¿habría fumado alguna vez después de ejecutar a alguien, tal como había hecho su padre?; me observó a través del humo y concluyó:

—Asín fue la primera vez que vi yo aquello.

Mi cabeza hervía como si estuviese borracho, ¿me había bebido una copa de brandy o dos?, seguía viendo las manos de Tancredo Linares dándole la vuelta y media a la manivela, agarrotando el cuello del Picoveleta, y con ellas se entremezclaban las manos de Linares apresando mi brazo en el patio, resonaban aún los chasquidos del hierro, los crujidos de la madera, y la cabeza del Picoveleta caída de lado con las cervicales rotas, *esto ya está*.

—¿Yusted cuándo empezó? —pregunté—, quiero decir, ¿cuándo sustituyó a su padre y ocupó el cargo?

Su mirada se apagó, se oscureció, y en esa oscuridad noté el aire estancado del dormitorio bajándome por los pulmones, ¿a qué venía aquella reacción de Linares?, ¿qué tenía de malo mi pregunta?, ¡si llevaba el hombre media hora hablando y respondiendo preguntas sin parar!, *es por algo de su padre*, me dije, *como siempre*, pues no iba a permitirle más silencios ni que me utilizara tan sólo para contarme lo que le diese la gana, ¡era un hipócrita!, ¡seguro que deseaba responder a aquella pregunta y a cien más!, con el garrote también se había hecho el remolón, pero le había gustado enseñármelo, montarlo, probarlo conmigo, ¡disfrutaba de aquello tanto como yo!, él quería responder y yo quería que me respondiese, habíamos cruzado una línea, habíamos…

—Ándate ya a casa, Daldo, que es tarde.

Apagó el cigarrillo en la mesilla de noche antes de fumárselo entero y tuvo un acceso de tos, luego se tumbó completamente en la cama, dio media vuelta y se hundió en el colchón. Me quedé mirando su espalda, su camisa blanca arrugada, ¿cómo podía llevarla abotonada hasta el cuello?, *no sé quién es*, me dije, *no sé quién coño es*.

Llegué a casa a las nueve y media pasadas y me senté a cenar sin ducharme porque mis padres ya habían empezado; el vapor del aceite caliente flotaba sobre los fogones, se había apoderado de las paredes y de cada soplo de aire, difuminaba a mis padres, y el anís vomitado de Linares seguía estancado en el fondo de mi nariz y arruinaba el olor a tortilla de patatas que impregnaba mi casa los jueves por la noche. Dije a mis padres que había apurado el tiempo en casa de Linares para dejar lo de la viga prácticamente terminado

y mi madre me puso en el plato un trozo de tortilla de patatas; me serví un vaso de agua y me lo bebí de golpe, me supo a brandy, Linares se había venido conmigo y estaba sentado a mi lado, y *Credo* permanecía al acecho debajo de la mesa, *y ya los dos se pusieron a rezar el credo, que mi padre pues lo hacía asín, ¿no me comprendes?*, me explotó la asociación en la cabeza, *credo*, la repetición de nombres, *Credo*, como haberle puesto *Rafaela* a su perra en memoria de esa novia que tuvo o llamar *cepo* a la tabla del almacén de herramientas o llamarse Tancredo como su padre y como se llamó también su abuelo, el pasado conservado mediante palabras, la forma de perpetuarlo, ¿en qué coño de época tendría Linares el cerebro? Corté un trozo de tortilla de patatas con el tenedor y me lo metí en la boca, se había enfriado, me costó masticar, tenía el cuerpo como si hubiese trabajado veinticuatro horas sin parar, ¿seguiría Linares tumbado en la cama? Me había marchado de su casa con la sensación de que me habían hinchado el cerebro con aire a presión, ni siquiera en el coche me había sonado igual la Electric Light Orchestra, Jeff Lynne cantaba *Eldorado* como si no fuera a escucharlo nunca nadie, como Linares, que me había soltado aquella historia después de pasarse treinta años sin nadie que lo escuchara, ¿habría hablado alguna vez durante tanto rato?; al entrar en la ciudad por la carretera Laurea Miró en dirección a casa las luces de los escaparates y de los demás coches habían girado velozmente a mi alrededor, demasiado brillantes y había encontrado en rojo el semáforo del cruce con Ramón y Cajal, en él me quedé mirando a dos hombres que charlaban frente a la puerta del Hotel Centro, uno de ellos era corpulento, tenía un cuello robusto, *asín ya teníamos el cuello adentro, ¿no me comprendes?, y entonces ya na más quedaba que venirse p'atrás y darle*, el otro era más bien poca cosa, se le marcaban los huesos en las costuras de su traje elegante y su cuello tenía una apariencia quebradiza, moriría enseguida; de repente sonó un bocinazo, el semáforo había cambiado al verde, arranqué con una sacudida y llegué a casa con la sensación de estar huyendo de algo. Me serví otro vaso de agua y me lo bebí sin respirar.

—Te has perdido a España contra Argelia —dijo mi padre sin ninguna emoción, y se llevó a la boca un trozo de tortilla de patatas.

—¿Hemos ganado? —me había olvidado por completo del partido.

—Tres a cero.

Notaba aún el cerebro hinchado como un globo, ¿se me notaría en la cara?, me serví el tercer vaso de agua y le di un trago sin tener sed, me supo a agua.

—Esta tarde he llamado a Telefónica —anunció mi madre—, en una semana o menos tendremos la línea puesta —y sin poder contener su alegría se lanzó a pormenorizar los detalles de la conversación que había mantenido con Telefónica: que si sería rápido porque en el edificio ya habían hecho la instalación general unos meses atrás, que si teníamos que elegir lo antes posible el modelo de teléfono…; nos mostró un folleto, me lo mostró a mí primero—. A mí me gusta éste —señaló un teléfono con la punta del dedo—, es como más moderno, ¿no?

Le eché un vistazo, se trataba de un teléfono cuadrado y plano de color rojo, con los números dispuestos en teclas, mi madre continuaba dándole golpecitos al folleto con la uña, me preguntó si me gustaba, *tenía junto a la servilleta el periódico ese, La Linterna, se llamaba,* el dedo de mi madre golpeando el folleto se endureció y se convirtió en un dedo grueso, avezado al hierro, *y asín de repente empezó a clavar el deo en el periódico y dijo, dijo, mi hijo pues no va a ser menos que nadie*.

—Sí —respondí—, me gusta.

Mi madre asintió satisfecha, me fijé en su cuello fino y esbelto, seguramente habría que quitarle el colgante de la abuela Joaquina para que la argolla no se lo pellizcara.

—¿Y a ti te gusta, Bernabé? —le preguntó a mi padre alargándole el folleto.

—A mí déjame de líos —contestó él, masticando e ignorando el folleto, su cuello era corto y grueso, tenía la nuez muy marcada, se movía arriba y abajo cuando tragaba—. Elige tú el que te guste, que a ver si ahora con esto del teléfono vamos a gastar una burrada cada mes.

—Tú siempre pensando en el dinero —le recriminó mi madre.

—Y qué quieres —no levantó la mirada del plato ni dejó de masticar—, si las cosas están como están.

—Pero qué exagerados sois los hombres.

Mi padre le lanzó una mirada oblicua sin apenas alzar la cabeza, masticaba como si quisiera quebrarse la mandíbula; me llevé un trozo de tortilla de patatas a la boca.

—Tú es que lo tienes todo muy claro —dijo—, pero soy yo el que se pasa todo el santo día en el ladrillar, ¿entiendes?, soy yo el que ve cómo están las cosas —se clavaba el tenedor en el pecho mientras hablaba, se dejó unos puntitos de aceite en la camisa—. Y las cosas están como están, ¿entiendes?, y no están bien ni regular ni a lo mejor se arreglan, sino que están *muy* jodidas —bebió un trago de cerveza con gaseosa y se limpió los labios con la servilleta, se le habían enrojecido un poco los ojos—. ¿Y sabéis de qué me he

enterado hoy?

Al incluirme de improviso en la conversación temí que empezara a hablar de mí, quizá alguien me había visto bebiendo brandy con Linares o sesteando en el tejado, también era posible que algún trabajador rezagado, Antonio, por ejemplo, hubiese visto a Linares tratando de estrangularme junto a la trituradora, o tal vez Lobo Castilla, por malmeter, le había sugerido a mi padre que no podían tardarse tantos días en reparar una viga.

—Pues me he enterado de que don Ramiro ya anda buscando quien le compre el terreno y las máquinas, o sea, que si eso es ser exagerado…

Pinché otro pedazo de tortilla de patatas, mi padre volvía a ser esa abeja metida en el charco de agua sucia, no me rendiría, no me hundiría con él.

—Yo no he oído nada de eso —dije.

—No me extraña —me replicó con acritud—, como ahora te ha dado por comerte el bocadillo a escondidas.

Nos miramos un solo segundo, luego él volvió a la tortilla de patatas y ensartó el último trozo.

—Yo no me escondo —dije.

Mi padre esbozó una sonrisa burlona e hizo un ademán de rechazo con la cabeza, gruñó algo que no entendí y tragó ayudándose con un sorbo de gaseosa con cerveza, se pasó la servilleta por los labios y la arrojó bruscamente sobre la mesa.

—Te pasas el día haciendo tonterías —añadió.

—¿Qué tonterías?

—Pues tonterías, Ángel, tonterías, ¡Si hasta los del ladrillar se han dado cuenta!

—Qué van ésos a darse cuenta de nada —murmuré clavando el tenedor en la tortilla—, si casi todos son imbéciles.

—¿Lo oyes, María? —alzó la voz—, ¿oyes cómo habla? Pues así todo el santo día, no quieras saber lo que le ha dicho a Castilla, ¡y a mí!, ¿sabes qué me ha dicho a mí esta tarde?, ¡que la música de Paco de Lucía es una mierda!

Noté los ojos de mi madre sobre mí y mantuve los míos en el plato, corté otro trozo de tortilla.

—Yo no te he dicho eso —me defendí.

—¡Que no me has dicho eso! —exclamó, su voz rebotó en la cocina—, ¡que no me has dicho eso!

—No grites, Bernabé —se asustó mi madre.

Mi padre y yo nos sostuvimos la mirada, me parecía un completo desconocido, no solía tener esos arrebatos; finalmente, sacudió la cabeza, agarró una manzana y la peló a toda prisa.

Continuamos cenando en silencio y no me sorprendió que mi padre, al terminarse la manzana, se levantara y saliese de la cocina sin pronunciar palabra; mi madre y yo renunciamos al postre, seguro que ella tenía el estómago tan cerrado como yo, y empezamos a retirar los platos de la mesa.

—¿Ya te has pensado lo del domingo, hijo? —me preguntó.

No supe a qué se refería.

—Lo de invitar a Belén a comer —aclaró.

—Ah, sí —asentí—, mañana se lo digo.

Hizo correr el agua caliente y se puso a fregar los cacharros mientras yo terminaba de retirar lo que quedaba en la mesa y guardaba las bebidas en la nevera. No me apetecía nada que Belén viniese a comer a casa y supuse que ella tampoco tendría el más mínimo interés en que la invitásemos, teniendo en cuenta que la última vez que nos vimos yo la había llamado puta a ella y ella me había cruzado la cara a mí, pero si le decía eso a mi madre sería como gritar a los cuatro vientos no sólo que la relación entre Belén y yo no iba bien, sino también que me estaba ocurriendo algo a mí, lo que confirmaría las palabras de mi padre, y por otra parte se trataba de mi primera novia oficial, era natural que a mi madre le hiciera ilusión ejercer de anfitriona con ella, seguramente pensaba que terminaría siendo su nuera y querría causarle una buena impresión, no me gustaba tener que fastidiarle eso.

—¿Y qué tal lo de Linares? —me preguntó inclinada sobre el fregadero.

—Bien.

—Terminabas hoy, ¿no?

Fue verdugo, estuve a punto de decir en voz alta, *fue verdugo como su padre y por eso no ha respondido a mi pregunta*, ¿a qué coño jugaba?, *ándate ya a casa, Daldo, que es tarde*, parecía un puñetero péndulo, ahora me acerco, ahora me alejo, se sumergía en sus baúles, mostraba con orgullo fotografías y recortes de periódico, y de improviso se echaba atrás y callaba, se refugiaba en el brandy y el anís, no respondía a las preguntas, ¿qué había en su pasado que le jodía tanto?, ¿arrepentimiento?, ¿culpa?, *le juré a mi madre, la pobretica, que nunca volvería a enredarme con esto*, sin embargo, lo había hecho, quiso hacerlo, necesitó hacerlo.

—Hijo, ¿no me escuchas?

Fui yo, asumí, el agua del grifo seguía corriendo, ¿había dicho algo mi madre?, *fui yo quien lepidio que montara el garrote, lo hizo por mí*, ¿y yo para qué mierda le había pedido que lo hiciera?, *lo que tú eres se lleva en la sangre, Daldo, ¿no me comprendes?*, ¿acaso Linares estaba sugiriendo que yo también podría haber sido

verdugo como él y su padre?, ¿quién coño se creía que era para ir diciendo esas gilipolleces?, yo había arrojado el cachorro al fuego, de acuerdo, ¿y qué?, eso no me convertía en asesino, ¿y lo de *Rafaela*?, ¡me quedé para convencer a Linares de que la llevara al veterinario!, *te quedaste por lo mismo que echaste el cachorro al fuego, ¿no verdá?*, ¡si quería a la perra como si fuese mía, joder!, ¿y lo de atropellar a Joan Pons?, ¡era un crío, coño, tenía dieciocho años y estaba hecho polvo por la muerte de mi abuela!, *¿es verdad que te llaman Angelito de la muerte?*

—¡Ángel!

Mi madre se había vuelto a medias y me miraba interrogativamente, llevaba puestos los guantes de goma que utilizaba para fregar y le caían gotas de agua y jabón de las puntas los dedos, *eso na más que son guantes*, ¿para qué guardaría Linares aquellos guantes de cuero?

—A ver si va a tener razón tu padre con eso de que estás un poco raro.

—No estoy raro —dije, no remitía la sensación de tener el cerebro lleno de aire—, es que los del ladrillar me ponen nervioso y ya está.

Mi madre continuó con los platos, ya los había aclarado y los estaba colocando sobre una bayeta que solía tener junto al fregadero.

—¿Es por eso que pasó el otro día con Linares?

Agarré la mesa y la arrastré hacia el rincón, no pesaba nada, era de formica, cabía justo entre la pared y la nevera, de niño solía pedirles a mis padres que me dejaran guardarla a mí y al encajarla en su sitio imaginaba que estaba montando un rompecabezas gigante.

—Lo tratan como si fuese imbécil —dije mientras colocaba los taburetes debajo de la mesa, luego retiré el mantel, lo guardé en el tercer cajón del mueble que había junto al fregadero y añadí—: Y lo que más me jode es que no saben nada de él.

—Bueno, tú lo que debes hacer es tener cuidado con el Castilla.

—Que le den por el culo.

—¡Ángel! —me regañó, y sacudió los guantes frente a mi cara para salpicarme.

Me eché hacia atrás y la oí reír, me sequé con el trapo que ella dejaba siempre colgado en el asa de la puerta del horno, *se le echaba el trapo asín sobre la cabeza antes de darle*, vi que mi madre tenía el folleto de Telefónica metido en el bolsillo del delantal y devolví el trapo a su sitio.

—Entonces —dije cogiendo el folleto de un tirón—, ¿cuánto

cuesta en total esto del teléfono?

—Pues lo de la línea creo que son doce mil pesetas y pico o algo así —respondió—, y mil quinientas más para comprar el teléfono —dejó los guantes sobre el grifo y se secó las manos en el delantal, ¿besaría yo una foto suya si fuesen a ejecutarme?; se acercó a mí, apoyó una mano en mi brazo y dijo—: Oye, que si te va mal pagarlo…

—Me va bien, mamá, no te preocupes.

Ya estaba saliendo de la cocina cuando me murmuró:

—Y trata de entender a tu padre, que todo esto del ladrillar lo tiene muy preocupado.

¿Y él?, casi le dije, *¿por qué no intenta entenderme él a mí?*

Por la mañana, en el recibidor y con la puerta ya abierta, le dije a mi padre que prefería irme directamente al ladrillar y que por lo tanto no me detendría en el bar El Maño a tomar el cortado de cada día, *como quieras,* dijo, y se marchó escaleras abajo sin esperarme. El aire de la calle me despejó, monté en el coche y arranqué. Había sido una noche horrible, llena de sueños oscuros y polvorientos, de cuerdas que maniataban manos y pies para siempre, de cuartuchos donde se mataba a la gente entrechocando pesados hierros. Detuve el Ford Fiesta frente al bar Los Tres Arcos y entré a tomarme el cortado; en la barra había cuatro o cinco hombres inclinados sobre sus cafés, me senté junto a un viejo que estaba echando una ojeada a los resultados del mundial de fútbol en *El Mundo Deportivo*, conseguí leer de refilón que, efectivamente, España había ganado por tres goles a cero a Argelia, y Brasil había derrotado a Irlanda del Norte con el mismo resultado. Belén no soportaba el fútbol, opinaba que veintidós tíos dándole patadas al balón no era más que un juego infantil sin ninguna gracia ni mérito, un puro aburrimiento, claro que Belén no había ido en su vida a un estadio de primera división ni había seguido jamás con atención un partido, no digamos una liga entera, desconocía la épica del juego en equipo, el compañerismo, la gloria de marcar un gol y el infierno de recibirlo, las risas y los gritos de júbilo y las lágrimas y los gritos de rabia, hablaba por hablar, sin tener ni puñetera idea, como los del ladrillar. Pagué el cortado y regresé al Ford Fiesta. Estábamos a viernes y Belén y yo no nos veíamos desde el martes, quizá debería ir esa noche a buscarla al instituto y pedirle perdón, tratar de que se reconciliara conmigo a pesar de que ella no había hecho ningún gesto de aproximación desde la bofetada, ni una palabra; estaba harto de su actitud, en el fondo me ignoraba, por mucho que dijera que se despertaba pensando en mí y tonterías por el estilo ¿si no por qué coño tenía que ceder siempre yo? Cuando llegué al ladrillar me los encontré a todos reunidos frente a la puerta del almacén de herramientas, formaban un corrillo, mi mirada se cruzó con la de Lobo Castilla, no vi a Linares, quizá seguía en la cama; Antonio estaba diciendo algo de que no se podía hacer nada, que don Ramiro ya había tomado una decisión.

—Coño, que nos deja en la calle —se lamentó Escudé.

—No puede invertir ni una peseta más —argumentó Antonio—, dice que ya ha puesto demasiado dinero de su propio bolsillo.

Mi padre fumaba con la cabeza gacha y trazaba garabatos en el polvo rojo del suelo Con la puntera de la bota, volví la cabeza por si veía aparecer a Linares por la esquina del barracón de la oficina, ¿y si le había ocurrido algo?, quizá se había vuelto a emborrachar y le había dado un ataque.

—¡Una denuncia y a tomar por saco! —exclamó Lobo Castilla como si el ladrillar ya no le importara—, ¡aunque nos cueste un riñón!

Sugirió un abogado laboralista que él conocía y se comprometió a llamarlo esa misma tarde, empezaron todos a la vez a dar su opinión y algunos se mostraron de acuerdo en formular una denuncia.

—¡No saquemos las cosas de quicio, hombre! —los atajó Antonio —. Ahora vendrá don Ramiro a darnos las explicaciones pertinentes. Estemos tranquilos y comportémonos como los seres adultos que somos.

—¡Vete a la mierda, anda! —le replicó Lobo Castilla—, ¡que pareces un cura!

Se alejó hacia el interior del almacén y se enfurruñó en un rincón a fumarse un cigarrillo, estaba desconocido, no parecía el Lobo Castilla que algunos sábados, cuando yo era niño, llegaba al ladrillar con su balón Mikasa dispuesto a instruirme, se había ido crispando con el paso de los días, como mi padre perdiendo los nervios en la cocina durante la cena o como los demás trabajadores gritándose unos a otros porque don Ramiro llegaría en breve a confirmar lo que nadie quería oír, se estaban desmoronando todos como ladrillos mal alineados, ¿y acaso no era lógico?, el ladrillar se iba a pique, ya no había quien lo salvara, a ninguno de ellos le apetecía buscarse otro trabajo, empezar de nuevo, y a mí tampoco, estaba hasta los huevos de ir dando tumbos de empleo en empleo, había soportado ya un montón de sitios de mierda, no quería seguir soportándolos. Miré a mi derecha, Linares seguía sin aparecer, *mejor que vaya a buscarlo*, decidí, y me alejé notando en la espalda la mirada de mi padre.

Cuando dejé atrás la esquina de la oficina vi a *Credo* tumbado junto a la mecedora de Linares, ya había amanecido, pero en la sombra que la casa proyectaba sobre aquel costado el perro parecía el puto diablo enroscado sobre sí mismo; levantó la cabeza en cuanto me tuvo a quince metros de distancia, olisqueó el aire y tensó las orejas, ¡qué cojones le pasaría a ese animal conmigo!; avancé vigilándolo de reojo, no se movió, llamé a Linares mientras

el mastín y yo nos medíamos con los ojos, *no te muevas, cabrón*, susurré. Llegué junto a la casa sin que Linares diera señales de haberme oído y lo llamé de nuevo alzando más la voz, me pareció oír música, al principio creí que se trataba de don Ramiro llegando en ese preciso momento al ladrillar con las ventanillas del Citroen Tiburón bajadas y una de sus óperas sonando en el radiocasete, pero enseguida me di cuenta de que la música procedía del interior de la casa. Avancé un poco más y perdí de vista a *Credo*, me asomé a la ventana que había junto a la puerta y a través del cristal entreví a Linares de pie en el centro del comedor, de espaldas a mí y con las manos apoyadas sobre la mesa; encontré la puerta abierta y entré, sonaba una canción folclórica cantada por una mujer, una especie de pasodoble o de copla, el comedor volvía a estar en orden, Linares habría traído él solo desde el patio la mesa con las cuatro sillas y el aparador.

—Oiga, Linares —dije levantando la voz por encima de la música—, que pronto va a llegar don Ramiro y tendría usted que bajar.

—Esta copla se la sabía enterica mi Rafaela.

Habló sin volverse, di dos pasos, había un pequeño tocadiscos encima de la mesa, un viejo artefacto que sonaba como si la aguja fuese un trozo de alambre oxidado.

—Este tocadiscos iba a regalárselo yo por su cumpleaños —añadió sin moverse—, pero entonces vino lo de la pulmonía y ya no pudo ser —se enderezó, suspiró, vi que llevaba una fotografía de Rafaela en la mano—, o sea que me lo quedé yo, ¿no verdá?, el tocadiscos, digo, y lo tenía yo ahí guardao en el fondo del baúl, o sea que no lo ponía yo desde…, figúrate si hacía años que no ponía yo esto.

Guardó silencio y continuó escuchando la canción, *quiero yo volver a ser, la luz de aquel rayito de sol*, la funda del disco, un *single* como los que yo me compraba a veces en Discos Miguel's, estaba bocabajo en la mesa y no logré leer entero el nombre de la cantante, no-sé-qué Castro, *hecha mujer por voluntad de dios*.

—Siempre que la escuchaba mi Rafaela, la pobretica, me decía que le hubiese gustao ser como la Estrellita Castro, o sea una artista, ¿no me comprendes?, pa cantar *Suspiros de España* por allá por las Américas y esos sitios —una sonrisa amarga le curvó los labios—. Y guapa sí era mi Rafaela pa ser artista, o sea que a guapa no la ganaba nadie, pero a veces se ponía asín como muy pesá, ¿no verdá?, o sea que se ponía a soñar y no paraba, que yo había escuchao alguna vez cómo su madre la regañaba diciéndole que tenía pajaricos en la cabeza y que esos pajaricos la volverían loca, o sea, pa que te des tú cuenta, Daldo, de cómo era mi Rafaela, que si

no llega a ser por la pulmonía, o sea, si no llega a ser por..., por lo que...

Se calló y se quedó mirando fijamente el tocadiscos, el disco estaba algo deteriorado y la aguja recorría los últimos surcos oscilando arriba y abajo de tal manera que parecía un milagro que la voz de aquella mujer continuara sonando, *y el eco llevará de mi canción a España en un suspiro*, advertí que Linares, lentamente, empezaba a prensar la fotografía entre sus dedos, no me gustaba lo quieto que se había quedado, volvía a tener ese aspecto que yo tan bien conocía de haberse atragantado con su pasado. La canción terminó y el silencio se nos volcó encima, *va a pasar algo*, presentí, oí unos cuantos chasquidos, la aguja se había deslizado hasta el final del disco y se había quedado allí dando ligeros golpecitos; Linares le dedicó una mirada amenazadora y no hizo nada por colocarla en su sitio, su mano se había convertido en un puño con la fotografía dentro.

—Pajaricos en la cabeza —dijo, su boca se había reducido a esa línea obstinada que le era tan característica, y de pronto masculló—: ¡Me cago en la madre que la parió!

Se arrojó bruscamente hacia delante y barrió el tocadiscos de la mesa con un manotazo, el aparato golpeó el suelo con estruendo y saltaron algunas piezas; me forcé a quedarme quieto, desde el patio llegaban los ladridos de *Credo*. Linares retrocedió tres pasos como si no supiera dónde dirigirse, se pasó el dorso de la mano por la boca, casi parecía asustado, tropezó con su silla y se dejó caer en ella, durante unos segundos se dedicó a respirar, miraba el estropicio del tocadiscos con los ojos muy abiertos, le ardían de rabia como seguramente me ardieron a mí cuando destrocé el cuadro de nudos marineros a causa de la otra *Rafaela;* intentó encenderse un cigarrillo, pero no acertaba a prender la cerilla, al final se le partió entre los dedos de tanto rascarla, lo intentó con otra y le cayó también al suelo. Me acerqué a él, tomé la cajetilla de fósforos de su mano, raspé uno y apliqué la llama al Bisontes, Linares dio una calada muy larga mirándome a los ojos.

—No fue una pulmonía, Daldo.

Me apoyé en la mesa, se le había roto la voz, *va a decirme que la mató él*, temí, y recordé sus manos en torno a mi cuello cuando se me ocurrió preguntárselo.

—Es que se enredó con otro —añadió, la rabia que había ardido en sus ojos se había diluido y se había convertido en dolor, volvió a fijar la mirada en el tocadiscos desbaratado—, o sea que fue enterarse de que yo había echao la solicitú pa ocupar la plaza de mi padre y ahí se acabó lo que se daba —se llevó el cigarrillo a la boca y entonces se dio cuenta de que aún tenía la fotografía arrugada de

Rafaela en la mano, la observó y volvió a cerrar la mano—. Me dijo que lo nuestro tenía que terminarse, que ella era una mujer muy decente y que de manera ninguna quería un marío verdugo, figúrate tú que tontá, o sea que me dijo que ella no iba a darles a sus hijos un padre asín como yo, ¿no me comprendes?, que eso sería una vergüenza pa ella y pa su familia.

—Entonces no está muerta —¿cómo había podido creerme semejante gilipollez de Lobo Castilla?, ¿cómo habían podido creérsela todos?

—Pues no sé yo cómo estará ahora, na más sé que se fue con el fulano aquel, que era uno que conocía de allí de Almería, del barrio nuestro —le dio una calada al Bisontes—, que a mí me se ocurrió, figúrate, que podía ir yo a echarle cuentas al fulano aquel, ¿no verdá?, ir a decirle pues lo que tenía yo que decirle, pero mi padre me dijo que no me convenía meterme en enredos, que con ese trabajo nuestro pues tenía uno que ser discreto, o sea que podían negarme la plaza, ¿no me comprendes?, asín que no fui, y ya la Rafaela pues se quedó con él y se fueron a vivir por Sevilla o por ahí, no sé.

Entendí perfectamente que hubiese preferido mantener la mentira de la pulmonía antes que aceptar ante todos que Rafaela lo había dejado por otro, yo estaba haciendo más o menos lo mismo fingiendo que con Belén no ocurría nada porque era algo de lo que me avergonzaba, me hacía sentir insignificante, incluso mantenía al margen a Sadurní, quien hasta ese momento siempre lo había sabido todo de mí, y si se lo había confesado de sopetón a Félix, sin tenerlo previsto, fue porque sentí que podía confiar en él, ¿sentiría Linares que sólo podía confiar en mí? Oí un ruido a mi izquierda, *Credo* había entrado en la casa y estaba cruzando el comedor, me acechaba con una mirada oblicua conforme avanzaba hacia Linares, llegó a su lado y se tumbó a sus pies; Linares se llevó el cigarrillo a los labios y le acarició distraídamente el lomo.

—Pues a mí mi novia me la ha pegado con otro —dije.

Me miró a través del humo.

—Mala cosa —meneó la cabeza.

—Con un tío que conoció en el instituto —añadí, quería compartir con él aquel dolor, solidarizarme, quizá con un cigarrillo en la mano resultaría más llevadero, habría donde volcar la angustia.

—Las mujeres son demonios con piel de cordero —dijo con el Bisontes colgando de su labio inferior, unas briznas de ceniza le cayeron sobre el pantalón de pana, pero no se percató o le traía sin cuidado—. Si lo ha hecho una vez volverá a hacerlo, Daldo. Mejor la mandas con viento fresco y arreando.

—No puedo —dije, ¿no podía o es que sencillamente no me atrevía?—, lo he intentado, pero no puedo. Ella me ha repetido mil veces que no volverá a pasar, dice que me quiere.

—Pues entonces na más te queda que amarrarla bien, o sea que no se rían de ti ni ella ni el fulano ese.

Apartó la vista de mí y contempló el ir y venir de su propia mano sobre el lomo de *Credo*, se le notaba que en el fondo no se refería a Belén cuando hablaba de amarrar y que al decir *fulano* no se refería a Rubén, sino a Rafaela y al tipo que se había largado con ella, tal vez lamentaba no haberla amarrado con más firmeza cuando aún estaba a tiempo. Probablemente, Linares era también de la opinión de que yo me estaba comportando como un pardillo con Belén, después de todo él no había renunciado a su intención de ocupar la plaza de ejecutor de sentencias cuando vio amenazada su relación con Rafaela, simplemente había dado prioridad a sus intereses y había dejado que ella se marchara con quien le diese la gana; en cambio, yo me sentía como el imbécil que corre todo el día detrás de su novia como un perrito faldero, ¿estaba yo renunciando a algo por Belén?

—¿Cómo lo hizo? —pregunté; Linares alzó los ojos hacia mí sin dejar de acariciar a *Credo*—, quiero decir, ¿cómo le dijo a ella que…?

—Se lo dije —me interrumpió—, las cosas se dicen y ya está.

—¿Le dijo que prefería ser verdugo antes que seguir con ella?

—¡Ejecutor de sentencias! —me corrigió de mala gana—. ¡Cojones, Daldo, habla con propiedá!

Apartó la mano del perro, se quitó el cigarrillo de la boca y se rascó la ceja con el pulgar dé la misma mano, sus ojos se fueron a la deriva hasta encallar en las ruinas del tocadiscos; al cabo de unos segundos comprendí que se había olvidado de mi pregunta, casi parecía que se había olvidado de que yo me encontraba allí de pie.

—Entonces —dije alzando la voz para penetrar en su ausencia—, ¿le dijo que prefería ser ejecutor de sentencias?

Me miró con dureza, un animal hostigado.

—¡No, hombre, no! —se enojó—. ¡Cómo iba a decirle yo eso!

—Entonces, ¿qué le dijo?

—¡Pues qué le iba a decir, hombre! —dio dos caladas rápidas al Bisontes y echó un vistazo a su alrededor—. Tráeme p'acá el cenicero, hazme el favor —señalaba la mesilla que había frente al televisor.

Me acerqué a buscarlo, estaba atestado de colillas, se lo dejé sobre el reposabrazos de la silla y él apagó el Bisontes.

—Tú no lo entiendes, Daldo —dijo negando con la cabeza—, o

sea que entodavía eres tú muy chaval pa entenderlo —se palpó el bolsillo de la camisa y extrajo de su interior el paquete de Bisontes, advirtió que no le quedaban cigarrillos y prensó el paquete, que desapareció en su mano como pulverizado, la otra mano seguía convertida en un puño con la fotografía de Rafaela dentro—. Se trataba de mi padre, ¿no me comprendes?, o sea que mi padre confió en mí pa que heredara yo su oficio y no podía yo fallarle por muy duro que fuese. Un padre es sagrao, Daldo, ya lo demás se va uno apañando, pero el padre de uno… —dejó el paquete estrujado en el cenicero, en equilibrio sobre el montículo de colillas, apoyó los codos en los reposabrazos y, cuidadosamente, comenzó a enderezar la fotografía de Rafaela—. Es muy jodío fallarle a un padre, Daldo, le arruina la vida a uno.

Entre sus dedos la fotografía de Rafaela era pura desolación, la puso en el reposabrazos izquierdo y le pasó la palma de la mano varias veces por encima, presionando con fuerza, pero no había nada que hacer; no me dio la sensación de que lo hiciese por pena o por arrepentimiento, haría lo mismo si yo dejase caer ahora en sus manos cualquier pieza rota de la maquinaria del ladrillar, era un gesto que llevaba años enquistado en él, sus manos husmeaban las averías y sabían encontrar el tornillo suelto que no se hallaba a la vista, la tuerca pasada de rosca, las fugas de aire de las tuberías…, la fotografía de Rafaela no parecía más que eso, una pieza que reparar, y cuando se cansó de la tarea inútil de intentar alisarla, la cogió y me la mostró extendiendo el brazo hacia mí: la lejana tarde de verano en que Linares tomó aquella imagen había quedado reducida a un pedazo de papel cruzado de estrías y a un pequeño desgarro en la esquina donde terminaba el zapato blanco de Rafaela.

—Rafaelas puede uno conocer más —dijo muy serio—, pero padre no hay más que uno.

Rasgó la fotografía por la mitad y continuó rasgándola una y otra vez hasta que sus dedos ya no pudieron seguir, depositó los trocitos de papel en el cenicero, un milagro que no se fuesen todos al suelo, y se quedó mirándolos en silencio. En ese instante oí a lo lejos la música de ópera que don Ramiro solía llevar en el radiocasete del coche, eché una ojeada por una de las ventanas y alcancé a ver la parte trasera del Citroen Tiburón desapareciendo por detrás de la oficina en dirección al aparcamiento.

—Ya ha llegado don Ramiro —dije.

Linares se puso pesadamente en pie, fue al dormitorio y regresó abotonándose la bata de trabajo, su inseparable uniforme, ese escudo gris que lo amansaba y lo volvía anodino, que lo convertía en el Linares que veían todos. Mientras cruzábamos el comedor en

dirección a la puerta, *Credo* no me perdió de vista ni un solo segundo; una vez fuera, Linares se acercó al patio, mojó el peine en el agua del grifo y se fue atusando el pelo conforme nos alejábamos de la casa.

Las palabras de don Ramiro convirtieron el ladrillar en un remanso de hombres tristes, se fueron todos a su puesto de trabajo en silencio, cabizbajos, yo también, y me jodió formar parte de aquel melodrama, arrastrar los pies, culpar a dios o a la suerte de que el cierre del ladrillar fuera inevitable, *no resulta económicamente viable*, había dicho don Ramiro, y juró que lo había intentado por todos los medios, aseguró que había buscado inversores que quisieran implicarse, empresarios a quienes pudiera interesar una ampliación de sus negocios, incluso había tanteado a los clientes de confianza para averiguar qué volumen de pedidos tenían previsto para los meses siguientes, pero no había logrado una sola respuesta positiva ni esperanzadora por parte de nadie, *no puedo seguir poniendo más dinero de mi bolsillo*, añadió, *por favor, tratad de comprenderlo, lamento esta situación tanto como vosotros, yo también soy un padre de familia, nos* informó de que el treinta de ese mes sería el último día del ladrillar y le vi respirar hondo, *y no os preocupéis por las indemnizaciones y el subsidio del paro*, concluyó, *cada uno de vosotros percibirá lo que le corresponda;* ni siquiera Lobo Castilla se atrevió a alzar la voz después de eso, él llevaba muchos años en el ladrillar y sabía que don Ramiro estaba siendo sincero, y los demás también lo sabían, incluido mi padre, a quien yo siempre había oído decir que don Ramiro era un patrón como dios manda; don Ramiro había dado media vuelta y se había marchado con Antonio hacia la oficina, dejando a todos con la mirada enterrada en el polvo rojo, en las colillas pisoteadas, en sus propias botas sucias, ¿cuántos pasos habrían dado cada una de esas botas en el ladrillar?, ¿cuántos quedaban por dar?

A la hora del bocadillo me dirigí al patio de almacenaje, me senté entre los palés de ladrillos y desayuné solo una vez más. Mi padre no me lo echó en cara cuando, veinte minutos después, me encontré de nuevo con él en la zona de carga y descarga, más bien se comportó como si yo fuese invisible, ¿realmente lo había cabreado tanto lo de Paco de Lucía?, ¿o se trataba de otra cosa?, quizá mi madre, que lo conocía mejor que yo, llevaba razón al afirmar que el conflicto del ladrillar lo tenía descompuesto. Desde luego, se dedicó a cargar los apenas cinco o seis camiones que aparecieron a lo largo de la mañana como si ya no lo estuviese haciendo él, saludaba a los camioneros mecánicamente y no podía evitar cruzar con ellos veladas y escuetas palabras de despedida, y luego mantenía la concentración en los mandos del toro, en el

equilibrio de la carga, en no equivocarse con el pedido y en que no me equivocara yo en las contadas ocasiones en que me permitió hacerlo; de vez en cuando nuestras miradas se encontraban de manera fugaz y ambos seguíamos con lo que estábamos haciendo, él absolutamente concentrado en la tarea de manejar el toro, acelerando y frenando rabiosamente, difuminado tras los nubarrones de polvo rojo que las ruedas le arrancaban al suelo, y yo amodorrado en mi Caterpillar sin otra cosa que hacer que asistir al deterioro de un hombre que hasta ese momento lo había significado todo para mí, *mi padre es más fuerte que el tuyo*, solía decir de niño cuando quería embroncarme con alguien, *trabaja con ladrillos y te puede mandar al hospital de un puñetazo porque tiene unas manos más grandes que tu cabeza*, los años se habían llevado a ese hombre invencible y en su lugar habían dejado un hombre herido, un hombre a quien sus grandes manos ya no le bastaban para sostenerle la vida, como tampoco a Linares se la sostenían ya las suyas, otro hombre herido, atormentado por el recuerdo de su padre y el abandono de Rafaela, ¿era así como se descomponían los hombres?, ¿era eso lo que me aguardaba a la vuelta de los años? Mi padre y yo nos habíamos reído mucho siendo yo niño, las semanas se me hacían muy largas esperando la excursión de los domingos, los tres metidos en el coche y soltando tonterías sin parar, ¿dónde se había quedado todo eso?, ¿cómo coño se había convertido todo eso en aquella jornada laboral de mierda, los dos montados en el toro y tratándonos como si fuésemos parientes lejanos en un velatorio?

A las doce y cuarto sentí que me explotaría el cerebro si permanecía quieto un minuto más, el lento goteo de camiones había terminado y mi padre y yo llevábamos casi media hora reclinados en el asiento del toro sin nada que hacer, él se había dormido con los pies sobre el volante y soltaba breves ronquidos, quizá debería disculparme por lo que le había dicho de Paco de Lucía. Salté al suelo y eché a andar, crucé el patio de almacenaje lentamente, al amparo de los palés y las gruesas columnas, notando en la piel el calor propio de un sitio con techo de uralita, y llegué a la parte trasera, ya al aire libre, donde se amontonaban los palés de ladrillos defectuosos, restos de chatarra, revoltijos de plásticos, cartones, latas vacías de aceite lubricante y viejos envases de antioxidante y de grasa para las máquinas, el rincón donde se acumulaba toda esa basura que hacía posible que en otro lugar se levantara un edificio con material de primera calidad. Cogí del suelo un ladrillo contrahecho, no había funcionado bien el molde y se había cocido a medias en los hornos, sucedía a menudo, ¡cómo me gustaba de niño imaginar que esos pedruscos amorfos eran pedazos de carne de los

terribles extraterrestres que vivían allí!, aquel ladrillo parecía un cuello semihumano aplastado, *pues la cosa es que se ponía aquí el cuello del reo y se le daba*, me estremecí y solté el ladrillo en el acto. Con la intención de observar a los compañeros regresé a la zona de carga pasando por delante de los hornos. Más allá del edificio entreví a Lobo Castilla encorvado sobre los mandos de la trituradora, se oía cómo se partían las piedras en las ruedas dentadas y vi el brazo extendido de Feliciano Campos pidiendo ayuda por última vez a sus compañeros, quienes no movieron un dedo por él, y al llegar a la altura del almacén de herramientas saludé sin detenerme a un par de compañeros que estaban anotando algo en la tablilla de Linares, en el *cepo*; todos se movían aún a través de ese sedimento de tristeza y pesadumbre que las palabras de don Ramiro habían dejado en el aire y se me ocurrió que tenían algo de marionetas rotas, el titiritero decidía cortar los hilos y se quedaban todos como si ya no supieran levantar los brazos o volver la cabeza por sí mismos, murmurando *qué mala suerte, esta vida de mierda, que sea lo que dios quiera…*, pero ¿qué tenía que ver dios en todo aquello?, ¿es que éramos todos tan imbéciles como para creer que la mala suerte o la vida o dios disponían de manos con las que empuñar unas tijeras?, ¡los hilos los había cortado don Ramiro, joder!, alguien de carne y hueso, ¿y si él había cortado los hilos, por qué nosotros, que éramos tan de carne y hueso como él, no podíamos hacer nada al respecto?

Cuando llegué a la zona de carga estaba entrando en el ladrillar el destartalado Barreiros Azor de Escudé, quien, fiel a su costumbre de saludar con estruendo, hizo sonar la bocina cuatro o cinco veces. Trepé al toro y, como el viento soplaba en mi dirección, me alcanzó la nube de polvo que levantaron las ruedas del camión, cerré los ojos y me cubrí la cara con el brazo, una mezcla vaporosa de tierra y gasoil me entró por la nariz, *¡pareces novato, Daldo!*, me gritó Escudé sacando la cabeza por la ventanilla, y lo oí reír mientras maniobraba; mi padre, que sí se había colocado en el sitio correcto para eludir la polvareda, puso el Caterpillar en marcha y me dijo *yo me encargo*, así que volví a hundirme con resignación en el asiento del toro, ¿por qué insistía en ahorrarme trabajo?, ¿lo hacía para protegerme o porque, sencillamente, dándome órdenes se desquitaba de mi conducta? Me crucé de brazos y observé cómo el polvo se iba posando de nuevo sobre las cosas, lentamente, una niebla perezosa que volvería a agitarse en cuanto el tubo de escape del camión de Escudé resoplara contra el suelo y las ruedas se pusieran otra vez en marcha; pasé la mano por la cinta aislante que envolvía el volante del toro y eliminé la finísima capa de polvo que la cubría, me sacudí las manos y le di unos golpecitos a los mandos,

el polvo simplemente iba de un sitio a otro, acomodándose. Entonces se me ocurrió que el toro haría exactamente lo que yo le ordenara, podría estamparlo contra el Barreiros Azor de Escudé, lanzarlo contra el barracón de la oficina o ensartar al hijoputa de *Credo* con una de las astas y arrojarlo a la mugre que se amontonaba tras el patio de almacenaje, me bastaría con accionar los mandos según mis deseos, porque yo estaba en la torre de control, en el cerebro, en la sala donde se tomaban las decisiones que acto seguido los mecanismos del toro se encargaban de ejecutar, y de pronto lo comprendí o creí comprenderlo: don Ramiro tenía el poder de cortar los hilos porque se hallaba en la torre de control, en el cerebro, en la sala donde se tomaban las decisiones que acto seguido los mecanismos de un puñado de hombres se encargaban de ejecutar, y yo era uno de esos hombres, una marioneta a su servicio, ¿qué lo había llevado a él a manejar los hilos y a nosotros a llevarlos cosidos a los pies y las manos?

—¡Marchando! —oí gritar a mi padre.

Había terminado de cargar en el camión de Escudé los seis palés de ladrillos del pedido y ambos estaban sacudiéndose el polvo de la ropa y las manos, luego se apoyaron en el parachoques delantero del Barreiros Azor a fumarse un cigarrillo, solían hacerlo, ¿qué cara pondrían si de repente yo les dijera que me apetecía uno?; me incorporé en el asiento, escuché a mi padre lamentarse de algo y echar después el humo por la nariz, el viento me traía sus voces a ráfagas, Escudé comentó que a través de un conocido suyo le habían ofrecido trabajo en una empresa de recogida de residuos de Sant Joan Despí, contrato fijo, buen sueldo, camión a cargo de la empresa..., se le veía ilusionado, o me lo pareció desde allí, pero había cierta tristeza en su voz; en el fondo se trataba de una despedida, él y mi padre se conocían desde hacía tiempo y tocaban a su fin muchos años trabajando juntos, el primer cortado del día en el bar El Maño, los encuentros distendidos de los sábados por la mañana..., mi padre lo escuchaba con la mirada clavada en el parachoques del Barreiros.

—¿Y el camión qué? —preguntó.

Escudé se encogió de hombros no me pareció un gesto de duda, sino de fatalidad.

—Pues al desgüace —respondió.

—Te van a dar una miseria.

—Ya lo sé.

Acarició la rejilla del radiador del Barreiros diciendo que nadie querría comprar un camión tan viejo y recitó de memoria el número de kilómetros que llevaba recorridos con él, miles, no logré entender la cifra, su mano subía y bajaba cariñosamente por la

rejilla, me pareció estar viendo la mano de Linares acariciando la cabeza de *Rafaela* antes de sacrificarla, la de Tancredo Linares echando hacia atrás la cabeza del Picoveleta, la de Belén masturbándome junto a los contadores de la luz y la de Rubén masturbándola a ella, o manoseándola, o buscándola para…

—No te imaginas lo que me jode llevarlo al chatarrero, Bernabé.

Escudé sacudía la cabeza, había dejado de acariciar el Barreiros, ¡cuántas veces había trepado yo de niño a la cabina de aquel camión!, ¡cuántas veces Escudé me había sentado en su regazo y habíamos dado unas vueltas por el ladrillar, él manejando los pedales y yo aquel volante inmenso en el que mis brazos se quedaban siempre cortos!, cuántas veces había gritado Escudé mientras cruzábamos el ladrillar *¡vamos a coger la autopista, Angelito!* o también *¡adelanta a ese cantamañanas de una vez!* o su preferida *¡pon cara de viejo, niño, que están ahí los de la Guardia Civil!*

—Esto se va a la mierda porque don Ramiro es una buena persona —se lamentó mi padre sin alzar la cabeza—, si no de qué.

Fumaron unos segundos en silencio, recostados en el parachoques, dos hombres que no sabían que hacer con el enredo de hilos sueltos que les había quedado en las manos y en los pies, no se oían ya órdenes desde la torre de control y en ese silencio se sentían perdidos, ¿qué podían hacer?, ¿qué *podíamos* hacer?, ¿cómo se ponía en pie una marioneta rota?

—Y tú, Ángel, ¿qué? —me gritó Escudé, me observaba dándole una larga calada al cigarrillo.

Bajé del toro y me acerqué a ellos.

—No lo sé —le respondí.

—A lo mejor se busca algo dé albañil —dijo mi padre mirándome.

Parecía convencido, como si ambos ya lo hubiésemos hablado con anterioridad o fuera una imposición que le hubiese venido a la cabeza en ese momento, quizá lo decía porque yo había sido capaz de repararle la viga a Linares sin ayuda de nadie, pero yo no tenía ninguna intención de volver a los andamios, a la escarpa y al martillo, a las hormigoneras, a las botas hundidas en el barro, a las manos agrietadas por el frío, al fuego del sol en la espalda, no pensaba regresar a ese infierno a la intemperie donde tu cuerpo se iba descomponiendo día tras día, partícula a partícula, no quería que se me fueran así los años y al jubilarme sentir la necesidad de acercarme a los edificios que levanté de joven para buscar esas partículas de mí mismo en las paredes, en las halconeras, en los marcos de puertas y ventanas…, no quería terminar creyendo que esos edificios me pertenecían porque microscópicas partes de mí se

habían quedado adheridas en ellos y las familias que vivían en ellos dormían, comían y follaban en una baldosa que yo coloqué, en un canto de pared donde una vez me apoyé para tomar aire o en una barandilla que levanté a pulso una tarde que llovía y yo sólo deseaba marcharme a casa; yo no quería nada de eso y no creía que Belén quisiera vivir al lado de alguien así, Belén o quién fuese, y, sin embargo, ése era mi futuro, lo que me esperaba a la vuelta de la esquina, ¡tantas veces que había oído eso de que no se podía cambiar el pasado!, ¡tantas veces que lo había lamentado cuando murió la abuela Joaquina y nada podía resucitarla o cuando quedó grabado a fuego y para siempre que Belén se había tirado a Rubén!, ¿qué coño se hacía cuando era el futuro lo que no podía cambiarse?, ¿cuando no había sucedido aún lo que tenía que suceder pero era como si ya hubiese sucedido?, ¡qué se hacía entonces!, ¿cómo coño podía evitarse ese futuro?, ¿por dónde se empezaba?

—Puedes hablar con don Ramiro —comentó Escudé—, él conoce a mucha gente en la construcción.

—Es lo que yo le he dicho —mintió mi padre.

No me sentía capaz de aguantar un solo día más en el ladrillar.

Pulsé el interfono del piso de Félix y contestó él, *sube*, me dijo; el vestíbulo del edificio estaba fresco y en penumbra, avancé hacia las escaleras a paso rápido, me las conocía bien, de pasada advertí que habían cambiado los buzones y también el color de la pintura de la pared, ¿cuánto tiempo hacía que no iba a casa de Félix?, en el segundo piso aminoré el ritmo. La tarde en el ladrillar se había dilatado como arcilla caliente y tenía la sensación de haber sobrevivido a algo eterno y asfixiante; en un par de ocasiones, desde el sopor de aguardar inútilmente en el toro a que cedieran las ansias proteccionistas o de *ordeno y mando* de mi padre, había entrevisto la silueta de Linares tras las ventanas de su casa y había estado a punto de acercarme a preguntarle por qué no renunció a su trabajo de verdugo si tanto quería a Rafaela, por qué la dejó marchar sin más, pero no quería que malinterpretara mi visita y pensara que me acercaba únicamente con la intención de cobrar lo que ya habíamos quedado que me pagaría el lunes. Alcancé el tercer piso y Félix ya me estaba esperando con la puerta abierta, vestido con chándal amarillo y azul y zapatillas de felpa, tenía aspecto de llevar toda la tarde en casa y lo envidié por no estar obligado a trabajar en un sitio como el ladrillar. Nos estrechamos la mano y me invitó a entrar, el piso olía bien, recordé que la madre de Félix tenía afición a los ambientadores; en cambio, yo ni siquiera había pasado por

casa para ducharme y cambiarme de ropa, apestaba a tierra y gasoil, a ladrillo, como decía Belén, y me invadió la sensación de estar ensuciándolo todo. Dejamos atrás el recibidor y nos metimos en su habitación.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó.

Acepté y se fue a la cocina, miré a mi alrededor, casi nada se parecía a como yo lo recordaba, reconocía el papel de pared de color crema y algunos objetos, pero los muebles eran otros, y tampoco vi ninguno de aquellos diplomas y certificados que te hacían sentir insignificante cuando los mirabas. Me acerqué a la ventana y eché un vistazo a la calle, la zapatería Marimer, el bar Blanco, la papelería Jossa y a la izquierda, más allá del paso a nivel de la Renfe, los frondosos pinos del parque Nadal y la alta silueta del colegio Virgen de la Salud; de niño, cuando venía a casa de Félix a jugar o a hacer los deberes, me gustaba asomarme a aquella ventana y contemplar las ventanas del colegio donde pasábamos tantas horas, solía imaginar que yo había crecido de golpe y que viajaba ya por el ancho mundo y que al día siguiente no tendría que encerrarme de nuevo tras ninguna de aquellas ventanas porque ya era adulto y sabía cuanto había que saber.

—¿Quieres jugarte la cerveza escupiendo?

Me di la vuelta, Félix me alargaba la mediana de Estrella Dorada, le sonreí mientras la cogía; alguna de aquellas tardes, al terminar los deberes o en lugar de hacerlos, Félix, Sadurní y yo nos asomábamos a la ventana y lanzábamos escupitajos a la gente que caminaba por la acera, los bebés y los ancianos puntuaban triple y solíamos apostarnos golosinas. Me llevé la botella a los labios y bebí un largo trago con los ojos cerrados, la cerveza se deslizó garganta abajo, fría, casi helada, llevándose con ella la mala tarde del ladrillar, el polvo rojo, el rastro del gasoil.

—Parece que vengas del desierto —comentó.

—Casi —¿se habría acordado de los libros?

Me ofreció una silla y se sentó en el borde de la cama, bebimos escuchando los ruidos de la calle; junto al marco de la puerta había una fotografía de Marta colgada de la pared, miraba de reojo a la cámara y sonreía con aire inocente, no tenía aspecto de irse a follar con cualquiera, ¿acaso lo tenía alguien?, también envidiaba a Félix por no verse obligado a salir con una chica como Belén.

—¿Qué tal con Marta?.—pregunté.

—A lo mejor después del verano ya nos vamos a vivir juntos.

Me contó que él ya había hablado con su padre para empezar a hacer prácticas en el bufete y cobrar así un pequeño sueldo, y que Marta estaba también buscándose algo por Barcelona, de camarera

o de cajera en un supermercado, *de lo que sea*, dijo, los dos seguían con la idea de trabajar por la mañana y estudiar por la tarde, o a la inversa, para poderse pagar un alquiler sin renunciar a sus estudios; se puso en pie, cogió un papel que tenía sobre la mesilla de noche y me lo mostró, se trataba de un anuncio: piso de dos habitaciones en la calle Verdi, en el corazón del barrio de Gracia, por treinta mil pesetas al mes.

—Queremos encontrar algo así.

—Mi padre diría que ir de alquiler es tirar el dinero —dije, y bebí un poco más de cerveza.

—¿Y tú qué tal con Belén?

—No nos vemos desde el martes —respondí.

Empecé a arrancar una esquina de la etiqueta de la botella, *¿le cuento que Belén ha decidido hacer el trabajo de Historia con Rubén y que yo soy tan imbécil que sigo con ella?*, logré separar la etiqueta sin romperla y me vinieron a la cabeza el centenar de etiquetas de cerveza que llevaba recopiladas el hijo de Escudé desde los dieciséis años, una colección que yo había visto en alguna ocasión y que Mateo conservaba escrupulosamente archivando las etiquetas de una en una en pequeñas fundas de plástico, ¡qué gilipollez coleccionar cosas!, ¿por qué habría colgado yo en la pared de mi habitación tantos paquetes de cigarrillos y tantas cruces?, seguro que Belén pensó que estaba saliendo con un crío, seguro que Rubén no tenía en su cuarto tantas tonterías, ¿habrían follado en su cuarto?

—He encontrado algunos libros —dijo entonces Félix.

Nos pusimos en pie y me hizo dejar la cerveza en la repisa de una estantería de libros, él dejó también la suya y nos fuimos por el pasillo hasta llegar a la puerta que yo sabía era el despacho de su padre, el lugar que de niños siempre tuvimos prohibido.

—Es la primera vez que entro en el despacho de tu padre —dije.

—Yo también —bromeó.

Encendió la luz y lo seguí al interior, una habitación enorme que no tenía nada que ver con las del resto de la casa. Félix me contó que su padre, al comprar el piso, había tenido enseguida muy claro que ese cuarto unido al de al lado formarían un magnífico despacho, así que hizo derribar el tabique que los separaba y logró la amplitud de dos espacios en uno, *ahora ya sabes por qué no tengo hermanos*, sonrió Félix, *no quedaban más habitaciones disponibles*. La luz no caía del techo, sino de dos lámparas de pie situadas en los extremos de la habitación, una luz que era amarilla y suave, como una niebla, tres paredes estaban colmadas de libros hasta el techo, nunca había visto tantos libros juntos, ¿de dónde podían salir tantos

libros?, en la cuarta pared colgaban los diplomas de abogado que yo siempre intuí que tendría el padre de Félix y un cuadro con una playa y unas mujeres junto a la orilla, en esa pared había también una sólida mesa de madera oscura, de caoba o roble, y una silla de respaldo alto parecida a la que don Ramiro tenía en la oficina del ladrillar; toda la habitación desprendía un aire impoluto, desinfectado, comprendí por qué Félix me había hecho dejar la botella de Estrella Dorada en su dormitorio.

—Mira —dijo, se había acercado a la mesa, acababa de encender la pequeña lámpara dorada que había sobre ella y me señalaba unos cuantos libros apilados junto a un enorme pisapapeles; me puse a su lado, conté ocho o nueve y les eché una ojeada conforme él los iba colocando uno al lado del otro: *Los verdugos españoles, El arte de matar, Lo que nunca se ha escrito, Ejecutores: «Dinastías en el patíbulo», La pena de muerte, La sombra del patíbulo en Europa, La aplicación de la pena de muerte en nuestros días…*—. Puede que mi padre tenga alguno más por ahí.

—¿Estás loco? —sacudí la cabeza—, si con esto ya tengo para dos años enteros.

—También había este documental —me mostraba una cinta de vídeo metida en un estuche de plástico—, se ve que mi padre lo grabó de la tele hace poco.

Cogí la cinta, había un trozo de papel blanco pegado con Iron-fix en el lomo del estuche y un título escrito a mano en él, *Queridísimos verdugos, de Basilio Martín Patino*, le dije a Félix que en casa aún no teníamos reproductor de vídeo; dos de los libros eran muy gruesos, encuadernados en rojo oscuro y los bordes de las hojas tintadas con barniz dorado, hojeé uno de ellos, *Los verdugos españoles*, ochocientas sesenta páginas, nunca podría leérmelo entero ni creo que me hiciese falta tampoco; los otros eran más delgados, pero aun así parecían demasiadas páginas, sobre todo para alguien como yo, que aparentemente sólo necesitaba saber algunas cosas sobre la pena de muerte para no quedar en ridículo delante de los compañeros del trabajo.

—Son demasiados, en serio —dije.

—No tienes que leértelos enteros, hombre, sólo lo que te interese.

Cogí el libro más pequeño de todos, *La pena de muerte*, estaba ligeramente gastado y me dio la sensación de que se desmenuzaría en mis manos si no lo trataba con cuidado, tenía seis pequeñas fotografías en la cubierta, ¿eran del patio de una cárcel?, me fui al final del libro y miré el borde inferior, cuatrocientas páginas.

—A lo mejor con éste ya tengo bastante.

—¡No seas idiota, coño! —exclamó—, que no va a pasarte nada por leer un poco.

—Es que me da cosa llevarme todos estos libros de tu padre.

—Por mi padre no te preocupes —me tranquilizó—, lo único que te pide es que se los cuides —me dio unos golpes en la espalda y añadió—: Voy al baño y a por una bolsa de plástico.

Salió del despacho y me quedé solo, y al quedarme solo noté el peso de los centenares de libros, como si las estanterías fuesen a volcarse de un momento a otro sobre mí; me acerqué lentamente a una de ellas, los libros se apretujaban entre sí, se amontonaban, apenas dejaban huecos, los había de distintos tamaños y colores, me entretuve en algunos títulos y nombres, *Derecho civil*, José Luis Lacruz, *Manual de Derecho penal*, Juan Bustos, *Curso de Derecho administrativo*, García de Enterría. Supuse que leer todos aquellos libros debía de convertirte forzosamente en otra persona, quizá por esa razón el padre de Félix era abogado y Félix lo sería pronto y mi padre y yo manejábamos un toro, ¿tendría un libro el poder de cambiar a una persona?; yo no había visto nunca a mi padre o a mi madre leer un libro, mucho menos comprarlo, en casa no encontrabas una sola novela en ninguna parte, sólo yo tenía una docena de libros en el dormitorio, ¡una docena!, ¡qué ridícula sonaba esa cantidad en aquel despacho!, además, los había leído hacía tiempo y de una manera compulsiva, los había comprado todos una tarde en El Corte Inglés porque mi abuela acababa de morir y yo me proponía descifrar el misterio de la muerte, *La vida al otro lado, Más allá de la muerte*, *Experiencias en el umbral de la muerte…*, libros así, me gasté casi la mitad del sueldo que ganaba en el almacén de recambios de automóvil donde trabajaba por entonces y lo único que logré obtener de su lectura fue el cachondeo de Sadurní y la constatación de que aquellas teorías sobre luces al final de un túnel y promesas de que la muerte era un lugar donde reinaba la paz y la felicidad no me devolverían a la abuela Joaquina. Oí pasos detrás de mí y salté como si estuviera en el despacho sin permiso y fisgoneando.

—¡Ángel! —el padre de Félix, Alfonso Duarte, me sonreía desde el umbral, siempre había tenido una sonrisa resplandeciente, de cantante o de actor de cine—, ¿cómo va eso?

—Bien —respondí, azorado.

Entró, me tendió la mano y se la estreché, él apretó con energía; sentí que estaba invadiendo su territorio y miré de reojo hacia la puerta deseando que regresara Félix, aquel hombre siempre me había intimidado, como los diplomas de las habitaciones, tan bien vestido durante toda la semana con sus corbatas y sus trajes, con su voz honda y pausada. Una tarde en el colegio, yo tendría ocho o

nueve años, le pregunté a Félix de qué trabajaba su padre y él me contestó que era abogado como Perry Mason. Yo no sabía quién era Perry Mason, así que al llegar a casa le pregunté a mi madre si lo conocía, *es de una película de la televisión*, me respondió, *de abogados, un hombre así muy guapo*, resultó que a mi madre le gustaba la serie y solía verla, *¿podré verla contigo?*, le pedí, y ella me respondió que no era apta para niños. Protesté y armé algo de follón, y por la noche mi padre quiso saber quién me había metido en la cabeza eso de Perry Mason, *es que a lo mejor de mayor quiero ser como el padre de Félix y como Perry Mason*, le contesté, y él soltó una fuerte carcajada, *sí, claro*, asintió, *y yo quiero ser marqués, no te jode el niño*, y cuando dejó de reír me aconsejó que tuviese cuidado con Alfonso Duarte, que él lo conocía de cuando jóvenes y siempre había tenido fama de ser un hombre arrogante y engreído que sólo pensaba en el dinero; le pregunté qué significaba ser arrogante y engreído, pero mi padre me replicó que aún era demasiado pequeño para entenderlo y zanjó la conversación. Ahora, de pie frente a él en su despacho, tantos años después, no sólo seguía sin parecerme arrogante y engreído, sino que además caí en la cuenta de que mi padre, siendo yo niño, no había hecho otra cosa que resumirlo en dos palabras con la misma facilidad con la que años más tarde resumiría a Linares.

—Veo que mi hijo ya te ha mostrado los libros.

—Sí, y muchas gracias.

—¿De verdad vas a leértelos todos? —dejó el maletín sobre la mesa y se aflojó el nudo de la corbata.

—Precisamente le he dicho a Félix que son demasiados.

Les echó un vistazo.

—¿Cómo están tus padres?

—Muy bien.

—¿Y el trabajo qué tal? —empezó a distribuir los libros en dos montones.

—Bien —¿por qué coño le decía *bien*?

—Estupendo —sus manos recolocando los libros se veían limpias y cuidadas, no había manos así en el ladrillar, llevaba dos anillos, uno de ellos de oro, supuse que el de matrimonio—. Yo creo que con éstos ya podrás hacerte una idea —añadió tocando el montón más pequeño, había cuatro o cinco libros y el documental; no me atreví a decirle que no disponía de reproductor de vídeo para no parecer un desagradecido—. De todos modos, si los terminas y te sigue interesando el tema…

—Con éstos tengo bastante, gracias.

Félix apareció en el despacho y le dio un beso a su padre,

¿cuánto tiempo llevaba yo sin besar al mío?, ¿cuándo habíamos dejado de hacerlo?, los dos intercambiaron unas palabras para ponerse al corriente de los pequeños acontecimientos del día y Alfonso Duarte le comentó a Félix algo que no entendí sobre un cliente del bufete, se rieron con ganas y luego Alfonso se despidió de mí estrechándome la mano y diciéndome que iba a darse una ducha, *¡cuídame los libros!*, me gritó desde el pasillo, *¡y la cinta de vídeo también!* Félix llevaba una bolsa de plástico de Foto Blas en la mano y se dirigió a la mesa, le indiqué los libros que me había recomendado su padre y él los metió en la bolsa; al terminar apagó la lámpara de la mesa, me empujó hacia la puerta y entonces, cuando yo tenía ya medio cuerpo en el pasillo, me sacudió una certeza, algo que tomó forma en un segundo. Me volví hacia Félix, que se había quedado inmóvil detrás de mí, y le dije:

—Ya sé lo que tiene Rubén.

Félix parecía no saber de qué le estaba hablando.

—El pijo que se folló a Belén —aclaré, y al decirlo me sorprendió no sentirme devorado por la furia—, ¿recuerdas que me dijiste que averiguara qué podía tener él que yo no tuviese?

Félix asintió.

—Pues ya sé lo que tiene.

Me cambié la bolsa a la mano izquierda y alcé la derecha para abarcar con un ademán el despacho entero.

—Esto.

Félix miró a su alrededor y me miró nuevamente a mí, esperando algo más.

—¡Libros, tío! —exclamé, y me eché a reír—, ¡seguro que tiene un montón de libros de mierda!

Me apoyé en el marco de la puerta porque la risa me doblaba las rodillas, una risa que era como algo suelto en mis labios, un mecanismo averiado imposible de parar.

—¿Y por qué coño te ríes? —me soltó Félix, sus ojos parecían los más serios y precupados del mundo.

Me pasé una mano por la cara.

—No lo sé —respondí, y noté cómo finalmente se me rompía la risa, ese mecanismo; transcurrieron unos segundos, el silencio del despacho era como el garrote de Linares, ahogaba, ¡el puto silencio!, me revolví incómodo, ¿había sido tan imbécil como para echarme a reír?—. Tiene donde caerse muerto, Félix —me arranqué, vencido—, tiene cultura, ¿me entiendes?

—Me parece que estás exagerando un poco.

—Seguro que en su libro de escolaridad no le recomiendan que se matricule en un colegio de Formación Profesional.

—Porque debió de aprobar octavo.

—Belén se lo folló porque es un tío con estudios…

—Decididamente, estás exagerando.

—… un tío con quien ir a la universidad y montarse juntos un futuro de puta madre.

—Tú no vas a la universidad porque no te da la gana.

—Para ti es muy fácil decir eso.

La cara de Félix se me vino encima.

—¿De qué hablas? —preguntó.

Miré brevemente hacia el pasillo y bajé la voz.

—Pues de que tu padre es abogado.

—¿Y qué?

—Pues eso —se oía el correr del agua de la ducha en el baño.

—¿Estás diciendo que a mí me regalan las notas porque mi padre es abogado?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿qué cojones estás diciendo? —me espetó—, ¿que no vas a la universidad porque tu padre no fue?

Dio un paso hacia mí, un paso brusco, como Linares apartándose de la trituradora para estrangularme, y sentí que los centenares de libros se venían con él, montones de letras acorralándome; me aparté y salí al pasillo, la bolsa que llevaba en la mano pesaba una tonelada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo la voz de Félix a mi espalda.

—Tengo que marcharme, tío —avancé por el pasillo.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, una mano me agarró por el brazo y me obligó a dar media vuelta.

—¿Adonde vas, hombre? —los ojos de Félix se clavaban en los míos—, que tenemos la cerveza a medias.

—No, Félix —me zafé—, tengo que irme, en serio.

Alcancé la puerta y tiré de ella, me arrojé escaleras abajo y las abordé de dos en dos, de tres en tres, me pareció escuchar a Félix gritándome que tuviese cuidado, su voz sonaba a miles de kilómetros de distancia; llegué al vestíbulo y me fui de espaldas contra la primera pared que me salió al paso, cerré los ojos y me quedé allí apoyado, casi no podía respirar, noté un rastro de frío en la mejilla derecha, un frío metálico, me volví, tenía la cabeza apoyada en uno de los buzones, dejé que aquel frío me entumeciera la cara hasta que ya no pude soportar más el dolor de las asas de la bolsa clavándose en mis dedos. A travesé el vestíbulo y salí a la calle, a una ligera brisa y al estrépito de un tren de mercancías que

pasaba en ese momento por el paso a nivel, ¿por qué no les había dicho para qué quería realmente los libros?

Había una nota de mis padres sobre la mesa del comedor, otro folleto de publicidad vuelto del revés: *estamos en casa de la tía Leonor, vendremos a la hora de cenar*; me fui directamente a la habitación, extraje de la bolsa los libros y la dichosa cinta de vídeo, lo dejé todo sobre el escritorio y me senté en la silla, ¿de dónde iba a sacar tiempo para leer todo aquello? Cogí *Los verdugos españoles*, lo había escrito un tal Daniel Sueiro, confirmé las ochocientas sesenta páginas, elegí una al azar y leí, *el garrote, cuando está levantado ante nosotros, en pie, derecho, tiene algo que alucina*, me llevaba el olor a papel viejo que emanaba de la página, *el garrote es una visión: no es una máquina ni un mecanismo inerte de madera y de hierro, parece que es una especie de ser, que tiene no sé qué sombría iniciativa, se diría que aquel aparato, aquella madera, aquellos resortes tienen voluntad*, me vi en el patio de Linares mientras él iba sacando a la luz, de entre el amasijo de periódicos, el garrote que heredó de su padre, *es una especie de monstruo fabricado para sacar la vida, un espectro que parece vivir de una especie de vida espantosa, hecha y amasada con todas las muertes que ha dado*, escrito de aquel modo parecía mucho más horrible, quizá lo fuera; pasé unas cuantas páginas dejándolas resbalar de mi dedo pulgar, me detuve al ver unas cuantas fotografías, varios tipos de garrote, *garrotes expuestos públicamente en las calles de Barcelona en el verano de mil novecientos treinta y seis*, según el pie de página, más adelante la fotografía de cuatro cajas apiladas una encima de la otra, *los típicos maletones del instrumental*, ponía allí, eran casi idénticos a la caja de Linares; salté unas cuantas páginas más, *un verdugo debe ser inflexible a todo sentimiento de compasión*, escuché de nuevo la voz de Linares alabando el temple de su padre, su temperamento, ¿sería eso ser inflexible a todo sentimiento de compasión?, ¿ser capaz de ejecutar al Picoveleta después de ver cómo besaba el retrato de su madre? Dejé el libro a un lado y cogí *La pena de muerte*, el de las seis fotografías en la cubierta, también del tal Sueiro; en efecto, las fotografías habían sido tomadas en el patio de una cárcel, eran en blanco y negro y estaban algo defectuosas, parecía la secuencia de una ejecución, entreví una especie de tarima de madera, un puñado de personas subiendo a ella por unas escaleras, en otra vi lo que parecía el palo vertical del garrote y a un tipo ya sentado en la silla, ¿era el verdugo la figura que se adivinaba tras él?; pasé unas páginas, *los verdugos conocen bien su profesión: ninguna crueldad inútil, todas las crueldades necesarias*, las letras me saltaban a los ojos, me absorbían, *el garrote no es una máquina como la guillotina, pongamos por caso, ni una cámara perfectamente localizada, como la*

de gas, o como la de la silla eléctrica; no es un juguete como el fusil, conocido hasta por los niños, ni un aparato espectacular como la horca clásica. El garrote, dentro de lo que cabe, está rodeado de secreto y de misterio. ¿Quién lo ha visto? ¿Quién lo ha visto que lo pueda contar?, noté una sacudida en la boca del estómago, *no hay ningún tratado acerca del garrote. Y, sin embargo, el garrote es algo que existe. Unas argollas de hierro, un gran tornillo que es preciso engrasar de vez en cuando, una manivela que hay que saber manejar, un palo, una silla que hay que saber colocar justa y exactamente. ¿Y dónde está el garrote? ¿Quién lo tiene, quién lo guarda, quién lo esconde…?*, me subió una corriente de aire frío por la espalda y solté el libro, volví la cabeza hacia la puerta del dormitorio como si ese Sueiro acabara de entrar en mi cuarto a formularme la pregunta directamente a mí, en voz alta, acusándome, ¿quién lo tiene, Ángel?, responde, ¿quién lo guarda?, caí de nuevo en el libro, *el verdugo es quien lo hace, y el verdugo es quien sabe cómo es el garrote. El lo tiene, él lo cuida, él lo adapta a su mano, a su estatura, a su músculo; él es quien, con el tiempo, va introduciendo en el aparato las modificaciones que lo hacen más perfecto, más refinado, más útil, en una palabra*, se entremezcló ahí la voz de Linares, *que mi padre, con el hierro, pues un artista*, el chasquido de las abrazaderas deslizándose por los bastidores, el frío del hierro en la piel. De pronto noté una presión en el brazo derecho, bajé la mirada, mi mano izquierda estaba engarfiada en torno a él, allí donde había apretado la argolla del garrote, aflojé los dedos, me habían dejado una ligera marca en la piel que desapareció enseguida. Seguí pasando páginas, *descubrí, emocionado, que también los verdugos tienen alma y corazón*, ¿quién decía aquello?, retrocedí unas líneas, eran las palabras de un guardia civil refiriéndose a Casimiro Muñiz, verdugo, a quien conocía de hacerle de escolta, ¿tenía Linares alma y corazón?, ¡cómo coño no iba a tenerlos!, ¿y su padre?, ¿tenía alma y corazón Tancredo Linares, que se había recostado en la pared de aquel cuartucho a fumar mientras el Picoveleta agonizaba en el palo?, *parece ser que hay una terrible y cierta maldición persiguiendo a estos seres miserables, que han de vivir solos y sin amigos, bebiendo hasta emborracharse para huir de sus atroces remordimientos*. Caí en la cuenta de una obviedad y cerré el libro de golpe: aquellos libros citaban nombres propios de verdugos, no sólo el de Casimiro Muñiz, también había leído de pasada el de un tal Vicente López y un Bernardo Sánchez, resultaba lógico que en alguna parte aparecieran también los nombres de Linares y de su padre. Me fui directamente al índice de cada uno de los libros, los repasé de arriba abajo, aparecieron los consabidos Muñiz, López y Bernardo, y un Antonio López, un Gregorio Mayoral y un Cándido Cartón, y alguno más,

pero no encontré ninguna referencia a ningún Linares; empecé a hojear los libros lentamente, página a página, pero al cabo de un rato empezaron a dolerme los ojos de tanto deslizarlos a toda velocidad por las miles de letras, *ignoro qué ser humano cometió el primer crimen, lo supongo tan remotamente antiguo como el hombre mismo, pero tuvo seguidores; fue un éxito*, encontré la frase en la parte de atrás de *Lo que nunca se ha escrito*, el libro con menos páginas de todos, de cubiertas pintadas de color verde y un garrote dibujado en la parte delantera, escrito por Carlos Ruiz de Larramendi; dejé pasar unas cuantas páginas sujetándolas con el pulgar y me detuve en un párrafo que alguien había subrayado con lápiz, probablemente el padre de Félix, *¡cómo es posible que un grupo de señores se acerquen a la celda de un desconocido, se aseguren de su identidad y luego de unos formulismos trágicos, de un modo u otro, según el país, le quiten la vida!*, sin duda parecía la típica frase que daría que pensar a un abogado como Alfonso Duarte, quien, según me había contado Félix en alguna ocasión, trataba a diario con criminales; busqué a ver si había otras, *otros arguyen que se trata, más que de un castigo ejemplar, de una venganza brutal de la sociedad*. Enderecé la espalda y me llevé las manos a la cara, ¿sentar a Joan Pons en el garrote sería castigarlo o vengarme de él?

—¡Ángel!

Me asusté, mi madre estaba en el umbral de la puerta mirándome con curiosidad, con el bolso aún colgado del hombro, ¿ya eran las nueve y media?

—Te hemos llamado tres veces desde el comedor, ¿no nos oías?

—Estaba leyendo.

Mi madre echó un vistazo a la mesa, su expresión de curiosidad dio paso a un velo de preocupación.

—No estarás otra vez con esos libros sobre la muerte, ¿verdad?

—Son unos libros que me ha dejado Félix —me apresuré a meterlos en la bolsa antes de que se le ocurriera acercarse, oí a mi padre tirando de la cadena en el cuarto de baño—. ¿Qué hay para cenar? —¿por qué lo preguntaba si sabía perfectamente que los viernes cenábamos garbanzos y bistec de ternera.

—Los garbanzos y el bistec —confirmó mi madre dando media vuelta para marcharse—. Venga, métete en la ducha, que se hace tarde.

Me preparé el pijama y al inclinarme hacia la mesilla de noche para coger unos calzoncillos limpios rocé el estéreo con el codo, me quedé quieto y lo miré como si hubiese tocado una cosa muerta, un ladrillo a medio cocer, un cuello aplastado: no había puesto ningún disco al llegar, no había repetido el gesto mil veces repetido al

entrar en la habitación de dirigirme en línea recta a los discos y elegir uno antes de hacer cualquier otra cosa, ¿cómo había podido soportar tanto rato el silencio? Fui al baño, me duché y me afeité clavándome los ojos en el espejo, *¿quién coño soy*?, me pregunté subiendo y bajando la cuchilla, *¿qué me está pasando?* Cuando entré en la cocina la cena ya estaba servida, empezamos a comer y mi madre me puso al corriente de las dolencias de la tía Leonor, la escuché queriendo decirle que no me interesaba, yo también tenía mis propias dolencias y no les iba con el cuento, ¿no?, pues que no me viniesen con sus cuentos a mí; al fin y al cabo los males de tía Leonor eran los mismos de siempre, qué más daba, ¡si llevaba más años enferma que viva!, me era imposible recordarla sin que estuviese aquejada de algo, jaqueca, bronquitis, la tensión baja o demasiado alta…, sus besos olían a antibiótico y a jarabe de manera permanente, tomaba pastillas para dormir y pastillas para despertar y su casa estaba llena de medicamentos y de remedios medicinales caseros, yo detestaba ir a visitarla y me escabullía siempre que podía porque, en realidad, era tía de mi madre, de modo que no me sentía en la obligación de ir a verla, sólo lo hacía muy de vez en cuando para complacer a mis padres.

—Hoy estaba triste, la pobre —concluyó mi madre adoptando una expresión asimismo afligida—. ¿Por qué no vas a verla? —me sugirió—, ya sabes la ilusión que le hace.

Me concentré en los garbanzos y en el bistec de ternera, no soportaba cuando mi madre se ponía a compadecerla, que si la pobre no se encuentra muy bien, que si está muy sola…, ¿y cómo iba a estar?, ¡si era inaguantable!, yo nunca había visto que le hiciera ilusión ver a nadie, te recibía con dos besos gélidos en las mejillas, te preguntaba cómo te iba el colegio o el trabajo y enseguida, antes de que te diese tiempo a responderle, se lanzaba a enumerarte concienzudamente sus malestares, diez minutos con ella te parecían eternos. Mi padre me tocó el brazo y me dijo:

—Esta tarde le he preguntado a don Ramiro si conoce a alguien por ahí que necesite gente.

Levanté la mirada del plato y esperé a que dijera algo más, aún estábamos a mitad de la cena y me costaba ya una barbaridad seguir comiendo garbanzos, no digamos el bistec de ternera, masticaba únicamente con la intención de levantarme, encerrarme en la habitación y volver a los libros.

—Me ha dicho que te buscará algo —añadió mi padre.

No me gustaba cuando hablaba sin levantar la mirada del plato, como si le hablara a la comida o no le mereciese la pena dejar un instante de comer para dedicarte una mirada; la manera en que se llevaba los garbanzos a la boca lo envejecía, y de pronto me pareció

un anciano sentado a la mesa de un geriátrico, ¡él y don Ramiro podían meterse sus trabajos de albañil por el culo!, *se acabó*, necesitaba gritarlo, *¡se acabó!*, reventar la cocina, agarré el tenedor con fuerza.

—Papá, ¿cuántos años tienes?

—¿A qué viene esa pregunta? —masticaba compulsivamente.

—Se me ha ocurrido.

—Cuarenta y seis —respondió, y continuó comiendo.

—¿Cuántos años tenías cuando ejecutaron aquí a la última persona?

Me miró un segundo.

—Has vuelto a esos libros, ¿verdad? —intervino mi madre—, es lo que estabas leyendo antes.

—¿Cuántos años tenías, papá?

—Y yo qué sé —cortó un pedazo de bistec y se lo llevó a la boca.

—¿Y no te acuerdas de nada? —me incliné hacia delante y clavé los codos sobre la mesa

—¿De algo de qué?

—De la ejecución —¿era imbécil o se lo hacía?—, ¿te acuerdas de algo?

Mi madre volvió a intervenir:

—Creo que fue ese chico que dicen que mató a un policía, ¿no?

Continué mirando a mi padre como si ella no hubiese abierto la boca, quería que me respondiera él, *necesitaba* que fuese él.

—¿Y cómo se llamaba ese chico, papá? —al decir *papá* fue como si se lo escupiera.

—Cómo voy a saberlo —ensartó un trozo de bistec con el tenedor.

—¿Sabes al menos cuántos años tenía? —¡si no dejaba de comer de una puta vez le estamparía el plato en la cara!

—No.

—¿Y el nombre del verdugo que lo ejecutó?

—Pero ¿qué narices le pasa a este niño? —exclamó mirando a mi madre.

—¿No sabes nada? —el corazón me daba golpes en el pecho, ¡estaba hasta los huevos de lo de niño!, subí la voz—: ¿no sabes aunque sea una puta cosa, papá?

Dejó de masticar y me miró con incredulidad, yo no solía soltar tacos en casa ni tampoco gritar, oí la voz de mi madre a mi derecha:

—Me parece que ese chico se llamaba…

—¡Cállate, mamá! —exclamé sin mirarla—, ¡quiero que conteste él!

Los ojos de mi padre ya no podían apartarse de los míos y yo notaba la electricidad de ese choque de miradas por todo el cuerpo, intenté ponerme en pie y golpeé una pata de la mesa con la rodilla, ladeé el taburete, encogí una pierna, ¡mierda de cocina!, encogí la otra, logré levantarme.

—¿Cómo se llamaba ese chico, papá? —le grité.

Dejó caer el tenedor en el plato y se vino a mi altura.

—¡A mí no me levantes la voz! —me señalaba con el dedo.

—¡Quiero que me digas su nombre!

Noté la mano de mi madre posándose en mi brazo.

—Ángel, hijo…

Me zafé de un tirón y me golpeé la espalda contra la nevera.

—¿Sabes cuál es nuestro problema, mamá? —sus ojos temblaban asustados—, ¿quieres saberlo? ¡Pues que no sabemos una puta mierda de nada! —volví a clavarle los ojos a mi padre—. ¡Somos unos ignorantes de mierda, papá!, ¡eso es lo que somos!

Volqué el taburete y me abrí paso a través de aquel callejón sin salida, rocé a mi padre, mi madre dijo algo que no entendí. Llegué a la habitación como lanzado por una endiablada corriente de aire, cerré de un portazo y me senté en la cama, golpeé con rabia el colchón. Me levanté, fui a los cajones que había bajo el escritorio, abrí el tercero, arrojé al suelo papeles, carpetas y portafolios hasta que apareció lo que buscaba, allí estaba con sus tapas de cartón amarillo y el sello del Ministerio de Eduación y Ciencia, todo bien identificado, *Serie A, número 116841, alumno Daldo Martínez Ángel*, ¡el puto libro de escolaridad!; busqué la página treinta, la maldita página treinta, me la sabía de memoria, *el equipo de profesores juzga que según los rendimientos escolares obtenidos y los intereses profesionales manifestados por el titular del presente libro, se le aconseja curse los estudios de Formación Profesional*, ¡la madre que los parió!, ¡el titular del presente libro!, ¿se habían dado cuenta de que yo era un niño de catorce años y no un cliente?Agarré con fuerza aquella cantidad de gilipolleces y rasgué el libro por la mitad, ¡que se fueran todos a la mierda!, luego convertí las dos mitades en cuatro y las cuatro en ocho y seguí rasgándolo hasta que mis dedos no pudieron tirar más de los trozos de papel que iban quedando y caí de rodillas como un palé viniéndose abajo, los ojos fijos en el maldito libro de escolaridad hecho añicos a mis pies, sujetándome con fuerza el temblor de las manos, las manos ya sin hilos de una puta marioneta rota.

—¿Qué haces ahí?

Levanté la cabeza y vi las Puma blancas de Belén en el umbral

de la puerta del dormitorio, la carpeta del instituto bajo el brazo, su cuello, mis ojos se quedaron atrapados en él, *se partiría en el garrote como una ramita seca*. Empecé a recoger los trozos del libro de escolaridad y los fui arrojando a la papelera sin ponerme de pie, tratando de adoptar la expresión neutra de quien sólo está haciendo limpieza, ni siquiera había oído el timbre de la puerta, ¿por qué coño no me habían avisado de que subía Belén?, siempre lo hacían cuando venía alguien a verme. Al levantarme ojeé disimuladamente los números digitales del despertador: las diez y veinte, ¿cuánto tiempo había estado allí en el suelo? Miré a Belén y ella me sonrió, entró en la habitación, se sentó en el borde de la cama, soltó las gomas elásticas de la carpeta y me alargó una bolsa de plástico.

—Te he traído un regalo —seguía sonriendo.

Di un par de pasos, ¿a qué venía eso?, ¿habría vuelto a follar con Rubén y se sentía culpable?, cogí la bolsa y eché una ojeada a su interior, había algo envuelto en papel de regalo, por la forma y tamaño adiviné que se trataba de un disco, *esta copla se la sabía enterica mi Rafaela;* me deshice del envoltorio de colores y, efectivamente, me encontré con el *single This is my life*, de Eartha Kitt.

—Venga, ponlo —dijo.

Conecté el estéreo, se encendieron las lucecitas rojas y verdes del amplificador, levanté la tapa del tocadiscos, tenía la sensación de estar moviéndome bajo el agua, ¿hasta cuándo iba a mantener la farsa de que aquélla era nuestra canción?, *¡somos unos ignorantes de mierda, papá!*, había dejado caer una bomba en la cocina, lo había gritado con todas mis fuerzas y ya casi parecía que no había sucedido, como si se tratara tan sólo de una mala jugada de la imaginación que culminaba con la presencia irreal de Belén y su inoportuno regalo, la guinda final para aquel viernes de mierda. Coloqué el disco y dejé caer la aguja en el surco.

—He puesto una dedicatoria —dijo Belén.

Recuperé la funda, le di la vuelta: *Para mi Angelito de la muerte, que me da la vida, te quiero;* lo había escrito con rotulador negro y había dibujado media docena de corazones. La canción arrancó con fuerza.

—Iba a hacerte una poesía —dijo—, pero no me salió.

Se había ruborizado y su sonrisa iluminaba la habitación, me venía su aroma de Farala, ¿por qué no podía ser siempre así?, *que no se rían de ti ni ella ni el fulano ese*, tomé aire, ¿por qué no podía gritarle que se largara de mi casa?, así sin más, lárgate, déjame en paz, ¿cómo podía aparecer tan tranquila en mi cuarto a decirme que le daba la vida si tres días antes la había llamado puta y ella me había dado una hostia a mí?, ¡si había parecido que nos

matábamos, joder!, ¿es que ella pretendía borrar eso con un disco y una sonrisa?, ¿qué coño podía hacer Eartha Kitt para eliminar la imagen de Rubén metiéndosela a Belén hasta el fondo una y otra vez?, *seguro que gritaste como una puta*, me llevé una mano a la mejilla y sacudí la cabeza, la odiaba, la odiaba, quería decírselo en ese instante, te odio, te odio, pero ella seguía sentada en el borde de la cama, sonriendo, aún más ruborizada que antes, y sólo sentí el deseo de abrazarla.

—Me gustaría que fuese verdad —dije.

—Es verdad —asintió—, quería hacerte una poesía.

—Me refiero a eso de que te doy la vida.

Sacó el paquete de Marlboro y se encendió un cigarrillo con su encendedor de corazones; le alcancé el cenicero que tenía allí en la habitación y me senté a su lado en la cama, la voz de Eartha Kitt me rebotaba en el cerebro, me incliné para bajar el volumen. Belén dio unas caladas y permanecimos unos segundos en silencio, quería decirle que ella también me daba la vida a mí pero que lo de Rubén me había hecho mucho daño, quería jurarle que deseaba mantener vivo lo nuestro, que ella era para mí lo más importante.

—No sonaba esta canción —dije.

Belén expulsó el humo hacia el techo y me pareció que le temblaba el labio inferior, ¿o es que estaba otra vez a punto de sonreír?

—Me lo inventé —añadí, su mirada flotaba en alguna parte, *trágate ésta, Belén*—, lo hice porque pensé que sería romántico tener una canción y todo eso, pero no tengo ni puta idea de qué canción sonaba.

Eartha Kitt, en cambio, seguía cantando como si realmente sí hubiese sonado durante las dos horas en las que estuve persiguiendo a Belén para conseguir que saliera conmigo. Miré fijamente las lucecitas verdes que marcaban los altibajos del volumen, *this is my life, what can I do*, me sabía el estribillo de memoria, *es mi vida, Belén*, me subió por la garganta, *¿qué coño quieres que haga?*, tragué saliva y permanecí en silencio, *díselo ahora*, me empujé, *cuéntale lo que ha pasado en la cocina*, iba a decírselo, yo ya no era el Ángel que todos conocían, *¿sabes cuál es nuestro problema, mamá?*, me vi arrojándome contra el estéreo y volcándolo como había hecho Linares con su pequeño tocadiscos, *¡pues que no sabemos una puta mierda de nada!*

—Ya lo sabía, tonto —dijo Belén entonces—, los chicos os inventáis esas cosas porque creéis que a las chicas nos gusta —me puso una mano en la pierna—, no pasa nada. Además, ¿cómo ibas a acordarte de la canción que sonaba si estabas como un flan?

Evité mirarla, su mano me acariciaba la pierna, arriba y abajo, abajo y arriba, un tacto suave, irritante, cálido, helado, insoportable, irresistible, me besó en la mejilla.

—¿Me acompañas a casa? —preguntó levantándose, apagó el cigarrillo a medio consumir y dejó el cenicero sobre la mesilla de noche.

—Hoy no tenía intención de salir —me resisití, ¿es que no se había dado cuenta de que estaba en pijama?

—Venga, no seas aburrido —me agarró de las manos y tiró de mí—, que hace muchos días que no nos vemos.

Me vestí de mala gana, apagué el estéreo y dediqué una angustiosa mirada a los libros de Alfonso Duarte. Al despedirnos de mis padres me asaltó la penosa certeza de que algo se había roto entre nosotros; mi padre, desde el sofá y sin volver la cabeza, musitó un *que vaya bien* desprovisto de cualquier emoción, y mi madre, que se hallaba sentada a su lado en la butaca, se puso en pie, se acercó a nosotros y nos dio un esforzado beso con el que buscaba sonreír y mantener una apariencia de armonía; ¡por mí podía hacer lo que le viniese en gana!, yo no iba a compadecerla por eso ni a sentirme en deuda con ella ni tampoco con mi padre porque se hubiese enfurruñado en el sofá, ¡yo ya tenía bastante tratando de que mi vida no se fuese a la mierda! Mi madre se entretuvo alabando la blusa de Belén y le preguntó dónde la había comprado, temí que terminara proponiéndole ella misma lo de venirse a comer el domingo y tiré del brazo de Belén.

—Nos vamos, mamá.

La calle me sentó mal, ¿qué hacía yo allí?, ¿por qué mi voluntad no contaba nunca?, y me sentí aún peor cuando Belén me cogió de la mano como si fuésemos una pareja cualquiera que se disponía a disfrutar de la noche del viernes, ¿cogería también de la mano a Rubén?, ¿los habría visto alguien?; pensé en los libros sobre mi escritorio, si Belén no me entretenía demasiado aún podría leer un rato antes de dormir, quizá incluso podría aprovechar el fin de semana. Los sábados por la mañana Belén solía echar una mano a su madre a hacer la limpieza de casa y después se iba a comer con su padre, de modo que podría quedarme en casa hasta las cinco o las seis de la tarde, que era más o menos la hora en que ella regresaba; el domingo encerraba más riesgos, Belén no tenía compromisos familiares y le gustaba trazar planes conmigo: subir al parque de atracciones de Montjuïc, acercarnos al rompeolas de la Barceloneta, ir al parque Güell, dar de comer a las palomas en la plaza de Catalunya…, salidas así, como con mis padres cuando yo era niño. *Que no* se *le ocurra nada*, rogué bajando por Ramón Ribas y deseando soltar su mano, la sola idea de pasarme el domingo

haciendo fotos estúpidas y declarándonos lo mucho que nos queríamos en lugar de estar en mi habitación leyendo los libros de Alfonso Duarte me deprimía. En la esquina con Joan de Batlle empezó a hablarme de una compañera de clase que se llamaba Carolina o Catalina, una chica de no sé cuántos años que era rubia o que se había teñido de rubio y que se había comprado no sé qué en no sé dónde para regalárselo a no sé quién, ¿siempre había sido tan monótona la voz de Belén?, ¿de verdad creía que toda esa trivialidad podía interesarme? Al finalizar su perorata sobre Carolina o Catalina me preguntó cuál era mi opinión al respecto, evité su mirada, ¿mi opinión de qué?, *no lo sé*, respondí encogiéndome de hombros, y ella me replicó *caray, Ángel, qué soso estás hoy*, no creí que *soso* fuese la palabra apropiada.

Llegamos a su portal y sin mediar palabra me invitó a subir, era la primera vez que lo hacía y me pilló por sorpresa, ¿es que su madre no estaba en casa?, quizá Belén quería compensarme haciéndolo conmigo en una cama, nunca lo habíamos hecho en una cama; vivía en el entresuelo, el rellano tenía cuatro puertas. Cuando abrió la suya me salió al encuentro el rumor de un televisor y una voz de mujer ordenándole a alguien que hiciese el favor de acostarse, me invadió una oleada de decepción, ¿por qué narices me había invitado a subir si su madre y su hermano pequeño estaban allí? El niño apareció a la carrera en el recibidor en cuanto oyó el ruido de la puerta, llevaba el pelo muy corto e iba enfundado en un pijama de David el Gnomo, recordé que Belén me había dicho en alguna ocasión que tenía nueve años y se llamaba Javier; detrás de él apareció Dolores, la madre de Belén, con expresión abatida y en delantal, al verme sonrió, me saludó apresuradamente y atrapó a Javier del brazo, quien, antes de que Dolores se lo llevara por el pasillo, aún tuvo tiempo de gritarme *¿a que tú eres el novio de mi hermana?* Belén dejó el bolso sobre el pequeño mueble que había en el recibidor y me condujo al comedor, mobiliario metálico, de color dorado, y una de las paredes, donde se hallaba el televisor y otros adornos, estaba cubierta con láminas de espejo desde el suelo hasta el techo, me vi a mí mismo reflejado en ellas y me sentí imbécil, ¿cómo coño había terminado en casa de Belén?, ¡si eran casi las once, joder!, seguro que a su madre no le había hecho ninguna gracia recibir una visita a esas horas, *voy a dejar la carpeta y a quitarme los zapatos*, me dijo Belén mirándome en los espejos y me sugirió que me sentara en el sofá. Me senté y fue como hundirme en un fardo de ropa, cojines por todas partes y tapizado de aguas de un marrón difuso, frente a él había una mesilla de café de cristal con armazón de metal dorado y sobre ella la revista *Pronto* abierta por las páginas donde se detallaba la programación televisiva del día,

dos sobres de correspondencia bancaria, el mando a distancia del televisor, un paquete de Nobel y un cenicero limpio con el dibujo de una playa en el fondo, me pareció leer que se trataba de un *souvenir* de la Costa Dorada; levanté la mirada hacia el televisor, que se encontraba en la pared opuesta, *nueve de cada diez dentistas entrevistados optan por el chicle Trident sin azúcar*, terminó el anuncio y empezó otro, debajo del televisor vi el reproductor de vídeo, podría pedírselo prestado a Belén para ver el documental o verlo allí, *qué gilipollez*, me dije, no pensaba compartir aquello con ella. Me miré otra vez en los espejos que forraban la pared, tenía cara de muerto, *mejor me levanto y me largo*.

—Ya está.

Belén había aparecido a mi lado y se dirigió a la mesa del comedor, que era redonda y también de cristal con armazón y patas de metal dorado, retiró el jarrón sin flores y el tapete de ganchillo que había sobre ella y lo dejó todo en uno de aquellos estantes de cristal que remontaban la pared de espejos; luego se puso en cuclillas, abrió uno de los tres cajones con frontales asimismo de espejo y tiradores metálicos que se alineaban debajo del televisor y se irguió con un mantel amarillo en las manos. En ese momento fui consciente de que el piso olía a tortilla de patatas.

—Vais a cenar —dije.

—Sí, claro —respondió colocando el mantel sobre la mesa.

—Joder, Belén, ¿y yo qué coño hago aquí?

—Pues estar conmigo.

—¿Mientras cenáis?

—¿Qué tiene de malo?

—Pues que es la primera vez que vengo a tu casa —bajé la voz —, y tu madre no me conoce de nada.

—¿Y qué más da?

—Si lo sé no subo.

—¿Ah, no?, entonces, ¿a que subías? —preguntó mirándome de reojo, parecía divertirse.

Fue a la cocina y regresó con un par de vasos, dos tenedores y servilletas, me puse de pie, no sabía cómo decirle que me marchaba, ella desapareció otra vez y volvió con una jarra con agua y una ensalada, oí pasos a mi derecha.

—¿Has cenado? —Dolores me sonreía.

—Sí, gracias.

—Qué pena —parecía sincera, se volvió hacia Belén—, ¿por qué no le dijiste que no cenara?

Belén se estaba sentando ya en una silla y se encogió de hombros.

—No se me ocurrió —contestó—, lo he decidido de sopetón.

—Pues qué pena —repitió su madre.

Se metió en la cocina y Belén me dijo que me sentara junto a ella; retiré una silla, lógicamente de armazón metálico y tapizado a juego con el sofá, me senté y crucé los brazos sobre la mesa. Dolores apareció con dos platos de tortilla de patatas.

—¿Seguro que no te apetece? —me preguntó.

—Déjalo, mamá —intervino Belén—, acaba de cenar en su casa.

Dolores se había quitado el delantal, vestía falda por debajo de las rodillas y una blusa blanca estampada con flores granates y rosas, abotonada con grandes botones hasta el cuello, un cuello parecido al de Belén aunque ligeramente más grueso, no importaba, en el garrote se quebraría igual, ¿contarían todos aquellos libros de Alfonso Duarte algo de la ejecución del Picoveleta?, *un verdugo debe ser inflexible a todo sentimiento de compasión*, ¿sería yo capaz, llegado el momento, de ser inflexible a todo sentimiento de compasión y accionar la manivela sobre el cuello de alguien?, imaginé a Linares sentándome a Belén en el garrote, atándola con un ballestrinque, introduciendo su cuello frágil en la argolla y diciéndome *ultímala, Ángel, que no se rían de ti ni ella ni el fulano ese*, diciéndomelo en ese tono que yo tan bien conocía, *échalo tú, Daldo*, ¿sería capaz de hacerlo?, ¿podría completar la vuelta y media sobre un cuello que había acariciado y besado?, *lo que tú eres se lleva en la sangre, Daldo*, la voz de Linares parecía venir de los anuncios que se sucedían en el televisor de Belén, en el que otra voz anunciaba en ese instante que el Renault 21 había sido elegido coche del año en España, pensé en Félix y en su padre a ciento cincuenta kilómetros por hora con su flamante Renault 21, contentos de estar el uno junto al otro, padre e hijo bien avenidos, *¡somos unos ignorantes de mierda, papá!*

Belén me golpeó el brazo, la miré, al parecer su madre acababa de preguntarme qué tal me iba en el trabajo. Como a Belén todavía no le había contado nada de la situación en el ladrillar aproveché para hacerlo y las puse al corriente de que el cierre resultaba ya inevitable y tendría lugar dentro de diecisiete días; la reacción de Belén consistió en continuar masticando, su madre se levantó, se acercó a la mesilla de café, cogió el mando a distancia y apagó el televisor, el silencio puso más en evidencia que yo estorbaba allí.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Dolores al volver a la mesa.

—No lo sé —estaba hasta los huevos de responder eso.

—Yo buscaría algo de albañil —dijo Belén, miró a su madre y añadió—: ¿Sabes el chiflado del ladrillar?, pues Ángel le ha cambiado una viga él solo —se volvió a mirarme de nuevo—, y te

ha quedado muy bien, ¿no?

—No pienso volver a trabajar de albañil —¡qué perra les había entrado a todos con eso!—, y deja de llamarlo chiflado.

—A lo mejor tu padre podría colocarlo en el taller —propuso Dolores.

—¡Qué dices, mamá! —exclamó Belén—, si Ángel no tiene ni idea de planchistería.

—Todo se aprende, hija.

—Además, el taller de papá es deprimente —hizo una mueca—. No quiero que Ángel se pase toda la vida en un taller deprimente.

Lo había dicho con aparente sinceridad, como dando por supuesto que íbamos a casarnos y a envejecer juntos, una chica velando por los intereses de su futuro marido, pero ¿en verdad era así?, ¿o es que sencillamente le parecía angustiosa la perspectiva de verme ocho o diez horas al día en el trabajo y después tener que verme también en casa?

—Pues tú bien que estás en ese taller deprimente —insistió Dolores—, y ganando tu dinero.

—Sí —asintió Belén—, pero yo algún día me marcharé.

Dolores me dedicó una mirada de complicidad algo cómica y me dijo:

—Ah, sí, cuando acabe Empresariales —no parecía tener mucha fe en su hija.

—Pues sí —afirmó Belén, se estaba cabreando—, cuando acabe Empresariales. Además, ¿a qué viene ahora eso de papá, si no lo soportas?

—Cállate, anda —le ordenó su madre, su expresión se había endurecido—, que le vamos a estropear la cena a Ángel.

—Ángel no está cenando.

—No se preocupe —le dije a Dolores—, la verdad es que eso de la planchistería no me interesa mucho.

—Yo lo decía por ayudar —se disculpó, regresando a la tortilla.

—¡Pues entonces deja en paz el taller de papá!

Se miraron con ferocidad y me vinieron a la memoria algunas de las cosas que Belén me había contado de su madre, cosas que la sacaban de quicio, como que hubiera sido un ama de casa toda la vida y que en los cuestionarios o en los documentos tuviera siempre que poner una cruz en la casilla *sus labores*, eso de *sus labores* la ponía frenética, decía que eran las dos palabras que más odiaba en el mundo y que las cárceles para mujeres deberían llevar todas ese nombre; yo le había dicho en alguna ocasión que mi madre también se dedicaba a *sus labores* y que no me parecía tan terrible, y Belén se había puesto furiosa y me acusó de ser machista y de no tener ni

puñetera idea de lo que estaba hablando, *si algún día tu padre deja a tu madre ya veremos a ver si piensas lo mismo*, añadió, *ya veremos qué pasa cuando tu madre tenga que ganarse su propio dinero, ¿sabes cómo se lo gana mi madre?*, me preguntó con aire acusador, *pues vapor ahí limpiando la mierda de los demás porque se ha pasado toda su vida metida en la casilla de sus labores y no sabe hacer nada*. Observé las manos de Dolores, una de ellas pinchaba con el tenedor un trozo de tortilla de patatas, la otra estaba inerte sobre la mesa, eran fuertes, poco femeninas, venas hinchadas y arrugas profundas alrededor de los nudillos, uñas cortas, y entonces recordé a Belén asegurándome que ella jamás se quedaría a la deriva por causa de un hombre, que su madre había sido una tonta sin recursos que no había podido hacer otra cosa, pero que ella no cometería ese error, *yo soy una chica con ambiciones*; comprendí que el instituto era para ella el vehículo con el que escapar de ese indeseable futuro que la atraparía sin remedio si se quedaba cruzada de brazos a esperarlo.

—Se me ha pasado por la cabeza estudiar algo —dije.

Belén se volvió hacia mí con un movimiento exagerado y brusco, propio de una parodia.

—¿Y eso? —inquirió.

—Bueno, no sé —¿por qué les había dicho aquello?—, por ahora sólo es una idea.

—Si tú nunca has querido estudiar.

—Ya.

—Si siempre te he oído decir que eras un desastre en el colegio.

—Es que lo era.

—Pues ahora sería peor, ¿eh? —vaticinó, ¿estaba masticando como mi padre?—, porque llevas muchos años sin estudiar y has perdido la costumbre.

—Tú tienes casi mi edad y estás estudiando.

—Sí, pero a mí se me da bastante bien.

—No le hagas caso, Ángel —terció Dolores poniéndome una mano en el brazo—, que a ella no se le da tan bien como dice —aguantó la mirada feroz de Belén y le preguntó—: ¿Ya le has dicho que has suspendido Historia?

—Claro que se lo he dicho —le replicó ella, y dio un trago de agua mirándome de reojo.

—Tiene que hacer un trabajo —me murmuró Dolores, cómplice.

—¡También se lo he dicho! —le lanzó a su madre una mirada venenosa—. ¿Por qué no te callas ya?

Dolores retiró la mano de mi brazo y continuó comiendo.

—Además, es un trabajo facilísimo —sentenció Belén ensartando la última hoja de lechuga de la ensalada—, vamos a aprobar seguro.

Vamos, el plural me golpeó en la boca del estómago, *vamos afollar seguro*, me dieron ganas de gritarlo, ¿se resquebrajaría todo el entramado de espejos del comedor? Belén empezó a pormenorizarnos los detalles del trabajo de recuperación, Rubén y ella habían elegido el tema *La vida cotidiana en la España franquista* y ya tenían algunas ideas de cómo enfocarlo, su intención era abordarlo política, social y culturalmente, *pero sin enrollarnos como persianas*, aclaró, *que eso ya lo hacen los libros*, querían llevar a cabo esa panorámica mediante la voz de quienes la vivieron, sin intermediarios; al parecer, el abuelo paterno de Rubén había luchado en la Guerra Civil, en el bando republicano, y guardaba muchos recuerdos de esa época, de cómo era la vida entonces, y les había aconsejado que se acercaran también a los centros y residencias de la tercera edad a hablar con otros ancianos, tarea para la cual Rubén se había comprado una grabadora con la que registrar las voces de los entrevistados y poder de ese modo transcribir correctamente sus palabras.

—Es una buena idea —comentó Dolores asintiendo con la cabeza.

Me mostré de acuerdo con un leve gesto, ¡a mí qué coño me importaba la idea de los huevos!, seguro que ninguno de aquellos viejos de los asilos había conocido en toda su vida a un verdugo; ese trabajo de Historia no estaría completo sin el testimonio de un auténtico ejecutor de sentencias, sería una visión parcial de la época; imaginé a Linares contándole a esa grabadora la ejecución del Picoveleta y luego imaginé la cara de pasmo del profesor de Historia al leerla.

—El domingo por la mañana iremos a casa del abuelo de Rubén para empezar a grabar —continuó Belén—, y por la tarde nos acercaremos a una residencia que hay en la calle Cervantes para entrevistar a todos los viejos que podamos —me miró y añadió—: Lo siento, Ángel, pero no podremos quedar.

—No pasa nada —dije, ¿no pasaba nada?

—¿No te enfadas?

—No —¿por qué narices me lo preguntaba delante de su madre?

—Por cierto —me dijo sonriendo de pronto—, tus abuelos paternos aún viven, ¿no?

—Sí.

—¿Crees que les gustaría participar?

—No lo sé —respondí, *¡tú no metes al pijo ese en casa de mis abuelos ni pagando!*

Belén nos habló de la magnífica biblioteca que los padres de Rubén tenían en una de las muchas habitaciones de la casa, *casi tres*

mil libros, concretó, *si necesitamos consultar algo ni siquiera tendremos que ir a la biblioteca municipal, ¿os imagináis?*, añadió mirándonos a su madre y a mí con los ojos brillantes, ¿por qué coño le brillaban los ojos?; aparté la mirada, en aquellos estantes de cristal, como en mi casa, no había tampoco ni un solo libro, únicamente figuritas, jarrones y diversos *souvenirs*, ¿aquella especie de toro de vidrio que había sobre el televisor era como el que mis padres tenían en la vitrina del comedor? Rubén, al parecer, además de la magnífica biblioteca y de la magnífica grabadora, disponía también de una magnífica máquina de escribir Olivetti con la que pasarían el trabajo a limpio y una magnífica cámara de fotos que utilizarían para retratar a algunos de los entrevistados, así el trabajo quedaría más completo, *¿sabéis que Rubén tiene televisor y vídeo en su habitación?*, nos dijo Belén con una sonrisa de admiración, pero ¡qué coño íbamos a saber!, ¿se creía que su madre y yo habíamos ido a hacerle una visita a aquel niñato? Clavé los codos en la mesa, se estaba haciendo tarde, el comedor se había convertido en otro lugar, casi en la cocina de mi casa, tanta estrechez, y la voz de Belén no callaba, se iba derramando en mis oídos como barro, ¿sería capaz de añadir a todas esas maravillas de Rubén que, además, follaba como los dioses?, *que se calle*, rogué, *que se calle*, pero no se callaba, estaba informándonos del magnífico lugar exótico al que Rubén iría de vacaciones ese verano con su familia, no entendí dónde, un sitio carísimo, ¡tenía que marcharme ya!, necesitaba marcharme, meterme en la cama, volcarme sobre los libros de Alfonso Duarte, un poco de silencio, no aquella voz que no callaba, no aquel barro en mis oídos que había tomado la forma de *magnífico chico perfecto para mi magnífica vida perfecta*.

—Dolores —dije, y sentí el vértigo—, ¿sabe que su hija me la pega con ese Rubén?

La voz de Belén se fundió, ¡por fin el silencio!, el corazón me latía con tanta fuerza que tuve que tragar una profunda bocanada de aire, ¿lo había dicho de verdad?, las miradas estupefactas de Belén y de su madre confirmaban que sí; cinco segundos después la de Belén se afiló y sus ojos arremetieron contra mí como yo veía arremeter cada día las astas del toro contra los palés.

—Eres un cerdo —me escupió.

Se levantó y se apartó de la mesa, Dolores intentó retenerla.

—Hija, ¿es cierto eso?

—¡Sí! —exclamó Belén, intentó sonreír, pero por una vez no pudo, apenas fue capaz de esbozar una mueca de fingida superioridad—, ¡es cierto!

—¡Eres una egoísta como tu padre! —le recriminó Dolores—, siempre haciendo daño.

Belén se le encaró.

—¡Al menos a mí no me dejarán tirada como a ti! —tenía los ojos desorbitados, una expresión devastadoramente cruel—. ¡No me quedaré amargada en casa toda la vida como tú, mamá!, ¿me oyes? ¡Antes de que un hombre me haga daño a mí se lo hago yo a él!

Dolores rompió a llorar. Me levanté, le puse una mano en el hombro, presioné ligeramente y salí del comedor, a Belén ni siquiera la miré mientras buscaba la puerta para marcharme, su voz se vino detrás de mí:

—¡Y también eres un cabrón por haberme engañado con eso de la canción!

Agarré el picaporte de la puerta, ¡o sea que le había dolido!, ¡pues que se jodiera!; antes de salir al rellano me enfrenté a la cólera de sus ojos, le volqué encima la mirada con la que tantas veces había querido sepultarla y le endosé por fin:

—Vete a la mierda, Belén.

Al entrar en casa me alivió encontrarla a oscuras, era más de medianoche y mis padres ya se habían acostado, me dirigí a la cocina, abrí la nevera y di un trago de agua fría. Había realizado el trayecto desde casa de Belén casi a ciegas, caminando por la acera como si me persiguiera alguien, rozando con el hombro las fachadas de las casas y los edificios y sintiéndome liberado por lo que había hecho pero también culpable de haberlo hecho, *¿sabes cuál es nuestro problema, mamá?*, dos cenas reventadas como si nada, *vete a la mierda, Belén*, ¿era así como se dejaba atrás una vida pequeña? Me fui en silencio a mi cuarto por el pasillo, no oí los ronquidos de mi padre, así que probablemente seguía despierto en la cama escuchando mis pasos, observando mi sombra cruzar por delante de la puerta de su dormitorio y preguntándose qué narices le ocurría a su hijo, *tu padre estará orgulloso de ti, ¿no verdá?* Me metí en el baño y oriné, desconocía si mi padre se había sentido o no alguna vez orgulloso de mí, pero seguro que le había cerrado ya todas las puertas llamándolo ignorante, *bueno*, me dije, *¿y qué?, ¡también podría esforzarse él para que yo me sintiera orgulloso de ser su hijo!* Salí del baño, entré en mi habitación y cerré la puerta, no iba a cometer el mismo error que Linares, todo el santo día dándole vueltas a lo que su padre hacía o decía como si el hombre aún estuviese vivo y sus opiniones contaran y Linares fuese todavía ese niño que tanto dependió de ellas y tanto las temió, otra vez ese niño y ese joven que fue y después ese adulto aniñado que seguía siendo, ¿de qué coño le servía tener casi sesenta años y seguir embarrado en toda esa mierda de que era muy duro fallarle a un padre?, ¡más duro era

que un padre le fallara a su hijo, no te jode! Me dejé caer en la silla y encendí la pequeña lámpara que había en la esquina del escritorio, la luz amarilla trazó una línea sobre los libros, *Los verdugos españoles*, lo abrí por la primera página, *Historia y actualidad del garrote vil*, empecé a leer.

Al principio tuve la sensación de que no aguantaría demasiado, la voz de Belén resonaba aún en mi cabeza y el corazón seguía latiéndome con tanta furia que no podía concentrarme en lo que leía, incluso veía los ojos de mi padre flotando en la oscuridad de su dormitorio, pendientes de mí y atentos a cualquier sonido, pero de repente se me vinieron encima desde el libro dos nombres conocidos: Rafael Paz Infantes y Ana Robledo Murillo Gómez, ¿de qué me sonaban? Empecé a leer el párrafo de nuevo, *en Córdoba hay dos parricidas, dos jóvenes desdichados, insensibles y brutales, los cónyuges Rafael Paz Infantes y Ana Robledo Murillo Gómez*, me detuve, volví a empezar lentamente, *en Córdoba hay dos parricidas…*, la imagen apareció ante mí como una explosión: ¡el recorte de periódico que Linares guardaba en uno de sus baúles!, ¡la primera ejecución que efectuó su padre! Encaré otra vez el párrafo desde el principio, *en Córdoba hay dos parricidas, dos jóvenes desdichados, insensibles y brutales, los cónyuges Rafael Paz Infantes y Ana Robledo Murillo Gómez. El día en que salieron de Villanueva del Rey, donde vivían, hacia Belmez, la niña más pequeña, no más de cuarenta días tenía entonces, se puso enferma y lloraba. Era melliza de otra a la que los padres habían entregado a una mujer a raíz de nacer. La tercera de las hijas, Rafaelita*, me perseguía ese condenado nombre, *ya tenía tres años y no daba tanto quehacer. Pero aquélla lloraba y lloraba y no acababa de ponerse buena y ya todos estaban nerviosos. En Belmez no encontraron los padres a nadie que quisiera hacerse cargo de ella. Y al llegar al lugar llamado Entredicho, cerca del pozo de la Fuente del Corcho, hicieron un hoyo entre los dos de unos quince centímetros por cada lado y metieron en él a la niña. Acaso si no hubiera vuelto a llorar la hubieran dejado allí así mismo, sin hacer ninguna otra cosa más, pero la criatura volvió a echarse a llorar y entonces los padres la cubrieron de tierra y piedras, para que no llorara, y allí estuvieron de pie escuchando hasta que dejaron de oírla y entonces la desenterraron, para ver si estaba muerta, y estaba muerta*. Levanté la cabeza, imaginé con la vista fija en la pared la agonía de la niña, su pequeña boca llenándose de tierra, sus brazitos atrapados sin poder moverse, quizá buscando esos otros brazos que la habían acunado hasta entonces, los brazos cálidos de su madre, ¿qué culpa tenía ella, si estaba enferma?, me alegré de que Tancredo Linares hubiese ejecutado a aquellos dos, se lo merecían, lo imaginé fumándose tranquilamente un cigarrillo tras el garrote al terminar de

ultimarlos a los dos, dos cuellos aplastados, dos ataúdes, aunque quizá no fumó tan tranquilamente, teniendo en cuenta que se trataba de su primer trabajo, sino con angustia, *que una vez ya sabía uno de qué iba, pues ya se lo tomaba uno de otra manera, pero la primera o la segunda vez, pues un trago, ¿no verdá?*, Linares sabía muy bien de lo que hablaba, también él habría pasado por ese trance de estrenarse, ¿cómo habría sido su primera vez?, ¿a quién habría tenido que ejecutar? Continué leyendo más allá del crimen de la niña enterrada, había otros, el caso de Tomás Ramos García, de más de sesenta años, al que retrataban como violento y pendenciero, *tenía doce hijos, o los había tenido, aunque el hombre llevara secretamente clavada entre las cejas la sospecha de que alguno de ellos no era suyo, concretamente uno llamado Emiliano, un niño de trece años débil y enfermizo. Siempre había disputas en la casa, broncas, peleas, y el padre había amenazado con que los mataría, un día compraría un revólver y los mataría a todos. Y ese día, es decir, una noche, en que su mujer le dijo sencillamente que la dejara dormir y se estuviera quieto, el hombre bajó irritado a la cuadra, cogió un puñal, volvió a subir y se lo clavó repetidamente a la mujer, que seguía en la cama. Oyeron los gritos dos de los hijos, Aurelio y Emiliano, que dormían al lado, y al aparecer en la puerta, es Aurelio el primero que recibe tres puñaladas en el pecho y dos en el vientre. Emiliano se refugia en la habitación de sus hermanas y allí se lo encuentra el hombre, desnudo ante él, tembloroso y suplicante: «No me hagas nada», llora; lo coge y lo apuñala seis veces, en el pecho, en el vientre y en los brazos*, podía oír los gritos de esos niños como seguía oyendo los agudos chillidos de los cachorros en la carretilla de Linares y los últimos estertores de *Rafaela* al perder la vida contra la cuerda, y también podía oírme e imaginarme a mí mismo gritando en la cocina, empapado de sangre porque mi padre, en lugar de decirme *a mí no me levantes la voz*, había empuñado sin mediar palabra el cuchillo con el que había estado cortando el bistec de ternera y me lo había clavado varias veces bajo el esternón o en el pecho, en el vientre y en los brazos, como a aquellos dos pobres niños, me imaginé leyendo mi propio nombre y el de mi padre en aquel libro, y luego la noticia de *sentencia cumplida* en los periódicos, *Bernabé Daldo, asesino confeso de su hijo Ángel Daldo, fue ejecutado a las seis de la mañana a garrote vil por el ejecutor de sentencias Tanco Linares, el reo comulgó, rezó con devoción y murió con gran presencia de ánimo*, ¿qué coño significaría morir con gran presencia de ánimo? Pasé página, *en Melilla está Domingo Belmonte López, igualmente condenado a muerte en 1948 por robo y homicidio*; *en Logroño, José García Barriobero, alias «Satanás», condenado por robo con homicidio cometido con diversas agravantes en la persona de un tratante de*

ganados, ¿realmente habían sucedido todos aquellos crímenes?, ¡qué espeluznante colección de asesinos!, ¿cuántos de ellos habrían sido ejecutados por Tancredo Linares?, en ninguna parte se detallaban los nombres de los ejecutores, *en Badajoz, un individuo llamado Alonso Morán González, sentenciado este año a dos penas de muerte más veinte años de reclusión por dos asesinatos y un homicidio: los de sus suegros y su cuñada, por intereses hereditarios…*, ¿dos penas de muerte más veinte años de reclusión?, ¿y cómo coño se lo montaron?, ¿lo ejecutaron, lo revivieron, lo volvieron a ejecutar, lo revivieron de nuevo y lo mandaron veinte años a la cárcel?, *pues el verdugo debió de cobrar el doble*, sonreí, me llevé una mano a los labios, ¿estaba sonriendo?, ¿estaba…?; mis ojos se encontraron con una frase que afirmaba que a lo largo de ese año, mil novecientos cuarenta y ocho, se habían cometido en España trescientos treinta y siete homicidios, ¡trescientos treinta y siete!, ¡casi uno al día! Me recosté en la silla con la mirada clavada en el libro, todo aquello parecía la puta trastienda del mundo, el lugar donde moraban los desperdicios, la parte oscura, el rincón donde amontonábamos los desechos en el ladrillar, el agujero en el que *Rafaela* se quedaba sin aire y chillaban los cachorros que arrojábamos a los hornos, el trozo de hierro contra el que se partían las cervicales del Picoveleta, la brecha del cerebro donde estallaba la idea de atropellar a Joan Pons, donde se originaba el odio que arrastraba a Linares a agarrarme por el cuello, la zona en penumbra donde palpitaban los deseos más penumbrosos, las rabias más hondas, los secretos más enterrados, todo lo que no podía salir a la luz y se iba acumulando en aquel almacén de sombras, la puta trastienda, ¿era mi parte oscura la que había lanzado el cachorro a las llamas?, ¿la que se había sentido atraída por la muerte de *Rafaela*?, ¿la que había llamado ignorantes a mis padres y había mandado a la mierda a Belén?, ¿era ese pasado que lo atormentaba tanto la parte oscura de Linares?, ¿o era eso que él decía que llevábamos en la sangre? Seguí leyendo como si las palabras me leyesen a mí, y de vez en cuando veía mis dedos pellizcar la parte inferior de la hoja y pasar la página, leía, pellizcaba y pasaba página, leía, pellizcaba y pasaba página, y en la ochenta me quedé dándole vueltas al párrafo donde un tal Cesáreo Fernández, verdugo de finales del siglo diecinueve, enviaba una carta de protesta a un periódico, *la gente huye de mí* —*se quejaba*—: *unos me miran con miedo, otros parecen tenerme asco; lo cierto es que yo no molesto a nadie, y que mi dinero vale tanto como el de cualquiera… Porque no soy yo el que mata; compréndanlo ustedes, la que mata es la ley*, tuve la impresión de que era Linares hablándome de sí mismo con una copa de Veterano en la mano.

—¿Qué haces?

Me volví tan rápido que sentí un latigazo en el cuello, me llevé una mano a la nuca, mi padre me observaba guiñando los ojos desde el umbral de la puerta, iba en camiseta y calzoncillos.

—Estoy leyendo —respondí

—Son las tres de la madrugada.

Miré el reloj despertador de la mesilla de noche, mi padre no mentía, ¿llevaba casi tres horas leyendo?, me fijé en el libro, iba por la página noventa y cinco, me había dado tiempo a enterarme de los orígenes medievales del garrote y a conocer mejor a los ejecutores de sentencias Bernardo Sánchez, Gregorio Mayoral y Casimiro Municio, ¿no había otro Casimiro con un apellido distinto?, los nombres de Linares y de su padre, en cambio, seguían sin aparecer.

—Apaga ya la luz —la voz de mi padre era críptica.

—Mañana es sábado —dije, y traté de seguir leyendo.

—Como si es Navidad.

Me dolían todos los huesos, me sentía como si me hubiesen clavado a la silla por la columna vertebral, ¿por qué no le había puesto nunca un cojín a esa silla?, *y si ya en el momento de sentarlo ves tú que se queda muy abajo, pues le pones el cojín y arreando*.

—Ángel.

Me vinieron a la cabeza las lluvias torrenciales que habían hundido el techo de Linares y caí en la cuenta de que si los libros de Alfonso Duarte estaban sobre mi escritorio era debido a esas lluvias, que si yo no podía soportar ciertas cosas de mis padres ni de Belén ni de Sadurní y me había visto abocado a gritárselo a todos a la cara, era debido a esas lluvias. Esas lluvias me habían arrojado a una casa en la que hacía treinta años que no entraba nadie, y no sólo habían partido en dos la viga de Linares, también me habían partido en dos a mí, habían derribado un tabique en mi cerebro y la luz del día había sacado al exterior las ratas de mi parte oscura, de mi puta trastienda, y mis ratas quizá habían azuzado y alborotado las ratas de Linares, que brotaban una y otra vez de los baúles y las fotografías mientras él trataba de ahogarlas en brandy y anís, ¿o habría sido al revés?, ¿que las ratas de Linares habían azuzado y alborotado las mías?

—¿No me oyes?

—Ya voy —repliqué sin mirar a mi padre, ¿por qué no me dejaba en paz?

Finalmente lo oí cerrar la puerta y marcharse, no lo soportaba, ¡que tenía casi veintidós años, joder!, ¡como si decidía pasarme la noche entera haciendo el pino!, ¡a él qué más le daba!; me ardían los ojos y me apreté los párpados, el silencio en el edificio era

absoluto, ¡el silencio otra vez!, ¿qué coño me estaba sucediendo que últimamente no conectaba el estéreo al entrar en la habitación? Abrí los ojos y continué leyendo.

… un chasquido seco y metálico, hierro contra hierro, un eco de argollas, tuercas y abrazaderas, unos dedos plomizos y nicotinados manejando el garrote en un patio trasero tomado por las ratas, una de ellas está royéndome el cerebro con sus pequeños dientes, trato de arrancármela, su piel caliente y blanda, sus huesecillos…, ¿es un cachorro?, ¿por qué no veo nada?, me han condenado a muerte, seré ejecutado en pocos días…, abrí los ojos, mi habitación, por las rendijas de la persiana entraba la luz del día, me llevé una mano a la cabeza, los dientecillos de la rata seguían ahí, busqué el despertador, las nueve y media, ¿cuántas horas había dormido?, ¿cinco?, traté de incorporarme y el dolor de cabeza me tumbó de nuevo.

Me desperté una hora más tarde, los pinchazos en la cabeza habían remitido y me senté en el borde de la cama, desde allí eché un vistazo a los libros, ¿había sido capaz de leer cinco horas seguidas? Me levanté, me vestí con camiseta y pantalón de chándal y fui al baño; salí dos minutos después, las persianas del piso estaban ya todas levantadas y las ventanas abiertas de par en par, a mi madre le gustaba que corriera el aire por las mañanas. Al llegar al comedor vi una nota sobre la mesa, la letra era de ella: *Yo he ido a comprar y tu padre se ha marchado al ladrillar*, y debajo, como si quisiera remarcármelo, había escrito: *A lo mejor tú también tendrías que ir*, mi madre desviviéndose una vez más para que todo a nuestro alrededor se desarollara en armonía, sin tiranteces, ¿a qué iba ir yo al ladrillar?, ¿a escuchar gilipolleces?, ya tenía suficiente con oírlas y verlas de lunes a viernes.

Fui a la cocina a prepararme unas tostadas con mantequilla y un vaso de zumo de piña, lo puse en una bandeja y me senté en el sofá. A mi madre no le gustaba que las comidas tuviesen lugar fuera de la cocina, pero los sábados por la mañana solía hacer una excepción porque sólo desayunaba yo, mi padre solía hacerlo en el bar El Maño o en el ladrillar y ella se bebía tan sólo su café con leche en la cocina, de pie, apoyada en el fregadero, lista para soltar la taza y fregarla en cuanto terminaba. Volví la cabeza hacia el balcón, el sol brillaba con fuerza y los tejados y las antenas de televisión de los edificios lanzaban ligeros destellos, me sentía como si no hubiese

dormido nada; mordí la tostada, apoyé la mano izquierda en el sofá y me encontré con el mando a distancia del televisor, lo aparté, miré la pantalla apagada, al final tendría que devolverle el documental a Alfonso Duarte sin haberlo visto, mi única opción sería verlo en casa de Belén, pero la decisión de no volver a dirigirle la palabra estaba tomada, y menos para pedirle un favor, tampoco lo que estaba viviendo con Linares era de su incumbencia, no lo compartiría con ella para que luego se fuese corriendo a contárselo al pijo y entre los dos se echaran a reír del viejo inculto del ladrillar contándole secretitos al joven inculto del ladrillar. ¿Por qué Belén, en lugar de darme ánimos, había insistido tanto en que yo había sido un desastre estudiando?, si me hubiese visto leer durante cinco horas quizá habría cambiado de opinión, si supiera que había leído de un tirón hasta la página ciento cincuenta y seis podría haber llegado a la conclusión de que yo tenía capacidad mental para estudiar, ¡hasta la página ciento cincuenta y seis!, ¿cuándo había leído yo tantas páginas seguidas en tan poco tiempo?, ¡jamás!, ni siquiera cuando me dio por devorar todos aquellos libros sobre la vida más allá de la muerte; si Belén no creía en mí, que se fuera a tomar por el culo, como ya se habían ido a tomar por el culo el libro de escolaridad y los capullos que habían escrito esa mierda de *según los rendimientos escolares obtenidos*, ¿qué coño sabían ellos de mis rendimientos, joder, si ahora incluso recordaba que la página ciento cincuenta y seis de *Los verdugos españoles* terminaba con las palabras del ejecutor de sentencias Antonio López?, y no sólo eso, también recordaba que el hombre hablaba de una reyerta que tuvo en un bar y que el capítulo era como si lo escucháramos directamente a él, porque el tal Daniel Sueiro había grabado su voz con un magnetófono mientras lo entrevistaba y lo había transcrito palabra por palabra, así que Belén y el pijo no eran tan originales como creían en eso de grabar a los viejos del asilo, Sueiro lo había hecho quince años antes que ellos. Di un trago al zumo de piña y recordé que ese Antonio López hablaba de manera muy parecida a como hablaba Linares, debido probablemente a la época, Antonio había nacido en mil novecientos trece y Linares diecisiete años más tarde, ¿en que año habría nacido Tancredo Linares?, quizá en mil novecientos cinco o mil novecientos diez, había muerto pero podría perfectamente haber estado vivo, ¿y Antonio López?, ¿estaría vivo?, hice el cálculo, tendría setenta y tres años, ¿cuántos de aquellos verdugos a que hacía referencia el libro seguirían vivos?, ¿o sólo quedaba Linares?, tal vez lo contaran en el documental de Alfonso Duarte. La pantalla oscura del televisor me devolvía una imagen de mí mismo brumosa y arrinconada, ¿cuánto costaría un reproductor de vídeo?

Estacioné el Ford Fiesta en la calle Falguera y entré en el Centre Comercial Rius, el primer sitio que se me había ocurrido, me dirigí a la sección de electrónica y caminé entre los aparatos de *Hi-Fi* alineados en los expositores o directamente en el suelo y entre los múltiples televisores, en todas las pantallas aparecían los mismos dibujos animados; llegué a la zona donde se hallaban los reproductores de vídeo, montones de ellos, plateados, negros, incluso dorados, el dorado omnipresente del comedor de Belén, aparté la vista. Al cabo de un minuto apareció un empleado a mi lado, *quería preguntar por los vídeos*, le dije, y él, amablemente, empezó a orientarme sobre las diversas marcas y precios, *a mi juicio*, dijo, *éste es el mejor*, había puesto la mano sobre un JVC, y añadió *esta marca lleva diez años en el mercado, fueron los pioneros*, supuse que se trataba de uno de los más caros, *y desde luego*, continuó con una sonrisa, *te aconsejo el sistema VHS antes que el Beta, ¿por qué?, pues porque el VHS, por ejemplo, te ofrece dos horas de grabación por cinta y está expandiéndose más que el Beta*; asentí sin apartar los ojos del precio y de las tres letras VHS, ¿de qué sistema sería la cinta que me había prestado Alfonso Duarte?, compuse una expresión de duda y le dije al hombre *es que un amigo me ha dejado un documental y no sé si es VHS o el otro;* el empleado se colocó bien el nudo de la corbata y volvió a sonreír, aunque no como había sonreído antes, sino con el aire perdonavidas de quien toma por imbécil integral a quien no sabe hacer algo tan elemental como diferenciar el sistema VHS del Beta, *veamos*, dijo, dio media vuelta y se acercó a otro estante, tenía un cuello corto y recio, aparentemente consistente, no le serviría de nada, el garrote le aplastaría las vértebras con la misma rutina con que las ruedas dentadas de la trituradora aplastaban piedras como puños, ¿me atrevería a dar dos vueltas a la manivela si lo tuviese sentado en el palo?, ¿me atrevería a escuchar ese chasquido seco? De pronto recordé lo que le había ocurrido al tal Casimiro Muñiz en su primera ejecución: el reo, un tipo que había matado a cuatro personas y después había echado sus cadáveres a los cerdos, vio temblar al verdugo de tal manera que le soltó *tengo yo más valor para morir que tú para matarme, ¡anda, mátame pronto, que para eso te pagan!*, ¿qué haría yo si me dijeran algo así segundos antes de darle a la manivela? Oí una voz, el cuello corto y recio del empleado había regresado, sus manos me mostraban el estuche de una cinta de vídeo, *te preguntaba*, dijo, ¿ya me lo había preguntado?, *si la cinta esa de tu amigo es de este tamaño*, me fijé en el estuche, *las VHS son algo más grandes*, me explicó como si le hablara a un párvulo, y abrió el estuche para que yo pudiese ver la cinta por mí mismo, *¿es así la que tienes tú?*, preguntó; levanté las

cejas y apreté los labios, no tenía ni puta idea, pero le respondí que sí, que la cinta era de ese tamaño, ¿qué iba a hacer?, ¡yo sólo quería un vídeo, coño, no podía ser tan complicado!; el empleado asintió, me mostró los modelos VHS y finalmente elegí uno de los más baratos, un Panasonic. Rellené un impreso con mis datos personales y los del banco y salí del establecimiento consciente no sólo de que ese gasto, aunque fuese a plazos, me pesaría como una losa cuando lo sumara a la cuota mensual del Ford Fiesta, sino que acababa de ofrecerles en bandeja a mis padres lo que para ellos sería la confirmación de que su hijo había perdido definitivamente el norte de su vida, sobre todo para mi padre, que tildaría de disparate y extravagante la compra del reproductor de vídeo y me echaría en cara mi falta de cautela económica ante el inmediato cierre del ladrillar.

Cuando entré en casa mi madre estaba guardando la compra en los armarios de la cocina, tenía a sus pies un lío de bolsas del Supermercado Mirsa y al verme a mí con la del Centre Comercial Rius dejó junto al fregadero dos botes de garbanzos a los que intentaba encontrar sitio y se vino conmigo al comedor.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un vídeo —respondí, lo había puesto sobre la mesa.

—Dios mío, Ángel, ¿has comprado un vídeo?

—Sí —¿por qué se asustaba tanto?

—Te habrá costado carísimo.

—He comprado el más barato.

Enfilé el pasillo, entré en mi cuarto y me dirigí al escritorio, saqué la cinta del documental del estuche y traté de recordar si la que me había mostrado el empleado era del mismo tamaño, me pareció que sí. Regresé al comedor con el documental, mi madre observaba la caja del reproductor de vídeo como si mirara un bicho exótico; extraje el aparato del interior y lo puse sobre la mesa, era todo plateado, lleno de botones, las letras Panasonic estaban en bajo relieve en una esquina, retiré las protecciones de Porexpan, liberé el manual de instrucciones del plástico que lo cubría y consulté el apartado donde se detallaba el procedimeinto de instalación, no parecía muy complicado.

—Es bonito —dijo mi madre.

Lo llevé junto al televisor y de manera provisional lo coloqué atravesado sobre el mueble, para ello tuve que apartar dos de esos ángeles de cerámica que a la tía Leonor le había dado por colorear años atrás y que a mí, con esa expresión de idiotas que ponían mirando al cielo con las manos juntas, siempre me habían parecido más bien un par de memos; realicé las conexiones según indicaba el

manual, introduje la cinta de Alfonso Duarte en el reproductor y fui sintonizando los canales del televisor hasta que aparecieron las imágenes del documental: una mano con un cigarrillo.

—Qué bien se ve —dijo mi madre.

Me pareció que la voz que surgía del televisor era la de Linares, *entonces yo salí voluntario para la guerra española*, ¿sería también suya aquella mano que se movía arriba y abajo sin soltar el cigarrillo?, apareció el dibujo de unos soldados con fusil y banderas, la voz continuaba, costaba un poco entenderla, *los tres años de guerra me los tiré a pulso, sin tener ningún accidente, yo tuve suerte y salí p'adelante*, no enfocaban la cara de quien hablaba, fotografías en blanco y negro, hombres despidiéndose desde las ventanas de un tren, *fui a Alemania a la División Azul*, un cementerio con cruces y cascos de soldados colgando de las crucetas, otra vez la mano y el cigarrillo, y en ese momento apareció el rostro, no era Linares, pero aun así fue casi como verlo a él: pelo peinado hacia atrás, frente ancha, camisa blanca abotonada hasta arriba y algo que parecía una gabardina, un hombre de unos sesenta años; y a continuación más fotografías antiguas, y todavía la voz, *llegué a España, no había trabajo, no había na, entonces un policía secreta que le llamábamos…*

—¿Qué película es ésa? —preguntó mi madre.

—Cállate.

… me dijo: «Antonio, ¿tú tienes valor pa si quieres desempeñar el cargo de verdugo?», ¿Antonio?, ¿Antonio López?, *y yo: «bueno, mira, digo lo mismo me da que sea verdugo como que sea lo que sea…, dándome de comer…»*, tenía que ser Antonio López, en *Los verdugos españoles* contaba también retazos de su vida, ¿no había también en el libro dos o tres fotografías suyas?

—Ay, hijo, qué antipático estás.

Pulsé *stop*, sería imposible prestar atención al documental con mi madre dando vueltas por allí, dentro de poco empezaría además su limpieza habitual de los sábados, cruzaría por delante del televisor con la escoba y el recogedor, sacudiría el polvo de los muebles y pasaría la fregona por todo el piso, y luego llegaría mi padre, se dejaría caer en el sofá, querría saber de dónde había salido el vídeo y preguntaría con segundas intenciones quién narices se había gastado el dinero en algo tan inútil, como si no dieran ya bastantes películas por televisión; guardé el documental en el estuche y apagué el televisor, esperaría a la noche, cuando los dos se hubiesen acostado y no pudiesen ya interrumpirme ni hacerme preguntas. Di media vuelta, mi madre había regresado a la cocina, se oía de nuevo el crepitar de las bolsas de la compra, *ay, hijo, qué antipático estás*, ¿y qué coño quería que hiciese si ella no era capaz de mantener la boca cerrada?, ¿es que no se daba cuenta

de que yo intentaba ver el documental?

Al entrar en mi habitación cerré la puerta, dejé la cinta de vídeo sobre el escritorio, me llevé *El arte de matar* a la cama y encendí la lámpara de la mesilla de noche; descarté levantar del todo la persiana de la ventana porque de todos modos mi cuarto daba al patio de luces y normalmente entraba una luz mortecina que casi nunca bastaba para nada, menos aún para leer. El libro pesaba lo suyo, casi ochocientas páginas, así que me recosté en la pared y me lo acomodé en el regazo, ese Daniel Sueiro debía de haberse pasado la vida escribiendo sobre aquello; empecé echándoles un vistazo a las múltiples fotografías que había cada ciertas páginas, el azotamiento en público de un especulador egipcio, la guillotina levantada en una plaza de París para una ejecución en mil novecientos ocho, diversos horrores de los campos de exterminio nazis, el verdugo que colgó a los jefes alemanes condenados en Nuremberg preparando el nudo del lazo de la horca, cuatro árabes ahorcados públicamente en medio de una calle… ¡Todo aquello había sucedido de verdad!, los muertos eran reales, habían tenido una vida antes de morir, las cuerdas eran reales, los patíbulos también, no había trucos ni actores, los verdugos hacían su trabajo y se marchaban a casa… Tres imágenes secuenciadas de una decapitación en el Yemen por medio de la espada me provocaron un vuelco en el corazón. En una de ellas el reo permanece aún arrodillado mientras su cabeza ya cae hacia el suelo, la sangre sale a presión de su cuello amputado y, a su lado, de pie, se encuentra el verdugo, piernas abiertas y gesto duro, su espada acaba de finalizar en ese preciso instante la trayectoria mortal y la punta levanta guijarros del suelo, la fotografía se tomó con tanta precisión que la escena tiene cierto aire irreal, como si el cuerpo decapitado fuese un muñeco y el verdugo un tipo a quien le gustaran las bromas macabras, pero nadie está bromeando allí, ¡es algo que acaba de ocurrir!, un segundo antes el reo respiraba, un solo segundo antes, y cuando el fotógrafo soltó el disparador ya estaba muerto, un miserable segundo, como *Rafaela* un segundo antes y un segundo después de que Linares diera el tirón último a la cuerda; en la siguiente página mostraban a un hombre que había sido agarrotado toscamente con una cuerda y de rodillas en China, y a continuación varias fotografías de fusilamientos, todas tomadas en el momento en que los condenados reciben la descarga, esa frontera de ese segundo en la que los reos aparecen congelados con gestos contrahechos, gestos que no son ya de los hombres vivos que fueron pero tampoco lo son aún de los hombres muertos que serán, ni siquiera son de dolor, y ahí están también los jirones de ropa que saltan por los aires al ser atravesados por las balas, las paredes

mordidas por esas mismas balas o por otras que han pasado de largo y las astillas de madera que son arrancadas de los postes donde los condenados fueron atados, y así imaginé a la abuela Joaquina si alguien la hubiese retratado en el limbo de ese segundo, justo cuando acababa de golpearla el parachoques de la furgoneta de Joan Pons y sus dos pies estaban ya unos centímetros en el aire, sus pies sin zapatos, y su expresión sería la misma que la de aquellos hombres que no estaban ni vivos ni muertos, como lo habría sido también la de Joan Pons si yo hubiese tenido valor para *ser inflexible a todo sentimiento de compasión*, y como sin duda debió de ser la del Picoveleta debajo del trapo negro que le colocó Tancredo Linares. Hojeé el libro al azar hasta que topé con la frase *Retrato actual de un verdugo* y empecé a leer, *el aspecto de un verdugo profesional de nuestros tiempos dista mucho del tópico medieval de verdugo*, ¡que se lo dijeran a los gilipollas del ladrillar, que aún no se habían enterado de que trabajaban con uno!, *del mismo modo que en la mayoría de los casos tiene muy poco que ver con el concepto vulgar que la gente suele tener formado de él*, las palabras me llevaban del libro al ladrillar y del ladrillar al libro, cada nombre de verdugo que leía era como si leyera Tanco Linares, cada garrote que se describía o se mostraba en una fotografía era para mí el garrote de Linares apresando mi brazo, cada reo del que detallaban su vida, su crimen y su ajusticiamiento se llamaba para mí Picoveleta y yo lo veía morir como si lo hubiese visto morir de verdad alguna vez, yo conocía de primera mano todo cuanto Sueiro me contaba, había estado en todos esos sitios que se anunciaban, había visto cuanto se mostraba y al mismo tiempo no había visto nada, y quería verlo, necesitaba verlo, *«estoy arruinado físicamente, soy un desgraciado»*, se lamentaba el ejecutor de sentencias Casimiro Muñiz, *«un miserable que mata para vivir. Siempre que trabajo me da el Estado cincuenta duros que me gasto en medicinas, porque caigo siempre enfermo después de…»*, ese Muñiz no debió de tener el temple de Tancredo Linares ni tampoco su profesionalidad, *el verdugo de hoy es un personaje muy humano, es un ciudadano tan corriente como cualquier otro, y tiene sus mismos pequeños y grandes problemas, acaso algunos más sólo en determinados días del año, muy contados, pero insoslayables. Un poco de mal cuerpo, un ligero temblor, una angustia inexplicable esos días, pero los mismos problemas de conciencia de tantos y tantos…*, problemas de conciencia, ¿sería eso lo que atormentaba a Linares?, su pasado estaba sembrado de cuartuchos, de camastros de cárcel y fondas, de reos, de ballestrinques, de rezar el credo, de darle la vuelta y media a la manivela, de esperar a que el médico asintiese con la cabeza…, *el verdugo español que hoy podemos conocer puede ser más o menos sobrio o más o menos aficionado al vino o al coñac;*

más o menos culto, más o menos ignorante; puede ser gracioso como un andaluz dicharachero, sombrío como un maníaco depresivo o sencillamente natural como un campesino.

De pronto, a través de la puerta cerrada de mi cuarto, oí a mi madre irrumpiendo en el pasillo con esa determinación propia de los días de limpieza que yo no soportaba porque las puertas se abrían y se cerraban sin pausa y con innecesario ímpetu, la escoba golpeaba los zócalos y las patas de los muebles y las camas, y los muebles y las camas, a su vez, eran arrastrados para barrer hasta el más arrinconado de los rincones, el suelo olía a agua caliente con lejía, los armarios, las mesillas de noche, las estanterías, las sillas y las mesas olían a Pronto, y los cristales a limpiacristales, y mi madre incluso cantaba, algo que no solía hacer nunca. Me incorporé en la cama y agucé el oído, ¿qué cantaba?, ¿algo de Camilo Sesto?, imposible leer con tanto ruido, en breve entraría además en mi habitación con la escoba por delante y la gamuza para retirar el polvo de los muebles. Dejé el libro sobre la mesilla de noche, me puse en pie y conecté el estéreo, ¿por qué no lo había hecho antes?, la Electric Light Orchestra enmudecería aquellos ruidos detestables, en el tocadiscos estaba aún el *single This is my Ufe*, reprimí el impulso de arrojarlo a la papelera y lo hundí detrás de los demás vinilos; elegí el reciente *Balance of power*, coloqué la aguja directamente en el segundo corte y permanecí de pie hasta que Jeff Lynne empezó a cantar *So serious*, después seguí leyendo.

Un ruido me expulsó del libro, mi madre se había materializado de la nada en la puerta del cuarto, ¿qué hacía allí?, llevaba la escoba en la mano, pero no ponía cara de haber venido a barrer, simplemente parecía esperar algo.

—¿Qué pasa? —dije.

—Que qué le digo a Sadurní.

—¿Qué le dices de qué?

—¡Ay, Ángel! —se quejó—, ¡que Sadurní está abajo esperando!, ¿que qué le digo?

Cerré el libro y me incorporé, la primera cara del disco de la Electric Light Orchestra había terminado, el reloj despertador marcaba la una y media, ¿qué coño le estaba ocurriendo al tiempo? Salí de la habitación, mi madre suspiró cuando pasé junto a ella y me advirtió de que no le pisara el suelo mojado, así que caminé sobre los pedazos de papel de periódico que ella solía colocar estratégicamente por el piso cuando lo fregaba; llegué al recibidor preguntándome qué querría Sadurní a esas horas, tomé el auricular del interfono.

—Sube —le dije, y apreté el pulsador para abrirle el portal.

—¡Pensaba que tendría que hacer noche aquí abajo! —oí que decía mientras colgaba el auricular en el soporte.

Dejé entornada la puerta y regresé a la habitación de periódico en periódico, mi madre se había metido en el baño a pasar la fregona y me dijo que tan sólo le quedaba por limpiar mi cuarto, pero que ya lo haría en otro momento; guardé *El arte de matar* y los demás libros de Alfonso Duarte en la bolsa y oculté la bolsa detrás de la papelera, ¿por qué los escondía? Me acerqué al estéreo, le di la vuelta al disco y al sonar los primeros compases de *Sorrow about to fall* oí cerrarse la puerta de casa y a continuación la voz festiva de Sadurní gritando *¿hay alguien en casa?;* mi madre asomó la cabeza por la puerta del baño y le gritó a Sadurní que tuviese cuidado con el suelo mojado, *yo* estuve a punto de gritarles por qué coño gritaban, pero me senté en el borde de la cama con el propósito de sobrellevar aquella inesperada visita de la mejor manera posible *y* miré, sin querer mirarlas, las veintiséis *belenes* encaramadas al lateral del mueble.

—Vaya careto que tienes, tío —me saludó Sadurní.

—Cierra la puerta —dije.

La cerró, le dio la vuelta a la silla del escritorio y se sentó frente a mí.

—¿Has estado follándote a Belén toda la noche o qué?

—Qué más quisiera —¿cuánto tiempo llevábamos sin hacerlo?

—Entonces, ¿a quién?

—Es que anoche estuve leyendo hasta las tantas.

—Sí, claro —rio—, y yo rezando.

—En serio —sonreí, ¿por qué le sonreía si lo único que deseaba era decirle que, por una vez en su vida, se callara sus gilipolleces y me escuchara?—, estuve leyendo.

Hasta hacía poco tiempo la presencia de Sadurní en mi casa había sido de lo más natural. A lo largo de los años se había quedado a comer, a cenar e incluso a dormir muchas veces; allí mismo en mi habitación, de niños, habíamos compartido infinidad de tardes al salir del colegio y luego, de adultos, nos habíamos encerrado hora tras hora a escuchar discos, a beber cerveza, a fumar, a masturbarnos y a contarnos las últimas noticias sobre tal o cual chica. ¿Cómo podía haber pasado tantas horas allí con él si en ese momento ya estaba deseando que se marchara? ¿Cómo se saca uno de encima un amigo de la infancia? Me puse de pie, me acuclillé delante del escritorio, tiré de la bolsa de plástico, la dejé sobre el escritorio y me quedé con *El arte de matar*.

—¡Joder, tío, vaya puto libro! —exclamó Sadurní cuando lo dejé

caer en sus manos—, ¿esto es lo que estás leyendo?

—Sí.

—Pero si tú no sabes leer, ¿cómo te vas a leer este tocho?

—Pasando una página detrás de otra —como imbécil no merecía otra respuesta.

—El arte de matar —murmuró, lo hojeó rápidamente y se detuvo en las fotografías de la decapitación en Yemen—. ¡Me cago en la puta, tío!, ¿has visto esto?, ¡joder! —se acercó más el libro a los ojos como si dudara de lo que estaba viendo, se le había dibujado una expresión de horror en la cara—. Pero ¿esto es de verdad o qué?

—Claro.

Su mueca de repugnancia mientras se dedicaba a mirar con atención los detalles más escabrosos de la imagen me mostró a un Sadurní distinto, no se le ocurrió ningún chiste, se había quedado mudo, atrapado por la espada que cae, por la sangre, ¿por qué se asustaba tanto?, sólo se trataba de una simple fotografía, un suceso además remoto, ¿qué haría si hubiese sido él quien hubiera arrojado el cachorro al fuego, si hubiese visto morir a *Rafaela*, si Linares le hubiese agarrado por el cuello y más tarde le hubiese metido el brazo en el garrote?; siempre había creído que Sadurní era mejor que yo en muchos aspectos, por ejemplo con las chicas y en el colegio, me parecía que tenía las ideas más claras y que sabía reaccionar adecuadamente ante los contratiempos, algo que también me sucedía con Félix, pero ¿eran realmente mejores que yo?, Félix quizá sí lo fuera, pero ¿y Sadurní?, ¿lo era?, ¿y si no lo era qué?, ¿significaba eso que yo también estaba capacitado para ir a la universidad?

—Joder, macho, estás como una cabra —cerró el libro y me lo devolvió como si se sacara de encima la mismísima cabeza que aquel verdugo acababa de cortar—. Creía que ya se te había pasado la manía.

¿La manía?, me quedé perplejo, *¡será imbécil!*, el muy capullo metía en el mismo saco los libros de Alfonso Duarte con lo de Joan Pons y mis lecturas posteriores sobre la posible existencia de vida más allá de la muerte, para él era todo lo mismo y encima lo frivolizaba, *la manía*, ¡no había entendido una sola palabra de nada!, ¿y qué podía esperar de él si en su momento ya no le había alcanzado el cerebro más que para inventarse lo de Angelito de la muerte?, ese malnombre con el que resumirlo todo y de paso resumirme a mí y que ahora tendría para Sadurní más sentido que nunca.

—Al final acabarás matando a alguien —volvía a sonreír—. Los

asesinos en serie empiezan leyendo estas cosas y mira cómo acaban.

La manía. Estas cosas. Guardé el libro dentro de la bolsa, había vuelto el Sadurní que todos conocíamos, ¿era posible que fuese tan simple y tan repetitivo? Mientras me sentaba nuevamente en la cama comprendí que Sadurní continuaba hablando como cuando teníamos dieciséis o dieciocho años y nos encerrábamos en mi cuarto o en el suyo a beber cerveza y escuchar discos conforme íbamos trazando planes para el siguiente fin de semana o analizando cómo habían ido esos planes el fin de semana anterior una vez puestos en práctica, *es otro Picoveleta*, se me ocurrió de repente, y casi me eché a reír, le encajaba, todo el día en las nubes; Sadurní no se volvería loco por mil quinientas pesetas escondidas en una lata, pero sí por meter la mano bajo las faldas de una chica más, sería incluso capaz de pegarle al novio y, en su fogosidad, matarlo sin querer, y así terminaría el pobre en el garrote, estúpidamente, como el desgraciado del Picoveleta, y allí sentado las manos de Linares lo partirían en dos como otra ramita seca.

—En fin —suspiró—, vengo a que me felicites.

—Felicidades.

—Vete a la mierda y escucha —otra vez su sonrisa—. He dejado la universidad y estoy saliendo con una tía.

Lo de la universidad me lo contó sucintamente, ya nos había adelantado algo en el bar Los Tres Arcos y no le llevó más de dos minutos decirme que había descubierto que estudiar era una pérdida de tiempo, que sin necesidad de pasarse cinco años haciendo exámenes *como un puto robot* también se podía encontrar un trabajo en el que ganar lo mismo o más que con un título universitario en el bolsillo, *además*, añadió, *luego viene el rollo ese de encontrar un curro que sea de lo mismo que has estudiado*, algo en su opinión tremendamente difícil, casi imposible, pronunció *casi imposible* como si él llevara años intentándolo y hablara por experiencia propia, *a no ser que tengas enchufe*, matizó levantando una mano, *como Félix, por ejemplo, que su padre ya es abogado y lo va a meter a trabajar con él, y* para reforzar su teoría me detalló el sueldo de dos primos suyos, yo conocía a uno de ellos porque había coincidido conmigo en el Gabriel Torrents Camprubí, que trabajaban de lampistas por cuenta propia y *se sacan una pasta que ya le gustaría al padre de Félix con su carrera de Derecho y todo;* no estaba diciendo nada que yo no le hubiese dicho a él y a Félix en multitud de ocasiones, pero en boca de Sadurní sonaba distinto, como a excusa o a reproche, quizá era así como había sonado siempre en la mía, ¿de verdad yo lo decía en serio que trabajar en el taller metalúrgico o tras la barra del Frankfurt Olimpic o de peón albañil era mejor que estudiar una carrera?; *en eso pienso como tú*,

me dijo, *¡cuánta razón tenías cuando nos decías que estábamos perdiendo el tiempo!;* asentí por hacer algo y le vi vulnerable, un crío dinamitando la última posibilidad de abandonar su vida pequeña, *me parece que te equivocas*, le repliqué, *ahora me parece mucho más importante estudiar*, pero él ya no me escuchaba, se hallaba en otra dimensión, *si estudio no le podré pagar las copas a la tía buena con la que estoy saliendo*, bromeó, y se lanzó a describírmela como solía él describir a las chicas, o sea, también resumiéndolas, su aspecto físico y sus habilidades sexuales, reduciéndolas a si eran recatadas o desinhibidas, él decía *estrechas* o *guarras*, y entonces fui yo quien dejé de escucharle a él, ya le había oído docenas de veces decir cada una de esas palabras, las seguía ordenando del mismo modo y poniendo énfasis en las mismas sílabas de siempre. Traté de concentrarme en la música y dejar que la voz de Jeff Lynne me acompañara en aquel trance, sonaba *Endless lies*, la penúltima canción del disco, *you keep saying it's gonna change, but every time it comes back again*, ¿qué coño querría decir eso?, ¿alguien que prometía cambios y no cumplía las promesas?, *it's a merry-go-round*, ¡de qué poco me había servido un año en la academia de idiomas Oxford!, ¡de qué poco me había servido todo! La canción terminó más o menos al cabo de dos minutos, comenzó la siguiente y Sadurní seguía todavía dándole vueltas a su nueva chica, me estaba contando cómo se la había tirado en casa de ella mientras sus padres cenaban en el comedor, me ilustró al detalle lo que habían hecho y cómo, ¿en serio creía que seguía interesándome toda esa parafernalia?, se parecía a Belén volcándome encima sus trivialidades del instituto, ¿se habían vuelto todos monótonos de golpe?, *podríais salir con nosotros esta noche y os presento a Lucía*, oí que me proponía, me pareció que era la primera vez que pronunciaba su nombre, hasta ese momento había sido *la colega, la tía, la cabrona*, un resumen, el disco llegó a su fin y sentí que el silencio me dejaba a la intemperie, *ella y yo vamos a ir al Cul de Sac y luego a Casino*, prosiguió Sadurní, *venga, anímate, yo me encargo de llamar a Félix*, no podía ni imaginarse lo espantosa que me resultaba la idea, a mí esa noche me esperaba el documental, no tenía ninguna intención de salir a ninguna parte a hacer el cretino y perder el tiempo, *hoy no puedo*, le dije levantándome a cambiar el disco, *esta noche casi no he dormido y estoy hecho polvo*, esbozó una mueca, iba a decirme que era un aguafiestas, *venga, macho, no seas aguafiestas, que una vez que salgas ya se te pasa la tontería*. Dejé el disco en la estantería y tiré de otro. *La manía. Estas cosas. La tontería*. Insistió en montar la juerga nocturna y yo insistí en que no me apetecía, contraatacó preguntándome con sorna si Belén accedería a quedarse en casa un sábado por la noche, y yo le

respondí que ya habíamos quedado en no salir, *pero ¿qué pasa?*, preguntó con incredulidad, *¿que te vas a pasar otra noche aquí leyendo o qué?*, era su último ataque, *probablemente*, le contesté ajustando la aguja al inicio del disco, empezó a sonar *Shine a little love*. Sadurní se levantó y arrastró la silla hasta el escritorio, *¿cuándo vas a dejar de escuchar a esos horteras de la Electric Light Orchestra?*, sonrió, solía decírmelo de vez en cuando y yo acostumbraba a responderle que lo haría el mismo día en que él dejara de escuchar a los sobrevalorados Queen, una de esas bromas que se enquistan y se repiten hasta la saciedad, como lo de Angelito de la muerte o lo de *espabila, Ángel, que te van a cerrar el cielo*, una forma de mantener la ilusión de que la vida no cambia; para Sadurní preguntar una y otra vez *cuándo vas a dejar de escuchar a esos horteras de la Electric Light Orchestra* significaba seguir siendo quien siempre había sido, le daba seguridad, pero lo cierto era que vivía en un puto tiovivo, un círculo cerrado en el que no resultaba posible avanzar, como cuando yo le contestaba lo de Queen y sin saberlo me encerraba a dar vueltas con él. Me volví, lo miré a los ojos y le dije *cuando tú dejes de escuchar a los sobrevalorados Queen*, Sadurní sonrió y yo también, había querido responderle eso por última vez, echarlo fuera de mí y ser consciente del momento exacto, delimitar la frontera y así recordarlo un día: allí se acabó, fue ese día, fue mi amigo.

A las nueve y media salí de mi cuarto con la intención de ir a cenar al Frankfurt Olímpic, no quería apretujarme otra vez en la cocina con mis padres, no lo soportaría. Había tenido suficiente con hacerlo a mediodía, cuando nos comimos las patatas fritas con salchichas sin levantar apenas la cabeza, como si estuviésemos los tres creando una obra de arte con los cubiertos y la comida; si no llega a ser por mi madre, que se entregó con efusividad a comentarnos algunos chismorreos del vecindario, ni siquiera nos habríamos dirigido la palabra; mi padre no trajo ninguna novedad del ladrillar o simplemente no quiso mencionarla, a lo mejor era su forma de castigar el modo en que yo prescindía de él y de los demás, y ya no quise preguntarle nada, aborrecía el tono resignado que se había apoderado de él y tampoco quería que empezara de nuevo con eso de que don Ramiro andaba buscándome trabajo, y del reproductor de vídeo tampoco comentó nada, supuse que mi madre ya lo habría puesto al corriente. Descendí por Daoíz y Velarde dándole la cara a la brisa nocturna y luego por Santiago Rusiñol y llegué al Frankfurt Olímpic apenas diez minutos después de haber salido de casa, andar me había despejado.

Las diez mesas estaban ocupadas, como solía suceder los sábados por la noche entre las nueve y las once, las voces y el entrechocar de vasos y platos y la música que surgía de los altavoces me golpeó como si hubiese entrado en un túnel de ruido, ¿cómo había podido soportarlo cuando trabajaba allí?; saludé a algún conocido del barrio y me senté en la barra. Pedí una hamburguesa con cebolla y una mediana a Massana, el camarero a quien conocía desde que trabajamos juntos allí, y estuvimos un rato charlando mientras me contaba que esa misma mañana le había prestado el coche a su novia para que fuera a comprarse ropa y *la molt pàmfila* lo había estampado contra la cabina telefónica que había en la esquina del paseo Nadal con la calle Dalt, *qué putada*, le dije, por decir algo, *es que se sacó el carné la semana pasada*, explicó, *qué hifarem!*, y ahí empezó a detallarme cada golpe, cada arañazo y cada avería de su Renault 5 como si yo fuese el mecánico que había venido a hacerse cargo de las reparaciones, su voz mezclando palabras en catalán y castellano era como el hilo musical en la consulta del dentista, parachoques, circuito del radiador, *roda davantera esquerra*, capó, y de ahí saltó a su novia sin cambiar de tono, como si ella fuese una pieza más del coche, y me inventarió de arriba abajo todas sus lesiones, *cervicals*, rótula, clavícula fisurada contra el cinturón de seguridad, *amb les ties ja se sap*, se resignó, *mujer al volante peligro constante*, y yo mastiqué a toda prisa la hamburguesa con cebolla para terminar lo antes posible y escaparme de aquella pesadez de monólogo, *¿y tú qué?*, me preguntó, *¿todavía sales con esa tía?*; me llevé la botella de cerveza a los labios y bebí, ese *todavía* resumía mi infierno con Belén, incluso Massana se había dado cuenta desde el principio de que la nuestra era una relación abocada al fracaso, ¿por qué, si no, habría dicho *todavía*?; *no*, respondí, *ya no salimos*, mastiqué el último trozo de hamburguesa y aparté la mirada de Massana, me había asustado mi propia respuesta y no quería que él lo notase, ¿ya no salíamos?, ¿ya habíamos terminado?, *vete a la mierda, Belén*, ¿así habíamos puesto fin a lo que habíamos compartido?, ¿con un par de insultos gritados en un recibidor?, *¡y también eres un cabrón por haberme engañado con eso de la canción!*, quizá no habíamos compartido nada en realidad y por esa razón había resultado tan fácil romperlo, o quizá aún no habíamos roto nada y Belén sólo estaría cabreada conmigo, ya nos había sucedido otras veces, ¿cómo coño se me había ocurrido decirle a su madre que me la pegaba con Rubén?, últimamente era abrir la boca y joderla. Massana se inclinó sobre la barra y me dio unas palmadas en el hombro, *ben fet, col·lega!*, me felicitó, *a las novias hay que saber dejarlas a tiempo*, y soltó una parrafada sobre las mujeres que cualquiera diría que tenía tan sólo veintitrés años y que como

mucho había salido con tres o cuatro chicas, *es mejor largarlas antes de que te hagan puré,* puntualizó con una mueca de sabiduría y dándose aires, cuando yo sabía, porque él me lo había confesado, que eran esas tres o cuatro chicas las que habían terminado dejándolo a él y no a la inversa, el pobre estaba convencido de que pesaba sobre él una maldición. Saqué un billete de mil pesetas de la billetera y le pedí la cuenta, pero él empezó a contarme el caso del hermano de un vecino de un amigo suyo que se había suicidado porque su novia le hacía la vida imposible, *és que les ties són l'hòstia, col·lega*, añadió, *te pueden volver loco,* se llevó el dedo a la sien, *pero también te digo una cosa, eh, si alguna tía espera que yo me corte las venas por ella lo tiene claro,* sacudió la cabeza, *suïcidar-se!, quins collons!, ¿a quién se le ocurre?*, los clientes le iban pidiendo desde las mesas o acercándose a la barra las suficientes cosas como para que se olvidara de mí o me cobrase de una vez por todas, pero al tío no había quien lo distrajera, parecía un malabarista sirviendo bebidas y preparando cafés y recogiendo los pedidos de la cocina casi sin dejar de mirarme, ¿ya era tan pesado cuando trabajaba con él?, *no seré yo el idiota que se suicide por una, Ángel, això sí que no, la mare que em va parir!* Agité el billete de mil pesetas frente a él y por fin logré que me cobrara.

Salí del bar alrededor de las once, ¡joder, cómo largaba el Massana de los huevos!, decidí dar un rodeo para no llegar a casa tan temprano, mi madre estaría ya probablemente acostada, pero mi padre solía permanecer en el sofá hasta medianoche. Crucé la calle Terriser, ascendí el último tramo de la rambla Marquesa de Castellbell y desemboqué en la carretera Laurea Miró, corría una brisa agradable y había un gran movimiento de coches; doblé a la izquierda y avancé por la acera temiendo que algún conocido fuese al volante de uno de ellos y me viese caminar por allí solo, aquella acera no era un lugar habitual de paso, no la utilizaba casi nadie porque se hallaba donde terminaban las casas y edificios de la ciudad y prácticamente no te llevaba a ninguna parte, a no ser que tuvieras la intención de ir a pie hasta Sant Just Desvern o, como yo, necesitaras dar un rodeo. Al llegar al último semáforo, donde la carretera Laurea Miró se convertía, como en el otro extremo de la ciudad, en la carretera 340, doblé a la izquierda y subí la cuesta de General Manso; a mi derecha se levantaba contra el cielo negro la solemne estructura de los laboratorios Hoesch Ibérica que tanto me había impresionado de niño con su puerta de entrada controlada por cámaras y vigilantes con uniforme, con sus alambradas y sus sólidos edificios de ventanas con cristales tintados, con sus tuberías reptando por el suelo y por los muros y sus ruidos lejanos de maquinaria, sus escapes de humo por sumideros y ventiladores, y

con sus hombres y mujeres vestidos completamente de blanco y con gorros de cirujano entrando y saliendo por tantas puertas y tantos accesos restringidos…, un territorio prohibido. Una cárcel. Me detuve y observé el silencio que envolvía los laboratorios a esa hora. *Una cárcel*, murmuré. Allí estaba la entrada con sus controles y sus guardias de seguridad; en aquellas ventanas tan altas, los camastros donde dormían algunos funcionarios y de vez en cuando los verdugos; a la izquierda, justo donde terminaba aquel entramado de gruesas tuberías, la capilla donde se encerraba al reo unas horas antes de la ejecución; y allí detrás, al amparo de los grandes contenedores de basura, el cuartucho donde esperaba, agazapado en las sombras, el garrote vil, ¡agazapado en las sombras, qué gilipollez! Me metí las manos en los bolsillos de los téjanos y encaré el repecho más pronunciado de General Manso, quizá en el documental aparecerían Linares o su padre hablando de sus experiencias, y tal vez mostraran alguna ejecución en directo; si existían fotos, ¿por qué no una filmación?

Llegué a casa a las once y media y, como era de esperar, encontré a mi padre adormilado en el sofá con el televisor encendido, dejé caer las llaves en el mueble del comedor con más fuerza de lo normal y el golpe metálico lo despertó; buscó el origen del ruido guiñando los ojos, aturdido por el sueño, y al verme emitió un gruñido, le dije *hola* en voz alta para que mi voz terminase de espabilarlo y cayera en la cuenta de lo tarde que era y se acostara, pero simplemente se incorporó un poco, buscó en la mesilla el paquete de Rex y se puso a fumar con la mirada fija en el televisor.

Me fui a mi cuarto a esperar, cogí del interior de la bolsa de plástico *Lo que nunca se ha escrito y* me senté en la cama a hojearlo, *el verdugo, lleno de decisión, le cogió la cabeza y la empujó hacia el palo, al propio tiempo cerró la media argolla, y sin dar tiempo a nada más, con rapidez y fuerza dio dos vueltas al manubrio dispuesto detrás*, retrocedí unas páginas y leí que se trataba de la ejecución de una tal Petra, una sirvienta de veintiséis años que había asesinado a su señora envenenándola con matahormigas y más adelante lo había intentado con otras tres mujeres que salvaron la vida en el último momento; volví al punto donde había dejado de leer, *el último grito de Petra quedó cortado y se confundió con el terrible crujido de huesos y carnes. La cara hinchada y desfigurada desapareció de la vista de todos, pues la cabeza se dobló y cayó sobre el pecho al faltarle absolutamente cuanto la soportaba*. Cerré el libro, me acerqué a la puerta, la abrí unos centímetros y escuché, aún se oía el rumor del televisor, regresé a la cama, me pasé el libro de una mano a otra. Al cabo de unos minutos me levanté de nuevo, fui a un extremo de la

habitación y de allí me fui en diagonal al otro, me detuve frente a mi colección de paquetes de cigarrillos, ¿por qué coño los coleccionaba? Empecé a arrancarlos de la pared, lentamente, y mientras lo hacía me vinieron ganas de volver la habitación del revés, desplazar la cama a otra parte, colocar el escritorio junto a la ventana, deshacerme de las fotografías de Kim Basinger, del Che Guevara, ¿qué narices sabía yo del Che Guevara?, y de la de Bruce Lee, y también tirar a la basura esa tontería del toro de trapo *donde esté una buena corrida que se quite el fútbol…, y los toros*, incluso podría mover el estéreo; en cuanto arranqué el último paquete de cigarrillos, el John Player Special, que había dejado a propósito para el final porque era uno de mis preferidos, los arrojé todos a la papelera y al hacerlo me sentí extrañamente vacío y extrañamente aliviado, el dormitorio parecía así más grande. Me asomé de nuevo al pasillo, el televisor seguía encendido y temí que mi padre se hubiese vuelto a dormir.

Salí al comedor, mi padre, efectivamente, tenía la cabeza caída sobre el pecho y roncaba, un agarrotado en sus últimos estertores, carraspeé junto a él y, al ver que se despertaba, caminé hacia la cocina, abrí la nevera y bebí agua sin sed; oí que se levantaba y permanecí inmóvil con la botella en la mano, *buenas noches*, le oí murmurar sin énfasis, como si no quisiera decirlo pero no hubiese podido evitarlo, *buenas noches*, le respondí desde la cocina, y guardé la botella de agua en la nevera.

Las letras rojas, *Queridísimos verdugos*, surgieron en la pantalla mientras sonaba música como de iglesia y mostraban muy de cerca un carné de identidad, *Antonio López Guerra*, leí, y enseguida vi lo que ya había visto esa misma mañana al probar el reproductor de vídeo, y luego aparecieron el tal Vicente López y más adelante Bernardo Sánchez, que decía *la vida, realmente, no es digna de vivirla, son momentos muy graves, difíciles, tan graves son que yo, siendo el ejecutor de sentencias, el decano de ellos, hoy, envidio el que traspasa los umbrales de la eternidad, dichoso el que se marcha y desgraciado el que queda, porque esto es un valle de lágrimas, en esta vida nadie es dichoso…*, decía aquello muy serio, con un palillo en la boca, y más adelante matizaba *oficialmente es ejecutor de sentencias, antiguamente lo llamaban verdugo, pero no señor, hoy es ejecutor de sentencias*, parecía el mismísimo Linares acusándome de hablar sin propiedad. Pronto comprendí que el documental giraba por el momento en torno a esos tres verdugos, y que combinaban sus palabras con fotografías y dibujos de asesinatos y ejecuciones, crónicas de algunos crímenes narradas por testigos o por la voz del documental y titulares de algunos periódicos entre los que identifiqué los colores blanco y negro y rojo de *El Caso*; una de las fotografías que

mostraron fue la del chino agarrotado de rodillas que yo ya había visto en el libro *El arte de matar*, al parecer era de la época en que el garrote aún no se había mecanizado y se llevaba a cabo en China con una cuerda de esparto o de seda, según la categoría del reo.

Me di cuenta de que me había quedado de pie junto a la mesilla del café, con los dos mandos a distancia en la mano. Reculé tres pasos sin apartar los ojos del televisor y me senté en el sofá mientras Vicente y Antonio charlaban sentados en una bodega o en algo parecido a un sótano y de improviso Vicente se levantaba, agarraba un palo largo que había allí, una especie de caña, y lo colocaba tieso detrás de un taburete, *el aparato va puesto aquí*, y daba explicaciones de cómo colocar el garrote, … *ya se sabe que si, por ejemplo, la altura que tenga el reo, pues, ya se sabe poco más o menos, eh, si hay que subirlo o hay que bajarlo, y* ahí lo interrumpía Antonio, *bueno, ahora vamos a hacer la representación*, le guiñaba el ojo a la cámara con complicidad, se acercaba a su compañero, lo hacía sentar en el taburete, le echaba la cabeza hacia atrás, simulaba cerrarle la argolla alrededor de su cuello, se situaba detrás y le daba a la manivela, y Vicente detallaba entonces el final de la ejecución, *el esto de la manivela solamente es media vuelta, con media vuelta se le echa el trinquete atrás, eh, se le echa el trinquete atrás, y ya se puede uno ir tranquilamente que eso ya queda hecho, y* se levantaba con un gesto rutinario, como si tan sólo acabara de explicar cómo cubrir una grieta en la pared con cemento rápido; se sucedieron más crónicas de crímenes narradas por la voz del documental y enriquecidas por el testimonio directo de los tres verdugos que las realizaron, algo de historia, las palabras escritas por el rey Fernando VII, *y vengo en abolir para siempre, en todos mis dominios, la pena de muerte en horca, mandando que en adelante se ejecute en garrote vil*, ¿en qué mierda de año reinaría ese Fernando VII?, surgió entonces un dibujo donde se amontonaban rostros contrahechos y semihumanos, *¿por qué habrá de suscitar una imagen tan siniestra la palabra verdugo?*, preguntaba la voz, *¿qué carga mágica de deshonras y asco suscitan estos sacerdotes del patíbulo?, no* me pareció que eso de siniestro, deshonras y asco tuviese nada que ver con Linares ni tampoco con Bernardo Sánchez diciendo con expresión desolada *la primera muchacha que ejecuté era prima de mi señora, fíjese usted…, fue mi primera ejecución, y era prima de mi señora, fíjese usted cómo actué yo en aquella época*, se le apagaba la voz y se le perdía la mirada, *yo no puedo distinguir a nadie, a mí me dictan sentencia y mi obligación es ejecutar, para eso me pagan*; apareció entonces una imagen que reconocí en el acto, las fotografías de una ejecución en el patio de una cárcel que había en la cubierta de uno de los libros de Sueiro, el reo era un tal Angiolillo, *le correspondió oficiar la*

ejecución al entonces famoso verdugo de Burgos Gregorio Mayoral, decía la voz, *el cine no había llegado todavía, pero las oportunas fotografías pudieron documentar y testimoniarnos, por vez primera, la intimidad de una muerte legal*.

Noté un acceso de calor, me sudaban las manos, solté los mandos a distancia sobre la mesilla y me levanté a abrir la puerta del balcón, me dolían todos los huesos de la espalda, del cuello. Me senté de nuevo, más crímenes, más crónicas, Linares o su padre seguían sin aparecer, más testimonios de funcionarios de prisiones y de médicos, ¿es que nadie había filmado una puñetera ejecución?, ya no deseaba ver otra cosa, necesitaba ver lo que me contaban, necesitaba ver el garrote en funcionamiento, no en una secuencia fotográfica o apresando mi brazo, sino apresando un cuello de verdad, un reo de verdad, cualquiera de aquellos asesinos que mostraban en el documental. Entonces, de pronto, filmado a través de una reja, apareció el garrote montado ya en el palo y con la silla dispuesta, *ahora*, me dije, y me incliné hacia delante, el garrote estaba levantado en una especie de patio o sótano y se entreveía a un guardia fumando alrededor del aparato, la imagen se movía un poco, como si el que filmaba no tuviese permiso para hacerlo y se hubiese ocultado por su cuenta y riesgo en aquel rincón tras la reja; la imagen se cortaba bruscamente y mostraban a un hombre con aspecto de anfibio sentado en su despacho, al parecer era el psiquiatra que había oficiado de médico en aquella ejecución, que recordaba algunos detalles, algo sobre el reo, *tuvo que firmar su sentencia de muerte, y él dijo «mañana a estas horas estaré jugando a los bolos con los angelitos»*, el médico hablaba con abatimiento, cabizbajo, *no se sabía qué decir, porque la situación ante un hombre que se encuentra en este trance no se le puede animar, es curiosísimo la falta de ánimo que, aun en un psiquiatra psicoterapeuta como soy yo, que más o menos siempre tienes trucos, ésta es la verdad, pues se encuentra uno completamente desarmado para poder animar a aquel hombre aniñado, infantiloide, en las mismas expresiones de jugar a los bolos con los angelitos, pues no eran las propias de un hombre que va a morir*, durante unos segundos el documental regresó a las imágenes deficientes y mostraron el ataúd en el que habrían de colocar al reo una vez ejecutado, luego enfocaron de nuevo el garrote a través de la reja, dos o tres guardias dando vueltas alrededor de él, esperando, había un cojín sobre la silla, o una manta doblada, *todo el mundo tenía unos grandes deseos de que lo indultaran*, continuaba de fondo la voz del psiquiatra, *de que aquello no llegara a verificarse…, pasaron las horas, creo que tomó un café, o dos cafés…, y amaneció*, era el momento, los guardias iban y venían, ¿por dónde traerían al reo?, *e insisto en la docilidad, este hombre no opuso la*

menor resistencia, este hombre rezó, iba acompañado del sacerdote, había unas escaleras más allá del garrote y por ellas bajó en ese momento un grupo de personas, la imagen se emborronó ligeramente, *y acompañado de un señor que le tenía por un brazo y esposado bajó una por una todas las escaleras…*, la imagen recuperó la nitidez y vi al reo entre los dos o tres guardias que lo conducían al garrote, llevaba un pañuelo negro en la cabeza,… *se sentó en la silla, le ataron, tenía las esposas puestas, le ataron también las piernas*, pero al instante ya no se veía nada, la imagen era horrible, ¿quién coño habría filmado tan mal?, adiviné la sombra oscura del pañuelo, el hombro de un guardia, el palo…, en la pantalla apareció una vez más el psiquiatra, *ya entonces el verdugo, que está situado detrás de él*, el psiquiatra se levantó, se colocó detrás del sillón e imitó el gesto último del verdugo, *aprieta el manubrio, aprieta con gran rapidez, sobre todo, una vuelta rápida al manubrio, el reo entonces se contrajo totalmente, contrajo las piernas, y dando entonces un gran salto, a pesar de todas las ligaduras, de la fuerza que hizo una de las zapatillas quedó por un lado, y él quedó sujeto por el corbatín, el cuello se iba reduciendo, la reducción, yo no recuerdo cuánto era, pero era francamente impresionante…*, se lo veía afectado al psiquiatra mientras contaba cómo había tenido que acercarse al reo a tomarle el pulso y la impresión que le había causado la conducta del ejecutor de sentencias Antonio López una vez hecho su trabajo, *el verdugo estaba detrás de él*, dijo refiriéndose al reo, *le miraba de cuando en cuando, y había adoptado una actitud como la que adoptaba Manolete en el pase del desprecio, yo soy aficionado a los toros y la recuerdo, es decir, no mirar al reo, no mirar en este caso al toro, sino pues mirar así…*, el psiquiatra volvió la cabeza a la izquierda, alzó la barbilla y curvó hacia abajo la boca en un claro gesto de desdén, *y como brindándonos un poco, ésta es mi impresión, eh, como brindándonos un poco lo que allí estaba sucediendo*, aparecieron de nuevo Antonio y Vicente en el sótano de aquella taberna, Antonio daba su versión de los hechos, *lo maté yo*, dijo, y me di cuenta de que hablaba como hablábamos nosotros en Casino después de haber bebido, *ahora*, farfulló, *también se comportó muy bien, cuando fue a la hora de la verdad iba muerto…*, y de nuevo surgió el psiquiatra sentado en su despacho saturado de objetos y libros, como el de Alfonso Duarte, *todo esto se va borrando poco apoco, gracias a dios*, concluyó, *pero hay algo que a mí no se me ha borrado nunca, ni creo que se me borrará mientras viva, y es la sensación de conducirle al patíbulo todo el grupo que le conducíamos, que al fin y al cabo representábamos a la sociedad, toda la sociedad que llevábamos a un hombre, en aquel momento completamente inerte, a la muerte*, ¿dónde había leído yo eso?, *entonces, yo sinceramente, se lo digo, yo como*

persona, como persona libre, me sentí manchado, me sentí sucio, sucio por dentro, entonces me pareció que los demás también lo estaban, que los demás estaban tan sucios como estaba yo, puesto que éramos los mismos representantes de la sociedad, puesto que éramos los mismos ejecutores…, no el verdugo, no en sí el verdugo, sino nosotros éramos todos, nosotros mismos éramos los verdugos, y que el único limpio, la única persona pura, en aquel momento, era el reo.

Atrapé de un manotazo el mando a distancia del vídeo, rebobiné y detuve la cinta justo cuando aparecía en la pantalla, a través de la reja, el garrote montado en aquel patio o sótano, y contemplé de nuevo la secuencia hasta que se volvía borrosa, y en esa borrosidad intenté ver lo que no se veía: las manos del verdugo afianzándose en la manivela, el cuello del reo en el momento de ser aplastado, *tronchao*, como habría dicho Linares…, y al no entrever nada rebobiné otra vez, pulsé *play*, me levanté y, con la cara pegada a la pantalla por si se trataba de un problema mío de falta de concentración, observé nuevamente toda la secuencia; no cambió nada, ¡el gilipollas que había filmado aquello lo había hecho con el culo! Regresé al sofá mientras escuchaba una vez más al psiquiatra, ¿por qué ponía esa cara de pena?, él, al menos, había estado allí, se le había concedido la oportunidad, ¿de qué coño se quejaba?, ¡era yo el que tenía que conformarse con esa mierda de documental en el que ni siquiera eran capaces de mostrar como dios manda una ejecución!; dejé el mando a distancia en la mesilla y me recosté en el sofá, el documental siguió su curso, llevaba poco más de una hora, aparecieron los tres verdugos encontrándose en alguna parte, comiendo juntos y luego posando para el cámara como si fuesen turistas, *más responsabilidad tiene el que dicta sentencia que no el que ejecuta*, parecía la voz del tal Bernardo, y acto seguido la de Antonio, *éste es un oficio como otro cualquiera*, decía ya visiblemente borracho en aquel sótano o taberna, casi sin poder articular las palabras, *éste es un oficio que lo puede desempeñar cualquiera que tenga corazón, y que le eche valor, para poder comer, porque la vida está cada día más peor*, las imágenes se sucedieron una tras otra y esperé en vano otra ejecución, esperé en vano a Linares y a su padre o a que se contara algo sobre ellos. Al final surgieron las letras que marcaban el punto y final, *guión y dirección: Basilio Martín Patino*, la pantalla se llenó de interferencias como cuando se desintonizaba o estropeaba un canal y me quedé mirándolas fijamente, parecían bichos correteando a toda prisa, siseaban monótonamente; pulsé *stop* y retiré la cinta del reproductor.

Camino de mi habitación, en la penumbra del pasillo, reduje de pronto el paso, casi me detuve, junté las muñecas, *y acompañado de un señor que le tenía por un brazo y esposado bajó una por una todas*

las escaleras…, forcé un traspiés y compuse un gesto de abatimiento; entré en el baño, el cuartucho de un sótano cualquiera, clavé los ojos en el retrete, *se sentó en la silla*, me dejé caer en él y me eché hacia atrás porque me estaban pasando una cuerda por el pecho, *le ataron*, mantuve las manos juntas, *tenía las esposas puestas, le ataron también las piernas*, eché los pies atrás, las punteras de los zapatos clavadas al suelo, y ya entonces las manos del verdugo, de Antonio, me cogían suavemente de la barbilla y me obligaban a introducir el cuello dentro del garrote, noté en la nuca el frío del hierro, de la argolla, la solidez del palo, cerré los ojos porque Antonio acababa de cubrirme la cara con un paño negro, los testigos de la ejecución respiraban nerviosamente, los oía con toda claridad, *creo en Dios Padre Todopoderoso*, empezó a rezar Antonio o Tancredo Linares, *creador del cielo y de la tierra*, o el propio Linares, y supe que en cuanto dijera *Hijo* comenzaría el dolor, *creo en Jesucristo, su único Hijo*, abrí la boca y dejé de respirar, *el cuello se iba reduciendo, la reducción, yo no recuerdo cuánto era, pero era francamente impresionante*, dejé caer la cabeza a un lado y el psiquiatra se acercó con su cara de pena a certificar mi muerte.

Me levanté y me fui a mi cuarto, me saqué la ropa de encima y la arrojé de mala manera sobre la silla del escritorio, uno de los calcetines cayó al suelo, muy cerca del lugar donde habían caído los restos del libro de escolaridad, y me quedé mirándolo sin tener ninguna intención de acercarme a recogerlo. Me tumbé en la cama y apagué la luz, ni siquiera me sentía con fuerzas para leer, los números rojos del despertador brillaban, las dos y siete minutos; cerré los ojos, pero los párpados volvieron a abrirse como impulsados por resortes, *no podré dormir*, me dije, y la voz de Sadurní resonó en la oscuridad, *venga, tío, no seas aguafiestas, que una vez que salgas ya se te pasa la tontería*, ¡no era una tontería, joder!, entonces, ¿qué era?, todos esos asesinatos, todos esos chicos ejecutados, *a mí me dictan sentencia y mi obligación es ejecutar, para eso me pagan*, el garrote quebrando huesos, *éste es un oficio que lo puede desempeñar cualquiera que tenga corazón, y que le eche valor…*, los números rojos del despertador concedieron otro minuto, las dos y ocho, notaba el silencio cayendo a plomo sobre la cama, aplastándome, ¡menuda mierda! Encendí la lámpara de la mesilla y miré las veintiséis *belenes*, ¡me ahogaban tantas letras!, *¡arráncalas!*, me provoqué, *¡arráncalas, písalas, quémalas!*, me forcé a apartar los ojos, *¡entierra sus putas cenizas en la basura!*, agarré la sábana con fuerza, dos puños, ¿qué coño me pasaba?, ¿por qué no lo hacía?, *si arranco su nombre ya no habrá marcha atrás*, me dije, *será el fin*, ¿el fin?, ¡qué fin, hombre!, ¡el fin fue cuando Belén se folló al pijo de los huevos!, ¡ése fue el fin!, y lo que vino después no tendría que

haberse dado nunca, *lo he hecho con Rubén*, ése era el instante en que debería haberla mandado a la mierda en vez de salir a la calle a llorar como un niñato y luego rebajarme y humillarme a seguirla como un perrito faldero, *me faltó el valor*, asumí, el valor que sí tuvo Linares para prescindir de Rafaela en cuanto ella le dio a elegir, él no había renunciado a sus convicciones ni se había dejado avasallar, en cambio yo..., *no vuelvas a hacérmelo*, tan sólo una súplica, ¿se podía caer más bajo? Apagué la lámpara para espantar el acoso de las *belenes*, cayó otro minuto en el despertador, las dos y diez, Casino vibraría en ese momento en su plenitud, la mejor hora de la noche, y Sadurní y su nueva chica estarían allí bailando y bebiendo y no en la cama lamentándose de sus desgracias, ¿iba a renunciar a divertirme sólo porque Belén no me acompañaba?, ¿y si ella había quedado con el pijo y estaba divirtiéndose con él sin tenerme ya en cuenta?

—A tomar por el culo —aparté la sábana y me puse en pie.

Las luces multicolores que giraban en el interior de Casino y el retumbar de la música barrieron de mí todo rastro de oscuridad y silencio y me llenaron de una extraña calma, ese ambiente sí formaba parte de mi vida, aquello sí tenía sentido y me reconciliaba con el mundo, además sonaba la espléndida *Orient Express*, de Wish Key, una canción que había estado a punto de ocupar el sitio de *This is my life*. Me entregué a las caras conocidas que flotaban entre los fogonazos de luz y las fui saludando de pasada, sonriéndoles, estrechando manos que venían hacia mí y besando mejillas que se me ofrecían, mezclándome, convirtiéndome en una cara flotante más, *estoy aquí*, me dieron ganas de gritarles a todos, *he venido a empezar de cero*; me dirigí a la barra y antes de alcanzarla entreví a Sadurní y a la que supuse sería Lucía besándose en uno de los reservados del fondo, me acerqué a ellos.

—¡Ojo con este que siempre busca lo mismo! —les grité.

Se volvieron, Sadurní se cagó en la madre que me parió y me presentó ante Lucía como el Angelito de la muerte, esa broma que le hacía a todas sus nuevas novias desde que la primera de ellas, una tal Vanesa, le dijo que era *particularmente gracioso*; traté de pasarlo por alto porque había venido a divertirme, pero ¿acaso no llevaba razón?, ¿habría sido Sadurní el único en intuir desde el principio mi parte oscura, ese montón de ratas? Lucía sonrió por compromiso mientras Sadurní la ponía al corriente de la decoración de mi cuarto, de mis lecturas sobre decapitaciones y temas raros y la prevenía del coñazo filosófico que yo le soltaría en breve en torno a una abeja y un charco. Nos fuimos a la barra a beber, y al

llevarme a los labios el primer vodka con limón tomaron cuerpo frente a mí Antonio y Vicente bebiéndose sus incontables vasos de vino en aquel sótano, casi no distinguía a Sadurní entre ellos dos, sí a Lucía, en quien me fijé expresamente porque no era la típica chica de las que solía encapricharse Sadurní, él la había definido en mi habitación como *tía buena*, pero a mí me parecía más bien del montón. En apenas una hora me bebí tres vodkas con limón y eché en falta algo más consistente en el estómago que la hamburguesa con cebolla que había cenado en el Frankfurt Olímpic; Sadurní había monopolizado la conversación desde su primer *gin-tonic* y no había dejado de contar anécdotas sobre nuestra infancia y otras que ilustraban lo buenos amigos que éramos y la cantidad de experiencias que habíamos compartido, más de lo mismo, su exhibición marca de la casa que Lucía toleró al principio riéndole algunos recuerdos, y que terminó escuchándolo con una sonrisa congelada, la expresión de aburrimiento más rotunda que yo le había visto poner nunca a una novia de Sadurní.

—Eres un pesado, tío —lo interrumpí—, siempre cuentas las mismas tonterías.

Se quedó con la boca abierta y luego estalló en una larga carcajada; cuando dejó de reír se disculpó con Lucía y la invitó a bailar. Rehusé acompañarlos y me quedé en la barra, los vi llegar al centro de la pista, mezclarse con la gente y agitarse al ritmo de *Easy lady*, ¡qué patoso era realmente Sadurní bailando!, se movía con aspavientos y a destiempo, como si estuviese escuchando canciones distintas a las que oían los demás, un guiñapo al lado de Lucía, quien sí bailaba con fluidez y buen gusto, igual que Belén, que se movía como si su cuerpo hubiera sido concebido para armonizar de manera natural con la música, *ahora también estará bailando en alguna parte*, supuse, no la hacía en la cama durmiendo ni mucho menos compadeciéndose, ella tendría claro que lo nuestro había terminado y no le habría dado tantas vueltas, se habría vestido y maquillado a conciencia y habría salido a pasárselo bien con el pijo o con sus amigas o sola, ¿y por qué no iba a hacerlo?, ¡si era yo quien le había abierto la puerta!, *vete a la mierda, Belén*, ¿adonde habría ido?, ¿y si había decidido venirse a Casino como yo?, me puse a buscarla por los reservados, por la zona del *disc-jockey*, por la pista…

De repente advertí que una de las caras que bregaban en el tumulto de la pista me miraba fijamente, una chica, ¿quién era?, no hice gesto alguno por si acaso, allí resultaba difícil saber si te saludaban a ti o a alguien que se encontraba justo a tu espalda, solía hacerse el ridículo bastante a menudo devolviendo gestos y sonrisas que en realidad iban dirigidos a otro; al cabo de unos

segundos aquellos ojos seguían en línea recta con los míos y además su descaro me resultaba familiar, ¿dónde había visto antes esa mirada?, quise apartar la vista porque me violentaba no saber qué hacer, pero la chica seguía bailando y sonriéndome y entonces la reconocí: la ex novia de Sadurní. Abandonó la pista y vino hacia mí, ¿cómo se llamaba?, iba vestida con téjanos y una blusa ajustada de color negro, llevaba el pelo recogido en una cola y se acercaba con determinación, sonriendo, *tiene pinta de guarra, ¿verdad?*, nos había preguntado Sadurní al presentárnosla, *sí*, le respondí yo, y él asintió, *pues lo es, una guarra de cojones*.

—Hola —me dio dos besos.

—Hola —su nombre, su nombre, su nombre…

—Me he escapado porque Sadurní está allí abajo bailando con ésa.

—¿Quieres beber algo?

Pidió Larios con Cola-Cola y yo me entregué al cuarto vodka con limón, se sentó en el taburete que en ese instante quedó libre junto al mío y me contó que había venido con unas amigas suyas de Barcelona para que conocieran *lo que mola la marcha de Casino*, me las señaló, cuatro o cinco chicas girando en la pista, dijo que me las presentaría; bebí un sorbo de vodka con limón y ella se ventiló medio vaso de Larios con Cola-Cola de un solo trago, sonrió y con un mohín me gritó por encima de la música que encontrarse al buitre de Sadurní con su nueva víctima le había amargado la noche.

—No me lo creo —le sonreí; ella me miró con aire divertido—, seguro que has venido a ver si tu sustituta es más guapa que tú.

Se rio y me golpeó el brazo, iba algo bebida y masticaba chicle con ostentación, se le veía con ganas de hablar, no parecía importarle que yo fuese amigo de Sadurní y por lo tanto pudiera salir en su defensa, incluso me dijo con toda libertad que se alegraba de no salir ya con él, *es un plasta*, me gritó, *y además es el tío más inmaduro que he conocido*, bebió un poco *más, pero no he venido aquí a hablar de ese buitre*, sonrió, y me puso al corriente de las tres amigas que la acompañaban y que continuaban bailando en la pista, pronunció sus nombres, Elena, Carmen y Montse, ¿y el suyo?, ¿cuál era el suyo?, ¿Anabel?

—Elena es la simpática —etiquetó con una sonrisa—, Carmen, la atractiva, Montse, la melancólica, y yo…

—La que tiene más pinta de guarra.

El modo en que se le quedaron rígidos los labios me permitió ver que se trataba de un chicle de fresa, ¿cuántas horas llevaría masticándolo?

—¿Perdona? —la sonrisa se le había petrificado.

—Lo siento —no lo sentía, di un trago al vodka con limón—, es lo que decía Sadurní.

Ella agarró su Larios con Cola-Cola y no supo qué hacer con él.

—Es típico —dijo con desprecio—, cuando un tío es idiota sus amigos también lo son. Supongo que tú piensas lo mismo, ¿no?

—¿Te refieres a si creo que ser idiota es contagioso?

—Me refiero a si crees que tengo pinta de guarra.

—No tienes que darle tanta importancia a lo que decía Sadurní. Para él todas las tías tienen pinta de guarra. Si coges una escoba y le pones una falda te dirá que tiene pinta de guarra.

Sus labios se relajaron, casi sonrió, y me vino a la cabeza la noche en que habíamos salido todos juntos de Casino y nos habíamos sentado en los escalones de la entrada a que nos diera el aire, ella se había quedado mirándome con ese descaro tan suyo mientras se relamía los labios y yo me sorprendía pensando que quizá lo que yo necesitaba era una chica como ella y no una como Belén, con la que no había forma de echar nuestro primer polvo. Se terminó su Larios con Cola-Cola y me dio la impresión de que lo que se tragaba era su tristeza, ¿sería verdaderamente una guarra de cojones como la había resumido Sadurní?, ¿y cómo mierda se llamaba?, ¿Maribel?, ¿Isabel?

—Es algo que me han dicho muchas veces, ¿sabes? —se arrancó, y estuve a punto de no oírla porque había cambiado el tono y Desireless había pasado por encima de ella con su torrencial *Voyage voyage*—. Fíjate que a mi madre le han llegado a decir que me vigile porque dicen que me lo hago con cualquiera.

—Mándalos a la mierda.

—A lo mejor es culpa mía —se sacó el chicle de la boca y lo arrojó debajo del taburete

—A lo mejor.

Nos miramos, su tristeza se había disuelto y parecía simplemente una chica que había dejado también en casa su oscuridad y su silencio y se había acercado a Casino a reconciliarse con el mundo y a que su cara flotara entre las caras de los demás.

—¿Tú cómo me ves? —me preguntó saltando con energía al suelo, abrió los brazos y dio una vuelta completa sobre sí misma.

La miré de arriba abajo y le sonreí.

—¿Sinceramente? —dije, iba a soltarlo, conocía ya esa sensación de arrojarme pendiente abajo, se activaba en mí de manera casi automática.

—Sinceramente —asintió.

—No sabría por dónde empezar.

—¿Empezar a qué?

—A comerte.

Sonrió con picardía, no se turbó.

—Eso lo dices porque no tienes que comerme —volvió al taburete—. Te recuerdo que tienes novia y se llama Belén.

—Ya no salgo con ella.

Apuré el vodka con limón, *a mí no me importa si vas con otras chicas*, fue como si Belén se hubiese acodado en la barra detrás de mí y me lo hubiese susurrado al oído, incluso las reverberaciones de la música cayeron en picado, el puto silencio, *lo siento, Belén*, casi me di la vuelta para disculparme con ella, *yo ya no puedo detener esto*.

Me volqué encima de ella cuando llevábamos casi cinco minutos en el asiento trasero del Ford Fiesta sin hacer otra cosa que besarnos y manosearnos, prácticamente se me había pasado ya el efecto de los vodkas con limón; ella entonces hizo ademán de resistirse, *¿qué pasa?*, le pregunté, me exigió un condón y le repliqué que esa noche no tenía previsto follarme a nadie y no llevaba ninguno encima; ella soltó una risa breve como si acabara de contarle un chiste y me advirtió *no me la vas a meter sin condón*, y entonces fui yo quien soltó una carcajada, ¿de qué iba?, ¿de recatada? Forcejeé con su ropa para que se dejara de remilgos y ella trató de apartarme otra vez, *hablo en serio, Ángel, no vamos a hacerlo sin condón*, pero ¿qué coño le pasaba?, ¿que iba de guarra con todos menos conmigo?; la ignoré y conseguí que los botones de su blusa saltaran por los aires, *pero ¡qué haces, tío!*, protestó dándome de manotazos en el pecho, *¿eres sordo o qué?*, ¿por qué mierda chillaba de esa forma?, *limítate a follar y cierra la boca*, le ordené, y me arreó una bofetada tan fuerte que logró arrojarme contra el respaldo del asiento; me llevé una mano a la cara y vi su sujetador colgado de mis dedos, quiso recuperarlo y lo elevé fuera de su alcance, *basta, por favor*, susurró, se le había soltado a medias la goma del pelo y sus ligeros pechos asomaban entre su blusa abierta, *tienes unos pechos muy bonitos*, le dije, y ella contestó que eran demasiado pequeños, *tonterías*, sonreí, y le acaricié suavemente uno de los pezones, que se comprimió y se endureció, *se te ha puesto la cara roja*, me dijo tocándome la mejilla que me había abofeteado. La besé en los labios, le quité la blusa, le desabroché los téjanos y ella me los desabrochó a mí, la busqué de nuevo, *sácala cuando te corras, eh*, jadeó; penetré en su cuerpo frágil y noté la forma de sus huesecillos bajo la piel, se quebraría como un cachorro, *échalo tú, Daldo*, su cuello frágil palpitaba, *la reducción, yo no recuerdo cuánto era, pero era francamente impresionante…*, empezó a gritar y se sentó

encima de mí y cada vez que yo me hundía dentro de ella era como si fuese a estallarme la *cabeza, jódete, Belén, jódete, Belén*, casi lo grité, *sácala cuando vayas a correrte…, eh, Ángel*, me recordó clavándome las uñas en la espalda; me incoporé y la tumbé de espaldas sobre el asiento, se la metí hasta el fondo, me iba, me iba, ella soltó un grito extraño, ¿por qué forcejeaba tanto?; de pronto me di cuenta de que una de mis manos se había engarfiado a su cuello, vi las manos de Linares cayendo sobre mí, *te dije que no volvieras a decir mató*, ella me miraba con horror y se agitaba debajo de mí mientras yo seguía ahogándola y embistiéndola contra la portezuela, mi mano no era mía, era un puro trozo de hierro, una argolla, una abrazadera con la que hacer daño, ejecutar, ultimar, *este es un oficio que lo puede desempeñar cualquiera que tenga corazón, y que le eche valor*, aquellos pechos deliciosos vibraban y quise agarrarlos y envolverlos y comérmelos, pero mi mano seguía apretando, tenía yo que reventar de alguna manera, rechazar, recular, lanzarme de cabeza contra los putos cristales del coche, *lo que tú eres se lleva en la sangre, Daldo, ¿no me comprendes?*, sentí llegar la explosión mientras ella negaba con la cabeza y yo no podía parar, *¡no voy a sacarla!*, le grité, *¡quiero correrme dentro!*, y al hacerlo volví a gritar y caí de lado y ella lanzó un gruñido y se apartó de mí con cara de asco, se tocaba el cuello y había empezado a llorar. La miré a los ojos como si la viese por primera vez, y entonces lo recordé: se llamaba Raquel.

Me desperté casi a la hora de comer y me arrastré hasta el baño, dormir y despertar habían sido una misma cosa, mi cuerpo había ido de un extremo a otro sin trámites, sin minutos que fuesen cayendo uno detrás de otro, y la consecuencia no se parecía en nada a una resaca porque no lo era, me sentía más bien como un engendro soportándose a sí mismo en su madriguera, un cuerpo que se había follado a Raquel y después había llegado a casa, caído en la cama y cerrado los ojos y luego los había abierto y era ya domingo y tenía yo que seguir siendo quien era, *soy Ángel Daldo*, me dije al entrar en el baño, y el nombre rebotó en mi cerebro como si lo gritaran en una habitación vacía, *soy Ángel Daldo*, repetí, alguien había levantado muros en el interior de mi cabeza, ladrillo a ladrillo, y me habían emparedado en la negrura, *soy Ángel Daldo*, me mojé la cara y escupí el nombre de Raquel en el lavamanos, se quedó flotando en lugar de irse por el sumidero. Si hubiese tardado un minuto más en correrme la habría matado, ésa era la realidad, mi mano se había quedado a un suspiro de arrebatarle el aire como se había quedado mi pie a un suspiro de pisar el acelerador la noche que quise arrollar a Joan Pons, la muerte como solución, como venganza, *el que la haga que la pague*, Tancredo Linares lo tenía claro y Linares también, a matar había que ir convencido, inflexible a todo sentimiento de compasión, y yo no había sido capaz, y si lo hubiese hecho, si finalmente hubiese estrangulado a Raquel, habría sido sin querer de verdad hacerlo, como les ocurría a la mayoría de aquellos pobres infelices que salían en el documental y en los libros y que mataban por descuido o por un arrebato y terminaban en el garrote por una gilipollez. Me sequé la cara con la toalla y me miré en el espejo, vi el retrete reflejado detrás de mí, mi ejecución, ¿cómo se me había podido ocurrir semejante payasada?, ¡si llegan a entrar mi padre o mi madre!, y de repente pensé *quiero sentarme, quiero sentarme en un garrote de verdad*, imaginé el de Linares montado en el patio, montado correctamente, no a pulso ni agarrado de cualquier forma, sino armado en el palo, con silla, *quiero meter el cuello dentro*.

Me senté a la mesa del comedor cuando mis padres ya habían empezado a comer el pollo *a Vast* con patatas asadas que mi padre

había ido a buscar al Bar Ventura, estaban los dos con la mirada fija en el Telediario del primer canal, mi madre me sirvió pechuga, muslo y patatas, mi padre era un pedazo de roca sentado frente a mí, cabizbajo y callado, como si lo único de carne y hueso que hubiese en él fuesen su brazo y sus mandíbulas, y mi madre enseguida me dijo *anoche llegaste muy tarde, ¿no?;* no vi en la pregunta malicia ni tampoco verdadero interés, la mujer sólo necesitaba hablar, no importaba sobre qué, crear una vez más su ambiente de normalidad aunque fuese impostado, ambiente en el que poder pensar que yo nunca había echado a perder la armonía de casa gritándoles que éramos unos ignorantes de mierda; le contesté que no me había fijado en la hora, era cierto, y que había estado en Casino con Sadurní. Al cabo de un minuto me comentó que mi padre y ella habían decidido hacerse socios del videoclub del barrio para alquilar películas los fines de semana, me detalló los precios y los descuentos si te llevabas dos en lugar de una y me señaló dos cintas de vídeo que había sobre el mueble, junto al televisor, *hay una sección con películas de nuestra época*, sonrió, *¿verdad, Bernabé?*, le preguntó a mi padre con la intención de que él dijese cualquier cosa, no importaba qué, que ayudara a mantener esa falsa armonía, y mi padre sonrió a medias, por cumplir, y siguió comiendo como si a él todo eso de las películas y la posibilidad de volver a verlas le importara un pimiento, *hemos cogido* Doctor Zhivago, continuó mi madre esforzándose por obviar la indiferencia de mi padre, *y* Sonrisas y lágrimas, *¡cómo me gustó ésta la primera vez que la vi!, ¡hacen una música tan bonita!*, regresó al plato asegurando que le hacía mucha ilusión poder ver de nuevo las películas que había visto de joven en el cine y me nombró algunos títulos, *¿te acuerdas de cuando fuimos a ver* Lo que el viento se llevó, *Bernabé?*, mi padre asintió levemente y a mi madre se le perfiló una sonrisa, *¡anda que no lloré como una tonta con la escena aquella!*, exclamó, y se echó a reír, parecía una risa sincera. Me llevé una patata a la boca, ¿tendrían en el videoclub alguna película sobre el garrote vil?

Después de comer regresé a mi cuarto y cerré la puerta, cogí *Los verdugos españoles* del interior de la bolsa y me senté en la cama. Uno de los capítulos se titulaba *Examen médico del garrote*, me llamó la atención y me fui a la página quinientas setenta y tres, allí un médico que había asistido en el año mil novecientos cincuenta y nueve a la ejecución de un tal José María Jarabo en la prisión de Carabanchel contaba su experiencia, *aquello fue horroroso*, recordaba, *de una gran violencia y muy impresionante. El reo era un hombre muy corpulento. Los funcionarios de la prisión y las personas que por unas razones o por otras asistían al acto, todos estaban*

deshechos, sin saber dónde meterse. Dijeron que aquello había durado ocho minutos, o tal vez dieciocho, pero si me dicen que duró una hora o veintiocho, también me lo creo, en mi cabeza se agitaron retazos del documental, ¡me sobraba ya tanta palabra!, ¡tenía que montar al completo el garrote de Linares!, montarlo tal y como aparecía en tantas imágenes y en tantas fotografías y en tantos dibujos. Quizá si me encargaba yo Linares me permitiría cavar un agujero en la tierra de su patio, clavar el palo y atornillar en él el garrote, colocaríamos la silla correspondiente y, dependiendo de si Linares atinaba a calcular mi altura, también el cojín, y para maniatarme bastaría la misma cuerda con la que Linares había atado a *Rafaela*, igual que bastaría para cubrirme la cabeza uno de aquellos trapos negros que nadie sabía cuántas cabezas habría cubierto en el pasado; imaginé los titulares, *se condena a muerte a Ángel Daldo por el asesinato de la joven Raquel, oficiará de verdugo Tanco Linares, ejecutor de sentencias de la Audiencia de Sevilla, y la ejecución tendrá lugar en el patio trasero de la cárcel de El Ladrillar a las seis de la mañana*, y allí estaría yo rodeado de gente, y mi voz se mezclaría al final con la de Linares, *creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra*, mi voz entrecortada rezando lo que tanto se habían empeñado los curas en que me aprendiese de memoria y que a la postre sólo iba a servirme para saber exactamente el instante de mi muerte, ese segundo, *creo en Jesucristo, su único Hijo…*, y se acabó, sentencia cumplida. Continué leyendo lo que decían otros médicos, *en el garrote, la asfixia no es siempre tan rápida como se dice*, frases sueltas se quedaban girando frente a mis ojos, *las contorsiones de la cara son tan espantosas que ha sido preciso recubrir la cabeza de los sentenciados con un capuchón o paño negro;* en un momento dado reparé vagamente en que no había puesto ningún disco en el estéreo, pero no encontré la forma de separarme del libro, no quise encontrarla, *lo más importante desde el punto de vista que nos ocupa es que el ejecutor sea diestro en su hacer, que esté en forma, como se diría vulgarmente, que sea puntual, concienzudo, perfecto, exacto, enérgico, que su mano firme y segura no tiemble*, un Tancredo Linares. Aproximadamente una hora después las líneas se torcieron de improviso y tuve que esforzarme para mantener los ojos abiertos, la noche me pasaba factura, me sentía desplomado sobre la cama, hundido en ella, *maaamita yo soy aqueeel que usted parió y…*, las letras se emborronaban y cedí un instante, sólo un instante para descansar y seguir leyendo, sólo un instante…

Abrí los ojos, alguien me había llamado, mi cuarto tomó forma lentamente, muebles, la sonrisa de Kim Basinger, objetos que buscaban su sitio y lo iban encontrando, veintiséis *belenes* a mi izquierda…, entreví a mi madre en el quicio de la puerta, *es Belén*,

dijo, *está subiendo;* me quedé sin saber qué hacer, ¿había dicho mi madre lo que había dicho?, *¿subiendo dónde?*, pregunté, *¡pues dónde va a ser, hijo!*, respondió ella, me miraba como si yo fuese un cajón vacío, *¡aquí, hombre, aquí!*, entonces oí cerrarse la puerta de casa y la voz de Belén saludando a mi padre, ¿a qué habría venido? Mi madre dio media vuelta y se marchó por el pasillo hacia el comedor, y yo permanecí en la misma postura en la que me había despertado, ni siquiera cerré el libro, que al dormirme había quedado abierto bocarriba sobre mis piernas, escuché la breve conversación que tenía lugar en el comedor entre Belén y mis padres, ¿de qué hablarían?; me fijé en el libro, me había quedado en la página seiscientos trece, no era muy propio de Belén venir a pedir perdón, *habrá venido a otra cosa*, me dije, había un poema o canción al final de la página, *maaamita yo soy aquel que usted parió y no conoce; solo con mis tristes voces quiero darme a conocer, quiero que me diga usted de qué vientre fui nacido, o qué madre me ha parido con tan malita fortuna, si soy el niño de la cunaaa o soy un niño perdió*, los pasos de Belén se acercaban ya por el pasillo, *un niño perdió*.

—¿Estabas durmiendo? —me preguntó entrando en el cuarto.

—Leyendo —contesté sin moverme.

—¿No has puesto música? —venía irónica, guerrera.

—¿A qué has venido?

Se sentó a los pies de la cama, introdujo la mano en el bolso y sacó su paquete de Marlboro, sus gestos eran secos, todo hueso.

—No tendrías que haberle dicho aquello a mi madre.

—Ni tú haberte follado a Rubén.

—¿Se lo has dicho también a tus padres? —encendió un cigarrillo, no llevaba el encendedor de corazones rojos.

—Sí —sonreí como sonreía ella a veces.

—Supongo que te parece divertido ir por ahí diciéndoselo a todos —dio dos caladas muy cortas, sesgadas, como su forma de mirarme—. Por mí puedes hacer lo que quieras, no me importa, sé muy bien por qué hice lo que hice y no me arrepiento.

—Tampoco te sientas muy orgullosa —dije—. Encontrar a alguien con quien follar no es tan difícil.

—Habló el experto —rio ella también como una marioneta rota más, luego miró al frente y fumó en silencio.

Transcurrieron unos segundos, le dije:

—¿Sabes que hubo una época en la que se condenaba a muerte a las mujeres infieles?

Me observó a través del humo y después sus ojos repararon en el libro, que seguía abierto en mi regazo.

—¿Lo has leído ahí? —preguntó con desdén.

—En éste no —contesté, y señalé el escritorio—, en uno de ésos.

Ella desvió la vista hacia la bolsa de plástico, volvió a mirarme y expulsó el humo hacia el techo.

—Si tú no lees nunca —sus ojos eran dos alfileres.

—Pues estos libros deberíais leerlos el pijo y tú para vuestro trabajo de Historia.

—Tenemos libros de sobra, en casa de Rubén hay casi tres mil.

—Éstos seguro que no los tiene.

Se encogió de hombros, se levantó, cogió el cenicero y volvió a sentarse. Me contó que ella y Rubén se habían pasado el sábado entero en residencias de la tercera edad y centros de jubilados de la ciudad recabando información y entrevistando ancianos, y me aseguró que esas entrevistas estaban dando mucho de sí, *esta tarde voy a su casa para pasarlas a limpio en su máquina de escribir*, lo dijo en tono neutro y rutinario, ¿cómo podía contármelo como si fuese lo más normal del mundo compartirlo conmigo?, ¡si yo me cagaba en la magnífica grabadora de Rubén y en la estupendísima máquina de escribir Olivetti Lettera no-sé-qué-número de Rubén y en los miles de libros de Rubén!, ¡si casi parecía que la muy puta había follado con esos trastos en lugar de con él!

—Pues yo conozco a alguien que, si lo entrevistarais, os iría de puta madre para el trabajo —le solté, ¡a ver si Rubén, con todo su dinero y lo *estupendísimamente* listo que era, podía igualar aquello!

—Ya tenemos muchas entrevistas.

—Como ésta no.

—Rubén dice que ya hemos cubierto los aspectos más importantes de esa época.

—¿Habéis hablado de la pena de muerte?

Dio una calada al cigarrillo y asintió.

—Algunos viejos nos han contado que durante la guerra fusilaron a mucha gente.

—No estoy hablando de eso.

—Es lo que nos han contado.

—No tenéis ni puta idea —sonreí.

—Si tú lo dices.

—¡Vais de listos estudiantes de BUP y no tenéis ni puta idea! —le arrojaba la sonrisa encima—. ¿No se os ha ocurrido pensar que la pena de muerte se aplicaba durante el franquismo?

—Y qué más da —se molestó.

—¡Pues que es una parte importantísima de la historia de España!

—¡Pero tú qué sabes! —exclamó—, si siempre lo has suspendido

todo.

—Lo sé porque conozco a un antiguo ejecutor de sentencias.

—¿A un qué?

—Para los ignorantes, un verdugo.

Belén mantuvo la vista fija en mí, ¡qué maravillosa expresión de aturdimiento!, la había dejado sin palabras, seguramente no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—¿Sabes lo que es un verdugo? —la aguijoneé.

—Pues claro que lo sé, ¿te crees que soy tonta?

—¿Y el garrote vil, sabes lo que es?

Un parpadeo.

—Sí.

—Descríbemelo.

—No quiero.

—No sabes cómo es.

—Claro que lo sé —aplastó el cigarrillo en el cenicero y se revolvió, iba a contraatacar—. Además, ¿a qué verdugo vas a conocer tú, si te pasas el día en el ladrillar?

—A Tanco Linares, el de mantenimiento.

—¿El viejo chiflado?

—Es el único ejecutor de sentencias vivo que queda en España —retuve los ojos de Belén con los míos, no iba soltarla, ni hablar, tenía algo que ella y el pijo no tenían—, los demás han muerto, ¿no lo comprendes?, ¡el último ejecutor de sentencias vivo!, ¡el último!, ¡un personaje irrepetible! Os pondrían un diez.

—No sé qué importancia puede tener un verdugo.

—¿Estás loca? —agarré sus ojos con más fuerza—, ejecutaban a gente, los ultimaban…, ¡los mataban, coño!, ¡cómo no van a tener importancia!

De repente sus ojos se soltaron, los perdí, se estaban moviendo.

—¿Todo eso lo pone en estos libros? —miraba *Los verdugos españoles* en mi regazo con suficiencia, sus labios iniciaron una sonrisa que se rompió enseguida—. ¡Dios mío, Ángel, no me lo puedo creer! —¿a qué se refería?—. ¡Incluso para ti es demasiado retorcido!

—¿De qué hablas?

—¡Estos libros! —los abarcó con un gesto fugaz—, ¡todo ese rollo de ponerte a estudiar! —sacudió la cabeza y completó la sonrisa—, ¡es retorcido!, ¡es…!, ¡es…!, ¡joder, no sé lo que es! —se levantó, dio dos pasos y se encaró de nuevo conmigo—. ¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—¡Leer todo esto! —repitió el gesto con la mano—, ¿por qué lo haces?

—No lo hago por nada.

—¿Es por Rubén?

—¡Pero qué dices!

—¡Dios mío, es por Rubén! —ya casi reía—, ¡es por Rubén!

—¡Anda, cállate!

Se acercó y se inclinó hacia mí, olía a Farala, tocó la mesilla de noche con la rodilla, oí el roce, me arrebató el libro del regazo y lo movió frente a mí.

—Si Rubén y yo hubiésemos elegido el tema de la Segunda Guerra Mundial este libro sería de la Segunda Guerra Mundial, ¿verdad? —no esperó respuesta y arrojó el libro nuevamente sobre la cama—. ¡Qué digo este libro! ¡Todos los puñeteros libros serían de la Segunda Guerra Mundial!, ¿a que sí? —se echó hacia atrás, erguida—. Pero ¿qué pretendes?, ¿ser como Rubén?, ¿saber más que él?

Me levanté bruscamente y el libro cayó al suelo.

—Vete de mi casa —le señalé la puerta y la miré a los ojos, ya no pude hacer nada con ellos.

Ella permaneció junto a la mesilla de noche.

—Tienes un problema, Ángel, y echándome no lo vas a solucionar.

—Yo no tengo ningún problema —¿por qué no se largaba de una puta vez?

—Lo que dijiste en mi casa el viernes, las cosas que estás diciendo ahora… —vi venir su fingida preocupación—, tú no eres así.

—Soy como soy y tú eres como eres —abrí la puerta y me hice a un lado—, vete con tu novio cerebrito guapo y déjame en paz.

Recogió el bolso de encima de la cama y me observó desde allí, sus ojos hurgaban en mi interior.

—¿Crees que me acuesto con Rubén porque es un cerebrito guapo?

Clavé los ojos en la pared, ¿por qué decía *me acuesto*?, ¿por qué no decía *me acosté?*, me deslicé por las fotografías, allí estaba yo con once o doce años sentado al volante del camión de Escudé y circulando por el patio del ladrillar, *me acuesto, me acuesto, me acuesto*, la abuela Joaquina dándole de comer a las palomas…

—Pero qué simples sois los tíos.

—Y vosotras qué putas.

Se materializó delante de mí, muy cerca, me envolvió su respiración, los vaivenes de Farala, yo tenía los ojos fijos en el salto

imposible de Bruce Lee, en Sadurní, Félix y yo disfrazados de boxeadores, ¿quién había tomado la foto de Lloret de Mar?, *tengo que quitar todas estas fotografías*.

—Si fuese por puta estaría follando todo el día —me susurró Belén a unos centímetros de mi cara, no tuve más remedio que mirarla—, podría follarme a quien quisiera, ¿me oyes?, a todos los tíos del instituto, a todos los tíos del barrio, es muy fácil, las chicas sabemos cómo hacerlo —sus labios se habían reducido a esa línea severa, casi hubiese preferido su sonrisa—. Si me acuesto con Rubén es porque me gusta y ya está.

Me acuesto.

—Dijiste que no había significado nada para ti.

—Al principio no —admitió—, pero ahora me gusta estar con él —¿hasta cuándo se iba a quedar allí diciendo gilipolleces?—, me hace reír, es cariñoso, se preocupa por mí…

—Qué bonito —no pude sonreír.

—Me he enamorado de él, Ángel —insistió—, había venido a decírtelo y no pienso marcharme sin hacerlo.

—O sea, que sigues follándotelo —su sinceridad me aplastaba.

—Siento que terminemos así, en serio, me hubiera gustado que fuese de otra manera.

Permaneció quieta, ella mirándome a mí y yo mirándola a ella, sus ojos habían empezado a brillar, *sonríe, hija de puta*, deseé, *sonríe, sonríe*, no soportaba su seriedad, quería su sonrisa, algo contra lo que luchar. Finalmente, se apartó de mí con la lenta media vuelta de quien se marcha para siempre y desapareció por el pasillo.

No he hojeado todos los libros, fue un presentimiento súbito, *no los he visto todos*, hacía veinte minutos que había echado a Belén y con un raspador y alcohol estaba arrancando las veintiséis *belenes* del mueble; sin detenerme desvié la mirada hacia la bolsa de Alfonso Duarte y observé la forma de los libros a través del plástico, ¿cuántos había?, ¿cinco?, ¿cuántos había llegado a hojear?; el raspador de la cuchilla seguía desmenuzando letras y llevándose también a Belén, *siento que terminemos así*, ella lo había dejado claro y ya no había duda posible, habíamos terminado, era imprescindible eliminar su rastro cuanto antes, así que aparté la mirada de los libros y rasqué con nervio hasta que se desvaneció la última de las letras adhesivas, ¡tanto que Belén había significado para mí y en apenas unos minutos la había reducido a un pequeño montón de pedacitos de papel sobre la mesilla de noche!, ¡ojalá no la hubiese conocido nunca!, *me hubiera gustado que fuese de otra manera*, y a mí también, ¡y yo lo había intentado, joder!, ¡le había

perdonado lo imperdonable con tal de conservarla a mi lado!, ¿y de qué me había servido?, ahora me sentía menos que nada, menos ya que una marioneta rota, un desecho que amontonar y olvidar junto a la chatarra y los escombros del ladrillar, ¿a quién coño le iba a importar?, a Belén no, desde luego, ella tenía a Rubén y pronto ya no se acordaría de mí, me convertiría en un tío más en su lista de tíos, una pura estadística, ¿y yo qué?, ¿qué me quedaba a mí?; recogí los papelitos de la mesilla de noche y los aplasté en mi puño, traté de contener la ira que me subía por el pecho, *¿qué me queda a mí?*, quise gritarlo pero me lo tragué, *¿qué cojones me queda?*, cerré los ojos y el presentimiento me golpeó otra vez, *no he hojeado todos los libros*.

Me levanté, me acerqué al escritorio y arrojé a la papelera las migajas de las veintiséis *belenes*, eché un vistazo al interior de la bolsa de plástico, extraje los libros y los fui dejando sobre la mesa de uno en uno, *¿qué pretendes?, ¿ser como Rubén?, ¿saber más que él?*, al llegar al último me di cuenta de que su color negro no me sonaba de nada. Lo cogí, en la cubierta se veía la fotografía de una soga, se titulaba *Ejecutores*, y debajo del título, en letra más pequeña, habían añadido *Dinastías en el patíbulo*, lo había escrito un tal Isidro de Caspe; me fui a la primera página, *el verdugo clásico tenía, ante el patíbulo y ante el reo al cual debía ejecutar, una sincera actitud de artesano, cuidaba de sus instrumentos, los mantenía en perfecto estado de funcionamiento y detestaba a los frívolos y advenedizos que solicitaban una plaza creyendo que ejecutar a alguien se reducía al simple y elemental hecho de accionar una palanca, apretar un botón o darle una vuelta a una manivela. Ese verdugo sustentaba su trabajo en un orgullo profesional, en una férrea disciplina y en su inquebrantable sentido del deber como funcionario público, convencido, como no podía ser de otro modo, de que su cometido de dar muerte a los reos era, ante todo, una decisión de la justicia primero, y después, por extensión, de toda la sociedad. Esa forma, aséptica y nada afectada, si se quiere, de ver su propia profesión, ese orgullo de servir a la ley hasta su consecuencia postrera y de hacer algo que la mayoría de sus conciudadanos no osaría hacer jamás, lo llevaba a cuidar también hasta el último detalle su sucesión, que sin lugar a dudas y en la mayoría de los casos recaía en algún miembro de su familia, habitualmente sus hijos, si los tenía, los cuales no siempre, como veremos más adelante, aceptaban o podían cumplir con ese brutal, durísimo y complejo protocolo que, independientemente de a quién se ejecutara y por qué, no era más que el acto legalizado de dar muerte a un ser humano*. Salté al índice, el segundo capítulo se titulaba *Algunas dinastías españolas de los siglos XIX y XX*, página cuarenta y dos, pasé las hojas a toda velocidad, Linares y su padre tenían que aparecer por fin allí, no era

posible que no se los mencionase en ninguna parte, *con la dificultad que se le supone a un rastreo de datos de una profesión, durante tantos años denigrada y ocultada, como la que nos ocupa, habrá el lector de perdonar la ausencia más que posible de otros muchos hombres que también cumplieron con su deber como ejecutores de la justicia y que quedaron en el anonimato*, reseguí algunas líneas simplemente deslizando los ojos por encima, buscando sólo tropezarme con el apellido Linares; me retuvo un nombre, tuve que leer,… *un tal Osuna, mediocre verdugo de Sevilla de los últimos años del siglo XIX, acusado en varias ocasiones de no ser gran cosa en el oficio, intentó que varios de sus hijos perpetuaran la tradición, pero todos ellos, como su propio padre, apenas tuvieron relevancia y dejaron pronto sus cargos*, mis ojos querían deslizarse tan sólo por la superficie, pero yo quería leer, *por esa misma época muere José González Irigoyen, un aragonés que había heredado la plaza de su padre a mediados de siglo y que había ejecutado a ciento noventa y dos reos. Dos hermanos suyos, Severo y Ramón, fueron también ejecutores de la justicia durante varios años. José no logró, antes de morir y como hubiera sido su deseo, que ninguno de sus dos hijos le sucediera en el cargo*. Y de repente, como una explosión de palabras, surgió ante mí el apellido, … *la breve y accidentada dinastía de los Linares…*, el corazón me dio un vuelco, me fui hasta la cama y me senté, encendí la luz de la mesilla, *Tancredo Linares, verdugo de la Audiencia de Sevilla, nació en Tabernas, provincia de Almería, en mil novecientos catorce y ejerció su cargo desde mil novecientos cuarenta y ocho hasta mil novecientos cincuenta y siete, nueve años en los que ejecutó a dieciséis reos. Se sabe de este almeriense que fue un hombre taciturno y sombrío que llevó a cabo su ominosa tarea con tal aplomo y pericia que muchos lo consideraron, por sus maneras, el heredero natural del otrora maestro de Burgos, Gregorio Mayoral, verdugo del que daremos cuenta más adelante. Tancredo Linares era de estatura baja y robusto, manos grandes y agrietadas producto de trabajar el hierro desde niño en la cerrajería de su padre. Siendo ya ejecutor de sentencias, durante los días en que no llegaba ninguna citación, pasaba horas en su taller haciendo trabajos de cerrajero por encargo. «Que de alguna manera hay que ganarse los cuartos», le dijo a un periodista que lo entrevistó a principios de los cincuenta, la única aparición en prensa que se conserva de él, pues al parecer se mostró siempre muy huraño y celoso de su intimidad. Era propio de muchos verdugos ganarse un sobresueldo dedicándose a otros menesteres, pues a menudo era mucho el tiempo libre que había entre una ejecución y la siguiente, y también era habitual que algunos ocultaran en lo posible su faceta de verdugo fingiendo trabajar en otra cosa, para evitar, de ese modo, las habladurías y el desprecio de sus vecinos. El propio Tancredo se trasladaría a vivir a Almería capital un*

año después de conseguir la plaza de funcionario público y lo justificaría así ante aquel periodista: «Me marché por la malicia de la gente, ¿no me entiende?, o sea que en el barrio empezaron a hablar malamente de uno y a mirarme de malas maneras, y eso sí que no, y ya cuando una tarde mi hijo me contó que se había liao a mamporros con uno que me llamó el asesino mejor pagao de Tabernas, pues ya me lo cogí a él y a la mujer y nos vinimos p'acá p'Almería.» Allí se montó un pequeño taller y continuó ejerciendo de cerrajero mientras iba cumpliendo también con las citaciones que le llegaban regularmente de la Audiencia. Cuando partía, su hijo, que trabajaba en la cerrajería con él, se quedaba al mando del negocio. A mediados de mil novecientos cincuenta y siete se le agravó una antigua herida que la Guerra Civil le había dejado en el brazo y se vio incapacitado para seguir en el cargo de verdugo, logrando, tras algunas gestiones y apelando a conocidos de la Administración y de las instituciones penitenciarias que lo conocían y donde siempre se había comportado con profesionalidad y respeto, que su hijo llamado asimismo Tancredo como él, aunque apodado Tanco, heredara la plaza. Tanco Linares, primogénito de Tancredo y a la postre único hijo por culpa de una disfunción en el útero de su esposa, tenía veintiocho años y llevaba unos meses en el cargo cuando recibió su primera citación. Una ejecución muy accidentada cuyos detalles merece la pena que conozcamos de primera mano, contados por el recién fallecido León Thais, reconocido escritor y periodista de aquella época que fue uno de los testigos invitados que la presenció in situ y cuya crónica de los hechos, a pesar de los veinte años que ya han transcurrido, sigue conmoviendo por su minuciosidad y sinceridad, una sinceridad, por cierto, que le acarreó ciertos problemas con el régimen y que lo obligó a vivir una temporada fuera de España, hecho que provocó que su obra…

La puerta de la habitación se abrió de golpe y alcé los ojos, ¿por qué no me dejaban todos en paz?; mi madre, sin soltar el picaporte, se retocaba el pelo con la mano derecha.

—Nos vamos a ver a la tía —dijo—, ¿por qué no te vienes?

—Estoy leyendo.

—Bueno —se resignó—. Te dejo la puerta abierta por si llaman al timbre.

Si llaman al timbre no pienso levantarme, mis ojos cayeron de nuevo dentro del libro, busqué las palabras ya del tal León Thais,… *llegué a la cárcel casi una hora antes de que despuntaran los primeros fulgores del alba. Cruzar aquellos muros en plena oscuridad fue como hundirse en un enorme y definitivo panteón del que ya no se pudiera volver a la luz. El oficial de guardia se mostró amable y diligente, no era su cometido hacernos aquel trámite más agradable ni entretenernos. Su uniforme impecable, tieso de correajes y planchado al detalle, me hizo*

sentir un intruso, como si allí dentro tan sólo pudiera ser uno vigilante o vigilado. Yo no había entrado jamás en una cárcel y menos aún presenciado una ejecución, de modo que mi estado de ánimo, como es natural, era el de alguien intimidado por cuanto le rodeaba. Durante los días previos había intentado recabar ciertas informaciones concretas sobre el asunto en cuestión, pero confieso que me pertubaron tanto algunos detalles que, ante el temor de verme obligado finalmente a renunciar a la invitación, tomé la decisión de abandonar mis pesquisas. El guardia me condujo a través de corredores y tramos de escaleras, de puertas y de rejas custodiadas por otros guardias que nos saludaron lacónicamente, hasta la oficina del director de la cárcel. Se trataba de un hombre menudo y frágil, con gruesas gafas de miope, que no obstante me estrechó la mano con energía inusitada. Había otras personas allí: un médico, un sacerdote, dos abogados, un secretario judicial, un representante de la autoridad municipal y algunas personas más que me fueron presentadas cordialmente, pero nadie hablaba demasiado, a lo sumo comentarios triviales. Me dio la impresión de que todos se avergonzaban un poco de estar allí y que, por mera educación y un fuerte sentido del decoro, lo encubrían valiéndose de huidizas miradas, voces llevadas al susurro y gestos circunspectos, actitud que, por lo demás, les confería una seriedad profesional ligeramente impostada, como si la conciencia de cada uno de los presentes precisara de aquella impostación para poder formar parte sin complejo de culpa o de rechazo del engranaje que se iba aponer en marcha en poco más de una hora. Debo señalar, sin embargo —para no menospreciar la profesionalidad de quienes se encontraban en aquel despacho conmigo—, que la presencia del médico, del sacerdote, de los abogados, de las autoridades y de todo el personal de la cárcel, a pesar de lo que yo pudiera colegir de su apariencia, resultaba a todas luces imprescindible allí, al contrario que la mía, que se reducía a la de simple testimonio en calidad de periodista, que no de escritor, pues nada más lejos de mi intención añadir retórica o recursos literarios que pudieran artificializar en demasía cuanto viví aquella madrugada del año mil novecientos cincuenta y ocho. Transcurridos unos interminables cuarenta y cinco minutos en el despacho del director, en los que habíamos fumado sin descanso, tomado café y, exceptuando al doctor y a los guardias, atemperado los nervios con una copa o dos de aguardiente, comprobé a través de los cristales del ventanal que el alba comenzaba a rasgar la noche. En ese momento el director nos conminó a seguirle y nos condujo a través de escaleras y corredores a un patio exterior, pisamos la arenilla del suelo y las suelas de los zapatos la hicieron crujir suavemente. El silencio resultaba profundo e intimidatorio. Tratando de capturar algún sonido familiar de allende los muros que me aliviara, alcé la mirada hacia el rectángulo de cielo que flotaba más allá de las

altas cornisas y torretas de vigilancia de la cárcel, pero no oí nada, sólo uno tras otro, lúgubremente, nuestros pasos pisando la arenilla. Aun así, el hecho de salir al aire libre y sentir la ligera brisa de finales de mayo había descongestionado levemente los rostros tensos de todos. Pero de repente, al apartar la vista del cielo, se me hizo un vacío en la boca del estómago: en una de las esquinas del patio, apretado contra el muro, se levantaba el garrote vil. La visión, aun siendo lógicamente previsible y aun cuando yo no había dejado de pensar en el instrumento desde el instante mismo en que recibí la invitación, me impactó sobremanera, hasta el punto de que el director, apareciendo a mi lado y apoyando una de sus leves manos en mi brazo, me comentó que la primera vez impresionaba mucho. Yo no le había dicho que era mi primera vez, pero el hombre lo había sabido de todos modos con sólo mirarme. Aquella sabiduría rutinaria me desasosegó. «¿Cuántas ha visto usted?», le pregunté. «Demasiadas», respondió dándome dos palmadas en el hombro, para lo cual tuvo forzosamente que ponerse de puntillas. Nos detuvimos a unos tres metros del garrote vil y el director nos informó de que tendríamos que aguardar unos minutos. «Elprotocolo, ya saben», se disculpó. Yo no podía apartar la mirada de aquel palo clavado al suelo, de la silla que habían colocado delante de él y del mecanismo, aquella medieval mezcla de madera y hierro que en pocos minutos le quitaría la vida a un hombre. De pronto cruzó por delante de nosotros un hombre joven vestido de oscuro que se dirigió al garrote. Junto a él iba otro de mayor edad, bajo y robusto, vestido con un viejo y raído traje de pana marrón, que nos saludó con una inclinación de cabeza. El director nos susurró que el más anciano era el viejo verdugo ya retirado Tancredo Linares, y que el que marchaba delante de él era su hijo, Tanco Linares, quien debutaba ese día en el oficio. Yo sólo tenía ligeras nociones de lo que era realmente un verdugo y en qué consistía su trabajo, había leído textos de Pío Baroja, de Pulido Fernández, de Primitivo Ibáñez y, debido a mi profesión, alguna que otra noticia o artículo suelto en periódicos y revistas, pero poco más, de modo que en el acto me invadió la fuerte sensación de que no importaba cuánto supiera uno de todo ello a priori: la simple visión del artefacto y del hombre encargado de manipularlo no tenía, desde ningún punto de vista, nada que ver con estudiarlos en las páginas de un libro, por mucho que impactara su lectura o sus fotografías, como las que había realizado José Brunet de la ejecución de Michael Angiolillo, las cuales había tenido yo la oportunidad de ver debido a un contacto de mi periódico. Tener a los dos verdugos allí delante, ambos realizando con sobria profesionalidad lo que aparentaban ser las postreras verificaciones del correcto funcionamiento del aparato, chocaba de lleno con la idea que uno pudiera haberse hecho de antemano. No vi en esos dos hombres una actitud trascendental, parecían simplemente dos obreros cumpliendo con su

trabajo, dos albañiles, dos mecánicos, dos hombres de campo preparando el apero para iniciar la labranza; si acaso los trascendentales éramos nosotros, allí apiñados con esa gravedad que se ve en los sepelios. El verdugo más joven, el debutante, según nos había informado el director, el llamado Tanco Linares, parecía tranquilo aunque un poco ausente, como si tuviese la cabeza en otra parte. Revisó la posición del garrote varias veces hasta que su padre, el verdugo retirado, observándolo con satisfacción paternal, le dijo con una sonrisa: «Déjalo estar ya, hombre, que estos señores se van a pensar que es que no funciona.» Y acto seguido nos miró con complicidad, como dándonos a entender que entre todos deberíamos echar una mano a su hijo en ese duro trance que supone siempre estrenarse. Luego, lentamente y cabizbajo, se apartó y lo dejó solo junto al garrote. Tanco Linares se colocó detrás del palo y adoptó una extraña postura de espera: diríase que estaba sujetándose a sí mismo. Su padre se había situado junto a nosotros, aunque ligeramente más retrasado, y estaba liándose un pitillo. Nadie le miraba y yo me sentí culpable por hacerlo, porque me di cuenta de que le miraba cual si se tratara de un ser terrible e inhumano, un ser diabólico. Sin embargo, cuando sus ojos se alzaron un segundo del papel de fumar y se encontraron con los míos, no vi más que la mirada de un hombre como yo, un hombre que aguardaba con emoción y orgullo que su hijo realizara bien su trabajo. De pronto oí pasos en la arenilla y volví la cabeza a la izquierda: de una pequeña puerta abierta en el muro había surgido un apretado grupo de guardias en el que entreví la sotana negra del sacerdote que había estado en el despacho con nosotros y los hábitos de algunos cofrades de la Hermandad de la Paz y la Caridad, quienes sirviéndose de crucifijos y plegarias en latín solían auxiliar a los reos en sus últimas horas. Al reo le vi en cuanto hubieron avanzado unos metros más: iba esposado y emparedado entre dos corpulentos guardias que lo conducían agarrándolo de los brazos, el hombre no parecía del todo capaz de levantar los pies por sí mismo. Se llamaba Luciano Montés, tenía veintitrés años, la mirada afilada y una nariz ganchuda, y había matado a golpes de martillo a una tía de su madre para robarle el dinero que la mujer guardaba celosamente en un agujero del colchón. El chico, huérfano de madre desde los seis años, esporádico trabajador del campo y de vida díscola, sólo pretendía reunir un buen puñado de dinero para comprarle a Beatriz Fuencarral, su ex novia, el mejor vestido de boda y las más deslumbrantes joyas que ella pudiese desear. Al parecer, la tal Beatriz había dejado a Luciano unas semanas antes del crimen por considerarlo un vago y un maleante, y había iniciado relaciones serias con un primo hermano de ella. Luciano, loco de celos, creyó que Beatriz volvería a su lado si conseguía comprarle esos lujosos regalos de boda que, de natural, estaban económicamente fuera del alcance de alguien como él. Sólo consiguió que la Audiencia

Territorial lo condenara a muerte y que el Tribunal Supremo ratificara meses más tarde la sentencia. El indulto le fue denegado por el ensañamiento con el que había asesinado a la víctima. Conforme se acercaba al garrote, los pasos de Luciano Montés iban perdiendo ligereza y se iban como fraguando, y los guardias se veían en la obligación de sostenerlo y empujarlo con suavidad. Uno de ellos, no obstante su imponente presencia física, mostraba una palidez enfermiza y respiraba con la boca abierta, parecía apunto de padecer una lipotimia. Ya desde allí advertí que el reo no podía apartar los ojos del aparato y lo miraba con una desesperada expresión de bestia acorralada, pero no se le veía, por lo demás, demasiado dispuesto a resistirse. Decían —así lo había yo leído— que las diez horas que los reos pasaban en capilla antes de ser ejecutados destrozaban a los hombres más enteros. Si uno tenía nervios de acero se le fundían, la sangre fría ardía en las venas, pero también solía manifestarse lo contrario: los espíritus más endebles afrontaban la muerte con una entereza envidiable, los más enclenques eran capaces de tumbar a media docena de guardias antes de ser reducidos y los más cobardes le plantaban cara al mismísimo verdugo en el patíbulo. Luciano Montés, finalmente, llegó hasta la silla por su propio pie y ya allí, el verdugo Tanco Linares, con una amabilidad que se me antojó el colmo del refinamiento, teniendo en cuenta el lugar en que nos hallábamos y lo que estaba apunto de acontecer, le pidió: «Tome usté asiento, hágame el favor.» Su voz sonó hueca, maquinal, como si se la hubiese repetido cientos de veces a sí mismo para que, llegado el momento de la verdad, no se le atascase en la garganta. Me pregunté si Luciano Montés captaría la inexperiencia del verdugo. Observé con una brevedad no exenta de profundidad al verdugo retirado, el cual se mantenía detrás de nuestro grupo mirando fijamente la escena, atento a cualquier detalle que pudiera pasarle por alto al advenedizo de su hijo. Luciano Montés estaba ya sentándose en la silla cuando volví la vista hacia él. Cuando lo tuvo sentado, el verdugo, con una cuerda en las manos, se inclinó con decidido gesto sobre él, dispuesto a maniatarlo. Y fue entonces cuando Luciano Montés se puso en pie de un salto y embistió con fuerza al verdugo, el cual, sorprendido por aquel arrebato, fue incapaz de mantener el equilibrio y se fue trastabillando unos pasos hacia atrás hasta casi caer de espaldas. El sacerdote lanzó un grito de horror y se santiguó. El miedo recorrió nuestro grupo como una ráfaga de aire frío. Apenas dos segundos después, media docena de guardias, adiestrados en ese tipo de situaciones, cayeron sobre Luciano Montés como un solo hombre, lo volvieron a sentar en la silla y lo mantuvieron firmemente sujeto en espera de que el verdugo lo maniatara. Tanco Linares, por su parte, no parecía decidido a regresar junto al garrote, y la cuerda colgaba de su mano con flaccidez, como algo inerte que ya no sirve para

aquello que ha sido concebido. Miró de soslayo a su padre, una mirada fugaz, pero lo suficientemente prolongada para que yo pudiese leer en ella la incertidumbre que lo dominaba. El reo había hecho saltar en pedazos el orden de los acontecimeintos y el inexperto verdugo no parecía capaz de afrontar la situación. El viejo miró de hito en hito a su hijo, sin parpadear, su rostro reflejaba una dureza tenaz de padre severo y autoritario, inmune al más leve sentimiento de lástima. Sólo hizo un gesto con la cabeza hacia el garrote y dijo, lo escuché perfectamente: «Ultímalo.» La palabra me causó un escalofrío. Tanco Linares echó por fin a andar y cuando llegó hasta el abigarrado y esforzado cúmulo de guardias que mantenía a Luciano Montés trabado a la silla, éste le gritó: «¡Qué nudo vas a hacerme, borrico, si ni atarte los zapatos sabes!» El verdugo agachó la cabeza y, como buenamente pudo entre los cuerpos de los guardias, le pasó a Luciano la cuerda por el pecho y lo amarró al palo con dos vueltas. Luego, con un complejo nudo, le ató las manos por encima de las esposas y de allí, con la misma cuerda, descendió hasta los pies para fijárselos a las patas de la silla. «A qué tanta cuerda, compadre, si yo de aquí ya no salgo na más que con los pies por delante», dijo Luciano Montés con indolencia, como si ambos acabaran de conocerse en una taberna y estuviesen intercambiando meras palabras de cortesía entre parroquianos. A mí, que un hombre en las postrimerías de su vida aún estimase oportuno bromear con algo tan cierto e inmutable como su propia muerte, me pareció el más rotundo ejemplo de lo compleja e insondable que es la naturaleza humana. Tanco Linares hizo caso omiso de sus palabras, aunque me pareció entrever en su expresión una velada sombra de fatiga cuando se irguió, puso la mano en la frente de Luciano y empujó suavemente su cabeza hacia atrás para introducirla dentro del garrote. Cerró la argolla con un pasador metálico, apresando el cuello, y se sacó del bolsillo de la americana un paño negro que echó sobre la cabeza de Luciano. Se colocó detrás del palo, agarró la manivela como a desgana, como ardiendo en deseos de que todo aquello terminase, y miró una vez más a su padre. Este lo observó impertérrito, con el pitillo casi consumido hundido en su boca. El sacerdote, entonces, preguntó a Luciano si quería decir algo, y debajo del pañuelo sonó un sollozo. «Mi pobre madre murió siendo yo muy niño», se arrancó, como justificando su triste final, «he tenido una vida ingrata y pido perdón por lo que he hecho, y agradezco a todos los de la prisión lo bien que se han comportado con mi persona.» Aquellas palabras se clavaron en mí como estiletes y dejaron en todos los presentes, incluido el verdugo mismo, una expresión de aturdimiento en el rostro y la unánime convicción de que la vileza de aquella ceremonia, lo vil, no residía en el garrote, que al fin y al cabo era tan sólo un artilugio mecánico sin vida, sino en todos nosotros, en nosotros allí de pie deseando que la ejecución llegara a su fin para poder

marcharnos a casa y seguir con nuestras menudencias cotidianas. El sacerdote hizo sobre Luciano la señal de la cruz, retrocedió dos pasos y entonces, ya sin más dilación, Tanco Linares dio una vuelta y cuarto a la manivela. El cuerpo de Luciano crujió y se tensó violentamente contra las cuerdas. Bajo el pañuelo se oyó un resuello agónico, el combate perdido de antemano de unos pulmones privados de oxígeno. En ese momento creí que todo había terminado, pero me di cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo. El director de la prisión, que hasta ese instante había observado la escena con hastío rutinario, adoptó de pronto un mohín de incertidumbre, casi de miedo, al ver cómo el reo se convulsionaba desesperadamente en la silla, con el grosor de su cuello reducido a la mitad pero aún vivo y con signos más que evidentes de estar sufriendo la más mortificante agonía que imaginarse pueda. El verdugo, por su parte, mantenía la mirada fija en el paño negro y las manos prietas en la manivela, en apariencia ajeno a las convulsiones y estertores de Luciano, como si la muerte de aquel pobre desgraciado no dependiese ya de él, sino del cruel destino. Y entonces lo comprendí: aquella vuelta y cuarto no era suficiente. Por algún motivo, el inexperto verdugo no había sido capaz de completar el giro de la manivela y el reo estaba soportando las terribles y aciagas consecuencias. Una absoluta sensación de malestar y desesperación se adueñó del patio y se materializó en los gestos de todos. Ya ninguno de nosotros se acordaba de lo que había hecho Luciano Montés para merecer la pena capital, sólo deseábamos que el tormento que se le estaba infligiendo llegara de una vez a su término. El guardia corpulento que había aparecido en el patio lívido como el papel se desplomó bruscamente sobre la arenilla y precisó de la ayuda del médico allí presente para recuperarse. Luciano seguía debatiéndose entre la vida y la muerte, logrando incluso proferir agudos y brevísimos alaridos que de ningún modo semejaban los de un ser humano. El director de la prisión, que en su nerviosismo había terminado tropezando sin querer conmigo, murmuró: «Santa María madre de Dios.» El verdugo alzó la cabeza y sus ojos extraviados buscaron con impotencia y apremio los de su padre. Me volví hacia el verdugo veterano y lo vi apretar las mandíbulas con dureza, reacio a moverse, clavándole a su hijo una mirada de recriminación, como diciéndole «te has equivocado», y esperando que fuera él quien se sobrepusiera por sí mismo a aquel espantoso instante de duda y cumpliera correctamente con su cometido. La situación empezó a tornarse insoportable. Luciano llevaba alrededor de un minuto con el cuello medio quebrado, sus quejidos rebotaban en los muros y producían un eco irreal, como si en realidad los tuviese uno dentro del cerebro, en su mismo centro, y cuando el desdichado hacía una pausa, pugnando por encontrar aire, se percibía con total claridad cómo su pecho trataba de hincharse y la cuerda lo encallaba con un ligero crujido. Tanco

Linares apartó finalmente la mirada de la de su padre y la dirigió de nuevo al paño negro, que se había ladeado unos centímetros a la izquierda y amenazaba con caerse, pero sus manos no efectuaron todavía movimiento ninguno, no encontraba el hombre la forma de desatrancarlas, se habían solidificado al hierro, formaban parte de él. «¡Por el amor de Dios, que alguien detenga esta carnicería!», suplicó alguien a mi lado. Comprobé que había sido uno de los abogados, un hombre alto y bien parecido. El director seguía junto a mí, más empequeñecido que nunca, cubriéndose la boca con un pañuelo azul en un diáfano gesto de pavor e incapacitación del todo impropios en alguien que, según sus palabras, había tenido que asistir a demasiadas ejecuciones. No fui consciente de que Tancredo Linares había echado a andar. Cuando lo vi se hallaba ya a dos metros de distancia del garrote. Caminaba reciamente, clavando con determinación los zapatos en la arenilla. Durante una fracción de segundo creí que iba dispuesto a golpear a su hijo y que le sermonearía por incompetente mientras Luciano, cuyos gritos habían perdido vigor pero que seguía intentando respirar con una voluntad que ya sólo podía inspirarle a uno una infinita lástima, se debatía en el palo. Tancredo Linares llegó junto a su hijo, le plantó una mano en el pecho y, con firmeza y desprecio, le ordenó: «¡Aparta!» El empujón tiró para atrás a Tanco Linares, que se fue de espaldas contra el muro y allí se quedó, desmadejado como un pelele, mientras su padre, con una sólida calma de veterano ilustre, agarraba la manivela y le daba el definitivo cuarto de vuelta que faltaba, cortando de raíz los estertores y convulsiones de Luciano. El silencio cayó como una losa y dejó el patio arrasado por una calma que todos habíamos perdido la esperanza de recuperar. Sentí en mi interior una paz tan repentina que tuve que permanecer unos segundos con los ojos cerrados, concentrado en que mis rodillas no cedieran, pues nada anhelaba más en aquel momento que dejarme caer y tumbarme sobre la arenilla a esperar que el horror se borrara de mis oídos y retinas. «Gracias a Dios», murmuró la voz del director alejándome de mis pensamientos. Abrí los ojos y le vi secándose el sudor de la frente con su elegante pañuelo azul. El médico se había acercado al garrote y le tomaba el pulso a Luciano Montés, que se había quedado petrificado tras la intervención de Tancredo Linares y ya no había vuelto a dar señal ninguna de vida. El paño negro, afortunadamente, no había llegado a caer, ahorrándonos así a todos los presentes las horribles muecas que aquel pobre desdichado hubo forzosamente de hacer en su eterna muerte. El médico negó con la cabeza, esto es, que aún había pulso, y nos limitamos a esperar ese final que no se producía. Los dos verdugos se habían quedado inmóviles tras el palo, el inexperto ligeramente más atrás que su padre, como ocultándose y ensimismado en sus zapatos; el veterano fumaba otro pitillo y miraba al reo con una

curiosa expresión que, con sinceridad, no supe si atribuir a una callada y tardía disculpa o, simplemente, a una fría mirada analítica que, como profesional avezado en el oficio, debía de surgirle ya de manera espontánea al comprobar y evaluar el resultado de su trabajo. El médico tardó nueve minutos en asentir y de ese modo confirmar la muerte de Luciano Montés, señal que el director rubricó con un suspiro de alivio. En rigor, no habrían transcurrido ni quince minutos entre que Luciano se hubo sentado en el garrote y el médico dio a entender que el corazón había dejado de latir, pero jamás en mi vida un cuarto de hora se había prolongado durante tanto tiempo y tampoco creo que vaya a vivir jamás una experiencia como la que viví aquella madrugada de mil novecientos cincuenta y ocho, en la que me fue concedido el dudoso honor de asistir a la ejecución del asesino Luciano Montés. No importa cuántos argumentos se esgriman a favor de la pena de muerte y la forma en que ésta quiera justificarse, no soy desde luego ajeno a la consabida teoría de que la pena capital no sólo limpia nuestra sociedad de indeseables, sino que además es aleccionadora y ejemplarizante para quienes tengan la tentación de incurrir en algún tipo de crimen, suponiendo, que ya es mucho suponer, que eso de ser un criminal pueda uno elegirlo como si de un oficio se tratara. Me tengo por persona respetuosa y tolerante con las ideas de los demás y, por lo tanto, respeto esos argumentos por cuanto puedan tener de ciertos, pues ya se sabe que la forzosa subjetividad a que estamos sometidos no nos permite a veces conjeturar con acierto determinados asuntos ajenos que no nos atañen de manera directa, pero en mi opinión —y esto que voy a decir lo puedo afirmar con absoluto conocimiento de causa, recuerden que yo estuve allí mirando de frente a Luciano Montés mientras moría—, la pena de muerte, en esencia, no es más que el primitivo instinto de venganza que el ser humano conoce desde la noche de los tiempos y que, aplicado en pleno siglo veinte y, por ende, en nombre de la justicia y de la sociedad, no es más que un retroceso del cual deberíamos avergonzarnos. Así que admitamos de una vez por todas ese impulso ciego y vengativo que subyace en la aplicación de la pena capital y atrevámonos a desenmascararla terrible hipocresía que encierra el hecho de ejecutar a nuestros reos con la misma crueldad y alevosía por las que se supone que los condenamos a ellos. No nos escudemos, pues, en nuestra cómoda posición de ciudadanos ejemplares y anónimos y afrontemos la situación como lo hizo —según supe más tarde—, el desafortunado verdugo Tanco Linares, que renunció a su oficio unos días después de la trágica muerte de Luciano Montés. Esa renuncia debería ahora servirnos a todos como reflexión definitiva e irrevocable, pues son ellos, los ejecutores de la justicia, quienes conocen mejor que nadie y más de cerca el instante fatal en que culmina ese mecanismo judicial que se ha dado en llamar pena capital pero que, en el fondo y sin tapujos, no es más que un

asesinato legal. Tanco Linares se dio cuenta de ello. Que nos sirva de ejemplo.

Levanté la cabeza del libro, ¿que nos sirva de ejemplo?, ¿qué coño…?, volví al libro, retrocedí unas líneas, *que renunció a su oficio unos días después de la trágica muerte de Luciano Montés*, ¿qué coño significaba eso?, se me fueron los ojos al suelo, *qué hijo de puta*, mascullé, casi sonreí, casi grité, ¿renunciar a su oficio?, ¿renunciar a su…?, *pero ¡qué hijo de la gran puta!*, ¿qué rollos me había soltado entonces sobre los verdugos y la madre que los parió?, ¡pero si no había tenido huevos ni para ejecutar a aquel tío!; me puse de pie, las paredes de la habitación se habían inclinado, caían sobre mí, *tiene que ser mentira*, me dije, *¡esta mierda de libro tiene que ser mentira!*, me senté en la cama otra vez, *están hablando de otro verdugo, ¡tienen que estar hablando de otro verdugo!;* arrojé el libro contra la almohada, me calcé las Adidas, me apoyé en el respaldo de la silla, *¡no ha ejecutado ni a un puto reo en toda su vida!*, moví la cabeza, *¡no puede ser, no puede ser!* Me aparté de la silla, me revolví e inicié otro gesto, vi mi mano agarrando el picaporte de la puerta y soltarlo con rabia, ¡mentiras!, eso era lo que había a mi alrededor, todo el mundo contándole sus mentiras al gilipollas de turno, al ignorante de mierda que no se enteraba de nada; rocé una pared, estaba dejando atrás el pasillo, no supe lo que hacía hasta que me vi en el comedor tirando bruscamente de las llaves del coche.

Al lanzar el Ford Fiesta a toda velocidad por la carretera Laurea Miró tuve la sensación de abrir en canal la tarde del domingo, arrollando cuanto sucedía en cada ventana divisada al azar, en cada sombra entrevista en un portal; pisaba el acelerador y reventaba a aquel hombre absorto en el semáforo, a aquella mujer tan feliz con su bebé en brazos, *esta tarde voy a su casa para pasarlas a limpio en su máquina de escribir*, a Belén mientras tecleaba en la maldita máquina de escribir del pijo, *si me acuesto con Rubén es porque me gusta*. Dejé atrás Sant Feliu y poco después alcancé el desvío del ladrillar, el coche saltó por el camino de tierra y zozobró sobre los socavones y las piedras, los amortiguadores crujían como si fuesen a partirse; crucé la entrada del ladrillar, me lancé contra el barracón de la oficina como si quisiera hundirme en él y pisé el pedal del freno en el último instante, las ruedas se clavaron y el coche resbaló sobre la tierra y la gravilla del suelo mientras yo soportaba la inercia apoyándome con fuerza en el volante, una nube de polvo rojo pasó por encima del Ford Fiesta. Abrí la portezuela y salí al exterior, desde allí veía ya la casa de Linares y oía los ladridos de *Credo, ¡puto perro!*, la casa se venía contra mí conforme yo me iba a

por ella, podría arrojarme de cabeza por una de las ventanas y romper el cristal en mil pedazos; me dirigí a la puerta, el mastín apareció frente a mí procedente del patio trasero, ladrando con furia, *te reviento la cabeza de una patada, cabrón*, le susurré, y él hizo el amago de morderme los tobillos, la puerta de la casa se hallaba entornada, la empujé, crucé el umbral y cerré de un portazo, escuché el topetazo de *Credo* al lanzarse contra la puerta y rascar la madera con sus garras. Linares estaba sentado en su silla frente al televisor encendido y me miraba con una ligera expresión de alarma, medio incorporado sobre el codo, había interrumpido el gesto de levantarse al comprobar que era yo.

—Ah, hola, Daldo —se tranquilizó, y se escoró hacia la derecha para coger del suelo la botella de Veterano.

Me planté ante él, las voces enlatadas del televisor chirriaban de una manera insoportable y volví la cabeza hacia el aparato, pistoleros a caballo disparándose unos a otros en medio de un pueblo, gritos, llantos. Alargué el brazo y pulsé el botón *off*, la pantalla se volvió negra; Linares se volcaba un poco de brandy en la copa que tenía en el reposabrazos y me miró alzando las cejas.

—¿Quién es Luciano Montés? —le solté.

Sus cejas cayeron, dejó de llenarse la copa.

—¿Quién?

—Luciano Montés —repetí—, ¿quién es?

Se inclinó para dejar de nuevo la botella en el suelo y volvió a incorporarse lentamente, se llevó la copa a los labios, hizo una mueca.

—El primer reo al que ultimé —respondió sin mirarme.

—¡Y una mierda! —me abatí sobre él, se encogió.

Credo seguía ladrando y arañando la puerta.

—El inexperto verdugo no fue capaz de completar el giro de la manivela… —dije, como si lo estuviese leyendo—, ¿le suena de algo?

Tragó saliva.

—¡Dígame que es mentira! —le exigí.

Bebió un poco más de brandy.

—¡Dígame que el puto libro miente!

Sus ojos se hundieron, *que renunció a su oficio unos días después de…*, ¿cómo era posible que…?

—¡No tuvo huevos, Linares! —le grité—, ¡no tuvo huevos y yo ahora me cago en todas sus putas batallitas de viejo!, ¿me oye? —estaba tan rabiosamente cerca de él que tenía que pegarle—. ¡Me cago en todo eso de que se lleva en la sangre y en eso de que un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer y en todas esas

gilipolleces de mierda!

Me clavó la mirada, opaca, lejana. Di media vuelta, abrí la puerta de la casa y *Credo* se levantó sobre sus patas traseras, iba a saltar sobre mí, *¡si me muerdes te mato, cabrón!*, le grité. Salí al exterior y fui al patio trasero, notaba el aliento caliente del perro tras de mí, sus ladridos eran tan fuertes que llenaban el aire; me metí bajo el entoldado, atravesé la penumbra, tiré del asa del baúl y lo arrastré a la luz caminando de espaldas, el mastín saltaba a mi alrededor y me gruñía; el baúl estaba cerrado con llave, *mierda*, miré a derecha e izquierda y regresé a las sombras del toldo, encontré una caja de herramientas, hundí la mano en ella y empuñé un grueso martillo de cerrajero; me arrojé sobre el baúl, una de las patas del mastín me rozó y lo amenacé con el martillo, *¡si me tocas te abro la puta cabeza!*, el perro retrocedió con pasos nerviosos y se quedó dando vueltas como una bestia enjaulada, acechándome, descargué el martillo con fuerza contra una de las cerraduras del baúl, el hierro era antiguo y se doblegó al tercer golpe, golpeé una vez tras otra, la madera se astilló, otro golpe, luego hundí la otra cerradura, dejé el martillo en el suelo y arranqué las chapas de las cerraduras con las manos, levanté la tapa de un tirón y agarré la caja oscura, oí el tintineo de hierros; al erguirme miré por una de las ventanas de la casa y me encontré con los ojos de Linares fijos en los míos a través del cristal sucio, allí sentado tenía un aire desvencijado de mentiroso inútil, un bulto sacado de sus propios baúles; eché a andar y tropecé con la argolla donde sujetamos a *Rafaela*, mantuve el equilibrio de milagro, me volví y vi que la pequeña trampilla se había abierto, la cerré de una patada. Alcancé la puerta de la casa, entré y la cerré de golpe dejando nuevamente al animal fuera; los ojos de Linares me esperaban sin expresar nada, dos agujeros, pero yo veía salir por ellos, en tropel, las ratas de su parte oscura, las ratas de su puta trastienda. Arrojé la vieja caja en su regazo y él, al revolverse con un gesto asustado, derramó unas gotas de brandy de la copa.

—¡Demuéstremelo! —le ordené.

—De qué hablas —ni siquiera tuvo fuerzas para preguntarlo.

—¡Demuéstreme que todos los rollos que me ha soltado no son un cuento chino! —di un paso hacia él—. ¡Demuéstremelo, Linares, me cago en la puta!, ¡monte el garrote de los huevos y demuéstremelo!, ¡en el almacén de herramientas tenemos maderos y postes!

—¿Te has vuelto loco? —me despreció.

—¡Móntelo ahora mismo!

Me miraba con aire de superioridad.

—¡Móntelo, hijo de puta! —chillé—. ¡Móntelo y matemos a

alguien!, ¡a quien sea!, ¡demuéstreme que tiene huevos!

Movió la cabeza lentamente, como si tratara con un lunático.

—¿Qué fue lo que le dijo su padre, Linares? —ataqué—. Venga, haga memoria, ¿qué le dijo?

—A mi padre ni lo mientes.

—¡Qué le dijo!

Sus ojos cedieron de pronto, se pusieron al descubierto.

—*¡Aparta!* —exclamé, e hice el gesto de empujar a alguien dándole un manotazo en el pecho—, ¿no fue eso lo que le dijo, Linares? *¡Aparta!* —repetí el gesto; la boca de Linares se endureció, en la piel de su cara parecían haberse asomado todos los huesos—. ¡Ese Luciano Montés estuvo dos minutos ahogándose en el garrote!, ¿tampoco se acuerda de eso?

—Mejor te callas ya.

Credo seguía ladrando al otro lado de la puerta.

—¡Ha sido usted quien me ha echado toda esta mierda encima! —me había inclinado de nuevo hacia él y tenía su rostro anguloso a un palmo de distancia del mío—, ¿no se da cuenta?, ¡toda esa mierda de la pena de muerte y el garrote!, ¿y ahora quiere me calle?, ¡no tiene ni puta idea de cómo estoy, Linares!, ¡me ha jodido la vida!

—Entodavía eres un crío, hombre —dejó la caja en el suelo con gesto indolente—, nadie ta jodío na.

Mi mano se fue repentinamente a su cuello, mis dedos apresaron y apretaron y Linares aguantó la embestida como si aquello no fuese más que una chiquillada, el muy hijo de puta no pensaba defenderse; el mastín seguía arreciando contra la puerta, lanzando cabezazos y zarpazos; mi mano apretó un poco más, el cuello de Linares tenía la piel cuarteada y la nuez muy marcada, *ahora soy yo el verdugo*, pensé, *ahora soy yo quien…*, lo solté bruscamente, sólo era un pobre viejo chiflado.

—No es tan fácil matar a un hombre, ¿no verdá? —dijo.

Sus ojos volvieron a retirarse, los huesos de su cara se hundieron, no sonreía, pero se estaba riendo de mí.

—¡Váyase a la mierda! —le escupí.

Di media vuelta, abrí la puerta y encaré a *Credo, ¡me cago en tu puta madre!*, le grité, y el perro saltó y se lanzó a por mí; logré esquivarlo a medias y sus colmillos se hundieron en la puntera de una de mis Adidas, lancé un grito, *me agarras ahora asín del cuello y estás muerto, ¿no me comprendes?, si yo quiero estás muerto*, ¡el puto perro, fiel a su puto amo!; tiré con fuerza hacia atrás, conseguí zafarme de aquellos colmillos y choqué de espaldas contra la pared de la casa, *Credo* se había quedado con mi zapatilla de deporte

izquierda en la boca y la sacudía frenéticamente de un lado a otro; comprendí que Linares no saldría en mi ayuda, me había quedado solo. Instantes después el mastín soltó la zapatilla y se arrojó de nuevo contra mí, lancé la pierna derecha hacia delante, un espasmo rabioso, y mi pie impactó con fuerza contra su cabeza, sonó como si hubiese chutado un saco de arena, una corriente de dolor me trepó hasta la rodilla; el perro apenas se desequilibró y se recompuso para atacar una vez más, pero entonces se quedó estático, observándome y gruñendo, aturdido, mi zapatilla de deporte estaba en el suelo justo detrás de él, vuelta del revés, sería una locura intentar recuperarla. Empecé a alejarme sin perder de vista al animal ni apartar la espalda de la pared, cojeando, quizá me había roto algún hueso del pie; la fachada de la casa terminó y me detuve, *Credo* se había echado al suelo y con la pata trasera se tocaba una y otra vez detrás de la oreja, allí donde yo le había golpeado, casi daba la sensación de que se había olvidado de mí. Di un último paso, me volví y eché a correr por la ligera pendiente hacia el barracón de la oficina y el Ford Fiesta, las piedras del suelo se me clavaban en el pie descalzo, *no te pares*, me empujé, *si te paras ahora…*, eché un vistazo por encima del hombro, el mastín no aparecía, seguí corriendo, alcancé el barracón de la oficina, giré a la derecha con demasiada brusquedad y la cojera me arrojó de bruces contra el capó del coche; de repente oí el furioso repiqueteo de las garras de *Credo* clavándose en la tierra, miré hacia atrás y lo vi venir a toda velocidad, una masa borrosa de carne, cuatro patas arrancándole zarpazos al polvo rojo del suelo. Me incorporé, apenas notaba ya el dolor de los pies, lo único que me importaba era entrar en el coche, *no te caigas*, me supliqué, *no te caigas*, me sentía lentísimo, las piernas metidas en arena o barro, me llevé la mano al bolsillo y empecé a preparar la llave del coche, me temblaban los dedos, oía ya los jadeos del perro y lo busqué de reojo, lo tenía a diez metros, la portezuela del Ford Fiesta estaba allí mismo; alargué el brazo, la cerradura parecía inalcanzable, *no me da tiempo*, choqué contra la portezuela como si pretendiese atravesarla, *no me da tiempo*, la llave entró cuando me envolvía ya un eco de gruñidos, la puerta se abrió, los colmillos de *Credo* hurgaban el aire cercano, salté dentro del coche y cerré de un tirón al mismo tiempo que un fardo plomizo arremetía contra el cristal de la ventanilla; lancé un alarido, el Ford Fiesta se bamboleó, quise introducir la llave en el contacto y fallé, otra embestida feroz hizo crujir la portezuela, volví la cabeza, *Credo* se había erguido sobre sus patas traseras y aplastaba el morro contra el cristal, su propio vaho y sus babas le desdibujaban los ojos, pero estaba sin ninguna duda mirándome fijamente, *¡puto perro de mierda!*, un sonido familiar me desconcertó, ¡el motor!,

había conseguido ponerlo en marcha y estaba ya soltando el freno de mano. Al pisar el acelerador ignoré los fogonazos de dolor en los pies y, aferrándome al volante, me dirigí a la salida, ni siquiera miré por el retrovisor para comprobar si el perro me seguía, me dejé llevar camino abajo por el rugido del motor, no veía los socavones, me hundía en ellos y luego salía rebotado hacia arriba; en una de aquellas sacudidas me golpeé la cabeza contra el cristal de la ventanilla con tanta fuerza que durante unos segundos todo se agitó ante mis ojos, ¿había soltado el volante?, pisé a fondo el pedal del freno y el coche derrapó, me iba contra los zarzales que se enredaban a la derecha del camino, tras ellos se levantaba un muro de ladrillos, solté el pedal del freno y lo pisé levemente varias veces, las ruedas obedecieron y todo dejó de girar a tanta velocidad. Había logrado detener el Ford Fiesta a un metro del muro, los zarzales se habían aplastado contra la portezuela y los cristales de las ventanillas, había polvo por todas partes.

Me quedé inmóvil, con las manos aferradas al volante, jadeando; a lo lejos, a unos ciento cincuenta metros, se adivinaba ya la carretera 340. Aspiré aire profundamente y apoyé la frente en el volante, ¿por qué se habían empeñado todos en joderme?, ¡qué gente de mierda!, me echaban encima sus putas ratas, me arrojaban a la cara la trastienda de sus vidas y se quedaban tan anchos; abrí los ojos sin apartar la frente del volante, ¿y si empezaba yo a echarles mi mierda a ellos?, ¿y si llegaba a la carretera y, en lugar de girar a la izquierda, doblaba a la derecha, me metía en la autopista A-7 y me iba a tomar por el culo?, ¿qué podía perder?, *¡que se queden todos aquí!*, me dije, *¡que se jodan, que me olviden!*, ¿por qué no?, buscar otra ciudad, dejar atrás ese fango de vidas pequeñas, sonaba bien, pero ¿dónde podía ir?, no conocía a nadie fuera de Sant Feliu y no tenía suficiente dinero para alojarme en ningún sitio, debería además buscarme un trabajo con el que pagar una hipoteca si pretendía vivir solo, adiós a mi idea de estudiar, no me lo podría permitir, ¿y a quién acudiría si en esa nueva ciudad me surgiese cualquier contratiempo? Me sentí embotellado en el Ford Fiesta, sin recursos, ¿cómo coño se dejaba atrás una vida pequeña?

Cuando levanté de nuevo la cabeza, *Credo* estaba delante del coche, a unos cinco metros de distancia, jadeando en medio del camino, con el lomo lleno de polvo y el morro empapado de baba, mirándome como si hubiese tomado la determinación de seguirme hasta los confines del mundo, me esperaba con la cabeza medio gacha, aguerrido, todo músculo, sus gruñidos se oían incluso a través de las ventanillas cerradas. Con el codo hice descender el seguro de la puerta y puse primera; antes de soltar el embrague

aceleré unas cuantas veces para ver si lograba asustarlo con el sonido del motor, pero no se movió, se le habían afilado las orejas hacia atrás y comprendí que no tenía ninguna intención de apartarse del camino porque así se lo habría ordenado Linares, *vete a por Daldo, ultímalo*. Solté lentamente el embrague y me detuve a unos tres metros del perro, sus ojos se habían empequeñecido, un desafío, *¿te atreves?*, parecía Joan Pons cruzando la calle después de dejar las bolsas de basura en el suelo, *no es tan fácil matar a un hombre, ¿no verdá?*, yo le había echado en cara a Linares su cobardía y él me la había echado en cara a mí, me conocía, yo también me conocía, lo de Joan Pons, lo de Raquel, incluso lo del propio Linares…, todos a medias, tan sólo amagos y nada más, mucho ruido y al final retirada, ¡menudo Angelito de la muerte de mierda!; el mastín soltaba espumarajos, la proximidad del coche no lo asustaba, *échalo tú, Daldo*, el pie descalzo sobre el embrague me quemaba de dolor, *lo hago, lo hago*. Lo levanté de pronto y me lancé contra el perro, sonó un golpe terrible, el morro del coche se levantó y cayó, el volante dio un par de tirones y casi me arroja fuera del camino, los socavones apenas me permitieron mirar fugazmente por el retrovisor, el bulto negro aplastado en el suelo, *dios mío*, fijé la vista al frente, el camino era larguísimo, la carretera 340 parecía alejarse.

El amanecer del lunes no fue más que un alivio escaso a través de la ventana, un punto de luz que no logró retirar la profundidad de la noche de las paredes de mi cuarto, ese peso oscuro, la imagen de *Credo* derrumbado en medio del camino, muerto; cambié de postura y aparté la sábana, quedaban todavía algunos minutos para las seis, algo más de media hora para que sonara el despertador, ¿habría descubierto Linares el cadáver del perro? Tras huir del ladrillar había pasado el resto de la tarde del domingo metido en el coche, escondido en una curva de la carretera de Vallvidriera, más allá de la ermita de Santa Creu d'Olorda, buscándome en la Electric Light Orchestra para huir del silencio, *soy Ángel Daldo, soy Ángel Daldo*, atormentado por la duda de si volver o no al camino del ladrillar a comprobar si el perro había muerto o tan sólo había quedado mal herido, *tengo que avisar a Linares*, me decía una y otra vez, *ha sido un accidente*, como excusa serviría, pero un instante después me parecía una humillación, *¡que se jodan los dos!*, me convencía, y luego volvía a dudar e imaginaba que el mastín, efectivamente, no había muerto y Linares se lo llevaba a casa y le curaba las heridas, *me matará*, me repetí unas cuantas veces, hundido en el asiento del Ford Fiesta con la vista fija en la maleza que se apiñaba en los márgenes de la carretera, *ya no necesitará al perro, me matará él*. Sobre las nueve de la noche puse el coche en marcha, ya no soportaba más la inmovilidad, llevaba casi dos horas allí metido, y tomé la carretera de Vallvidriera en dirección a Barcelona para no verme obligado a pasar cerca del ladrillar, *que se jodan los dos*, entraba y salía de las curvas como si quisiera joderme yo también, morirse lo solucionaría todo, *dejo el volante recto y se acabó*, pero llegaba la curva siguiente y viraba en el último momento, derecha, izquierda, la carretera era una mancha de cemento que iba colándose a toda velocidad por debajo del coche; en un viraje brusco la rueda delantera rozó el arcén y pisó un pequeño socavón que hizo crujir los amortiguadores, el golpe seco de *Credo* contra el parachoques, el perro desapareciendo bajo el Ford Fiesta, *lo he matado*, había sido como embestir una roca; la carretera inició su descenso hacia la zona alta de Barcelona, y una vez en la ciudad enfilé la avenida de la Bonanova y regresé a Sant

Feliu por la autopista A-2. Cuando llegué a casa ya casi había oscurecido, abrí la puerta con normalidad y aproveché que mi madre estaba en la cocina preparando la cena y mi padre fumando en el balcón para saludarlos sin detenerme y escabullirme por el pasillo, iba sin una de las zapatillas de deporte y no había preparado ninguna excusa. Me encerré en mi cuarto y arrojé enseguida al fondo del armario la Adidas que me quedaba, ya buscaría el modo de deshacerme de ella, me senté en el borde de la cama y me quité el calcetín izquierdo, el pie parecía hinchado y ligeramente amoratado, *perro de mierda*, por suerte los colmillos no habían logrado atravesar el cuero de la zapatilla de deporte, me lo masajeé temiendo que hubiese algún hueso roto. Al cabo de unos minutos mi madre abrió la puerta de la habitación para informarme de que la cena estaría lista enseguida, *no tengo hambre*, le dije metiendo de nuevo el pie dentro del calcetín, *no me encuentro bien*, ella quiso saber a qué se debía, la vi preocupada y le contesté que no era nada, *Ángel*, insistió, *últimamente no te vemos muy*…, me puse en pie, *estoy bien, mamá*, la corté, *es sólo un poco de dolor de cabeza;* en cuanto salió me dejé caer en la cama en camiseta y calzoncillos y me enfrenté a la noche con la desesperación de haber hecho algo irreparable, *Linares no me lo perdonará*, pero también con el orgullo de haber sido capaz de hacerlo, *ahora me tendrá en cuenta*, no estaba dispuesto a ser por más tiempo el pardillo de turno a quien se le podía mentir sin más.

Los minutos en el despertador caían como pesadas piedras, las cinco cincuenta y uno, el cadáver del animal, si seguía allí, sería lo primero que encontrarían los compañeros al llegar al ladrillar, y a nadie se le escaparía que se trataba de un atropello, se preguntarían quién podría haberlo hecho y descartarían en el acto la posibilidad de que hubiera sido un camión, no sólo porque los camioneros que frecuentaban el ladrillar conocían a *Credo* y ninguno de ellos se hubiese dado a la fuga, sino porque algunos trabajadores como mi padre, Lobo Castilla o Escudé habían estado el sábado por la mañana desayunando en el ladrillar y recordarían perfectamente que el cadáver del mastín no estaba tirado en medio del camino, o sea que sabrían que el atropello había tenido lugar entre el sábado por la tarde y el domingo por la noche, justamente cuando ninguna persona solía ir ni venir del ladrillar; intenté tranquilizarme, *nadie sabe que estuve allí*, pero fue inútil, *lo sabe Linares*, me dije, *lo sabe él y con eso es suficiente*, no me veía capaz de esperar más, necesitaba saber, *ahora mismo, ya*, si el perro seguía muerto en el camino aún disponía de tiempo para meterlo en el maletero del coche antes de que llegaran todos y llevármelo lejos del ladrillar, arrojarlo en cualquier cuneta o agujero.

Me vestí y salí de casa poco después de las seis, casi tres cuartos de hora antes de lo habitual, el pie izquierdo seguía doliéndome y me obligaba a cojear, y el empeine del derecho latía sordamente, ¡qué dura tenía la cabeza el perro de los huevos! Arranqué el Ford Fiesta con prisa, *seguirá allí tirado*, supuse, pero era una suposición basada tan sólo en la esperanza, lo más probable sería que no, *ya lo habrá enterrado junto a* Rafaela, un cementerio ese patio trasero. Al pasar frente al Centre Comercial Rius eché el coche sobre la acera y entré en el bar Avenida; pedí una copa de Veterano y me la bebí en dos tragos, *yo también puedo ser un hijo de puta*, pedí otra, el barman me sirvió con indiferencia, había otros hombres volcados sobre la barra dispuestos a enfrentarse a trabajos que detestaban, a sus vidas pequeñas, no conocía a ninguno de ellos, no recordaba haber entrado nunca en aquel bar. Regresé al coche, el brandy ardía en mi estómago y empequeñecía lo que me esperaba en el ladrillar, me veía capaz, *si el perro no está doy media vuelta*, no tenía ninguna intención de aparecer allí tan temprano ni tampoco de ir a casa de Linares a decirle nada; el único problema era que a lo largo del día, tal y como habíamos quedado, debería ir tarde o temprano en su busca para cobrar la reparación de la viga, ¡la reparación de la viga!, ¡joder, si parecía que habían transcurrido años desde entonces!, ¿cómo había podido desembocar esa reparación en la muerte de *Credo*? En cuanto tomé el desvío del ladrillar, como los primeros doscientos metros se desarrollaban prácticamente en línea recta, ya vi que el cuerpo de *Credo* había desaparecido; aminoré la velocidad conforme me acercaba al punto donde había quedado desmadejado y fui observando los zarzales y los márgenes del camino por si el perro, malherido, se hubiese ocultado en ellos y allí hubiese muerto acurrucado; vi una mancha de sangre donde había caído el animal y detuve el Ford Fiesta, la mancha ennegrecía la tierra, *no bajes del coche*, me dije, miré a derecha e izquierda, la sangre se había secado y podría pasar por una mancha de aceite o de gasoil, a veces sucedía, pero yo sabía lo que era, y había demasiada, *lo maté*, resolví, no podía seguir vivo tras perder tanta sangre, *lo maté y Linares se llevó su cadáver*. Puse la marcha atrás, di media vuelta y conduje hasta un espacio que se abría entre los hierbajos del margen derecho, la pequeña explanada donde a veces se detenían algunos camioneros a echar una breve siesta o a limpiar el polvo que se colaba en el interior de la cabina; orienté el Ford Fiesta de tal modo que yo pudiese ver el camino pero nadie pudiese verme a mí y me dispuse a esperar, pasaban cinco minutos de las seis y media. A las siete pasó el Seat Ritmo de mi padre, seguido del Talbot Horizon de Lobo Castilla, y poco después, algo rezagado, el Barreiros Azor de Escudé escupiendo humo negro por el tubo de

escape y sumiendo el camino en un nubarrón de polvo; aguardé a que se despejara el camino, puse el motor en marcha y me dirigí al ladrillar.

La mañana transcurrió con ese aire mortecino que se había apoderado ya por completo de los trabajadores, que erraban entre las máquinas con su pesadumbre a cuestas, sin apenas tareas que hacer; se había determinado que la trituradora funcionaría tan sólo unas horas al día y que los hornos cocerían estrictamente las remesas de ladrillos, que fueran a venderse con seguridad, don Ramiro no quería producir material sobrante, y a mí me bastaron los cinco primeros minutos de la jornada para darme cuenta de que todos se veían a sí mismos ya como material sobrante, con los pies más fuera del ladrillar que dentro, inmersos en aquel lento final que aún se prolongaría durante dos semanas más. Entre las siete y las nueve de la mañana, la hora del desayuno, aparecieron tan sólo dos camiones en la zona de carga, contando el de Escudé, y como mi padre se encargó de ambos permanecí hundido en el asiento del toro con la mirada fija en la esquina de la oficina por la que siempre aparecía Linares cuando bajaba al ladrillar, *¿qué coño le diré si aparece?* No apareció. Fui a comerme el bocadillo al patio de almacenaje, solo otra vez, y mastiqué sin hambre, con los ojos puestos en la esquina del barracón de la oficina, casi sin parpadear, como si ya nunca fuese a ser capaz de mirar hacia otra parte; dejé el bocadillo a medias y lo envolví en el envoltorio de papel de periódico para arrojarlo al cubo de la basura, *¿y si paso del dinero que me debe?*, se me ocurrió, *¡sólo son diez o doce mil pesetas!*; apoyé la espalda en un palé de ladrillos y cerré los ojos, eso me evitaría el trago de tener que ir a verlo y darle explicaciones, porque además Linares no me estaría esperando en su casa con los brazos abiertos, no me invitaría a una copa de brandy, *ayer le llamé hijo de puta y cabrón y quién sabe qué cosas más*, lo mejor sería cortar por lo sano, el ladrillar cerraría en menos de quince días y con un poco de suerte no volveríamos a vernos nunca más, *¡si hasta quise estrangularlo, coño!* Me levanté y regresé con el toro a la zona de carga convencido de la decisión que había tomado, ese dinero no me suponía tanto, podría seguir viviendo sin él.

A la una nos fuimos a comer y me reconfortó precipitarme al interior del Seat Ritmo, escabullirme, alejarme de la esquina del barracón y de la temida aparición de Linares; antes de arrancar vi que mi padre guardaba la casete de Paco de Lucía en su estuche y en su lugar ponía una de Manolo Sanlúcar, fingí no darme cuenta y, con las primeras notas de *Caballo negro*, fijé la vista en el parabrisas temiendo que mi padre aprovechara la intimidad del coche para contarme lo de *Credo* y preguntarme si yo sabía algo, quizá durante

el desayuno alguien había hecho algún comentario sobre el atropello o sobre la extraña ausencia del perro, y mi padre, como yo tenía ahora más relación con Linares que cualquiera de ellos, querría averiguarlo, *que no diga nada*, rogué mientras Manolo Sanlúcar rasgaba la guitarra, no se diferenciaba mucho de Paco de Lucía, *que no diga nada*. No dijo nada.

Por la tarde oculté el toro tras una columna del patio de almacenaje y, sin perder de vista el barracón de la oficina, me enrosqué en el asiento a dejar pasar los minutos; en tres horas entraron en el ladrillar tan sólo dos camiones, mi padre se encargó de la entrega del material, y eso fue todo, ya no hubo más que hacer. Linares tampoco apareció. Al final de la jornada me lavé las manos en la manguera del patio para no coincidir con los demás en los lavabos y entonces pensé *el dinero es mío*, cerré el grifo y sacudí las manos mojadas en el aire, la viga estaba cambiada, el tejado reparado, era injusto que Linares se quedara con unas pesetas que yo me había ganado tarde a tarde durante casi dos semanas, ¡ese dinero me pertenecía!, pero ¿cómo iba a pedírselo después de haberle matado el perro? Caminé hacia el aparcamiento, *¿el perro?, ¿qué tiene que ver el perro con el dinero?*, además, su muerte no había sido estrictamente culpa mía, ¿o es que el cabrón no me había jodido desde el principio?, ¿qué coño iba a hacer yo?, ¿dejar que me matara?, *el dinero es mío y punto*, no iba a renunciar a él, ¡ni hablar!, *subo a su casa, cobro y se acabó*, vi a mi padre y a otros compañeros saliendo de los lavabos y, para no coincidir con ellos, me detuve simulando atarme el cordón de una de mis zapatillas deportivas; mi padre me saludó con un ligero ademán y se lo devolví, todos se metieron pesadamente en sus coches y comenzaron a ponerse en marcha. Continué caminando y miré cómo se alejaban entre el polvo, *voy a quedarme solo*, no parecía una buena idea acercarse en ese momento a casa de Linares, *sólo es un viejo, cuando lo agarré por el cuello ni siquiera se movió*, mi padre hizo sonar la bocina del coche al pasar junto a mí y levanté el brazo, *y sin el perro ya no es nadie*, era ahora o nunca, no quería arriesgarme a dejarlo para otro día y que Linares me dijera que habíamos quedado el lunes y que por lo tanto el plazo había vencido. Di media vuelta, había dos compañeros rezagados charlando frente al almacén de herramientas y eso me tranquilizó un poco; aun así, al pasar junto a la oficina, sentí el impulso de largarme a casa, ¿de verdad iba a mendigarle el dinero a Linares?, *es mío*, ¿y qué le respondería cuando me preguntara si yo había atropellado a *Credo*?, fuiste tú, ¿no verdá, Daldo?, o sea, tú lo mataste. Me detuve con la mirada fija ya en la casa, en las persianas bajadas, *cojo el dinero y me largo;* reanudé el paso, intenté acelerarlo, *le digo que lo del perro*

fue un accidente y ya está, no era tan complicado, si me amenazaba o intentaba agredirme podría chantajearlo con airear ese pasado que él tanto se empeñaba en mantener oculto, en el fondo lo tenía agarrado por los huevos. Llegué a la casa, no se oía nada, la puerta estaba cerrada y la golpeé con los nudillos, transcurrieron unos segundos, *vete*, Linares no dio señales de vida, golpeé nuevamente con más energía, ni siquiera me atreví a gritar su nombre, *vete ya*, no era normal tanta quietud, tanto hermetismo en puertas y ventanas como si Linares hubiese hecho las maletas esa misma noche y se hubiese largado sin más. Me dirigí al patio trasero y entonces, al dejar atrás el recodo de la casa, vi en mitad del patio, clavado al suelo y levantado hacia el cielo, el grueso y oscuro palo del garrote, ese demonio salido de los viejos baúles de Linares que, finalmente, se erguía ante mí con su forma definitiva de madera y hierro en la que tantos se habrían sentado a morir durante tantos años.

—Joder —musité.

El palo, grueso como una viga, estaba hundido en el agujero que había bajo la pequeña trampilla, ese hueco que supe era idéntico a los que muchas cárceles tenían preparado en sus patios o cuartuchos para facilitar la instalación del garrote, y de repente supe también que no era casualidad que hubiese uno en el patio de Linares, seguramente lo había cavado él con sus propias manos, a conciencia, el único consuelo que le quedaba como verdugo que no había alcanzado la gloria de ser bueno en su oficio: tener un patíbulo en casa y demostrar, pese a todo, que él pertenecía a la dinastía de los Linares.

Una mano cayó con dureza sobre mi hombro y me vi arrastrado de pronto, quise mirar a la izquierda, me golpeé la cara con un brazo o un codo, la mano tiraba de mi camisa y me arrastraba casi en vilo hacia la silla.

—La muerte es esto, Daldo.

La bata gris de Linares era un borrón a mi alrededor, dos manos recias me habían dado la vuelta y me hacían ir de espaldas contra la silla, intenté apartarme, una pierna me zancadilleó y me hizo acular sobre el cojín, entreví un pañuelo negro sobre el ancho reposabrazos.

—Querías verla, ¿no verdá? —fui a levantarme y sentí la dureza de una cuerda contra las costillas—, pues es esto.

Abrí la boca para gritar, pero la cuerda pasó otra vez por delante de mí y se me hundió en el pecho, tomé una bocanada de aire. *Dios mío*, apoyé las manos en el reposabrazos para tomar impulso y la cuerda, puro acero, me venció, *Dios mío*, lancé un puñetazo contra aquella bata gris y una mano me engarfió la muñeca derecha, la

metió dentro de un nudo, quise defenderme a patadas y sentí un fogonazo de dolor en la muñeca izquierda, la cuerda las unió y apretó, el rostro de Linares se movía cerca de mí, una vaharada de brandy y sudor me nubló la vista, embestí con rabia las cuerdas, se me cortó la respiración, jadeé y noté un pie ya sujeto por el tobillo a las patas de la silla.

—¡Suélteme! —logré gritar.

Una mano se posó en mi frente y me echó la cabeza hacia atrás, el hierro estaba frío.

—¡Suélteme, por favor!

El chasquido metálico de la abrazadera que encerraba mi cuello en la argolla resonó en el aire, sentí una ligera presión en la nuez, el corazón me subía y me bajaba por la garganta; se volvió todo oscuro y me entró por la nariz un asfixiante olor a ropa vieja, el trapo negro, presentí a Linares colocándose detrás de mí, detrás del palo.

—¡No me haga esto, por favor, Linares, por favor!

—Ahora nos vamos a poner a rezar tú y yo el credo —susurró, *está agarrando la manivela*—, aquí na más que tú y yo.

—Si es por lo del perro…

—Creo en Dios Padre Todopoderoso…

—¡Por favor, Linares! —el trapo ahogaba mi voz.

—… creador del cielo y de la tierra…

—¡Yo no sé rezar, Linares, no sé…!

—… creo en Jesucristo, su único Hijo…

Noté una presión súbita y horrible en la garganta y todo el cuerpo se me vino abajo con una convulsión, *la muerte es esto*, tomé aire con aspereza, iba a morir, mis pulmones se contrajeron, los sentía a la altura de las rodillas, se contrajeron de nuevo, aún podía respirar, respiré, el corazón me reventaba en el cuello, apresado allí, y la cabeza me ardía, la trabajosa respiración de Linares me llegaba por la espalda, desde muy lejos.

—Asín morían los reos, Daldo.

Me dolían los ojos de tanto abrirlos en aquella negrura.

—Es na más que aquí nos falta entodavía media vuelta, ¿no me comprendes? —su voz metálica parecía la de Antonio López, ya medio borracho, en la taberna—. O sea media vuelta más y estás muerto.

Cerré los ojos, me subía una náusea desde lo más profundo, la silla parecía flotar sobre el adobe del patio, tragué saliva, lo peor eran las manos, no poder moverlas, y no ver nada, morir en la oscuridad, solo.

—No vuelvas a mentar a mi padre —Linares parecía pegado a

mi nuca—. Un padre es sagrao, Daldo, ya te lo dije, ya lo demás se va uno apañando, pero el padre de uno…

—Me estoy… mareando…

—Pero tú lo cuentas, ¿no verdá? —me pareció que sonreía al hablar—. Te mareas na más que por la impresión, pero tú lo cuentas porque a mí me se antoja asín, ¿no me comprendes?, o sea que a mí, ya puestos, media vuelta más no me cuesta na, pero yo no soy como tú, Daldo, que te se antojó matarme al *Credo* y me lo mataste.

—Por favor… —notaba un agujero en el estómago, un vacío, *voy a vomitar, me ahogaré*—, sáqueme de aquí…, por favor…

La argolla cedió y sentí como si fuese a explotarme el cuello, la luz me cegó y guiñé los ojos ante la bata gris que había aparecido frente a mí, entreví a Linares guardándose el trapo negro en el bolsillo, ponerse en cuclillas y, mediante movimientos rapidísimos, invertir el complejo sistema de nudos con que unos minutos antes me había sujetado los pies, las muñecas y el pecho; en cuanto estuve libre abrió la abrazadera delantera del garrote, me agarró por la pechera y me alzó con tanta fuerza que oí el chasquido de uno de los botones de mi camisa al saltar por los aires.

—Y ahora ándate a casa, Daldo —me arrastraba a través del patio, como asegurándose de que me marchaba, o quizá sujetándome—. Ahora ya sabes unas pocas de cosas más de la vida y la muerte que los chiquillos como tú no sabéis.

Al llegar a la altura de la casa me soltó con desprecio y seguí caminando solo a lo largo de la fachada, se me enredaban los pies, necesitaba salir de allí, me aparté un par de lágrimas de la cara, ¿desde cuándo estaba llorando?, no me volví, no quería ver a Linares allí de pie, mirándome, echándome toda su mierda encima; noté una corriente de aire frío que me trepaba por las piernas hacia la boca del estómago, una sensación brutal de soledad, de tristeza, *quiero mi vida pequeña*, el ladrillar se agitaba a mi alrededor cien veces más grande de lo que era, *sólo quiero eso, mi vida pequeña*, aquel frío me entumecía las piernas, *en mi vida pequeña todo es como tiene que ser*. Al llegar al coche me di cuenta de que me había orinado encima.

Salí de la ducha y me derrumbé en uno de los extremos del sofá, en el otro se encontraba mi padre con la mirada fija en el partido de fútbol del televisor, y a mi lado, sentada en su butaca, mi madre cosía el dobladillo de unos pantalones, *ya estoy en casa*, me dije, no sentí el alivio esperado, *ya estoy en casa*, allí permanecían en orden, inalterables, los ruidos, las posturas, los olores, *ya estoy en casa*. Al

llegar del ladrillar había metido directamente los pantalones y los calzoncillos en la lavadora en lugar de dejarlos, como solía hacer con la ropa sucia, en el respaldo de la silla de mi cuarto, y me había refugiado bajo el agua de la ducha como si yo llevara escrito en la cara que me había meado encima como un crío; al levantar los brazos para enjabonarme la cabeza noté aún el peso de las cuerdas en las muñecas, *me ató con un ballestrinque,* me palpé el cuello, las cervicales, el cuello otra vez, me pareció ajeno, descoyuntado por el frío hierro, muerto; al salir de la ducha había ido directamente del baño al comedor porque no quería enterrarme en la habitación hasta que llegara la hora de la cena, no podía. En el minuto treinta de partido, Sócrates marcó de penalti el primer gol de Brasil ante Polonia.

—Les van a meter un carro a estos polacos… —murmuró mi padre.

Su voz sonó cercana y familiar, como siempre que comentaba las evoluciones de un partido para compartirlas conmigo, una voz que formaba parte del revestimiento de aquella casa, llevaba años allí, yo había crecido con ella.

—A éstos sí les van a cerrar el cielo como no espabilen —dije.

—El cielo y lo que no es el cielo —sonrió mi padre sin apartar los ojos del televisor.

¿Por qué no podíamos entendernos?, ¿por qué no le había contado nada de lo que me estaba sucediendo con Linares?, ¿por qué no lo compartía con él y con mi madre?, ninguno de los dos sabía tampoco nada de lo de Belén ni de que se me había pasado por la cabeza la posibilidad de empezar a estudiar; ese silencio llevaba años entre nosotros y ya no podía borrarse escuchando una canción tras otra de la Electric Light Orchestra, ese silencio no. Mi padre cogió el paquete de Rex y se encendió un cigarrillo, sus manos también formaban parte de mi vida, ¡de niño me habían cogido en brazos tantas veces!, *un padre es sagrao, Daldo, ya te lo dije,* ¡me habían ayudado a cruzar tantas calles y dado tantas volteretas en el aire y curado tantas heridas!, ¿cuándo habían dejado de ser imprescindibles para mí?, ¿en qué momento se habían alejado?, las recordé retirando a Paco de Lucía del radiocasete del coche y poniendo a Manolo Sanlúcar, *ya lo demás se va uno apañando, pero el padre de uno…*, quería decirle que sentía haberles llamado ignorantes, que no era mi intención, que yo no era nadie para insultarlos.

—Siento lo que te dije de Paco de Lucía.

—Es normal que no te guste —me miró un solo instante.

—Lo dije sin pensar.

—Venga, venga —agitó una mano y dio dos caladas fugaces—, que si sigues hablando te vas a perder el segundo gol de los brasileños.

—Deja el fútbol, Bernabé —intervino mi madre levantando la vista del entramado de hilos—, no ves que tu hijo te está pidiendo perdón.

—Ya lo sé, mujer.

Lo sabía y con eso parecía tener suficiente, y yo regresé al partido como quien se deja caer en un rincón, y ya no supe cómo decirle lo que había querido decirle, ¿había querido realmente decírselo o sólo me forzaba a hacerlo? Al cabo de un rato, en el minuto diez de la segunda parte, Josimar marcó el segundo para Brasil y mi padre se echó a reír estrepitosamente y me preguntó algo, si me había fijado en no sé qué, le dije que no.

—¡Pero presta atención, hombre! —exclamó dándome un ligero manotazo en la pierna—, ¡mira que te he avisado, eh!

El partido nos unía, hacía de conmutador entre ambos, a través de él sabíamos qué decirnos, sabíamos reír y dedicarnos las bromas de siempre y darnos palmadas en la pierna o en la espalda, las evoluciones del balón transformaban a mi padre, lo sacaban de su pasividad y se hacía la luz entre nosotros, cobrábamos vida, nos conectábamos, un puto circuito electrónico dependiente de un interruptor con forma de campo de fútbol, cobre en lugar de sangre, menuda mierda.

—Por cierto, hijo —me alcanzó la voz de mi madre—, que me ha dicho tu padre que tienes abollado el parachoques.

Sus ojos me observaban con preocupación por encima de la fina montura de sus gafas de coser, mi padre seguía inmerso en el partido.

—Me dieron un golpe —me encogí de hombros, había sido como embestir una roca, fijé los ojos en el televisor, el amarillo de los brasileños, el verde del césped, el blanco y rojo de los polacos, los colores se iban y volvían—. Lo tenía aparcado frente al edificio de Belén y al salir de su casa me lo encontré así.

—¡Cómo es la gente! —se lamentó mi madre.

Apreté los dientes, *ni te lo imaginas, mamá,* el partido flotaba frente a mí envuelto en un amasijo de sonidos repetitivos, los jugadores se diluían en verde y lo que hacían no parecía tener ningún sentido, *asín morían los reos, Daldo,* alguien marcó un gol, ¿era el tercero?, *o sea, media vuelta más y estás muerto,* Linares se había reído de mí, ni siquiera me había pagado la reparación de la viga; mi padre me dio otro manotazo en la pierna, lo sentí rebotar en la boca del estómago, ¿qué me estaba diciendo?, abrí la boca

porque me subía un vértigo por el pecho, como si la mano de mi padre, convertida en un puño, me estuviese abriendo en canal garganta arriba; me pareció que los dos se daban cuenta de que algo no iba bien, mi madre llegó incluso a tocarme el brazo, pero no le dio tiempo a más. Me puse en pie como si me precipitara al vacío y corrí por el pasillo, era larguísimo, no se le veía el final, tropecé con una puerta y la empujé, caí de rodillas frente al retrete y vomité.

Unas anginas de nada, chaval, la voz grave del médico llegó hasta mí a través de los vapores de la fiebre. Me había pasado la noche revuelto conmigo mismo, atrapado por sábanas que eran láminas de arcilla cociéndose en los hornos, las apartaba y volvían enseguida frías como el hierro, y cuando abría los ojos me encontraba tragando escombros en un ladrillar rojo como el infierno, masticando polvo, y cuando los cerraba me daba cuenta de que estaba despierto y bebiendo agua, y el agua era real y no quería bebería porque me bajaba por la garganta como afiladas esquirlas de acero, y las sábanas se convertían en trapos negros que un Linares sin rostro me echaba encima. *Tres días de cama y listos*, añadió el médico, la lámpara encendida del techo le dibujaba una aureola alrededor de la cabeza y le daba un aire de ángel salvador realizando su trabajo, o al menos así debía de verlo mi madre, que al padecer conmigo mis vómitos y el duermevela de la noche no había dudado en llamar a primera hora de la mañana al ambulatorio para que viniesen a hacerme una visita domiciliaria, *ya se veía venir*, le dijo al médico al escuchar el diagnóstico, *el chico llevaba unos días raro y las madres tenemos un sexto sentido para eso*, se lo explicaba como si lo conociera de toda la vida, el médico le sonrió sin sonreír, *antibiótico en comprimidos*, dijo, *uno cada ocho horas*, recogió el instrumental y se marchó. Pasé el día dando vueltas en la cama, ardiendo de fiebre, cayendo en ese sopor invencible del sueño enfermo, despertando de golpe o volviendo a la vida, viendo aparecer y desaparecer en esos intervalos a mi madre con platos de comida que yo apenas probaba y con vasos de agua que apenas bebía porque habría preferido mil veces morir de sed antes que tragar una sola esquirla de acero más; cada ciertas horas, tenían que ser ocho, la mano de mi madre se materializaba delante de mí con una pastilla de antibiótico más, pequeñas pastillas que cortaban mi garganta como afiladas astillas de piedras trituradas, o esa misma mano me hacía levantar el brazo y me colocaba el termómetro en la axila y anunciaba la temperatura en voz alta como si diese el parte metereológico, *treinta y ocho con ocho, treinta y ocho con seis, treinta y ocho con siete*, esos números me hastiaban, y también las aspirinas que mi madre me daba para

combatirlos, porque yo sabía que una farmacia entera no bastaría para remediar aquello que me tenía aplastado a la cama, aquello que se había hecho tan grande en mi vida que casi había conseguido romperme el cuello y matarme.

A la mañana siguiente tuve la vaga conciencia de que entraban en casa voces desconocidas, dos o tres hombres que hablaban deprisa, ¿o era sólo uno?, y enseguida apareció en el aire de la habitación la cara de mi madre, borrosa y alegre, para comunicarme que habían venido los operarios de Telefónica, me lo dijo durante los segundos en que pude verla, y luego desapareció y yo parpadeé y desperté al cabo de dos o tres horas, y vi frente a mí una bandeja con la pastilla del antibiótico junto a un vaso de agua y un plato de lentejas, *es miércoles*, me dije, y más arriba la sonrisa de mi madre, *ya tenemos teléfono*, me informó, *a ver si te pones bien y lo estrenas*. A lo largo de la tarde se me pasó vagamente por la cabeza la idea de levantarme y echarle un vistazo al teléfono, pero las horas fueron transcurriendo y yo no encontraba el modo de apartarme de la cama, lo justo para ir al baño y regresar al caldo de las sábanas, *ya iré después*, me decía cada vez que iniciaba el gesto de salir al comedor, *ya iré después*. A la hora de la cena mi madre surgió del pasillo con una tortilla francesa y una rebanada de pan Bimbo untada con tomate y aceite, *este pan lo podrás tragar mejor*, dijo, y me puso el termómetro bajo el brazo antes de entregarme la bandeja, la fiebre era un horno dentro de mí, *échalo tú, Daldo*, un horno, el terrible principio de todo, el cachorro volatizándose en el fuego, la cuerda incrustada en el cuello de *Rafaela*, *¿por qué no te fuiste?*, los baúles de Linares volcándose sobre mí, los demonios de su pasado, el garrote, *pues la cosa es que se ponía aquí el cuello del reo y se le daba, ¿no me comprendes?*, el invencible anhelo, *¿por qué no lo monta?*, de ahí a los libros de Alfonso Duarte en un paso, *¿quién es Luciano Montés?*, la herida abierta, las alocadas ratas emergiendo de la negrura, yo a punto de ser ejecutado y el final, *ahora ya sabes unas pocas de cosas más sobre la vida y la muerte*, demasiadas, *treinta y ocho con seis*, dijo la voz de mi madre observando el termómetro a la luz, *sé treinta y ocho coma seis cosas sobre la vida y la muerte, mamá*, le dije, y sonreí al ver su cara de sorpresa, *¡estás delirando!*, se alarmó, *no mamá*, le respondí pinchando el primer trozo de tortilla, *estoy bromeando*, y me enfrenté a la tortura de tragar y después quise poner algo de música, pero sólo fui capaz de dejarme caer, buscar la almohada, las sábanas, cerrar los ojos. En algún momento mi padre entró en la habitación, *viene a decirme que sabe lo de* Credo, pensé entre brumas, pero oí otra cosa, que empezaba un partido, España contra Dinamarca, me pareció que mi padre lo gritaba, entreabrí los ojos y lo vi a los pies de la cama, brillante y

extrañamente desconocido, acababa de ducharse y me alcanzó el ligero rastro de su colonia, *un padre es sagrao, Daldo*, quise levantarme y cerré los ojos para tomar fuerzas, se estaba bien allí en la oscuridad…, y a continuación explotaba una luz en el techo, mi padre de nuevo, *ha terminado la primera parte*, ¿no me había levantado?, *de momento vamos uno a uno*, el rastro de colonia seguía a su alrededor, *venga, hombre, levántate a verlo que la cosa está que arde*, probé a incorporarme sin cerrar los ojos, lo conseguí, me calcé las zapatillas y me fui entre brumas al comedor, al sofá, y allí vi, uno tras otro, como fogonazos de sonido, el cinco a uno que le endosamos a los daneses y que nos metía en cuartos de final, cuatro goles de Butragueño y uno de Goikoetxea que mi padre coreó uno tras otro levantándose cada vez del sofá con los brazos en alto y los puños cerrados, *¡gooooool!*, llevado por el éxtasis, palmeándome la pierna y gritándome que espabilara, coño, que parecía que no tuviese sangre en las venas, como si en su euforia hubiese olvidado que me había sentado a ver el partido con treinta y ocho y pico de fiebre y que tenía la garganta atravesada por alfileres. Aquella noche soñé con ratas.

El jueves desperté con ganas de moverme, me puse el chándal y me senté en el sofá del comedor, el sol entraba con fuerza a través de la cristalera del balcón, cerré los ojos y dejé que arrancara de mis huesos la penumbra que había quedado en ellos de tantas horas a oscuras o bajo las bombillas de mi cuarto; me toqué el cuello y tragué, no parecía dolerme tanto. Mi madre, feliz de verme levantado, me puso el termómetro bajo el brazo y me preparó un bocadillo de salchichón; al dar el primer mordisco me pareció casi milagroso que pudiese tragar el pan como pan *y* el salchichón como salchichón, y que el agua bajara por mi garganta como agua y que las pastillas de antibiótico fuesen pastillas de antibiótico y no piedras astilladas; *treinta y siete*, dijo mi madre observando el termómetro a la luz del sol, *ya casi estás curado;* se me pasó por la cabeza sentarme a leer en el balcón, pero de repente aquellos libros metidos en la bolsa de Foto Blas me parecieron nocivos, *mejor no leer más, mejor no saber más*. Al cabo de un rato, sobre las once y media, mi madre encendió el televisor y se sentó en la butaca, me dijo que seguía cada mañana los episodios de *Dinastía*, una serie americana de conflictos familiares que la tenía fascinada; me quedé a verla con ella en el sofá, cerca del sol y de la brisa que suavizaba el comedor, y me adormecí sobre el reposabrazos arrullado por el rumor del televisor y la voz lejana y agradable de mi madre que, de vez en cuando, me ponía al corriente de los desvelos de amor que sufrían los protagonistas o criticando a alguno de ellos por su comportamiento, les conocía más que a nuestros propios vecinos.

Estuve dormitando hasta que llegó mi padre del ladrillar y me despertó al cerrar la puerta de casa, lo percibí acercándose rápidamente al sofá, *se ha enterado*, me asusté y me erguí lo más rápido que pude; llegó hasta mí, me preguntó escuetamente cómo me encontraba y dejó un pequeño sobre marrón sobre la mesilla del café.

—Linares lo ha dejado en la oficina para ti —dijo.

Abrí el sobre, había unos cuantos billetes, los conté.

—¿Cuánto te ha pagado? —preguntó mi padre.

—Quince mil pesetas.

—No está mal.

Me pareció más de lo que habíamos acordado, quizá Linares tampoco recordaba cuántas horas me había llevado repararle la viga y había optado por redondear una cantidad aproximada, o quizá, consciente de que algunas tardes yo había estado escuchándolo en lugar de centrarme en mi trabajo, me pagaba también esos minutos de charla y copas de brandy. Fui a la cocina y le entregué el sobre a mi madre para costear la factura de Telefónica; intentó rechazarlo pero se lo metí en el bolsillo del delantal. Al regresar al comedor y pasar por delante del mueble me detuve frente al teléfono, finalmente el modelo rojo, cuadrado y plano, de teclas, y alcé el auricular para realizar una llamada y así estrenarlo, resultaba extraño poder llamar desde casa y no desde un bar o una cabina telefónica, pero el dedo se me quedó inmovilizado sobre las teclas, inerte, ¿a quién podía llamar?, como un chispazo evoqué la voz de mi madre, *ya verás qué contenta se va aponer Belén cuando sepa que ya puedes hablar con ella a cualquier hora*, ¿a quién coño podía llamar?; colgué el auricular y una idea tomó bruscamente forma en alguna parte dentro de mí: abandonar una vida pequeña implicaba quedarse solo.

Cuando mi madre nos sirvió la judía verde con pechuga de pollo rebozada cogí mi plato, los cubiertos y un vaso de agua y lo puse todo en una bandeja, *me voy a comer a mi cuarto*, dije, y salí de la cocina tratando de ignorar el gruñido sarcástico de mi padre y la expresión de incredulidad y abatimiento de mi madre. Me encerré en la habitación, puse la bandeja sobre el escritorio y me dejé caer en la silla, enfrentado a la pared y a la comida, esa cosa insulsa que era la judía verde, *abandonar una vida pequeña implica quedarse solo*; observé los libros metidos en la bolsa y recordé mi dedo inmóvil sobre el teléfono, *puedo llamar a Félix*, me tragué la pastilla de antibiótico y busqué su número de teléfono para preguntarle si le apetecía salir esa noche a tomar una copa.

Después de comer dormí una siesta de dos horas y desperté con el apremiante deseo de estamparle un punto y aparte a todo. Los casi tres días en cama habían dejado por fin en mi cuerpo maltrecho una fuerte sensación de alivio tras la batalla y un indefinido deseo de renacer que ni siquiera la convicción de estar quedándome solo lograba empañar; estaba dispuesto, me di cuenta, a mirar hacia delante, a no volver a poner los pies en casa de Linares, a olvidarme de él y de Belén y de Sadurní y a empezar de nuevo. Me puse en pie, conecté el estéreo y decidí desclavar de la pared algunas fotografías y retirar todas esas cruces que pesaban como bloques de hormigón sobre mí, ¿cómo podía adorarse algo tan siniestro y macabro como un tío clavado a una cruz?, era sangriento y tétrico, ¡y luego los curas en el colegio te castigaban si le dabas una hostia a alguien y le sangraba la nariz!; metí las cruces en una bolsa de basura y recordé la Adidas suelta que había ocultado en el interior del armario, la busqué, la eché también dentro y anudé la bolsa. Trepé a la silla y arrinconé la bolsa en lo alto del armario, detrás del balón de fútbol medio deshinchado, el par de cajas de zapatos viejos y el globo terráqueo que se iluminaba si lo enchufabas a la corriente, ¡mi propio entoldado de trastos inútiles!, lo que se quiere dejar atrás y se arrincona y se esconde, así habría empezado Linares.

Al cabo de una hora, amortiguado por la voz de Jeff Lynne cantando *Need her love*, oí el golpe de la puerta de casa al cerrarse; en un primer instante pensé que quizá mi madre había salido a hablar con alguna vecina o que tal vez regresaba de hacerlo, pero al mirar el reloj deduje que mi padre había vuelto del trabajo. Me parecía un milagro que en el ladrillar no se hubiesen enterado aún de lo de *Credo*, no se trataba de un perro discreto y resultaría fácil echarlo en falta; en cuanto vieran a Linares sin él empezarían a sospechar y quizá alguien le preguntaría por el animal, ¿te has cargado a otro perro, Linares?, ¿lo has tirado a los hornos o qué coño has hecho esta vez?, y quizá Linares agacharía la cabeza y continuaría a lo suyo, pero quizá no, quizá se detendría y buscaría a mi padre, fue tu hijo, Daldo, fue tu hijo el que me lo mató. La puerta de mi cuarto se abrió y mi padre apareció en el umbral, *lo sabe*, me dije, *ya se ha enterado*, y dejé sobre el escritorio las cuatro chinchetas que durante tantos años habían sujetado contra la pared la fotografía en la que se nos veía a Sadurní, a Félix y a mí disfrazados de boxeadores.

—Acabo de ver a Belén en el ladrillar —me golpeó su voz.

Dejé la fotografía junto a las chinchetas y forcé una expresión neutra.

—Yo estaba en la oficina dándole nuestro número de teléfono a

Antonio para que lo tengan ahí apuntado y la he visto pasar —añadió mi padre; cogí de nuevo la fotografía y la guardé en el primer cajón fingiendo que era una tarea enormemente importante—. La he avisado de que aún estabas enfermo, pero me ha dicho que sólo iba a hacerle una entrevista a Linares.

Cerré el cajón como si le pegara a ella y sonó como un martillazo, ¿qué pretendía la muy hija de puta?, me erguí con una calma enrabiada.

—¿Iba con alguien? —logré preguntar.

—Con un chico —asintió mi padre, su mirada parecía aturdida, le rondaba otra cosa por la cabeza, iba a dar media vuelta y se detuvo—. Oye —dijo—, ¿y por qué quieren hacerle una entrevista a Linares?

—No lo sé —me apuntalé en el canto del escritorio—. Belén y yo ya no salimos juntos.

—A lo mejor es porque vamos a cerrar el ladrillar.

Se volvió, cerró la puerta y me quedé mirando el picaporte, era culpa mía, yo le había confiado a Belén la identidad de Linares, ¿qué coño esperaba?, *soy un gilipollas*, la muy cabrona se lo habría contado al pijo y ahora los dos estarían ya metiendo las narices en algo que me pertenecía, algo que yo me había ganado a pulso y por lo que había estado a media vuelta de ser ejecutado, *¡me cago en la madre que los parió!* Me dejé caer en la silla y recogí las chinchetas, ¿por qué ellos y su arrogancia de BUP no se iban a la mierda?, la idea de que Linares les contara algo que aún no me hubiese contado a mí me revolvió el estómago, ¡no tenían derecho a saber más que yo!, ¡en eso no!, ¡y menos ese caprichoso niño de papá de los huevos que iba por la vida encaprichándose de las cosas de los demás!, ¿no tenía bastante con haberme quitado a Belén?; noté un pinchazo en el pulgar izquierdo, la chincheta era amarilla, apreté los dientes y me la clavé un poco más, sentí como si la fiebre de las últimas horas me abordara de nuevo, brotó un puntito de sangre en mi dedo, *¡hijos de puta!*, me puse en pie con rabia y arrojé la chincheta a la papelera.

Nada más entrar en el ladrillar vi el Volkswagen Golf de color blanco en el aparcamiento, *¡pijo de mierda!*, pisé a fondo el pedal del freno y detuve el coche junto al barracón de la oficina, empujé la portezuela y me tragué un borrón de polvo; me dirigí a casa de Linares y oí las voces antes de llegar, sonaban en la parte de atrás, irrumpí en el patio trasero con brusquedad, quería que mi presencia cayera como una roca sobre ellos, que supieran que estaba dispuesto a defender mi territorio. El primero en verme fue Linares,

que se hallaba de pie junto al palo clavado en el suelo, ya sin el garrote y sin la silla, fumando con una expresión de profundo hastío; Belén y Rubén lo encaraban de espaldas a mí, también de pie, como acorralándolo, y el pijo estaba soltándole en ese momento un rollo de adolescente cabreado,… *que le estoy diciendo que es para el colegio, joder, ¿cuántas veces tengo que decírselo?*, su postura era la de alguien que lleva un buen rato exigiendo, intimidando, pero con Linares no le funcionaba, porque Linares parecía llevar el mismo rato ignorándolo, y más aún cuando me vio aparecer en el patio y me clavó sus ojos acusadores, tú me has traído aquí a este crío, Ángel, parecían decirme sus pupilas oscuras, ahora tienes que llevártelo de aquí. Cuando Belén se dio cuenta de que Linares se había distraído con algo, se volvió siguiendo la dirección de su mirada y, al verme, esbozó una sonrisa.

—Ah, hola —me saludó, ruborizándose.

Rubén calló y me echó un vistazo por encima del hombro, se le veía acalorado, *ésta es la cara que debe de poner cuando se folla a Belén*, sus ojos acusaron mi presencia, sin duda me recordaba de la única vez que nos habíamos visto cara a cara, cuando Belén nos presentó en Casino y yo le solté que conducía un toro en el ladrillar de Ramiro Pardo, ¿cómo narices se me había ocurrido decirle esa gilipollez?, debió de pensar que Belén salía con un palurdo, alguien a quien resultaría fácil tomarle el pelo y, llegado el caso, birlarle la novia.

—Al final hemos venido a hacerle la entrevista —me informó Belén, parecía una disculpa.

Los ojos de Linares estaban fijos en la colilla del Bisontes, se había desentendido del todo, era mi responsabilidad, yo había organizado aquel follón.

—Venga, Belén, marchaos de aquí —le pedí.

Rubén se volvió hacia mí con todo el cuerpo, un gesto de guerra, lo tenía a dos metros y vi cómo se encrespaba, llevaba las llaves del coche en la mano y las hacía tintinear con nerviosismo, era más bajo que yo pero más recio.

—Oye, tío —me dijo, sonó como si me insultara—, hemos venido a hablar con este señor, no contigo.

—Este señor no quiere hablar —repliqué.

—Este señor ya es mayorcito para hacer lo que le dé la gana.

Las llaves iban y venían en su mano, había dado un paso hacia mí, *si me acuesto con Rubén es porque me gusta y ya está*, quizá a Belén la encandilaba ese aire aguerrido que al pijo parecía surgirle con toda naturalidad, ese arrebato de gallo de pelea.

—Este señor se llama Linares, ignorante —le solté.

—No me digas —sonrió burlonamente, y se puso delante de mí, muy cerca, tenía la boca grande y los ojos de un verde intenso, un cerebrito guapo, un imbécil arrogante.

—Déjalo ya, Rubén —la voz de Belén.

Él la ignoró.

—Te recuerdo que eres tú quien trabaja en este sitio de mierda —me señalaba con el dedo, me rozaba el pecho con él—, o sea que aquí el ignorante eres tú.

Lo agarré por el cuello con una mano y el verde de sus ojos pareció derramarse de pronto sobre sus mejillas, su boca se había hecho más grande; quiso apartar mi brazo con las dos manos, pero yo apretaba como si quisiera partirle las vértebras y matarlo, ultimarlo, ponerle fin y enterrarlo, hundirlo con sus presunciones y su ropa de marca bajo los escombros del ladrillar o mejor en la papelera de mi habitación, que se pudriera junto a los pedazos del libro de escolaridad y los paquetes de cigarrillos y después olvidarlo todo sobre el armario, arrinconarlo, *a veces tiene uno que hacer lo que tiene uno que hacer*, y de ese modo arruinarle también la vida a Belén, que ella lo llorara durante toda su vida y supiera además que había sido yo y así me recordara siempre.

—Por mí puedes follarte a Belén hasta que revientes —le dije sin soltar su asqueroso cuello—, pero no vuelvas a llamarme ignorante.

Su cara estaba sufriendo un vuelco, se diluía como maquillaje barato.

—¡Basta, Ángel! —las manos de Belén se unieron a las del pijo y la mía—. ¡Suéltalo ya!

Rubén jadeaba y sacudía la cabeza, noté que sus rodillas empezaban a ceder, sus párpados cayeron y apagaron ese fluido verde que, aún descompuesto, no había dejado de mirarme, mi mano era una argolla que no iba a ceder.

—Asín no, Daldo —una neblina de cigarrillo, la bata gris, dos ojos penumbrosos buscando los míos—, asín na más que vas a complicarte las cosas.

Linares deshizo el nudo en el que estábamos los tres enredados, le bastó llevarse dos segundos el Bisontes a los labios y separarnos con un empujón. Me fui un paso atrás y Rubén aguantó el equilibrio a duras penas mientras tosía como un perro enfermo, Belén se acercó a sostenerlo; quise abalanzarme sobre ellos, pero la mirada de Linares me sujetó.

—¡Vámonos, Rubén! —lo apremió ella; el pijo, tosiendo y tocándose el cuello, se dejaba llevar— ¡Ya te vale, Ángel!, estás chiflado, ¿lo sabías?

El pijo hizo un último y brusco amago de venir en mi busca,

pero fue un tirón tan débil que Belén pudo neutralizarlo con otro tirón en dirección opuesta, la salvadora del cerebrito guapo.

—¡Eres un cabrón! —me gritó Rubén inclinado sobre ella, la voz rota—, ¡no me extraña que Belén te la pegase! ¡Eres un mierda…!

—Cállate, por favor —le suplicó Belén sin detenerse.

—¡… y vas a ser un mierda toda tu vida! —su voz rebotó contra la mano con que ella le cubría la boca, estaban a punto de desaparecer por el costado de la casa—. ¡A ver qué vas a hacer ahora cuando te quedes sin trabajo, cabrón!

Belén le recriminó algo y yo me quedé mirando el vacío que dejaron al deslizarse más allá de la esquina de la casa, escuché sus pasos alejándose y entonces la voz de Rubén, desquiciada y hostil, se alzó sobre el ladrillar como un grito de guerra, *¡yo a este viejo le hago la entrevista por mis huevos!, ¿quién coño se cree que es?*, el corazón me palpitaba por todas partes, un tambor enfebrecido, tragué saliva y noté el leve pinchazo de las anginas que me habían tenido tres días en cama, *¡voy a volver, cabrones de mierda!*, continuaba Rubén mientras su voz caía pendiente abajo y se iba debilitando, *¿me oís?, ¡volveré a hacer la puta entrevista os guste o no!*, respiré hondo, *si vuelves te mataré, imbécil*, pensé sin pensarlo sinceramente, sólo se trataba de otro Joan Pons, de otra Raquel, mi mano se embravecía y en el último momento reculaba, *soy un bocazas;* presentí a Linares a mi derecha, pesado como un muro, su voz:

—¿Lo sentarías?

La pregunta cayó dentro de mí, un fardo de hierros envueltos en viejo papel de periódico, un desorden de tuercas y argollas en el estómago, *o sea que aquí el ignorante eres tú*, Linares me esperaba, cercano, profundo, sincero, aplastando la colilla del cigarrillo con el zapato, *y vas a ser un mierda toda tu vida*.

—Sí.

El silencio me envolvió, un trapo espeso, la argolla le quebraría las vértebras y moriría tragándose sus putas profecías de pijo malcriado, *¿lo sentarías?*, eché una ojeada al palo, la madera recia como solución, como carpetazo, *atrévete de una puta vez a hacer algo*, parecía el modo más contundente de abandonar mi vida pequeña para siempre, borrón y cuenta nueva, Rubén cobrándose mis remilgos ante Joan Pons, ante la pobre Raquel, ante mi ridículo intento de estrangular a Linares, *hazlo y se acabó*, como se acabaron Belén y Sadurní, como se acabó el libro de escolaridad. Linares se apartó flemáticamente de mí y fue a sentarse en el suelo, contra la fachada de la casa, como si ya no pudiese permanecer un solo segundo más de pie; flexionó las rodillas y cruzó los brazos sobre ellas, su mirada cayó al suelo, parecía definitivamente vencido, me

extrañó que no buscara el amparo del brandy o del anís, quizá no tenía fuerzas ni para eso, sus piernas y brazos ya muertos, una marioneta rota más, ¿me habría preguntado en serio lo de sentar a Rubén en el garrote? Oí el motor del Golf alejándose por el camino y vi un reguero de polvo rojo levantándose hacia el cielo.

—Me se olvidó hacerle rezar el credo.

Su voz ascendió desde el fondo de alguna parte, lo miré de reojo, él seguía a ras de suelo.

—A Luciano Montés —aclaró, volví de nuevo la cabeza hacia el palo levantado en el centro del patio—, con la nerviosidá tan grande que yo tenía me se olvidó hacérselo rezar, ¿no me comprendes?, y me percaté cuando ya le había dao a la manivela, asín fue luego la cosa tan malamente.

Era una bata gris derrumbada sobre un hombre atormentado y solo, un hombre a la intemperie de sus propias ratas, parecía haber envejecido veinte años de golpe.

—Mi padre se lo tomó a mal —meneó la cabeza—, o sea que se le agrió el carácter conmigo, que iba el hombre por la casa como un alma en pena, sin hacerme caso ninguno y acusando a mi madre de haberle dao por único hijo a un blandengue sin coraje pa seguir en el oficio, el bochorno de la estirpe de los Linares, y mi madre, la pobretica, pues qué iba a decirle, si ella estaba deseandico que me dedicara yo a otra cosa más decente —sus manos se movían extrañamente, como apartando esos recuerdos que surgían de las sombras, esas ratas—, que ella pues se hartó de pedírmelo una y otra vez, ¿no verdá?, *que no estás tú hecho pa eso, Tanco*, me decía, *que tu padre sí porque él tiene un temperamento, pero tú…, o* sea que la pobretica sufría lo que no está en los escritos.

Se llevó una mano al bolsillo superior de la bata y sacó el paquete de Bisontes, rascó una cerilla en el suelo y tardó en encontrar con ella la punta del cigarrillo, el humo envejeció aún más los cantos duros de su rostro, las mejillas parecían haberse descolgado del hueso, como cediendo, y la boca, al soltar el cigarrillo, permaneció abierta como un mal agujero por el que aliviar tanta negrura de tantos años.

—Y yo ahí pues me acobardé —continuó sin levantar la cabeza —, o sea que unos días después de lo de Luciano Montés me fui pa la Audiencia y renuncié al cargo —una trémula sonrisa asomó en la ruina de su rostro, sus manos por fin quietas, la derecha aferrada al cigarrillo, yo aún notaba en la mía el cuello de Rubén—. Ni al taller fui ese día, o sea que no quería ver yo a mi padre ni en pintura, pero ya a la hora de la cena pues tuve que decírselo, ¿no verdá? —me miró brevemente y volvió al suelo—. Esa noche, pa no perder la costumbre, mi padre llegó harto de vino de la taberna, lo venía

haciendo cada día desde lo de Luciano Montés y luego se pasaba la cena quejándosele a mi madre del dolor del codo, de esa guerra malnacía que le había impedío seguir con su oficio y de la amargura que lo corcomía a toas horas cuando pensaba en mí, o sea en mi torpeza, ¿no me comprendes?, y esa noche pues hizo lo mismo, que el hombre ni miraba pa mí ni na, vamos, como si no estuviera yo allí en la mesa, y cuando interrumpí su enojo y le dije *padre, hoy he estao en la Audiencia pa renuciar al cargo*, él soltó la cuchara y me miró de golpe, asín como torcío —Linares hizo una pausa e inició el gesto de imitar a su padre, pero sólo le dio una profunda calada al Bisontes y expulsó el humo lentamente, le vi tragar saliva—, o sea que me miró como un padre nunca debería mirar a un hijo, ¿no me comprendes?, que un padre es sagrao, Daldo, eso siempre, pero ahí el mío pues se portó muy malamente conmigo y me miró con desprecio, y me dijo *pues no vayas más diciendo por ahí que eres un Linares, porque un Linares no se habría echao atrás como tú*, y yo pues quise defenderme, ¿no verdá?, o sea que intenté explicarle que me había olvidao de hacerle rezar el credo al reo y entonces mi padre arreó un puñetazo a la mesa y me dijo *¡óyeme bien, desgraciao!, uno no se olvida de na cuando hay un hombre sentao en el cepo, ¿me entiendes?, luego puede ser uno en la vida un tarugo o un majadero o lo que le venga a uno en gana, pero cuando hay un hombre sentao en el cepo no, Tanco, ¡entérate bien!, cuando hay un hombre sentao en el cepo no puede uno ir olvidándose de las cosas como si estuviera uno haciendo cualquier tontá, ¡en el cepo tiene uno que hacer lo que tiene que hacer y tiene que hacerlo bien, cojones!, porque ese hombre va a morir, ¿me entiendes?, va a morir y se le debe un respeto por mucho mal que haya hecho, o sea que no le piden a uno más que lo ultime sin causarle molestia ninguna y asín hay que ultimarlo* —Linares se encogió de hombros y respiró profundamente—, yo nunca había visto asín a mi padre, Daldo, y mi madre y yo pues nos asustamos, ¿no verdá?, o sea que miré a mi madre y la vi allí encogía en la silla como un pajarico, temblando, a punto de llorar, y ya entonces me levanté y le dije a mi padre *¿por qué no deja de gritar?, está asustando a madre*, y mi padre apartó el plato de un manotazo, se levantó y puso su cara pegá a la mía, asín como si fuese a arrearme una guantá, y me gritó, *¡el reo sí se asustó, Tanco!, ¡no me vengas ahora con burrás!, ¡el reo sí se asustó y padeció la de Dios es Cristo!, ¿te recuerdas de eso?*, y ahí me encogí yo también, Daldo, me acobardé, porque me arreó un pescozón mientras me abroncaba, *¿te recuerdas o no?, ¡habla, cojones!, ¿te recuerdas o no?*, pero claro, yo no podía ni abrir la boca, ¿no me comprendes, Daldo?, ni que me hubiese dao una paliza allí mismo, y ya entonces mi padre me agarró asín del brazo, me zarandeó y añadió *¡te faltó coraje!, ¡entérate bien,*

desgraciao!, ¡te faltó coraje pa ultimar y ahora te ha faltao coraje pa echártelo a la espalda y seguir p'alante!, se apartó de mí, miró el estropicio del plato y su vaso de vino volcaos sobre la mesa y antes de marcharse me miró asín torcío otra vez y me dijo, me dijo *no me hables más nunca, Tanco, ¿me oyes?, aquí tú y yo hemos terminao, un hijo mío no habría renunciao a na*. Y eso hizo él, no hablarme más nunca. Tendrías que habernos visto cruzándonos por la casa como si no nos viéramos, figúrate tú cómo era de terco el hombre, o sea que ni siquiera me dijo adiós cuando cosa de dos años después les dije a él y a mi madre que un conocío me había hablao de que en Cataluña abundaba el trabajo y había decidió yo probar eso de marcharme allí a ganarme unos cuartos.

Pareció desfondarse aún más, dejar a medias algo, y fumó con violencia hasta apurar el cigarrillo, como si el desfallecimiento que lo había desmoronado unos minutos antes estuviese regenerándose en rabia; aplastó la colilla en el suelo sin mirarla, con la vista clavada en el palo.

—Me equivoqué, Daldo —se lamentó sin apartar los ojos del madero—, no tendría que haberlo dejao, el oficio, digo, le fallé a mi padre y me se quedó una espina clavá, murió el hombre avergonzao de mí.

No se me ocurría qué decirle, no quería decirle nada, *tu padre estará orgulloso de ti, ¿no verdá?*, todo aquello venía de tan lejos.

—Tengo que marcharme, Linares.

No me moví.

—Lo siento —añadí.

Mis piernas se pusieron en marcha, *quédate*, me resonó en el pecho, *quédate con él*, pero no podía, no podía y lo abandoné allí, abismado en el suelo, con la mirada fijada a ese palo donde Luciano Montés seguía convulsionándose y agonizando por su descuido de no hacerle rezar el credo, ese palo y ese garrote y esa manivela donde las manos se le quedaban una y otra vez paralizadas y su padre, viendo aquella torpeza, se acercaba una y otra vez a echarlo con desprecio a un lado con un golpe en el pecho y un *¡aparta!* que helaba la sangre. Antes de alcanzar la fachada de la casa y perder de vista a Linares lo miré por última vez, sus ojos me seguían desde esas tinieblas que yo tan bien conocía, pero había en ellos algo más, un rastro de haber tocado fondo, una determinación, y no me gustaron.

Al llegar al coche arranqué y me fui por el camino esquivando los socavones, dejando una estela de polvo tras de mí, y al pasar por el lugar donde atropellé a *Credo* aminoré la marcha, ya no quedaba ni rastro de su muerte, ni un grumo de sangre seca, nada, *ni siquiera le he pedido perdón a Linares*; pisé el acelerador y alcancé la

carretera 340, *¿lo sentarías?*, la carretera 340 se convirtió en la carretera Laurea Miró demasiado rápido, una línea súbita de asfalto, luces y edificios, y cuando me di cuenta ya estaba en el corazón de Sant Feliu rebasando el semáforo del Centre Comercial Rius y captando por el rabillo del ojo a un peatón que había comenzado a cruzar la calzada y levantaba el brazo con indignación, ¿me lo había saltado en rojo?; giré por Joan Batllori, entreví las escaleras de Casino y aceleré en dirección a la estación de la Renfe, algo me perseguía, *¿lo sentarías?*, algo que mordía los retrovisores al venirse en mi busca, *¿lo sentarías?*, algo que…, *sí.*

Llegué a la calle Sant Gabriel, divisé un hueco libre en la esquina con Daoíz y Velarde y aparqué como si arrojara el coche a un precipicio, me asaltaron unos retortijones terribles, solté el volante y me llevé las manos al vientre, el dolor cedió, tomé aire y me costó una buena sacudida alzarme del asiento y alcanzar la acera; los retortijones volvieron con más virulencia y apenas me dio tiempo a medio correr por la acera, arrastrarme por las escaleras del edificio, entrar en casa, desplomarme sobre la taza del retrete y descomponerme bruscamente; al terminar dejé caer la cabeza hacia atrás y la apoyé en la pared, *aquí me ejecutaron*, estuve a punto de sonreír, cerré los ojos y me escuché respirar, *no puedo más*, dejé transcurrir los segundos. Golpearon la puerta.

—¡Hijo! —mi madre—, ¿estás bien?

—Sí —parpadeé, me subía un hedor ácido entre las piernas.

—Llevas ahí veinte minutos.

—Sólo es un poco de diarrea.

—No tendrías que haber salido todavía a la calle.

No oí que se alejara, volvió a dar un par de golpecitos en la puerta.

—Ha llamado Félix hace un rato.

—¿Y qué quería?

—Que esta noche, al final, no puede quedar.

—Vale.

—Que ya te llamará.

—Vale.

—¿Pensabas salir así esta noche?

—Era sólo a tomar un poco el aire, mamá.

—El médico te dijo tres días en cama y sólo has estado dos.

—Dos y medio.

—Dos y medio no son tres, así que te hará bien quedarte en casa. Te prepararé arroz hervido para cenar.

Oí por fin sus pasos alejándose por el pasillo y permanecí quieto, los brazos caídos a los costados y la mirada inerte en las mamparas

de luz que coronaban el mueble de espejos sobre el lavamanos, ¿seguiría Linares desmadejado en el suelo?, me miré las piernas y las manos rendidas, otra marioneta rota, *tendría que haberme quedado con él*, me lamenté, *preguntarle si estaba bien, echarle una mano, ¡lo normal, coño!*, ¿por qué había echado a correr?

La cena en la cocina tuvo lugar como en cámara lenta, no había forma de vaciar el plato de arroz hervido por más cucharadas que me llevaba a la boca; mi padre apenas respiraba mientras iba pinchando los trozos de tortilla de patatas y los enviaba garganta abajo ayudándose esporádicamente de largos tragos de gaseosa con cerveza, lo imaginé levantándose, volcando el plato, dándome una hostia y echándome sus gritos encima, ¡te faltó coraje, hijo!, ¡entérate bien, desgraciado!, te faltó coraje para ultimar a Joan Pons, a Raquel, a Linares, al pijo…, ¡un Daldo no anda por ahí renunciando a nada! Mi madre me preguntó si estaba haciendo cambios en la habitación y le respondí que sí sin entrar en detalles, luego comentó algunas minucias sobre las llamadas telefónicas que había realizado y se maravilló de lo cómodo que era disponer de teléfono en casa, pero parecía ansiosa por hablar de otra cosa, y tardó varios minutos en hacerlo:

—Me ha dicho tu padre que Belén y tú habéis reñido.

—Sí.

—¿Por qué? —se lamentó.

Tragué una cucharada de arroz.

—Porque sí.

—Pero si parecía que os llevabais bien —le dolía de verdad, sus ojos habían adquirido cierto brillo de congoja.

—No te preocupes, mamá —me encogí de hombros, necesitaba beber agua—, se ha terminado y ya está, es mejor así.

—Cómo sois los jóvenes —volvió con tristeza a la tortilla de patatas.

Mi padre me hizo un gesto con el tenedor:

—¿Y por qué narices querían entrevistar a Linares?

Me serví agua en el vaso y bebí, mi padre me miraba masticando.

—Porque Linares es un antiguo verdugo de la España franquista.

Me llevé otra cucharada de arroz a la boca, la cocina se había quedado como envasada al vacío, por el patio de luces subían las voces del vecindario, la voz de la histérica del primero tercera gritándole a sus hijos que se sentaran de una puñetera vez a cenar.

—Pobre hombre —suspiró mi madre.

Había dicho *pobre hombre* como podría haber dicho *qué horror* o *Dios mío*, la palabra verdugo la había asustado de una forma atávica, hombres fornidos con caperuza, hachas en mano, cabezas cortadas…, pero nada más, ella no podía comprender el alcance de semejante revelación ni lo que ello había significado en la vida de Linares, tampoco mi padre, que continuó comiendo como si no le importara o nada pudiese ya cambiar la imagen que él se había forjado de Linares a lo largo de los años: ese viejo ermitaño que un día le partió la nariz a Escudé porque se le ocurrió bromear sobre sus baúles. Así de rápido lo resumían en el ladrillar y así la palabra *verdugo* quedó empequeñecida en la cocina, ¿cómo era posible que no les causara a mis padres ningún efecto?, ni un comentario, ni una pregunta, sólo un *pobre hombre* que había surgido del corazón de mi madre por impulso, ni una idea, ni una sola referencia a nada que iniciara una conversación que habría durado horas si llegan a pedirme que les contase, que les aclarase, que les detallase; ahí se quedaba la vida entera de Linares y cuanto yo estaba viviendo con él, tan enorme que era todo y tan pequeño que lo percibían ellos, tan pequeño como la cocina donde nos apretujábamos cada día a comer y a no saber nada del resto del mundo ni a querer saberlo, la curiosidad ahogada en el vapor de los fogones, apretujada como nosotros entre los platos y los vasos y los cubiertos y la mesa colocada en el lugar de siempre, la curiosidad muerta y muerto también el deseo de saber, ¡qué pequeñez! Mi padre levantó la cabeza del plato y, con el último pedazo de tortilla ensartado en el tenedor, comentó:

—Ése sí que se va a quedar con una mano delante y otra detrás cuando se cierre el ladrillar.

Crucé la cuchara sobre el plato, *nunca preguntan, nunca muestran curiosidad por nada*, no me entraba un solo grano de arroz más.

—Pero ¿la casa no era suya? —se interesó mi madre.

—¡Qué va! —exclamó mi padre—, eso fue un favor que le hizo don Ramiro en sus tiempos, le dejó ese rincón sin más, ni siquiera firmaron una escritura de propiedad. O sea que, con la ley en la mano, la casa no es suya.

—Pobre hombre —suspiró mi madre—, con lo mayor que es.

Me levanté y me marché a la habitación.

Al día siguiente me levanté temprano, monté en el coche y me fui al ambulatorio a recoger el alta, más de una hora aguardando turno, quejas, toses, enfermeras gritando nombres desde puertas entornadas, ¿cómo podía haber tanta gente enferma? Una vez en la calle me dispuse a llevarle el alta a Antonio, pero en el último momento, cuando me encontraba ya abriendo la portezuela del Ford Fiesta, cambié de opinión, no quería encontrarme con Linares,

ni siquiera fugazmente, así que decidí que le daría el alta a mi padre a la hora de comer para que la llevase él al ladrillar; consulté el reloj, las nueve y media, levanté la cabeza por encima del coche, había estacionado en la esquina de Agustín Domingo con Santa Creu y de pronto me apeteció caminar, hacía demasiado sol para regresar a casa y meterse en la habitación a seguir dándole vueltas a las ratas de Linares, a su trastienda, *le fallé a mi padre y me se quedó una espina clava,* ¿a qué tantas alabanzas a su padre si el hombre no había hecho otra cosa que joderlo con eso del oficio y el coraje y después no le había vuelto a hablar en su vida?, *murió el hombre avergonzao de mí, ¿y* qué?, eso ya no tenía remedio, no podía subsanarse de ningún modo, ¿para qué seguir entonces pensando en ello?, ¿para qué dedicarle un solo minuto más?, ¿de qué coño le había servido a Linares pasarse treinta años cavilando sobre esa mierda?, ¡treinta años! Cerré el Ford Fiesta con llave y caminé hacia el paseo Conde de Vilardaga dejándome mecer por el sol, ¡qué luminosa se veía la calle y qué oscuro el palo levantado en mitad del patio de Linares, qué oscura la manivela y la argolla en mi cuello y qué oscuro el padre de Linares y la muerte de Luciano Montés y las manos de Linares clavadas en una vuelta y cuarto!, *¡te faltó coraje pa ultimar y ahora te ha faltao coraje pa echártelo a la espalda y seguir p'alante!*, seguir adelante, ¿cómo se seguía adelante si no sabías cómo hacerlo?, ¡putas marionetas rotas!, todo había terminado de la peor manera posible: yo dejando a Linares tirado en su patio trasero. Descendí por el tramo central del paseo, me hubiese gustado ser cualquiera de las personas que se cruzaban conmigo, parecían tan despreocupadas; a treinta metros del paso a nivel alcé la mirada hacia la ventana del dormitorio de Félix, ¿y si subía a hacerle una visita?, las clases en la universidad habían terminado y probablemente lo encontraría en pijama disfrutando de sus vacaciones, ¿cómo coño había sido capaz de marcharme de su casa de aquella forma la tarde que me prestó los libros?, ¿cómo había sido tan imbécil? Compré cuatro cruasanes y dos Donut en el Bar Blanco. Crucé el paseo y pulsé el timbre del interfono, si se encontraba en casa estaría sin duda todavía en la cama, siempre le había gustado dormir hasta las tantas, de camping teníamos que echarlo fuera de la tienda de campaña a la hora de comer; pulsé otra vez y por fin sonó su voz somnolienta, *soy Ángel*, dije, empujé la puerta y subí las escaleras. Félix me esperaba en el recibidor con los ojos entrecerrados y el pelo revuelto, en camiseta y calzoncillos, una línea cruzaba su mejilla derecha, el rastro de las sábanas.

—Servicio de habitaciones —le mostré los cruasanes y los Donut.

Sonrió, se apartó de la puerta y se fue por el pasillo rascándose

la espalda bajo la camiseta, le seguí, el piso estaba en penumbra. Cuando entré en su cuarto ya se había vuelto a arrojar sobre la cama, dejé el desayuno sobre la mesa y levanté la persiana; Félix emitió un gruñido de protesta, se cubrió los ojos con el brazo y durante cinco minutos se dedicó a bostezar y a desperezarse como si llevara durmiendo quince horas seguidas y le supusiera un calvario regresar a la realidad, luego se levantó con gran esfuerzo, dijo que iba al baño y al cabo de poco oí correr el agua de la ducha. Me comí un cruasán echándole un vistazo a los libros que Félix tenía repartidos en tres largos estantes, muchos eran de Derecho y de cuestiones relacionadas con los abogados, conté más de ciento cincuenta, ¿se los habría leído todos?, me imaginé leyéndolos y noté un ligero vuelco en el estómago; cogí uno, *Derecho mercantil*, de un tal Rodrigo Uría, lo saboreé entre las manos, me lo acerqué a la nariz, olía bien. Félix regresó al cabo de diez minutos, se había puesto una camiseta limpia y pantalones cortos y le había desaparecido de la mejilla la costura de las sábanas, traía dos vasos y una botella de zumo de melocotón. Mientras desayunábamos hablamos de mis anginas, de lo cómodo que era disponer de teléfono en casa, él lo tenía desde mil novecientos ochenta, y del reproductor de vídeo que me había comprado expresamente para ver el documental de los verdugos, algo que en primera instancia le provocó un sincero ataque de risa y después, casi de inmediato, un leve ademán de preocupación que se filtró en sus carcajadas y las eliminó; no dijo nada, pero debió de antojársele una compra exagerada, sospechosamente injustificada, teniendo en cuenta que yo me había llevado los libros de su padre sólo para aprender tres o cuatro cosas sobre la pena de muerte y no quedar en ridículo ante los compañeros de trabajo. En ese momento estuve a punto de contárselo todo, sin omitir nada, necesitaba hacerlo, vomitarlo, pero entonces me comentó que él y Marta ya habían entregado una paga y señal por el piso de alquiler de la calle Verdi y que a mediados de julio se marchaban a vivir allí; Marta había encontrado trabajo de media jornada en una papelería del barrio y él empezaría en el bufete de su padre por las tardes como pasante, de modo que hasta que no terminaran la carrera coincidirían en casa sólo por las noches, *se avecinan tiempos de mucho curro*, dijo Félix, pero se le veía feliz, con ilusión, *cuéntale lo de Linares*, me dije, *dile a él la palabra verdugo y te escuchará hasta el final*. Se sirvió más zumo y, antes de beber, me recordó que el domingo jugábamos los cuartos de final contra Bélgica y que tal vez podríamos llamar a Sadurní para verlo los tres juntos. Sadurní.

—El sábado me tiré a Raquel.

Félix dejó de beber.

—¿Raquel? —levantó las cejas—, ¿la ex de?

—La ex de —asentí.

—Joder —sonrió.

—Nos encontramos en Casino y bueno, ya sabes cómo es eso —*estuve a punto de matarla*—, o sea que me entraron ganas de tirármela.

—Qué ímpetu.

Rio y me forcé a reír con él, nos terminamos el zumo de melocotón y Félix me preguntó si me apetecía una cerveza, le respondí que quizá más tarde; cogió el paquete de Fortuna de encima de la mesilla de noche y se encendió un cigarrillo con la alargada llama del Zipo.

—Belén y yo hemos roto.

Félix soltó el humo hacia el techo y me miró.

—Lo siento, tío.

—Era lo mejor.

—Supongo que sí.

Oí el pesado traqueteo de un tren dejando atrás el paso a nivel, los cristales de la ventana vibraron ligeramente, sonó el bocinazo de un coche, *cuéntale que Linares*…

—Oye, Félix —dije, esperó a través del humo—, siento la forma en que me marché el otro día de tu casa, es que estaba muy nervioso con toda esa mierda de Belén.

—No pasa nada, hombre.

—Todo eso que te dije de que tú lo tenías muy fácil porque tu padre era abogado no iba en serio, de verdad —dejé el vaso vacío sobre la mesa, junto a unas carpetas—. Yo te admiro, ¿sabes?, quiero decir que no eres como yo, no eres… —lo miré, me escuchaba—, o sea que tienes donde caerte muerto, ¿entiendes?, no vas a terminar en cualquier sitio de mierda, te estás preparando para ser alguien, no eres una puta marioneta rota.

Sus ojos se afilaron sobre los míos.

—¿Una marioneta rota? —se extrañó.

Le conté esa sensación de haberme quedado sin saber qué hacer ni qué dirección tomar ante el cierre del ladrillar, harto de ese tipo de trabajos pero incapaz de apartarme de ellos, y agregué que desde que don Ramiro había dado la fatal noticia todos andaban con ese mismo aire desvalido que yo, incluido mi padre, que no levantaba cabeza, todos como un puñado de marionetas rotas abandonadas que ya no son nada sin sus hilos. Félix me miró en silencio, su expresión era profundamente seria, el Fortuna se veía muy poca cosa entre sus dedos.

—¿Y quién mueve los hilos de don Ramiro? —me preguntó.

—¿Cómo?

—Los hilos de don Ramiro —repitió—, ¿quién los mueve?

—No lo sé.

—¡Pues él mismo, hombre! —exclamó—, él mueve sus propios hilos, y por ese motivo él está donde está y vosotros estáis donde estáis, él se preparó para ser lo que es y no tengas ninguna duda de que sabrá qué hacer a continuación —adoptó un aire grave, supuse que de abogado, hablaba cien veces mejor que yo—. ¿Sabes qué me dijo mi padre una vez que le vine con el cuento de que había decidido no ir a la universidad para ponerme a trabajar? —negué con la cabeza—. Pues me dijo que en la vida sólo había dos opciones profesionales: o eres lo que quieres o eres lo que puedes. Don Ramiro es lo que quiso ser, Ángel, y tú no, coño, por eso estás harto de esos trabajos y me hablas de marionetas rotas, ¡que sólo tienes veintiún años, joder!

En sus labios mi edad sonó como si acabaran de anunciarme algo que yo desconociese, *entodavía eres un crío, Daldo, nadie te ha jodío na*.

—Tienes razón —admití, *y vas a ser un mierda toda tu vida*.

Félix se levantó de la cama, se acercó a las carpetas que había sobre la mesa, abrió la primera y extrajo unos papeles del interior.

—Toma —me los entregó.

—¿Qué es?

Se trataba de un folleto de publicidad, varias páginas grapadas a todo color, Universidad Central de Barcelona.

—Tus hilos —respondió.

Alcé la cabeza, sus ojos hablaban completamente en serio.

—Hay más de cien carreras —especificó.

Lo hojeé por encima, me temblaban las manos.

—Elige una, Ángel —su voz sonaba muy cerca, estaba aplastando la colilla en el cenicero—. Elige lo que te gustaría ser y ve a por ello.

Psicología, Bellas Artes, Filosofía, por la noche me metí en la cama rodeado de esas palabras que tantas veces había oído en boca de tantos, y a la mañana siguiente me desperté dándole vueltas a ese futuro al que se refería Félix, Económicas, Química, Turismo, y el primer pensamiento coherente que me pasó por la cabeza fue que no habría sabido explicar en qué consistía cada uno de aquellos oficios ni qué conocimientos se escondían tras ellos, qué jornadas laborales, qué sueldos, ¿cómo trabajaría un filósofo, pongamos por caso?, ¿y un químico? Alargué el brazo hacia la mesilla de noche, agarré el folleto y lo hojeé una vez más, Educación Social, Pedagogía, Derecho, allí volvía una y otra vez, Derecho, imaginé mi habitación convertida en un despacho como el de Alfonso Duarte, Ángel Daldo. Abogado, estantes llenos de libros, bufete en Barcelona, se acabó el deambular de empleo en empleo sin ningún propósito, acumulando tan sólo dinero y un reguero de horas de sacrificio inútil, *inténtalo*, tenía que concederme la oportunidad de poder elegir, *o eres lo que quieres o eres lo que puedes*, ¿qué perdía por intentarlo?, sentí un revuelo de euforia, *¡inténtalo!*, una marioneta rota poniéndose en pie, *tus hilos*.

A las nueve se abrió la puerta y mi padre irrumpió en el cuarto, alborozado, vestido para salir, olía a colonia y a *after shave*, me dijo casi a gritos que se marchaba al ladrillar porque durante la semana habían quedado todos en reunirse ese sábado por la mañana para hablar sobre el futuro, *tendrías que venir*, me aconsejó, y agregó que don Ramiro había estado hablando con empresarios amigos suyos y había conseguido algunos puestos de trabajo donde recolocarnos; le dije que se adelantara, que yo me vestía y me iba en el Ford Fiesta.

Llegué a salir de casa, llegué a montar en el coche y a tomar la carretera 340, e incluso llegué a aminorar la marcha al acercarme al desvío del ladrillar, pero en el último segundo aceleré y pasé de largo, el futuro del que iban a hablar en el ladrillar no era el mío. Atravesé el centro urbano de Molins de Rei apenas cinco minutos después y, una vez allí, tomé la autopista A-2 en dirección a Barcelona; subí el volumen del radiocasete para que la Electric Light Orchestra me acompañara y pisé el acelerador a fondo tarareando *Last train to London*, me sentía ridículo escapándome de

aquel modo, un crío, pero también me sentía libre, *¡te faltó coraje pa ultimar y ahora te ha faltao coraje pa echártelo a la espalda y seguir p'alante!*, seguir adelante, seguir adelante. Entré en Barcelona por los carriles centrales de la avenida Diagonal y saqué un instante la cabeza por la ventanilla, el aire distinto de la ciudad me alborotó el pelo, una caricia de libertad; en Muntaner giré a la derecha y bajé en dirección al mar hasta llegar a la Gran Via de les Corts Catalanes, allí doblé a la izquierda por el lateral y me detuve frente al plomizo edificio de la Universidad Central, ¿era posible que yo pudiese estudiar allí algún día?, parecía una locura, una quimera de Angelito de la muerte con pretensiones, ¿el cuento de la lechera no iba de eso?, en la habitación de Félix y luego en casa había sonado muy sencillo, muy asequible, *o eres lo que quieres o eres lo que puedes*, pero aquel edificio era real, imponía, quién sabe los años que llevaba allí en pie, sus columnas y sus complejos ventanales respiraban con autoridad, imaginé las grandes aulas que habría en el interior, miles de libros y de pupitres y de profesores sólo disponibles para gente con talento, con libros de escolaridad intachables, muros que detectaban como centinelas a los no capacitados, ¿dónde se cree que va usted, ignorante?, una patada en el culo y a la calle, *elige una, Ángel, elige lo que te gustaría ser y ve a por ello*, ir a por ello, ¿por qué no?, si Sadurní había conseguido matricularse…, ¿por qué no podía hacerlo yo? Un coche de la Guardia Urbana se detuvo junto a mi ventanilla y el policía que iba en el asiento del acompañante me ordenó que siguiera circulando, que estaba dificultando el tráfico.

Arranqué y me fui en busca de la calle Diputación, detuve el Ford Fiesta en la esquina con Enrique Granados; salí del coche y me acerqué andando al muro que delimitaba la universidad por la parte posterior, tras él se adivinaban rincones silenciosos y semiocultos por todo tipo de plantas y árboles; cerré los ojos y escuché el rumor de hojas que venía del interior, imaginé las voces de los estudiantes que pulularían por allí de lunes a viernes, sus risas, sus conversaciones, ¿de qué hablarían?, todos a salvo del barro y del polvo rojo, de las nubes de gasoil y de los palés de ladrillos, de las piedras reventando en la trituradora y de las horas que se iban sin ningún provecho. Regresé al coche y me senté sobre el capó, el motor estaba caliente, la universidad me miraba de frente, ¿te atreves?, me crucé de brazos y desvié la vista; más allá de la esquina de Enrique Granados distinguí el letrero de un bar, me acerqué con la intención de hacer tiempo, aún no quería marcharme. El interior del bar era fresco y tranquilo, había un hombre en la barra hojeando *El Periódico* y cinco o seis personas sentadas en las mesas del fondo; me quedé en el primer taburete de

la hilera que se prolongaba a lo largo de la barra y pedí una copa de Veterano, el barman asintió y dio media vuelta, *el anís sólo pa mascar las penas o rebuscarse el coraje*, alcé rápidamente la mano y le dije al barman que había cambiado de opinión y que prefería una copa de Anís del Mono. Rebuscarse el coraje, seguir adelante. Podría buscarme un trabajo de media jornada, como Félix y Marta, y estudiar por las tardes, o trabajar los fines de semana e ir tirando con eso, de momento no tenía que pagar ningún alquiler y me bastaría con un sueldo para los gastos. La copa de anís cayó frente a mí como cuando Linares me invitaba a beber, sólo que la mano del barman era larga y delgada, algo afeminada, no tenía nada que ver, *le fallé a mi padre y me se quedó una espina clava*, di un trago al anís, quemaba; eché un vistazo a través de los cristales del bar, jamás había estado tan cerca de la universidad, ese lugar prohibido a los malos estudiantes como yo, ese territorio que desde los barracones del Gabriel Torrents Camprubí se percibía remoto y difuso, otro universo, sabías perfectamente que no lo ibas a pisar en toda tu vida, no era para ti, no estabas entre los elegidos, y ahora lo tenía al otro lado de la acera mirándome, esperando, *si renuncio ahora me arrepentiré toda la vida*, di otro sorbo de anís, *se me quedará una espina clavada*; el barman colocaba una cinta de casete en el aparato de alta fidelidad, era un chico joven, dieciocho o veinte años, quizá de lunes a viernes estudiaba, tenía manos de coger bolígrafos y hojear libros, observé el cigarrillo que colgaba de sus labios.

—¿Tenéis tabaco? —un impulso.

Asintió sin apartar los ojos del estéreo.

—Un Fortuna —quizá era así como se cambiaba, de manera súbita, sin rodeos.

Cuando empezó a sonar la música el chico ajustó el volumen del estéreo y después se dirigió a unos cajones que había más allá de la cafetera, había puesto a los Roxy Music y celebré los primeros compases de *Same old scene*, una canción que había oído muchísimas veces porque tenía el disco en casa. Vi venir el paquete de Fortuna resbalando por la barra y lo cacé junto a la copa de Anís del Mono, jugueteé con él, ¡cuántos años sin fumar un cigarrillo!; a la derecha de la cafetera, en un pequeño expositor, se alineaban un puñado de encendedores de colores, le pedí uno al chico, apuré la copa de anís, pagué y salí del bar cuando terminó *Same old scene*. La universidad me siguió con la mirada mientras me encaminaba hacia el coche, *soy capaz de cambiar*, le susurré; monté en el Ford Fiesta, me llevé un cigarrillo a los labios y me contemplé en el retrovisor, *así ya no soy el mismo*, ¡qué gilipollez!, apliqué la llama del encendedor al Fortuna y aspiré, una corriente de aire picante se me hundió garganta abajo hasta los pulmones y volvió a salir

arrancándome una tos repentina y áspera, el humo me irritó los ojos; di otra calada más suave, sin tragarme el humo, y observé el cigarrillo entre mis dedos, ¿cómo lo cogía Linares?, sonreí y di una calada más, ¿y mi padre?, el sabor era fuerte, se pegaba a la lengua. Cuando terminé de fumar apagué la colilla en el cenicero del salpicadero, ¿cuántas veces había sido la mano de Belén la que había llevado a cabo aquel gesto mientras yo conducía?, me olí los dedos, anís y humo, y miré por última vez los muros de la universidad. Me encendí otro Fortuna y me di cuenta de que había elegido la marca de Félix.

El teléfono sonó a las cinco y media. Mis padres acababan de salir a buscar un par de películas al videoclub y yo estaba en el baño afeitándome, pensando en llamar a Félix para contarle lo de mi *excursión* a la Universidad Central y compartir con él mi firme decisión de estudiar, aunque todavía no supiera qué ni por dónde empezar. Al tercer timbrazo solté la cuchilla y fui al comedor, levanté el auricular y me lo llevé al oído.

—¿Sí?

Al otro lado se oyó una respiración profunda, alguien tomando aire.

—Dijiste que lo sentarías. Está sentao.

La comunicación se cortó. Linares. *Dios mío*. Colgué lentamente, *¡yo a este viejo le hago la entrevista por mis huevos!*, pijo imbécil, *¡voy a volver, cabrones de mierda!*, el sol entraba rabiosamente por el balcón y mis ojos se quedaron prendidos de él, *dijiste que lo sentarías, está sentao*. Corrí al baño, me sequé a toda prisa con una toalla, me puse las primeras piezas de ropa que encontré al abrir el armario, *me se quedó una espina clavá*, y eché a volar por el pasillo, *va a matarlo*, bajé las escaleras del edificio de cuatro en cuatro, *va a matarlo*.

El Golf de Rubén estaba en el aparcamiento del ladrillar, la absurda esperanza de que Linares bromease o quisiera tan sólo asustarme se vino abajo con estrépito, *lo tiene sentado de verdad*, la certeza era una bola de plomo en el estómago, me aterró haber llegado, tener que verlo; detuve el Ford Fiesta en la zona de carga y salté afuera. Al pasar junto al barracón de la oficina vi que la puerta estaba abierta y el corazón me dio un vuelco, *que haya alguien, por favor, que haya alguien*, las dos mesas, unos papeles revueltos sobre una de ellas y los fluorescentes del techo encendidos, pero no había nadie, *me ha llamado desde aquí*, me dije caminando hacia la casa, *lo ha revuelto todo hasta encontrar mi número de teléfono*, quise dar

media vuelta y olvidarme, *dijiste que lo sentarías*, ¡a la mierda con todo!, *está sentao*, yo ya tenía mi futuro, esa misma mañana había estado cara a cara con él, ¿para qué complicarme, entonces?, *porque Linares sólo me tiene a mí*; eché a correr, *tengo que llegar antes de que…*, y mientras corría y dejaba atrás la puerta de la casa comprendí que no corría para salvar la vida de Rubén, sino para salvar a Linares.

Al llegar al patio los ojos desorbitados de Rubén me detuvieron en seco y su boca inició la mueca de un grito, de una palabra, pero no surgió nada, apenas un jadeo, *dios mío*, musité. Su cuello estaba dentro del garrote y él sentado en la silla, tenía una pequeña brecha en la ceja y sangraba, las manos atadas sobre el regazo, los pies sujetos a las patas de la silla y el pecho cruzado por la cuerda que lo trababa al palo que se levantaba tras él, la manivela esperaba. La mirada se me fue a la izquierda, a Linares, que aguardaba a dos metros del garrote con sus ojos ya completamente oscuros fijos en los míos, el trapo negro en la mano y un cigarrillo en la boca, impasible y rotundo como un puño, todo su pasado allí con él; sólo cuando caminó hacia el garrote advertí que iba vestido con traje negro de pana, antiguo y sombrío, que lo hacía más alto, y camisa blanca abotonada hasta el cuello, y que sus zapatos negros recién lustrados acusaban ya una fina capa de polvo en las punteras, *se los ha ensuciado al ir y volver de la oficina*. Rubén, al ver venir a Linares, se contrajo ligeramente, no parecía tener fuerzas para más, ¿cuánto tiempo llevaría allí sentado?

—Linares —no supe qué decir.

Él se había colocado ya detrás de Rubén, arrojó la colilla al suelo y la pisó.

—Ángel, tío —la voz rota de Rubén subió de entre los hierros—, sácame de aquí…, por favor, sácame…

Linares le echó con parsimonia el trapo negro sobre la cabeza y se aseguró de que le quedaba bien puesto, comprobó las ligaduras tirando de ellas y revisó el anclaje de las argollas para evitar contratiempos de última hora, Rubén gemía y se agitaba.

—Oiga, Linares… —no me salían las palabras.

Quise moverme, di un paso y sólo sirvió para quedarme más clavado en el suelo, *¡acércate, coño, dale un empujón!*, las manos de Linares agarraron la manivela, *¡o saca a Rubén de ahí!, ¡bastará con tirar del pasador de la abrazadera para que pueda quitar el cuello!*

—¡Oiga, Linares, que a mí ya me da igual! —logré articular—. ¡Belén y yo lo hemos dejado y me da igual, en serio!

—Esto no es por ti, Daldo.

Me dedicó una última mirada, tan lúgubre como sus nudillos

dispuestos, y su voz sonó como debería haber sonado y nunca sonó con Luciano Montés:

—Creo en Dios Padre Todopoderoso…

Me se olvidó hacerle rezar el credo.

—¡Por favor, Linares! —grité, conseguí dar otro paso.

—… creador del cielo y de la tierra…

Bajo el trapo negro se oía la respiración agitada de Rubén, su intención de gritar algo, quizá de pedirme ayuda de nuevo, pero la mirada de Linares fija en su nuca lo condenaba, y de repente lo entendí: aquello *tenía* que suceder.

—… creo en Jesucristo, su único Hijo…

Las manos de Linares accionaron la manivela con decisión, ni una duda, una vuelta y media hasta el final, y Rubén se quebró delante de mí con un chasquido de vértebras rotas. Sentí como si alguien agitara violentamente el patio y me desplomé, noté el seco golpe en las rodillas; medio caído, con la cabeza inclinada, vi las leves convulsiones que hacían temblar las manos de Rubén, su pie derecho se había retorcido contra los nudos y le había saltado el Nautic azul marino, su pecho no se movía.

Linares se apartó del garrote, se alejó y se apoyó en la pared de la casa; entreví cómo sus manos prendían una cerilla y la aplicaban con calma a un cigarrillo, ese temple tan deseado, *que tenía el hombre un temperamento, eh, un temple, que ya hubiese querío yo pa mí, ¿no me comprendes, Daldo?*, pues ya lo tenía el temple; quise levantarme y en el esfuerzo descubrí la pequeña grabadora de Rubén en el suelo, cerca de sus pies, y una cámara fotográfica, *lo agarró en vilo y lo sentó sin que se diese cuenta*, visto y no visto, *la muerte es esto, Daldo*, lo mismo que había hecho conmigo. De pronto vi que Linares se había acercado a Rubén y le agarraba una de las muñecas con expresión concentrada, luego regresó a la pared y adoptó una tranquila postura de espera, *está esperando a que el corazón deje de latir*, permanecí de rodillas, no sabía qué hacer, *ha matado a Rubén*, aún parecía imposible que hubiese sucedido, *lo ha ultimado, se ha arrancado la espina de cuajo*; al cabo de poco repitió la operación con la muñeca de Rubén y volvió enseguida al amparo de la pared, *aún está vivo*, me dije, pero en realidad no podía estar más muerto, el corazón latía por algo relacionado con la inercia de la sangre, los libros de Alfonso Duarte decían algo al respecto, pero ningún médico podría ya devolverle la vida a Rubén, *que esto es istantáneo, Daldo, que te troncha las vértebras y arreando*, ni aunque lo arrancara en ese mismo instante del garrote lograría salvarlo. Me dejé caer hacia atrás, planté las manos en el suelo y, sin levantarme ni dejar de observar a Rubén, empecé a retroceder hacia la fachada de la casa, no soportaba tener tan cerca ese ligero temblor de uno

de los dedos de la mano izquierda de Rubén ni su pie descalzo retorciéndose aún y haciendo crujir la cuerda, ¡quería alejarme de su cabeza espantosamente volcada a la izquierda, como suelta, su cuello ya sin huesos que lo sujetaran!, choqué de espaldas contra la pared y me quedé encogido contra la casa. Linares se acercó otra vez a Rubén y, en cuanto le soltó la muñeca, arrojó el Bisontes al suelo y lo pisó.

—Esto ya está —su voz me sonó como si no la hubiese oído nunca.

Apoyé la cabeza en la pared, el dedo de Rubén se había quedado por fin inmóvil y su pie también, cerré los ojos, no quería desmayarme, oí un golpe, unos pasos, e imaginé a Linares viniéndose a por mí, ahora te toca a ti, Daldo. Flexioné las piernas para echar a correr y abrí los ojos, Linares había desaparecido, no estaba en el patio. Rubén, con la cabeza todavía cubierta por el trapo negro, seguía sentado en el garrote con el cuello descoyuntado, apenas un pellejo, *Dios mío*, ejecutado de verdad, y comprendí que yo no habría sido capaz de hacerlo, ni con Joan Pons ni con Raquel ni con Linares, ni siquiera con Rubén, no lo llevaba en la sangre, ¿cómo coño iba a llevarlo? Por el rabillo del ojo vi aparecer una sombra y volví la cabeza, Linares salía del entoldado y caminaba hacia mí, el traje negro, los zapatos negros, una masa oscura en movimiento, ceñuda y expeditiva, llevaba algo en la mano izquierda; me protegí con los brazos cuando se abatió sobre mí, me vi muerto, ultimado junto a Rubén, una mano me aferró el brazo y tiró de mí hacia arriba.

—Por favor… —supliqué.

—Ándate a casa, Daldo, que aquí ya no hay más que ver.

Echó a andar hacia la casa y me arrastró con él sin soltarme el brazo, el objeto que llevaba en la mano era un viejo bote metálico, como de galletas o de café, la tapa roja, un dibujo gastado; alcanzamos el recodo de la casa y tomamos la pendiente en dirección al barracón de la oficina, Linares avanzaba con prisa y el ladrillar giraba a mi alrededor como si me hubiesen echado al interior de un tiovivo, pensé en Rubén quedándose atrás, solo en el patio, y pensé en Belén, *me he enamorado de él, Ángel*. Llegamos a la oficina, Linares me soltó y me estampó aquel bote en el pecho, me obligó a sostenerlo.

—Aquí hay muchos cuartos, Daldo —sus ojos pesaban—, asín que agárralos bien y escóndelos endeseguía en un abujero, debajo de la cama o adonde te venga en gana, pero no los lleves a los bancos, ¿no me comprendes?, si los llevas a los bancos te los quitarán.

Bajé la mirada hacia el bote, ¿muchos cuartos?, ¿de qué cojones

estaba hablando?

—Venga, arreando —me empujó, estuve a punto de caer—. Y no te se ocurra volver pa na.

Dio media vuelta y entró en el barracón de la oficina, le vi consultar un papel pegado a uno de los cristales y después levantar el auricular del teléfono; me vio allí inmóvil y, con el teléfono ya junto al oído, me hizo un gesto para que me marchase, *está llamando a la policía*, lo supe. Reanudé el paso y me alejé sin poder apartar la mirada de él, un hombre difuso y anciano a través de los cristales sucios, le vi mover los labios y seguí andando y observándolo hasta que colgó y me clavó los ojos desde el fondo de la oficina; tropecé con el Ford Fiesta, sentí el impulso de quedarme, ya lo había dejado tirado una vez, pero sus palabras me perseguían, *ándate a casa, Daldo,* lo había dicho en serio, el bote parecía pesar una tonelada en mi mano, *aquí hay muchos cuartos, Daldo*.

Monté en el coche, metí la llave en el contacto y al levantar la cabeza vi a Linares fuera ya de la oficina, aguardando mi marcha sin perderme de vista, se había encendido otro cigarrillo y acababa de darle una calada, quise levantar el brazo, despedirme, pero no supe si debía hacerlo, ¡había matado a Rubén!, ¡lo había matado delante de mí y a sangre fría! Aceleré, enfilé el camino del ladrillar, me arrojé a la carretera 340 y sin saber cómo, a través de calles, esquinas y escaparates iluminados y de gente que caminaba o hablaba en portales o reía o cruzaba de acera a acera, me encontré ante el edificio de Félix alzando hacia el interfono una mano que no parecía mía.

Quince meses después, en la sección quinta de la Audiencia Provincial, se juzgó a Linares por asesinato. El juicio duró dos días. Al darlo por concluido, el presidente de la sala le concedió a Linares el turno de última palabra por si quería realizar alguna alegación, pero Linares murmuró *no tengo más na que decir*. Al escuchar su voz desde el último banco de la sala comprendí que todo había terminado, que Linares estaba allí esposado frente al tribunal, el fiscal y el público, y que, una vez más, yo no tenía nada que ofrecerle a pesar de que lo conocía mejor que nadie y sabía perfectamente por qué había ejecutado a Rubén, nada con que salvaguardarlo de lo que se decía y se había dicho sobre él en la ciudad y también en la prensa cuando su crimen salió a la luz; tampoco me había sentido mejor al concluir mi declaración como testigo el primer día del juicio, al contrario, me había quedado desfondado y sobrecogido por la posibilidad de haber dicho algo indebido, un detalle cualquiera que me inculpara a mí o confirmara que Linares era, efectivamente, el monstruo que todos creían, *lo has hecho bien*, me había asegurado Félix, pero a mí me temblaban tanto las piernas que parecía que me estuviesen juzgando a mí, *menos mal que me preparasteis para esto*, le murmuré tratando de sobreponerme también al hecho de haber vuelto a ver a Linares después de tanto tiempo. Efectivamente, los consejos de Félix y de Alfonso Duarte antes del juicio habían resultado ser imprescindibles, quién sabe lo que habría terminado declarando sin ellos, *estarás nervioso y estará bien que lo estés*, me había prevenido Alfonso Duarte, *sólo eres un chaval de veintitrés años y tenías veintiuno cuando te enteraste de que el viejo solitario a quien le reparabas una viga había matado a otro chaval*, me puso una mano en el hombro y apretó, *cuéntales lo mismo que le contaste hace un año a la policía, ¿te acuerdas?*, asentí y él continuó, *háblales del garrote vil, que Linares te lo enseñó, que te lo dejó tocar…, pero no te excedas, lo justo y ya está, de lo único que no tienes que hablar es de que viste morir a Rubén, ¿comprendes?, y por lo demás no tienes nada que temer, tus huellas estaban por toda la casa de Linares porque llevabas quince días yendo allí a diario, ¿comprendes?, no tiene nada de malo, háblales de la viga, de que te invitaba a beber brandy, no ocultes eso tampoco, tus huellas estaban también en las*

copas, me vio tan asustado que me revolvió el pelo, *no te preocupes, Ángel, no será muy difícil ni tampoco insistirán demasiado, Linares se ha autoinculpado y eso facilitará las cosas*, y así había sido, un caso sencillo, pero yo no sabía qué hacer con esa sencillez, no la veía por ninguna parte. Al rehusar Linares su derecho a pronunciar unas últimas palabras, Félix me susurró si quería acercarme a él y decirle algo antes de que se lo llevaran, *mejor no*, dije, me daba miedo hacerlo delante de todo el mundo, que me vieran saludarle, y me aterraba que Linares me guardara rencor por la forma en que yo me había desentendido de él durante esos quince meses. Cuando dos agentes de la Guardia Civil se llevaron a Linares, Félix me sacó de la sala y me dijo que me invitaba a comer. Bajamos por el paseo de Sant Joan en silencio.

—¿Cuándo tendremos la sentencia? —le pregunté.

—Supongo que en unas tres semanas.

—¿Cómo lo ves?

—Yo creo que le condenarán a unos quince años —respondió Félix señalando una pizzería a la que él y su padre solían ir a menudo—, luego tendrán en cuenta la atenuante de que Linares llamó enseguida a la Guardia Civil para entregarse de forma voluntaria y se quedará todo en unos doce años. Con buena conducta, trabajos en la cárcel, etcétera, lo más probable es que pueda salir un poco antes en tercer grado.

—¿Tercer grado?

—Dormir en la cárcel.

Como su padre antes de una ejecución, recordé, y me vi dentro ya de la pizzería, manteles a cuadros rojos y blancos, luz suave. Doce años. Me dejé caer en una silla, se había venido conmigo el rastro de las dependencias donde había declarado, de sus pasillos y muebles sombríos, de las puertas que se abrían y se cerraban, de las incómodas sillas, me había sentido realmente culpable entre tanto abogado y tantas salas y tantos jueces, *¡dejaste que lo matara!, ¡fue culpa tuya!*, quizá sí era cierto que yo habría podido impedir el agarrotamiento de Rubén, quizá sí, no sólo en el momento de producirse, cuando Linares empezó a rezar el credo y yo supe que esa vez no se detendría, sino el día anterior, cuando lo dejé abismado en su patio trasero y sus ojos se cruzaron un segundo con los míos cuando ya me marchaba y a mí no me gustó nada esa mirada, quizá sí era cierto que sus ojos me lo dijeron, que le flotaba en las retinas que ya había tomado la decisión de resarcirse de su pasado y que sólo le faltaba el reo. El camarero me puso la carta en la mano y yo la abrí sin ver realmente nada.

—Sólo me tenía a mí, Félix —dije, arrepintiéndome de no haberme acercado a Linares para ofrecerle unas palabras de ánimo

antes de que se lo llevaran de la sala—, sólo me tenía a mí y no he hecho nada por él. Ni siquiera me he acercado a despedirme.

Félix me ofreció un cigarrillo y dimos un par de caladas en silencio; el camarero apareció de nuevo por nuestra derecha y Félix, viendo mi indecisión, me preguntó si una *Venezia* me parecía bien, asentí con la cabeza y el camarero tomó nota, sacudí la ceniza en el cenicero.

—De cualquier modo no habrías podido hacer nada por él —dijo Félix—, mi padre lo intentó y ya sabes que no hubo nada que hacer.

Tenía razón. Alfonso Duarte, que se encontraba en el despacho de su casa la tarde que yo había irrumpido en su recibidor conmocionado por la ejecución de Rubén, me había comentado después de escucharme él y Félix atentamente y de haberme hecho montones de preguntas, que en el caso de Linares se podría alegar enajenación mental transitoria provocada no sólo por el estrés postraumático que arrastraba de su antigua profesión, sino también por la ansiedad que le suponía la inminente pérdida del puesto de trabajo y probablemente de la vivienda y por su alcoholismo, pero Linares rehusó cualquier tipo de ayuda cuando Alfonso Duarte se presentó en comisaría y se la ofreció, *hice lo que hice*, le dijo una y otra vez Linares, inculpándose sin fisuras, *pagaré por la ejecución del chico y no hay más na que hablar*, y quiso dejar claro que no lo había hecho porque odiara a la víctima o tuviese algo pendiente con ella, sino porque quería demostrar a su padre que él era digno de la estirpe de los Linares, *pero su padre está muerto, señor Linares*, le dijo Alfonso Duarte, *¿y eso qué?*, le replicó él encogiéndose de hombros, preguntó si podía fumar y Alfonso Duarte le ofreció un Winston de su paquete, *va a ir a la cárcel, señor Linares*, le advirtió mientras Linares daba una calada, *al menos quince años, o sea que saldrá cuando tenga setenta y dos, en cambio si colabora un poco podemos…*, pero Linares era un muro, *no me espanta a mí eso*, dijo, *o sea que ya me conozco yo la ley, ¿no me comprende?, y eso a mino me espanta*, entonces Alfonso Duarte lo presionó un poco más, *Ángel me ha contado lo de los millones, señor Linares, podría pagarse el abogado que quisiera y salir de este embrollo de la mejor manera posible*, Linares lo miró fijamente sin decir nada y Alfonso Duarte continuó, *yo podría representarlo en nombre de mi bufete, si a usted le parece bien, y quizá consigamos…*, Linares lo interrumpió con un gesto brusco, *esos cuartos no son pa usté, señor Duarte*, masculló, *asín que ni los miente*. Esa pertinaz resistencia a dejarse ayudar terminó venciéndonos a todos, aunque en aquel momento, con lo de Rubén tan reciente, yo aún no tenía demasiado claro si era más justo que Linares cumpliera esos quince años a los que según Alfonso Duarte lo condenarían o que un buen abogado lograra rebajarlos a la mitad o incluso por

completo si conseguía convencer al juez de que Linares padecía algún tipo de enfermedad mental; desde luego, Linares tenía el suficiente dinero para intentarlo, pero si él ya había rechazado esa posibilidad, ¿quiénes éramos nosotros para forzarlo?, además, él me lo había dejado muy claro, *escóndelos ende seguía en un abujero, debajo de la cama o adonde te venga en gana*. El bote contenía seis millones cuatrocientas cincuenta y dos mil pesetas, que Félix y Alfonso Duarte contaron aquella misma tarde de finales de junio mientras yo temblaba acurrucado en el sofá de su comedor y trataba de olvidar el cuello roto de Rubén; al terminar el recuento Alfonso Duarte se había mostrado de acuerdo en que resultaba imprescindible para mi seguridad que el dinero no saliera a la luz, o sea que nada de ingresarlo de momento en ninguna cuenta corriente, y opinó que Linares había sido muy listo deshaciéndose de los millones, *sabe que la policía pondrá patas arriba su casa*, dijo, *lo cual demuestra que lo tenía todo pensado al milímetro*, pero que también me había jugado una mala pasada entregándome el dinero para que se lo guardara, *si alguien lo descubre podrían acusarte de estar implicado en el asesinato*, me advirtió, y aquello sonó horrible, *sin embargo ese Linares sí ha hecho una cosa buena por ti*, añadió, *y ha sido echarte del ladrillar*, le pregunté a qué se refería y me contestó *si la Guardia Civil llega a encontrarte allí ahora estarías en comisaría y podrían acusarte de coautoría*, miré a Félix, *¿de qué?*, le pregunté, *de cómplice*, me aclararon los dos a la vez, y Alfonso Duarte agregó *es decir, que te podría caer la misma condena que a Linares*. Al llegar a casa fui directamente a mi cuarto y guardé el bote en lo alto del armario, bajo la bolsa de basura con las cruces y los paquetes de cigarrillos, una rata más. El dinero se convirtió en una pesadilla para mí, me aterraba que alguien lo descubriera y se cumpliesen las previsiones de Alfonso Duarte, ¿cómo sería pasarse quince años en la cárcel?, calculé que al salir tendría casi cuarenta y todos me verían como el cómplice del verdugo asesino, me resumirían así en un abrir y cerrar de ojos, me señalarían por la calle y yo me vería obligado a marcharme de Sant Feliu como ya hizo Linares al partir de Almería; se me pasó muchas veces por la cabeza la idea de arrojar el dinero a la basura o al río Llobregat o quemarlo o enterrarlo en cualquier parte y de ese modo liberarme de la tensión que me suponía no sólo comprobar una o dos veces al día que los millones siguieran en lo alto del armario, sino también vigilar a mi madre cuando entraba en mi habitación para hacer la limpieza de los sábados, pero era demasiado dinero, ¿cómo coño iba a tirar casi seis millones y medio de pesetas al río?, ¿cómo iba a quemarlos?, además, Linares me los había confiado a mí, querría recuperarlos al salir de la cárcel para tener algo de lo que vivir, ¿qué le diría

entonces?, ¿que los había echado al cubo de la basura para no ir yo también a la cárcel?

El camarero nos sirvió las pizzas, apagamos los cigarrillos en el cenicero y empezamos a comer; la *Venezia* estaba deliciosa, pero yo sentía el estómago cerrado como un puño, no lograría comerme ni la mitad.

—Cómo me ha jodido verlo ahí esposado —comenté sin apenas levantar la vista del plato, pinché un trozo de pizza—. No sé por qué no he ido a visitarlo a la cárcel en todo este tiempo.

Félix llenó de vino las dos copas.

—Bueno —dijo—, tampoco ha sido fácil para ti.

No, tampoco había sido fácil para mí. Cuatro meses después de la muerte de Rubén, a finales de octubre, con Linares en prisión preventiva a la espera del juicio y la amenaza constante de tanto dinero sobre mi armario, mi vida se hallaba ya completamente encallada y yo languidecía en el epicentro de un túnel sin salida, incapaz de verle el final a la oscuridad, sin otra cosa que hacer en todo el día que acercarme rutinariamente a La Caixa la primera semana de cada mes a cobrar el subsidio del paro y luego dejarme caer de nuevo en el sofá o en la cama y seguir soportando no sólo el recuerdo de las tardes en casa de Linares y la voz de mi madre diciéndome de tanto en tanto, cuando le venía a la memoria, *Dios mío, Ángel, podrías haber sido tú, ¿te das cuenta?*, sino tragándome también las palabras que sonaban en el vecindario y que, de forma gradual, habían empezado a sonar también en la ciudad, en boca de cualquiera, *viejo loco, cabrón asesino, con Franco ya lo habrían agarrotado a él…*, y en boca de Belén, que se había presentado en mi casa en cuanto se hubo enterado de que Rubén había muerto y se puso a llorar en medio del comedor, *¡dejaste que lo matara!*, me gritó, *¡fue culpa tuya!*, mi madre intentó calmarla pero ella la alejó con un empujón, *no soportabas que me hubiese enamorado de él, ¿verdad?, ¡no soportabas que fuese mejor que tú!*, se acercó a mí y trató de darme una bofetada, *¡pues entérate bien, cabrón, lo era!, ¿me oyes?, ¡era mil veces mejor que tú!*, dio media vuelta, abrió la puerta de la calle y antes de salir me escupió *¡eres un asesino, Ángel, me das asco!;* no volvimos a vernos más y Félix me aconsejó que no tratara de hablar con ella para hacer las paces ni nada por el estilo, *cuanto menos sepamos de ella mejor*, dijo, *si alguien se entera de que Rubén se la tiraba podría traerte problemas, pasarías de ser el chico que le reparó la viga a Linares y que se encontraba allí por casualidad a ser el cornudo con deseos de venganza*. Unos días más tarde me encontré por casualidad a su madre, a Dolores, en la sección de carnicería del Supermercado Mirsa y me comentó que, desde lo de Rubén, Belén no levantaba cabeza, *y la pobre me ha dicho que va a dejar el instituto*,

dijo apenada, pidió unos filetes de lomo a la carnicera y me miró de nuevo, *es que eso de Rubén fue muy fuerte, ¿verdad?*, murmuró inclinándose hacia mí y adoptando ese aire de incomodidad que yo percibía en todos los que se acercaban a hablarme del asunto, *y además en tu trabajo*, añadió sacudiendo la cabeza, *ya no estamos seguros en ninguna parte*, se volvió para pedirle algo más a la dependienta y la recordé llorando en el comedor de su casa, ¡qué lejos quedaba aquella noche!, nos despedimos con un par de besos. También me llegaron los comentarios recelosos de Lobo Castilla, a quien don Ramiro había recolocado junto a mi padre en Potesa, una empresa de inyección de plásticos en Cornellá, y que algunos sábados se encontraba con mi padre, con Escudé y otros en el bar El Maño para desayunar y jugar unas partidas de dominó, *tu hijo sabía algo, Bernabé*, le dijo a mi padre varias veces, *me apostaría un riñón*, y mi padre un día me lo preguntó a mí, *¿tú sabías algo?*, como si ya no recordara que una noche en la cocina intenté hablarles de ello, *sabía que había sido verdugo*, le respondí, y él no se dio por satisfecho, *pero ¿sabías que pensaba matar a ese chico o no?*, me preguntó, *no, no lo sabía*, le respondí, *yo estaba de baja el día que ocurrió, ya os dije que pasé la tarde en casa de Félix*, él asintió y pareció arrepentido de reabrir esa herida, *ya lo sé, hijo, ya lo sé*, se disculpó, *es que Castilla ha estado ahí otra vez dale que te pego con el tema y…, ¡va, olvídalo!* Empecé a tener sueños recurrentes en los que aparecía Rubén llamándome asesino desde el garrote y por las mañanas despertaba como si no hubiese dormido ni un solo minuto. Exceptuando a mi madre, a Félix y a Alfonso Duarte nadie me preguntó cómo me sentía o cómo había soportado todo aquello, nadie me ofreció una sola palabra de ánimo, ni siquiera Sadurní, que al enterarse de lo sucedido me llamó dos o tres veces para dedicarse a exclamar *qué fuerte, macho, qué fuerte*, y a no dejar pasar la ocasión de recordarme entre risas que él había sido el primero en olerse que yo era un auténtico Angelito de la muerte, *¡es que te persiguen las cosas macabras, tío!*, rio, ¿de verdad Sadurní era tan simple como parecía?, ¿de verdad eran tan simples todas las personas que a lo largo de esos cuatro meses habían venido a mi encuentro y se habían dedicado a soltar sus gilipolleces como si todos ellos, tan seguros de sí mismos, hubiesen estado alguna vez maniatados a una silla y a media vuelta de ser agarrotados! Varado en la soledad de ese túnel sin salida, incapaz de sobreponerme a los acontecimientos, lo de ir a la universidad quedó reducido a cenizas, convertido en el estúpido sueño de un pardillo estúpido, incluso llegué a avergonzarme de haber creído alguna vez que semejante futuro estaba a mi alcance; lo único que deseaba era dejarlo atrás y empezar a pensar de manera más realista, buscar un trabajo a

medida de mis posibilidades, pero ¿qué trabajo?, ¿otro de aquellos trabajos de mierda? Fue Félix quien finalmente metió la mano en las tinieblas de aquel túnel y tiró de mí una de las últimas tardes de octubre. Entró en mi habitación y, con una expresión de dicha, me informó de que el Ayuntamiento de Sant Feliu ofrecía cursos para obtener el graduado escolar; yo llevaba al menos dos horas en la cama escuchando a la Electric Light Orchestra, fumando sin parar y dejándome llevar por las espirales del humo, y le contesté que la sola idea de involucrarme en uno de esos cursos me parecía una pérdida de tiempo; se enfureció, desconectó el estéreo y me trajo a la memoria, como si los escupiera, mis discursos sobre marionetas rotas y vidas pequeñas, el numerito de hacer pedazos el libro de escolaridad y lo mucho que me había jodido que Belén no me viese capaz de estudiar nada y que Rubén me llamara ignorante, *¿qué pasa?*, me espetó, *¿que todo eran putas teorías o qué?, ¿y eso que sentiste al leer todos esos libros sobre la pena de muerte?, ¿y ese paripé de irte a la universidad a hablar con los muros?*, su mirada era feroz y contundente y vi en ella la determinación y la fuerza que también había visto siempre en la de Alfonso Duarte, eso que mi padre, desde su total desconocimiento, había llamado alguna vez arrogancia y engreimiento, *¡por mí puedes quedarte aquí llorando, si te da la gana!*, añadió Félix, *¡pero no cuentes conmigo para compadecerte!*, me sentí acorralado por mi propia desidia, podía seguir a Félix o quedarme vegetando día tras día en el sofá lamentándome por ese futuro que un día había imaginado y al que ya había renunciado, *¡si quieres algo tienes que ir a buscarlo, coño!*, zanjó, *¿o te crees que van a venir a tu casa a traértelo?*; en ese momento comprendí que yo pertenecía al grupo de personas que manteníamos el mundo en movimiento, pero que eran personas como Félix y su padre las que lo hacían avanzar. Al día siguiente fui al Ayuntamiento y, aunque el curso llevaba ya una semana en marcha, me aceptaron con el compromiso de que haría lo posible por ponerme al día con los compañeros; las clases tenían lugar los lunes y los miércoles por la mañana, de ocho y media a diez y media, y aproveché que me quedaban todavía dieciséis meses de subsidio de paro para dedicarme exclusivamente a estudiar y poder llegar con garantías a los exámenes finales, que serían a mediados de junio del año siguiente. Al terminar mi primer día de clase llamé a Félix y le dije que tuviese en cuenta esas fechas porque pensaba arrasar con las notas y había decidido celebrarlo con una cena en su casa y una borrachera por los baretos de Gracia, *eso está hecho*, accedió él.

La pizzería se había llenado y todas las mesas ya estaban ocupadas, eran las dos de la tarde y al fondo, en el vestíbulo, se veía

gente esperando de pie a que quedara alguna mesa libre; Félix casi se había terminado su *Venezia*, yo no podía con lo que quedaba de la mía y dejé el tenedor y el cuchillo sobre el plato. Pedimos unos *tartufos* de postre, Félix bebió café y yo una copa de Veterano, al coger la copa se reflejaron en el cristal unos dedos recios.

—Quiero ver a Linares —dije.

Félix alzó los ojos de la taza de café y asintió, no parecía sorprendido, probablemente llevaba esperándolo desde el principio. Alfonso Duarte no puso ninguna objeción, únicamente me preguntó si estaba seguro, *estoy seguro*, le respondí.

Cuando vi a Linares tras el cristal de la sala de visitas de la Modelo me eché a llorar, no pude evitarlo. Me había pasado la noche sin dormir, devorado por los nervios, y llevaba un año metido en el infierno de querer verlo y acercarme a él pero temeroso de hacerlo porque, como todo Sant Feliu había mostrado ya su rechazo hacia un crimen tan repulsivo, *tan vil*, podrían haber añadido, me horrorizaba la posibilidad de que alguien averiguara que yo había ido a visitarlo a la cárcel como si fuese amigo mío. Durante el juicio, entre tanta gente, había logrado mantenerme más o menos al margen del impacto que me produjo su presencia, pero allí en la cárcel, al tenerlo frente a mí y tan cerca, fue como si reventara un dique en mi interior. Aquel hombre, más allá de lo que hubiesen dicho o dijesen de él, era Tanco Linares, el mismo Linares que había dedicado la mitad de su vida al mantenimiento del ladrillar con profesionalidad intachable, el Linares que acogía en su casa a perros extraviados y que me había invitado tantas veces a brandy con un cálido gesto de viejo solitario; su aspecto me alarmó, había adelgazado y había perdido esa contundencia que yo le recordaba de la última vez que estuve con él, ese traje oscuro, ese modo de venirse a por mí con Rubén muerto al fondo, *venga, arreando*, su empujón para echarme del ladrillar, *y no te se ocurra volver pa na*. Me aparté las lágrimas de la cara con el dorso de la mano, respiré hondo, nos sentamos uno a cada lado del cristal, habían transcurrido casi tres semanas desde el juicio y acabábamos de saber que, tal y como había pronosticado Félix, a Linares lo habían condenado a doce años de cárcel.

—¿Cómo está? —sus ojos estaban allí arrinconados, muy lejos.

—Mi padre dormía en las prisiones, Daldo, —su expresión empezó a suavizarse—, o sea que los Linares ya sabemos de qué va el tejemaneje este.

Sonreí y sentí una bocanada de aire fresco en el pecho al verlo sonreír también a él, había esperado encontrarlo más

descompuesto, más apenado, no me pareció que dijera eso de dormir en las prisiones completamente en broma, pero era evidente que había tenido fuerzas para bromear sobre algo que hasta hacía sólo un año había sido muy serio para él, *casi estoy yo peor que él*, me dije, y me avergoncé de haber llorado, él se habría dado cuenta y ahora sólo trataba de hacerme aquel trámite más agradable; sin duda parecía estar en paz consigo mismo, ejecutar a Rubén había reventado sus treinta años de silencio y lo había dejado al raso, brutalmente libre. Durante los siguientes minutos eludió darme detalles de su situación allí en la cárcel y quiso saber qué había pasado con el ladrillar; le conté que iban a construir en él un túnel de lavado automático para coches, pero que aún no habían empezado.

—¿Y mi casa? —preguntó.

—De momento sigue en pie.

No quise decirle que la policía, en el mismo momento de retirar el cadáver de Rubén, había confiscado el garrote y lo había revuelto todo en busca de indicios y pruebas que pudieran utilizarse en el juicio, aunque quizá ya se lo imaginaba. A mí me lo había explicado Alfonso Duarte muy al principio, cuando me preparaba para el interrogatorio que iba a tener lugar en comisaría, y fue algo que me impresionó, ¡eran tan importantes esos recuerdos para Linares!, en manos de la policía no serían más que cachivaches y tonterías sin ningún sentido, manosearían los recortes de periódico y los documentos, rastrearían las fotografías, las arrojarían sobre mesas de laboratorio, las volverían del revés, ¡se trataba de sus padres, coño, y de su ex novia!, para los policías sólo serían rostros anónimos, gente que ya había muerto, los familiares del cabrón ese, del verdugo del ladrillar, y el garrote no sería más que un puñado de hierros para los más jóvenes, una rara antigualla que los más veteranos sí reconocerían enseguida de esa España tan lejana pero aún tan próxima; ni unos ni otros, sin embargo, tendrían ni puta idea de que allí, además de Rubén Plana, habían muerto también el Picoveleta y Luciano Montés, ¡y casi yo mismo! Tras una breve pausa Linares se llevó un cigarrillo a los labios y se interesó también por los compañeros del ladrillar; le conté que Lobo Castilla y mi padre trabajaban de seis de la mañana a dos de la tarde en una empresa de inyección de plásticos de Cornellá, que Escudé conducía un camión en la empresa Containers Ibérica de Sant Joan Despíy que Antonio y dos o tres más se habían ido con don Ramiro, quien al parecer había comprado un almacén de materiales de venta al por mayor en el polígono El Pía de Sant Feliu y quería reconvertirlo en una especie de gran ferretería para el público en general.

—¿Y tú adonde andas? —me preguntó.

—Estoy estudiando. Ya tengo el graduado escolar.

—Buena cosa.

—Quiero ser abogado.

Dio una larga calada y asintió.

—O sea que también te vas a conocer tú la ley.

—Eso espero —medio sonreí.

La visita terminó y salí al exterior con una extraña sensación de desengaño y abatimiento, tanto tiempo esperando aquella visita, tantas horas aguardándola sin poder dormir ni casi comer y ya se había evaporado, ¿de qué habíamos hablado? Eché a andar calle Entenga arriba, estábamos a principios de julio y el fuego del sol me aplastaba contra la acera, costaba levantar los pies y avanzar. Me metí en el Ford Fiesta y encendí un cigarrillo, di dos o tres caladas rápidas con la mirada perdida en el tráfico, *no le he dicho nada del dinero*, tampoco le había hecho ninguna de las preguntas que habría querido hacerle, ¡qué forma de perder el tiempo, joder!, *tengo que volver*, decidí, *tengo que volver otra vez*.

Volví a visitarlo casi un mes después, a finales de octubre. No le había mencionado a nadie mi primera visita, ni siquiera a mis padres, y tampoco dije nada de la segunda, era cosa mía y no quería implicar a nadie, sabía lo cruel que podía ser el vecindario con sus habladurías y quería mantener a mis padres al margen. Le llevé a Linares dos cartones de Bisontes y los aceptó con sorpresa, había adelgazado un poco más, pero en general tenía mejor aspecto que la primera vez, o ésa fue mi impresión, *dile ya lo del dinero*, me empujé, ¿por qué coño me costaba tanto?

—Linares —me arranqué—, tendríamos que hablar de una cosa.

Se había encendido un cigarrillo y me miró a través del humo.

—¿Adonde te enteraste de lo del Luciano Montés? —me preguntó de sopetón, y me di cuenta de que nunca habíamos hablado de ello.

—Lo leí en un libro.

Hizo una mueca y dio una calada.

—¿Y cómo andas en lo de estudiar?

—Esta semana he empezado BUP.

Antes del verano me había matriculado en el Instituto de Bachillerato Olorda para cursar primero de BUP en horario nocturno; Félix me había sugerido la posibilidad de esperar dos años y realizar el acceso a la universidad para mayores de veinticinco años en la Academia Blancafort de Barcelona, pero yo quería hacerlo en el Olorda, tenía que ser allí, me pareció que debía

empezar por el sitio del que más había renegado, el lugar que tantas veces había despreciado cuando mi vida se reducía a ganar un sueldo tras la barra del Frankfurt Olímpic y aún no existían ni Belén ni el auténtico Linares ni las vidas pequeñas ni las marionetas rotas. Le expliqué a Linares los distintos niveles educativos que era preciso ir superando para llegar hasta la universidad y me escuchó como si realmente estuviese haciendo un esfuerzo por entenderme.

—El tener cultura le abre a uno puertas, ¿no verdá? —comentó—, que siendo uno joven pues no le da uno importancia ninguna a eso de estudiar, pero ya luego…, o sea que una persona con cultura pues lo tiene más fácil pa colocarse por ahí y ganarse la vida decentemente —miró la brasa del Bisontes y, cabizbajo, añadió—: Yo estudié na más que las cuatro reglas, ¿no me comprendes?, o sea que a los doce años ya estaba yo fuera de la escuela ganándome los cuartos.

Los cuartos. El dinero.

—Oiga, Linares —no quería parecer brusco, pero no podía aplazarlo más, el tiempo allí era limitado—, ¿qué tengo que hacer con el dinero?

Se inclinó hacia el cristal.

—Los cuartos son pa ti, Daldo —dijo—, no tienes que hacer na.

Me quedé mirándolo, lo recordé estampándome el bote en el pecho.

—Es mucho dinero —dije.

—Un millón doscientos noventa mil duros con cuatro pesetas —dijo de corrido.

Tengo que rechazarlos, no los merezco, ¿en qué lo he ayudado yo?

—Puedo guardárselos hasta que usted salga —le sugerí—, a mí no me importa, de verdad.

—No seas idiota, Daldo —me interrumpió, dio una calada y sus ojos se emborronaron—, que doce años se van a hacer aquí muy largos, ¿no me comprendes?, o sea que no voy a aguantar yo tanto.

—Pero eso usted no lo sabe.

—Los cuartos son pa ti, cojones —me replicó masticando cada una de las palabras para no gritármelas—, y no digas más na.

Me retrepé en la silla y callé, *seis millones cuatrocientas cincuenta y dos mil pesetas*, se oían ruidos de puertas y otras voces a lo lejos, *seis millones cuatrocientas cincuenta y dos mil pesetas*, tragué saliva.

—La universidá te costará unos cuartos, ¿no verdá? —dijo Linares.

Mi cabeza subió y bajó.

—Pues arreando —aplastó la colilla en el cenicero—. Tú na más tienes que hacerte un buen abogao, Daldo, que ya de lo demás yo

me encargo.

Su sonrisa me desarmó, *seis millones cuatrocientas cincuenta y dos mil pesetas*, extraje el paquete de Fortuna del bolsillo de la camisa, me llevé un cigarrillo a los labios y di una primera calada como si quisiera consumirlo entero de un tirón, *es mucha pasta*, sacudí unas briznas de ceniza en el cenicero y mantuve la vista fija en el suelo, a mi derecha había otras personas hablando con otros presos, di una segunda calada. Me sonaba haber oído en alguna ocasión a Linares diciendo que lo importante era tener alguien a quien legarle el dinero que uno había ganado a lo largo de su vida, un hijo o un nieto o lo que fuera; él no tenía a nadie y desde luego no había querido que sus millones, ganados de sol a sol, se pudrieran bajo el entoldado de su patio o fuesen a parar a manos de un desconocido que se beneficiaría de ellos sin conocer su procedencia, él sabía que esos millones, de haberlos encontrado la policía, se habrían destinado a la indemnización que la familia de Rubén habría de recibir por la muerte de su hijo. Di otra calada y me quedé observando la brasa del cigarrillo, *ha preferido que el dinero sea para mí*, pero ¿por qué?, ¡esos millones pertenecían a los padres de Rubén!, eran ellos quienes habían perdido a su hijo, ¡y yo había participado en su muerte, joder!, ¡la había permitido!, y ahora Linares me ofrecía ese dinero como si fuese mi abuelo o mi padre legándome su herencia y no estuviéramos en la sala de visitas de la cárcel, sino en el sofá de un comedor familiar y confortable, *tengo que rechazarlo*, decidí, *tengo que decirle que no lo quiero*; alcé la cabeza y me encontré con sus ojos, *dijiste que lo sentarías*, ¡habría sido tan fácil sacar a Rubén del garrote!, ¡en menos de diez segundos habría estado libre!

—¿Por qué me llamó, Linares?

Se encendió otro cigarrillo y apoyó los codos en el pequeño mostrador que tenía delante; había transcurrido más de un año desde aquella llamada, pero yo seguía oyendo su respiración y su voz al otro lado del hilo telefónico, *está sentao*, y la línea cortándose.

—Antes de ultimar a Rubén —dije por si no me había entendido—, ¿por qué me llamó?

—Porque hay cosas que si quiere uno verlas, pues tiene uno que verlas hasta el final, ¿no me comprendes? —su mirada se agudizó sobre la mía—, o sea que no puede uno querer verlas y luego quedarse a medias y decir por ahí que vio esto y lo otro y lo de más allá —*¡móntelo, hijo de puta!*, mi propia voz estalló en mi cabeza, *¡móntelo y matemos a alguien!, ¡a quien sea!, ¡demuéstreme que tiene huevos!*—. Quedarse uno a medias es como no hacer na, ¿no me comprendes?, es una tontá, asín que agarra los cuartos y tira

p'alante.

Dieron la señal de que la visita debía terminar, permanecimos quietos, *dile que no quieres el dinero*, me tragué el humo del Fortuna y lo expulsé lentamente.

—Oiga, Linares —*¡díselo, díselo, díselo!*—, ¿qué era lo que yo también llevaba en la sangre?

Sus ojos oscuros salieron en mi busca con la misma determinación que aquella lejana mañana en la que me propuso que echara el cachorro al fuego.

—El coraje, Daldo —respondió—, el hacer uno lo que tiene que hacer.

Se puso en pie, se iba.

—Rubén murió por eso, ¿verdad? —lo retuve.

—Sí—dijo—, el chaval fue ejecutado por eso.

Me saludó con un gesto y salió de la sala de visitas, *no fue culpa mía*, me dije buscando alivio, *no fui yo*, pero no sentí alivio ni me sirvió de consuelo, sólo trataba de sacarme sin más la culpa de encima; ¡claro que era cierto que le había gritado a Linares que Belén y yo lo habíamos dejado y que por lo tanto ya no me importaba Rubén ni tampoco le guardaba rencor, o no lo bastante como para querer matarlo!, ¡y claro que era cierto que Linares me había replicado que aquello no iba conmigo!, *me se quedó una espina clava*, pero ¿y qué?, ¿de que me eximía eso?, ¡la realidad era que yo no había movido un dedo por Rubén!, ¡no había tenido huevos para detener a Linares!, ¡Linares!, ¡el jodido Linares!, ¿por qué seguía poniéndome de su parte?, ¿qué coño importaban los motivos por los que había matado a Rubén?, ¡lo había matado y punto!, ¡era un asesino y yo tan asesino como él!, *mejor que lo pierda de vista*, me dije abandonando la sala de visitas.

Al poner el pie en la acera de la calle Entenga y dejar atrás la Modelo lo comprendí de repente: no había impedido la muerte de Rubén sencillamente porque Linares *necesitaba* hacerlo. Para él no ejecutar a Rubén habría sido mucho peor que la cárcel, mucho más vergonzoso y humillante, y así debí de intuirlo cuando la argolla aún no se había cerrado en torno al cuello de Rubén y yo disponía aún de tiempo para poner fin a aquello; tuve que elegir y elegí, tomé partido por Linares, mi compromiso era con él, lo había ayudado a liberarse de sus ratas, de su trastienda, y él a cambio me ofrecía su dinero para ayudarme a mí, ¿por qué iba a rechazárselo? Monté en el Ford Fiesta, me recosté en el reposa-cabezas y cerré los ojos, *seis millones cuatrocientas cincuenta y dos mil pesetas*, ¡joder!, no tenía más que subirme a la silla de mi habitación y cogerlos de lo alto del armario, *los cuartos son pa ti, Daldo*, ¡nada más que alargar

la mano y cogerlos!, el subsidio de paro se me terminaba dentro de dos meses y esos millones ayudarían, podría permitirme trabajos de pocas horas o tan sólo de fin de semana para ir tirando y poder dedicar más horas a estudiar, ¡se trataba de mi futuro!, ¿qué tenía que ver el asesinato de Rubén con eso?; además él ya estaba muerto, renunciar al dinero no lo resucitaría, y su padre era un empresario próspero, sin estrecheces económicas, esos millones no cambiarían su vida ni la de su familia, quizá no harían más que recordarle que su hijo había sido agarrotado y que ese dinero era del viejo loco que lo había hecho. Puse el motor en marcha, me incorporé al tráfico y, volviendo a casa, sentí por primera vez en mis veintitrés años que era posible salir del charco de agua sucia si no te quedabas esperando el gesto de ningún dios en cuclillas; la vida te pedía compromisos, riesgo, que tomaras la iniciativa y manejaras tus propios hilos.

Vi por última vez a Linares a principios de diciembre de mil novecientos noventa y uno. En esos cuatro años yo había terminado BUP y COU, y con la ayuda de Félix y un montón de café y Cola-Cola había logrado la nota necesaria en la prueba de selectividad para acceder a la Facultad de Derecho. No había sido fácil conseguirlo y al ver la nota final en el tablón de anuncios, un cinco con nueve, pensé que todos los esfuerzos que había hecho para llegar hasta allí habían merecido la pena; habían merecido la pena las horas sin dormir y los empleos esporádicos en los que había trabajado para no gastarme a las primeras de cambio el dinero de Linares; habían merecido la pena la desilusión que me supuso suspender los primeros exámenes del instituto y soportar la falta de confianza de mi familia cuando les comuniqué las notas, *ya te dije yo que estudiar a tu edad era una pérdida de tiempo*, comentó mi padre, quien siempre había juzgado una quimera y una chiquillada que yo aspirase a ser de pronto abogado, *tendrías que haber estudiado cuando te tocaba y no ahora*, sólo le faltó añadir que los hombres como dios manda no se dedicaban a estudiar, *¿sabes lo que creo?*, me espetó, *¡que te has vuelto un vago y que harías cualquier cosa para no trabajar!*, no me dio tiempo a protestar, *y también creo que ese Alfonso Duarte te ha metido en la cabeza eso de ser abogado*, se iba encendiendo, *¡pues atiende una cosa, Ángel, para él es muy fácil decirte que hagas esto o lo otro!, ¿y sabes por qué?, ¡porque no eres su hijo!, y el día que te estampes, ¿sabes que hará?*, subió la voz de pronto, *¡nada!, ¡no hará nada!, ¡seguirá con sus cosas y si te he visto no me acuerdo!, ¿entiendes?, ¡no vendrá a sacarte del agujero!*, era la primera vez que yo veía a mi padre tan furioso y estaba consiguiendo enfurecerme a mí, *¡Alfonso no me ha metido nada en la*

cabeza!, exclamé, *¡he sido yo!*, pero mi padre sacudió una mano en el aire, encerrado en su espiral, *¡sé lo que me digo, hijo!*, prosiguió, *quizá tu madre y yo seamos unos ignorantes, pero te hemos dado todo lo que hemos podido*, hizo una pausa y esa pausa se me hundió en la boca del estómago, *¿lo entiendes?, todo lo que hemos podido…, y lo único que queremos es lo mejor para ti*, se encendió un Rex y ya no dijo nada más, *ya lo sé, papá*, logré decir, pero él ya no me escuchaba, y su silencio me trajo a la memoria el silencio de Tancredo Linares al renegar de Linares; y había merecido también la pena sufrir las muchas veces que a partir de ese momento me tentó la idea de arrojar la toalla y las muchas veces que Félix me había alentado a seguir adelante, sobre todo la noche que Sadurní insistió en salir y nos fuimos los dos al Frankfurt Olímpic a cenar y entre él y Massana, en cuanto les dije que había suspendido unos cuantos exámenes, se pusieron a enumerarme la cantidad de desventajas que traía consigo estudiar una carrera a mi edad: el alto porcentaje de alumnos que se quedaban a medias, los que aun terminando los años formativos no encontraban después un trabajo relacionado con su disciplina y los que incluso encontrando ese trabajo al que habían aspirado descubrían al final que no era como lo habían imaginado y la decepción los obligaba a renunciar, *un tío mío estudió arquitectura*, explicó Sadurní, *y cuando se puso a trabajar de arquitecto descubrió que era un coñazo y ahora es director de no sé qué en unos laboratorios farmacéuticos*, a mí me costaba seguir mordiendo la hamburguesa con cebolla, *quins collons*!, exclamó Massana, *yo sólo iría a la universidad a una cosa*, sonrió maliciosamente y supe lo que iba a decir, *a follarme totes les ties!*, su risa sonó también como la de una marioneta rota, *¡cuando vayas me avisas!*, rio Sadurní, y sus carcajadas permanecieron resonando dentro de mí hasta que al día siguiente, bastante desmoralizado y sopesando la posibilidad de que ellos tuviesen razón y yo me estuviera equivocando, se lo conté a Félix, *¡no escuches a nadie, coño!*, me gritó, estábamos en su habitación y por suerte no había nadie en casa, *¡si los escuchas te irás a la mierda!, ¿me oyes?, ¿qué han conseguido ese par de imbéciles para decirte a ti que no lo vas a conseguir?, ¡nada!, ¡no tienen ni puta idea!, ¡Sadurní se rindió a medio camino, coño, y ese Massana no ha salido del Olímpic en toda su puta vida!*, fue a la cocina y regresó con dos medianas San Miguel, *¡si los escuchas te hundirás con ellos, Ángel!*, concluyó, *tirarás tu vida por la borda*. Frente al tablón de anuncios de la facultad supe que no cambiaría aquel cinco con nueve por haberme evitado uno solo de aquellos duros momentos, y entendí que lo más difícil de todo no había sido recuperar el hábito de estudiar y ser capaz de ir superando los exámenes, tampoco el hecho de compaginar los

trabajos esporádicos con las horas que pasaba en el instituto, sino que lo más complicado, lo más agotador, había sido precisamente mantenerse minuto a minuto fiel a aquella recomendación de no escuchar, de seguir adelante a pesar de todo. Linares entró en la sala de visitas y se sentó frente a mí, los reflejos del cristal que nos separaba ya no lograban atenuar el profundo deterioro de su mirada ni la levedad de sus gestos. Aquellos cuatro años de cárcel más los quince meses que permaneció en prisión preventiva comenzaban a pasarle factura y era algo que yo había percibido ya en las dos o tres últimas visitas de las siete u ocho que le había hecho durante esos cuatro años.

—Ya llevo un mes y medio en la facultad —le dije.

Encendió un cigarrillo y el humo flotó sobre su sonrisa, le hablé de lo mucho que me había impresionado cruzar la puerta de la universidad y formar parte, por fin, de esos centenares de chicos y chicas que cierto día imaginé estudiarían en aquellas aulas y caminarían por aquellos jardines. Linares estaba más o menos al corriente de mis progresos porque yo se los había ido detallando de visita en visita mientras él me escuchaba con atención fumando un cigarrillo tras otro, asintiendo o soltando monosílabos, hilvanando de vez en cuando una o dos frases seguidas y mostrándose satisfecho, pero en mis dos últimas visitas lo había visto tan apagado que llegué a pensar que quizá mi presencia le suponía ya más un engorro que una satisfacción, recuerdos que no le apetecía recordar, y resolví preguntarle si prefería que pusiéramos fin a nuestros encuentros.

—Oiga, Linares —nos miramos y, fugazmente, fue como si nos mirásemos una vez más a través de los cristales de su casa—. Gracias por lo del dinero.

Asintió débilmente y yo me llevé un Fortuna a los labios, apliqué la llama del encendedor y di una calada, quería decirle que me alegraba de no haber rechazado los millones a pesar de que eso me había supuesto muchas horas de insomnio viendo una y otra vez los ojos acusadores de Rubén fijos en los míos, estallando de desesperación sobre la argolla del garrote, pero de repente me pareció farragoso mencionar el nombre de Rubén, *mejor dejar ya a Rubén en paz*, decidí, *mejor no decir nada*, y le pormenoricé a Linares cómo habían sido mis primeros días como universitario, la locura de libros, de actividades, de horarios. Al cabo de un rato anunciaron que la visita debía terminar y Linares se puso en pie trabajosamente, un temblor de huesos bajo la camisa y los pantalones, un hombre al cabo de su vida; me levanté con él y lo miré de frente.

—Si puedo hacer algo por usted… —me despedí.

Vi cómo en su cara asomaba una expresión distinta a la de las últimas visitas, algo parecido a la dicha, un esplendor bajo la fatiga que lo estaba marchitando.

—Llévame a casa cuando to termine —dijo.

Salió de la sala con la cabeza hundida entre los hombros, sus tobillos eran apenas un cruce de huesos, y me entraron ganas de atravesar el cristal y acompañarlo a su celda o a donde fuese, hacer algo por él, serle útil al menos una vez, pero en un abrir y cerrar de ojos me vi atravesando puertas, recorriendo pasillos, saliendo a la acera de Entenga y tomando el autobús para llegar puntualmente a la clase de Derecho Civil; en cuanto me senté junto a la ventanilla supe a qué se había referido Linares con lo de *cuando to termine*. Al llegar a la facultad me dirigí sin demora a los teléfonos públicos del vestíbulo, llamé a Alfonso Duarte a su bufete y le dije que, llegado el momento, teniendo en cuenta que los padres de Linares habían muerto hacía años y él ya no tenía familia en ninguna parte, había tomado la determinación de hacerme cargo de su entierro.

La llamada de Alfonso Duarte un mes después para decirme que Linares había muerto de un infarto de miocardio mientras dormía me alcanzó cuando me vestía para salir a celebrar la Nochevieja con Félix y Marta. Colgué el auricular y me dejé caer en una silla, mis padres habían ido a cenar a casa de la tía Leonor con otros familiares y el comedor me pareció muy grande y muy oscuro, desde mi habitación llegaba la Electric Light Orchestra cantando *Telephone line;* me levanté y regresé a mi cuarto aún abrumado por la voz de Alfonso Duarte, *Linares murió esta mañana, Ángel,* me senté en la cama y terminé de vestirme pensando que nadie debería morir así, tan solo. En el baño me apoyé en el lavamanos y lloré volcado hacia delante, lloré por Linares con rabia, con dolor, con tristeza, y enseguida lloré simplemente por estar llorando allí tan solo, por lo que me había supuesto huir de mi vida pequeña, lloré por Belén, por Sadurní y por Rubén, por el daño que le había hecho a mis padres llamándolos ignorantes, y lloré por ese Ángel Daldo que yo no volvería a ser. Al cabo de unos minutos me eché agua a la cara y contemplé mi expresión en el espejo, me sentía abatido y reconfortado, y comenzó a invadirme una cierta sensación de alivio al pensar que Linares ya no tendría que permanecer encerrado ni un minuto más, *se acabó, Linares,* susurré, *se acabó*.

Al día siguiente, como teníamos por costumbre cada uno de enero, tía Leonor vino a comer a casa. Apareció impecable, recién pasada por la peluquería y encajada dentro de un vestido floreado,

un aspecto bastante saludable que no encajaba con la interminable sarta de malestares que, según empezó a detallarnos en cuanto nos sentamos a la mesa, la aquejaban últimamente; también nos obsequió con la lista de percances de que había sido víctima en el ambulatorio y en farmacias que no tenían los medicamentos que había que tener y luego ella y mi madre se entregaron al repaso habitual de qué parientes cercanos, lejanos o muy lejanos habían enfermado o muerto durante el año que finalizaba. Cuando mi madre sirvió los cafés, dije:

—Ayer murió Linares.

Los tres me miraron en silencio, la tía Leonor se santiguó enseguida y yo me fijé en mi padre, que había empezado a remover el azúcar del café con la cucharilla. La actitud de mis padres respecto a lo sucedido con Linares tras la muerte de Rubén había sido, en general, la de mirar hacia otra parte a la espera de que el tiempo lo enterrara todo, de modo que ambos sólo sabían lo que había publicado la prensa en su momento: la descripción del crimen, que a Linares le habían caído doce años, que estaba en la cárcel Modelo…, nada, la superficie. Yo podría haberles hablado del verdadero Tanco Linares, pero ellos nunca llegaron a preguntarme a fondo por él, su curiosidad seguía muerta, así que finalmente no vi motivo para mencionar mis visitas a la cárcel ni tampoco confiarles lo del dinero, ¿por dónde podría haber empezado?; para que me entendiesen mínimamente debería haberles contado todo lo que tuvo que ver con Linares, sincerarme hasta en los más pequeños detalles, y lo cierto es que no me vi capaz, ellos ya se habían formado una opinión y no se moverían un milímetro de ella, lo de la cárcel quizá lo hubiesen tolerado, pero lo de los millones les habría parecido inmoral, una aberración, una terrible falta de respeto a la familia de Rubén.

—¿Y de qué murió? —quiso saber mi madre.

—De un ataque al corazón.

—Ese viejo loco —dijo mi padre sin levantar la mirada del café.

La gente y su manía de resumir a los demás.

Asistimos al funeral Félix y yo, los dos solos en la capilla del tanatorio de Bellvitge, frente al ataúd y al sacerdote, que ofició una misa rutinaria para un montón de sillas vacías; sobre el féretro había una corona de flores en cuya cinta yo había hecho escribir *Hasta siempre*. Tal y como ya había imaginado, nadie del ladrillar se tomó la molestia de acudir, ni siquiera mi padre, a quien yo había comunicado la hora del entierro por si quería acercarse o avisar a alguien y que se había escudado en que tenía que ir a trabajar, *y tú también harías bien en no ir*, me aconsejó, y yo le dije *fue un compañero de trabajo, papá*, y a él se le endureció la expresión, *fue*

un asesino, me replicó. Durante algunos minutos miré con frecuencia hacia la puerta de la capilla esperando que apareciese alguien y, en cierto modo, también temiéndolo, pero no vino nadie, y cuando el sacerdote empezó a rezar el padrenuestro y nos conminó a rezarlo con él, tuve, por un instante, la desagradable sensación de que en realidad estábamos rezando el credo. Tras el inevitable protocolo de la incineración nos entregaron la urna con las cenizas, montamos en el Citroen AX de Félix y nos dirigimos a Sant Feliu en silencio, consternados por el hecho de llevar los restos de Linares en el asiento de atrás; yo lo notaba en carne y hueso sentado allí con nosotros, clavándonos los ojos en la nuca, y no volví la cabeza en todo el trayecto para no encontrarme con ellos, *así termina la vida*, dije al rebasar el semáforo del Hotel Centro y girar a la izquierda por la carretera Laurea Miró, *en unas putas cenizas*. Al cabo de un par de minutos tomamos la carretera 340 y al cabo de cinco enfilamos el camino del ladrillar, *al menos hace tres años que no vengo*, comenté. Durante los dos años siguientes a su cierre me había acercado alguna vez por una irresistible necesidad de volver sobre mis pasos y tratar de entender cómo había podido llegar a sucederme algo semejante; me quedaba unos minutos frente a la verja de entrada, sellada con una gruesa cadena y un candado y pespunteada con los restos nudosos de las cintas con que la policía precintó el ladrillar después del crimen y que habían colgado allí durante un tiempo hasta que el viento o la propia policía las arrancó, y dejaba vagar la mirada por tantos rincones conocidos, reprimiendo el deseo de saltar la verja y curiosear. Félix detuvo el Citroen AX frente a la verja cerrada, cogí la urna de las cenizas y salimos del coche; en la reja colgaba el enorme letrero de la empresa que iba a proceder al derribo, y a su lado otro con grandes letras rojas que anunciaba *Próxima apertura de túnel de lavado*, al parecer estaba previsto que las obras comenzaran dentro de una o dos semanas, a mediados de enero.

Saltamos por encima de la verja y el silencio me oprimió el corazón, ahora sí parecía aquel planeta lejano habitado por alienígenas, no había ni rastro de los toros, el patio de almacenaje se entreveía vacío, no quedarían herramientas en el almacén ni enseres en los lavabos; cruzamos por delante de la oficina y me asustó encontrarla hundida en hierbajos, con los cristales rotos y la puerta tirada en el suelo, recordé los ojos de Linares en el interior mientras llamaba a la Guardia Civil y con un gesto me conminaba a marcharme; seguimos caminando hacia la casa y al verla venir hacia mí un dolor indefinido me dejó sin aliento: habían roto las ventanas, arrancado las persianas, sacado afuera los muebles.

—Dios mío —susurré.

Llegamos junto a la casa, había platos, vasos y piezas de ropa amontonados en el suelo frente a la entrada, treinta años vueltos del revés, saqueados, reconocí la mesilla de noche volcada contra el quicio de la puerta, con dos patas rotas y sin cajones, la mano de Linares apagando cigarrillos sobre ella. Me acerqué al umbral y eché una ojeada al interior de la casa, un caos horrible, oí crujir cristales bajo mis pies, casi parecía imposible que allí hubiese vivido alguien, que cinco años antes yo mismo hubiese estado en aquel comedor reparando una viga; el televisor había desaparecido, también el sofá y la vitrina donde Linares guardaba sus copas y las botellas de Veterano y de Anís del Mono, descubrí que el tocadiscos hecho añicos seguía en el suelo, medio cubierto por un revoltijo de sábanas y mantas entre las que asomaban, pisoteadas, las esquinas del cuadro del Cristo crucificado, *un hombre de misa*. El patio trasero era una prolongación del estropicio: el toldo de Transportes Escudé arrancado, los enseres que Linares guardaba allí debajo habían sido revueltos, desventrados y arrojados al suelo sin miramientos, cientos de cristales de botellas diseminados por el suelo, neumáticos echados a rodar, dos cajas de herramientas vacías y algunos troncos de leña que alguien había intentado quemar contra la fachada de la casa.

—Hijos de puta —mascullé.

Me acerqué con la urna al fondo del patio y me detuve junto a las tumbas de *Rafaela* y *Credo*, al menos habían respetado eso, sentí de nuevo el hocico húmedo y juguetón de *Rafaela* tomando los terrones de azúcar de mi mano; toqué la cruz, repasé con el dedo su nombre escrito en la madera y quise hacer después lo mismo con *Credo*, pero no me atreví. Retiré la tapa de la urna y, lentamente, volqué las cenizas de Linares sobre la tierra de las tumbas con la satisfacción de haberle traído de vuelta a casa y por fin haber hecho algo que era importante para él. Noté la calidez de Félix a mi lado.

—Nunca te he dado las gracias —le dije.

Me pasó el brazo por los hombros y me apretó contra sí.

—Bueno —dijo—, tú de pequeño le dijiste a tu madre que querías ser como Perry Mason, ¿no?

Reímos un poco, no apartó su brazo, observé los restos de ceniza sobre la tierra, pronto no quedaría ni rastro de los perros ni del patio trasero ni de la casa.

—Estuve muy cerca de matar, Félix —sacudí lentamente la cabeza—, muy cerca. Con Joan Pons y con Raquel me faltó muy poco, y a Rubén es como si lo hubiese matado yo.

—Tendrás que vivir con eso.

—Yo podría estar ahora en una celda como la de Linares —su

brazo me reconfortaba; alcé la cabeza y contemplé a lo lejos las estribaciones de la sierra de Collserola. En el fondo sí había matado: a *Credo*—. Sé cómo piensa un asesino, Félix, sé lo que siente —me dolía saberlo, me enorgullecía—, y me veo capaz de defenderlo.

Me miró.

—Pues lo harás —asintió—. Serás un abogado cojonudo.

—Por eso quería darte las gracias.

Me licencié en mil novecientos noventa y seis. Por entonces ya vivía en Barcelona, había alquilado hacía unos meses un apartamento de cuarenta metros cuadrados en el barrio de Sant Geryasi, en el tramo más elevado de la calle Teodora Lamadrid, y llevaba algo más de un año trabajando como pasante en el bufete de Alfonso Duarte. Estaba saliendo desde hacía quince días con Claudia, una compañera de clase de Marta, y parecía que iba a convertirse en mi primera chica en serio desde Belén, tenía una forma de ser agradable, le gustaba ir al cine y conducir su Seat Panda amarillo por carreteras secundarias escuchando a una cantante francesa llamada France Gall, a veces cantaba mientras conducía y a mí me fascinaba escuchar su francés delicioso, sobre todo cuando cantaba *Ella elle l'a*, su debilidad; no acabó de gustarle demasiado la Electric Light Orchestra cuando compartí algunos compactos con ella, sólo algunas canciones sueltas, pero resultó que *Fiebre del sábado noche* era también una de sus películas favoritas, *¿y por qué te gusta tanto?*, le pregunté una tarde recordando el día que Belén me lo había preguntado a mí y yo no había sabido qué contestarle, *porque el personaje que interpreta John Travolta consigue dejar atrás una vida que no le satisface*, me respondió Claudia, y sentí un escalofrío, porque era exactamente por esa razón que se había convertido en una de mis películas preferidas, aunque en su momento yo no hubiera sido capaz de interpretarlo y me limitara a decir, como le dije a Belén, que me gustaba porque hablaba de cosas de verdad. Ese día decidí hablarle a Claudia de la vida pequeña que yo estaba dejando atrás y se lo conté todo, sin omitir nada, y fue la última persona a quien hablé con absoluta sinceridad de lo que me sucedió con Linares la primavera de mil novecientos ochenta y seis. En cuanto vi las notas finales en el tablón de anuncios de la universidad llamé enseguida a Claudia y a Félix, que me felicitaron efusivamente, y luego hablé con mi madre, que soltó una exclamación de alegría al oír la noticia, *vente el sábado a comer y lo celebramos;* acepté y le dije que iría con una amiga, *ah, vale*, dijo, sorprendida, colgué el teléfono y salí a la calle. Camino de la boca del metro pensé en Linares y en el coraje, en hacer uno lo que

tiene que hacer, en seguir *p'alante*, en no quedarse a medias…, y me di cuenta de que los dos habíamos hecho lo que teníamos que hacer, habíamos logrado nuestro propósito, no nos habíamos quedado a medias.

El sábado, en cuanto Claudia y yo cruzamos la puerta de casa de mis padres, levanté por encima de la cabeza la lista con las notas y la agité por el comedor como si enarbolara una bandera; mi madre me abrazó y mi padre, tan reacio como siempre a dejarse llevar por las emociones, intentó escabullirse con la excusa de que el aperitivo ya estaba en la mesa, se lo impedí colocándome delante de él.

—Al final no te han cerrado el cielo, ¿eh? —dijo al verse atrapado.

—No —sonreí.

Soltó una carcajada algo forzada y yo me reí con él.

—Pues allí en Potesa están buscando alguien con estudios para ponerlo de encargado —dijo de improviso—, alguien que sepa manejar bien los ordenadores y eso. Te lo digo porque como tú tienes cabeza para esto de estudiar…, pues a lo mejor te interesa.

Lo miré, ¿era posible que no se hubiese dado cuenta de que yo, desde que decidí sacarme el graduado escolar, había dedicado diez años de mi vida a formarme precisamente para ser abogado y no encargado de ninguna empresa de nada?; lo vi vulnerable, encallado en su vida de siempre, a punto de cumplir cincuenta y siete años, y pensé que quizá le dolía el paso del tiempo y que yo tuviese ya mi propia vida lejos de ellos. Entonces supe que mencionarme lo de Potesa era su manera de valorar mi esfuerzo y de tenerme en cuenta, su manera de decirme que se sentía orgulloso de mí.

—Gracias, papá —le pasé el brazo por los hombros, lo zarandeé en broma y me lo llevé a la mesa—, lo tendré en cuenta.

Por la tarde, al marcharnos, le propuse a Claudia que fuésemos a lavar el coche; me miró con una expresión de curiosidad, sonrió y me preguntó si estaba de guasa. Le conté que me había acostumbrado a llevar de vez en cuando el Volkswagen Polo al túnel de lavado que finalmente construyeron en el ladrillar a finales de mil novecientos noventa y dos, cuando yo cursaba segundo en la universidad, y que al pagar me demoraba unos segundos en la taquilla porque la habían levantado justo encima de lo que había sido la zona de carga y descarga y me gustaba recuperar las viejas vibraciones del suelo, y después vagaba por las instalaciones e iba reconociendo el rincón donde me sentaba a desayunar a escondidas, el lugar donde se levantaba la trituradora, el sitio exacto en el que se hallaban los hornos y la escotilla por la que había arrojado al pobre cachorro, el almacén de herramientas, el barracón de la

oficina y, más allá, la casa de Linares, ahora un recinto lleno de máquinas aspiradoras que funcionaban con monedas de cien pesetas, y finalmente caminaba por lo que había sido el comedor y después me acercaba al fondo del patio, a las cenizas de Linares, para sentir su presencia allí conmigo a pesar de los años, y pensaba en lo importante que él había sido para mí, y no sólo por el dinero, que efectivamente sirvió para costearme la carrera de Derecho, sino porque, en el fondo, Linares puso mi vida patas arriba en el momento oportuno, sacó a la luz lo que yo llamé entonces la trastienda, la *puta trastienda*, y las putas ratas. Nunca podré decir que me alegro de cómo sucedió todo, ya que en mi necesidad de abandonar mi vida pequeña no sólo murió un chico de veinte años que ahora debería estar vivo, sino que también perdí a Sadurní, a Belén y a tantos otros a quienes no he vuelto a ver ni probablemente volveré a ver nunca, pero sí me siento orgulloso de haberlo conseguido, y jamás olvidaré al hombre que lo propició, ese hombre que una primavera de hace ya tantos años me sentó en el garrote para quitarme la vida y luego me ahorró media vuelta para dármela.

Agradecimientos

Quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a Gisela Asensio, Mercè Company, Gloria Mitjans, Josep Giralt, Pilar Clemente, Héctor Lozano, Jordi Carbonell y Lorena Pallás, que fueron los primeros en leer el manuscrito con el rigor de siempre y cuyas sugerencias y aportaciones mejoraron sin duda el resultado final (Héctor, además, me consiguió el título); a Anna Piñol, que aceptó generosamente el caso de Linares y me iluminó los entresijos judiciales y sus consecuencias; a Ramón Fernández, que reparó la viga y el tejado de Linares con mucha profesionalidad y paciencia; a mi madre, que se entregó por completo a la causa y me proporcionó tantas horas quedándose con mi hijo Maure; a mi agente Pau Centellas, que supo encontrarle un sitio a mi literatura; a mi editora Ana Maria Moix, por su fe incondicional en esta novela; a María José y a Eva, de la librería Agora, de La Garriga, por atender mis peticiones literarias, a veces un poco rebuscadas; y por último a Guedoy, que tuvo que hacerlo y me lo dejó grabado en el alma.

Hay otras personas a quienes querría dar también las gracias, y son esos creadores que con sus obras me han mostrado en profundidad el universo de los verdugos y de la pena de muerte: los escritores Daniel Sueiro, por sus magníficos libros *Los verdugos españoles*, *El arte de matar* y *La pena de muerte*; Ramón J. Sender, por su novela *El verdugo afable*; Pío Baroja, por *La familia de Errotacho;* Carlos Ruiz de Larramendi, por *Lo que nunca se ha escrito;* Juan Eslava, por *Verdugos y torturadores;* José Luis Corral, por *Historia de la pena de muerte*; y a los tres cineastas que me ofrecieron ese universo en imágenes: Luis García Berlanga, por *El verdugo;* Basilio Martín Patino, por su maravilloso documental *Queridísimos verdugos;* y Manuel Huerga, por *Salvador Puig Antich*.

Índice de contenido